Digitized by the Internet Archive
in 2008 with funding from
Microsoft Corporation

http://www.archive.org/details/mercurioperuano05limauoft

MERCURIO PERUANO

MERCURIO PERUANO

Revista Mensual de Ciencias Sociales y Letras

Año IV
Vol. V

PERSONAL DE REDACCION

Víctor Andrés Belaúnde, Director; Manuel R. Beltroy, Jorge Guillermo Leguía, Secretarios; Mariano Brull, Honorio F. Delgado, Juan F. Elguera, Edwin Elmore, Adán Espinosa Saldaña, José Gálvez, Luis Góngora, Mariano Ibérico Rodríguez, José María de la Jara y Ureta, Carlos Ledgard, Cristóbal de Losada y Puga, Guillermo Luna Cartland, John A. Mackay, José L. Madueño, Philip A. Means, Francisco Moreyra y Paz Soldán, Raúl Porras Barrenechea, Luis Alberto Sánchez, César A. Ugarte, Alberto Ureta, Horacio H. Urteaga, Ricardo Vegas García, Carlos Wiesse y R.

LIMA - PERU - 1920

Sanmartí y Ca.-Lima
— Impresores —

AP
63
N35
v 5

LIBRARY
JUN 5 1963
UNIVERSITY OF TORONTO

844279

Tabla de Materias

Crónicas de Norte América, por Víctor Andrés Belaúnde 1
Don Quijote en Yanquilandia, por Juan Manuel Polar 18
Del Jardín de Hesperis, por José Gálvez 30
El gozo en el pozo, por Amalia Puga de Lozada 32
Canción, por Mariano Brull 36
Enropa después de la Gran Guerra, por Juan B. de Lavalle 37
El Cuzco: Meca del turismo de la América del Sur, por Alberto Giesecke 54
Estancias marinas, por A. Belisario Calle 69
Notas varias 70
Revista de política internacional 73
Augusto Madueño 77
Crónicas de Norte América, por Víctor Andrés Belaúnde 78
Clasificaciones estéticas, por Alejandro O. Deustua 91
Mieses de Francia, por Adán Espinosa y Saldaña 104
La campaña del Valle de Barabayllo, por Ramón del Prado 106
Don Quijote en Yanquilandia, por Juan Manuel Polar 116
El Romanticismo contemporáneo por Ricardo Dulanto 126
Digresiones de actualidad, por Luis Bernales 212
Notas varias 143
Crónicas de Norte América, por Víctor Andrés Belaúnde 147
El americanismo en los nuevos poetas anglo e hispano-americanos por George W. Umphrey 150
El sueño de Alonso Quijano, por Honorio F. Delgado 169
El artista y el hombre, por L. Madueño 184
El ayllo por Carlos Valdez de la Torre 187
Sonetos, por Luis A. Rivero 210
Digresiones de actualidad, por Luis Bernales 139
Notas varias 218
Crónicas de Norte América, por Víctor Andrés Belaúnde 225

La poesía contemporánea en los Estados Unidos, por George W. Umphrey 235
Grados estéticos, por Alejandro O. Deustua 242
El Almirante, por Manuel Beltroy 253
El Perú y España, por Manuel G. Abastos 254
De la lejana Thule, por Mariano Brull 270
Don Toribio Rodríguez de Mendoza por Jorge G. Leguía..... 271
Don Quijote en Yanquilandia, por Juan Manuel Polar 281
El dorado designio, por Luis A. Baralt y Z..... 292
Claro de Luna, por José Fiansón 303
Digresiones de actualidad, por Luis Bernales 305
Ollanta, por Guillermo Salinas Cossío 311
Notas varias 319
Dr. Luis Felipe Villarán, por La Redacción 329
Crónicas de Norte América, por Víctor Andrés Belaúnde 231
En la ciudad, por Fernando Maristany 336
La Universidad de Yale, por César A. Ugarte..... 338
Del Jardín de Hesperis, por José Gálvez 355
El Alma americana, por W. E. Bronwing 362
Un sacerdote de la cultura, por Edwin Elmore 390
El caminante, por Carl Kjersmeir 398
Régimen de la propiedad durante los Incas, por Carlos Valdez de la Torre 399
Don Quijote en Yanquilandia, por Juan Manuel Polar..... 414
Notas varias 426
Crónicas de Norte América, por Víctor Andrés Belaúnde 431
La arqueta, por José Gálvez 439
Las interpretaciones del Quijote, por Jorge Mañach..... 443
La Esperada, por Alberto Ureta 463
Lo bello en la naturaleza, por Alejandro O. Deustua 464
Mieses de Francia, por Manuel R. Beltroy 476
Un sacerdote de la cultura, por Edwin Elmore 477
Don Quijote en Yanquilandia, por Juan Manuel Polar..... 486
De un tríptico chibcha, por Alberto Sánchez..... 499
Notas varias 503

Indice de Autores

ABASTOS MANUEL G.
El Perú y España 254
BELAUNDE VICTOR ANDRES
Crónicas de Norte América 1, 78, 147, 225, 231, 431
BARALT LUIS A.
El dorado designio 292
BERN\LES LUIS
Digresiones de actualidad 139, 212, 305
BELTROY MANUEL R.
El Almirante 253
Mieses de Francia 476
BRULL MARIANO
Canción 36
De la lejana Thule 270
BROWING WEBSTER E.
El alma americana 362
CALLE BELISARIO A.
Estancias marinas 69
DELGADO HONORIO F.
El sueño de Alonso Quijano 161
DEUSTUA ALEJANDRO O.
Clasificaciones estéticas 91
Grados estéticos 242
Lo bello en la naturaleza 464
DULANTO RICARDO E.
El Romanticismo contemporáneo 126
ESPINOSA Y. SALDAÑA ADAN
Mieses de Francia 104
ELMORE EDWIN
Un sacerdote de la cultura 169, 390, 477
FIANSON JOSE
Claro de luna 303
GIESECKE ALBERTO A.
El Cuzco: Meca del turismo de la América del Sur..... 54
GALVEZ JOSE
Del Jardín de Hesperis 30, 355

La arqueta 439
KJERSMEIR CARL
El caminante 398
LAVALLE JUAN BAUTISTA DE
Europa después de la Gran Guerra 37
LEGUIA JORGE GUILLERMO
D. Toribio Rodríguez de Mendoza 271
MADUEÑO JOSE LEONIDAS
El artista y el hombre 184
MARISTANY FERNANDO
En la ciudad 336
MAÑACH JORGE
Las interpretaciones del Quijote 443
POLAR JUAN MANUEL
Don Quijote en Yanquilandia 18, 116, 180, 281, 414, 486
PUGA DE LOZADA AMALIA
El gozo en el pozo 32
PRADO RAMON DEL
La campaña del Valle de Barabayllo 106
REDACCION (La)
Augusto Madueño 77
Revista de política internacional 73
Dr. D. Luis Felipe Villarán 329
RIVERO LUIS A.
Sonetos 210
SALINAS COSSIO GUILLERMO
Ollanta 311
SANCHEZ ALBERTO
De un Tríptico Chibcha 499
URETA ALBERTO
La Esperada 436
UMPHREY GEORGE W.
El americanismo en los nuevos poetas anglo hispano americanos 150
Los poetas contemporáneos en los Estados Unidos 235
UGARTE CESAR A.
La Universidad de Yale 338
VALDEZ DE LA TORRE CARLOS
El ayllo 187
Régimen de la propiedad durante los Incas 399

WARREN G. HARDING

Teniente Gobernador de Ohio, 1904–1905 y Senador por dicho estado desde Noviembre 3 de 1914.

HIRAM WARREN JOHNSON

Dos veces gobernador de California y Senador por dicho estado desde 1916.

Crónicas de Norteamérica

Con la presente, iniciamos la publicación de una serie de correspondencias que sobre los más interesantes aspectos de la realidad estadunidense nos envía nuestro Director, el Dr. D. Víctor Andrés Belaúnde, quién, como se sabe, se encuentra en la Gran República del Norte en comisión de propaganda cultural y de acercamiento panamericano de nuestra Universidad. El Dr. Belaúnde empezará a dar, apenas se abran los cursos universitarios norteamericanos conferencias sobre nuestra vida nacional, con sujeción al programa que se publicó en los periódicos de Lima; y al mismo tiempo remitirá a esta revista artículos informativos de la vida yanqui, con el interés que él sabe poner en cuanto trata.

NEW YORK—BOSTON—CAMBRIDGE Y HARVARD

I

El viajero que después de pasar algunos días en New-York, viniese a instalarse en Boston, experimentaría un fuerte contraste y adquiriría una clara visión de la variedad y riqueza de la vida americana. New-York es una ciudad desconcertante con sus rascacielos inverosímiles y sus calles simétricas y numeradas. Es la ciudad más populosa del mundo, pues si se toma en cuenta las poblaciones del distrito metropolitano, alcanza a 8.200.000 habitantes; en tanto que Londres sólo pasa de 6.000.000.

En este hervidero humano, todos marchan con precipitación, esclavos de la obsesión del tiempo y víctimas de las distancias. Así se comprende que Spencer haya predicado a este pueblo el evangelio del reposo; prédica imposible, porque todo el mundo necesita vivir de prisa. Si se pudiera condensar entre sustantivos la impresión de una ciudad no vacilaría en em-

plear los siguientes respecto de la capital comercial de los EE. UU.: enormidad, simetría, agitación. Y si detrás de estos rasgos físicos, una sicología presuntuosa pretendiera adivinar el alma del pueblo que habita en la urbe gigantesca, no andaría descaminada si asentase que la mueven principalmente móviles económicos y que se orienta hacia el presente o hacia el futuro.

Boston presenta rasgos muy diferentes, y en cierto modo opuestos. En lugar de la simetría rectilínea neoyorkina, el plano de Boston tiene aquella irregularidad y variedad de las viejas ciudades europeas. En vez de extenderse hacia arriba, como diría Camba, ha procurado unirse con las poblaciones próximas. (Hay una ley que prescribe la altura máxima de los edificios.) Y, apesar de su importancia comercial y su movimiento manufacturero, la belleza de sus edificios públicos, la serenidad de sus parques y jardines y sus numerosas inscripciones lapidarias, nos dan la sensación de una ciudad heráldica, orgullosa de sus tradiciones y entregada al culto del pasado. Boston es la ciudad de las escuelas y bibliotecas, de los monumentos históricos y de las lápidas conmemorativas. Algún cronista aficionado a los adjetivos sintéticos podría hablar de la docta y epigráfica Boston.

Pasando el río Charles, a diez minutos de subterráneo, se encuentra Cambridge con la tradicional Universidad de Harvard.

Los fundadores de esta ciudad fueron—muchos de ellos—, estudiantes de la Universidad inglesa de Cambridge. A ello se debe la repetición del nombre, que coincide con la identidad del papel que estas ciudades y sus institutos desempeñan en la vida intelectual de Inglaterra y los EE. UU. Cambridge es una ciudad jardín. Sus principales arterias son como las alamedas de un inmenso parque; entre campos de grama y árboles emergen las casas de dos o tres pisos, algunas de ellas conservan el estilo colonial americano. Su universidad está constituída por un conjunto de edificios *o halls,* levantados aquí y allá en un inmenso y pintoresco parque. No podía idearse un lugar más apropiado para la investigación y el estudio. El trabajo intelectual necesita este ambiente de tranquilidad y de reposo y la reconfortante sensación de la Naturaleza.

Muy cerca de la Widenerlibrary, (una de las bibliotecas más ricas del mundo; y después de la de Oxford la más rica entre las universitarias) y frente a la casa del Presidente o del Rector, como diríamos nosotros, se levanta el simpático y modesto chalet, antigua residencia de Henry y Williams James, y

hoy local del *Colonial club;* asociación de maestros y hombres de negocios, en uno de cuyos dormitorios me hallo alojado debido a la galante recomendación del doctor Barbona, sabio naturalista, conocedor del español y buen amigo del Perú. Es acogedor y familiar el ambiente del *Colonial Club.* A la hora del lunch disfruto de la instructiva charla de los más distinguidos profesores de la universidad. En sus salones sobrios, pero dotados de todo el *confort* inglés, leo los periódicos y las revistas. Ocupo el mismo cuarto que tenía hasta hace poco el profesor Wulf, de Lovaina, erudito historiador de la filosofía medioeval. Sobre mi mesa de estudiante apílanse con relativo orden los libros traídos del Perú, y que son el material de mis conferencias. Las ventanas dan al jardín, cerca de la cepa de un álamo hermoso. La tarde lluviosa invita al trabajo y a la meditación. Mi espíritu vuela hacia la patria distnte. Pienso en la *protervia* y en el "Mercurio". Me hago la ilusión de presenciar nuestras reuniones de los martes y me parece sentir la simpática agitación de aquella charla entusiasta y cambiante. Sé que esta crónica va a publicarse justamente en el número que marca el segundo aniversario de nuestra Revista. ¡Dos años de vida, y de vida próspera! Y nuestros mejores amigos apenas nos auguraban vida para tres números. Recordemos con legítima satisfacción que el "Mercurio" ha podido vivir por el entusiasmo y afinidad de sus redactores y por la decidida colaboración de su editor. Hemos procurado revivir el espíritu nacionalista, orientándonos hacia la tierra y hacia la historia. Hemos presentado las mejores pruebas del Perú en su pleito con Chile. Hemos brindado nuestras columnas a los viejos maestros y a los nuevos que traían el valor efectivo de su inteligencia y de su fervor. Hemos sido fieles a nuestro programa idealista y nacionalista a la vez. Y si recordamos el pasado, es únicamente para retemplar nuestras fuerzas en la obra futura. Estoy seguro de que nadie desfallecerá en nuestro desinteresado empeño. Sigamos, como hasta hoy, compenetrados y ávidos; pero aceptando y aun alentando la variedad y contradicción fecunda de nuestras ideas que no comprometen, sino enriquecen nuestra vida, como entidad colectiva y fuerza intelectual. Confiemos en el porvenir: con el "Mercurio" convergen las energías más grandes de vida espiritual, la tradición y el ideal.

II

LA LUCHA ENTRE EL PRESIDENTE Y EL CONGRESO SOBRE EL TRATADO DE PAZ

Recordarán nuestros lectores que el Senado americano, debido a la considerable mayoría republicana, aprobó las reservas del senador Lodge al tratado de Paz, reservas que en concepto del Presidente Wilson modifican la esencia del referido pacto. Fracasadas las tentativas de conciliación entre los diversos grupos de senadores y reiterada la actitud de intransigencia del Presidente, respecto de la aceptación de las reservas, iba a prolongarse indefinidamente la *situación legal* de guerra con Alemania con grave daño de los intereses de los dos países. El presidente Wilson ha manifestado que el país, en las próximas elecciones presidenciales, que van a revestir la forma de un solemne referendum, debe decidir si ha o nó procedido bien al firmar el tratado de Versalles. Los senadores llamados *irreconciliables,* a cuya cabeza están Thomson, candidato republicano radical a la presidencia, y Knox, antiguo secretario de Estado, han respondido al reto de Wilson con una actitud que ha creado un problema constitucional. En efecto, el senador Knox, partidario de la celebración de la paz separada con Alemania, propuso que el Senado declarase que había terminado el estado de guerra con Alemania. Esta moción contenía, en buena cuenta, la celebración de la paz con ese país, nó por obra de un tratado celebrado por el ejecutivo; sino por un acto excepcional del poder legislativo. La Cámara de Representantes, que corresponde a nuestra cámara de diputados y en que domina también una mayoría republicana, afecta a su vez una moción semejante. La declaratoria del estado de paz, ha quedado así consagrada por un acto que llevaba la aprobación todo el Cuerpo Legislativo. Más el Presidente, como se sabe, tiene el derecho de veto.

La actitud de la mayoría republicana, que dejamos reseñada, ha suscitado una interesante discusión sobre estos temas: uno constitucional y otro de moral internacional ¿Puede establecerse la paz entre dos países, sin tratado especial y por sólo la virtud de una resolución legislativa? ¿Pueden los EE. UU., desconocer y romper los compromisos contraídos con los demás

países aliados; compromisos que han sido la causa principal de que la paz revistiera tales caracteres y de que esos países hicieran determinadas concesiones, renunciando a muchas de sus espectativas?

Ambos puntos han sido discutidos ampliamente en las cámaras; el debate ha sido llevado con gran inteligencia y acopio de datos por parte de los que han sostenido que el estado de guerra como el estado de paz, puede ser materia de una resolución legislativa y que no toda guerra debe concluír con un tratado.

Todo el mundo esperaba, dada la energía del Presidente Wilson, el veto a esa ley, y él se ha producido en la forma más enfática: el Presidente ha vetado la ley porque ella supone línea de conducta contraria al honor y la lealtad y el buen nombre del pueblo americano. Continúa, pues, el duelo a muerte entre el Presidente y las cámaras, duelo que sólo puede ser resuelto en la próxima elección presidencial.

La paz con Alemania, sólo existe como un hecho: no como una situación legal. Sin embargo, las cámaras han procedido a abolir algunas leyes que sólo deben aplicarse en estado de guerra. Esta medida que no supone la solución constitucional del conflicto, ha sido adoptada casi por unanimidad.

III

LOS PARTIDOS POLITICOS Y EL TRATADO DE PAZ

Sería un grave error, afirmar que existe un sólo criterio en cada uno de los partidos de los EE. UU., respecto del tratado de paz. Generalmente se dice: los republicanos están en contra; los demócratas, cuya jefatura es ejercida por Wilson, están a favor. Nada, sin embargo, está más lejos de la verdad que semejante aserción. Lo único cierto es que existe una verdadera anarquía de opiniones respecto al tratado y su parte esencial: la liga de las naciones.

En las filas republicanas, hay partidarios de la paz, tal como ha sido suscrita (este es un pequeño grupo); hay partidarios de la aprobación del pacto bajo ciertas reservas (este el grupo más considerable que encabeza el senador Lodge), y por último, hay enemigos radicales del pacto y que preconizan al ais-

lamiento internacional de los EE. UU., considerando la liga de las naciones como contraria a las tradiciones de la diplomacia americana. Este grupo es encabezado por Johnson, Borah y Knox. Los candidatos presidenciales más importantes Wood y Hoover son favorables a la liga con reservas. Hoover ha dirigido una carta en que se coloca a igual distancia de Johnson y de Wilson. La figura más alta del partido republicano, el senador Root, cree que los EE. UU. han contraído serias obligaciones y responsabilidades respecto de los países europeos y que no pueden ni moral ni políticamente dejar de intervenir en un concierto internacional permanente; y de acuerdo con este punto de vista, se ha dirigido a tiempo para formar parte del comité de jurisconsultos encargados de echar las bases de una corte internacional. Butler, presidente de la Universidad de Columbia, otro de los candidatos posibles, participa de la misma opinión. Acaba de hacer en Chicago las más perentorias declaraciones contra la tendencia egoísta de apartar a los EE. UU. de la cooperación en el arreglo jurídico del mundo y en la obra de una paz permanente.

Parecida divergencia de opiniones existe en el partido democrático. Es cierto que el Presidente Wilson *controla* la opinión de la mayor parte del partido; más eso no ha impedido que algunos senadores votaran las reservas de Lodge, ni ha sido óbice para que Bryan, que es el viejo *leader* del partido, haya manifestado, a su vez, su opinión favorable a aquellas reservas.

Esquemáticamente hablando, puede decirse que hay tres corrientes respecto del tratado de paz: la de su aprobación sin reservas (demócratas wilsonianos), la de su aprobación con reservas más o menos esenciales, (la mayoría del partido republicano) y la de rechazo absoluto (el grupo Johnson y Knox). Hay todavía un cuarto grupo que se inclina a reservas suaves o no esenciales.

Todos están de acuerdo en que el país ha sufrido enormemente en su prestigio con la falta de una solución definitiva. Todos sienten además que la situación creada ha causado grave daño a los países aliados, manteniendo o alentando el caos y la incertidumbre en Europa. ¿De quién es la responsabilidad? Organos serenos de opinión hacen al presidente Wilson dos cargos serios: uno de exclusivismo o personalismo y otro de intransigencia. Se cree que, elegido en noviembre de 1918 un parlamente republicano y dadas las facultades de intervención en la política internacional que el Senado tiene, el presidente no

debió considerarse con derecho para arreglar los asuntos referentes a la paz, sin oír y pedir la colaboración de los miembros del comité del Senado, ya que este cuerpo tenía la palabra decisiva sobre el tratado. Aun desde el punto de vista práctico, era mejor para el presidente ir a Europa acompañado de representantes de la opinión republicana (Root o Taft que se habían pronunciado a favor de la liga de las naciones), o enviar mejor una delegación mixta, permaneciendo en Washington, sin dar a la obra ese carácter exclusivista y personal que ha levantado tántas resistencias. El otro cargo es de intransigencia, una vez que se vió claramente que el artículo X y la cuestión Shantung, suscitaban resistencias, opinan algunos, que el presidente debió aceptar las reservas y no pedir que el tratado fuera aprobado, "sin quitar el punto a una *i* o borrar la barra de una *t*".

Los amigos del presidente levantan este cargo diciendo que las reservas aprobadas no han sido sino la máscara para disimular el verdadero propósito que era echar abajo el pacto, y manifiestan que el Presidente estaba llano a aceptar las reservas no esenciales, como lo acredita su reciente carta que aprueba la *plataforma* de los demócratas de Virginia que sostiene el pacto nó en su letra, sino en sus disposiciones sustanciales.

Un observador imparcial puede asentir al primero de los cargos hechos contra el presidente Wilson; pero nada puede decir del segundo; porque el más denso misterio envuelve el proceso de intrigas y ajetreos de la discusión del pacto en el Senado. Hay la vehemente presunción de que por lo menos el senador Lodge ha nhecho el juego político de los llamados irreconciliables.

La obra de Wilson, por lo mismo que es gigantesta, adolece de los defectos de toda obra humana. En mi concepto, nadie ha expresado mejor el verdadero punto de vista para juzgar al presidente norteamericano que Salomón Rienach, en la carta que publica el "New, York Times". La intervención en la guerra, los catorce puntos, el proyecto de liga de las naciones, los discursos memorables y elocuentes, las notas de tánta eficacia como batallas militares, son la parte imperecedera de la obra de Wilson. La intervención personal en las discusiones, el olvido de la situación política de su país, el haber actuado siempre como *leader* de un partido y nó como representante de la nación entera, son el lado censurable y tristemente humano de la actuación de este hombre excepcional. El proceso momentáneo de sus ideas, no debe precipitarnos a formular juicios injustos por

unilaterales ú oposiciones pesimistas que serían pronto desmentidos por los hechos. El imperialismo alemán, no hubiera sido destruído sin Wilson. Tarde o temprano, la Liga de las Naciones se organizará. Los principios wilsonianos están ya incorporados como fuerzas vivas en vías de cristalizarse, en la civilización humana. La vida, no es sino la aproximación lenta y dolorosa hacia el ideal. Nadie podría arrebatar a Wilson la gloria de haber sido el verbo más elocuente y la voluntad más eficaz de la nueva conciencia jurídica del mundo.

En el momento en que envío esta crónica, parece triunfar en la convención republicana el tratado de paz con reservas. Los irreconciliables, amenazan con separarse del partido, produciéndose una situación parecida a la del año 12. Tal hecho sería un gran triunfo para la política wilsoniana. Se ve claro, o que el partido republicano se divide, o que triunfa el principio de la Liga de las Naciones con reservas, esenciales o suaves no importa. Lo que interesa a los enemigos del chauvinismo y del militarismo, es que se ponga en marcha, aunque sea imperfectamente la organización jurídica del mundo.

IV

LA PRESIDENCIA DE LA REPUBLICA.—LOS CANDIDATOS DEFINIDOS Y LOS CABALLOS OSCUROS (*dark horses*).

No recuerdan los anales de la feliz y próspera Yanquilandia una lucha política más variada, movida e incierta como la presente. La próxima lucha presidencial va a decidir los más grandes problemas mundiales y nacionales: la Liga de las Naciones, o sea la organización permanente de la justicia internacional; la reducción y cambio de los impuestos; el arreglo de las huelgas que comprometen los intereses generales de la sociedad. Los partidos tienen conciencia de que se avecina una lucha de resultados definitivos ¿Puede el partido republicano perder las elecciones presidenciales, después del triunfo en las elecciones parlamentarias en Noviembre del 18? ¿Puede resignarse el partido demócrata a sufrir una falla popular desfavorable a la obra que ha realizado, llevando a los EE. UU. a la guerra y haciéndolo el árbitro de los destinos del mundo?

WILLIAM GIBBS McADOO

Ex secretario del Tesoro de Estados Unidos y Director General de ferrocarriles durante la guerra.

EDWARD I. EDWARDS

Elegido Gobernador Demócrata por Nueva Jersey en 1919 con programa antiprohibicionista.

Grandes cuestiones humanas, intereses y honor de los partidos políticos, fuerzas económicas en juego, dan a la futura campaña política un aliento de épica grandeza y de dramática emoción.

La muerte de Roosevelt y el relativo apasionamiento de Bryan, han despojado a los partidos históricos de dirección personal y única; y esto produce infinidad de matices de opinión y, como consecuencia inevitable, la más grande variedad de candidatos. Hay para todas las ideas y todos los gustos.

El partido republicano o la "vieja guardia" sostiene la candidatura de Wood, que cuenta además con los capitalistas, los *trusts*. Un buen grupo de conservadores plutócratas, exhibe la candidatura de Lowden, gobernador de Illinois. La extrema izquierda, demagógica y radical, tiene un candidato furibundo: el senador por California Hiram Johnson. Los intelectuales y las mujeres manifiestan sus simpatías por Hoover, cuya obra en la alimentación de Europa le ha dado nombre universal. Algunos hacen figurar el nombre de Hughes, el antiguo contendor de Wilson.

La convención, que debe elegir el candidato, consta de cerca de mil delegados de los estados, elegidos en asambleas primarias del partido. La lucha ha tenido, pues, como principal palestra aquellas asambleas que Johnson ganó en California, que Wood ganó en Virginia, que los de Illinois son fieles a Lowden. Tales son las noticias que han tenido absorbidos a los políticos y a los que con ellos tienen afinidades. Pero lo cierto es que, apesar de seguirse de cerca la obra de cada candidato en las dichas asambleas primarias; hay la más absoluta incertidumbre, respecto del candidato que ha tenido la ventura de ganar la mayoría de los delegados.

Según la afirmación de todos los diarios, nunca se ha reunido una convención en condiciones de mayor inseguridad. Es el reinado de la incoherencia. Algunos comparan la convención a un rebaño sin pastor y sin perros conductores. Y es la verdad; no sólo falta la dirección esencial, pues prácticamente el partido está anarquizado; sino que los mismos pequeños grupos de delegaciones carecen de *leaders*. Toda profecía es infundada, dicen los diarios serios; más al publicarse esta crónica, los lectores del "Mercurio Peruano", conocerán el resultado. La organización de la convención va a originar dificultades serias. La plataforma y los comités producirán luchas terribles. Es di-

fícil un acuerdo sobre la *plataforma*, dada la divergencia de matices: el conservadorismo de Wood y el radicalismo de Johnson.

Las tres fuerzas más considerables son las que apoyan a Wood, a Johnson y Lowden. Están casi equilibrados los puestos de los dos primeros. Semejante situación abre la perspectiva del triunfo de un candidato desconocido: el *caballo oscuro* de las carreras. Lo curioso es que hace tiempo se espera la aparición de este *caballo oscuro*. Y han empezado a surgir una serie de candidatos que juegan el espectaticio papel de caballos oscuros, que por el mismo hecho de exhibirse se ván poniendo un poco claros. Quizá el triunfo sea para un caballo absolutamente oscuro. Pensóse recomendar a Knox; pues ya tenemos a Knox de caballo oscuro. Butler, cuenta con la delegación de New York: he ahí otro caballo oscuro. Allen, gobernador de Kansas, sostiene su ley de arbitraje obligatorio con gran brillo. Pues Allen es caballo oscuro. Y así Cooligge gobernador en Boston; y así Harding, Leuroot, etc. La lista de caballos oscuros es interminable.

Procuraremos definir los rasgos y servicios de los principales candidatos.

El que cuenta hasta ahora con mayores probabilidades de vencer, es el general Leonardo Wood, el amigo de Roosevelt y el pretendiente a su herencia política. Sólo los enemigos apasionados pueden negar los méritos de Wood. Cirujano, empleado en la sanidad militar, Wood opta bien pronto por esta última carrera y en ella demuestra excepcionales condiciones de organizador. Pelea en la guerra con España con gran brillo. Sus enemigos discuten si estuvo o nó en la batalla de San Juan. Después de la guerra, Wood fué nombrado administrador de Cuba. Aparece entonces el hombre de estado: sagaz trabajador, progresista. La ocupación americana, debido a la inteligencia y el tacto de Wood no suscitó resistencias y se reflejó en el progreso extraordinario de la isla. De Cuba, pasa Wood a Filipinas, donde el mismo éxito corona sus esfuerzos. "La vieja guardia" del partido republicano exhibe, pues, un candidato que ha prestado eminentes servicios al país y que tiene una brillante carrera. Se dice que el elemento capitalista, los trusts, y las fuertes empresas, interesadas en que se siga una política conservadora, han dado a Wood toda la fuerza de su apoyo económico. Según las investigaciones de la Comisión del Senado, designada para esclarecer este punto de moral política, que es el lado débil de toda

moderna democracia, aparece que en los meros trabajos de las asambleas primarias, los *empresarios* (así se les llama) de la candidatura Wood, han gastado más de un millón de dollars. Semejante descubrimiento ha sido explotado por los enemigos que presentan la candidatura Wood como la encarnación del cohecho político. Las personas tranquilas no han dado mucha importancia al asunto, pues saben que dada la organización política de los partidos, no es posible hacer avanzar una candidatura sin gastar mucho dinero.

El mismo cargo de comisión política se ha hecho al gobernador Lowden, de Illionis, que representa, aún más que Wood, el elemento aristócrata, conservador y plutocrático.

Frente a la candidatura Wood se yergue la de otro americano que también pretende la herencia de Roosevelt; el senador Hiram Johnson. Es este un político extremoso, batallador. Sus enemigos lo tachan de demagogo y radical. Representa, en un maridaje curioso, la tendencia ultra-democrática, casi socialista, y la tendencia nacionalista, casi imperialista. Lo que no puede negarse a Johnson es ser un elemento combativo de primer orden. Desde luego, no ha esperado que su candidatura fuera exhibida, por un círculo o por alguna entidad. Con cierta franqueza, que los contrarios creen cinismo, él ha planteado directamente su pretensión y ha expresado las razones porque lo hace. Orador, si no grandilocuente, impresionante y eficaz, sabe atraer y manejar a las multitudes. Su programa tiene que ser un tanto populachero. Su plataforma política es la lucha contra la Liga de las Naciones. Los EE. UU. deben seguir la tradicional política de aislamiento, de prescindencia de los asuntos europeos y deben tener sus manos libres en la política del continente. En materia de reformas económicas, preconiza el impuesto único. Las masas gustan en política de ideas y programas simplistas y dogmáticos que son las únicas que entienden. No es, pues, de extremar que la *plataforma* enfática y neta de Johonson cuente con el apoyo de las muchedumbres y que este político sea el que más pruebas haya dado de popularidad. Se afirma que le prestan su apoyo los *pro-germanos* (que los hay muchos por razones de sangre) y los irlandeses; lo cual es natural; porque el programa nacionalista de Johnson significa el apartamiento de la *entente* con Inglaterra, la paz separada con Alemania y el aliento a la pretensión de Irlanda. Johonson, es no sólo un político combativo, sino un administrador inteligente. Gran parte de su prestigio lo debe al buen gobierno que hi-

zo en California. En su período se votó una ley muy favorable a la clase media y se organizó los bancos en una forma eficaz. California ha sido, pués, el pedestal de Johonson. Pero lo que lo ha hecho una figura nacional es su lucha intransigente y valerosa contra la Liga de las Naciones.

Lejos del conservadorismo de Wood y del radicalismo demagógico de Johonson, se destaca la candidatura de Hoover. El célebre ingeniero es ajeno al campo de la política, ignora sus manejos y escaramuzas. Cuando sus innumerables admiradores pensaron en él para la presidencia de la República, se suscitó el interesante problema de saber qué partido lo llevaría; pues Hoover no había militado en política. Parece que algúna vez había figurado entre los republicanos; pero su carrera pública había discurrido en la administración demócrata. Hoover ha hecho declaración de ser republicano. Singular prestigio el de este hombre que se disputan los dos partidos políticos tradicionales. Más recordando la vida de Hoover y recordando su última actuación, uno no puede menos de explicarse semejante fenómeno.

Hoover es lo que se llama un *self made man*. En su juventud tiene que trabajar para sostener sus estudios. Ya en el colegio dió muestras de su principal cualidad: el poder de organización. Alcanza éxito como ingeniero en California, de allí pasa a Australia, de Australia a China y de China a Rusia. Por doquiera deja huellas de su prodigiosa facultad de dar vida y organización a empresas y negocios que parecían fracasados. La guerra lo sorprende en Londres, sede principal de sus empresas mundiales. Bien pronto lo absorbe un ideal: el apoyo de Bélgica. Su obra reviste los caracteres de milagro. Hoover consigue fondos y buques; y a través de las líneas alemanas, lleva el pan a la Bélgica muriente. Cuando los EE. UU. entraron a la guerra, nadie sino él podía desempeñar la delicada misión de controlador de alimentos. Todos reconocen que respondió a las esperanzas cifradas. Concluye la guerra, con la bancarrota de los imperios centrales, y los países balkánicos. Pues Hoover dirige los rabajos para proporcionar alimentos a aquéllas poblaciones desgraciadas. Su nombre en Europa fué más popular que el de Wilson.

La vida del hombre: toda la inteligencia y voluntad, ha atraído las simpatías de los intelectuales y de la juventud. Así las universidades de Harvard y de Yale en calurosos comicios votaron su candidatura. El aspecto humano de su obra ha

seducido a las mujeres. Cuenta la candidatura Hoover con la consagración del voto femenino.

Esta candidatura es menos fuerte desde el punto de vista político que la de Johonson y Wood; no triunfará tal vez en la convención republicana; pero podría triunfar en el país. Así se da el fenómeno curioso de que sus amigos piensen que si el nombre de Hoover no logra imponerse en Chicago; se presente en San Francisco de California, en la convención demócrata.

Políticamente Hoover es un republicano moderado. Como hemos tenido oportunidad de decirlo, es partidario de la Liga de las Naciones.

Entre los caballos oscuros, cuenta con mucho prestigio Knox, personalidad muy conocida para nosotros por su figuración en el conflicto con el Ecuador; Butler, presidente de Columbia, intelectual de primer orden y notable pedagogo y orador; Corbridge, gobernador de Boston, en quien se reconocen dotes excepcionales de sagacidad y energía, y por último el gobernador Allen de cuya obra principal: las cortes de trabajo, me ocuparé luego.

La convención demócrata, debe reunirse en San Francisco a fines de este mes. Sobre sus resultados trataré en mi próxima crónica. Por lo pronto diré, que respecto de la elección de candidato reina la misma inseguridad que en las filas republicanas. Hasta hoy el candidato que cuenta con mayor prestigio, es Mac-Adoo, ex-secretario del Tesoro y ex-controlador de ferrocarriles.

Mac-Adoo, es como Hoover, un prestigio indiscutido, abogado notable, financista experto, tiene como los altos tipos americanos estas dotes al parecer, opuestas: serenidad en la concepción, rapidez en la ejecución. En una semblanza de Mac Adoo, se hace notar que su fisonomía acogedora tiene las dobles y profundas líneas de la simpática sonrisa de Lincoln. La candidatura tropieza con este inconveniente: la relación de familia que existe entre él y Wilson, pues es su hijo político. Por eso otros demócratas piensan en Bryan o en Cox, en el mismo Wilson y por último en el embajador Davis, como figura nacional cuyos altos méritos reconocen propios y extraños. Davis ha representado a los EE. UU. ante el gobierno inglés.

V

LAS HUELGAS Y EL INTERES SOCIAL: UNA NUEVA FORMA DEL ARBITRAJE OBLIGATORIO.

Uno de los tópicos que tiene que afrontar la *plataforma* de la convención republicana, es el relativo a las medidas que el Estado puede tomar en las huelgas que son, no sólo la lucha aislada de los elementos capitalistas y los obreros; sino que comprometen, por referirse a servicios sociales de trasporte o aprovisionamiento, la vida misma de la sociedad.

Esta clase de huelgas se presentaban con frecuencia en el estado de Kansas, con grave riesgo del aprovisionamiento de combustible; hasta el punto de que fué necesario organizar un cuerpo de voluntarios para la explotación de las minas durante la huelga.

Con el objeto de poner un remedio definitivo y eficaz a esta situación, el gobernador Allen obtuvo la aprobación de una ley que crea un tribunal llamado "Corte de Relaciones Industriales", compuesto de tres jueces nombrados por el ejecutivo, con el consentimiento del senado y de tres años de mandato. La corte no es una corte arbitral, sino una corte de justicia; un tribunal especial diríamos nosotros. Su objeto es:

1º.—Hacer imposible las huelgas, los cierres, los boy-cotts y listas negras, dando al capital y al trabajo un tribunal ante el cual pueden deslindar sus controversias;

2º—Asegurar al pueblo en todo tiempo un aprovisionamiento adecuado de todo lo que es absolutamente necesario para la vida de la civilización;

3º.—*Estabilizar* la producción y el precio de estos objetos necesarios;

4º—Asegurar el empleo y mejores sueldos a los trabajadores;

5º—Evitar los enormes desperdicios de las perturbaciones industriales;

Basta la simple lectura de los anteriores objetos para comprender la importancia de esta nueva institución.

Desde luego, tanto del campo individualista, por lo que se refiere a la libertad, como del campo socialista que tiene toda

sus esperanzas puestas en los paros y las huelgas, la ley Kansas, como se la llama, es objeto de vivas críticas. Algunos la consideran anticonstitucional y creen que la Corte Federal la declarará así en su oportunidad. Otros ven en ella, un terrible instrumento de opresión para la clase obrera, cuyos intereses y desvelos quedan en manos de un cuerpo de origen político.

Con este motivo se ha realizado un debate entre político y científico, muy característico de la vida americana.

El autor de la ley, es el gobernador Allen y el presidente de la "Federación del Trabajo" Samuelte Gompers, en el Carnegie-hall se han retado a duelo oratorio en medio de la espectación pública.

Gompers se apoya en el principio tradicional del socialismo sobre lo absoluto del derecho de Huelga. Allen se burla de este nuevo *derecho divino* a la huelga y quiere obligar a Gompers a que conteste perentoriamente esta formidable pregunta. *¿Puede el estado considerarse ajeno o neutral en los conflictos que no son mera lucha entre el capital y el trabajo, sino que comprometen la parte misma de la sociedad?* Gompers excusó la respuesta hábilmente; pero su evasiva ha sido considerada como una derrota.

El punto de vista de Allen no es nuevo. Se recordará que Bryan cortó una huelga de ferrocarriles, asimilando ese servicio al del ejército.

Ningún problema reviste en mi concepto más interés que éste, y tiene para nosotros importancia excepcional.

En principio, es inobjetable la constitución de lo que podrían llamarse los tribunales del trabajo. La dificultad surge repecto de la organización; la corte de Kansas adolece del defecto de su designación. Los partidos políticos y los sociólogos van pronunciándose sobre este tópico. Tendré al corriente a los lectores del "Mercurio" sobre las nuevas ideas que se emita sobre él, dada la aplicación que tiene entre nosotros.

VI

EL PROGRAMA O PLATAFORMA DE LA CONVENSION REPUBLICANA.

En estos momentos publican los periódicos el programa del partido republicano en la próxima campaña política. El peligro

de una división del partido por la cuestión de la Liga de las Naciones ha desaparecido, debido a una fórmula de transacción presentada por Lodge y redactada por Root. La forma consiste como verán nuestros lectores en evadir el punto relativo a la ratificación con reservas del triunfo o al rechazo absoluto del mismo y concilia de ese modo las dos tendencias, dejando en libertad al partido en lo futuro para optar por el mejor camino. Para satisfacer la corriente general favorables a la Liga, la convención declara:

"El partido republicano está por un acuerdo entre las naciones para conservar la paz en el mundo. Creemos que tal asociación internacional, debe basarse en la justicia internacional y debe proveer métodos que mantendrán el imperio del derecho público por el desarrollo de la ley y las decisiones de cortes imparciales, y que asegurará una inmediata y general conferencia, toda vez que la paz fuera amenazada por la acción política, de modo que las naciones comprometidas a hacer e insistir sobre lo que es bueno y justo puedan ejercer su influencia y su poder para evitar la guerra".

A su vez, para dejar contentos a los irreconciliables enemigos del tratado y del presidente Wilson, declara:

"Que el convenio firmado en París ha fallado claramente en satisfacer ese propósito (salvar la independencia de los EE. UU.), y contiene estipulaciones, no sólo intolerables para un pueblo independiente; sinó encaminadas seguramente a producir injusticias, hostilidad y controversias entre las naciones, que se trata de evitar".

Y sin hacerse diferenciación entre los grupos de reservistas e irreconciliables, juzgando en conjunto la actitud de los senadores republicanos sobre el tratado de el "Los senadores cumplieron fielmente su deber".

Su fórmula, como se nos dice, nada concreta y por lo mismo es objeto de toda clase de interpretaciones. Para los partidarios de Johnson, ella es el rechazo de la Liga. Para la inmensa mayoría, no es sino un acuerdo en que los partidarios de la liga con reservas, ceden en la forma, evitando una crisis política y quedando con manos libres en lo futuro. La amenaza de Johnson, ha producido su efecto. Ha logrado un triunfo momentáneo y aparente.

El programa condena la política internacional de Wilson que ha sido "humillante para la América e irritante para otras naciones". Dice categóricamente:

"Sujetos al debido respeto a nuestras obligaciones internacionales, dejaremos a nuestro país desenvolver libremente su civilización dentro de la línea más conducente a la felicidad del pueblo y plasmar su *influencia* en el lado de la justicia y el *derecho* cuando la ocasión lo requiera".

En el relativo a las relaciones entre el capital y el trabajo, el programa establece una diferencia entre las industrias de utilidad pública y las privadas. Para las primeras, preconiza la intervención de tribunales imparciales de investigación; aunque sus decisiones no tengan sino fuerza moral. Respecto de las segundas aplaude las comisiones de investigación y mediación, sin invocar el principio del arbitraje obligatorio.

La convención ha seguido en este otro delicado punto, la misma línea equívoca que ha adoptado en la Liga de las Naciones. No invoca el arbitraje obligatorio, de acuerdo con la teoría de Gompers; pero acepta la distinción entre las industrias de utilidad pública y las privadas, base de la ley Kansas, preconizando para las primeras las intervención en todo caso de tribunales, aunque sólo con fuerza moral. Para concluír, haremos notar que el programa condena la aceptación del mandato para Armenia, y sostiene la política de intervención en México.

Prudentemente omite la cuestión irlandesa y observa un interesante silencio respecto del movimiento que quiere la derogación que prohibe el consumo de bebidas alcohólicas. Pueden estar contentos los antiprohibicionistas.

VICTOR ANDRES BELAUNDE.

Don Quijote en Yanquilandia

"Mercurio Peruano" se complace en ofrecer a sus lectores la novela inédita, cuyo título encabeza esta nota y de que es autor el prestigioso literato arequipeño doctor don Juan Manuel Polar. Es la de Polar una de las plumas mejor cortadas del Perú y su mentalidad de las más altas y cultivadas que poseamos. En la novela que publicamos revela el escritor arequipeño su entroncamiento de pura cepa castellana, en un estilo castizo que corre por los cauces cervantinos, conduciendo en su donoso caudal granos de fino humorismo y de ironía alada. Es la suya, obra que recuerda los admirables "Capítulos que se le olvidaron a Cervantes" del gran Montalvo, con la que emula en punto a intención y forma, como se verá enseguida.

CAPITULO VII.

DE LO QUE LES SUCEDIO A DON QUIJOTE Y A SANCHO LUEGO QUE SALIERON DEL CASTILLO, CON OTROS SUCESOS MUY AMENOS Y VARIADOS.

Las once o más de la noche serían cuando Don Quijote y su escudero se encontraron en plena carretera. Flanqueaban la ancha vía magníficos palacios rodeados de parques y arboledas, y al punto se le ocurrió a Don Quijote que todo el país estaba encantado y que no tardarían en topar con las más peregrinas aventuras, según dijo a Sancho que iba detrás, medio rengo y con tan mal humor, que sólo contestaba con monosílabos a las

insinuaciones de su amo, el cual andaba ganoso de palique con el buen suceso de la escapatoria.

No bien anduvieron un centenar de pasos, cuando los sorprendió súbitamente un automóvil que pasó por media carretera como una exhalación, y luego al poco rato, otro, y otro en seguida, dejando a Sancho espantado y algo confuso a Don Quijote; pero éste, respuesto luego y convencido de que se trataba de cosa de aventura, púsose en guardia saliendo al medio del camino con tal arrojo y valentía, que más de una vez hubo de ser atropellado si los chauffeurs (como llaman a esta especie de aurigas sin caballos) no fueran tan diestros que hicieran a tiempo torcer el vehículo, no sin maldecir al temerario que se les ponía delante; con lo cual el buen caballero dejóse decir que aquellas bestias feroces estaban montadas por algún maligno demonio que le huía el bulto conocedor de su fama y valentía. No era Sancho del mismo parecer, pues, a su juicio, los llamados autos eran toros salvajes o quizás enormes cucarachas endemoniadas, según podía colegirse por los ojos encandilados y por el temeroso resoplar y los bramidos con que pasaban; y era seguro que si su amo seguía poniéndose delante, en cualquier rato darían fin con ellos. Así se lo dijo a Don Quijote, encareciéndole que no se metiese en tan desaforada aventura y que más bien viesen de ocultarse entre los árboles y hasta de subirse a una rama. Rióse Don Quijote del temor de su escudero y dijo que no habían tales toros ni cucarachas, sino endriagos de los muchos que asaltan a los caballeros andantes, y que viese sino cómo huían de su presencia sin atreverse a embestirle.—"Así deberá de ser—contestó Sancho—; pero cuánto mejor estaríamos a estas horas durmiendo a pierna suelta en el palacio de mi Señor Don Samuel, si vuesa merced no fuese tan terco y tan amigo de desventuras, que no aventuras son éstas que nos están pasando."

No paraba mientes Don Quijote en las razones de su escudero, pues animado con la brisita nocturna y con la gentil salidad del castillo, sentíase tan contento y tan desenfadado, que se daba a pensar a su sabor en toda suerte de aventuras, soñando como un doncel de veinte abriles con su Señora Dulcinea, a la que le mandaba con el viento mensajero, con la menguante luna y con las relucientes estrellas los más hondos suspiros de su pecho enamorado. Sancho que sólo atendía a su dolor de huesos y a la pena de haber salido del palacio de su Señor Don Samuel, como le nombraba a boca llena, rogó a su amo que descansasen,

que la noche era para dormir y nó para andar en aquellos ajetreos y que, finalmente, él no podía más con su cuerpo según estaba de molido. Dióle gusto Don Quijote y dijo:—"No me opondré a que descanses hasta que Dios amanezca, y bien pudieras acostarte en este fresco césped que es más mullido y sedoso que las africanas pieles."—"Dudo yo de tales excelencias—dijo Sancho—,que el que vuesa merced llama césped, a mi parecer no es más que grama y tan escarchada, que poco será que no despierte con reuma con dolor de costado, si es que acierto a dormir, que lo dudo mucho." Echóse luego en el suelo, al pie de un árbol frondoso, se movió de un lado para otro buscando postura, y cuando al fin la encontró, púsose a recomendar a su amo que viera también de descansar, que iba a coger un romadizo; pero el gentil caballero, sentándose en lo que con razón decía Sancho que era grama y que a él se le antojaba césped, arrimóse a un árbol en actitud pastoril y dijo:—"Duerme tú, Sancho amigo, que yo no he menester de descanso, pues más ánimos tengo de deleitar la imaginación en aquesta noche serena que de dormir entre sábanas de encaje."—"Vea vuesa merced por su persona como mejor le pareciere—contestó Sancho—,que yo trataré de reponerme siempre que esos endriagos o demonios no den fin conmigo."

Era el sitio en que estaban a propósito para el descanso. Sombreábalo una alameda de árboles corpulentos y mullía el suelo a la verdad la aterciopelada grama, que aunque escarchada, le pareció a Sancho lo mejor posible para pasar la noche; de tal modo que, en un momento, se quedó dormido y se puso a roncar como un sochantre, que ni los lances del día ni otros peores le quitaran nunca el sueño ni las ganas de comer. Don Quijote, entre tanto, miraba a la luna y a las despiertas estrellas, suspiraba de rato en rato y se enternecía pensando castamente en Dulcinea, pues la nocturna calma veraniega, la media luz del poético paisaje y la perfumada brisa le ponían en los ánimos amorosos pensamientos, como si volviera a la edad juvenil y al honesto solaz del platónico enamorado que confía sus secretos a la discreta noche, a la fuente cristalina y al alado céfiro.

Holgando estaba, pues, Don Quijote con estas imaginaciones, cuando acertó a distinguir a la distancia dos caballerías que venían al paso, montadas por dos muchachos menores. Verlas y quedar convencido de que la una era Rocinante y la otra el rucio, fué cosa del momento. Púsose en pie, sacudió a Sancho por un brazo hasta lograr despertarlo y le dijo:—"Sancho hermano,

ve aquí a Rocinante y al rucio que llegan cuando menos lo esperábamos." Al oír Sancho tales palabras, se levantó de un brinco y con los ojos todavía medio cerrados, trató de ver al pollino, y como no lo viese, dijo malhumorado:—"¡Qué Rocinante ni qué rucio! Vuesa merced ve visiones; si las que llegan son dos bestias gallardas que yo no las vi en mis días."—"Telarañas tienes en los ojos—afirmó Don Quijote—, y de ello has de convencerte al punto." Movía Sancho la cabeza sin darse a partido y agregó Don Quijote:—"Según se advierte, los caballeros son nada menos que dos enanos de la corte de algún rey o príncipe que pretende hacer mofa de mi persona entregando a Rocinante a tan ruin jinete."—Encolerizado con esta idea, adelantóse para cruzar a las caballerías que en este punto llegaban, y teniendo a una por la brida, muy entonado y resuelto dijo a los que las montaban:—"¡Tenéos, malandrines, o no contéis con salir vivos de esta aventura!" Eran los nombrados malandrines dos muchachos, de cosa de doce años, e iban con un mensaje de su amo según después se supo. Al ver a Don Quijote, dijo uno de ellos: —"¿Quién es esta fantasma?"—"¡Cómo fantasma, señores enanos! Bien claro se ve que el príncipe que os sustenta es señor de poco más o menos cuando os crió tan descomedidos y soberbios." Asustáronse los muchachos con estas palabras que no entendían y uno de ellos preguntó temeroso a Dn Quijote que qué necesitaba.—"Nada—contestó éste—, sino que al punto habedeis de abandonar a Rocinante y al rucio si no queréis ser tratados como vuestra desvergüenza merece." No acababan ellos de enterarse de lo que aquel espectro les pedía, cuando Sancho, cobrando bríos al ver su timidez, acercóse y dándoselas de guapo, les dijo:—"¿Qué, no obedecéis lo que os manda un caballero andante como mi amo? Pues contad con que ésta es la hora postrera de vuestra vida, que sin que él tome cartas en el asunto, por ser cosa del escudero entenderse con los enanos, me bastaré yo solo para haceros entrar en razón. ¡Dejad, pues, las caballerías que se me va subiendo la mostaza!" Con esta nueva intimación, los dos muchachos acabaron de desorientarse, y el mayor de ellos se atrevió a decir que las tales caballerías eran suyas o, por mejor decir, de su amo. Entonces Sancho, manifestando mucho enfado y convencido de que no había riesgo en ser valiente, cogió por la brida al supuesto rucio (que ya al llamado Rocinante lo tenía cogido Don Quijote); trataron de forcejear los jinetes, pero Don Quijote desnudó la espada con tal fiereza, que no

esperó más el susto de los supuestos enanos y echáronse al suelo, escapando con más priesa que si tuviesen alas en los pies.

Viólos irse Don Quijote con gesto desdeñoso, mientras que Sancho examinaba las caballerías para ver de reconocellas, hasta que dijo:—"Pues aunque vuesa merced me lo mande bajo santa obediencia, no me convenceré de que hay tal rucio ni tal Rocinante, y a mi parecer, si hay justicias en este reino, iremos a parar a la cárcel por descaminadores y cuatreros."—"Así son las apariencias—contestó Don Quijote—;pero es el caso, Sancho amigo, que es muy natural que a tal palurdo como tú no se le alcancen estas cosas que lo son de encantamento y brujería. Sábete (y no andes en cavilaciones ni te devanes los sesos) que aquí tienes a Rocinante y al rucio transformados y mudados de apariencia a causa de estar también encantados, que tal es la saña de mis enemigos, que no se contentan con perseguirme a mí solamente, sí que también se estrellan con el noble Rocinante y hasta con tu modesto pollino." Dióse Sancho por convencido y satisfecho, y acercándose al caballo que le tocaba, comenzó a decir:—"Por rucio te tomo aunque no lo seas, que a la mula regalada no se le mira el diente y cuando te ofrezcan la cabrilla, ocurre con la soguilla y en recibir no hay engaño."—"Ni hay tal mula ni cabrilla—dijo Don Quijote—, sino sólo el rucio mudado y transformado por arte de magia."—"Convengo en ello—contestó Sancho—, y conste que lo hago en descargo de mi conciencia; y luego, mirando de alto a bajo la caballería, se puso a decirle: —"Rucio hermano, ¿cómo es esto de haberte trastrocado? Pollino te dejé y te encuentro alazán y con ricos jaeces. ¡Huélgome de tal transformación y encantamento que te hacen valer doble y triple de lo que costabas, y de hoy más te prometo serte fiel y no venderte así me ofrezcan por ti el oro y el moro." Conmovióse también Don Quijote al poner la mano en las crines de Rocinante y dijo de esta manera:—"¡Oh, tú, caballo de caballero, más noble y más gallardo que Incitatus, que Bucéfalo y que el propio Babieca! Sabe que por servir a quien sirves, has de pasar a la historia y que de ti han de contarse hechos más gloriosos que los que enaltecen a muchos humanos seres." En esto, dijo Sancho:—"Pero vea vuesa merced que las sillas y los frenos también han sido encantados, pues el hijo de mi madre no los vió nunca de tal forma y calidad como los que aquí se ven." —"Así es la verdad—contestó Don Quijote—; pero por decontado nada tiene de extrañar tal transformación y mudanza por aquello de que estados cambian costumbres." Razonable y jui-

ciosa le pareció a Sancho la observación de su amo y dijo:—"Muy atinadas son tales razones como las que vuesa merced dice, que así también el día en que mi amo sea servido de darme el gobierno de una ínsula, dejaré de ser escudero para ser caballero y en vez de este pelaje, gastaré un manto de brocatel y si acaso una media corona."—No estoy conforme del todo con lo que dices—observó Don Quijote—, que si las apariencias se mudan fácilmente siguiendo el curso de la voluble fortuna, no se cambia lo mismo la condición de villano por la de caballero, pues la cabra tira al monte y la mona, aunque se vista de seda, mona se queda. Años y generaciones son menester para que en el rudo plebeyo se labren los perfiles del hidalgo, que, no digamos el poder o la riqueza, pues ni aun la misma sabiduría alcanza a dar al ánimo la dignidad y gentileza hereditaria y el porte y los modales del que los tiene por crianza y por estirpe." Poco atendía Sancho las palabras de Don Quijote entretenido como estaba en examinar minuciosamente el galápago de su caballería, los arzones, la cincha y la contracincha y las riendas de filete; pero de pronto, ocurriósele esta pregunta:—"¿Y dígame mi Señor, también habrán cambiado el genio nuestras caballerías?"—"Posible es—contestó Don Quijote—que tengan ahora más bríos y empuje."—"Pues entonces no acepto el trueque—opinó Sancho—,que a mí no me place dármelas de chalán ni de domador de potros, pues como persona razonable, soy amigo del buen paso y de la condición mansa y sosegada y reza conmigo aquello de potro, que lo dome otro."—"Ya veremos de proballo—dijo a este punto Don Quijote—. Ténme el diestro, que después de tántos lustros como harán de estar yo encantado, huélgome de subir de nuevo a Rocinante para emprender más recias y arriesgadas aventuras que las de antaño. Obedeció el escudero y cabalgó Don Quijote no sin dificultad por ser la bestia de las que llaman de siete cuartas y algo movediza y retozona. Emprendió en seguida Sancho sobre el transformado rucio, pero no acababa de pasar la pierna, cuando el animal púsose a dar corvetas y Sancho a gritar pidiendo socorro a su amo, hasta que, por fin, logró ponerse a horacajadas sobre el pescuezo del caballo y, tras muchos afanes, acomodarse en la silla, pero tan confuso y aturdido, que, no atreviéndose a moverse, comenzó a decir a su amo:—"Vea vuesa merced, mi señor amo, de desencantar al rucio y volverlo a su primitiva condición, que no se han hecho para mí estas caballerías tan grandes y de tántos movimientos y alboroto. Si Dios es servido de que yo no me caiga y

llegue a bajar con bien de esta torre, no volveré a emprender la subida así me muelan a palos. Al rucio me atengo y nó a semejante potro que todo se le va en hacer cabriolas como si fuese persona mal inclinada y remolona." No iba Don Quijote mejor montado: los estribos le resultaban cortos y tenía las piernas dobladas sin acertar a acomodarse en el galápago y resbalando de la silla a cada momento; pero él poco reparo ponía en estas pequeñeces, más atento a su locura que a su comodidad, y espoleando a la bestia con los talones, a falta de espuelas, excitóla desde luego y partió al medio trote, seguido de Sancho, que iba rezando entre dientes y rogando a su amo por Dios y por los santos que procurara contener a Rocinante, pues si seguía el trote, él no contaría el fin de aquella aventura.

VIII

QUE TRATA DE LA DESAFORADA AVENTURA QUE TUVO DON QUIJOTE POR FAVORECER A UNOS HUELGUISTAS CON OTROS SUCESOS QUE NO PUEDEN PASAR INADVERTIDOS.

Siguiendo el curso de esta verídica historia, cuenta su puntual autor Cide Hamete Benengeli que el trote de las caballerías se hizo tan precipitado e incontenible, que, a poco de emprender la marcha, no ya sólo Sancho, sino el mismo Don Quijote se llegó a sentir molesto y dijo a su escudero con palabra entrecortada por el vaivén en que lo traía el alborotado bridón:—"Te aseguro, Sancho, que a Rocinante se le ha descompuesto la andadura y que hasta me parece que se nos ha vuelto algo rebelde y taimado para obedecer la rienda".—"Lo que es el rucio—contestó Sancho agazapado como un mono y cogido a las crines para no irse al suelo—trocado se há en una bestia descomunal y endemoniada según tira del freno, y mucho será que llegue a pararse, porque, a mi ver, está de cierto encantado y me lleva derecho a un precipicio temeroso y sin salida."

Trotaban a la verdad las dos caballerías más que de prisa, sin que Sancho ni su amo acertasen a contenerlas, pues a lo más que atinaban era a no caerse, pero haciendo las más curiosas figuras que puede imaginarse. Iba Sancho hecho un ovillo,

abrazado a las crines, con la cara apretada al pescuezo del caballo y perdida la rienda, y Don Quijote, echado hacia atrás, sobre los estribos cortos, sobresaliendo las rodillas puntiagudas, desmelenado y arisco el ceño.

En esto comenzó a amanecer y quiso la fortuna o la desgracia de nuestros dos caminantes que llegasen a un lugar donde había gran muchedumbre y gente formando apretado grupo delante de una fábrica grandísima de cinco o seis pisos, i que, al dar con el tumulto, las caballerías calmasen el paso, logrando entonces Don Quijote contener la suya, con lo cual se paró también la de Sancho. Los del tumulto, que eran gente que hacía huelga por ser bajo el jornal y el patrón especulador empedernido, depusieron su encono al ver a tan extraños personajes, que, llegando con las luces del amanecer, parecían fantasmas que huyesen del cercano día. No sabían a la verdad si reírse o asombrarse de tales figuras como las que hacían Don Quijote y Sancho Panza, y pensaron algunos y así lo dijeron, que nuestro buen hidalgo y su escudero eran payasos, titiriteros o gitanos que venían, seguramente, para hacer el reclamo de sus pruebas o decir la buenaventura; pero quedáronse todos sorprendidos cuando Don Quijote con voz reposada y ademán tranquilo les dijo de esta manera:—"¿Podría saberse cuál es el motivo de aqueste tumulto?" Ninguno contestaba la interpelación y empezaban ya a mofarse, cuando agregó Don Quijote:—"Si es algún desafuero el que se os face, al punto habedéis de decillo, que soy caballero andante y por ende tengo el oficio de acorrer a los necesitados y hacer justicia a los desvalidos." Mirábanse todos sin darse cuenta de tales expresiones, cuando un viejo trabajador, medio ciego, que no acertaba a distinguir la estrafalaria figura de nuestro aventurero ni menos a enterarse de sus palabras y que supuso fuese persona de la policía, descubrióse con todo respeto y adelantándose hacia donde Don Quijote estaba, explicó el caso diciendo que el patrón de la fábrica que allí se veía, no hacía la razón, pues negábase a aumentarles el jornal y a acortarles el trabajo, haciendo fuerza en la necesidad de los obreros, los cuales, aquella mañana, por ver de imponer al amo, habían concertado de declararse en huelga; y agregó que ellos pedían justicia y que la autoridad viese de favorecellos.

No entendió mucho Don Quijote la arenga del obrero, pero bien se le alcanzó que se trataba de pedirle amparo contra el abuso de algún señor feudal o castellano, y dijo de esta manera: —"Grande bellaquería es la del tal patrón de que habláis, herma-

no, y habrá de vérselas conmigo si luego al punto no cumpliere con haceros la justicia que merecéis. Sabed vosotros, gente infelice y menesterosa, que aquí tenéis delante al Caballero de la Triste Figura para ampararos y socorreros como es debido, y que el malandante que así abusó de la vuestra mísera condición será castigado con el rigor que se merece, que para tal fin me ha echado Dios al mundo. Veamos ahora y decidme ¿dó está el menguado caballero que tal agravio hace a la justicia?" En ayunas, como suele decirse, quedáronse los del tumulto oyendo el singular lenguaje de Don Quijote, pero el viejo de que antes se ha hablado supuso atinadamente que de lo que se trataba era de ver al dueño de la fábrica, y siguiendo con la idea de que Don Quijote era autoridad o policía, ofrecióse a guiarlo. Allá fué Don Quijote, seguido de Sancho, que, en tal ocasión, creyó lo más oportuno abandonarse a su suerte. La gente obrera aficionada a toda clase de arengas disparatadas propias de aquella República, se entusiasmó un tanto con la de Don Quijote por lo mismo que no la entendía, y aunque nuestro hidalgo más parecía loco que persona con juicio, siguiéronle para ver en lo que paraba el curioso suceso. Con esto, llegó el viejo que hacía de guía a una puerta de reja que cerrada estaba, pues los obreros habían quedádose fuera negándose a entrar a la diaria labor, y el patrón, muy colérico, acompañado de los administradores, se paseaba de largo a largo en un amplio corredor, haciendo alarde en su ademán y en sus palabras de que no cedería ni por buenas ni por malas. Llegados que fueron a la puerta, mandó Don Quijote abrirla y entró, seguido de los huelguistas, con aire tan entonado y resuelto, que los obreros no sabían qué pensar. El dueño de la fábrica, hombre de complexión recia y desapacible, mal encarado, con mejillas vinosas y barbas bermejas, pensó que, al fin, los obreros entraban en lo que él suponía la razón y se adelantó a recibirlos con sesudas razones; pero al ver a Don Quijote, alteróse súbitamente pensando que le hacían mofa con aquel espantajo e iba ya a echar a los insolentes, cuando Don Quijote, que entendió ser aquél el amo, con reposado continente le habló de esta manera:—"Sabrá vuesa merced, señor caballero, cómo yo soy Don Quijote de la Mancha de quien cuentan las historias fazañas nunca vistas como desfacedor de agravios y castigador de bellacos, a punto que, con tales títulos, vengo en decir a vuesa merced que vea de atender sin réplica la petición de esta gente desvalida y menesterosa." No sabía el fabricante qué contestar a semejante loco, según supuso que lo fuese, y

tras un rato de silencio, dijo de esta manera:—"Váyase, buen hombre, por donde vino, que no está el humor para bromas"—y luego, volviéndose a los obreros, agregó:—"Vosotros al trabajo o a la calle, que ya voy perdiendo la paciencia." Con sonrisa despectiva oyó Don Quijote las razones del fabricante y al cabo dijo:—"Bien se conoce, señor bellaco, que no sois hidalgo ni cosa tal, que a serlo, entrárais presto en la razón."—"¿Y quién es usted, señor espantajo—contestó el aludido—, para venirme a mí con demandas?"—"¿Qué quién soy yo?—dijo Don Quijote montado en cólera.—Pues va a verlo vuesa merced, señor don insolente." Y luego al punto, sin esperar más requerimientos, enristrando la lanza, excitó el caballo y se fué sobre el fabricante con tanto ímpetu, que lo derribó en tierra; quiso el infeliz levantarse, pero Don Quijote, en actitud desaforada, parándose sobre los estribos, amenazó con darle fin allí mismo si al punto no entraba en la razón. El bueno del yanqui, que nunca las vió tan gordas, tartamudeaba pidiendo favor sin atreverse ni a resollar, aterrado con la figura de Don Quijote que se le venía encima, y los mismos obreros, algo espantados con semejante escena, se alejaron un tanto sin saber qué partido tomar. En estas circunstancias, Don Quijote, viendo caído a su adversario, le apuntó al pecho con la lanza y le notificó que en ese punto y hora daría fin con él, si en el mismo acto no se daba por vencido. —"Por vencido me doy"—balbuceó el yanqui que ya se daba por muerto.—Calmóse con esto Don Quijote y levantando la lanza, dijo a los obreros:—"Entrad, hermanos, a los vuestros menesteres, que este señor Caballero os hará justicia según las leyes de la Andante Caballería;" y dirigiéndose al fabricante, añadió: —"Levántese vuesa merced, señor don majadero, que estas mis armas no se han hecho para los que entran en la razón ya sea por buenas o por malas."

En éstas estaban, cuando la policía, advertida del tumulto, llegó a la fábrica. Ver a los seis polizontes de a caballo y recobrar los ánimos el mercader dueño de aquélla, fué cosa del momento. Huyóse a un corredor o vestíbulo que a la entrada del edificio había y púsose a dar gritos diciendo a los guardianes del orden que viesen de aprehender a aquel loco o demonio que quería asesinarle.—"¡Sayones conmigo!"—dijo Don Quijote viéndolos venir, y enristró de nuevo la lanza con tanta fiereza, que los mismos obreros se arremolinaron amedrentados. Acudió Sancho a su amo para que se calmase, diciéndole que no se metiera a reñir con los de la Santa Hermandad, que tal suponía

que fuesen los policiales; intimáronle éstos para que se entregára a la justicia; pero el bizarro Don Quijote, loco de todo en todo, fuése a ellos lanza en mano y arremetió con tánta furia, que atropelló con su caballería la primera que encontró al paso, á punto que, siendo buen jinete el que la montaba, se vino al suelo por abreviatura, cayendo también Don Quijote, que fué a dar con sus huesos en tierra bajo las patas de los caballos. Acudieron los obreros a favorecerlo entre burlones y compadecidos; gesticulaba el fabricante pidiendo indemnización, que es la mejor justicia de estos reinos, y los de la polícia, entendiendo que era aquél un loco desatado, recogiéronlo del suelo todo aporreado y contuso, con un chichón en la frente y escupiendo la última muela que le quedaba como recuerdo de haberlas tenido; y al punto, sin perder el tiempo en contemplaciones, atáronlo fuertemente, poniendo oídos de mercader a las protestas y denuestos que les echaba en cara el molido caballero; y luego de atarlo, por malas, que no por buenas, tres de los policiales, que se habían bajado de sus caballos, cargándolo en alto, llevárongelo como en silla de manos, seguidos de los obreros que tomaron la cosa a bullanga y festejo.

¿Qué decir del susto y congojas del bueno de Sancho en semejante cuita? No sabía si seguir a su amo o si quedarse allí, hasta que un policial, reparando en su catadura, soltó la risa y preguntóle que quién era.—"Yo no soy nadie—contestó el infeliz escudero—; es decir yo no sé quién soy ni quién es mi amo, que a tal punto me ha traído mi mala fortuna; pero tenga cuenta vuestra señoría que ambos dos, amo y criado, somos resucitados o encantados que es lo mismo, y que si estoy aquí es porque he venido sin saber el cómo ni el cómo nó."—"Bien se ve que sois un grandísimo bellaco y pillo de añadidura"—replicó el de la policía.—"¡Pillo yo!.....¡Juro por mi ánima que jamás me apropié de cosa ajena! En lo de bellaco, no diré lo mismo, que, a mi entender, todos tenemos algo de tales y en vez de decir aquello de médico, poeta y loco, debió de haberse dicho de bellaco, con perdón de vuesa merced, señor de la Santa Hermandad."—"¿Qué Hermandad es ésa?"—preguntó el policía.—"Seguramente que vuesa merced está también encantado cuando no lo sabe, y debe de ser por culpa de ese maldito viejo brujo, hideputa, a quien llaman el Tío Samuel."—"Buenos están tales desatinos para engañar a bobos—dijo el policía que no entendía jota de las razones de Sancho—. Andad, que ya se os ajustarán las clavijas como merecéis, señor embustero."—"Digo que no soy

pícaro ni embustéro—clamaba Sancho—; y puede vuesa merced enterarse preguntando en mi aldea y sus cercanías y aun en toda la Mancha si es o nó persona honrada el buen Sancho Panza." —"Digo que andéis"—repitió el guardia ya escamado pues varios de los obreros que presenciaban la escena entendían que el sujeto aquél de facha tan estrafalaria trataba de tomarle el pelo al policial y empezaban a reírse a todo gusto. Amedrentado el pobre Sancho, no sabía a quién volver los ojos y no acertaba a moverse, hasta que el de la policía cogió del diestro el caballo que aquél montaba y llevóselo consigo detrás de la comitiva que iba con Don Quijote.

Entre tanto, los guardianes del orden conducían en alto al Caballero Manchego, y éste, convencido de la ralea de sus conductores, dejábase llevar con digno continente, que no es de caballeros andantes ponerse en altercados con gente ruin y plebeya sin faltar a las leyes de la Andante Caballería. Sancho, viendo a su amo preso y aporreado, empezó a decir:—"Mire vuesa merced, Señor Don Quijote, cuál es la desventura en que nos vemos por habernos escapado del castillo de mi Señor Don Samuel. En hora menguada me tomó vuesa merced como escudero y en otra más menguada me dejé yo engatusar con promesas de ínsulas y de gobiernos, que es como si dijéramos echarse a volar sin alas y romperse las narices." Seguía Sancho ensartando refranes y lamentándose sin que su amo diera muestras de contestarle, cuando uno de los de la policía detuvo a un automóvil que a la sazón pasaba y en un abrir y cerrar de ojos, metieron en él al amo y al escudero, entrándose con ellos dos policías, y partió el automóvil con más velocidad que la del viento.

No pareció sobrecogerse Don Quijote con esta novedad, pues, firme en su monomanía, creía que era aquél un endriago de los muchos de que se valen los hechiceros, según se cuenta en las historias que él tenía bien presentes; pero a Sancho, de puro asustado, cogióle un sopor y dobló la cabeza como un pollo, pensando que era llegada su última hora.

(Continuará)

JUAN MANUEL POLAR.

Del Jardín de Hesperis

De Miguel S. Oliver

Miguel S. Oliver, el fino poeta mallorquín y notable prosador en catalán y castellano, nació en Mallorca en el pueblo de Campanet en 1865 y murió en Barcelona en 1919. Escribió mucho y estudió más. Como investigador, dedicóse especialmente a revelar todo lo que se refería a la revolución y al movimiento romántico en Mallorca y Cataluña. Díganlo sus trabajos sobre "Los refugiados de 1810", "Georges Sand", "Piferrer", "Las Casas Señoriales", sus ensayos sobre Quadrado, sobre Balmes. Fué Director de "La Vanguardia" de Barcelona, donde escribió admirables artículos sobre su tierra natal, sus cosas y sus hombres, gran parte de los que reunió en un libro titulado *Hojas del Sábado*. Muy interesante también es su libro "El caso Maura", en que revela su simpatía por su gran amigo y paisano. Como poeta catalán ha dejado un tomo de *Poesies*. Es su poesía fina y suave, sin grandes estremecimientos. Oliver es de esos poetas en tono menor, que se leen siempre con agrado. Discreto, amable, con cierta hondura de humor y purísimo en la expresión. Un fondo romántico lo alienta, pero guarda en la forma la noble mesura del buen gusto clásico.

J. G.

MOZART.

(Del libro "Poesías")

Angélica, süave, confortada,
llora la Musa que a soñar convida;
blandas quejas de tórtola dolida
gime, triste, la viola acompasada.

De clásicos amores, brisa alada
cimbra las flores del jardín de Armida,
cae en el mármol el agua de la vida
y llora en el laurel flauta encantada.

Por las sendas en grupo cadencioso
se alejan nueve gráciles doncellas,
buscando umbra de sauces y de acacias.

Así al morir de un arte milagroso,
te dieron su claror nuevas estrellas
y el postrer beso las postreras Gracias.

De Gabriel Alomar

Gabriel Alomar, como Oliver, nació en Mallorca, el año de 1873. Periodista insigne y combativo, ha escrito vibrantísimas páginas sobre la realidad política de España. Afiliado al partido republicano, Alomar goza en él de gran prestigio. Durante la Gran Guerra, fueron especialmente notables ssu artículos en favor de Francia. Un crítico, Alejandro Plana, ha dicho de él que es "un teorizador, un sutil comentador de los hechos sociales y políticos y un realizador de formas de belleza". Y Azorín ha dicho que en él luchan la contemplación de la realidad y el deseo de verla transformada por un ideal progresivo. Como poeta y hombre de letras ha escrito obras tan jugosas e interesantes como *Una vita que's mor—Tot, passant* (1904); *"El futurismo"* (1903); *"De poetizació"* (1908) y *"La Columna de Foc"*. Es este último su libro de versos. Sus poesías le afilian a los grupos parnasianos. La forma es admirable, ajustada, ceñida, casi férrea; tiene brillo y són metálico. Como casi todos los poetas mallorquines, ha aportado a la poesía catalana un valor formal de brillantez y pureza de forma, dentro del que se agitan la llama de un romanticismo de buena cepa y el fuego purificador de una gran cultura.

J. G.

LA CUADRIGA

(Del libro "La Columna de Foc")

Los belfos espumosos por la ávida carrera,
abiertas las narices al goce aspirador,
las colas fustigando la férrea delantera,
las grupas relucientes de sol y de sudor. . . . .

En nubes fulgurantes de tierra volandera
pasa a galope rápido el grupo vencedor,
revuela triunfalmente la vívida crinera,
luce un cuerpo apolíneo el púgil conductor.

Tuércense coom un arco viril las corvas duras;
esculpidos, los músculos detallan sus junturas,
los anchos pechos yerguen altivos sus broqueles;

los torneados cuellos dora una luz divina
¡y el ritmo luminoso que el galopar combina
cincela una viviente estrofa de corceles.

JOSE GALVEZ.

El Gozo en el Pozo

A la Sra. Blanca Z. de Baralt.

Escrito está que el hombre pobre y con obligaciones difícilmente podrá ascender de la humilde condición de artesano a la superior categoría de artífice, por la sencilla razón de que, en la lucha continua y febril por la existencia, no le es dado malgastar su tiempo en la labor de paciente contracción que la obra delicada requiere.

Este era el caso de Baltasar Murillo. Con aptitudes para ebanista, la vulgaridad del medio en que vivía y las exigencias de la necesidad le obligaban a trabajar como simple carpintero de blanco, manejar la sierra y el cepillo, la azuela y el formón, en vez de las finas herramientas de tallar y pulir; cuando por inclinación propia su gusto habría sido transformar en un mueble de lujo cada tronco de oloroso cedro y en una elegante moldura cada zoquete de nogal.

Casado y con hijos e hijas, la última de éstas, que había nacido con cara de ángel, como predestinada a volver pronto a su coro, murió tierna, después de penosa enfermedad, ocasionando a sus padres, además del incalculable dolor consiguiente, un verdadero quebranto económico, en la forma de deudas fuertes, ingentes para ellos, cuya única fortuna consistía en el jornal que ganaba Murillo. Entonces determinó éste robar al preciso descanso algunas horas, de las contadas que ordinariamente pasaba fuera del taller; y acordándose de sus buenas disposiciones, se consiguió madera escogida e hizo, nó una mesa ni una silla, no un cofre ni una cómoda, sino un ataúd suntuoso. Pensaba que el ataúd, como artículo de grande utilidad, de uso imprescindible, sería de fácil salida, a diferencia de otros enseres más o me-

nos accesorios y superfluos. Acaso también influiría en ello el estado de su ánimo, que le induciría a preferir las ocupaciones tristes, así como el sufrimiento inspira sonatas patéticas al músico y elegías al poeta.

Pero como la materia prima era excelente, el trabajo esmeradísimo y, sobre todo, de relativa entidad sus compromisos, Murillo no podía malbaratar la caja. Su valor mínimo era de ciento cincuenta soles, y de su venta dependían el cumplimiento de responsabilidades sagradas y la tranquilidad de la familia.

Transcurrieron semanas y meses, y el ataúd permanecía en casa del carpintero, arrinconado y cubierto de polvo, y hasta las arañas habían tendido sobre él su urdimbre, como si pretendiesen envolverle en un sutil paramento de nueva invención. No era que faltasen defunciones en Aural, sino que ellas ocurrían entre gentes del proletariado y de la pequeña burguesía: ninguna en la alta clase, única para la cual era accesible aquél, por su precio, inusitado en la localidad. Mientras tanto, los réditos acumulados iban aumentando el monto de los préstamos, y los acreedores sin entrañas no dejaban en paz al deudor.

Su esposa, mujer de notable perspicacia y que cazaba muy largo, solía decirle:

—Mejor nos habría ido, Baltasar, si en lugar de una caja hubieras hecho una cuna: entre los ricos, nacen veinte niños por cada viejo que se muere.

—Es que en las casas ricas tienen cunas de metal—contestaba él, explicándose—; al paso que todos los muertos, sin excepción, se pudren en cajas de palo. Ya llegará el momento de vender esta, mujer; no te ahogues en poca agua.

Pero la mujer no se calmaba; porque veía que cada día que pasaba sin el ingreso esperado, significaba un nuevo perjuicio, un gravamen mayor. Con la vehemencia peculiar de su sexo, en el que predominan los nervios, lamentábase de la tardanza, comprendiendo que así el precio del ataúd no bastaría para cancelar las obligaciones pendientes, mucho menos para sacarlos de otros apuros. Este negocio llegó a ser para ella una obsesión.

Cuenta Lazarillo de Tormes que cuando se asentó con un clérigo miserable, se volvió enemigo de la naturaleza humana; porque como solamente en los mortuorios lograba comer hasta saciarse, deseaba que cada día aconteciese un fallecimiento, y así se lo pedía de todas veras a Dios. Pues exactamente lo mismo vino a sucederle a la mujer de Murillo. Mientras éste aguardaba resignado que se presentase la ocasión de enajenar el arca

fúnebre, a aquélla la desesperaba el buen estado sanitario del lugar, al punto de que el cólera y la peste bubónica la habrían parecido una bendición: que a tales aberraciones suelen conducir la necesidad, más fecunda a veces que la mala índole en la sugestión de ideas diabólicas.

En dichas circunstancias, cayó enfermo de cuidado un anciano vocal de la Corte de Justicia; y como se trataba de todo un personaje, la noticia se esparció rápidamente por la ciudad, llegando a oídos de la Murillo, quien vió el cielo abierto al recibirla; puesto que el casi seguro desenlace fatal de esa enfermedad, haciendo más que probable la venta de la caja, equivaldría al positivo desahogo por que suspiraba.

Anhelosa de averiguar si en efecto era verdad tánta belleza, envolvióse en su mantón y se dirigió al domicilio del magistrado, en donde, fingiendo profunda simpatía, pidió datos concretos, para salir de dudas.

Lo que alcanzó a oír y a observar, llenóla de consuelo: el mal revestía caractedes gravísimos, y la avanzada edad del paciente no permitía abrigar muchas esperanzas; por lo cual reservaban su pronóstico los cuatro médicos que, para entrar en consulta, le habían examinado.

Regresó a su casa la Murillo con el corazón poblado de hermosas expectativas, proponiéndose visitar mañana, tarde y noche, como los mismos facultativos, la morada del enfermo, cierta de que la dolencia no se prolongaría demasiado.

Entre tanto, con el interés que demostraba, iba la mujer echando una ese y un clavo a los deudos del vocal, que apenas la habían conocido antes y que ahora, agradecidos a su afectuosa, imponderable solicitud, hasta la invitaron a penetrar libremente en el cuarto del enfermo, para que pudiera ver por sí misma su estado.

Una de esas noche, el pobre señor empeoró a tal extremo que se le administraron los últimos auxilios espirituales, en la certidumbre de que su fin no tardaría más de cuatro o seis horas en llegar.

Aunque a su misma familia ocultaba la Murillo la intensidad de su satisfacción, no dejó de enterar a su marido de la feliz coyuntura próxima a ofrecérseles; y la última noche la pasó aquélla sin poder conciliar el sueño, haciendo calendarios y discurriendo acerca de los términos en que debía formular su propuesta de venta del ataúd, al día siguiente.

Bien temprano, se echó a la calle y, jadeando, llegó a la que ya suponía casa mortuoria. Al franquear el zaguán, vió que salía del cuarto del enfermo la esposa de éste, con una taza en la mano, y oyó que, sin perder tiempo en saludos, rebosando alegría, atropelladamente, con la exaltación y fogosidad propias de quien comunica una grata noticia, de quien habla con persona capaz de comprenderle y sentir, en el mismo instante y por la misma causa, igual emoción, la decía, casi a gritos:

—¡Su querido amigo de Ud., muy aliviado! ¡Dicen los doctores que la enfermedad ha hecho crisis, y acaban de declararle fuera de peligro!

¡Mal año para las actrices! De cuánto disimulo, de qué arte tan supremo necesitó echar mano la Murillo para afectar un júbilo que tan lejos estaba de sentir; para que su mueca de angustia pareciera sonrisa, mientras allá en su interior se desplomaba estrepitosamente, como por efecto de un terremoto, el castillo de sus ilusiones!. . . . . .

AMALIA PUGA DE LOSADA.

Canción

Canción es la alegría de las alas
que al cielo manso se entregó en el viento
y rinde, al fin, la gloria de sus galas
en la huída, incansable, del momento.

Tus alas son las únicas escalas
tendidas hacia el mar. El firmamento,
tu meta:—anhelo de silbantes balas—
altiva cumbre de fugaz contento.

Y en júbilo o cuitada mansedumbre
yerra en la aurora o en la tarda lumbre
o juega con las sombras a lo lejos.

Como ave subes, como llama asciendes,
canción que, sin saberlo, el vuelo emprendes:
¡ala sin ave, llama sin reflejos!

MARIANO BRULL.

Europa después de la gran Guerra

La situación económica y social que atraviesa Europa, después de la Gran Guerra, es verdaderamente penosa e inquietante. Dadas la interdependencia, la efectiva e inevitable solidaridad del mundo económico contemporáneo, la vida financiera y sus repercusiones sociales, en las naciones del continente europeo, no pueden sernos en manera alguna indiferentes. Estamos vinculados a ellas, en su presente y su porvenir, por fenómenos y relaciones más fuertes y profundas que toda humana voluntad. La vida de sus mercados, sus cambios, su prosperidad o su bancarrota, su malestar y sus crisis nos afectan directa e inmediatamente. La economía del mundo es hoy día una sola y en esta grande hermandad humana nadie debe ni puede regocijarse de las dificultades y angustias ajenas. La simpatía y el interés nos señalan, en éste, como en otros casos, una misma actitud y una misma conducta.

APARIENCIAS Y REALIDADES

Para un observador superficial y satisfecho que sólo quiera ver, en las ciudades del continente, la vida de frivolidad y despilfarro que, apesar de la guerra, persisten en vivir escandalosamente los enriquecidos en ella—la legión, siempre grande, de egoístas y vividores—,poco hay de cambiado en el espectáculo de la vida que se muestra en ellas. Los hoteles, teatros, salas de baile y de juego, los hipódromos y *cabarets*, todo está repleto de una multitud lujosa y ávida de placer; en todas partes la misma ostentosa exhibición de joyas, pieles y carruajes. No hay que dejarse engañar por esta brillante ficción que sólo sirve para hacer más sombrío el profundo y trájico contraste. Bien cerca están el hambre, el frío, la enfermedad, el agotamiento, la miseria y el dolor en sus formas más diversas y pavorosas.

En julio del pasado año 19, según los datos, siempre exactos, reunidos por esa admirable Comisión Americana de Auxilios, presidida por Mr. Hoover, más de quince millones de familias estaban recibiendo, en formas diversas, primas por falta de trabajo y vivían así a expensas de sus respectivos estados, ya agobiados de deudas.

Bien cerca están esas desventuradas regiones que fueron el campo de batalla en que se lucharon los destinos del mundo. La inmensa catástrofe que las ha asolado sólo sirve para decirnos con su elocuente mudez hasta dónde puede padecer el hombre y hasta qué punto es la guerra la enemiga de toda vida y la fecunda aliada de la desolación y de la muerte. En solo Francia, han quedado en escombros más de 550,000 hogares. Allí fueron prósperas y laboriosas ciudades, pintorescas aldeas, rústicos villorrios, campiñas virgilianas y ubérrimas, fábricas y talleres, hogares desbordantes de ventura. Una infinita desolación cubre hoy la vastedad de aquellos campos; por kilómetros de kilómetros, en un paisaje sin horizonte ni fin, se extiende la devastación incalculable y fantástica: idéntica en Francia, en Bélgica, en Servia; la misma en Reims, que en Amiens o San Quintín. Ciudades destrozadas, pueblos arrasados, tierras desgarradas por los obuses y las minas, centenares de miles de kilómetros de campos de cultivo inutilizados por los cráteres, grietas y escombros de las explosiones; ferrocarriles, puentes, canales, túneles y exclusas, volados y destruídos; visiones todas de una desolación lunar para cuya descripción ninguna pluma es suficientemente realista, ni ninguna expresión humana suficientemente expresiva y dolorosa. La más sombría y trájica inspiración de los Poe, los Baudelaire, los Barbusse no llega a trasmitir la sensación de escalofrío y de pavor de aquel inmenso cataclismo. Ante él, como ante las tumbas incontables de los apretados cementerios esparcidos en los campos, nuestra única actitud es el respetuoso terror, la consternación, el recogimiento, el silencio lleno de infinita congoja. Los seres que han regresado a esos campos de la muerte y habitan entre los escombros de los amados hogares que fueron, viven la más lamentable miseria que sea dable concebir en esta tierra tan fértil en infortunios.

EL MARTIRIO DE SERVIA, LA HEROICA

Al lado de Francia y de Bélgica, Servia es una de las grandes víctimas de la guerra. En los campos de batalla quedó ten-

dida la mitad de su población masculina de 18 a 60 años; en los centros de internación de sus feroces enemigos sucumbieron 50,000 de sus hijos, y en los éxodos de su pueblo y en la retirada de Albania más de 200,000 niños y mujeres. El tifus, en espantosa epidemia, destruyó más de 300,000 vidas de su población civil y durante los tres años de ocupación enemiga de su suelo, el hambre y la falta de asistecia médica destruyeron 250,000 existencias más. La historia humana en sus más crueles y sangrientos anales no recuerda análogo holocausto, padecido con entereza y heroísmo semejantes. La vieja Servia sacrificó en la Gran Guerra a la lealtad de sus convicciones más de la tercera parte de su población. Su infortunio, su duelo y su miseria son inmensos. Cuanto por ella haga el mundo será pequeño homenaje a la magnífica grandeza de sus virtudes.

LA MISERIA DE OTROS PUEBLOS

Grave y dolorosa es, también, la situación de las poblaciones de Europa Central, a juzgar por los informes de viajeros y comisionados que acaban de visitarla. A consecuencia de las privaciones y del hambre, una generación entera está a punto de sucumbir; las formas más atroces y malignas de tuberculosis se han desarrollado en centenares de niños y de adultos; la anemia y el raquitismo en la infancia están produciendo monstruosidades espeluzantes, deformaciones macabras; niños que son esqueletos vivientes, con edemas de hambre, vacilantes y trémulos cual centenarios. El informe de la Comisión Médica, enviada a Alemania por las facultades de Holanda, Suecia y Noruega, expresa que la tuberculosis está presentándose en formas antes sólo excepcionales; que ataca todo el cuerpo simultáneamente y es prácticamente incurable. En los adultos está revistiendo formas fatales en un 90 por ciento de los casos. Es frecuente la terrible tuberculosis glandular que degenera en una disolución purulenta general. La falta de alimento, de leche, grasas y aceites hace que nada se pueda hacer para aliviar eficazmente tánto sufrimiento y tánto mal.

En Suiza, siempre generosa y hospitalaria, tuvimos ocasión de ver a algunos de esos niños que, enviados de Alemania, son distribuídos entre las familias de las ciudades y los campos para ser alimentados. En largos trenes especiales llegan estos tiernos inmigrantes del hambre, inocentes víctimas de una guerra maldita. Lloran los campesinos de emoción al contemplar el

estado en que llegan estos vencidos, que tan de niños han aprendido a conocer toda la ferocidad de las luchas humanas. ¡Con qué sentimientos entrará a la vida esta infancia martirizada y qué peligros significarán esos sentimientos para el porvenir! Si no es posible evitar que la injusticia, la miseria y el dolor persigan al hombre sobre la tierra, ellos deben ser abolidos para la infancia. No es posible que hagamos mejores a los hombres, si no hacemos felices y buenos a los niños.

Una vez más la guerra ha revelado a los hombres cuán sublime y frágil cosa es la civilización; cuán cerca está siempre la barbarie y cuán fácilmente se puede volver a ella. "Se pierde en tres semanas el resultado de varios siglos", decía *Sainte Beuve*. En el mundo antiguo, ya *Aristóteles* enseñaba que si el hombre, en toda su perfección, es el primero de los animales, abandonado a los impulsos brutales del amor y el hambre es la más feroz y más perversa de las criaturas. Con análogo pesimismo pudo decir *Hugo*, siglos después:

L' homme ébauché ne sort qu'a demi du chaos
El jusqu'á la ceinture il plonge dans la brute...

Por cierto que no es todo sombra en el cuadro siniestro. Europa no deberá olvidar nunca la actividad bendita de la Comisión Americana de Socorro *(The American Relief Comission)*. A su concurso y esfuerzo se debe, en los primeros meses del año 1919, la salvación de millares de vidas y la preservación de Europa de mayores sufrimientos y peligros. La extraordinaria personalidad de Mr. Hoover, su clara visión de la realidad, su competencia, actividad y abnegación hicieron de él el jefe incomparable de esa nueva cruzada humana, que en todas partes suscitó gratitud y bendiciones y que constituye uno de los más hermosos esfuerzos que puedan concebir el espíritu y el corazón del hombre en lucha contra la miseria, el dolor y la muerte.

DEUDAS Y DAÑOS DE GUERRA

Como no podía dejar de acontecer y como proféticamente lo había anunciado *Normann Angel*, en su tan discutido libro *"La Grande Ilusión"*, la conflagración europea había de constituír un desastre financiero sin precedente en la historia humana; un desquiciamiento del sistema económico e industrial del mundo, fecundo en repercusiones y sorpresas políticas, económicas, so-

ciales y jurídicas; lleno de consecuencias para vencedores y vencidos.

El costo total de la guerra ha sido estimado en 24,000 millones de libras esterlinas. El interés anual de esta fabulosa cifra, sin tener en cuenta su amortización, representa 1,2000 millones de libras, cifras cuya magnitud ha excedido las previsiones más audaces de la fantasía. El volumen de la deuda de los Aliados entre sí es, aproximadamente, de 4,000 millones de libras. Estados Unidos ha prestado solamente; Inglaterra ha prestado dos veces más de lo que ha recibido; Francia ha recibido como tres veces lo que ha prestado; los otros Aliados, sólo han recibido. Es curioso constatar que Francia victoriosa debe a sus Aliados en la Gran Guerra una suma cuatro veces mayor que la indemnización que pagó a Alemania en 1870. El monto de los empréstitos hechos por Estados Unidos a los Aliados excede de 2,000 millones de libras; Inglaterra ha prestado alrededor de 1,740 millones y Francia 355 (De estos 160 a Rusia, 90 a Bélgica, 35 a Italia, 20 a Servia y Yugo-Eslavia). Italia ha recibido de Estados Unidos, Inglaterra y Francia 827 millones de libras.

Los Estados Unidos no sólo sacrificaron la sangre de sus hijos, sino que dieron sin contar, con generosidad espléndida y oportuna. La ingratitud y el olvido no llegan a las serenas regiones de la historia. Mr. *J. M. Keynes*, eminente economista inglés, que vivió, durante la Gran Guerra, en el Tesoro Británico y fué como representante oficial en la Conferencia de la Paz y en el Consejo Supremo Económico, en reciente e interesantísimo libro, ha dicho que la historia financiera de los seis meses corridos de fines del verano de 1916 a la entrada de los Estados Unidos a la guerra, en abril de 1917, está por escribirse; que bien pocos están en el secreto de la inmensa gravedad y enormes dificultades financieras de esos días; de la constancia y el valor que reclamaron y de la imposible y desesperada tarea que hubiera sido el salvarlos sin el eficaz concurso de la gran democracia norteamericana.

La restauración de las regiones invadidas, devastadas y saqueadas por Alemania exige enormes caudales. Como no podía menos de acontecer, tratándose de cálculos tan grandes y complejos, las estimaciones, hechas por los expertos y técnicos, de las reparaciones debidas, son muy diversas y aún contradictorias. Aún cuando la extensión y la magnitud de los daños materiales son fáciles de determinar, es, en cambio, bien difícil estimar el valor de la reparación total que, necesariamente, de-

penderá de la época en que se lleven a cabo las reparaciones, del valor de los materiales y de la mano de obra en el momento de la reconstrucción y de los métodos que se adopten. No es posible imaginar una reconstrucción absoluta tratándose de ciudades, en las que había construcciones de muy distintas épocas y de pueblos y aldeas de una edificación primitiva, vetusta o miserable.

En la discusión del nuevo presupuesto francés, *M. Dubois*, señaló para la reconstrucción de las regiones devastadas un minimum de 65,000 millones de francos, 2,600 millones de libras. *M. René Pupin*, autor del del libro "*La Richesse de la France devant la Guerre*", estima los daños materiales de las regiones invadidas en 10 a 15,000 millones de francos, de 400 a 600 millones de libras. Y *M. Loucheur*, Ministro de la Reconstrucción Industrial, expresó ante el Senado, en el mes de febrero de 1919, que la reconstitución de las regiones devastadas exigía un gasto de 75,000 millones de francos, 3,000 millones de libras esterlinas. La cifra de 500 millones de libras del experto inglés *Keynes* cae entre los extremos de las cifras indicadas por el publicista francés *Pupin*.

Teniendo en consideración los datos de *Stamp* y las informaciones oficiales sobre la riqueza belga en 1913, los daños de las propiedades de Bélgica han sido estimados en 150 millones de libras, a los que hay que agregar 100 millones más, por los cupos, requisiciones y exacciones impuestos por los invasores. Las reparaciones de las regiones invadidas de Italia y Servia importan algunos millones de libras más.

LA SITUACION ECONOMICA Y FISCAL EN EL CONTINENTE

Tampoco sugiere perspectivas de optimismo la situación monetaria del continente, producida, en buena parte, por la persistente inflación de la circulación monetaria. Los estados no han encontrado mejor solución que la de imprimir y emitir billetes de banco. En Rusia, Austria Hungría y Polonia la situación es tal, que todo comercio internacional se hace imposible dada la absoluta depreciación de la moneda nacional. La caída del marco alemán no ha podido ser mayor; las monedas de Francia e Italia han perdido apreciablemente de valor y hasta la misma libra esterlina ha sufrido en el sistema de los cambios internacionales.

La circulación monetaria de Alemania ha llegado a ser diez veces mayor de lo que era antes de la guerra; la de Francia más de seis veces su nivel anterior a 1914 y la de Italia cinco o seis. Francia tiene 35,000 millones de francos en billetes frente a 5,000 millones de oro, más algunos millares de millones en Bonos de la Defensa Nacional, que no son sino otra forma de billetes de banco.

El examen de los presupuestos y sus déficits, es no menos revelador; la inmensa desproporción entre las importaciones y exportaciones agrava aún más la situación de los cambios internacionales; las deudas y los déficits continúan creciendo y las importaciones, llevadas a cabo por los estados, con el objeto de mantener artificialmente bajo el precio del pan, han constituído operaciones onerosísimas que han aumentado las dificultades de la vida fiscal. En ciertos estados la situación reviste las formas de la mayor gravedad. Así en Alemania los presupuestos para 1919-1920 alcanzan a 25,000 millones de marcos de los cuales solo diez pueden ser cubiertos con los impuestos existentes. Esto sin tener en cuenta las reparaciones que le impone la Paz de Versalles. La deuda interna alemana asciende a 240,000 millones de marcos y las pensiones anuales que debe pagar a 250 millones de libras. En Rusia, Polonia, Austria, Hungría la situación financiera y fiscal es no menos caótica e incierta. En países famélicos, agotados y desorganizados por la guerra, con un costo de vida anormal, toda política de impuestos es impopular y encuentra justificadas resistencias.

LAS OBLIGACIONES DE ALEMANIA SEGUN EL TRATADO

Por sus enormes proyecciones sobre el porvenir económico de Europa y por las múltiples consecuencias que entrañan, es indispensable nos detengamos unos instantes en las principales obligaciones económicas que el Tratado de Versalles impone a Alemania. Keynes, el ya citado representante del Tesoro Británico en la Conferencia de la Paz y el Consejo Supremo Económico, las estima, aproximadamente en 8,000 millones de libras esterlinas. El ex-ministro de Finanzas francés, Klotz en su discurso en la Cámara de Diputados, el 5 de setiembre de 1919, hacía ascender a 15,000 millones de libras el total de las demandas aliadas, que con sus intereses, serían pagadas por Alemania a partir del a-

ño 1921, en 34 anualidades de cerca de 1,000 millones de libras cada una, de las que Francia recibiría 550 millones por año.

Además del monto total de las reparaciones, el Tratado obliga a Alemania a pagar antes del 1º de Mayo de 1921, 1,000 millones de libras más. La cancelación de esta suma incluiría las reservas de oro y plata de Alemania, que, en noviembre de 1918, fueron estimadas en 125 millones de libras, pero que, después de las laboriosas conferencias de Tréves, Spa, Bruselas, Chateau Villete y Versalles, de los pagos consentidos para el aprovisionamiento de Alemania y de la transferencia a los Aliados de más de 50 millones de libras en oro, han quedado reducidas a 55 millones, en setiembre del año pasado; los 120 millones de libras, valor del tonelaje de la marina mercante alemana; el valor del material rodante (5,000 locomotoras y 150,000 vagones) entregado por Alemania en cumplimiento de las cláusulas del Armisticio; las inversiones hechas por Alemania en el extranjero, estimadas entre 1,000 y 1,250 millones de libras, en el momento de la guerra, pero notablemente disminuídas al presente por encontrarse las más importantes de ellas en Rusia, Austria, Hungría, Turquía, Rumania y Bulgaria.

Conforme al Tratado, Alemania queda, también, obligada a pagar el gasto de los ejércitos de ocupación durante quince años. Las Potencias Aliadas y Asociadas han declarado, a este respecto, que se comprometerán a limitar a 12 millones anuales de libras los gastos de ocupación tan pronto como se convenzan de que las condiciones de desarme hayan sido satisfactoriamente cumplidas por Alemania.

Corresponde a esa Comisión de Reparaciones, abrumada con las más graves e ingratas funciones del Tratado, establecer y controlar la manera y forma en que Alemania hará efectivas las obligaciones económicas derivadas del pacto de Versalles. Pero es un hecho que, pese a las protestas de exaltación nacionalista, cada día penetra más en la opinión de Europa la necesidad de revisar, con criterio más positivo y realista, las estipulaciones económicas del Tratado. Tales como están, encierran peligrosas ilusiones para los pueblos que sobre ellas funden el porvenir de sus finanzas nacionales; comprometen la estructura económica e industrial del continente y al violentar la realidad y la vida pueden precipitar a Alemania y a Europa hacia los más irremediables acontecimientos económicos y sociales. Es evidente que el Tratado no provee eficazmente a la rehabilitación económica de Europa ni ha organizado la indispensable solidaridad,

económica de los Aliados en la difícil hora de la liquidación de la Gran Guerra. Obra de estadistas abrumados no sólo por el inaudito esfuerzo de las tareas de la paz, con sus problemas y dificultades infinitas, sino también con las labores del gobierno de sus respectivos países, cuyas funciones conservaban, es el tratado, como toda obra humana, necesariamente perfectible y modelable ante la vida. La necesidad de determinadas modificaciones ha sido señalada ya por hombres de indiscutible competencia y valor: Smuts, Asquith, Lord Robert Cecil, Keynes, entre otros.

Lo esencial es la permanencia del acuerdo entre los Aliados y su completa armonía y solidaridad frente a los problemas de la paz y a las dificultades del porvenir. "La verdadera paz, dijo el Presidente Poincaré, el día mismo en que se firmó el tratado, sólo surgirá de una creación continua que deberá ser, sobre todo, la obra colectiva y creadora de los pueblos aliados y asociados. Preciso es que la armonía de los corazones y la convergencia de las voluntades, después de habernos hecho ganar la guerra, nos haga ganar y conservar la paz".

LA PAZ EN EUROPA.

Fué una tarde en Versalles, en la hora en que una suave y dorada claridad iluminaba el admirable parque de Le Notre y sobre el oscuro fondo de los árboles centenarios, en las amplias terrazas y los jardines florecidos, los tritones y las náyades de las fuentes lanzaban al espacio sus chorros diamantinos y rumorosos, que el estampido del cañón anunció al mundo que era llegada la hora de la paz. De un campanario a otro volaba la alegría en un inmenso, resonante y jubiloso clamor.

Y fué, luego, una mañana luminosa y clara, en que un sol de apoteosis iluminaba París, desde un cielo maravillosamente azul, que la vía incomparable, cuya curva armoniosa se extiende del Arco del Triunfo a la Plaza de la Concordia vió regresar las legiones de la victoria. Nunca tuvieron las formas impecables del Arco, ni los relieves de Rude, una fulguración semejante de vida y de luz, un más auténtico sentido de triunfo, que en esa hora única. Las cadenas que clausuraban el Arco han caído. Pasan en sus piafantes corceles de guerra, todos los protagonistas de la magna epopeya. Serenos y radiosos, nimbados de inmortalidad, destácanse, en la gloriosa cohorte, como los héroes antiguos en el tumulto de las apoteosis que se desenvuelven en los relieves de

los frisos. La multitud les cubría de flores y aclamaba sus nombres, hazañas y victorias; cantaba y sollozaba. Un imponente clamor de admiración, de alegría, de gratitud acogía a los soldados, sus jefes y banderas. ¡Qué visión inolvidable la de esas banderas de la victoria, abrumadas de gloria, consteladas de cruces, arrogantes y altivas, siempre conducidas por manos heroicas; banderas cuyos girones acariciaba blandamente la fresca brisa de la mañana dorada, descoloridas por el sol y la tormenta, desgarradas por la metralla de cien combates! ¡Banderas de Lieja y de Dixmude, de Mons y Charleroi, de La Marne y de Verdun que desfilásteis en el magnífico silencio de un pueblo que no podía aclamaros porque la emoción cerraba las gargantas! En el ambiente de la gran apoteosis surge, se difunde, domina en todas las almas el homenaje mudo a los héroes caídos, a los ausentes bien amados, que duermen sus sueños de gloria o convalecen de las heridas de los combates; a la cohorte, presente, aunque invisible a los ojos de la carne, interminable y fantástica, de todos aquellos cuyas vidas, sacrificios y dolores crearon la espléndida victoria.

Todos eran signos de paz. Y, sin embargo, si la obra de la muerte había cesado ya en los frentes de la batalla de Europa Occidental, todavía nos llega de Oriente el estrépito del combate, el rugir del cañón, el resplandor del incendio; aún se desangran y padecen los horrores de la guerra Hungría y Rumania, Polonia y Ukrania, Finlandia y Rusia. Aún subsiste la tensión de graves conflictos palpitantes: los Yugo-Eslavos y los Italianos por la Dalmacia, Fiume y las islas del Adriático; los Tcheco-Eslovacos y los Austriacos por la jurisdicción alemana de Bohemia; Rumania y Servia por el Banat; Grecia e Italia por las islas del archipiélago griego, el Epiro y Smirna; Rumania y Rusia por la Besarabia; China y el Japón por el Chantung; Bélgica y Holanda por el Limburgo y el Escalda; Finlandia y Suecia por las islas Aland. Aún continúan las violencias en Irlanda y las matanzas de cristianos en Armenia. Aún quedan dificultades por resolver en la Cuestión de Oriente y en Marruecos.

La paz y el orden son, pues, muy relativos en Europa y nunca ha necesitado el mundo, con urgencia mayor, una completa y sólida paz que permita el renacimiento de la vida y del bienestar perdido.

LA SOBREPOBLACION DE EUROPA

Según los datos de *Hoover,* la actual población de Europa es cuando menos de 1000.000.000 más de lo que puede alimentar sin importaciones y necesita vivir de la producción y distribución de exportaciones. Renovadas perspectivas malthusianas atormentan a esta Europa agitada por todas las quimeras y alucinaciones que sugieren la miseria y la inquietud del porvenir. De 1870 a 1914, Alemania pasó de 40.000.000 de habitantes a 68.000.000. En los años que precedieron a la guerra, el crecimiento fué de 850.000 habitantes por año. Al finalizar el año de 1918 el decrecimiento de la población alemana, por diminución de natalidad y exceso de mortalidad, comparado con los datos del año 14, ha sido calculado en cerca de 2.700,000 habitantes. En Autria Hungría, la población que había llegado a 50.000.000 de habitantes, tenía un excedente anual de medio millón de nacimientos sobre las defunciones, y Rusia, comprendiendo Polonia y Finlandia, pero excluyendo Siberia, Asia Central y el Cáucaso, había aumentado de 100 a 150 millones, con un crecimiento anual, en los años que inmediatamente precedieron a la guerra, de dos millones por año. La magnitud de estas cifras permite apreciar toda la influencia y toda la presión que en el orden político, económico y social ejercen los fenómenos demóticos cuando se trata de densas agrupaciones humanas que constituyen enormes fuerzas vivientes que luchan por vivir.

Europa, que no puede alimentarse a sí misma, no puede todavía importar los alimentos y materias primas que necesita, porque sin producción ni exportación carece de los medios de pagar todo lo qué es urgente importar para alimentarse y volver a producir. Las actuales condiciones de la vida industrial, la situación del sistema monetario del continente y las fluctuantes diferencias entre los precios internos e internacionales, dificultan las operaciones de crédito, introduciendo grandes y apreciables riesgos en el comercio. La eficiencia del trabajo y producción han decaído necesariamente debido a las pérdidas de vidas, al relajamiento de todo esfuerzo, originado por el agotamiento, la fatiga, la deficiente alimentación, las privaciones y esfuerzos de cinco años de lucha, al general agotamiento del suelo debido a la falta de brazos, cultivos y abonos durante varios años consecutivos; al estado de los ferrocarriles, mal aprovisionados de carbón, deteriorados por el uso y no renovados ni reparados durante la guerra, lo que paraliza y desconcierta grandemente la

vida industrial, dificultando todo transporte y todo comercio; al prolongado desórden social, político y administrativo en algunos países; a la creación de nuevos estados y gobiernos aún sin experiencia en materia de política económica interna y externa. En todas partes estos factores producen una gran depresión en el nivel de la vida, un inmenso malestar, una fuerte angustia, frente al porvenir.

¡Quién pudiera decir, con el Prometeo esquiliano, en esta hora sombría: "He puesto fin a los terrores que el porvenir inspiraba a los mortales"!

Según recientes informaciones de los corresponsales de "The Economist", en Alemania y Austria, la crisis del carbón ofrece proporciones y caracteres de no menor gravedad y obliga a encarar seriamente importantes soluciones para los años venideros. La producción de carbón en Europa ha disminuído en un treinta por ciento y del carbón dependen la gran mayoría de las industrias y todo el sistema de transportes; es uno de los fundamentos esenciales de la economía mundial. En julio de 1919, Mr. Hoover estimaba que la producción europea de carbón, excluyendo a Rusia y los Balcanes, había disminuído de 679.500.000 toneladas a 443.000.000 como consecuencia de la disminución del rendimiento total del trabajo, después de la guerra, de la situación de los transportes y del material ferroviario y de los cambios políticos, introducidos por el Tratado de Versalles, en las regiones mineras de Alta Silesia, Saar y Ruhr.

Las disposiciones del Tratado modifican la economía y la distribución del carbón en Europa. El funcionamiento y actividades de la Comisión Europea del Carbón, creada por el Consejo Supremo Interaliado, en agosto del año pasado, y constituída por representantes de la Gran Bretaña, Francia, Italia, Bélgica, Polonia y Tcheco-Slovaquia, merecen ser seguidos con el mayor interés por las repercusiones que sus disposiciones habrán de tener en la distribución mundial del carbón y en la vida industrial de nuestro tiempo.

Para el Perú es llegada la hora de adoptar una política de prudente previsión y una actitud positiva con relación al combustible: provocar la explotación de los grandes recursos nacionales y defenderlos celosa y previsoramente para el porvenir, si queremos protejer eficazmente nuestras industrias y avanzar en el camino de nuestra independencia económica.

En medio de la confusión, la fatiga y el duelo de cien pueblos lucen ya algunos signos felices, milagros de las reservas

infinitas de la energía, virilidad y voluntad de vivir propias de las grandes razas humanas. Según los datos contenidos en un discurso del parlamentario y diplomático *André Tardieu* en Francia, en setiembre del año pasado, de 2,246 kilómetros de vías férreas, 2,016 habían sido ya reparados; de 1075 kilómetros de canales, 700; de 1160 construcciones, como puentes y túneles, 588 quedaban reconstruídos; de 550,000 hogares arruinados por los bombardeos, 60,000 habían sido reedificados; de 1.800,000 hectáreas de terrenos inhabilitados para el cultivo por las batallas, 400,000 habían podido ser ya sembrados y 200,000 quedaban listos para serlo. Más de 10.000,000 de metros de alambrado habían sido retirados de los campos. Además, las recientes y notabilísimas exposiciones de automovilismo y de aviación, en París, y las importantes reuniones de motocultura, que tanto hemos admirado, constituyen magníficos esfuerzos industriales para un pueblo que, como Francia, acaba de salir de una guerra que tan gravemente ha comprometido sus energías vitales.

La civilización europea atraviesa un momento extraordinariamente difícil, que sólo podrá salvar lenta y penosamente con el concurso de todas sus fuerzas de renovación y creación; de todas sus virtudes y fecundas tradiciones de cultura y organización. Una vez más las reservas morales humanas, los poderes del espíritu, salvarán la civilización. Todos los sacrificios, abnegaciones y austeros deberes de las horas supremas son indispensables.

Sí, por el contrario, Europa sin fé en la paz, continúa una política de armamentos y perspectivas de lucha y de violencia; si los estados no dan a los individuos los más puros ejemplos de justa moderación, de severa economía y orden fiscal, pronto será inevitable un desastre económico, político y social del que la guerra habría sido sólo un preludio.

El marxismo revolucionario ha acentuado su influencia y clavado su garra en esta Europa exhausta y mal aprovisionada. Se impone una lucha organizada contra su ideología siniestra, plagada de errores económicos fundamentales. Hay que oponer a sus ideas las ideas de una economía realista, ampliamente renovadora. La economía clásica, individual y liberal pertenece ya a la historia del pensamiento y es del todo ineficaz en el mundo económico de nuestra edad. Es indispensable una valuación y una revisión profundas de las ideas económicas y sociales de la pasada centuria. La revolución marxista, violenta y brutal, nada puede hacer para remediar la situación económica de

la actual Europa; las causas y factores objetivos de esa situación no pueden ser modificados por sus utopías ni por sus absurdos; sólo sería capaz de engendrar el caos, la miseria y el hambre colectivos.

EUROPA Y AMERICA

El porvenir de la Humanidad está en América. La conocida frase de Turgot, profética en su tiempo, ha readquirido en nuestros días un nuevo sentido y un nuevo valor. Europa vivía, hasta hace poco, en el más perfecto desconocimiento de la vida, el esfuerzo, las instituciones de América. Sólo algunos espíritus privilegiados, de penetrante visión y sentido humano, y los capitalistas y comerciantes de las altas finanzas internacionales, que sólo veían en ella un campo inexplotado de inversiones provechosas, sabían de la vida y riqueza de nuestro continente. Por lo general, la fantástica ignorancia de América era una vergüenza para la cultura europea. Durante la Gran Guerra y después de la paz, América ha penetrado en el pensamiento de Europa como una gran realidad, como una promesa de inagotables energías y recursos, como una perspectiva infinita y serena para el porvenir humano. Tiempo era ya de que Europa modificase su actitud y su juicio para con América contemporánea.

La crisis actual de la civilización europea no puede ser indiferente a nadie que debidamente aprecie lo que Europa ha significado y significa en la historia humana; en toda vida espiritual, en las artes y las ciencias, el saber puro y sus aplicaciones fecundas; durante siglos ha conducido la tea luminosa que guiaba a la Humanidad. Hoy realiza, en su propia carne, las experiencias más dolorosas y más interesantes para el porvenir de la civilización. América necesita estudiar, meditar y aprovechar las enseñanzas y consecuencias de la gran conflagración; no pudo sernos indiferente la Gran Guerra, no puede sérnoslo la paz, una paz tan llena de enigmas y de interrogaciones formidables. América tiene aún deberes que cumplir ante esta paz de que depende la vida de muchos millones más de seres de los que arrastró a la muerte la abominación de la guerra. En la vida económica de nuestros días la producción y el comercio tienen obligaciones sociales, nacionales y humanas que cumplir. El sentimiento y la utilidad, la moral y el interés nos sugieren la misma actitud: renunciar a todo exceso y a todo despilfarro, limitar a lo indispensable nuestros consumos, en esta grande hora

de angustia y de penuria humanas; trabajar intensa y fervorosamente, persuadidos de que sólo el trabajo y la gran producción dentro del orden social y jurídico, llegarán a disminuír el costo de la vida en el mundo que ha agotado, en la guerra, las reservas y recursos que penosamente había acumulado. En toda forma de civilización es preciso que el hombre trabaje. Los zánganos, los parásitos, los simuladores del trabajo están llamados a desaparecer. "Después de la guerra, sólo los muertos tienen derecho a descansar", es la consigna de Europa. El Estado, responsable de la paz civil, está en el deber de actuar contra toda acción económica que tienda a destruír esa paz. Toda libertad debe ser limitada "por los intereses sociales y nacionales, que el Estado debe representar, y en cuyo nombre tiene el derecho de intervenir contra los abusos de los individuos y las colectividades". *Mr. Appleton,* Secretario General de los Trade Unions de Inglaterra ha dicho recientemente:—"Se han declarado huelgas que debieron ser evitadas. Algunas de esas huelgas tenían un origen político y las huelgas políticas fracasan o degeneran en revueltas. Las huelgas políticas no van dirigidas contra los capitalistas, sino contra el pueblo mismo. La guerra ha terminado; la ley de concurrencia entre las naciones actúa con fuerza renovada. Los víveres y materias primas, indispensables a la existencia de los hombres y las mujeres de la Gran Bretaña, deben ser comprados en países donde nuestro gobierno no tiene el control. El período de noviembre de 1919 a mayo de 1920 será trájico si no se vuelve al sentido común y si no se aumenta la producción". En todas partes, los pueblos, escuchando a sus pensadores, a sus dirigentes, a sus economistas han llegado al mismo concepto positivo y a la misma actitud viril: la Humanidad confía en el poder de las fuerzas morales; en el vencimiento de los deseos y la limitación de las necesidades, por obra de la voluntad victoriosa y en el entusiasmo y la energía en el trabajo, creador de toda realidad esencial y fecunda.

Meditemos severamente en la situación y el dolor de Europa; en la responsabilidad infinita de quienes causaron tánta ruina y tánta desesperación. ¡Qué pavoroso crimen el de la guerra europea y qué siniestro cortejo de odios el que deja tras de sí en la ruta sangrienta! Guillermo II y los dirigentes de la Alemania imperial y militarista, que envenenaron el espíritu y la política de su pueblo y le condujeron a la agresión, no serán nunca juzgados con suficiente severidad. Inútil someterlos a ningún tribunal especial. Les abruma el juicio implacable de la Hu-

manidad. Los hombres, ha dicho *Funck Brentano*, pueden en veces, gozar de la impunidad, porque mueren; los pueblos jamás, porque viven siempre lo suficiente para sufrir las consecuencias de sus actos. Pasada la tormenta, en la alborada de la paz, en los mismos sagrados momentos en que Francia llegaba de nuevo a Alsacia y Lorena, ¡qué significación moral y que serena grandeza encierran estas palabras del ex-presidente francés Poincaré: "El día en que Alemania se precipitó sobre nosotros, juramos no dejar las armas antes de haberos liberado. Pero la guerra es cosa tan horrible que, por inconsolables que estuviéramos de estar separados de vosotros, no habríamos tomado jamás sobre nosotros, aún por tener la alegría de recuperaros, la responsabilidad de precipitar a Francia en semejante catástrofe". Y, en un reciente y muy notable artículo del ilustre expresidente, publicado en la *Revue des Deux Mondes,* ha agregado: "Y aún en la santa locura de esas horas inolvidables, no hubo un lorenés ni un alsaciano que no comprendiese y aprobase la declaración que nos dictaba nuestra conciencia."

Para impedir la repetición de una catástrofe semejante no basta rememorar todos y cada uno de los crímenes y horrores de la guerra. Es indispensable emprender una seria, intensa y general educación de los pueblos en el ideal y la pasión de la justicia; una profunda y sistemática preparación para la vida de justicia en lo individual y en lo social, en lo privado y en lo público, en lo económico y lo moral; en el hogar como en la escuela y el taller. Es necesario que la medida de la virtud y la grandeza de un individuo, de un pueblo o de una raza llegue a ser, nó su poder de violencia, sino su vocación y su sentido de justicia. Precisa que pueblos e individuos adquieran un concepto concreto, viviente, práctico, de las relaciones y deberes de justicia que, en cada caso, puedan aplicar a la acción en un sereno y exacto juicio de valor. La civilización que vivimos no conoce, no ama, no cree, no vive una verdadera vida de justicia. Sus egoísmos y violencias; sus concepciones de lucha y de muerte confinan con la más ruda barbarie. *Yudhistira* dice, en el *Mahabharata:* "Mi alma por su naturaleza se dirige hacia la justicia. Quien de ella duda hace acto de ateísmo. No dudéis de ella. Aquel que de ella duda sigue la vía de los brutos".

Nada hay más monstruoso e inmoral que la injusticia hecha fuerza. Resistirla siempre, con todas las fuerzas de nuestro espíritu y todas las energías de nuestra vida, es deber de todo aquel que estime en lo que vale el orden social. Ya el *Eclesiastés*

contenía este noble imperativo humano: Combate hasta la muerte por la justicia. En su reciente discurso de recepción en la Academia Francesa, el eminente diplomático *Jules Cambon,* decía: "Los pueblos más pacíficos, aún los más pequeños, saben que hay un momento en el cual es necesario decir No." Digamos resueltamente No, a toda injusticia, venga de dónde viniere; de adentro como de afuera; de los individuos como de las colectividades; a toda tiranía, a toda dictadura social, a todo imperialismo económico o político, a toda opresión y a toda violencia injusta. Hombres y pueblos, gobernantes y ciudadanos, capitalistas y trabajadores, grandes y pequeños, sed justos. Justicia quiere, frecuentemente, decir renunciamiento a todo egoísmo y a todo orgullo; sacrificio, abnegación, comprensión generosa, solidaridad. Sed justos siempre. En el origen de toda violencia y de toda lucha encontramos siempre un germen de injusticia. Sin justicia no hay paz posible sobre la tierra; sin ella continuaremos lamentablemente en el caos y las tinieblas; no avanzaremos hacia la luz, no llegaremos a crear una nueva vida. Ella es el sol que ilumina el gran sendero humano, en el que avanzamos penosamente. Luce para los grandes y para los humildes, para las cumbres fulgurantes y altivas y para los llanos apacibles y fecundos.

JUAN BAUTISTA DE LAVALLE.

El Cuzco: Meca del Turismo de la América del Sur

El Perú celebrará el primer centenario de su independencia el 28 de julio de 1921; falta apenas un año para tan fausta fecha en la historia nacional. Si hoy en día vienen muchos turistas y hombres de negocios a la América del Sur, para conocer los lugares de interés histórico y social, o con el objeto de ver posibilidades industriales, es cierto que para el año entrante, vendrán en mayor número, en vista del programa que ha de confeccionar el Gobierno. Ya se han anunciado con este motivo la reunión de varios Congresos Internacionales que celebrarán sesiones en Lima. Después de las sesiones, irán los delegados en viaje de estudio o placer por los lugares más interesantes o importantes.

Sin duda alguna, la región que ofrecerá más interés por sus antecedentes históricos es el Cuzco, sede del antiguo Imperio de los Incas; Roma de la América del Sur, o Meca del turismo en toda la América, como algunos lo llaman con justicia. A fin de proporcionar algunos datos de esta región, van estas líneas.

El Cuzco de la época del Imperio, ocupó territorios que hoy constituyen todo el Perú, y porciones considerables de Bolivia, Ecuador, Brasil, Argentina y Chile. Era la verdadera Roma de la América del Sur.

Francisco Pizarro llegó al Cuzco el 23 de marzo de 1533, aun antes de la fundación de Lima. Vino como consecuencia de los cuentos maravillosos de la existencia de riquezas enormes en las tierras al sur de Panamá, que después comprobó ampliamente eran las tierras de los Incas. Con unos pocos centenares de españoles intrépidos, muchos de a caballo, y con unos cuantos cañones, pudo explotar la guerra civil que grasaba el país. Las

dos facciones: Atahualpa a la cabeza de un bando, con su centro de actividades en Quito y Huáscar, con su sede en el Cuzco fueron los dos elementos revolucionarios que Pizarro encontró a su llegada al Perú. La manera como apresó a Atahualpa, y el cupo fabuloso que exigió para libertarlo, de su cautividad de Cajamarca con oro que trajeron principalmente del Cuzco, son materia de la historia.

Desde aquella fecha, el Cuzco ha sufrido relativamente pocos cambios en su aspecto externo, y sus edificios y calles presentan una combinación peculiar de estilos incaico y español, que por supuesto se ponen en mayor relieve con el trajín de los indios y las cargas en llama. Todo esto en definitiva, da atmósfera general de un pueblo rico en recuerdos de un pasado grandioso. El Cuzco en los albores del Coloniaje era el centro de un Virreinato, aun más imperante que lo fué después el de Lima.

El Cuzco está a una altura de 11007 pies sobre el nivel del mar (3400 metros). El tren llega hasta la misma población desde el año 1908. El Ferrocarril del Sur del Perú tiene un servicio dos veces por semana al Cuzco, desde Mollendo, puerto mayor del sur de la república, a dos días de viaje del Callao por vapor. El tren lleva al pasajero a Arequipa el primer día, después de un viaje de cinco horas. El día siguiente continúa el turista hasta Juliaca, donde tiene que cambiar para seguir el tercer día en el tren de conexión que va al Cuzco. Si prefiere, puede continuar su viaje el segundo día hasta Puno, a fin de conocer el famoso lago Titicaca, el más alto depósito de. agua dulce en el mundo. En este caso, tendrá que volver en la mañana del tercer día a Juliaca, a fin de cambiar y continuar inmediatamente en el tren de conexión.

Entre Juliaca y el Cuzco deberá notar el viajero los restos del Palacio de Viracocha, cerca de Tinta, que dista unos trescientos metros de la línea férrea. La naturaleza desde La Raya hasta el Cuzco se manifiesta en diversas formas muy agradables para la vista. A esto se agrega las actividades agrícolas en que predomina el indio cultivando su chacra; y los grandes pastales con tropas de llamas y alpacas.

HOTELES: En Mollendo hay dos hoteles, el Gran Hotel y el Hotel Ferro-Carril. Cobran cuatro soles diarios. En Arequipa hay varios hoteles, inclusive el Hotel Castro en la misma plaza principal; el Hotel Maccera y el Hotel Panamá, ambos a media cuadra de la Plaza; y otros hoteles a mayor distancia de la Plaza. También cobran generalmente cuatro soles diarios. En

Juliaca está el Hotel Ratti, en la Plaza; cobra cuatro soles diarios. En Puno hay el Hotel Ferro-Carril a media cuadra de la estación; el Hotel Central a unas tres cuadras; y el Hotel Nava a menor distancia. Cobran cuatro soles diarios. En Sicuaní está el Hotel Lafayette a una cuadra de la estación; y el Hotel Coya frente a la estación. Cobran cuatro soles. Los almuerzos en el trayecto se consiguen en las mismas estaciones, donde para el tren media hora para que almuercen los pasajeros. Se cobra un sol cincuenta por el almuerzo. Entre Mollendo y Puno hay generalmente un coche-salón donde el pasajero puede conseguir un buen lonche a módicos precios, y en este caso es mejor pedir su preparación con alguna anticipación. En el Cuzco hay el Hotel Pullman (calle San Andrés), donde se cobra según el cuarto, desde cinco soles para adelante. Es buen hotel, pero tiene pocas habitaciones. Enseguida, viene el Hotel Colón, en la Plaza del Cabildo, donde cobran cuatro soles. Tranvías y automóviles esperan la llegada de los trenes. Por pasajero cobra el tranvía diez centavos; en auto el precio es cincuenta centavos, y veinte centavos por bulto de mano. Para el tè, el viajero puede ir al Maxim, en los bajos del local donde está el Hotel Colón.

CLIMA: El Cuzco tiene dos extremos de clima; un clima seco desde abril hasta fines de octubre, se inclina hacia el frío durante la noche. En algunas mañanas de los meses de junio y julio los hielos son suficientemente fuertes para que lleguen a congelar el agua ligeramente. De día brilla el sol fuertemente, y a veces los efectos de nubes son soberbios. La estación de lluvias principia en noviembre y dura hasta fines de marzo. Los aguaceros no impiden los paseos por la ciudad y lugares cercanos. Para los que desean viajar a provincias a caballo, preferible es la época de sequía. Es conveniente ponerse ropa interior de lana en toda época del año en la sierra, desde Arequipa para adelante.

El viajero puede dejar su equipaje en Puno, o en poder del Jefe de Estación en Juliaca. Los que vienen de La Paz, pueden despacharlo directamente a Arequipa o Mollendo, y llevar solamente lo indispensable para el viaje al Cuzco.

FORTALEZA DE SACSAHUAMAN: Debe procurarse visitar esta famosa fortaleza en las primeras horas de la mañana. Hay un camino para caballos, si desea el viajero ir a bestia; pero es preferible ir a pie. Sacsahuaman está sobre una colina, a setecientos pies sobre la ciudad. Puede el transeúnte llegar perfectamente a pie en cuarenta minutos. Se le

construyó para defender la ciudad contra ataques. Según el profesor norteamericano, Hiram Bingham, Director de la Expedición científica Yale-Peruvian al Cuzco en 1912 "es la obra más grandiosa del Hombre Antiguo en la América" ("In the Wonderland of Perú", publicado en The National Geographic Magazine, April, 1913). Sus tres grandes muros de piedra labrada, consisten en ángulos salientes y re-entrantes. Algunos de sus bloques tienen 25 pies de altura por más de 12 de espesor. Los muros son inexpugnables. La colocación tan exacta de las piedras pesadas, sin cemento ni mezcla de ninguna clase, es verdaderamente admirable. La fortaleza circundó toda la colina y tuvo probablemente cuatro puertas. Los españoles destruyeron una parte, utilizando el material para construcciones en la ciudad. El lado que da al Cuzco es muy empinado, y requiere relativamente poca defensa. La vista de la población desde este sitio (donde hay una cruz que se colocó el primer día de este siglo) es muy hermosa. A fin de conseguir una vista panorámica de Sacsahuaman, es preciso que vaya el turista a un sitio llamado "El Trono del Inca", a unos cuatrocientos pasos de la serie de tres muros. Este trono consiste en una serie de gradas cortadas en una sola roca. Es posible que el arquitecto de la fortaleza dirigiera la obra desde este sitio. Tras del Trono del Inca está el RODADERO, donde todos los paseantes ruedan siquiera una vez sobre la piedra lisa, frecuentan este sitio durante la estación seca, desde las horas tempranas de mañana, traen consigo el almuerzo, lonche y hasta la comida, más instrumentos musicales, y bailan y cantan alegremente todo el día. A distancia de unas tres cuadras, y al otro lado del camino real, existe una roca grande con numerosos cortes en forma de asientos, etc., principalmente el llamado "Asiento del Diablo". Entre el Rodadero y este Asiento hay una pequeña chingana o túnel, que requiere unos cinco minutos para atravesarlo apoyándose en las manos y rodillas. Aquí cerca se encuentra también un baño del Inca. La Chingana tiene interés, pues representa una de muchas que abundan en esta región; una precisamente se supone en este cerro, la llamada Chingana Grande, que conduce al Templo de la Compañía y al local de la Universidad. Se relata que un individuo entró a esta chingana, y salió sólo después de una semana por haberse perdido en el laberinto subterráneo. Salió muy extenuado por falta de alimento, pero llevaba en su mano un choclo de oro macizo, y con el cuento de haber visto en el túnel muchas piedras preciosas y oro. Otros entraron al

tunel y perdieron la vida. El Prefecto de entonces mandó tapar la entrada. Actualmente un ingeniero tiene encargo de abrir y examinar los subterráneos del Templo de la Compañía, que existen en buen número.

Al norte de Sacsahuaman, a distancia de unos cinco kilómetros, se encuentra una pequeña fortaleza (Pucara), más los restos de un palacio de uno de los Emperadores de los Incas (Tambo-Machai). Se puede visitar esta sección mejor a caballo, aunque muchos lo hacen a pie. Hacia el noroeste, a casi igual distancia de Sacsahuaman, está el antiguo reservorio de los Incas, llamado Chacan, con una cueva natural al sitio de la desembocadura del agua. Hacia el este, unos dos kilómetros, hay una serie de cuevas y cortes en la roca viva, llamado Kkonco. Se le puede visitar, subiendo directamente por la Recoleta, convento de la orden franciscana. Al subir a visitar Sacsahuaman, hay una pequeña plazuela (San Cristóbal) con tres piedras metidas en el suelo. Tras de la Plazuela existe un muro, perteneciente a Colcompata, y dentro de la huerta de esta finca están los restos (una puerta y una ventana en un muro) del primer Inca, Manco-Capác. La misma entrada a Colcompata se forma de un muro, con portadas grandes que probablemente eran para los centinelas. Es posible que sea esta una obra pre-incaica.

TEMPLO DEL SOL: Después de Sacsahuaman, en importancia (y para algunos aún más importante), es el Templo del Sol, que hoy forma parte del Convento de Santo Domingo. Está a pocas cuadras de la Plaza principal, y puede visitársele a casi cualquiera hora del día. Según Squier, los lados de contacto de cada piedra forman verdaderos radios de un círculo doble, y la línea de inclinación es perfecta en cada piedra. En otras partes del Convento existen los llamados templos de las estrellas y de la luna, que bien merecen una visita minuciosa. La subida del primero al segundo piso, la serie de cuartos al extremo oriental del local y la sala de espera, son otras partes interesantes del convento en cuanto a obras incaicas. Es costumbre pedir una pequeña limosna a los visitantes, a voluntad de ellos, y que generalmente es de cincuenta centavos, al tiempo de firmar el turista su nombre en el registro que llevan los padres dominicos.

TRABAJOS INCAICOS POR LAS CALLES DEL CUZCO: Existen muros, ventanas, arcos y portadas incaicas por muchas calles del Cuzco. Asombran a los visitantes por su hechura tan fina. Corrientemente las piedras están unidas tan bien, que

no se puede meter un alfiler o punta de cortaplumas; aunque no están adheridas con ninguna sustancia. Durante todos estos siglos y no obstante algunos temblores fuertes, no se han movido estas paredes. Hay dos clases de construcciones de muros en cuanto a la colocación de las piedras, es decir, en filas regulares, que son casi todas de piedra labrada, y en filas irregulares, que son generalmente de piedras sin labrar, probablemente a fin de agarrar mejor una piedra con otra, por mayor resistencia. Los muros casi siempre se inclinan para adentro desde su base, y las esquinas son redondeadas. Quizá los mejores ejemplos de formación regular se encuentran en el Callejón de Loreto (que representan los restos de un verdadero camino incaico) del lado de la Universidad, la Pampa de Maruri y la calle de San Agustín. El mejor de todos es el muro exterior del Convento de Santo Domingo por el lado oriental. En cuanto a formación irregular de piedras, el ejemplo sin igual es el de la calle Huatunrumiyoco, a una cuadra de la plaza principal. Se puede ver por otros lados de este famoso muro, que formó el palacio del Emperador Inca Rocca, penetrando al Hotel Ferrocarril y a la casa del señor Olivera, que colinda. Este último lado tiene especial interés, por existir aquí un espacio en que hay dos muros, uno sobrepuesto al otro, y con la circunstancia de que el muro exterior es de piedra tosca y menuda. En el muro de la calle Hatunrumiyoco existe la famosa piedra de doce ángulos. Hay una en Machupicchu que tiene un metro de volumen cúbico, y que tiene treintidós ángulos en una sola cara. Los españoles encontraron en estos muros canteras magníficas de material para la construcción de los numerosos templos y conventos. La Historia del Cuzco ("Apuntes para la Historia del Cuzco") por el catedrático de la Universidad del Cuzco, doctor José Gabriel Cosio, menciona los sitios y usos de muchos de los edificios incaicos que los españoles convirtieron posteriormente en otras clases de contrucciones. Squier, en sus "Travels and Explorations in the Land of the Incas" hace mención especial de ellos también. Se encontrarán también detalles bastantes en cuanto a los muros, etc., en las obras de Hiram Bingham, "Across South America", y Mozans, "Along the Andes and Down the Amazon". Los arcos que construyeron los Incas eran siempre planos u horizontales, nunca curvos, como se ve repetidamente en los edificios en la ciudad, como por ejemplo en las casas de la calle de Márquez, de la Plaza del Cabildo, de la plaza de Santo Domingo, etc. Hay también una piedra horizontal por el estilo de

las que forman el puente de Santa Teresa, sobre el Huatanay. Algunas piedras de construcciones incaicas, así en la ciudad como en las provincias, tienen dibujos en relieve de animales, como el llama, la víbora y el gato montés; otras tienen protuberancias en el canto inferior de la piedra. Nadie puede dar con la significación de estos nudos,pues existen en las pequeñas piedras tanto como en las grandes. Nadie puede decir aún cómo las piedras grandes se colocaron en sus respectivos sitios, especialmenmente las de las fortalezas de Ollantaitambo y Sacsahuaman. Seguramente tiempo, paciencia y un sinnúmero de operarios fueron precisos para efectuar estas obras, notándose también en muchos de estos muros que piedras inmensamente grandes están encima de otras muy pequeñas.

En todo el departamento del Cuzco se encuentran muchos edificios y fortalezas parecidas a los mencionados ya. Mención más detallada de algunos de estos sitios se encontrará más adelante en este trabajo. El que escribe estas líneas, quiere dejar constancia del uso de la expresión "incaico", que deberá entenderse aquí y en otros sitios como correspondiente a los dos períodos, es decir, incaico y pre-incaico, puesto que en un resumen tan breve de esta índole no se puede entrar fácilmente en juicios críticos de períodos por no existir siempre datos fidedignos que definan los casos concretos.

LA UNIVERSIDAD DEL CUZCO: Está en la Plaza principal, en el local que era antes Convento de la Compañía de los Jesuítas, quienes a su vez construyeron aquí su templo y convento sobre las ruinas del palacio de Huaina Capác. Hernando Pizarro utilizó este edificio para su residencia a raíz de su venida. Tiene la Universidad cuatro Facultades y es institución nacional. Es co-educativa desde 1910. Es una de las antiguas Universidades en la América Latina, pues data desde 1692. Tiene el Museo histórico que compró el Supremo Gobierno en 1920 al señor doctor José Lúcas Caparó Muñiz, quien a su vez consiguió las piezas principales en expediciones que dirigió personalmente. Hay otros objetos en este Museo que se han agregado, inclusive una colección de tinajas grandes, de mucha importancia.

TEMPLOS Y CONVENTOS: La ciudad del Cuzco tiene un número mayor de templos y conventos, dentro de sus límites que cualquiera otra ciudad de su tamaño en el Nuevo Mundo, debido a la localización de tántas autoridades, y de riqueza en esta región durante la época colonial de dominio español.

La Catedral en la Plaza de Armas es una de las mejores, bajo el punto de vista arquitectónico, en las dos Américas. La custodia, de oro macizo y adornada con figuras simbólicas de historia bíblica de piedras peciosas como esmeraldas, perlas, rubíes, etc., es bien valiosa, y puede apreciarse en algunos millones quizás. Para verla es preciso conseguir la licencia del señor Obispo al Canónigo Tesorero. Existe en la Catedral un cuadro del Cristo en la Cruz que se supone ser un Van Dyck. Fué robado no hacen muchos años y se recuperó; sufrió algo como consecuencia. Está ahora debajo de una reja de fierro por mayor seguridad. El coro con tallado de madera de cedro, y el altar de plata merecen una inspección detenida. En la sacristía existe un grupo completo de cuadros de todos los Obispos de esta Diócesis desde su fundación. Aquí también se guardan las ollas santas que han servido desde la época colonial. Los archivos tienen documentos importantes que se relacionan con la historia colonial y eclesiástica del Cuzco. Los que quieren conseguir una vista cercana de la población del Cuzco harán bien en subir al techo de la Catedral, donde además podrán apreciar la María Angela que lleva su voz en días tranquilos hasta tres leguas de distancia. Tiene mucho de parecido a la Liberty-Bell que está descansando regiamente en Filadelfia, en Independence Hall.

Al lado de la Universidad está el Templo de la Compañía de Jesús. A la entrada existe un arco horizontal, que es algo raro. El piso del local está sobre bóvedas, donde actualmente están llevando a cabo algunas excavaciones para saber su dirección y alcances. Según tradición, como vimos ya, uno de estos túneles conduce a Sachsahuaman, y quizás están por aquí los once millones que los Jesuítas dejaron en su convento, hoy local de la Universidad. La cúpula de la Compañía tiene excelentes propiedades acústicas; las campanas merecen atención por la manera tan peculiar de amarrarlas. La llave de este templo la tiene el párroco quien es el encargado de vigilar este monumento colonial.

En el Templo de San Blas, lo notable es el púlpito de cedro con tallados tan finos que la coloca a la cabeza de los púlpitos de toda la América. El canónigo encargado de la iglesia tiene la llave; vive en la misma plaza de San Blas. Pide una limosna voluntaria (unos cincuenta centavos) para refacciones en el templo.

El Convento de la Merced con su respectivo templo, merece una visita especial. El patio del Convento con sus columnas

de piedra labrada, es grandioso. El coro con figuras en alto relieve, tiene mucho mérito. Hay una pequeña biblioteca de obras antiguas; un cuarto con muebles históricos; y otro con muchos cuadros, entre ellos dos de valor. Las gradas entre el primer y segundo pisos, en ambos extremos, llaman la atención. La custodia de este templo, compuesta principalmente de muchas perlas, tiene un gran valor intrínseco.

El Convento de San Francisco, en la plaza del mismo nombre, tiene un coro de tallados que es superior a cuanto se encuentra en el Cuzco en este género de trabajos. El estante para los libros de música exige una inspección minuciosa. El púlpito de este templo es un buen ejemplo de la época del Renacimiento.

Existen muchos otros templos y conventos en el Cuzco, pero ninguna muy notable para que lo visite quien tenga aquí una estadía corta, salvo el caso de tener interés especial en la historia eclesiástica o en temas de la Iglesia.

En el Cuzco se realizan todavía muchas procesiones religiosas en diferentes épocas del año. Las más célebres son las del Lunes Santo, que atraen todos los años de diez a veinte mil indios de todas las provincias del departamento, con sus vestidos de gala; y la de Corpus Christi, en una fecha movible en el mes de junio. La primera se realiza a las 4 de la tarde, y termina en el atrio de la Catedral a las siete de la noche, ante un numeroso público y con unas escenas peculiares. La segunda principia a las diez y media de la mañana y termina cerca de la una de la tarde, después de un recorrido de la Plaza de Armas. Tiene su verdadero principio el día anterior con la llegada de los santos de diez a doce de la mañana; y su octava el jueves después de la procesión, fiesta que se realiza a las cuatro de la tarde.

El Cuzco tiene dos colegios nacionales de instrucción media: el Colegio Nacional de Educandas (para mujeres) y el Colegio Nacional de Ciencias (para varones). El Cuzco es capital de departamento, y tiene un Prefecto, más un sub-prefecto para cada una de sus trece grandes provincias. La provincia del Cuzco tiene más de treinta mil habitantes; el departamento del Cuzco tiene más de cuatrocientas mil almas. Hay una corte superior de Justicia; es el centro de un obispado; y, por ende, tiene todos los funcionarios públicos que requiere la marcha administrativa de uno de los departamentos más importantes de la República.

LO QUE PUDE COMPRAR EL TURISTA: La mayoría de los visitantes del Cuzco quieren llevar consigo algún recuerdo de

su paseo por esta legendaria ciudad. Libros. Existe la librería de Héctor Rozas donde puede comprar dos libros de especial interés: Tradiciones y leyendas cuzqueñas, por Clorinda Matto de Turner, a un sol sesenta centavos el ejemplar, y Apuntes para la Historia del Cuzco, por el doctor José Gabriel Cosio, a sol el ejemplar. La Universidad del Cuzco tiene en venta a precio de costo (generalmente cincuenta centavos el ejemplar) la Revista Universitaria, con tesis y artículos de carácter histórico, sociológico y antropológico de esta región. Hay pocas obra (gramáticas y alfabetos) en quechua (Héctor Rozas, E. Cuadros, Imprenta Minuare) siendo las principales las del Obispo Castro y del Canónigo Mariano C. Rodríguez. Tarjetas postales y vistas fotográficas del Cuzco expenden Héctor Rozas, Miguel Chani, Manuel Figueroa Aznar, y José Gabriel Gonzales. La colección por Chani de unas ochenta vistas distintas, de cincuenta centavos cada una, es especialmente valiosa. Los citados señores desarrollan películas. Antigüedades encuentran con facilidad, pero tiene el turista que cuidar mucho de conseguir algo genuino. Entre los más conocidos que poseen antigüedades en venta son César Lomellini etc. Cía., J. Olivera, Alberto Rosenthal, Braulio Hermoza, Sra. v. de Navarro y F. Caparó. Generalmente hablando, se puede aconsejar al turista pedir también al sirviente del hotel que mande traer objetos.

MONUMENTOS HISTORICOS EN PROVINCIAS: Los que deseen conocer otras ruinas incaicas además de las mencionadas que existen en la ciudad del Cuzco y sus alrededores, deben conseguir caballo y en caso necesario siquiera un muchacho para cuidar el caballo y señalar el camino, a fin de poder visitar Pisac, Ollantaitambo, etc. Así se hará también un paseo delicioso por las orillas del río Vilcanota o Urubamba, como se le llama algo más abajo en su curso. Si permitiera el tiempo, debe precisamente ir hasta Machu-picchu que está a un día de camino desde Ollantaitambo. Se podrá conseguir caballos por medio del sirviente del hotel, y los arreglos de contrato deberán hacerse personalmente en lo posible, pidiendo las bestias para una hora más temprana que la que uno piensa salir. Entre los que fletan caballos podrán mencionarse a los señores Juan José Mendívil, J. Luna, Z. Navarro, y Juan Cuba. El señor Isaac Silva fleta mulas para viajes más largos; y las casas comerciales al por mayor podrán facilitar datos en cuanto a los arrieros que tienen recuas de mulas sillares y de carga en plaza en un momento dado. La tasa del flete de las bestias es según el tiempo de uso, siendo

el diario mucho mayor por día para el uso de la bestia por corto tiempo que por un tiempo largo. En un viaje a caballo, deberá el turista llevar consigo una alforja, una frazada de lana, una soga para el caballo, una taza, algo de fruta, pan y tal vez un poco de queso o una latita de conservas. Además procurará conseguir las recomendaciones que fuesen posibles para algunas personas que reciben en el trayecto que generalmente son bondadosas para atender a los viajeros prestándoles facilidades, pues hoteles sólo hay en la ciudad de Urubamba. Generalmente, sin estas recomendaciones, se aloja en la casa del Gobernador o del Cura, y aun en alguna casa particular previo algún arreglo en el momento de pedir alojamiento.

Por regla general, es preferible ir el primer día a Pisac, que dista cuatro leguas del Cuzco, y dejando la bestia al Gobernador, pedir un indio y si es posible, otro caballo, para subir desde el pueblo de Pisac la cuesta que conduce a la Intihuatana, a cincuenta minutos de andar a pie. Cerca de la Intihuatana hay cementerios incaicos. La Intihuatana presenta restos que son ejemplos excelentes de piedras labradas, y tienen interés histórico por ser uno de los sitios donde los Incas "amarraban el Sol".

De Pisac a Calca median cuatro leguas, siguiendo las orillas del río Vilcanota, y enmedio de paisajes lindos. Calca es capital de la provincia del mismo nombre, y desde aquí principia una de las secciones más preciosas del Perú en cuanto a vistas panorámicas. De Calca a Urubamba distan cuatro leguas más. Aquí hay hotel y de donde procurarse víveres, etc., para viajes al valle, caso de querer entrar a la montaña para visitar Machu-Picchu, o conocer las plantaciones exuberantes de un valle cálido, inclusive caña de azúcar, café cacao, coca, arroz, y los bosques, gozar de muchas calidades de fruta rica, o visitar a los chunchos (los Machigangas) del Chirumbia, donde el Convento de Santo Domingo tiene una misión y casa para su cristianización. Los hacendados son extremadamente hospitalarios en esta ruta.

Ollantaitambo dista cuatro leguas de Urubamba. La fortaleza es el ejemplo más clásico y sin duda alguna, el mejor, de las fortalezas que construyeron los antepasados de estas regiones. Las piedras inmensas de granito rosado se han cortado en una cantera al otro lado del río, y no se sabe como las han hecho pasar el río. En la cantera hay algunas piedras a medio labrar; en el lado del río donde existe la fortaleza hay algu-

nas que se llaman "las piedras cansadas" y que conviene ver precisamente. Es esta la fortaleza relativa al drama clásico de los Incas, titulado "Ollanta", cuyas representaciones todavía hoy atraen mucho público, que no se harta de verlo. Tras de la fortaleza, en una quebrada lateral, hay numerosos andenes, un acueducto antiguo, unos cortes en roca viva, consistentes en asientos, y en el pueblo de Ollantaitambo, un "baño del Inca".

Si el turista es resuelto, seguirá río abajo, por la misma orilla, a Torontoy, a seis leguas de distancia, conociendo algunos puntos de interés histórico de paso como la fortaleza de Sala-puncco, unos pueblos antiguos ya en ruina, y una serie de gradas (más de cincuenta) para bajar a un arroyo que permite a uno pasar de un lado del río al otro. En Torontoy, ocultos dentro del bosque, hay algunos edificios altos que se suponen hayan servido de cárceles. Son de piedra labrada en parte. Antes todavía, se ven rastros de una acequia antigua. Aquí hay algunas casas, y familias de indios, que atenderán por una suma muy módica, a viajeros y a bestias. El clima ya es notablemente mejor, porque estamos ya cerca a la cabecera de montaña. Ya principia la verdura más tupida, los pájaros aumentan en número, se oyen a cada paso gritos de aves y animales, las flores asumen colores extravagantes, y los cerros encajonan el cauce del río en quebradas a veces estrechas y en otros momentos algo abiertas. Son recuerdos sempiternos que se reciben, especialmente por Naranjo, y La Máquina. A cinco leguas de Torontoy el viajero ya está cerca a las famosas ruinas de Machupicchu, que descubrieron y examinaron científicamente los miembros de la Expedición Yale-Peruvian de 1912, bajo la dirección del profesor norteamericano Hiram Bingham. Es una agrupación maravillosa de edificios y gradas a más de 2,000 piés sobre el lecho del río Urubamba. Puede visitar el turista este sitio, haciendo colocar en el sitio denominado Putucusi un puente provisional, con peones de la finca cercana de Mander, que corre por cuenta de don Melchor Arteaga. En tal caso se descansa un par de días en este arriendo, pues hay forraje abundante para las bestias; y el río está a la mano para tomar dos o tres baños diarios. La colocación del puente es obra de corto tiempo, y pueda costar unas tres libras, pero vale la pena, pues la subida por esta ruta es mucho más corta y menos expuesta. Se llega de esta manera en menos de una hora a las ruinas. En defecto de este camino, es preciso dar una vuelta por el puente de San Miguel y enseguí-

da realizar una subida, expuesta por parte del trayecto, que dura tres horas. En el uno, o en el otro de los dos casos, es conveniente principiar la subida antes de las seis de la mañana, a fin de evitar el cansancio consiguiente con motivo del calor del sol. El turista deberá hacer llevar algo de comer y de beber para todos los acompañantes, y de ninguna manera dejar de lleva su Kodak. Si es posible, un capataz de peones deberá de adelantarse desde el día anterior para cortar las malezas por la senda y por el sitio de las mismas ruinas. Sería muy ventajoso llevar también consigo un ejemplar del informe en inglés de la obra del profesor Hiram Bingham ("In the Wonderland of Peru", National Geographic Magazine, April, 1913), pues, aunque no sea dable leer en inglés, los doscientos cuarenticuatro fotograbados serán excelentes como base para comprender mejor Machu-picchu. Si permite el tiempo, deberá el viajero continuar río abajo a conocer las haciendas de plantaciones tropicales. Huadquiña (con baños termales) y Colpani distan apenas tres horas de camino del puente de San Miguel; la capital de la Provincia está a menos de dos días de viaje.

Hoy el Supremo Gobierno realiza la construcción de un ferrocarril de vía angosta desde el Cuzco por Anta y Ollantaitambo y de ahí por el río Urubamba hasta Santa Ana. Actualmente va la máquina hasta más del trayecto entre el Cuzco y Ollantaitambo; y para fines de este año ofrecen tener toda esta sección corriente hasta Ollantaitambo. Además, se está llevando a cabo dos caminos carreteros, uno por Anta a Abancay que se puede aprovechar próximamente en automóvil hasta Anta, para de ahi seguir a caballo a Urubamba ú Ollantaitambo; el otro partiendo de Huanbutio hasta Calca y Urubamba se hará quizás más paulatinamente, pero una vez acabado, permitirá ir en auto desde el Cuzco hasta Ollantaitambo y regresar en el mismo día.

Más cerca al Cuzco, en la provincia de Quispicanchi, existen otras ruinas incaicas de bastante interés. TIPON, fortaleza con restos de un pueblo antiguo, está a cinco leguas de la quebrada del Cuzco, cerca de la estación del ferrocarril de Sailla. Se podrá conseguir un indio y quizás un caballo de la hacienda Quispicanchi, para continuar en esta forma hasta la ruina. El auto lleva al turista hasta esta misma finca desde el Cuzco. La fortaleza tiene un largo de cinco kilómetros, con un alto de unos diez metros y un espesor de unos dos a tres metros. La vista

desde esta cumbre es bien amplia, pues por un lado aparece Ausengate y por el otro Salcantay, ambos nevados perpétuos de más de veinte mil pies de altura. Más abajo de la fortaleza están los restos de casas, un baño del Inca, y buenos andenes. Más allá de Tipon están Piqui-llacta y Rumicolcca, el primero un pueblo de más de mil casas en estado de ruina, y el segundo un par de muros de piedra labrada. Ambos lugares puede visitar el turista en auto desde el Cuzco también. Entre Tipon y estos dos lugares existe otro, cerca a la laguna de Lucre, con muros bien elevados.

A caballo se puede ir al sitio de Huanacauri, a unas tres leguas del Cuzco, donde los Incas tuvieron un templo, más sagrado que el templo del Sol. Hoy existen solamente unos cimientos, y antes del templo restos de algunos otros edificios de mucha importancia si se creyera las leyendas de los indígenas.

Al frente, por el lado de San Tutis, está Pumamarca, que tiene casas en excelente estado de conservación, con piedra pequeña pero bien labrada.

Por el lado de Paruro, a distancia de siete leguas, está Paccarectambo, lugar clásico en las leyendas mitológicas de los Incas, como el lugar de donde salieron los tres hermanos Ayar. En este trayecto observará el turista varias ruinas de interés, inclusive piedras con animales en relieve. Por aquí están los baños termales de Yaurisque para los reumáticos. Pasando Paccarectambo puede el turista ir hasta la hacienda Ayushamba, gozar de la hospitalidad de sus amables dueños, y conocer los sitios por donde se han hecho recientemente excavaciones para encontrar restos de animales pre-históricos como el mastodonte y el caballo pre-histórico, restos que quedan en el museo de la Universidad del Cuzco. Aquí falta aún la mano de un especialista para continuar esta obra científica.

Si el turista quiere ir por el lado de Abancay, encontrará muchas ruinas antiguas cerca a Zurito, Limatambo, Choqquequirau, Abancay; si quiere ir por Canas, tendrá igual suerte. En fin, existen ruinas más o menos importantes en todas las provincias del departamento, como Huajrapucara en Acomayo; la fortaleza y el palacio de Choquepujio; Chinchero, por Urubamba, etc., y Viracocha en Canchis, etc. Detalles concretos de estos sitios puede pedir el lector dirigiéndose al Rector de la Universidad del Cuzco, o al Presidente del Instituto Histórico del Cuzco.

Con esta relación, cree la redacción de "Mercurio Peruano", haber satisfecho una necesidad harto conocida por los que quieren viajar por la tierra de los Incas y conocer algo de sus monumentos y grandezas pasados, ver algo de los pintorescos paisajes, y apreciar el movimiento actual bajo sus múltiples faces sociológicas.

Cuzco, 22 de junio de 1920.

ALBERTO A. GIESECKE.

Del libro "Estancias Marinas"

I

Visión del mar, imponderable, enorme,
sonora, fuerte, triste en la alborada,
cuando la niebla del invierno envuelve,
como el dolor el sueño de las almas. . . . .

II

Hoy ha llegado un barco
misántropo y oscuro:
abrió sus escotillas;
desembarcó sus bultos. . . .
Los marinos arriaban
todo el cordaje, mudos,
y había en sus semblantes
amargo gesto adusto. . . . .
Después.... alzaron anclas
y siguieron su rumbo. . . .

III

Bajo la tarde diáfana,
sobre el mar apacible,
de un largo viaje las gaviotas vuelven
en pos de un viejo, abandonado esquife,
y en su actitud hierática
hay un motivo insigne
de incomprendidas cosas habituales
a tántas gentes tristes. . . .

A. BELISARIO CALLE.

Notas Varias

VISITA DEL DOCTOR BENJAMIN BARRIOS A LA REDACCION DEL "Mercurio Peruano".

El martes, 13 del presente mes, tuvimos los redactores del "Mercurio Peruano", la satisfacción y la honra de recibir la visita del distinguido intelectual mexicano, señor doctor Benjamín Barrios.

El doctor Barrios, que ejerce brillantemente en Londres la carrera de abogado, y que posee una sólida y vasta cultura, puso durante los cuatro años de la Gran Guerra su vigorosa mentalidad al servicio de la causa de los países aliados, dirigiendo la revista "América Latina", que tánto contribuyera a formar la opinión de los pueblos hispano-americanos sobre el lado de que estaba la justicia.

Por tal circunstancia, ha tenido ocasión de conocer personalmente a los grandes políticos y generales de la Gran Bretaña, Francia, Estados Unidos, etc., y obtenido notables y numerosas distinciones por parte de los estados victoriosos.

Hombre comprensivo, simpático, que a un exquisito dón de gentes suma el ser un ameno *causeur*, el doctor Barrios se captó inmediatamente nuestra adhesión.

En la champañada que le ofrecimos en nuestra casa de redacción, dirigió la palabra al doctor Barrios, el señor Carlos Ledgard, quien expresó al insigne periodista mexicano los sentimientos de admiración y simpatía que nos animaban en esos momentos.

Rodearon al señor Barrios en su visita al "Mercurio", los señores Alberto Ureta, Carlos Ledgard, Mariano Ibérico y Rodríguez, Luis Baralt, Mariano Brull, Cristóbal de Losada y Puga, Honorio F. Delgado, Edwin Elmore, Alberto Jiménez Correa, Manuel R. Beltroy, Raúl Porras Barrenechea, Ricardo Vegas García, Luis Alberto Sánchez y Jorge Guillermo Leguía.

J. G. L.

LOS INCAS DEL PERU, por Clements R. Markham.—Traducción de Manuel Beltroy.—Lima, 1920.—Imprenta Sanmarti.

La obra del esclarecido sabio inglés, Sir Clements R. Markham, ha sido hasta la fecha ignorada en el Perú, ya por la carencia de los ejemplares que su divulgación hacía menester, ya por no existir aquéllos sino escritos en la lengua del autor.

Manuel Beltroy ha querido llenar en parte este vacío, y ha traducido y editado la obra titulada "Los Incas del Perú", que escribiera en 1910 el ilustre Presidente de la Real Sociedad Geográfica de Londres.

Si digna de aplauso es la actitud de Beltroy, al dar a la estampa la versión castellana que del libro de Markham ha hecho, merecedoras de todo encomio son la propiedad y soltura del lenguaje que en aquélla emplea, y la edición tan nítida, tan elegante con que nos ha presentado la interesantísima producción del sabio historiador británico.

Ha prologado la traducción de Beltroy, el arqueólogo nacional, señor doctor Julio C. Tello, quien ha trazado con precisión y sobriedad admirables, el cuadro de los períodos que comprende la historia prehispánica y que en su mencionado volumen estudiara el inolvidable hombre de ciencia cuyo sòlo nombre es el mejor vínculo espiritual entre la Gran Bretaña y el Perú.

Siendo el doctor Tello quien es en el mundo de los que a cosas de historia se dedican, necesario es que, al elogiar en esta *nota* lo que representa la traducción de Beltroy, digamos únicamente que aquel arqueólogo tiene formado un altísimo concepto de la obra "Los Incas del Perú".

J. G. L.

FLORILEGIO—JOSE MORENO VILLA.—"El Convivio". San José de Costa Rica.—Apartado 533.

En esta selectísima colección de producciones literarias, la autorizada palabra de Pedro Henríquez Ureña y de *Xenius,* confirma nuestro juicio favorable a este nuevo y poco conocido exponente de la cultura y de la sensibilidad hispanas. Moreno Villa, en *Evoluciones,* que es la obra que de él conocemos, se muestra exquisito, sutil, penetrante, aunque un tanto desigual: tiene desfallecimientos, desaciertos.—La selección preparada por Henríquez, es excelente para dar una idea de la mentalidad de Moreno Villa, y suficiente para justificar la clasificación que de él hace el ilustre crítico dominicano, como miembro de la que, muy atinadamente, denomina "aristocracia cerrada de la literatura española". De esta aristocracia, de la que forman parte, entre otros, Baroja, Valle Inclán, Onís y Pérez de Ayala, Zulueta y Alomar, dice Henríquez Ureña: "Para dar idea de lo que es la clase, bastará mencionar unos cuantos de sus miembros mejor conocidos: Unamuno es su filósofo místico José Ortega y Gasset es su filósofo intelectualista; Juan Ramón Jiménez y Antonio Machado son sus principales poetas; Azorín es su crítico;

Enrique Díez Canedo es su humanista moderno. . .Y añade—lo que es importante—: "En la pedagogía social, la clase entronca con la Institución Libre de Enseñanza, con la clara y fecunda tradición de Giner" Alta alcurnia, como se ve, la de este nuevo cruzado de la cultura. Copiemos algo suyo. Aunque es en las prosas de Moreno Villa donde nos parece ver el meollo de su arte, citaremos aquí versos, en obsequio de la brevedad.

Su cuarteta de eterna despedida al gran maestro D. Francisco Giner, que titula: "Pensando en don Francisco días después" es de una sobriedad y delicadeza extrema:

"Abuelo ¿y aquel deseo
de catar todas las fuentes,
de morder todos los frutos,
de besar todas las frentes?"

Sus epitafios son muy originales y exquisitos. He aquí dos ejemplos:

ERA MISTICA

"Sobre un cielo gótico, azul y blanco,
su alma—una antorcha—prendía.
Cuando se apagó la antorcha
ya estaba toda, toda arriba".

Y esta joya que titula "Era".....

"Era el júbilo del alba:
voz sencilla, frente clara;
nunca perdió la sonrisa,
nunca ganó la esperanza".

Tales cosas dice este "poeta de la nominación extasiada", como lo llama *Xenius* con el certero epíteto de siempre.

E. E.

Revista de Política Internacional

(La revolución de Bolivia)

La opinión boliviana, ha obtenido un triunfo magnífico. El gobierno que presidía el señor Gutiérrez Guerra y que mientras en el interior desenvolvía una política de atropello y violencia, en el exterior se caracterizaba por desleales maniobras, ha sido derrocado. Y, en verdad, que ya era de esperarse esta reacción del sentimiento nacional boliviano contra métodos y propósitos que, sobre revelar una absoluta falta de sentido moral, resultaban en el fondo, perjudiciales para los propios intereses de Bolivia.

Chile ha buscado siempre la complicidad de esta república para consumar el escarnio del tratado de Ancón, y su política encontró un apoyo entusiasta en el partido liberal boliviano, sometido al torpe autoritarismo de Montes y destinado, en consecuencia, a derivarse por una pendiente de extravíos y de errores. Fruto de esta incalificable colusión—donde a la falacia de una parte, se juntaba el mezquino utilitarismo de la otra—fueron esos extraños compromisos chileno-bolivianos relativos al puerto de Arica, en los cuales, los gobernantes de la altiplanicie tuvieron: primero la ingenuidad de creer en las promesas de Chile, luego la de imaginarse que el Tribunal de las Naciones iba a propiciar una expoliación, y siempre la inconsciencia o la debilidad de constituírse en instrumentos de la inescrupulosidad internacional.

Felizmente, el alma misma de la nacionalidad y sus hombres verdaderamente representativos—señaladamente los que componen el partido republicano—no sólo eran extraños a estos sórdidos manejos, sino que los combatían con patriótica y eficaz

tenacidad. Ese patriotismo y esa tenacidad han reivindicado al fin el honor de Bolivia, siendo éste, seguramente, el prestigio más alto y más legítimo de la revolución que comentamos.

Las personalidades que ahora tienen en sus manos los destinos de Bolivia, son una garantía de moralidad y de eficiencia. Educados en una lucha constante contra las arbitrariedades de un poder absorvente y despótico, en contacto con la fibra generosa y rebelde de su nacionalidad, han elaborado un hermoso credo de generación. Los señores Escalier, Saavedra, Carrasco y otros republicanos y radicales prominentes, han manifestado sus puntos de vista en orden a la política interna y externa de su patria. Esos puntos de vista reaccionan contra la gestión financiera y la imposición electoral del montismo; y, reaccionan, sobre todo, contra la monstruosa pretensión de arrebatarnos el puerto de Arica, consagrando, en cambio, el grande y bello ideal de reivindicar el litoral arrancado contra todo derecho, por la fuerza chilena.

Por lo demás, es muy grato constatar que este movimiento traiga para Bolivia, al par que una saludable transformación en los hábitos administrativos y políticos de sus gobernantes, el anuncio de una vida internacional decorosa y altiva. El gobierno del señor Gutiérrez Guerra, había suprimido toda garantía, conculcado todo derecho y decretado una implacable persecusión contra sus adversarios políticos. Secuaz de Montes, el señor Gutiérrez Guerra, representaba en América un papel tristísimo. El no envidiable papel de traicionar al Perú—el generoso aliado de otros días—, confabulándose con el enemigo común para frustrar o, por lo menos, entorpecer, la realización de las legítimas y vehementes aspiraciones peruanas.

Era muy doloroso para el Perú, contemplar un adversario allí donde debió encontrar un apoyo, esa como eficacia del mal que la política boliviana parecia ofrecer y, finalmente, esa absurda atmósfera de interés y de pasión en que los políticos de la altiplanicie solían envolver sus maniobras. Y tanto como era doloroso ese espectáculo, es grato pensar que, ni la corrupción política había llegado al alma misma del pueblo boliviano, ni la debilidad, la incertidumbre o la inercia a atenuar la fe de sus hombres patriotas y sinceros.

La política boliviana, en lo tocante a la cuestión del Pacífico, puede y debe ser radicalmente rectificada. Por fortuna el interés de Bolivia coincide aquí con su deber. Es incuestionable que la reivindicación del propio litoral reportará a Bolivia ma-

yores ventajas materiales que la quimérica obtención de Arica; y en cuanto a sus consecuencias morales, serán ellas nada menos que la consagración del Derecho Público Americano—a despecho de la fuerza y de la astucia— y algo mejor aún: la consagración de la verdadera fraternidad perú-boliviana. De una fraternidad fundada en el recuerdo de comunes amarguras y estimulada por el reclamo apremiante de un mismo ideal.

El señor Juan Bautista Saavedra, hoy presidente provisional de Bolivia, ha dicho, que si una guerra injusta mutiló la geografía boliviana, sólo una obra de justicia podrá repararla. Una obra de justicia repetimos nosotros. Porque la justicia que se haga a Bolivia, se le hará también al Perú y la justicia que se haga al Perú, se le hará también a Bolivia. Rara conjunción de aspiraciones, hermosa solidaridad de dos pueblos, vinculados, no ya únicamente por el lazo exterior del interés, sinó por el fecundo sentimiento de trabajar en la misma obra moral.

Y de esta suerte, los deberes del Perú y de Bolivia aparecen claramente indicados: unirse para vencer en esta porfía donde Chile exhibe—a través de sus alardes de cinismo y de fuerza—la incurable miseria de su causa; unirse para evitar nuevos desbordes de ambición y para consolidar su progreso espiritual y material en un ambiente de honradez y franqueza.

Las declaraciones del señor Escalier nos traen la seguridad de que estas finalidades serán alcanzadas. Bolivia retirará la extraña petición que el general Montes presentará ante la Liga de las Naciones reclamando el puerto de Arica y, para que la común demanda de justicia adquiera mayor fuerza, se unirá al Perú. Así vuelve el partido republicano por el prestigio de Bolivia y por la moralidad internacional; así rechaza la política del 95 y del 904, la nefanda política de los *practicistas,* para inaugurar la política de los hombres honrados y leales.

No sabemos de qué medios pretenderá valerse Chile para desvirtuar el sentido de la revolución boliviana. Cuando fracasen sus esfuerzos por desprestigiarla, pretenderá seguramente infiltrar en los elementos que la han llevado a cabo, las sugestiones de que siempre se ha servido. Chocará empero con la conciencia pública de Bolivia que ya está despierta y con la patriótica convicción de los hombres que la han libertado. Chile debe ensayar otra postura en la política de América, una postura más en armonía con la actuación interna de los pueblos y con las legítimas espectativas que el establecimiento inminente de la justicia internacional, estimule en el espíritu de los mismos.

Se ha hablado siempre de que una justicia inmanente preside las relaciones de los hombres y los pueblos. Aún no hemos alcanzado la justicia que nos es debida; pero hay ya signos que parecen anunciar la hora augusta de la reparación. Más, si sólo obtienen el éxito aquéllos que saben conquistarlo, no esperemos que esta reparación sea la obra de una simple fatalidad histórica. Pongamos, por el contrario, al servicio de la gran causa nacional todos nuestros esfuerzos. Ponga el gobierno una política de serenidad y de amplitud, ponga el pueblo la inextinguible energía de su voluntad, ponga la juventud el fuego de su entusiasmo y la afirmación de un optimismo batallador y fuerte. Pensemos que la cuestión peruana es una cuestión continental, porque el punto de vista peruano, es el eterno y permanente punto de vista de la verdadera solidaridad internacional. Y no olvidemos, por lo tanto, que al exigir lo que por derecho imprescriptible le pertenece, el Perú cumple al par que una obligación para consigo mismo, un sagrado deber para con la historia espiritual de América.

Sanmartí y Ca.—72879

RAUL MARIA
PINX.

† AUGUSTO MADUEÑO

14-11-1918

Retrato al carbón.

Acuarela: un **pongo** limpiando cuchillos.

Dibujo a tinta: Málaga creando a "Don Lunes".

Dibujo a pluma. Alegoría sobre la paz armada, publicada antes de la gran guerra.

✝ Augusto Madueño

Brusca, inesperada, cruel y lacerante nos llegó la noticia de su muerte, acaecida en la ciudad del Cuzco el treinta de julio último. En plena juventud—veinticuatro años apenas—había dejado de vivir el que fuera director artístico de "Mercurio Peruano". Una enfermedad grave y tenaz minó su joven y vigoroso organismo, y, apesar de todos los cuidados del fraternal amor más acendrado y de todos los empeños de la ciencia, concluyeron sus días, tan bellos en su actualidad genialmente estudiosa y entusiasta y más bellos aún en las promesas seguras de un porvenir de gloria.

Intensamente la nueva fatal ha penetrado nuestros espíritus saturándolos de amargura, congoja i desaliento ¿Para qué la juventud hermosa y fresca? ¿Para qué el prometedor esfuerzo, la brega por el triunfo noble del Arte, gran consolador de la Vida, si la intrusa despiadada puede troncharlo todo en un instante? ¡Cuán dolorosamente absurdo el Destino que impide sea lo que debió, lo que tuvo derecho a ser! Que lo que vemos caduco termine, que lo inútil desaparezca, puede concbirse; pero que una existencia núbil i sana, una vida en flor, un talento artístico que comienza a cumplir sus promesas seductoras, un corazón de nobles entusiasmos pleno y de generosidad, se extingan de pronto, es algo que horriblemente nos defrauda y oprime; y el grito de protesta, de rebeldía, surge a la par violento y angustioso. Y si alguna vez, tarde—muy tarde en desgracias como ésta que con tánta crueldad nos golpea—los cristianos sentimientos nos llevan a resignarse a los designios de la voluntad divina, jamás alcanzaremos a comprenderlos.

La Redacción de "Mercurio Peruano", mal repuesta aún de su pesar inmenso, declara su duelo, y cumple con rendir a la memoria de Augusto Madueño, su primer director artístico, en las mismas páginas que brillantemente ornaran sus dibujos, el debido homenaje.

Crónicas de Norteamérica

Continuamos publicando en este número las interesantes correspondencias que sobre los más notables aspectos de la realidad estadunidense nos envía nuestro Director, el Dr. D. Víctor Andrés Belaúnde, quien, como se sabe, se encuentra en la Gran República del Norte en comisión de propaganda cultural y de acercamiento panamericano de nuestra Universidad. El Dr. Belaúnde empezará a dar, apenas se abran los cursos universitarios norteamericanos, conferencias sobre nuestra vida nacional, con sujeción al programa que se publicó en los periódicos de Lima; y, al mismo tiempo, remitirá a esta revista artículos informativos de la vida yanqui, con el interés que él sabe poner en cuanto trata.

I.—LA CLAUSURA DEL AÑO EN HARVARD.

Harvard está de fiesta. El tradicional parque ha sido adornado con luces y banderas. Los exámenes han concluído; y van a conferirse los grados. Es la semana del *"Comencement"*. Es el comienzo de la vida en el mundo y el final de la vida escolar. En todos los días de esta semana hay alguna ceremonia interesante. El programa comienza invariablemente con el servicio religioso. Por algo afirma Bryce que los anglosajones son la gente más religiosa entre todas. Un día se celebra el aniversario de la fundación de la Escuela de Derecho. El orador es una gran figura americana: Carlos Hughes el competidor de Wilson en la reñida elección de 1916. Con elocuencia jugosa y fuerte nos dice que la autocracia puede pasarse sin abogados; pero que la democracia nó; y nos hace notar el contraste que presenta el progreso económico, industrial e intelectual del país, con el atraso legislativo. La legislación americana se resiente de falta de

método, de claridad y de conocimiento técnico de las materias legisladas. Todo eso nos hace recordar el "Culto de la Incompetencia" de Faguet. Otro día la Universidad de Mujeres celebra la ceremonia de la colación de grados. En el Sanders Theatre van ingresando, al compás de una marcha solemne, más de doscientas bachilleras y maestras con el tradicional uniforme universitario: la capa y el gorro. Y en verdad que tal indumentaria, no obstante su gravedad académica, no sienta mal a algunas bachilleras que, a pesar de serlo, conservan la belleza y el donaire de su sexo. Después de los cánticos que toda la masa del público entona, los grados son conferidos colectivamente.

Uno de los días más animados es el llamado *"class day"*. Para comprender lo que este día significa es necesario salir del marco de la Universidad hispanoamericana, simple escuela profesional, por cuyos claustros pasa la juventud sin otra ambición que la de concluír pronto y sin recibir el sello de una alta idealidad y el calor de un fuerte sentimiento solidario.

¿Quiénes son en el Perú aquellos que miran con placer los años de los estudios universitarios y que al salir de la Universidad se sienten unidos a ella permanentemente y se creen vinculados a los que fueron camaradas en las clases por aquellos recuerdos y este lazo común?

Imaginaos que la semana anterior a la clausura de la Universidad Mayor de San Marcos fuera una semana de fiestas. Suponed que todos los que han pasado por el claustro, lo recuerdan con cariño y desean festejar la fecha en que concluyeron sus estudios, uniéndose a los que acaban de recibir el grado académico. Transformad, por milagro de la fantasía, nuestra sicología hecha de individualismo y de gravedad decorativa; dad a nuestra clase universitaria la sana y varonil travesura de estas razas. Y entonces seguramente en aquella clásica semana, el día más hermoso sería aquel en que cada jornada de ex-alumnos celebrase la fiesta del compañerismo y de homenaje al *Alma Mater*. Cada clase se reuniría en ágape familiar. Y ya en el campo al aire libre o en los claustros antiguos se mezclarían los distintivos de los diferentes años que todos llevarían orgullosamente en el pecho. Ese día de conmemoración, de homenaje y de solidaridad sería el *class day*.

La Universidad Americana está constituída no solamente por los estudiantes y los maestros, sino también por los que han sido estudiantes, que reciben el nombre latino de *alumni*.

Los alumnos celebran el *class day* cada uno con su año o con su clase. El festejo más importante corresponde a los que recuerdan el décimo, el décimo quinto, vigésimo, vigésimoquinto aniversario del grado. (Hay que tener en cuenta que los grados se confieren colectivamente). Para este último aniversario que corresponde a nuestras bodas de plata, los antiguos compañeros suelen emprender hasta largos viajes. Lo importante es estar unidos y recordar ese día a la sombra de la Universidad. La nota de alegría y colorido la da la reunión de los estudiantes y de grupos de alumnos en el *stadium* de Cambridge, colosal edificio construído a imitación de los coliseos romanos. Ante un público innumerable que ocupa las enormes escalinatas o tendidos, desfilan los estudiantes y algunos grupos de alumnos en medio de hurras y de bravos *orquestados.* Y digo orquestados; porque cada grupo debe lanzar los gritos convenidos, con la mayor uniformidad y siguiendo la dirección del jefe. El público aplaude con más entusiasmo las vociferaciones más altas y mejor acompasadas. Algunos grupos o clases, llevan vestidos carnavalescos y ejecutan en el *stadium,* movimientos de hermosa perspectiva. Los graduados desfilan con su gorro y su capa, poniendo una nota oscura y severa en aquel ambiente de colorido, de alegría y de luz. Reunidos todos en el fondo del *stadium,* a manera de enorme semicírculo, después de entonados los himnos fraternos, se realiza la entrega del estandarte de la Universidad por la clase que sale a la clase inmediata. Un graduado de voz estentórea lanza un discurso jocoso. Repártense confettis y serpentinas por todo el *Stadium* y el espectáculo concluye con una lucha carnavalesca llena de animación y de vida.

Mas si el *class day* es el día más animado de la semana clásica, el día más solemne es el de la colación de grados o sea el *Comencement,* propiamente hablando. En uno de los jardines de Harvard se reúnen los profesores, los dos cuerpos que tienen la direción de la Universidad: la "Corporation" compuesta del presidente y sus colegas y el Colegio de veedores (u *oversees)* y las más altas personalidades del Estado: gobernador, senadores nacionales, autoridades políticas. Desfilan luego en perfecto orden hacia el Sanders Theatre o sea el salon de actos. Los Profesores llevan el gorro y la amplia capa con los colores distintivos de sus facultades. Marchan también los que van a recibir un grado honorario. Entre ellos se destaca la arrogante figura del general Pershing.

El Sanders Theatre resulta estrecho para la concurrencia y

se ha limitado la entrada a los graduandos, sus familias y las clases más antiguas de *alumni*.

La ceremonia, que es de una solemnidad impresionante, comienza con una oración compuesta ad hoc, dicha con grave entonación y escuchada por todos de pie e inclinada la cabeza. Se canta luego el himno nacional. La primera parte de la ceremonia es como un certámen literario. Un alumno dice con voz sonora su latina oración de saludo al presidente, al expresidente Elliot—uno de los ancianos más respetables y respetados en los EE. UU.—al gobernador, al general Pershing, a las madres y a los graduandos. Cada saludo es subrayado con aplausos. El de los hermanos con sonrisas. Es sabida que la nota sonriente o jocosa es esencial en toda reunión anglosajona. Después tres estudiantes pronuncian discursos sobre temas nacionales. Son los estudiantes que revelan mayores disposiciones oratorias. El programa es amenizado con los clásicos himnos de la Universidad.

La colación de grados se realiza del modo siguiente: Cada decano de facultad entrega al Presidente de la Universidad, que se sienta al efcto en una silla tradicional, la lista de los graduandos. Estos suben al escenario y reciben de labios del presidente las palabras rituales que los autorizan para llevar su título y ejercer la profesión correspondiente.

El momento culminante de la fiesta es la entrega de los diplomas a los que han recibido grados honorarios, los cuales se confieren por las altas autoridades universitarias como un honor excepcional.

El Presidente de pie llama a cada uno de los recipendiarios, haciendo su elogio en breves y significativas palabras. El público refrenda con oraciones calurosas el grado conferido.

Cuando el Presidente Lowell pronunció el nombre del general Pershing la concurrencia en masa se puso de pie y ovacionó largamente al vencedor de Sedán.

Cierra la ceremonia la bendición, escuchada por todos con recogimiento religioso.

Por la tarde del mismo día se reunieron en uno de los jardines de la Universidad—el cuadrángulo entre el Emerson Hall y Sever Hall—los *alumni* o los exgraduados de Harvard para escuchar el discurso de su presidente, del presidente de la Universidad y las oraciones de algunos de los que han recibido grado honorario.

Esta reunión es el verdadero homenaje de los *alumni*, a la Universidad; y la prueba de cómo los que han recibido educa-

ción en la Universidad se sienten obligados a trabajar por ella y a seguir paso a paso su vida y su progreso. El Presidente o Rector da cuenta de las reformas y mejoramientos alcanzados. Me llamó profundamente la atención el dato referente a los donativos hechos a la Universidad. Han ascendido el año de 1919 a la suma de 12,000,000 de dollars. Buena parte de esos donativos corresponde a colectas hechas entre los exestudiantes. La mayor cuota corresponde al año 95.

Han dejado en mi espíritu una honda y grata impresión las fiestas del *Comencement* en Harvard ; y han afirmado mi convencimiento de que los pueblos anglosajones, tan mal conocidos en Sud América, tienen mayor sentido religioso y poético de la vida que nosotros, apesar del concepto vulgar que nos asigna fatuamente todos los lirismos y todos los romanticismos. La Universidad es una escuela de cultura física, de vida intelectual y de sentimiento de solidaridad. Las asociaciones universitarias existen para el sport, y para el debate, y para fiestas de amable compañerismo. No son el semillero de menudas ambiciones, ni el pedestal de tristes apetitos. Esta juventud gusta del sol, del aire, del juego, de la danza y de la infantil y bulliciosa alegría de las fiestas camaraderiles. Goza y trabaja. Sabe sentir la solemnidad de ciertos instantes y gustar del humorismo de la vida corriente. Sabe orar y sabe reír. Es fuerte y es feliz porque experimenta al mismo tiempo la divina emoción de la plegaria y el humano placer de la sonrisa.

II.—LA SITUACION POLITICA.—EL DUELO ENTRE WILSON Y EL PARTIDO REPUBLICANO.

Elegidos los candidatos republicanos en la convención de Chicago y conocida su plataforma ha surgido el interesante debate político tradicional, alrededor de los hombres y de las ideas.

Ningún observador imparcial puede negar que la plataforma del partido republicano es equívoca y susceptible, como las consultas de los oráculos antiguos, de toda clase de interpretaciones; y que el candidato Harding no tiene los relieves definidos de Wood o de Hoover. El punto esencial, la Liga de las Naciones, está tratado de tal modo que los moderados pueden afirmar que la plataforma acepta la Liga con reservas: y los irreconciliables,

que la rechaza del todo. Así el expresidente Taft que con verdadero criterio diplomático y político comprende que el aislamiento de los EE. UU. tiene que ser censurado por la opinión serena de propios y extraños, se empeña en probar en sutiles artículos que el partido republicano acepta la Liga, llegando a esta paradoja estupenda: como por la constitución del Senado no es posible la ratificación pura y simple del tratado de paz, los demócratas con su intransigencia van a hacer imposible la adhesión de los EE. UU. a la Liga. Los autores de la Liga de las Naciones son su principales enemigos. Los esfuerzos dialécticos del expresidente Taft escollan desgraciadamente ante los hechos y ante las declaraciones de Johnson y otros irreconciliables que consideran que la Liga está condenada definitivamente por la plataforma. Mas si ésta es borrosa y equívoca en lo que se refiere al programa constructivo, ha sido precisa y enfática en lo que se refiere a la crítica de la administración Wilson. Para los republicanos todos los males y tropiezos del momento actual son fruto de la política wilsoniana.

El gran presidente, restablecido de su grave dolencia, no ha soportado en silencio el reto republicano. El acontecimiento sensacional de la segunda quincena de junio fué la entrevista que concedió Wilson al corresponsal del "World", órgano del partido demócrata en New York. El león ha vuelto a mostrar las garras. Con su habitual entonación apostólica ha dicho que los altos fines que inspiraron el ingreso de los EE. UU. a la guerra quedarían frustrados si esta Nación no forma parte principal de la Liga de las Naciones; y ha vuelto a lanzar contra los republicanos el formidable cargo de haber descuidado la solución de los graves problemas de la Paz.

Junto con la entrevista referida se han publicado, las declaraciones del corresponsal sobre el magnífico estado del presidente Wilson y las fotografías tomadas de éste recientemente y que así lo comprueban.

La reaparición del presidente en el escenario político ha sido un golpe maestro. En primer lugar ha parado la avalancha de las críticas republicanas, y en segundo lugar ha determinado la cohesión en las filas demócratas.

Los *lectores de almas* como los llama el "New-York Times", se han entregado a investigar el significado y trascendencia del gesto de Wilson, llegando a la conclusión que el presidente quiere una tercera designación a la presidencia, contra la tradición establecida por Washington. El absoluto silencio del Presidente

sobre este punto, debido seguramente al propósito de no perder el control del partido, aumentaba aquella sospecha, la cual llegó a ser vehementísima cuando Mac Adoo, el más popular y fuerte de los posibles candidatos ante la convención de San Francisco dirigió una carta suplicando a sus amigos no llevaran su nombre a la convención, pues el deber de atender a la situación financiera de su familia le impedía entrar en la campaña presidencial. Para buena parte del público la razón invocada por Mac Adoo para cohonestar su retiro era un simple pretexto, siendo el verdadero motivo no cruzar su nombre con el de su padre político. Los hechos posteriores han destruído todas estas suposiciones. El presidente Wilson no ha pensado nunca en un tercer mandato; pero no ha querido tampoco destruír por su propia declaración la fuerza política y la influencia que representaba esa posibilidad. El retiro de Mac Adoo se ha debido a la desventaja que en la campaña tenía, por ser hijo político de Wilson (ya le llamaban el *crown,* parece que se hablaba de la dinastía Wilson) y a la imposibilidad de obtener los dos tercios de votos en la convención misma, dada la actitud de hostilidad franca para con él del formidable y tristemente célebre Tamany Hall o sea la sociedad política más poderosa de New York.

La seria dolencia física y los enormes desengaños sufridos no han alcanzado a destruir la genial energía y la fe idealista del presidente Wilson. Dejando de lado preferencias personales por tal o cual candidato (esas preferencias que son la causa política de la perpetua crisis en que hemos vivido en el Perú), Wilson ha consagrado toda su influencia política a obtener del partido una declaración categórica sobre el punto principal de su programa; la Liga de las Naciones y hacer de él la bandera determinante de la proxima campaña. Y en realidad ha conseguido su objeto. No puede dudarse de que Wilson ha sido el *dictador espiritual* de la Convención de San Francisco. La situación de anarquía intelectual en que el partido se hallaba debido al voto de 23 senadores demócratas favorable a las reservas de Lodge y a las declaraciones de Bryan en pro a las mismas, ha desaparecido. El antiguo candidato demócrata ha removido en la "Rewiers and Rewlies" su criterio favorable a la ratificación del tratado con las reservas de Lodge, colocándose en el mismo terreno que Taft; pero pocos demócratas van a seguir su opinión. El mismo es consciente de su debilidad en este punto y va a concentrar toda su fe al punto relativo a la prohibición de las bebidas alcohólicas.

Mr. JAMES M. COX

III.—LA CONVENCION DE SAN FRANCISCO.—LA LIGA DE LAS NACIONES.—LA LUCHA ENTRE SECOS Y HUMEDOS.

Bajo la atmósfera creada por la enérgica actitud de Wilson en punto al programa político y en medio del desconcierto producido por el retiro de Mac Adoo, se ha reunido la Convención de San Francisco.

Su primer acto ha sido de homenaje al Presidente. Los discursos pronunciados por los senadores Cumming y Robinson, presidentes provisional y definitivo de la convención, son una fuerte y elocuente réplica a las censuras republicanas y un himno en honor de Wilson. El descenso de Cumming principalmente es una pieza de oratoria de combate de primer orden. Dirije asalto tras asalto al partido republicano con furia implacable. Al no aprobar el tratado de paz por odio al presidente Wilson, dice el orador, han cometido los republicanos el "crimen más negro de la historia". Les imputa la carestía de la vida, la permanencia de los impuestos excesivos y el deshonor y desconfianza internacionales. Hace una breve e impresionante síntesis de la obra demócrata y de la obra de Wilson. Recuerda las grandes leyes pasadas, tales como la relativa al Banco Federal y el enorme esfuerzo realizado al poner sobre las armas más de cuatro millones y al haber transportado a tiempo más de 2.000,000 de hombres.

Exhibe con orgullo el paralelo de la Gran Guerra dirijida por los demócratas y la guerra con España llevada a cabo por los republicanos. A pesar de la superioridad de la empresa, los demócratas no han dado motivo a la crítica que se formuló contra el partido republicano por los escandalosos abusos y delitos cometidos en esa época. Sumas fantásticas han pasado con motivo de la guerra por manos demócratas sin que se haya levantado contra ellas ningún cargo.

Mas el triunfo del presidente Wilson no sólo ha consistido en las aclamaciones con que fué recibido su nombre y en los aplausos que subrayaron los discursos antedichos que hicieron su apología; ha estribado principalmente en la designación del senador Glass como presidente del comité de resoluciones y en las declaraciones adoptadas sobre la Liga de las Naciones. Había dos fórmulas respecto de la Liga: 1a. la de la aceptación de las reservas de Lodge (fórmula Bryam); 2a. la de la plataforma de Virginia o sea la aprobación del tratado "sin reservas que com-

prometan su esencial integridad". La convención ha aprobado esta fórmula agregando estas palabras para acreditar que no existe espíritu de intransigencia: "que el partido no se opone a la aceptación de reservas que hagan más claras y especificadas las obligaciones de los Estados Unidos hacia los asociados de la Liga".

Como se vé, esta tercera fórmula no desvirtúa en nada el pensamiento wilsoniano.

Mas si ha habido un criterio predominante y uniforme en lo que se refiere a la solidaridad con la política wilsoniana y a su programa internacional, la lucha ha sido borrascosa en el punto relativo a la prohibición de bebidas alcohólicas; el duelo entre húmedos y secos.

Es sabido que a mérito de la 18a. enmienda constitucional está absolutamente prohibido el consumo de bebidas alcohólicas en los estados americanos.

Hay conformidad absoluta en lo que se refiere a las bebidas fuertemente alcohólicas y a la condena de los bares o salones; pero no sucede lo propio en lo que se refiere a la cerveza y los vinos ligeros. Se dibujaba además la tendencia a condenar los procedimientos inquisitoriales y vejatorios de la libertad que se han empleado para dar cumplimiento a las leyes antialcohólicas. Estas tendencias se tradujeron en la proposición de diferentes fórmulas para la plataforma que suponían la victoria de los llamados húmedos. Contra esas tendencias ha dirigido todo su vigor tribunicio el célebre leader demócrata Bryan. A juzgar por las descripciones de los diarios, el discurso de Bryan ha sido la nota teatral más intensa de la convención, hasta el punto de haber recibido durante 30 minutos el homenaje de las delegaciones y las entusiastas ovaciones del público. Este orador excepcional consiguió por el poder de su palabra su designación como candidato a la presidencia cuando sólo tenía 36 años; y ha sido la fuerza de mayor consideración en las anteriores convenciones demócratas. Hoy, en el ocaso de su influencia política, ha querido, sin embargo, deslumbrar y deleitar a la agotada asamblea, reviviendo sus dotes de orador *apostólico*. Los corresponsales lo describen como un iluminado; lanzando sus bíblicos argumentos "contra el enemigo del hogar". Si bien es cierto que Bryan no ha conseguido la aprobación de la fórmula radical presentada por él para dar mayor fuerza a las leyes prohibitivas, su actitud ha impedido que se abrieran camino las antedichas tendencias húmedas. La plataforma guarda un prudente

silencio sobre este delicado punto en que se ve claro que está dividida la opinión del partido.

Por medio de este silencio la convención demócrata ha salvado el escollo de la lucha entre húmedos y secos; así como por medio de la fórmula Root la convención republicana evitó la división del partido en el punto referente a la Liga de las Naciones.

Por lo demás, la plataforma demócrata no se diferencia de la republicana sino en las líneas tradicionales de los partidos en cuanto a tarifas e impuestos. Los demócratas, consecuentes con su historia, mantienen las tarifas sólo como fuente de renta oficial. En los demás puntos no existe diferencia esencial sino de matices en las declaraciones de ambas plataformas. El sufragio de las mujeres es sostenido por ambos partidos, lo mismo que la propiedad privada de los ferrocarriles, y la diferencia de las industrias que tienen relación con el gobierno y las industrias privadas. Los dos partidos desestiman el arbitraje obligatorio y predican la armonía entre el capital y el trabajo.

Respecto de México, las palabras demócratas son más amistosas y más diplomáticas que las declaraciones republicanas que envuelven la amenaza de una intervención; pero en uno y otro documento palpita el propósito de subordinar el reconocimiento del gobierno de México a las garantías que ofrezca a la vida y los intereses de los americanos.

Por último, los demócratas manifiestan su simpatía por que se conceda el Self-government a Irlanda.

En síntesis, el estudio de las plataformas o programas de los partidos nos lleva a esta conclusión: el único punto de esencial y palpitante diferencia de los dos partidos es la Liga de las Naciones. Como he tenido oportunidad de decirlo, la energía de Wilson ha colocado las cosas en un terreno lógico. Los demócratas sostienen *la Liga* de las Naciones del tratado de Versalles; los republicanos la rechazan y condenan. Algunos republicanos quieren *una Liga* o asociación de Naciones sobre bases distintas de las wilsonianas. Otros preconizan la política de aislamiento. Entre los demócratas y la primera clase de republicanos hay la discrepancia de un artículo; los unos son partidarios de la Liga y los otros de *una* Liga. ¡Qué abismo encierra, sin embargo, esta diferencia gramatical....¡Y cuán caro le cuesta a la humanidad!

IV.—LA LUCHA PARA LA ELECCION.—LA DESIGNACION DE COX.

Lo mismo que en Chicago, ha habido una lucha a muerte entre los principales candidatos a la designación por la convención. Los amigos de Mac Adoo, a pesar de las terminantes declaraciones de éste, presentaron su nombre. Los otros candidatos más fuertes han sido Palmer, *attorney general* de la presente administración y Cox, gobernador de Ohio. Palmer había desplegado, con gran actividad, todos los medios de seducción posible. Cox ha contado con el apoyo de los enemigos de Mac Adoo o sea Tammany Hall y las fuerzas húmedas.

Al principio estaban casi equilibradas las fuerzas de estos tres candidatos. Mac Adoo reveló tener mayor número de sufragios en las primeras votaciones. Desde el primer momento se vió que la lucha iba a llegar a los extremos de un duelo a muerte. Algunos pensaron en la posibilidad de un *caballo oscuro;* se habló mucho de Davis el embajador americano en Londres, figura de primer orden en el partido demócrata—quizás su hombre más preparado. También figuró el senador Glass, gran amigo y sostenedor de Wilson. La necesidad de presentar un candidato fuerte y suficientemente conocido, descartó la posibilidad de un caballo oscuro. A Davis se le pusieron dos objeciones: primera, la de no ser políticamente conocido; segunda, la de su vinculación con el gobierno inglés que podía restarle la simpatía del voto de los irlandeses que los demócratas han querido atraer con la declaración de la plataforma. Glass no exhibió mayor fuerza en las votaciones. Y así éstas se repetían en medio de la ansiedad del partido y de los que se interesan en esas políticas. Llegó un momento en que se rompió el duelo a muerte entre los tres más fuertes candidatos. Palmer empezó a perder votos y se retiró de la carrera. Más continuó la lucha encarnizada en líneas casi paralelas entre Mac Adoo y Cox. Al fin, convencidos algunos partidarios de última hora de Mac Adoo que no lograrían nunca los dos tercios requeridos, comenzaron a plegarse a Cox, que obtuvo en la cuadragésima cuarta votación, los antedichos dos tercios de sufragios. Pocas elecciones ha habido más reñidas que ésta. Los húmedos derrotados en la plataforma han tomado venganza en la elección del candidato. Bryan ha sido derrotado al final y ha exclamado que "su corazón está en la tumba".

Razones de oportunidad política poderosísimas han determinado la elección de Cox.

En primer lugar, era necesario conseguir los votos de un estado tan importante como Ohio. Cox es gobernador de ese estado. Hay, pues grandes probabilidades de que Harding sea derrotado en su propia casa. Los ciudadanos de Ohio van a tener que decidirse o por su gobernador o por su representante en el Senado.

En segundo lugar, Cox es un hombre de habilidad política indiscutible. Cometiendo un anglicismo diremos que es un captador de votos, un candidato de batalla. *Monta a caballo* diríamos en lenguaje criollo. Tres veces ha sido elegido gobernador de Ohio, de manera que es perito en materia eleccionaria.

En tercer lugar, no era prudente disgustar completamente a los húmedos. En cuarto lugar.....dicen los enemigos....Tammany Hall. Cox es como Harding un hombre de origen humilde. En su niñez trabajó en el campo. Da la casualidad de que los dos contendores son también periodistas. Cox comenzó como vendedor de periódicos, después fué prensista, por último editor y propietario de un diario. Del periodismo pasó a la política como diputado. Aquí se hizo notar como hombre inteligente, avisado y activo. Su prestigio público culminó cuando ganó la elección como gobernador. Todos reconocen que ha sido un administrador activo y reformista. Desde luego, puso en orden las finanzas de Ohio adoptando un sistema de presupuesto que es considerado como el más perfecto. Las escuelas fueron reformadas, los salarios de los maestros elevados, construídos nuevos caminos y extendido el seguro obligatorio.

Cox es el tipo de los hombres que no son brillantes; pero que saben hacer las cosas. Se dan cuenta los republicanos que tienen al frente un enemigo formidable. Su misma prensa piensa y prevé una lucha encarnizada.

Un ironista podía explotar algunos detalles curiosos del momento político.

Recordarán nuestros lectores que cuando Harding fué elegido dijo el "New York Times" que era un político de segunda fila. Frente a la elección de Cox, el "Sun" y el "Herald" dicen que el candidato demócrata es un hombre de habilidades de segunda categoría.

Para los demócratas Harding es el instrumento o *testa ferro*, de la argolla republicana, del pequeño grupo de explotadores, amigos de los trusts y de los triunfos proteccionistas que pe-

learon con Roosevelt. Para los republicanos, la elección de Cox es el triunfo de las intrigas de Tammany Hall y de los politiqueros de Illinois. Y los puritanos no le perdonan el ser divorciado.

Más la lucha de los partidarios no ha modificado las excelentes relaciones entre los candidatos opuestos. Harding ha enviado una afectuosa felicitación a Cox, a que éste ha correspondido efusivamente. Es el caballeresco saludo antes de comenzar la contienda.

Para Cox, Harding es hombre de gran atracción personal. Para Harding, Cox es un político de rara habilidad. Tal vez las cualidades más características de los contendores están contenidas en los juicios que han emitido en uno del otro.

Harding tiene la ventaja del momento político; por la ley del ritmo, la opinión querría un cambio, Cox, en compensación, tiene la base de una plataforma más clara y puede ser más franco y ejecutivo en su campaña. Harding tiene que contemplar muchos intereses políticos y ser menos expresivo.

Si, como es de prever, la Liga de las Naciones continúa funcionando en Europa con normalidad y comienza a realizar con éxito su programa, este hecho robustecerá el cartel demócrata en las elecciones de Noviembre.

La elección para candidato a vicepresidente ha recaído en un hombre de 38 años, popular por su nombre y por su figuración en la marina, Franklin Roosevelt. Su designación como la de Corlidge tiene por objeto robustecer *la boleta demócrata.*

VICTOR ANDRES BELAUNDE.

Clasificaciones Estéticas

En este artículo, el Dr. Deustua resuelve todas las clasificaciones estéticas, por lo general artificiales y esquemáticas en el principio sintético y fecundo de la libertad.

Considerado el fenómeno estético como una actividad integral del espíritu, en la que los elementos representativo y afectivo son inseparables de la voluntad que los funde libremente en una representación imaginativa, se destruye la oposición que se ha pretendido establecer entre la estética *objetiva* y la *subjetiva,* entre la estética del *contenido* y la estética *formal*, entre el *idealismo* y el *realismo,* entre lo *inexpresivo* y lo *característico,* lo *clásico* y lo *romántico,* entre el *desinterés* y la *finalidad* estéticos, *la belleza natural* y *artística,* manifestaciones todas de esa tendencia del intelectualismo a la eliminación de las diferencias que ofrece la realidad percibida, para encontrar en la simplicidad de un solo elemento la explicación científica de una síntesis, aun cuando ésta sea indescomponible como la síntesis estética, análoga, si no idéntica, a la síntesis de la vida, en la que la función sintetizadora es la esencial.

El intelectualismo tradicional, que hacía de la representación objetiva, la base de toda la actividad síquica y del factor cognoscitivo el instrumento principal de esa actividad, reduciendo al problema lógico las incógnitas del sentir y del querer, dirigió toda su atención a los datos que la percepción externa del fenómeno estético ofrecía para explicar su naturaleza. Colocado el espíritu en esa actitud no pudo descubrir en lo bello otro elemento común que el orden, la armonía, la relación lógica entre la unidad y la variedad, caracteres cuya existencia no podía atribuír a la actividad síquica de la imaginación, considerada ésta como una función trastornadora y antiestética, por eso mismo. Sólo la razón, facultad ordenadora por excelencia, podía explicar la armonía estética y servir de criterio al sentimiento estético. La fase subjetiva del fenómeno desaparecía así, absorbida

por la pura representación del objeto, por las cualidades existentes en el objeto contemplado. La explicación del sentimiento estético dependía de esas cualidades; las cosas nos gustaban porque eran bellas. Kant invirtió el problema. Para él las cosas eran bellas porque nos gustaban; no existía realmente sino el sentimiento estético; las cosas que expresaban ese sentimiento eran bellas. Por consiguiente, era necesario buscar la solución del problema estético en la actividad síquica. Pero Kant, intelectualista como sus antecesores, mantuvo, como esencial, la actividad cognoscitiva y definió el gusto como "libre juego de las facultades intelectuales", la imaginación y la razón, representativas de lo vário y de lo uno respectivamente; afirmando, bajo otra forma, el concepto tradicional objetivo del fenómeno estético que confirmó apelando a la *Idea* estética y al *Ideal,* como símbolo de la *moralidad,* esencialmente objetiva en la doctrina kantiana, como demuestra Basch. Kant, según este crítico de su estética, "ha sostenido que el genio no es un producto arbitrario de la subjetividad humana, sino algo de objetivo, brotando del fondo mismo de las cosas, revelando y realzando la esencia, el contenido y las leyes de ese fondo; de donde resulta, como consecuencia lógica, que es muy difícil concebir, como puramente subjetiva la facultad del hombre de sentir lo bello y gozar de él".

Para aceptar la existencia de una belleza subjetiva, que escape a la determinación cualitativa del objeto y a la indeterminación del sentimiento puro, o al de la "simpatía simbólica", que establece Basch en su vitalismo estético, es necesario colocarse en el punto de vista de la creación fantástica, que funde en un acto de la voluntad los elementos representativo y afectivo, con los que se pretende sostener la oposición entre la estética objetiva y subjetiva, que, así aisladas, no pueden conducir a la solución del problema estético, que no consiste en conocer los caracteres externos del fenómeno estético solamente, ni su relalación con el goce estético, sino en percibir intuitivamente la energía que la convierte en una fusión y nó en una asociación lógica, susceptible de un análisis científico. El fenómeno estético, es, pues, subjetivo-objetivo, principalmente subjetivo, pero la subjetividad de su naturaleza no deriva de que sea un sentimiento, sino un acto de la imaginación, que es el yo creando libremente las formas que satisfagan el anhelo del espíritu hacia una expansión sin límites.

A esta oposición entre lo subjetivo y lo objetivo se refieren, más o menos directamente, las demás. La oposición entre *conte-*

nido y *forma*, que ha dividido a los estéticos desde Platón y Aristóteles, y que reproduce la establecida por el intelectualismo entre concepto y percepción, entre la razón y los sentidos, como instrumentos del conocer, se relaciona con la existente entre lo subjetivo y lo objetivo, no obstante el predominio de este factor en la *Idea*, contenido del fenómeno estético, y en la *Forma*, como su expresión. La Idea brota espontáneamente de la razón en la estética del contenido, mientras que la Forma, entendida como opuesta a la Idea, es la representación concreta, es la imagen adquirida por los sentidos y derivada del mundo exterior. Tal es la oposición existente entre la estética hegeliana de la Idea y la herbartiana de la Forma, en la cual el racionalismo de Platón y Aristóteles se modifica, imprimiendo a la Forma un significado sicológico, aunque de origen metafísico. Lo subjetivo es aquí el contenido racional y lo objetivo la forma física, expresiva, nó la forma lógica de la Idea, que se confunde con el elemento racional y abstracto de la Idea hegeliana. Según Witasek "la forma de un objeto estético es lo que la percepción ofrece ú ofrecería, si la misma no fuese real, sino que estuviese sólo presente en la memoria o en la fantasía; todo lo demás y, por consiguiente, todo lo que el sujeto, excitado por la forma, agrega, como propio, mediante la fantasía o con la reproducción o percepción interna, para poder gozar un objeto estéticamente, es su contenido". Este representa así, el elemento subjetivo del fenómeno estético y la forma el elemento propiamente objetivo. La oposición entre contenido y forma o fondo y forma reproduce, en el dominio mismo del pensaminto, la que se ha querido establecer entre el doble punto de vista estético subjetivo y objetivo; sólo que, en realidad, la oposición deriva más bien del carácter dialéctico que tiene la estética hegeliana, al que se opone el empirismo científico de la estética herbartiana, cuya aplicación ha favorecido más la técnica que la filosofía del arte, a la cual consagró Hegel su pensamiento panlogista.

Ninguna de las dos estéticas, sin embargo, ha resuelto el problema de la naturaleza de lo bello, confundido con la verdad en ambas; porque si bien Hegel apela con frecuencia a la idea de libertad, sacrifica la libertad artística a la religiosa, subordinando ambas a la Filosofía, símbolo de la libertad absoluta. Lo abstracto supera y domina a lo concreto, lo bello es simple expresión de la Idea que es la verdad absoluta. La estética de la For- suprime también la libertad y aspira a la constitución de leyes estéticas, semejantes a las científicas, extrañas al criterio del sen-

timiento, y que se alejan más todavía de la solución apetecida. De allí su infecundidad en sistemas estéticos filosóficos y su funesta influencia en el progreso de la filosofía del arte. Tanto el *idealismo* hegeliano como el *realismo* herbartiano han confundido el problema estético con el lógico o han pretendido dar al primero la misma solución que corresponde al segundo, desconociendo la sicología de la actividad estética, que revela la fusión de esos dos elementos inseparables del fenómeno estético, del fondo o contenido, que es siempre la actividad libre de la imaginación, y de la forma o imagen, que es la resistencia vencida por esa misma actividad y penetrada por ella, que es la expresión de su triunfo y el símbolo necesario de su aspiración hacia el ideal. Fondo y forma, concebidos así no pueden separarse sin destruírse, como no pueden aislarse actividad y resistencia, que se explican recíprocamente en el orden real. Sólo el intelectualismo, que coloca la idea como contenido en el fenómeno estético, puede llegar a esa separación, haciendo de la forma lo que es la palabra como símbolo del concepto o de la representación. En el orden lógico esa abstracción es posible; pero en el orden estético es contraria a la naturaleza del fenómeno que comprende.

Esa oposición de fondo y forma engendra la de *idealismo* y *realismo,* considerada bajo el aspecto lógico, como derivada de la existente entre lo abstracto y lo concreto; pero idealismo y realismo se presentan también como una antítesis producida por la naturaleza misma del arte, considerado éste como *imitación* de la realidad objetiva. Ese criterio, diverso ya desde Platón y Aristóteles, no creó una verdadera oposición entonces, porque, en verdad, el titulado realismo de Aristóteles, era también un idealismo estético, aún cuando excluía la existencia de los tipos platónicos establecidos como modelos eternos, según los que Dios creaba todos los seres. Aristóteles no sostuvo el realismo como pura imitación de lo que *es,* sino como purificación de la realidad imitada; es decir, como imitación de lo que *debe ser,* la que, realizada con el auxilio de la razón, ha constituído el idealismo en el arte. Realismo e idealismo, fundados ambos en el principio común de la imitación, se han separado radicalmente por la manera de aplicarlos. Afirma el primero que el fenómeno estético consiste en la complejidad total que ofrece el individuo en la realidad, tal como es percibida, que reside, por tanto, en las notas diferenciales generadoras de la vida individual, las que comprenden tanto el orden lógico, como el desórden, lo perfecto

como lo imperfecto y principalmente lo imperfecto. El arte debe imitar lo real tal como es, sin transformaciones lógicas, que tiendan a disipar el valor estético de lo individual. El arte debe expresar la *verdad real*. El idealismo, por el contrario, creyendo que hay más verdad en la *idea* que en la realidad, aspira a una perfección lógica, a la creación de tipos que expresan la realidad, depurada de sus excesos y deficiencias. El arte debe expresar la *verdad ideal*, en la imitación de la realidad percibida.

Como en la oposición anterior, el idealismo y el realismo excluyen como sistemas el valor estético de la actividad imaginativa, aún cuando en las obras artísticas que se atribuyen a uno y otro, la creación libre se introduzca como factor esencial no confesado por sus autores. El realismo intransigente es un idealismo al revés como ha dicho Guyau estudiando a Zola. La imaginación realista crea tipos, acentuando diferencias y desórdenes físicos y morales, que no expresan la realidad común; sus individualidades son excepcionales por su intensidad; son expresiones de un ideal intensivo que se traduce en representaciones fantásticas y que excitan los sentimientos sensoriales con fines extra-estéticos. Determinista en apariencia, el realismo no imita la realidad, como si fuese un mecanismo ciego, que se desarrolla a manera de simple espectáculo a los ojos del artista, sino que colorea la realidad con la imaginación y la hace servir a fines preconcebidos o la ofrece, así coloreada libremente, a la contemplación gozosa del que revive la emoción del artista. Sin libertad, la imitación no conduciría a fin alguno, ni produciría goce estético desinteresado o dejaría al espectador en la indiferencia producida por las representaciones insignificantes o de valor desconocido. Lo que constituye el valor estético en el realismo es la libre imaginación del artista. Lo demás es extraño al fenómeno estético o sirve para realzar el valor de esa libertad. El idealismo purificador atribuye al arte una función que corresponde a la ciencia, la de generalizar excluyendo diferencias que destruyen la vida y la reducen a una representación esquemática. Ni el realismo puede reproducir la realidad tal cual es, ni el idealismo puede prescindir de la representación individual sin convertirse en pura lógica. Sin la fantasía el realismo se confundiría con la experiencia científica y el idealismo con la especulación matemática.

El idealismo en su aplicación artística no procede así. No se contenta con apariencias sin vida, sino que aspira también a revelar la vida por lo que tiene de esencial en todos los indivi-

duos. El idealismo concebido por Taine no se propone otro fin. El artista procura hacer sensible cierto *carácter esencial* del objeto y, por consiguiente, la *idea principal* que se forma de él. "Este carácter, dice, es lo que los filósofos llaman la esencia de las cosas, y de allí que definan el arte como teniendo por fin manifestar la esencia de las cosas. El artista se forma la idea de ese carácter y, según su idea, transforma el objeto real. Este objeto, así transformado, se encuentra *conforme a la idea;* en otros términos, es *ideal*". Pero lo ideal se convierte entonces en lo *expresivo,* en lo *característico,* que, en una acepcion lata, se confunde con lo perfecto y puede comprender lo subjetivo como lo objetivo, aislados, o la compenetración de ambos elementos en el arte que tiende a una expresión sintética del fenómeno estético, considerando a la actividad libre como *carácter esencial* del objeto representado por la fantasía; en cuyo caso, la oposición entre idealismo y realismo desaparece mediante la intervención de un factor sintético, no consistente ya en la idea lógica, ni en la representación sensorial, sino en el espíritu, en su integridad, creando un ideal, que no es idea pura, sino un organismo complejo, expresión del microcosmos humano en el momento de su mayor actividad.

Esa expresión no sólo debe contener el alma toda entera del creador, sino su *actitud* especial, que es el sello de su personalidad, porque es el modo original de su función creadora. De allí que la expresión del sujeto esté limitada más por esa actitud que por su intensidad y que no pueda tomarse como valor estético la expresión como cantidad sino como modalidad. Por no haberse entendido así ese valor, se ha establecido otra oposición radical entre el arte que *no expresa* ningún estado del alma singular y el que *expresa* los sentimientos más profundos; entre el arte que tiene por tipo la estatuaria helénica más pura, más objetiva, y el lirismo en su forma más subjetiva; entre el arte que satisface el placer de la contemplación solamente y el arte que expresa lo que hay de esencial, de *característico* en el objeto estético; entre el arte que absorve el espíritu en la vida, privándole así de una expresión singular, y el arte que absorve la vida en el espíritu, haciendo de la expresión síquica lo esencial; entre el arte *clásico* y el *romántico,* el primero que corresponde a una actitud de armonía, en la que el orden predomina y la libertad inmanente tiene un aspecto de no-coacción, y el segundo que expresa la expansión del sentimiento que aspira a una satisfacción sin límites; el uno que simboliza un espíritu, en el cual la razón or-

denadora tiene o pretende tener un dominio absoluto y el otro, que hace del sentimiento en rebelión la fuente de la actitud humana. Lo *característico,* lo *típico* o lo *expresivo* no determina, por eso, la naturaleza del valor estético; porque el arte tiende siempre a ser una revelación; si bien ésta, por sí sola, por su mayor o menor influencia sobre el conocer, y por el goce que este conocimiento produce, no ofrece una nota estética distintiva; ni menos crea una verdadera oposición entre lo que expresa un carácter esencial y lo que no expresa nada, toda vez que fuera del arte es aplicable ese mismo criterio de lo esencial, de lo perfecto.

Lo *clásico* y lo *romántico* están comprendidos así en la misma oposición entre lo objetivo y lo subjetivo, de la que derivan las demás. Lo clásico se refiere al idealismo helénico, al predominio de lo escultórico, y de lo inexpresivo y lo romántico al realismo, al predominio de lo lírico, de lo característico o expresivo, formas que derivan del contraste entre el pensar, que subordina el sentir, y el sentir que somete el pensar, contraste que desaparece cuando esas dos funciones del espíritu entran como contenido de una función superior, la de la imaginación libre, que tiene por elementos de su obra creadora el pensamiento y el sentimiento y que puede operar con ellos infinitas combinaciones estéticas.

Lo estético como pura *contemplación gozosa* y como *expresión de un valor,* que en el fondo marcan la oposición entre lo clásico y lo romántico, engendran también la pretendida antinomia entre lo estético como *actividad desinteresada* y como *actividad que persigue un fin real,* oposición que coincide con la de forma y contenido que expresa la radical entre lo subjetivo y lo objetivo. Para Kant y sus secuaces el desinterés caracteriza solamente el criterio estético: el conocimiento y el sentimiento estéticos son desinteresados; pero no el arte que persigue el fin de la perfección técnica. Para Schiller y los continuadores de Spencer el arte es igualmente desinteresado; no persigue ningún fin lógico, económico ni moral. El arte no es *docente;* el arte es puro arte; es pura armonía, es puro juego y nada más. La teoría del desinterés conduce así a un formalismo estético, diferente del realismo y que se relaciona solamente con el principio de finalidad.

Esta estética del desinterés, que no significa absolutamente la indiferencia del sujeto ante el objeto estético cuyo atractivo es esencial, es una verdadera estética subjetiva, que, eliminando

todo valor extraño a la forma, reduce el fenómeno estético a sus factores más simples, al denominado sentimiento estético elemental, que no realiza toda la actividad estética superior, en la cual entran como contenido valores lógicos, morales y religiosos que se expresan por medio de las formas artísticas superiores. La estética del desinterés reduce así el fenómeno estético a sus expresiones inferiores y elimina, en cierto modo, como lo hace Kant, la suprema belleza del arte, en la cual el artista persigue como fin, no sólo la satisfacción egoísta de sentirse creador, sino la de imponer su ideal como expresión de la totalidad de su ser libre. Esa finalidad no es lógica, ni moral, ni económica; es puramente estética; porque el genio creador que resume la humanidad no puede detenerse en la simple contemplación de su obra; porque esa actitud sería estática, sería de reposo y, por consiguiente, de relativa inercia, opuesta al anhelo incesante de una expansión que crea nuevas realidades, suscitadas por nuevos ideales.

No sería difícil descubrir ese mismo contraste de lo subjetivo y lo objetivo en la oposición en que se colocan al arte y a la naturaleza cuando se trata de apreciar sus obras bellas, si se observa que el arte se explica esencialmente por la imaginación del artista y en la naturaleza el artista es supuesto y lo que predomina es el objeto. Sujeto y objeto se oponen así en esta distinción. Para unos, siguiendo a Kant, lo bello puro es lo bello de la naturaleza; para otros esa belleza es un simple reflejo de las formas artísticas conservadas por la memoria o una pseudo belleza como afirma Laló. Bajo la obsesión de la idea de finalidad, mediante la que creía Kant distinguir radicalmente las categorías de lo útil, lo bueno y lo bello y encontrar el carácter esencial del fenómeno estético, como fenómeno cognoscitivo, hizo de las formas armónicas de la naturaleza la belleza pura y desinteresada, con finalidad aparente, atribuyendo al arte una finalidad real, la de la perfección, que es objetiva y la de la utilidad que es subjetiva. La estética científica experimental y la estética evolucionista, en su empeño de establecer leyes estéticas por los métodos que emplean las ciencias de la naturaleza, han buscado la misma simplicidad de los sentimientos estéticos elementales, nó para afirmar la superioridad de la naturaleza sobre el arte, sino para confundir las formas estéticas de ambas en el concepto común de las formas elementales. Por el contrario, los que ven en el arte la realización suprema del ideal estético, conceden poca importancia a la belleza natural o establecen

entre ambas formas una oposición completa. Entre estos últimos está Lalo.

"Realismo y misticismo", dice este estético, "estas dos tendencias, en apariencia hostiles y que se inician desde Rousseau, se encuentran fundidas en el poderoso naturalismo de Ruskin, informan el vitalismo estético de Guyau y de Gabriel Seailles y el misticismo de Maeterlinck y de Bergson y convienen particularmente a la escuela sentimentalista alemana contemporánea, para la que toda belleza reside en la *simpatía simbólica,* en la comunión de los seres por la vía afectiva, en la indentificación del sujeto pensante y del objeto pensado, en la intraducible *Einfühlung*". Para Lalo, el sentimiento que produce la contemplación de la naturaleza, excluye todo juicio de valor, que es la esencia de lo bello, en su concepto; y si se afirma valores respecto a ella, no son éstos estéticos, sino pseudo-estéticos, por ser sólo semejantes a ellos. Los valores puramente estéticos, para Lalo, son técnicos, suponen una técnica que la naturaleza no posee. "La pretendida belleza de los seres vivientes en la naturaleza, consiste en el carácter normal y típico, adaptado a su especie y, por consiguiente, en la armonía, en el pleno desarrollo de todas las facultades orgánicas y morales, en la salud desbordante y, en fin, en el poder superior, que son su consecuencia. En los seres inanimados o en los espectáculos naturales a los que no corresponde tan exactamente la noción de una especie definida y de un tipo normal sano, la pseudo-belleza está en esa interpretación de grandeza, de intensidad, de omnipotencia, que entrañan de ordinario"......"La belleza de la naturaleza es así, para cada ser, el tipo normal de su especie, pero entendido, por los más, en un sentido utilitario, sentimental o antropomórfico; es su solidaridad con nuestra propia felicidad o nuestro perfeccionamiento personal".

Sólo el arte es bello para Laló, porque es una técnica, es decir "una armonización, estilización, decoración, idealización o cualquier otro sinónimo, que se encargue de significar la soberana interpretación, por la cual el espíritu creador convierte en belleza todos los datos de la vida indiferente, sometiéndolos a leyes nuevas y completamente humanas de la conciencia estética, trasladándolos a este lenguaje, que sólo el arte habla y sólo él comprende". Esa técnica, elemento característico del arte, "está constituída, a la vez, por las necesidades elementales que imponen los materiales empleados, por el oficio humano que los interpreta y los transfigura, por las iniciativas individuales, las

invenciones originales o geniales, las únicas que hacen este oficio viviente, elevándolo por cima de la simple copia, y por las adhesiones o repulsiones del medio social y toda la vida colectiva, que organiza y sanciona esta evolución y que en definitiva eleva cada fenómeno estético hasta la noción de valor; valor completamente relativo, viviente y movible como esta evolución misma, aunque susceptible de leyes como ella". Deduce de allí Lalo, que sólo por el Arte y nó por la Naturaleza es que se puede, en rigor, establecer la unidad de lo bello; que no se debe decir, que el arte es bello porque imita a la naturaleza, sino que la naturaleza es bella, en el sentido estético de la palabra, en la medida que contiene un arte, que, en el sentido propio de las palabras, el arte no embellece la naturaleza, sino que, de anestética que es, la hace susceptible de calificación estética, positiva o negativa, lo que es muy diferente.

Lalo, en rigor, no niega, de un modo absoluto, lo bello en la naturaleza, sino que establece una distinción entre la belleza verdadera, realizada por la técnica en el arte y la belleza aparente reflejada en la naturaleza, en la cual se supone una técnica semejante a la artística. Pero la oposición subsiste siempre, aun cuando el intelectualismo de Lalo pretenda hacerla desaparecer en la unidad del principio que informa el arte, principio que, con el título de técnica, comprende elementos los más heterogéneos, que le dan ese carácter incomprensible de valor completamente relativo, viviente y movible y sujeto sin embargo a leyes positivas como la evolución científica.

Sustituída esa armazón de la técnica por la imaginación libre y creadora, la tesis de Lalo es aceptable en cuanto el carácter de apariencia que reviste la belleza natural, en la que suponemos, sin necesidad de prueba, porque el sentimiento no la necesita, una energía libre y simpática produciendo el fenómeno estético, ya sea como una armonía, ya sea como un movimiento que vence la resistencia que se opone a su expansión. La unidad no está en la técnica, que si no descansa en la creación libre del genio, no tiene base efectiva; está en el principio de la expansión de nuestro espíritu que crea el fenómeno estético en la representación fantástica. "Cada vez que las facultades humanas están en plena expansión deben manifestarse por el arte", ha dicho Ruskin en una conferencia sobre la guerra; y así es, en efecto, porque esas facultades crean, al mismo tiempo, la técnica y la obra de arte. Separar una de otra es incurrir en un círculo vicioso y desconocer el proceso de la imaginación; es se-

parar el sujeto del objeto como en el análisis lógico; es reducir, arbitrariamente, como lo hace Lalo, toda la experiencia estética a la crítica del arte. Esta función predominantemente intelectual, no puede ejercerse sin la existencia previa de una ley o de una norma o de un canon con carácter imperativo y que supone una evolución inabarcable de la actividad estética que se presenta solamente en un período de organización artística, en el que el valor del arte se aprecia por juicios técnicos que se refieren exclusivamente al grado más o menos perfecto, a la habilidad mayor o menor en la ejecución, eliminando la emoción estética y sustituyéndola por el placer producido por el valor técnico, que se compone de sentimientos sensoriales, lógicos y morales muy diversos y aun opuestos al carácter desinteresado de la emoción estética, la que no se detiene en la pura forma para admirar la técnica de la obra de arte, sino que se extiende al contenido, para convertir en estéticos aun los factores que pertenecen a órdenes de actividad interesada.

No existen, pues, en oposición, las dos bellezas de la Naturaleza y el Arte, sino que ambas se explican por el mismo principio de libertad, que el sentimiento estético no impone como una realidad efectiva, como la responsabilidad moral, sino que se contenta con su representación imaginativa, como un símbolo simpático; aun cuando se regocije mucho más al sentirla en los vuelos del lirismo, que supera, mediante la imaginación, todos los obstáculos y establece en el orden ideal, la absoluta libertad humana.

Las anteriores clasificaciones y cualesquiera otras establecidas por la estética siguiendo los métodos lógicos del conocer son contrarias a la unidad del valor estético, indescomponible como el espíritu que lo crea. Razón tiene Croce en rechazarlas todas fundándose en la intuición, que percibe la síntesis estética original, y en la unidad de la expresión estética, aunque extreme esa unidad hasta el punto de negar el carácter estético a las formas sensibles del arte, que Croce relega al dominio de las *cosas físicas*, como pertenecientes al orden económico y nó al estético. "Lo bello", dice, "existe solamente en la actividad del hombre, en la energía espiritual; es una actividad teórica; y si las cosas nos parecen bellas, es porque las contemplamos como artistas". El arte es para Croce intuición pura que se confunde con la expresión fantástica, y la intuición pura es esencialmente lírica, pero el lirismo, por subjetivo que sea, no puede prescindir de la imàgen, que proviene del objeto y tiende a con-

vertirse de nuevo en objeto, aun cuando, en este círculo estético carezca la actividad imaginativa de finalidad práctica, que le imprime un carácter económico o moral principalmente. Lo subjetivo, como actividad, es inconcebible sin el objetivo que la estimula y que recibe su reacción. El subjetivismo puro podrá sostenerse como teoría metafísica, pero es insostenible como teoría estética; porque ésta se funda en el fenómeno estético que es representación y no deja de serlo aun cuando la fantasía haga de ella una creación. No es cierto, por otra parte, como cree Croce, que el pensamiento supere e incluya la fantasía y que por eso el fenómeno estético llegue a convertirse en conocimiento teórico y la actividad estética en actividad teórica. Eso puede sostenerse solamente reduciendo la función imaginativa al papel secundario que le atribuye Kant y no considerándola como el poder de conocer por intuición la esencia de las cosas como la actividad libre que las crea y las sostiene. La imaginación, entendida como el yo en su integridad, penetrando por intuición en toda realidad, puede inventar principios para la filosofía, leyes para la ciencia, normas para la conducta económica o moral, pero en el orden estrictamente estético, inventa imágenes ideales inseparables de los objetos estéticos y entonces no es teórica, ni práctica sino simplemente creadora; crea sólo para satisfacer ese anhelo de libertad que contrarían las formas impuestas por la realidad vivida o que lo satisfacen con deficiencia, por su imperfección o por su existencia fugitiva. La actividad estética es, por esa razón, una actividad *sui generis,* que reclama la fusión de lo subjetivo y lo objetivo y que no cabe dentro de las actividades teórica y práctica, a las que comprende y supera. Así lo comprendió Aristóteles, no obstante su intelectualismo, cuando clasificó las ciencias según las tres manifestaciones del ser inteligente: la especulación, la acción y la creación, que servían de base respectivamente, a las ciencias teóricas, prácticas y poéticas, si bien establecía entre ellas una escala en la que las poéticas ocupaban el lugar inferior y las teóricas el superior, por considerar a la razón ordenadora como el principio supremo de la actividad humana. Croce prescinde del tercer término de la clasificación, para incluírle en el primero mediante la función intuitiva que le parece propia de los dos, suponiendo que "la fantasía está comprendida en el pensamiento que lo supera, transformando la imágen en percepción y dando al mundo soñado las netas distinciones y firmes contornos de la realidad adonde el arte no puede llegar, ni aun con todo el amor que se

tiene por él". Croce no sólo hace así de la percepción un fenómeno abstracto, una idea pura sin forma imaginativa, lo que no es exacto, sino que convierte a la especulación en actividad suprema siguiendo el panlogismo hegeliano, que atribuye al arte un lugar secundario. Croce es un neohegeliano, y así se comprende su concepción intelectualista y subjetivista del fenómeno estético que va hasta la extraña afirmación de negar a las formas artísticas su valor estético para atribuírles el de simples *cosas* económicas.

No existe, pues, un fenómeno estético puramente subjetivo, aun cuando se considere a la imagen como la verdadera forma estética de la poesía, ni puramente objetivo, aunque se prescinda del arte y se contemple la naturaleza solamente. La separación de sujeto y objeto destruye el orden estético y lo convierte en lógico o físico, en los que el determinismo aspira a un dominio exclusivo. No hay, por lo tanto, una estética subjetiva y otra objetiva; una estética en la que el sentimiento puro sirva de criterio de valuación, y otra en la que el pensamiento dicte normas invariables. Lalo tiene razón en condenar el *impresionismo,* que deriva de la primera, y el *dogmatismo,* que se funda en la segunda, aun cuando hace esfuerzos estériles para adoptar una actitud ecléctica, que tiende a conciliarlos. El *dogmatismo relativista,* que propone como sustituto, es una contradicción en los términos; es lo permanente asociado a lo variable, que no explica la razón de la permanente ni justifica lo variable. No es como la armonía, que asocia lo uno y lo vario superándolos en un concepto de libertad estática; sino una concepción relativa de lo absoluto, un absoluto relativo, que suprime la firmeza del dogmatismo y no destruye la instabilidad del relativismo. Lalo, que ha condenado la estética experimental de Fechner, no quiere desconocer la importancia de sus análisis científicos ante el relativismo de los impresionistas y cree encontrar en esa especie de dogmatismo sicológico de la técnica un principio que rija tanto el relativismo objetivo de los primeros como el subjetivismo de los segundos, creando una estética sociológica, que no resuelve la oposición, sino que la traslada al mismo concepto de la técnica.

A. O. DEUSTUA.

Mieses de Francia

De *Emile VERHAEREN*

CANCION DEL LOCO
(1895)

Yo los he visto, los he visto
pasar por los senderos:
barbas de cáñamo en vedijas,
y los ojuelos dos rendijas.
Con los brazos de paja
y el tórax de petate,
como de algún combate
—agujereados, rotos—
venían de confines muy remotos.

Fieltro blando sobre la oreja,
verde chupa color de arveja,
surgen del bosque dos y tres
y cuatro y diez.

El corazón me roba el uno,
que cual campana, en su bolsillo,
suena importuno.
Otro se va con mi pellejo
—no lo digáis ni en vuestra tumba—
con mi pellejo que es muy viejo
tambor que zumba.
Y hasta los pies me quitan:
los tengo atados
y en tierra firme enclavijados.
Mirad, mirad: ¡soy como un Término!

Es que un labriego vino apuí
y él nos clavó al sueño desnudo,
a todos ellos y aún a mí.
Así,
despojos de una vieja estofa,
somos de los chicuelos burla y mofa;
y por eso tan sólo servimos de espantajos
para los cuervos y los grajos.

ADAN ESPINOSA Y SALDAÑA.

Lima, 1920.

La campaña del valle de Barabayllo

I

EL DOCTOR

Entre los muchos méritos que el doctor Bernardo Pita exhibía para obtener el cargo de médico de la Escuela de Aviación de San Pedro del Mar, figuraba su inolvidable campaña sanitaria en el pequeño pero importante valle de Barabayllo. Como quiera que sobre esta campaña y sobre la personalidad del eminente mártir de la ciencia que la llevara a cabo, han circulado las versiones más peregrinas y contradictorias, nos hemos impuesto la tarea de investigar todo lo relativo a tan interesante asunto, acopiando, al efecto el mayor número posible de documentos y datos. Estos nos ponen hoy en condiciones de ofrecer una prolija y exacta reconstrucción de los hechos, contribuyendo así a esclarecer la memoria del ilustre hombre de ciencia, injustamente olvidado.

Tuvimos la fortuna de tratar personalmente al doctor Pita en San Pedro del Mar, durante una corta temporada de descanso que allí pasamos, pocos meses antes de su trágica desaparición.

Nos parece estarlo viendo todavía en nuestro pequeño cuarto del hotel, por cuya amplia ventana nos llegaban el rumor confuso de las olas y la frescura acariciante de la brisa. Frisaba entre los treinta y treinta y cinco años. De mediana estatura, más bajo que alto; de espaldas anchas y vigorosas; de amplio tórax y miembros musculosos, que delataban al hombre avezado a las rudas batallas con la Naturaleza. Llevaba siempre la cabeza inclinada sobre el pecho, con aire reflexivo y meditabundo. En su

mirada vaga y melancólica parecía flotar la sombra de una teoría inconcretable. Nuestro amigo, cuyo espíritu irónico y sutil tenía para con el doctor una placentera cordialidad, solía decirle a veces:

—Acabo de sorprender, doctor, en sus ojos la línea sinuosa de un diagnóstico no precisado aún.

Cuando el doctor escuchaba estas palabras, parecía volver de un mundo distante; se llevaba la mano a la frente, y con aire misterioso respondía:

—Caso precioso el de hoy, señores. La tarde no se ha perdido.

Y nos explicaba el *caso* en términos de un tecnicismo tan esotérico y profundo, que hasta ahora, no obstante pacientes esfuerzos, nos ha sido imposible descifrar.

Cuando terminaba su exposición, sacábase las gafas que cabalgaban difícilmente sobre la discreta convexidad de su nariz roma, y con tono mesurado y tranquilo, dejaba caer estas palabras, que nosotros recordamos aún con emoción:

—Las gafas, señores, son mis únicas amigas. Ellas me han guiado paso a paso por el áspero camino de la ciencia; a ellas les debo todo lo que soy y todo lo que valgo; a ellas les debo, sobre todo, el éxito indiscutible de mi última campaña. ¡Cuántas noches ellas y yo, en el silencio de mi gabinete de estudio, hemos trabajado por el bien de la Humanidad!

Extraía entonces de las profundidades de un bolsillo, el largo pañuelo de colores, en una de cuyas floridas puntas leíamos en grandes cifras las iniciales B. P. que manos piadosas habían bordado dentro de una corona, y con devota unción limpiaba lentamente los cristales.

Un día—¡cuán gratos recuerdos conservamos aún de esa mañana!—de blanco, irreprochable, gran sombrero alón, zapatos amarillos, junquillo con puño de plata, vino muy temprano a despertarnos para realizar una excursión a Playa Azul. Nosotros que habíamos ido a San Pedro del Mar huyendo de la ciudad febril y tumultuosa, contemplamos esa mañana el magnífico espectáculo de la Naturaleza, con una delicia inefable. Era la hora en que los pescadores regresan a la playa en sus grandes barcas, hinchada la vela por el viento frío, bajo el sol indecisco y triste de la madrugada. Caminábamos en silencio bordeando la falda de los médanos por una angosta ladera que desciende dulcemente hacia el mar. A cada paso, una barca acostada pesadamente sobre la arena—la red vacía y húmeda rebasando sus mallas so-

bre la madera arqueada y descolorida—exhalaba el cansancio resignado de una larga noche de labor. Desde la cumbre de un montículo, que domina toda la extensión de la bahía, divisamos el pueblo de San Pedro del Mar, con el aspecto oriental que le dan su situación entre arenales, sus esbeltas palmeras y las torrecillas moriscas de sus ranchos. Al otro lado, el azul profundo de las aguas, que da nombre a ese sitio, ponía una nota de infinita tristeza en el paisaje vago y trémulo; y en el confín, allá a lo lejos, muy lejos, bajo el cielo celeste y purísimo, se recortaba la silueta romántica de una vela latina.....¡Qué plenitud de emoción, qué dulces recuerdos, qué amables evocaciones desbordaron nuestras almas! Todas nuestras alegrías muertas, todas nuestras esperanzas efímeras; nuestros anhelos fugaces, nuestros dolores inconfesados, nuestras inquietudes incomprendidas, florecieron en ese instante, envolviéndonos en un perfume indecible. ¡Sagrada eclosión de nuestra poesía interior, que quería abrir las alas, alcanzar ese esquife lejano y volar hacia lo desconocido! Y, en el fondo, nuestra alma tenía la sensación de algo irreparable; de que algo muy amado moría dentro de nosotros. Nuestra juventud se iba.....

—¡Estos son estegomias!

El doctor había atrapado entre sus manos un zancudo, y nos lo mostraba triunfante.

—Los estegomias, prosiguió, son el vehículo de la fiebre amarilla. Si en San Pedro del Mar hubiese un enfermo atacado de este mal, no quedaría ser viviente en cuatro días. Mucho se ha discutido sobre si aquí existían anofeles, que, como Uds. saben, son los agentes trasmisores del paludismo, terrible enfermedad de estos climas tropicales, que nuestros padres conocían con los nombres de terciana y cuartana. He tenido la suerte, al cabo de laboriosas investigaciones, de resolver esta cuestión capital para el porvenir sanitario de San Pedro del Mar. Aquí no existen anofeles. La vida les es imposible, como tendré oportunidad de demostrarlo alguna vez. Por lo demás, mi experiencia sobre este flajelo es indiscutible: he combatido la fiebre amarilla en el Norte, y puedo ofrecer, como pocos, mi bautismo de sangre. Fuí atacado del mal, y precisamente, se me ha otorgado este puesto (el doctor era médico titular de San Pedro del Mar) como un premio por mi campaña sanitaria en esa región. Aquí, señores, recupero mis fuerzas perdidas, mientras me apresto para mayores y nuevas empresas.

Estas empresas no podían referirse a la célebre campaña del valle de Barabayllo, a la que ya había dado término. Eran, pues, otros y más vastos proyectos los que ocupaban la mente del doctor, y que por lo demás, nunca hemos podido conocer. Sus papeles no arrojan la menor luz al respecto, siendo por lo tanto un secreto que se llevó a la tumba.

Cuando emprendimos el regreso, el sol estaba ya en toda su plenitud. Con el sol, la locuacidad del doctor se había exacerbado. Cosa rara: no obstante la profundidad de su talento, el doctor no era silencioso. En esos momentos enfocaba su ciencia hacia el clima de San Pedro.

—Este es un clima marítimo, nos dijo. Aquí hace menos calor en verano y menos frío en invierno, comparativamente a ciudades que están a la misma latitud y a la misma altura. Durante el invierno, el calor acumulado por las aguas en la época del verano, se exhala en brisas cálidas, que viene a aliviar la frialdad de la atmósfera. Durante el verano, las aguas recojen el calor y liberan de él al ambiente. Por otra parte, las extensas dunas, reflejando la radiación solar, le dan al clima una tibieza perenne.

Entrábamos al pueblo por el largo y vetusto malecón. Un agudo silbido anunciaba la aproximación del tren. La llegada de los trenes de once y de siete constituye un amable acontecimiento cuotidiano en la vida de San Pedro del Mar. Ningún buen sampedrano puede eximirse del deber de esperarlo. Nosotros que ya, también, sentíamos, como sampedranos, siquiera fuésemos provisionales, ese sagrado imperativo, nos dirigimos apresuradamente a la estción. El doctor pretendió entonces dejarnos, y como nosotros se lo impidiéramos, nos dijo:

—¡Contradicciones de la vida, señores! Yo que siempre he censurado a los que vienen aquí sin objeto, robando un tiempo precioso a las ocupaciones de su cargo, los estoy imitando. Vean ustedes al comisario, que abandona su despacho en estos momentos de agitación política, al recaudador, que no hace otra cosa que lamentarse del trabajo excesivo, al capitán de puerto....

Al nombrar a esta persona, el doctor se inmutó visiblemente. Después hemos averiguado que entre ambos funcionarios existía un antiguo entredicho: Parece que el capitán logró frustrar un contrabando de drogas que el doctor pretendía introdu-

cir por el escondido desembarcadero de San Pedro del Mar, durante su campaña del valle de Barabayllo.

La simpática irrupción de unas amigas nuestras en el andén animó el ambiente con la sana alegría de su risa y la adorable gracia de su juventud. Eran ellas, en la monotonía de San Pedro del Mar, un exquisito adorno de espiritualidad, cuyo encanto, después de tántos años suscita aún en nuestras almas ya cansadas un renuevo de íntima poesía.

En el semblante del doctor observábamos nosotros la lucha planteada en su espíritu entre su deber, lineal e inflexible, y el placer pueril de gastar el tiempo inútilmente. La llegada de las niñas decidió el conflicto. El doctor resolvió quedarse, y observamos que la fisonomía se le iluminó cuando le ofrecimos presentárselas.

El doctor se creyó obligado a disertar, en presencia de las damas, sobre un tema interesante y ameno a la vez que profundo. Habló de la belleza y de sus relaciones con la higiene y con la vida. Un salto de su imaginación excitada le llevó de la belleza humana a la belleza de las cosas inanimadas. Un salto más atrevido aún le llevó hasta Dios, "suprema pero engañosa ilusión de los espíritus, sedientos de una idealidad inasequible". Luego, levantando los ojos al cielo, exclamó:

—El pensamiento humano ha traspasado ya esa bóveda, y ha encontrado que detrás de ella no existe nada: Dios es un mito, el hombre un misterio, la Naturaleza un enigma.

En silencio nos estrechó la mano, y grave, solemne, casi hierático, se alejó de nosotros. Ya en la puerta de la estación, haciéndonos con la mano una señal de despedida, nos dijo levantando la voz:

—¡El deber me reclama!

Y desapareció.

Cuando volvíamos al hotel, al pasar por su casa, pudimos observar, por una ventana entreabierta, que el doctor, irreprochablemente limpio dentro de su mandil de cirujía, cubierta la cabeza con el bonete blanco, en las manos los guantes de caucho, y armado de dos largos instrumentos de cocina, aderezaba en una hidrópica sopera, la ensalada que en el almuerzo debía consumir con su familia.

Pocos días después, una tarde, se presentó el médico en nuestro alojamiento dando visibles muestras de una alteración que

descomponía la serenidad imperturbable de su continente. Algo muy grave debe atormentar el ánimo del doctor, pensamos nosotros, porque era la primera vez que su personalidad se nos presentaba en tan alarmante aspecto.

—Es una iniquidad, señores. Esto no puede seguir así. Acepto que para relacionarme con la gente principal de San Pedro, deba yo hacer algún sacrificio. Ahí están mis servicios profesionales y mi botiquín particular. ¿Qué más, señores? Pero lo que no puedo aceptar es que se me secuestre materialmente en una sala para hacérseme pasar días enteros jugando rocambor. Condescendí al principio, por consejos del recaudador Frías, consejos cuyo alcance no he podido nunca entrever. Pero hoy, después de largos días de prueba, he venido a darme cuenta de que esta situación no puede prolongarse sin graves perjuicios para mis estudios científicos, mi salud, mi dinero, mi familia, y sobre todo mis enfermos.

Se detuvo un momento, como temiendo la trascendencia de las palabras que iba a pronunciar, y nos dijo pausadamente:

—Ha llegado el momento de que ustedes me prueben su amistad.

Desconcertados nos miramos las caras, y le interrogamos con el gesto. En un momento pasó por nuestras mentes la idea de que nos encontrábamos a cincuenta leguas de la capital y que nuestras vidas estaban en sus manos. Nos decidimos a concederle cuanto nos pidiera.

—Una excursión que ustedes organizaran todos los días, me permitiría eludir el secuestro, y a ustedes les proporcionará placer y provecho. La de hoy está ya planteada. Haremos una visita a la Estación de Aereoplanos.

Caminamos mucho ese día. La Estación de Aereoplanos dista unos dos kilómetros de San Pedro del Mar. En el trayecto, el doctor nos habló extensamente sobre el extraordinario progreso de la locomoción aérea, "llamada a introducir reformas sustanciales en la vida de los pueblos".

—Mi entusiasmo por esta ciencia, primero, y después el anhelo de ocupar el cargo de médico de la Escuela, me han impulsado a hacer estudios sobre tan importante materia.

Se detuvo un momento, y mirándonos fijamente con el aplomo que proporciona la absoluta convicción de las ideas, agregó:

—Aún más, señores. He formulado ya una teoría sobre su evolución.

Y poniéndose otra vez en marcha, continuó:

—La aereonavegación, en mi concepto, ha pasado por cinco etapas bien marcadas y distintas. En la primera, que yo denomino *período legendario,* los hombres sueñan con imitar el vuelo de los pájaros. Y aunque ese sueño pareció quimérico a la mayoría, hubo, sin embargo, algunos audaces—locos, si ustedes quieren—que intentaron realizarlo. Esas tentativas, condenadas casi siempre al fracaso, son mal conocidas. Un estudio crítico podrá, no obstante, llegar a resultados interesantes, y mostrar con toda precisión a aquellos precursores legendarios. Por lo pronto, diré a ustedes que cada pueblo nos ofrece un dios o un héroe que intenta la conquista del aire. En la India es Hanouman, el cisne-dios que se eleva hasta el sol. La Grecia tiene a Icaro, hijo de Dédalo. El mismo Prometeo necesitó volar para aprisionar la estrella que arrebató a los cielos. *Las mil y una noches* están llenas de princesas que vuelan y caballos prodigiosos que surcan los aires.

Tomó aliento un instante, y luego prosiguió:

—Una segunda etapa corresponde al *período heroico.* El Renacimiento nos muestra los primeros esfuerzos teóricos sobre la aviación, Leonardo de Vinci, en los últimos años del siglo XV, inventa verdaderas máquinas de volar. El tercer período es el *científico,* período moderno en que el cálculo y la mecánica, las artes y la industria prestan a la aviación su valioso contingente. El cuarto período acaba de terminar: es el *período bélico:* la nave aérea se convierte en arma de devastación y de muerte. Es la leyenda poética, idealizada, de los indios y de los griegos, que se tiñe de sangre y se cubre con el manto sombrío de la muerte. Finalmente, el quinto período lo vivimos actualmente: es el *período industrial.* El hombre convencido de la esterilidad del odio y de la guerra, convierte ese objeto de destrucción en instrumento de trabajo y de placer. La nave aérea, blanca y ligera, al surcar hoy el horizonte, sugiere en los espíritus, la imágen bíblica de la paloma que lleva en el pico el verde olivo, símbolo de la paz y la concordia.....

—¡Atrás! Un marinero que daba este grito en la puerta de la Estación de aereonaves, inmovilizó al doctor. Repuesto de la violenta impresión, mandó llamar al oficial de guardia, ante quien hizo valer su condición de médico titular, y se nos franqueó el paso.

Contemplábamos curiosamente los aparatos, cuando observamos una turbación inusitada en los oficiales que nos acompañaban. El Comandante se acercaba.

—¿Son civiles?, preguntó despectivamente.

Antes de que los oficiales pudieran explicarle nuestra presencia, el doctor avanzó dos pasos y le dijo:

—En mi doble carácter de médico y de funcionario.....

El Comandante siguió su camino y se detuvo junto a unos oficiales agrupados al rededor de un aereoplano en el fondo de la sala. Pocos momentos después, advertimos que disertaba sobre un tema técnico de navegación aérea. Es una lección, pensamos.

—Uno de los más importantes progresos por realizar, decía, es la estabilidad de la marcha. El aereoplano no debe zozobrar por acción de remolinos aéreos ni tampoco por la maniobra del conductor. Esta estabilidad depende en gran parte de la habilidad personal del piloto. Sabido es que ciertos aviadores, tales como Latham y Paulhan adquirieron en máquinas aún imperfectas una destreza admirable. La habilidad personal de Santos Dumont parece jugar un rol preponderante en los resultados que obtuvo con aparatos que hubieran sido probablemente muy peligrosos manejados por otro piloto. La difusión de este deporte ha formado rápidamente pilotos de una habilidad excepcional; pero esto no basta. El fin de la ciencia es precisamente crear medios mecánicos que disminuyan la importancia de las diferencias individuales, por más que el perfeccionamiento individual del hombre constituya el fin más noble de la vida. El progreso no excluirá, pues, la necesidad del perfeccionamiento individual. El día en que el gobierno de los aereoplanos adquiera la seguridad que hoy tiene una bicicleta, la raza de los Wright y de los Blériot no se extinguirá seguramente: siempre encontrará ocasiones de desplegar su coraje por un fin útil a la humanidad.

—En mi doble carácter.....

El doctor, aprovechando una pausa que el Jefe hacía en su disertación, había creído oportuno insistir.

—El ideal sería, prosiguió el Comandante, que a la estabilidad del aereoplano se uniera la facilidad del gobierno. Desgraciadamente esas dos condiciones son parcialmente contradictorias: un aparato construído de tal manera que sólo una fuerza prodigiosa pudiera hacer zozobrar, sería evidentemente muy estable; pero, por otra parte sería indócil al gobierno, sea que se tratase de ejecutar un movimiento deseado (viraje, ascensión,

descenso), sea que se tratara de recobrar la posición normal perdida por un accidente. La estabilización debe ser obtenida por medios mecánicos que no se conviertan en un estorbo para el piloto. Es necesario, pues, que no entren en juego masas poderosas, sino pesos relativamente débiles, cuya acción se encuentre multiplicada por un mecanismo de transmisión. En otros términos, la masa estabilizadora no obrará por sí misma: servirá solamente para regular el mecanismo estabilizador.....

La situación comenzó a hacerse embarazosa. Uno de nosotros contaba atentamente las vigas de acero que sostienen el techo; el otro hacía con su bastón signos cabalísticos sobre el pavimento. Un aire frío y penetrante, que venía del mar, entraba por las amplias ventanas de la sala. El doctor comenzó a estornudar. El acceso fué incontenible. Uno, dos, tres..... Contamos hasta ocho.

—¿Es usted del Cuzco?, preguntó el Comandante, interrumpiendo su disertación.

Nosotros no atinábamos a comprender la relación que habría encontrado entre los estornudos y el Cuzco.

Cuando regresábamos al pueblo, el doctor iba sumido en una profunda concentración interior. De pronto nos preguntó:

—¿Creen ustedes en la estabilidad del gobierno?

—¿De qué gobierno?, le preguntamos alarmados.

—Del gobierno de las naves.

Y otra vez se hundió en la gravedad de sus meditaciones. Caminaba como un sonámbulo.....

Por la ventanilla del carro conversábamos con el doctor. Era una triste despedida. Terminado nuestro amable reposo, volvíamos dolorosamente al afán cuotidiano. Sentíamos que un afecto muy hondo nos vinculaba a ese amigo ocasional, a quien veíamos por última vez. Recordamos, todavía, el ademán emocionado con que, al partir el tren, nos despedía el doctor desde el andén de la estación.

Mientras el tren se alejaba velozmente, en medio a un vago sopor, se agitaban en nuestra alma, mil cosas diversas: la sensación de alguna amargura irreparable, la dura perspectiva del tra-

bajo, recuerdos, tímidas esperanzas..... Y a través de todo, pasaba la discreta y ponderada imagen del doctor. Nosotros ensayamos sonreir ante esa imagen familiar, pero un extraño presentimiento puso en nuestros labios un gesto indeciso, y en nuestros ojos una humedad de lágrimas.

(Continuará)

RAMON DEL PRADO.

Lima, 1920.

Don Quijote en Yanquilandia

CAPITULO IX.

DONDE SE VERA EL MODO COMO QUEDARON DESENCANTADOS DON QUIJOTE Y SU ESCUDERO.

Mientras pasaban los sucesos que en el precedente capítulo se narran, enterado el Tío Samuel de la escapatoria de sus huéspedes, puso el grito en el cielo como suele decirse, y allí fué la de apresar guardias, enjuiciar centinelas y preguntar a vigilantes para descubrir el paradero de los dos resucitados personajes; mas como nadie diese razón y pensasen todos que sólo por los aires podían haberse huído Don Quijote y su escudero, desconcertóse el Tío Samuel y empezó a creer que la tal aventura en que se había metido era cosa de fantasía o de sueño y hasta le pasó por la cabeza el sobresalto de que se le hubiese aflojado un tornillo o de que viniese a resultar el burlador burlado, cosa que le sacaba de sus casillas; pero dejando aparte estos fundados temores, dispuso, con previsión y buen juicio, que se pusiesen en movimiento, como sabuesos acostumbrados, los mejores detectives del reino, mientras que se daban órdenes apremiantes por telégrafos y teléfonos para que los de la policía viesen de buscar hasta debajo de la tierra a los dos prófugos; resultando de tan acertadas estas disposiciones, que, rato más tarde, vino a saberse con gran contentamiento del Tío Samuel y de su corte la curiosa aventura de la fábrica, detallada al por menor, con más la feliz nueva de que Don Quijote y Sancho estaban a buen recaudo.

Sin pérdida de tiempo, dispuso el Tío Samuel que amo y criado (después de las cortas horas que él juzgó necesarias para preparar un plan ingenioso que traía entre manos) fuesen con-

ducidos con el mayor miramiento al propio palacio en que antes estuvieron, y dió, al mismo tiempo, sus órdenes para que los conductores, llegados al parque que rodea el monumental edificio, dejasen a Don Quijote y a Sancho en libertad, custodiando solamente la puerta de entrada, que no sería la principal, sino la que daba a un extenso prado y que venía a quedar al extremo opuesto de la que llaman de honor.

En corto tiempo (que no es mucho el que el Tío Samuel necesita para todas sus empresas, sean cuerdas las unas o descabelladas las otras), dispuso su plan con ingenio y regocijo el discreto viejo que estaba como encantado con la aventura de la fábrica, la cual aventura corría ya de boca en boca, de periódico en periódico y de telegrama en telegrama hasta llegar al cabo del mundo, prometiendo otras no menos interesantes y gustosas para asombro y regocijo de nuestra dichosa edad contemporánea.

Consistía el susodicho plan, en dejar a Don Quijote y a Sancho a la entrada del parque de aquella residencia, observándolos desde lejos el Tío Samuel y los de su compañía y simulándoles encuentros y aventuras que serían de grande novedad y esparcimiento. Es de advertir para la mejor inteligencia de esta verídica historia, que el parque de que antes se ha hablado era de grandísima extensión, con más de dos mil toesas de largo por otras tantas de anchura, y que encerraba entre sus linderos un bosquecillo más que tupido, dos lagunas de artificio, cristalinos riachuelos, parleras cascadas, amenos prados, limpias veredas, silvestres encrucijadas, jardines de pintadas flores, huertos de frutos exquisitos y productivas granjas con toda suerte de animales de las especies más raras y valiosas; completando el encanto y atractivo de tan singular morada, risueñas alquerías, pequeños chalets, cabañas campesinas de pintoresca rusticidad y otras muchas maravillas que no son para contarse y que hacían de aquella residencia del Tío de nuestra historia la más amena y variada de cuantas pueden imaginar la ociosa fantasía y el mejor regalo.

Para dar cumplimiento y cima a la bien urdida tramoya, sacóse de las caballerizas de la granja a cierto caballo tordo de ocho cuartas de alzada, que en sus buenos tiempos fué de los que llaman de carrera y que a la sazón no era ni de andadura según los años que tenía. Gozaba el tal de cesantía o jubilación en gracia de sus buenos servicios, y aunque el pienso era bueno y el trabajo ninguno, estaba más flaco por la edad, medio ciego

por las cataratas y con más porrillas y lacras de arestín que jamelgo de carretero. Ensillaron luego al dicho bucéfalo con muy lucidos arreos, y vino a hacerle compañía un asno bien parecido, rucio de color y de buena andadura, aunque algo vivo y pajarero, al cual enfrenaron y pusiéronle albarda con más unas alforjas colmadas de apetitoso fiambre.

Recreábase el Tío Samuel viendo estos preparativos, y luego ordenó que ambas caballerías quedasen como sueltas y abandonadas a la entrada del parque por donde Don Quijote y Sancho debían de venir; previniendo sin tardanza otras sorpresas y aventuras que luego después se verán en el curso de esta verídica historia y que el Tío Samuel y los señores de su corte presenciarían ocultos en el follaje de las avenidas.

Así que estuvo todo prevenido, mandóse por el alambre del teléfono que los de la policía condujesen a Don Quijote y a Sancho hasta la puerta del parque que ya estaba designada, y que allí, despidiéndolos con expresiones convenidas, los dejasen solos y libres de aventurarse.

Hízose, pues, como estaba dispuesto, y cosa de las dos de la tarde serían cuando, conducidos en automóvil de los que llaman de gala, llegaron nuestros dos aventureros. Los de la policía, representados esta vez por un capitán de campanillas, mostrábanse corteses y solícitos en todo extremo con Don Quijote desde que supieron de quién se trataba, a tal punto que, al bajar del auto, ofreció el capitán la mano a Don Quijote con toda reverencia y luego agasajó también a Sancho con un saludo. Aunque algo mohino, sin saber dónde lo conducían, Don Quijote dejóse decir: "Vuesa merced me la haría no escasa si fuese servido de decirme lo que este enredo y aventura significan".—"Con mucho gusto satisfaré yo esa pregunta"—dijo el interpelado.—"Pero, ¿es que ya no nos llevan a las galeras?"—dijo Sancho, algo repuesto del susto de la mañana.—"¡Qué galeras!—contestó el capitán.--Lo que hay en este que vuesa merced, Señor Don Quijote, llama enredo, es que un sabio amigo y más que amigo, admirador de la vuestra osadía y gentileza ha desbaratado el encanto en que se os tenía aprisionado, y es ésta la hora dichosa y por luengos años aguardada en que mi Señor Don Quijote de la Mancha queda desencantado y libre para ir de nuevo por el mundo en busca de fazañas y aventuras. Hasta estas rejas que véis, llegan los dominios del hechicero que por envidia y malquerencia os tuvo aprisionado, y de estas rejas adentro está el mundo libre para vuestras correrías y proezas". Creyó Don Quijote tales razones como si

fuesen el propio Evangelio, y harto conmovido, levantó al cielo los ojos y dijo: "¡Oh, tú, sabio encantador amigo mío, quien quiera que seas y que así me favoreces y levantas! sabe que no en vano devuelves a este hidalgo caballero el dón precioso de la libertad que aventaja al de la misma vida. Usar hé de tal gracia y donativo para enaltecer tu nombre y el de la sin par Dulcinea del Toboso, llevando a felice término tales hazañas y atrevimientos en bien de infelices y necesitados, que ocultar han los mayores prodigios que ficieron caballeros andantes y heroicos paladines que honra la fama con sus sonoras trompetas".—"¿Y no pregunta mi señor—dijo Sancho—quién es tal hechicero nuestro amigo?"—"Ni es posible decillo—dijo el de la policía—pues por modestia y decoro quiere el sabio (y no hechicero como vos decís, hermano) guardar su nombre, que es de los más famosos, hasta que llegue el felice día en que el apuesto Manchego, león desencadenado por la braveza y águila caudal por la alteza, se una en vínculo matrimoñesco con la honesta Paloma Tobosina, que para que aquella fecha, el sabio que me invía apadrinará las bodas".—"Con todo me conformo—dijo Don Quijote,—que no es bien andar en averiguaciones con quien hace merced tan alta y subida, por lo mismo que no reclama el agradecimiento, que tal reclamo rebaja la merced y pone descontento en el favorecido. Item más, que se me alcanza, por mucho que lo oculte, el nombre del erudito a quien debo vasallaje, como lo debe el hidalgo sin mengua de su decoro y más bien para dalle mayor lustre y nombradía".—"Muy acertadas son tales razones—dijo Sancho—,porque no sería bien que de vuesa merced se dijera aquello de que el que no es agradecido no es bien nacido, que lo que conviene es que se tenga en cuenta el refrán que canta al agradecido más de lo pedido". Con un gesto imperativo reprimió Don Quijote las impertinencias de su escudero, y luego el capitán de la policía y sus secuaces (porque vinieron cuatro de ellos en otro automóvil que allí estaba) hicieron grandes genuflexiones y el ya dicho capitán habló de esta manera:—"Grande contentamiento y orgullo ha sido para mí conocer a la honra y prez de la Andante Caballería; y con el permiso y bendición de la vuestra merced, Señor Don Quijote de la Mancha, vuélvome al interior del subterráneo palacio donde aguarda vuestras nuevas el Señor que me invía". Acabando estas razones, hincóse de rodillas delante de Don Quijote, el cual le echó la bendición y le dió a besar la mano diciendo de esta manera:—"Idos con Dios, hermano, y dad mensaje a ese sabio mi amigo de que quedo aquí

en el mundo para enaltecer sus mercedes".—"Pero bueno será—observó Sancho—que pasemos cuanto antes las puertas de esta reja que, según este señor dice, son las que separan a los encantados de los que no lo están; no sea que, por andar en cumplimientos, nos expongamos a mayores". Hízolo así Don Quijote y siguióle Sancho; cerraron tras ellos los policiales las dos hojas de la puerta de rejas, subiréronse a los autos y partieron éstos con tal velocidad, que Sancho se quedó pasmado de nuevo y más convencido que nunca del encantamiento en que él y su amo habían estado.

CAPITULO X.

DE COMO DON QUIJOTE Y SANCHO ENCONTRARON POR SEGUNDA VEZ A ROCINANTE Y AL RUCIO CON OTROS SUCESOS QUE NO PUEDEN DEJAR DE MENCIONARSE PARA LA MEJOR INTELIGENCIA DE ESTA HISTORIA.

Cuenta Cide Hamete Benengeli que, luego que desaparecieron los automóviles, sentáronse un buen rato sobre la fresca hierba Don Quijote y su escudero y que Don Quijote dijo:—"Ya ves, Sancho hermano, que si enemigos tenemos, no nos faltan amigos y tan poderosos, que en un quita allá esas pajas han deshecho la endemoniada tramoya del maligno Merlín".—"Así lo voy viendo—dijo Sancho—, aunque mucho me temo que esto no pare en bien, porque a perro viejo no hay tús tús y bien venido seas mal si bienes solo".—"Razón tuvieras, hijo, para decir lo que dices, si en el caso presente no hubiera por medio la intervención del sabio mi amigo que me acompaña y favorece".—"Así será como vuesa merced dice—afirmó Sancho—y dejemos tiempo al tiempo, que no por mucho madrugar se amanece más temprano y que no hay que ponerse el parche antes de que salga el chupo ni cantarle vísperas a la desgracia".—"A pelo vienen esta vez tus refranes—observó Don Quijote—, que es mucha verdad aquella que dice que le baste a cada día su molestia, tanto más, cuanto que el de hoy nos trae nó molestia sino ventura".—"No mucha que digamos—dijo Sancho—, porque ya vió vuesa merced qué mal nos fué esta mañana".—"¡Cómo mal!—dijo Don

Quijote.—Pues ¿acaso no obligamos a aquel menguado a cumplir justicia con tántos menesterosos?"—"No ví yo la justicia ni creo sería venta o casa de labranza, porque él era el amo y los otros los servidores, y ya se sabe que la justicia es un embudo con lo ancho para el rico y lo angosto para el pobre. En resumen de cuentas, los ajusticiados resultamos nosotros, pues la Santa Hermandad, después de aporrear a su gusto a vuesa merced, nos habría llevado a galeras o a trabajos forzados si es que no nos sale tan buen padrino que sin conocernos nos fiara y abonase".—"Lo pasado pasado—dijo Don Quijote,—y ahora lo que toca es ocuparse de lo presente, que los apremios del hoy no dejan mucho lugar a las memorias del ayer ni a las ambiciones del mañana. El presente es lo que se vive, y a él habremos de consagrarnos con todo ahinco si no queremos pasar por sandios y holgazanes".—"Vuesa merced ha hablado como un libro—dijo Sancho,—y yo agregaré que para vivir bien el presente como vuestra merced dice, hay que aprovecharse del pasado, pues la experiencia es la madre de la ciencia; de tal modo que, como nosotros ya sabemos lo que son malandanzas y desventuras, lo que en esta nueva salida nos toca, es ser prudentes advertidos y no meternos en riñas ni buscarle tres pies al gato, que por algo se ha dicho si quieres vivir contento, hazte el jumento".—"Virtud y de la más apreciada es la prudencia—comentó Don Quijote,—pero a las veces también no hay tal virtud sino pretexto y sotileza del miedo que sólo sirve para empequeñecer el ánimo y degradar la dignidad del hombre. El miedo, Sancho amigo, es tan funesto y pernicioso, que hace torpe al inteligente, ladrón al honrado, servil al hidalgo y necio al docto, pues con la mira de evitar el peligro y de contemporizar con los malvados, se resblandecen y degradan las más nobles facultades que puso Dios en los humanos corazones".—"Bueno está eso para dicho—observó Sancho,—pero del dicho al hecho hay mucho trecho y los valientes y el buen vino duran poco y cada cual sabe su cuento y tiene su alma en su almario".

Discurriendo estaban sobre éstos y parecidos tópicos amo y criado, cuando éste acertó a distinguir las dos caballerías preparadas por el Tío Samuel que pacían en el prado, y poniéndose a dar voces y saltos, dijo:—"¡Vea vuesa merced a Rocinante, mi Señor Don Quijote, y vea también al rucio que aquí nos estaban esperando desde el suceso de nuestro encantamiento! Estos y no los de esta mañana son los legítimos. ¡Albricias y más que albricias, que agora sí que creo en que estamos desencan-

tados! Levantóse Don Quijote y ambos se acercaron a las dos caballerías con muestras del mayor contento. Cogió Don Quijote las bridas de Rocinante y dándole palmadas en cabeza y cuello, empezó a decir:—"¡Oh, mi fiel noble Rocinante, tan famoso y fiel como tu amo a quien acompañaste y serviste en tales lances y peleas que no se cansa el clarín de la fama de pregonar por el mundo y que la misma Belona enaltece y pone en los propios cuernos de la luna! ¡Oh, tú, sabio mi amigo, que así me devuelves y tornas el más noble y más gallardo de los bridones; y cuánto tengo de agradecerte esta superior merced que así me pone en el camino de tornar a las aventuras con más denuedo y entusiasmo que el que tuve la vez primera al salir por el campo de Montiel! Ya que los dioses lo quieren, que está aderezada la caballería y pronto el caballero, volvamos al mundo, Rocinante amigo, en busca de peligros y aventuras, que largo se me hace el tiempo con el ansia de empezallas".—"Rucio hermano—decía entre tanto Sancho con lágrimas en los ojos,—¡y cómo es que has parecido cuando yo te lloraba muerto; y qué gordo y rejuvenecido que te vuelvo a hallar! De hoy más te prometo y juro no dejarte ni a sol ni a sombra, ni en vida ni en muerte, y regalarte un día sí y otro también con doble ración de cebada en grano, amén de pasto a tu antojo". Pasadas estas naturales expansiones, Don Quijote demostró todavía su contento haciendo una cabriola y dando dos zapatetas, cuando Sancho, mirando así a Rocinante como al rucio, comenzó a decir:—"Pero vea vuesa merced que, bien mirado, se me antoja que no hay tal rucio ni tal Rocinante aunque mucho se les parezcan estas dos caballerías. Lo que sí se advierte al punto, es que son nuevos y más valiosos los arreos y de forma tan extraña que no los he visto en mis días. Cuanto a los animales (con perdón sea dicho), vuesa merced pierde en el trueque, que éste que aquí se ve paréceme más viejo que Matusalem y más flaco y deshecho que rocín de arriería". Acercóse en seguida al caballo, vióle el diente y comenzó a reirse diciendo que borró del todo y que habría que darle de comer bizcochuelo o natillas, porque lo que es cebada, ni por pienso. Ofendióse Don Quijote con estas bromas de Sancho y le dijo que no sabía lo que hablaba; que el tal caballo tenía más fortaleza y más bríos que el propio Bucéfalo, y que él, Don Quijote, gran conocedor en la materia, lo diputaba por lo mejor del mundo.—"Pues a fe que lo disimula"—dijo Sancho, conteniendo la risa y fuése a examinar el pollino diciendo al propio tiempo:—"Yo sí que salgo ganando a ojo de buen cubero.

Vaya si está rejuvenecido el rucio. Pues, ¡y las alforjas! Vea vuesa merced que están llenas y no de bazofia sino de los más gustosos manjares!.... ¡Y cómo huelen!".—Así es la verdad"—dijo Don Quijote al que Sancho le metía las alforjas por las narices; y agregó el escudero:—"Maldito lo que me acuerdo de haber guardado yo tales fiambres; pero no nos metamos en inquisiciones, que, a mi parecer y al de mi estómago, lo primero es sustentarse sobre esta fresca hierba, si vuesa merced no dispone otra cosa". Convino en ello Don Quijote y ambos tomaron asiento a la sombra de unos floridos arbustos que formaban como un cenador tupido. Vació Sancho las alforjas haciendo grandes ponderaciones, sobre todo cuando encontró una botella y acercándosela a las narices se percató de que era vino y de lo mejor lo que contenía.—"Vino tenemos—dijo restregándose las manos; y yo que tánto tiempo hacía que no lo cataba. Eche un trago vuesa merced que, por el olor, parece cosa buena y de lo fino". Accedió Don Quijote; sirvióle Sancho mediana ración en una copa que encontró junto con la botella, y así que lo probó, dijo Don Quijote:—"Es de Chipre y tan añejo, que alegra y fortifica, a punto que me trae a la memoria aquello de *vinum lætificat cor hominis*". Cogió Sancho la botella, que él no se contentaba con la copa, y empinando el codo, estuvo más que mediano rato haciendo sonar el gargüero; limpióse la boca con el revés de la mano, se saboreó a más y mejor y dijo:—"Nuestro amigo el hechicero debe de ser persona de posibles cuando tales vinos gasta. Y ¡qué bien que viene el fiambre después del trago! Como vuesa merced, que por algo se ha dicho barriga llena, corazón contento". Tomó Don Quijote tal cual bocado, dada su natural sobriedad, mientras que Sancho engullía a su placer, con la boca llena y encareciendo la variedad de las viandas con que se regalaba, pero sin conseguir que Don Quijote le oyera, pues ya su despierta fantasía le hacía ver nuevas y más maravillosas aventuras, hasta que, poniéndose de pie, dijo:—"Vamos, Sancho, que es fuerza no entregarse al ocio y al regalo cuando el sabio mi amigo que tal merced me fizo de desencantarme, espera de mí sacrificios y hazañas, que nó comodidades y holgura. Estrecheza quiero, nó regalo, penas y nó placeres, trabajo y nó descanso, hambres y nó hartura, lances y cuchilladas y nó femeniles componendas, guerra con honra y nó paz con desdoro, fiereza y nó blandura; que para esto me echó Dios al mundo como heraldo de justicia y bienandanza".—"Loco debe de ser vuesa merced—dijo Sancho—cuando tales cosas se le ocurren, que no veo

yo la necesidad de preferir lo malo a lo bueno y trocar holgura y contento por palos y desventuras. Vea vuesa merced cómo van todas las gentes sudando y trabajando por allegar el cuotidiano sustento, que es lo que más importa, y no se meta a componer el mundo que es la más solemne insensatez que jamás se haya visto. El mundo se irá por donde debe de irse, que querer enmendarlo como vuesa merced pretende, es dar el cántaro contra la piedra y buscarle los pelos al huevo y meterse donde no lo llaman. Tome vuesa merced mi consejo: déjese de aventuras que ya Pedro está viejo para cabrero, y disfrutemos de esta bienandanza que nos ha salido al paso como quien dice de a bóbilis". —"Necio y bellaco de añadidura eres, Sancho—replicó Don Quijote,—pues no se te alcanza el cómo y el porqué de ser yo caballero andante. No sólo de comer vive el hombre, dijo quien lo dijo, y con esto se entiende que estamos aquí para fines mayores que los que aconseja el egoísmo y ambiciona la flaca naturaleza. Aspero y dificultoso es el camino de la justicia; ha menester esfuerzo el valor y sacrificio la abnegación; pero la justicia que enaltece, el valor que cuida de la honra propia y de la ajena (que tal es el legítimo y nó el que mira solamente por el yo, que se convierte en crueldad y soberbia), y finalmente la abnegación que atiende a la caridad y la misericordia; todas juntas estas virtudes forman la honra, que es dón más precioso que la vida, puesto que es el distintivo y la merced que el Supremo Hacedor le ha dado al hombre para que sobrepase a los demás seres creados y llegue a los límites de la muerte en demanda del eterno galardón. Y si no, por qué se cuida el árbol para que cuaje y madure el sazonado fruto, y la planta para que eche la pintada flor, y la mies para que produzca el precioso grano; pues fruto, y flor y grano es lo que en el hombre se llama honra y virtud, que viene a ser lo mismo y que es lo que el Hacedor Omnipotente cosecha en nosotros, como nosotros cosechamos los frutos de la tierra". Oía Sancho como embobado estas razones y movía la cabeza como dando a entender que no se le alcanzaba el sentido de lo que decía Don Quijote, el cual, cada vez más alterado, dijo:—"Trae aquí a Rocinante y emprendamos de nuevo la carrera de la Andante Caballería, que ya la impaciencia pone espuelas a mi voluntad y desata las bridas de mi coraje. Por algo me honro con el famoso yelmo de Mambrino que simboliza la nobleza en el pensar; por algo también empuño esta tizona, emblema de fortaleza y bizarría; y por algo, en suma, soy el Caballero de la Mancha, de la Triste Figura y de los Leones, a mayor

abundamiento". Cohibido Sancho con la desaforada arenga de Don Quijote, trajo a Rocinante, túvole el diestro y subió su amo, el cual, todo movido y entusiasmado, se dió a espolear con tal ímpetu, que el caballo, que era de los que llaman de pura sangre y por lo mismo de condición arrebatada, se acordó de sus mocedades y partió a todo correr; pero con tan mala fortuna, que, a causa de la vejez y de la ceguera, tropezó en unas matas y fué a caer de bruces cuan largo era, saliendo Don Quijote por el pescuezo y yendo a dar de cabeza a seis varas de distancia.

(Continuará).

JUAN MANUEL POLAR

El Romanticismo Contemporáneo

Al Sr. Dr. Dn. José de la Riva Agüero

Las diversas corrientes del pensamiento filosófico y de la vida agitante del siglo en que vivimos se orientan, indudablemente, en un sentido anti-intelectualista. Es un interesante movimiento, aparentemente paradójico en su teoría y aparentemente anárquico en su realización práctica, que se manifiesta por una tendencia a relegar a puesto secundario el valor adquisitivo de la razón y la eficacia de sus mandatos en la conducta, para luego exaltar y encumbrar la importancia de los fermentos sentimentales y de los impulsos activos en el desarrollo sicológico de la conciencia, en el progreso ético del individuo y de la sociedad y en el devenir histórico de la civilización.

A este complejo movimiento, tan diversamente teorizado por los pensadores de la época, se le conoce comunmente bajo la denominación de idealismo, pero significa algo más expresivo y novedoso que lo que sugiere esa etiqueta arcaica. No patrocina esta dirección un primado sicológico de las ideas, ni es tan sólo una explicación, de la realidad sobre la base de arquetipos mentales; es una dirección crítica demoledora de ancestrales e inveterados prejuicios que hacían de la inteligencia el signo revelador de la superioridad sicológica del hombre, olvidando los factores íntimos y subjetivos del sentimiento y de la voluntad, cuyo máximo desarrollo en el ser consciente señala la posibilidad de sus indefinidos progresos y prepara, a través de toda la escala de los seres síquicos, una conciencia capaz, no sólo de constatar pasivamente cuanto la rodea, sino de repetir, sobre la realidad, calificándola, valorizándola y haciéndola entrar en el reino de los fines y de la libertad.

Este movimiento, primitivamente crítico del intelectualismo, cuando ha tratado de reemplazar la teoría pospuesta y hacerse constructivo, ha edificado doctrinas voluntaristas en armonía con la tesis de Schopenhauer, iniciador y padre del movimiento. Resulta muy interesante descubrir los múltiples elementos sentimentalistas que encierra esta dirección, extrayéndolos de la prestigiada corriente en la que se encuentran involucrados y, sobre todo, constatar la autonomía de una dirección exclusivamente romántica que el fervor por el voluntarismo que hoy prevalece en la filosofía, absorve en su provecho.

El sentimentalismo hizo su primera aparición en la historia con el cristianismo. Esta religión renovadora debió su eléctrica propagación y el convencido proselitismo que despertara a su edificante propaganda romántica. Cristo no se presenta ante el mundo como un talento previlegiado sino como un virtuoso del sentimiento, cuyo idealismo no está en la elevación de sus razonamientos, sino en la sugerente moralidad de sus ejemplos y en el abnegado holocausto de su vida. La suya es una religión sin metafísica que deja sin respuesta las interrogaciones de la inteligencia, pero que satisface ampliamente las más puras y nobles aspiraciones del corazón.

El paganismo era una religión ideológica, una explicación del mecanismo universal por medio de la divinización de las fuerzas naturales. El dios pagano es la personificación de un talento, de una superioridad física o mental, pero nó el símbolo de un sentimiento elevado. El Dios o el Santo cristianos representan la máxima elevación de un sentimiento y actúan sobre los hombres induciéndolos, nó al conocimiento de la verdad, sino a la práctica del bien. El cristianismo, renovando el concepto un tanto intelectualista del antiguo Jehovah demiurgo, legislador exigente que promulga un decálogo imperativo y categórico y juez áspero que azota a los réprobos con apocalípticos castigos, lo dulcifica y atempera con la lírica personalidad del Crucificado, Redentor, Dios bueno que se sacrifica por la humanidad y espíritu militante cuya enseñanza sustituye el antiguo concepto negativo y pasivo de la justicia jurídica por el ideal dinámico y positivo de la justicia beneficente. Por eso, mientras el decálogo precristiano despierta la predicación agorera de los profetas, el Nuevo Testamento fomenta el evangelio de amor de los apóstoles.

El ideal cristiano, como se ve, es romántico y es activo, conduce a la acción y nó a la pasividad ideológica del Nirvana. Co-

mo dice Gaultier: "no es un ideal estático ni tibio; al contrario de un ideal de muerte, es un ideal de vida".

No cabe duda que si el Cristianismo hubiese producido un brote filosófico verdaderamente original habría elaborado un sistema de marcado sabor romántico. Sin embargo, muy pocos pensadores cristianos teorizaron en armonía con la propaganda del Maestro. Apenas uno que otro hizo algo en favor de una dirección subjetiva, consecuente con la predicación del Salvador como el apologista San Irineo que elevaba la piedad sobre el saber y el amor sobre la inteligencia y consideraba como índice de la superioridad del hombre sobre el animal la posibilidad en aquél de sentir el bien, amarlo y refundirse con él. Tertuliano iba más lejos en esta dirección recomendando un radical anti-intelectualismo: "después de Cristo ha perdido todo interés el saber; hay que intensificar la fe". El romanticismo conducía así al ignorantismo.

Pero estos no fueron sino brotes aislados; la Iglesia adoptó una filosofía oficial y la escolástica fué una dirección, estrechamente intelectualista, más que intelectualista, áridamente panlogista y cerebral. Los místicos, pudieron haber orientado la dirección romántica, pues en ellos palpitaba la verdadera unción cristiana; pero por la repulsa oficial que recibieron de la Iglesia se desviaron en el sentido panteísta de una refundición con la divinidad y en un hermetismo devoto. La orientación lírica que inaugura el cristianismo tiene sus primeras manifestaciones en el dominio del arte, y esto tan sólo en alguna de sus ramas. La arquitectura y pintura de la Edad Media expresan maravillosamente el ideal cristiano, no así la literatura en la cual esta evolución no pudo realizarse debido al absorvente y fanático prestigio que, en la época, adquiere el clasicismo intelectualista y retórico.

Por eso el romanticismo literario sólo aparece mucho después; da dos brotes geniales pero aislados, con Shakespeare y con Cervantes y viene a aparecer como escuela mucho más tarde, precisamente, en la época en que corrientes liberales derriban los altares y reemplazan a las antiguas divinidades con la diosa Razón. Me refiero a la escuela sentimentalista de la que son iniciadores Rousseau en Francia y Goethe en Alemania, país éste, en el que, por mucho tiempo, el prestigio del Goethe romántico fué muy superior al del Goethe converso al clasicismo.

Las primeras tentativas de un movimiento lírico en Filosofía tienen su origen en Alemania y se manifiestan borrosas y di-

fusas en el idealismo trascendental de Fichte, en la filosofía de lo absoluto de Schelling y aún en el mismo panlogismo hegeliano. Estas teorías, sin embargo, tuvieron tan sólo un momentáneo prestigio; y es que todo romanticismo presupone una sicología, y precisamente estos sistemas estéticos de la realidad y de la vida descansaban sobre la sicología intelectualista de kantianos y herbartianos. El mérito de haber fundamentado sicológimente esta dirección corresponde a Horwicz, que consideraba que el sentimiento "es la actividad en su forma síquica más simple, más elemental, más general" y que esta actividad era "el punto de partida de todos los demás procesos síquicos".

Este monismo sentimentalista de Horwicz, interesantísima y original teoría sicológica y filosófica, cuyo estudio prolijo hemos hecho en otra parte, aparece en nuestros tiempos bastante injustamente olvidada; olvido tanto más notable, dado el ambiente subjetivista que hoy anima a toda la sicología, y el profundo carácter romántico que lleva impresa la filosofía en nuestra época.

La teoría de Horwicz respecto a la originalidad del sentimiento y a su prioridad sobre todos los demás elementos de la conciencia ha sido renovada modernamente por la venerable personalidad de Teodoro Ribot, quien, aunque fundándola en un sistema biologista y materialista, la apoya, a su vez, en finos y perspicaces análisis sicológicos. La idea cardinal de Ribot consiste en manifestar que "la facultad de tender o de desear expresada por el placer y el dolor tiene una vida propia subyacente y primordial, en todo caso, a la inteligencia a quien ella anima". Es pues, un romanticismo franco y decisivo.

En cuanto a los elementos sentimentalistas que informan la dirección voluntarista, actualmente en boga, podemos, ante todo, manifestar que esta escúela es, en realidad, un movimiento más amplio que el indicado por su etiqueta; es una dirección subjetivista que encumbra, al par que el valor del aspecto conativo de la conciencia, la trascendencia de los fermentos emocionales en el conocimiento y en la acción. Y es natural que así suceda. El voluntarismo de Schopenhauer fué, en cierto modo, un subjetivismo. El gran filósofo alemán que no dió pruebas de ser un sicólogo perspicaz y analítico, no llegó a distinguir, precisamente, el sentimiento y la voluntad. Verdad que él no habla sino raras veces del sentimiento en especial, pero el concepto que se forma de la voluntad es el de un complexo de sentimiento y de acción. Para él, la voluntad era sinónimo de aspiración, de in-

clinación, de apetito, de tendencia, es decir, titulaba voluntad a ese mismo complexo al que Horwicz denominaba sentimiento. En verdad las teorías de Schopenhaur y de Horwics se diferencian escasamente. Para ambos el fondo mismo, no sólo de la conciencia, sino aún de la realidad y de la vida, es una actividad que forma el gèrmen nuclear y profundo de todo, una aspiración por llegar a ser, por afirmarse, en la que Schopenhauer filósofo, recalcó el esfuerzo operativo y en la que Horwicz sicólogo, hizo resaltar el *élan* afectivo, la tonalidad emocional.

Así, sobre la base de estas dos concepciones parientes, se abre la corriente irracionalística en el pensamiento contemporáneo. Hartmann, Wundt, Hoffding, Paulsen, James y otros admiradores de Shopenhauer, aprovechan el material en beneficio del voluntarismo, Ribot, los sicólogos alemanes del Einfühlung, y muchos filósofos del valor, lo aprovechaban igualmente en provecho del sentimentalismo. Direcciones más modernas como el activismo de Bergson y el musicalismo de Torrefranca equiparan ambas tendencias, constatan el primordial valor del sentimiento al lado de la voluntad y manifiestan que el fondo de la conciencia es ese *élan* expansivo especie de *indistinto* para hablar en el lenguaje de Ardigó, en el que resulta difícil delimitar lo que él tiene de hervor de sentimiento y de impulso de voluntad; sólo así por esa indisoluble unión radical es que puede el *élan* interno convertirse en creador, finalista y libre.

En verdad, sentimiento y voluntad no son otra cosa que dos aspectos de un mismo proceso fundamental; tan estrechamente unidos se hallan en la realidad interna y subyacente del espíritu. Estudiando esa actividad permanente y continua que es el fondo más profundo que la intuición descubre en el alma, actividad radical y sintética, rebelde al análisis deformador del intelecto, puede observarse cuán imprecisos y cuán fluídos son los límites que separan, en ella, los aspectos operativo y sentimental que la informan. Por paciente que sea el esfuerzo que se realice para hallar la distinción que Wundt y Hoffding quieren revelar entre el deseo y la tendencia, es decir, entre los puntos colindantes del tránsito que lleva del sentimiento a la voluntad, resulta esa delimitación tan poco persuasiva que, en verdad, se inclina el estudioso a considerar, como Brentano, que sentimiento y voluntad son la misma cosa.

La voluntad en su gèrmen es profundamente afectiva; para distinguir ambos componentes síquicos no cabe ya manifestar el caracter estático del sentimiento y el carácter dinámico de la

voluntad; que el sentimiento no es puramente estático, lo prueba la emoción y las definiciones de Wundt del placer y del dolor. Tan claro es este aspecto motriz y activo del sentimiento que Ribot ha tratado de explicar este elemento síquico por medio de su biologismo dinámico. Y James y Lange han emprendido igual tentativa en lo que se respecta a la emoción. El sentimiento siempre se presenta como un contraste, y un contraste es siempre algo dinámico o, por lo menos, la más fuerte propensión al dinamismo.

La voluntad aislada del sentimiento, resulta una pura virtualidad, posibilidad latente de grandes esfuerzos, propensión a actuar a la primera llamada, pero nada más.

El estudio de la influencia del sentimiento sobre la voluntad en la acción individual y colectiva afianza la convicción wundtiana de que la voluntad no es otra cosa que la última faz de un proceso afectivo y que el desarrollo del carácter depende, sobre todo, de la firmeza y calidad de los sentimientos.

La voluntad pues, resulta inexplicable si no se le presenta adherida, o mejor aún, saturada de emoción, tan incomprensible como resulta en el disparo la deflagración de la pólvora sin el estallido del fulminante.

Más importante para el estudio del valor fundamental del sentimiento es el análisis que brevemente vamos a realizar respecto a sus relaciones con la inteligencia. Es totalmente equivocado el prejuicio intelectualista de que el sentimiento y la inteligencia son aspectos de un mismo proceso y, más aún, la creencia de que no hay sentimiento que no esté acompañado de un contenido intelectual. La sicología patológica prueba que el sentimiento y el pensamiento se disocian y aún la sicología normal nos muestra las desproporciones evidentes entre el sentimiento y sus causas intelectuales.

La sicología contemporánea ha puesto de manifiesto con una penetración que persuade y que infunde convencimiento, que los contenidos intelectuales que la lógica señala para el concepto, el juicio y el silogismo son enteramente formales y convencionales; que el mecanismo asignado a cada uno de estos procesos es enteramente artificial y que, sobre la cáscara aparente de ellos, la intuición descubre, en su fondo íntimo, multitud de elementos afectivos. Más aún, sobre el escaso número de conceptos,

juicios y raciocinios predominantemente intelectuales está el vasto campo de los conceptos, juicios y raciocinios emocionales, palpitantes, *coloreados*. Impera para éstos, una lógica más flexible, más dúctil que la que rige a los fenómenos puramente intelectuales; esta lógica extra racional, aparentemente paradójica, no puede, pues, en la actualidad, considerarse como un herejía sicológica, conforme piensan los rezagados del intelectualismo y panlogismo tradicionales. Ella es un hecho y de los más claros. "La lógica de los sentimientos—dice Ribot— está al servicio de nuestra naturaleza afectiva y activa, y no podría desaparecer sino en la hipótesis quimérica de que el hombre llegase a ser un sujeto puramente intelectual".

La más vulgar constatación evidencia el rol que tiene el sentimiento en el rumbo y en la sistematización de nuestro equipo representativo y aún en la formulación de nuestras globales concepciones de la realidad. El sentimiento estimula el trabajo intelectual, lo alumbra y le da, a veces, maravillosa clarovidencia. "Los grandes pensamiento vienen siempre del corazón" dice Vauvenargues. Y es que el sentimiento da un conocimiento, nó incoloro y frío como el de la razón, sino que tiene más que una virtud analítica, una recóndita potencia penetrante y aperceptiva.

El sentimiento es el índice más puro y elevado del carácter. La verdadera selección del espíritu no la marca el desarrollo o la solidez de la inteligencia, sino la nobleza y la elevación de los sentimientos. El predominio de la inteligencia forma tipos mentales desadaptados e infructuosos que deforman la realidad a través de marcos geométricos; espíritus discursivos e ideológicos listos a dar soluciones teóricas a todos los problemas pero ineptos para la acción y herméticos a los entusiasmos generosos. La vida no es una ecuación, ni se vive, tan sólo para dar respuesta a sus incógnitas. La vida es un problema de acción y se vive para hacerla más intensa y más expansiva. Vivir es actuar, es progresar, y es abrir rutas, sentir anhelos y aspirar al ideal, y el ideal es la concreción del fervor interior y del entusiasmo cálido y desbordante y nó la conclusión de un silogismo, ni el producto seco de una operación racional.

El sentimiento tiene un rol sobresaliente en las teorías científicas, y es que, como dice Ribot, "todas las formas de la emoción, sin exceptuar ninguna, son los fermentos de la invención". El amor a la gloria, el encariñamiento del sabio por su idea, explican muchos descubrimientos científicos. Al fervor obstinado

de los alquimistas le debe muchos de sus progresos la química moderna.

El estudio de la relación entre el sentimiento y la voluntad, prueba que ésta se muestra mucho menos dócil a los mandatos de la razón teorética que a la persuasiva insistencia del sentimiento inefable y a las bruscas sacudidas de la erupción emotiva; por eso es una verdad pedagógica muy firme el hecho que, educar la afectividad y despertar en el alma del hombre sentimientos elevados es la labor educadora más alta y trascendental. El concepto puro podrá convencernos, pero suele dejarnos indiferentes y en una pura beatitud contemplativa; el concepto afectivo es una idea—fuerza que nos invade y nos inclina; por eso la eficacia histórica de aquellas ideas como las de Dios, de Patria y de honor, en torno de las cuales los sentimientos se arremolinan, conducen, tanto al individuo como a la sociedad hacia los extremos de la intransigencia y hasta las alturas de la sublimidad y del heroísmo.

Estos hechos son enteramente comunes y corrientes. En la apreciación que hacemos de los individuos notamos el irremediable divorcio entre la teoría que sustentan y la práctica efectiva de sus acciones. El llamado jesuitismo moral, es un fenómeno natural de nuestra organización sicológica. El pensamiento puede justificar ampliamente el bien y el sentimiento, independientemente, inclinarnos al mal y viceversa. La razón puede llegar hasta la blasfemia y dejar, sin embargo, incólume la creencia afectiva en la divinidad. Corriente es el caso de cómo las disquisiciones del entendimiento soberbio y las críticas demoledoras de la ciencia pueden despojar de todo fundamento a nuestras ideas religiosas, pero, sin embargo, la llama de la fé con que se amamanta nuestra niñez y que es uno de nuestros primogénitos brotes espirituales persiste a despecho de todas nuestras argumentaciones. Como dice Gaultier "¡Cuántos sienten contrariamente a sus convicciones; ateos que son devotos, demócratas imbuídos de aristocracia, revolucionarios que vegetan burguesamente y burgueses que viven como revolucionarios!" El ropaje socialista de moda en nuestros días, ¡cuántos vulgares arrivismos recubre!

La inteligencia no ejerce casi sugestión sobre nuestra conducta; quien marcha con los ojos puestos en el mundo de la ideología tropieza y se aturde en el mundo real: la vida es la soberanía casi absoluta del sentimiento.

La razón da consejos; el sentimiento da los verdaderos imperativos categóricos. El consejo es advenedizo en nuestra conciencia, no arraiga en ella; el sentimiento se hace sangre de nuestra sangre, se asimila, sugestiona, hipnotiza, y es que el espíritu no debe ser contemplativo sino militante. El proselitismo cristiano le debe mucho más al sacrificio de sus mártires que a la predicación de sus apóstoles.

El fenómeno de la conversión, tan bien estudiado por Ribot, es una prueba del influjo a veces insólito y decisivo que una emoción puede tener en el rumbo de nuestros conceptos y en el criterio de nuestros juicios.

El estado afectivo es en la conciencia el verdadero agente decisivo que, actuando desde la más radical profundidad del espíritu, opera la sistematización y el cambio de rumbo de nuestros contenidos pensantes. Los cambios de orientación del sentimiento originan paralelos cambios en el stock de nuestras ideas. "Los razonamientos lógicos como dice Godferneaux, no son más que una forma particular de "justificación del estado afectivo, y la razón pura que cree regir los pasos de la inteligencia no es más que la criada del sentimiento".

De esta manera se abre, pues, en la conciencia, la oposición entre un conocimiento por medio de la razón y un conocimiento por medio del corazón que, como decía Pascal, "siente los principios y tiene razones que la razón no conoce".

El optimismo y el pesimismo, no sólo en su aspecto práctico, sino aún en su formulación sistemática y doctrinal, no son otra cosa que simples productos del temperamento afectivo de sus autores. La biografía de los artistas, señala por lo general, con gran atención, los grandes *momentos sicológicos* por los cuales ha pasado el *hombre* y se deducen de allí las alteraciones de su estilo y las variaciones de sus temas. Por eso es tan eficaz y tan ilustrativo para la exacta interpretación de las doctrinas filosóficas el conocimiento biográfico de sus sostenedores. Las sicografías de Spinoza, de Schopenhauer y de Nietzsche son singularmente aclaradoras del sentido de sus creencias y aún del valor de sus doctrinas; por eso es tan ilustrativo el empeño que, en este sentido, manifiesta Hoffding en sus estudios de Historia de la Filosofía.

El sentimiento tiene en el funcionamiento intelectual, en la adoptación de nuestras ideas y en su rechazo un valor que quizás no ha sido puesto todavía suficientemente en claro y que, cuando lo sea, indudablemente, aportará consecuencias prácti-

cas de indiscutible importancia. La presión avasalladora del sentimiento que dogmatiza las ideas, explica claramente la esterilidad de muchas discusiones teóricas y sirve casi de único fundamento a las convicciones políticas y a las ideas religiosas.

La historia religiosa nos ofrece en apoyo de los conceptos expresados, datos incontestables. Ella nos demuestra el rol decisivo que la pasión tiene en nuestra organización intelectual. El sentimiento y nó la razón explica los milagros del santo, las apariciones del místico y la credulidad de los fanáticos. Es una simple cuestión de sicología afectiva la que explica a través de las múltiples formas de las actividades humanas el apostolado de un Cristo o de un Tolstoy, las teorías de un Schopenhauer o de un Nietzsche y las alucinaciones de una Santa Teresa o de un San Juan de la Cruz.

Todos los hechos de nuestra conciencia y todos los actos de nuestra vida están, pues, como envueltos por una tonalidad afectiva que los colora y los personaliza. "A cada categoría intelectual, dice Bos, corresponde un sentimiento particular que no solamente le acompaña sino que es, en él, una parte integrante e inseparable" y esta atmósfera sentimental es tan particular y tan sui géneris, que muchas veces está en abierta contradicción con nuestras ideas y convicciones y, lo que es más interesante todavía, su lógica vence a la lógica del entendimiento y a la inmutable geometría.

El sentimiento establece así en nuestra vida síquica una especie de desdoblamiento, con la particularidad de que en esta escisión de nuestra conciencia, la voluntad se muestra más dócil al sentimiento recóndito que a la razón razonante. Una Etica basada en el concepto del deber es endeble y vacilante; una Moral sustentada en el sentimiento llega a ser edificante. El progreso moral no consiste en la adquisición de un conjunto de nuevas ideas sino en brotes, en erupciones interiores de sentimientos generosos.

El sentimiento es, pues, algo más que lo que podríamos llamar la elegancia y el *cachet* de la vida interior; él es un elemento apto para disputar a la voluntad en el alma humana toda la supremacía y toda la primordialidad. El sentimiento deja impresa su marca en todas las manifestaciones del proceder y del pensar; él forma un ambiente que satura e impregna todos nues-

tros estados de conciencia, y en los estados de conciencia esta coloración es el todo, porque expresa su cualidad y su valor, su carácter sintético y su individualidad peculiar y característica reacia a toda discriminación pulverizadora y fragmentadora.

El sentimiento adquiere así, día a día, una importancia insospechada para los antiguos sicólogos. Conocido es el rol que él desempeña en la asociación, en la atención, en la apercepción y en el juicio, y se llega a discutir en nuestros días, si existe o nó una memoria afectiva pura y una imaginación de la misma especie. El sentimiento establece en la conciencia la jerarquía de las ideas y el rumbo voluntario, y parece que nada entrase en la conciencia sinó a condición de que el sentimiento le otorgue una tonalidad y un colorido particulares, a tal punto que su acción, a la manera de los jugos gástricos, aparece como la base fundamental para la asimilación y aprovechamiento de todos los materiales sicológicos.

El sentimiento es, pues, elemento síquico enteramente autónomo y su autonomía es precisamente mucho mejor re- . con respecto a la inteligencia que con respecto a la vol- n la que tiene tan múltiples puntos de contacto. Rib- ste respecto no ha hecho otra cosa, que constatar verd- apreciación vulgar. Hay en el alma humana un conjur estados indefinibles e imprecisables de regocijo y de m- ia sin causa, de miedo sin objeto, de angustia sin razón. I -ia y el *spleen* no obedecen ni están acompañados de e representativos especiales. "Un placer, dice, es un suce- ógico suigéneris, simple, indefinible, irreductible a cua- otro, como lo es el color que alguno conoce por su exp- propia".

Hartmann dividía los sentimi- n serios y aparentes; los primeros correspondían a la real, los segundos eran aquellos que no tenían ningún pondiente estimulante externo y objetivo. Los sentimien- serios forman la simpatía moral, la solidaridad social. Los sentimientos aparentes animan la florescencia estética. Precisamente es a esta segunda especie de sentimientos a los que trata de otorgarle un mayor valor el concepto contemporáneo. Hoy se opone al alma seca e inhospitalaria del sabio, el alma vibrante y generosa del artista. La vocación filosófica germina más fácilmente en este terreno. La filosofía en Bergson, en Torrefranca y en Croce, trata de levantarse en nuestros días sobre la base de una estética que, con el instrumento de la intuición forma la visión más incontaminada y más inmediata de la realidad, porque es capaz de sorprender la realidad

en esa intimidad que se desenvuelve bajo todas sus coberturas y vestimentas.

La intuición es, en concepto de Bergson, una forma de simpatía intelectual por la cual penetramos en el fondo de la realidad para escrutar en sus regiones herméticamente cerradas a los instrumentos intelectuales. Según Bergson, el sentimiento en la intuición realiza una función de acercamiento, de compenetración comprensiva de la realidad; no se detiene, como la inteligencia, en el dominio cortical de las formas, sino que, a la manera de los rayos catódicos, traspasa la espesa periferia de las cosas para revelarnos, distinta y claramente, su fondo inconfundible y esencial. Este carácter afectivo de la intuición lo ha revelado claramente Bergson en un trabajo suyo reciente. "La intuición, dice, es un esfuerzo muy difícil y muy penoso por el cual rompemos con las ideas preconcebidas y con los hábitos intelectuales dados, *para reponernos simpáticamente en el interior de la realidad.*"

En el pensamiento filosófico novísimo, encontramos un dato revelador de la preferente importancia que la sicología otorga al elemento afectivo; nos referimos a la teoría de Torrefranca sobre la base musical del idealismo. "Todo verdadero idealismo, dice este exótico filósofo, ha sido, y será siempre más explícitamente, de naturaleza musical; aspirando entre pensamiento y pensamiento a un fervor y a una lógica interior *en cierto modo más sentimentales que racionales*", y afirmando que el idealismo renovado será esencialmente un sistema estético del conocimiento.

De esta manera, pues, la tendencia a otorgar al sentimiento un carácter de primordialidad se revela en la sicología contemporánea con toda claridad, formando una corriente romántica originalísima, que revela un estado del alma característico que parece que el último conflicto mundial ha incrementado en vez de apagar; hoy se revelan como románticos hasta los políticos, y las arengas de los gobernantes a sus pueblos adoptan el tono de líricas plegarias a los sentimientos de altruísmo, de justicia y de fraternidad.

Desacreditado el unitarismo conceptualista, dice Chiapelli, se puede constatar que el espíritu del movimiento contemporáneo en filosofía, consiste en renunciar a las categorías tradicionales de la razón teorética. Por diferentes vías, la filosofía de la intuición, el pragmatismo de los yankees y la filosofía neoreligiosa exaltan en el concepto y en la acción el valor resaltan-

te e impostergable del sentimiento. El surgimiento de la nueva filosofía de los valores descansa, en gran parte, sobre este movimiento romántico y anticientífico que atribuye a la filosofía exclusivamente este ámbito vasto de las valuaciones humanas.

Por lo demás, el movimiento ya ha dado en las ciencias normativas la prueba de su valor y de su trascendencia; ya es la teoría del amor moral de Fouillée, transformación de la antigua moral de la simpatía, ya es la lógica afectiva de Ribot, ya es la estética de la Einfühlung de Lipps y de Volkelt, direcciones todas que se basan en el concepto de una prioridad más o menos manifiesta del sentimiento y que originan, en nuestros días, todo un vivísimo movimiento de ideas que justifica el que Gaultier considere la cuestión de la originalidad del sentimiento como uno de los problemas que agitan el pensamiento contemporáneo.

En los corsi y ricorsi del pensamiento humano, no sería de extrañar que, después del fervor voluntarista que anima a la filosofía novísima, los investigadores volvieron su atención más prolija al sentimiento y ahondaran esta corriente lírica que tiene en su favor tánto fundamento de orden síquico ya que revela, como ninguna otra teoría, la vida misma en su gran fondo dramático de emoción, de apasionamiento y de paradoja.

RICARDO E. DULANTO

Callao, 1920.

Digresiones de Actualidad

Polonia

El Dr. Luis Bernales abre desde este número una sección de carácter geográfico y político, destinada a comentar los asuntos de actualidad más interesantes, la mayor parte de ellos relacionados con los problemas que ha creado en el mundo la Gran Guerra. La versación del autor en esta materia, así como la importancia de los temas que serán tratados, nos permiten creer fundadamente que los artículos del Dr. Bernales serán muy bien recibidos por los lectores de "Mercurio Peruano".

El país de la llanura del Norte surge de nuevo en el mapa de la Europa con los valores geográficos, históricos y políticos que le corresponden como nación y como estado.

Entre las grandes reconstrucciones y rectificaciones de los derechos de los pueblos que ha amparado la Gran Guerra del siglo XX en sus resultados, es la de Polonia la más justa y la más hermosa.

La restitución de una Polonia libre representa en el cuadro de la política europea un valor activo para garantizar el desenvolvimiento tranquilo de los intereses sociales y para asegurar la imposibilidad de que resurjan prontamente las tendencias imperialistas de sus vecinos, caídos en la última guerra. Además que es una nación con historia brillante, formada por hombres de raza superior en vitalidad y en energías, que ha sabido en los siglos de su cautiverio mantener y persistir en sus idealismos y sentimientos.

La Polonia reconstituída independiente es, pues, la actualidad geográfica del mapa de Europa y hoy la rodea la curiosidad y la espectativa internacional por su defensa contra los bolsheviques de las estepas rusas, nuevo infortunio y nueva misión de prueba para el patriotismo de sus hombres.

Ante la invasión bolshevique en Polonia, cabe preguntarse, ¿vuelve a desaparecer la Polonia o ella detendrá a esos pueblos que con sus escenas de rapiña, de pillaje y de sangre causan el espanto en el mundo?

La oportunidad de estos acontecimientos, motiva la relación histórica-geográfica que sobre Polonia ofrecemos a nuestros lectores, a modo de comentario del mapa que publicamos.

El origen de Polonia está en las incursiones de las tribus eslavas, de raza escítica, durante los primeros siglos de la edad media que eligieron como puntos de su establecimiento en el continente los territorios comprendidos entre el Báltico, el Danubio y el Volga, formando multitud de agrupaciones étnicas y políticas indpendientes, que, en el transcurso de los siglos, consiguieron afirmarse en el suelo y que por la natural evolución de sus factores sociales y económicos alcanzaron a constituírse como Estados. Tal es la aparición de Polonia junto con Bohemia, Rusia, Servia y Esclavonia al caer el Gran Imperio Romano.

Después de un largo período de oscurantismo viene Polonia a consolidarse y a adquirir esplendor en los siglos XIV, XV, XVI y primera mitad del XVII durante la dinastía de los Jagellones y en el reinado Uladislao II. Extiende sus dominios de N. a S., llega al Báltico, pasa sus fronteras al E. del Vístula y obtiene la unión voluntaria del gran ducado de Lithuania. Consigue Polonia ser la nación más importante del N. de Europa, comprendiendo sus territorios una considerable extensión marcada al N. O. por el Báltico, al N. por el curso del Duna, al O. por el Oder, al E. por Dnieper y al S. por los Cárpatos. La Polonia engrandecida encerraba los países de Curlandia, Lithuania, Volhynia, Ukrania polaca, Galitzia, Polonia menor, Polonia mayor y Prusia polaca.

En aquellas épocas de intensa inquietud, de invasiones y conquistas, de ardientes luchas de los pueblos por la afirmación de sus nacionalidades, Polonia orientó su poderío al servicio de sus propios intereses, al respeto de los ajenos y se impuso la

LATVIA
LITHUANIA
POLAND
RUSSIA
UKRAINE
GERMANY
CZECHO-SLOVAKIA
RUMANIA
BALTIC SEA
WINDAU
LIBAU
MEMEL
RIGA
MITAU
DVINSK
POLOTSK
VITEBSK
SMOLENSK
TILSIT
KONIGSBERG
DANZIG
ELBING
KOVNO
VILNA
ORSZA
MOHILEV
MINSK
GRODNO
LIDA
NOVOGRODEK
ALLENSTEIN
LOMZA
BROMBERG
THORN
POSEN
WARSAW
SIEDLCE
BREST-LITOVSK
PINSK
BOBRUISK
GOMEL
CHERNIGOV
KALISZ
BRESLAU
PIOTRKOW
RADOM
LUBLIN
KOWEL
KIELCE
OPPELN
CRACOW
ROWNO
ZHITOMIRZ
BERDEZEV
CHERKASY
PRZEMYSL
LEMBERG
TARNOPOL
STRYI
STANISLAVOV
VINITZA
UMAN
KAMINIETZ PODOLSK
CZERNOWITZ
BALTA
EASTERN BOUNDARY OF POLAND AS PROPOSED BY PEACE CONFERENCE
BOUNDARIES OF POLAND ESTABLISHED BY PEACE CONFERENCE
POLISH - GERMAN PLEBISCITE AREAS
POLISH - CZECHO-SLOVAKIA
PROVISORY BOUNDARY BETWEEN LITHUANIA AND POLAND
POLISH BOUNDARY BEFORE PARTITION OF 1772
POLISH - BOLSHEVIST BATTLE LINE JUNE 1920

misión histórica de servir de muralla al Continente ante las incursiones de los pueblos del E. y de ganarlos y reducirlos para la civilización europea. Pero, rodeada por naciones cuya única misión ha sido la conquista para obtener recursos y engrandecimiento, forzosamente su estabilidad y conservación tuvo que ser precaria. Sus frecuentes luchas con Rusia, a quien tuvo que ceder en 1686 sus dominios de la orilla izquierda del Dnieper, y luego sus continuas divisiones sociales que culminaban en grandes agitaciones, acabaron por debilitarla y ofrecer la ocasión de que se realizara su desmembramiento y reparto entre Prusia, Rusia y Austria.

Con el único argumento y razón, injustificables desde luego, de que los pueblos de Polonia se encontraban anarquizados y en desgobierno, los tres imperios procedieron a borrarla del mapa repartiéndose sus territorios en tres ocasiones; la primera en el año de 1772, le segunda en 1793 y la definitiva en 1795.

En el reparto de 1772 tocóle a Austria el territorio de la orilla derecha del Vístula hasta el punto de Sandomir y la confluencia del San, los países de Volinia y de Podolia hasta el Dniester; a Prusia, las tierras del río Netza hasta el Vístula setentrional y la Pomerelia; y a Rusia la Livonia, los territorios del Dwina meridional con el palatinado de Polatzk y los palatinados de Witepsk, Mischislaf y Minsk. Congregada la atención de las potencias europeas en la revolución francesa, ninguna pudo intervenir para impedir la desmembración de Polonia, de lo que aprovecharon los tres imperios, para efectuar un segundo reparto en el año de 1793; en el cual obtuvo Austria una parte de la Mazovia y de la Galitzia; Prusia, la mayor parte de la Gran Polonia y la ciudad de Chenstecova; y Rusia, la mitad de la Lithuania.

Finalmente, con el reparto de 1795 acaban con la independencia de Polonia; Rusia tomó el resto de la Lithuania y se anexó la Curlandia; Prusia, parte de los palatinados de Mazovia y de la Padloquia; y Austria, el resto de la Galitzia y los palatinados de Cracovia y de Lublín.

El tratado de paz de 1919 restituye a Polonia con sus extensos y llanos territorios de la Gran Polonia, de Silesia septentrional, de Galitzia, de Posen, de una parte de la Prusia oriental en la izquierda del Vístula y de Mazovia. Hacia el NE. se ha reducido por la reconstitución independiente de Lithuania. El tra-

tado de paz ha dispuesto que el circuito de Allenstein y los pueblos situados entre las fronteras de Polonia de la Prusia oriental acuerden plebiscitariamente su futura nacionalidad; tal disposición es teniendo en cuenta la intensa germanización que efectuó el ex-imperio de los Hohenzollern, en esos pueblos de origen eslavo, que dominó por más de un siglo. Las mismas razones han impuesto para que la zona marítima de Dantzig se constituya como libre pero con franquicias de salida hacia el Mar Báltico para Polonia. Otros pueblos, comprendidos en los territorios de las Silesias, deben también por voto plebiscitario acordar su incorporación a Polonia o a Alemania o a la Checo-Eslavia.

La Polonia de 1920 queda limitada: al N. por la Prusia oriental; al E. por la Rusia y la Ukrania; al NE. por la Lithuania; al S. por la Checo-Eslavia y Hungría; y al O. por la Alemania.

La Polonia es un país de grandes circunstancias geográficas. Tierras llanas, provistas de una extensa red hidrográfica, cuya arteria principal es el Vístula. Clima húmedo y frío. Suelo propicio para la agricultura; ricas minas de hierro, cobre, plomo, hulla y salgema. Industrias establecidas, manufacturas de tejidos de algodón. Amplio y comprensivo medio social; pueblo de gran tradición y con arraigado espíritu de nacionalidad; encauzado en las corrientes de la cultura científica y artística. Al frente de estos valores y en libre disposición de ellos como país y como estado organizado políticamente libre, concurrirá en el futuro a la continuidad del progreso humano.

La invasión bolshevique que hoy sufre no puede hacer época, sea porque se agote a sí misma o porque el mundo civilizado acuda a combatirla. Y entonces Polonia, libre de peligros, será colmena de trabajo, de producción material y científica. Volverá la vida, la actividad a sus grandes ciudades de Varsovia, Gracovia, Lublín, Lodz, Chestocova, Posen, Lemberg, Grodno y Torn, y ofrecerán al visitante el espectáculo de un pueblo que con entusiasmo y ardor patriótico cura sus heridas, olvida sus infortunios y prepara otras eras de progreso y de engrandecimiento.

Y en ese esperado resurgimiento moral, dará, de su raza y de sus hombres, otro Copérnico, otro Chopin, otro Sienkiewicz, Paderewsky y Mickievicz, para la supervivencia de las ciencias, de las artes y de la poesía.

LUIS BERNALES.

Notas Varias

LA REVISTA CHILENA.—

En el número de esta revista, correspondiente al mes de Julio último, se ha reproducido el artículo que José de la Riva Agüero escribiera para "Mercurio Peruano", comentando la muerte de don Ricardo Palma.

Hay que agradecer la gentileza de los señores redactores de esa revista, y felicitarlos por el acierto con que han escogido tal artículo. Pero, como era natural, tratándose de chilenos, la redacción de la *Revista* desliza un comentario, una pequeña nota al estudio de Riva Agüero, con el objeto de herirnos y disculpar algo que jamás podrán disculpar ni disimular siquiera: sus crueldades en la guerra del 79. No se trata ya de los *repases* con que acabaron de manchar todas sus victorias, harto manchadas ya con el pecado original que significó el motivo de la guerra. Se trata de algo tan ignominioso, tan cínico, que provoca a náuseas ocuparse de ello.

No voy a defender a Riva Agüero, cuya personalidad está muy por encima de cualquiercomentario de tal jaez. Además de que la pretendida y mañosa rectificación no ataca en lo menor el prestigio de Riva Agüero ni el valor ni la veracidad de sus aseveraciones. Pero, se trata de algo que subleva, de algo que no puede quedar impune. La *Revista Chilena* dice que el incendio de Miraflores fué provocado por nosotros mismos, por nuestras imprudencias, porque quisimos resistir hasta lo último, porque fuimos heroicos e indomables..... Nos alaba para, en seguida, calumniarnos.

La sonrisa asoma a los labios cuando se lee tales imposturas. ¿Que incendiaron Miraflores porque les provocamos? Y ¿Chorrillos? ¿También lo incendiaron por nuestras provocaciones? Cinismo tal asombra. Nosotros no provocamos a nadie. Lima entera hubiera sucumbido, habría sido destruída si no es por la intervención de ingleses y franceses. Allí está la memoria de Du Petit Thouars para confundir a los que con tánto desparpajo pretenden desvirtuar lo que dice la historia.

Después de la batalla de San Juan, tuvimos la desgracia de desorganizarnos. En Miraflores hicimos nuestro último reducto. Allí hicimos nuestro último esfuerzo. Cara les costó la victoria. La peleamos como pudimos, pero la peleamos bien. Nos derrotaron, y entonces no pensamos en resistir en Miraflores. Se pensó en resistir, sí, pero en la sierra.

el desaliento era muy grande. Segundo, que conocíamos demasiado la ferocidad y el salvajismo de las hordas de "rotos", y el sacrificio hubiera sido inútil y el resultado siempre el mismo.

Resulta honroso para nosotros que un escritor chileno nos obsequie, así, con un espíritu de sacrificio tan grande y con una imprudencia tan heroica. Pero no aceptamos el elogio.

Dentro de pocos años, cuando según la memoria chilena, tan frágil al parecer, ya se haya olvidado un tanto los abusos y tropelías que se cometen diariamente en las cautivas, entonces ya vendrá un escritor chileno a decir que se expulsó a los peruanos de Tacna y Arica, porque ellos provocaban a los ciudadanos chilenos y los atacaban por las calles y los befaban públicamente. Y no falta, por cierto, chileno que diga que la guerra fué nuestra obra, y la derrota un castigo divino. A este fin han de ir a parar las aseveraciones de los publicistas de Arauco.

Después de todo, siquiera son consecuentes con su procedimiento de siempre: alimentar perfidias y esparcir mentiras por el continente. En esto no se les puede negar constancia y tesón.

L. A. S.

HORACE TRAUBEL.—

Luis Baralt (hijo), un espíritu eminentemente simpático y moderno, es el que me trae ahora la palabra viva. Ha puesto en mis manos, recordándome alguna conversación anterior, los "Chants Communal" de Horace Traubel. De este escritor yanqui, cuya vivacidad de pensamiento y de estilo es realmnte prodigiosa, se dice en Norte América cosas muy honrosas. Su libro *"Optimos"* es considerado como "the greatest book from America since Whitman's *Leaves of Grass*"..

Se siente al leerle—gracias, amigo Baralt—una sensación saludable y feliz de vigor, de entusiasmo y de fe. ¡Qué lejos está el optimismo afirmativo y generoso de este hombre reformador, de la manera claudicante, capciosa, doméstica, anfibológica y afectada de los Marden! No. Este es de la raza de Emerson; de la gran estirpe yanqui de los Thoreau, los Lowell, los Tuckermann, los Longfellow, los James y los Whitman. Lo he leído una mañana bajo el sol de nuestro agosto, anunciador de los días vernales. Y sus vibrantes cláusulas de una energía clara y contundente, plena de juventud, han sido como nuevos elementos de la alegría del mundo en la hora fugaz. Su voz es la voz de la esperanza misma. Más nó de una esperanza que se dilata engañándonos y que viene irreparablemente a morir en desengaño. No. Es la voz de la esperanza que se realiza, la voz de la esperanza que no miente jamás, la voz de la esperanza viril, nó sensiblera. La voz de una esperanza para lo cual nunca es tarde ni temprano. Su concepto social y humano de la fe no es menos vivaz. "Faith—dice—does not need the far off. Does not fear the beyond. It needs to days job. It will meet every to morrow that becomes to day finds itself the chosen day of faith".

Y une a su fuerza original y novísima su eficaz manera de presentar los tópicos de que trata; tópicos, por otro lado, escogidos con un admi-

rable sentido de la realidad. Sus ideas palpitan como vivos corazones, en sus breves parágrafos. Sus frases son como otras tantas banderas tremolantes. Da sensación de grandeza, sin caer en la grandilocuencia. Y su prosa es bella, armónica, habiendo descartado en absoluto la retórica. No conozco en español nada comparable a este estilo de cristal de roca. Baroja acaso se acerque un poco a su espontánea vivacidad, a su sinceridad rotunda. Escrito esto, he recordado al malogrado Prudencio Iglesias Hermida, inventor de un estilo de lo más imprudente y valeroso, aunque estrambótico. En nuestra América ese efectivo valor literario, perdido para la cultura seria por sus extravagancias, que es Vargas Vila se asemeja un poco al recio prosador de Yanquilandia y, precisamente, más en su libro titulado *"El Yankee, he ahí el enemigo"*. Pero no es por cierto a esta laya de hombres del Norte, rebeldes y libérrimos, delicados y líricos, en su vigoroso temperamento de hombres de pensamiento y de acción, a los que se refiere el colombiano. Traubel fraternizaría con éste, rectificaría sus frecuentísimos rasgos de mal gusto y le haría olvidar sus neurosis.

Mas de Traubel, amigo íntimo y leal discípulo del gran Whitman nos hemos de ocupar con mayor detenimiento, pues a eso invita, en nuestros días de temerarias audacias y de increíbles hipocresías, el encendido verbo de este idealista revolucionario.

E. .E.

JORGE PRADO.—IDEALES DEMOCRATICOS.—EMP. TIP. UNION.—LIMA, 1920.—

Ha coleccionado el doctor Jorge Prado en este interesante volumen sus artículos y discursos relacionados con la campaña política desarrollada en Lima, en 1917, con motivo de la provisión de dos representaciones vacantes en la Cámara de Diputados.

Todos los entusiasmos de la lucha, el fervor de los ideales políticos, la vibrante agitación del momento, palpitan en las cálidas páginas de este libro, donde ya se esbozan una firme orientación política y una doctrina institucional, sanamente inspirada en el anhelo de un futuro resurgimiento de la patria. "Página fervorosa, dice el mismo autor, arrancada a la crónica de mi lucha en los sufragios, se propone reproducir cuanto dejé entonces en momentos de entusiasmo y de batalla ciudadana. El expresa anhelos que deseo salvar del vendabal de los tiempos, y servirán de estímulo a mi propio espíritu para perseverar en ellos a través de nuestra oscilante vida política".

El libro que nos ocupa, por la elevación y nobleza de las ideas, por los saludables principios que sostiene, por la elegancia y brillantez de la forma, confirmará, seguramente, el prestigio intelectual de que justamente goza el autor.

A. U.

D. TORIBIO RODRIGUEZ DE MENDOZA.—CONFERENCIA DEL CONVERSATORIO UNIVERSITARIO POR JORGE GUILLERMO LEGUIA.

"No siento la Historia como museo, sino como ciudad: una ciudad en la cual penetramos nosotros, gritando en sus comicios y en sus foros, sintiéndonos compatricios y coetáneos de sus banderías" ha escrito admirablemente Gabriel Alomar en un libro último.

Eso es lo que ha sido hasta ahora nuestra historia: museo, archivo de papelotes viejos, panteón de lápidas mudas. Nuestros historiadores, pacientes eruditos, benedictinos laicos. Se limitaron a la narración estéril y fría, a la árida catalogación de hechos, pero no pusieron en ellas alma ni pasión, nada que vibrara o hiciera vibrar. Así Paz Soldán, la más seria documentada fuente para la historia de la independencia peruana, y Mendiburu, el metódico ordenador en las anaqueles alfabéticos de su diccionario de los más copiosos datos sobre nuestra vasta historia colonial. Pero en ninguno de ellos la chispa de entusiasmo, el trozo de obra vivido, la compenetración con una época o una individualidad histórica, el grito desacorde de una pasión, que rompa la uniformidad del juicio mediocre e imparcial.

Esto, en cambio, es decir un fervor constante, un contínuo e insatisfecho anhelo de revivir las horas antiguas en toda su intensidad emotiva, y devolver a las grandes figuras muertas su colorido peculiar y humano, esto es lo que alienta a la generación nueva y se expresa en las conferencias del Conversatorio Universitario.

La última—girando siempre todas las conferencias sobre la época de la revolución (1800-1825)—ha sido sustentada por Jorge Guillermo Leguía, quien mejor que nadie representa la tendencia aludida. En continuos entusiastas artículos, Jorge Guillermo Leguía ha afirmado su devoción fervorosa por la historia nacional. Devoción y fervor heredados que reproducen el fogoso romanticismo del historiador de la bélica ciudad, "hija de volcanes y madre de revoluciones".

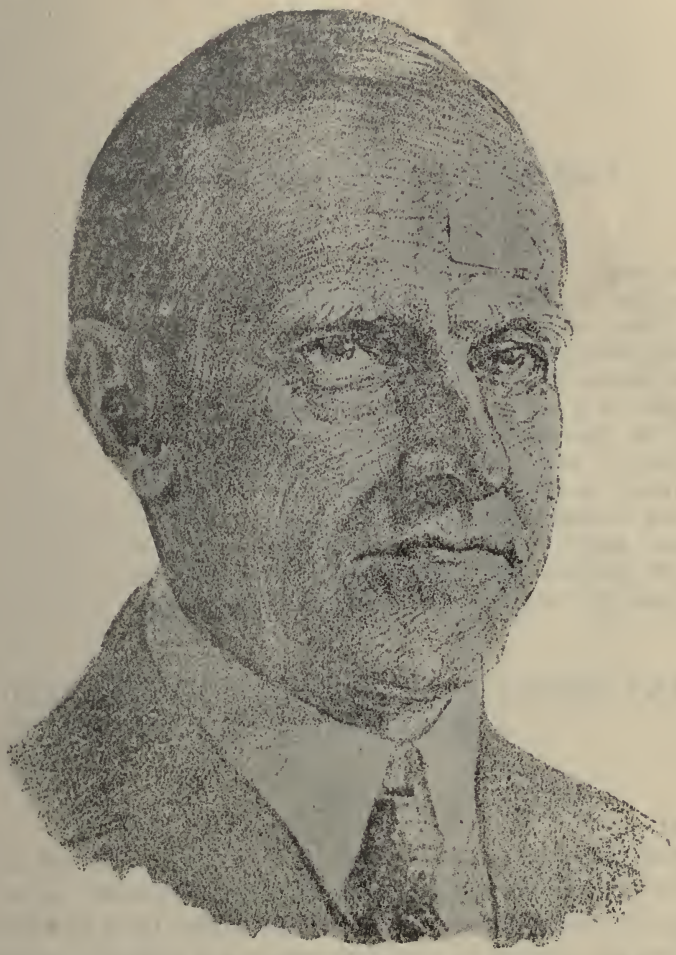
Se ocupó Jorge Guillermo Leguía de la personalidad de Toribio Rodríguez de Mendoza, a la que tiene consagrados desde hace tiempo cariño y admiración singulares. Ya D. José Toribio Polo había coleccionado en 1864 en un opúsculo publicado en *El Tiempo,* la mayoría de las noticias existentes sobre el invicto Rector carolino, pero Leguía ha prestado a los datos escuetos del erudito todo el calor y la simpatía de su espíritu vibrátil. A la simple biografía convencional, biografía de registro civil, ha agregado Jorge Guillermo Leguía el vigoroso retrato de la época cuyo oscurantismo había de redimir el maestro enérgico, la evocación pintoresca de los claustros y de las horas de estudio del oculto lector de los autores del *Index,* la compleja evolución mental del discípulo de la *Summa Teologica* que olvidaba el latín de su breviario, embebido en el francés de la Enciclopedia, la imperiosa figura del influyente padre Cisneros destacándose sobre el fondo oscuro de su Biblioteca, vanamente husmeada por los sabuesos de la Inquisición, la invencible constancia del maestro y el júbilo final de su vida, en aquel día de recompensa, en que rodeado de sus discípulos preferidos ve de cerca, hecha raelidad, la más lejana ambición de su espíritu.

Todo esto en el estilo cálido, vibrante y sugestivo, propio para las evocaciones, que caracteriza la pluma de Jorge Guillermo Leguía.

R. P. B.

SENADOR WARREN HARDING

CANDIDATO REPUBLICANO A LA PRESIDENCIA DE LOS EE. UU.



Mr. CALVIN COOLIDGE

GOBERNADOR DE MASSACHUSETTS
CANDIDATO REPUBLICANO A LA VICE PRESIDENCIA DE LA UNION.

Crónicas de Norteamérica

Continuamos publicando en este número las interesantes correspondencias que sobre los más notables aspectos de la realidad estadunidense nos envía nuestro Director, el Dr. D. Víctor Andrés Belaúnde, quien, como se sabe, se encuentra en la Gran República del Norte en comisión de propaganda cultural y de acercamiento panamericano de nuestra Universidad. El Dr. Belaúnde empezará a dar, apenas se abran los cursos universitarios norteamericanos, conferencias sobre nuestra vida nacional, con sujeción al programa que se publicó en los periódicos de Lima; y, al mismo tiempo, remitirá a esta revista artículos informativos de la vida yanqui, con el interés que él sabe poner en cuanto trata.

LA DESIGNACION DEL SENADOR HARDING PARA LA PRESIDENCIA DE LA REPUBLICA.

Junio 13.

La convención del partido republicano ha resuelto, después de una lucha prolongada entre los diversos grupos, el problema de la candidatura presidencial eligiendo al senador Nanen Harding, en la décima votación. Ha triunfado, como se preveía, un caballo oscuro. Desde las primeras votaciones se vió que los candidatos más poderosos: el general Wood y el gobernador Lowden tenían sus fuerzas equilibradas. Johnson quedó descontado; a pesar de lo cual se esforzó en mantener su nombre en juego hasta las últimas votaciones. La mayoría de la vieja guardia del partido, prestó su apoyo a Lowden prefiriéndolo a Wood, que no es una personalidad manejable; no obstante este apoyo, la candidatura del gobernador por Illinois no alcanzó más votos que su contendor. Fué necesario entonces buscar el *tertius gaudens* de la fábula. Se afirma que si

Johnson hubiera propuesto en las reuniones del comité desde el primer momento el nombre de Knox, éste hubiera sido designado. Más aceptable es, sin embargo, la versión según la cual, los verdaderos leaders del partido—la argolla diríamos en el lenguaje criollo—fracasado el candidato de sus preferencias, tenían que decidirse por una personalidad que no ofreciera resistencias en los diversos grupos y que no se destacara con caracteres muy definidos. En efecto, el senador Harding es una figura política como Mac Kinley; altamente estimable, de una gran lealtad a su partido, buen orador y dotado de gran don de gentes y de la facultad de evitar resistencias y crearse enemistades. Tiene fama de ser el senador más buen mozo y afirma su mujer que nadie se puede resistir a su sonrisa. Es más que un espíritu fuerte: una personalidad distinguida. Alguien decía: un Sadi-Carnot. La semejanza de los casos podría ser extremada; porque parece que el violento, tenaz y elocuente Lodge ha jugado el mismo papel de Clémenceau en la elección del presidente francés.

El "New York Times" cree que después de una plataforma que ha producido desagrado, la elección de Harding será recibida con asombro y desmayo por los votantes del partido republicano. Y llama a Harding "un político de segunda clase de Ohio." La carrera política del flamante candidato que el mismo diario recuerda, no permite aceptar esa despectiva afirmación. Aunque la vida pública de Harding no está señalada por ningún hecho extraordinario, la verdad es que hacía tiempo venía jugando un papel importante en su partido y en el senado. Figuró como candidato posible a la presidencia en 916, y el estado de Ohio, que es uno de los que da más votos, exhibió desde el primer momento su candidatura a la presidencia para el período próximo. Debe recordarse también que ganó la elección de senador por ese Estado por una gran mayoría.

Harding ha sido periodista, desde cajista y agente de anuncios hasta editor y dueño del mejor periódico de su condado. Fué en su juventud un partidario ferviente de Blaine; y fiel a su credo republicano, ganó etapa por etapa los puestos políticos hasta llegar a Senador. En este cargo sostuvo rigurosamente todas las medidas del gobierno de Wilson durante la guerra; pero luego de firmada la paz, siguiendo la política de Lodge, votó las reservas propuestas por este formidable enemigo del tratado y del presidente Wilson.

Es evidente que la candidatura Harding será sostenida con todo vigor por el partido que la ha proclamado y para el cual es

cuestión esencial ganar la futura campaña; pero no es menos cierto que faltará a esa candidatura el calor popular que hubieran tenido las de Wood o de Hoover.

Así se presenta a los observadores de la política esta cuestión interesante.

¿Han mejorado la situación del partido republicano en la futura campaña, su plataforma, ambigua u hostil a la Liga de las Naciones y esta candidatura, distinguida y simpática pero sin ambiente popular?

Algunos creen que el partido demócrata debe estar contento. La convención de S. Francisco, podría exhibir un programa, sin compromisos políticos, más en conformidad con el sentir del pueblo americano y designar una personalidad de mayor influencia en la masa de sufragantes ¿Lo hará así?—He ahí el problema—Los cuerpos políticos pocas veces son dirijidos por puntos de vista elevados; predominan en ellos las pasiones y los intereses del momento.

La Liga de las Naciones es hoy la piedra de toque; y a medida que el tiempo pasa se ve claro que la gran institución ideada por Wilson, a pesar de la actitud del Senado Americano, está viva como dice el "Atlantic Monthly" y funciona con gran regularidad y ha dejado sentir su influencia benéfica en la armonía diplomática y la reconstrucción económica de Europa. No frente a un sueño, *sino a una realidad*, los electores americanos tienen que decidir la política futura de su pueblo. O cooperación en el lugar más eminente o aislamiento: tal es el dilema fatal. Y como la gran masa no entiende de ambigüedades y entrelíneas, las fórmulas del programa republicano hechas para satisfacer a Johnson, no ofrecen una tabla muy segura para pasar el río de la elección y llegar a la Casa Blanca. Así, por lo menos, lo indicida a interesante caritacatura que reproducimos (Un paso peligroso). El gobernador de Massachussets, Calvino Coolidge designado para la vicepresidencia es un político más conocido que Harding. Todos reconocen en él excepcionales dotes de gobierno, como tuve oportunidad de recordarlo. Su inteligente y enérgica actitud en la formidable huelga de Boston, le dió relieve nacional y lo hizo conocer en toda a república. Su nombre viene a dar fuerza al *boleto* del partido republicano en la elección; y así se explica el enorme entusiasmo con que fué aclamado.

VICTOR ANDRES BELAUNDE

El americanismo en los nuevos poetas anglo e hispano-americanos

Mr. George Wallace Umphrey, notable profesor de la Universidad de Washington, que acaba de dar en la Facultad de Letras de nuestra Universidad de San Marcos, una brillante serie de conferencias, destinada a estrechar los vínculos intelectuales que unen a la Gran República del Norte con los países hispanoamericanos, ha querido honrar las páginas del Mercurio Peruano con el siguiente estudio, tan lleno de originales consideraciones sobre el americanismo en la poesía del Nuevo Continente.

Cierto poeta y crítico de Nueva York, no sin honor en su propio país aun cuando tenga la temeridad de hacer el papel de profeta, ha publicado últimamente un libro en que trata de las tendencias literarias de hoy día bajo el título de "Una Nueva Era en la Poesía Americana".

Si estamos o nó en el comienzo de una nueva era, es imposible afirmarlo o negarlo; se puede decir, sin embargo, que existe en la literatura contemporánea de los Estados Unidos un renacimiento maravilloso de poesía, no tanto porque se está produciendo una gran cantidad de poesía excelente cuanto por el nuevo espíritu que anima el trabajo de la mayoría de los nuevos poetas. A ellos se les puede aplicar el nombre que se da generalmente a los más vigorosos contemporáneos de Hispano-américa, *Los Nuevos*, nombre de alguna significación actual aunque no tenga gran valor permanente. La falta de uniformidad en sus ideas literarias contribuye a hacer difícil el analizar las muchas tendencias opuestas. A primera vista el lector no encuentra otra cosa sino confusión; pero el estudiante de literatura puede hallar fácilmente una nota distintiva, la cual sirve para hacer que todos los Nuevos Poetas se conozcan por una tendencia definida, esto es, el Americanismo

consciente que, por fin, puede significar una completa independencia literaria. El Americanismo es el elemento unificador que se encuentra en escritores muy diferentes en sus métodos y en su modo de ver la vida, tales como Robert Frost y Edwin Arlington Robinson de la Nueva Inglaterra, Louis Untermeyer y James Oppenheim de Nueva York, Carl Sandburg y Edgar Lee Masters de Chicago, Vachel Lindsay de Illinois, John Gould Fletcher de Arkansas.

La misma tendencia unificadora se percibe en los Nuevos de la América Española. Por diferentes que sean en sus ideales poéticos, el americanismo literario es un rasgo esencial de la poesía de José Santos Chocano, Guillermo Valencia, González Martínez y Leopoldo Lugones. Se puede preguntar ahora: ¿qué es el americanismo literario? ¿Significa lo mismo en Norte-América que en el Sur? ¿Qué significado posee para la literatura que se está produciendo en varias partes del Nuevo Mundo?

Antes de contestar a estas preguntas, permítase hacer otra. ¿Puede decirse verdaderamente que las diferentes Repúblicas Americanas poseen literatura nacional, o más bien es que la literatura que se produce en cualquiera de ellas es simplemente una extensión de la literatura de Inglaterra, España o Portugal? El crítico brasileño, José Verissimo, en su ensayo "O que falta a nossa literatura", expresó duda de que pudiera haber una litratura enteramente independiente sin un lenguaje enteramente independiente, y negó la existencia de una literatura austriaca, belga, suiza o brasileña. Bartolomé Mitre opinaba que no solamente ninguna de las Repúblicas hispanoamericanas poseía literatura, sino que la producción literaria de toda la América Española no constituía una literatura independiente de la de España: que, apesar de haberse escrito excelentes libros en la América Española y todos en la misma lengua, carecían de una coherencia lógica y de una evolución definida hacia un punto definitivo. Muchos críticos eminentes, como Luis Urbina por ejemplo, (La Vida literaria de Méjico; Madrid, 1917) han expresado muy diferentes opiniones. En vez de presentar éstas aquí, quiero llamar vuestra atención hacia una controversia semejante en los Estados Unidos.

A un lado están los críticos que nos aseguran que los Estados Unidos tiene, sin duda alguna, una literatura nacional, que por cierto no puede compararse con las grandes literaturas del mundo, pero sí que es una literatura enteramente nacional. Otros de igual autoridad se inclinan a considerar su literatura como literatura inglesa producida en América. El señor John Macy, en

su libro intitulado "El Espíritu de la Literatura Americana", dice que esta literatura es una rama de la inglesa, tan verdaderamente como lo son los libros ingleses escritos en Escocia o en el Africa del Sur. Otro crítico, llamado Bliss Perry, opina muy diferentemente. En su libro reciente, "El Espíritu Americano en la Literatura", intenta trazar el desarrollo del americanismo desde la primera publicación en 1608 del primer libro escrito en inglés en suelo americano, la "Verdadera Relación" del Capitán John Smith, hasta la última novela de Wlliam Dean Howells. "La Letra Escarlata" de Hawthorne, por ejemplo, es, dice él, notable en cualquier género de literatura que se la considere: mas el dejar de notar la peculiaridad local o el carácter provincial de esta maravillosa novela es no comprender el secreto de la inspiración. Ella podría haber sido escrita solamente por un natural de Nueva Inglaterra en la atmósfera de cierta época. Otros historiadores literarios creen que la literatura nacional empieza con la Guerra de la Indepencia. Según el profesor Tyler, el aislamiento colonial qu separaba las diferentes partes de la América inglesa antes del año 1765 se terminó en aquél, y desde entonces tenemos que tratar de la literatura de un pueblo, heterogéneo en verdad por sus rasgos personales, pero uno en sus ideas dominantes y en sus destinos nacionales. Para otros todavía el período nacional de la literatura no empieza hasta después de otro siglo. El profesor Pattee, en su "Historia de la Literatura Americana desde el año 1870", expresa la opinión de que nuestro primer período nacional, todo americano, autóctono data desde la conclusión de la Guerra Civil. "Fué entonces cuando nuestros escritores dejaron de imitar y buscaron en su propio suelo el material y la inspiración. La gran mayoría de los escritos de este período no pudo haberse producido en otra parte más que en los Estados Unidos".

Las dos opiniones extremas están probablemente a igual distancia del camino medio de la verdad. En primer lugar, la literatura de los Estados Unidos no es meramente literatura inglesa escrita en América, puesto que de seguro existe la revelación de un nuevo tipo nacional en los escritos de hombres tales como Franklin, Jefferson, Lincoln, Cooper, Hawthorne, Thoreau y Whitman. Por otra parte se puede decir con igual verdad que el carácter nacional se ha manifestado mucho más adecuadamente en la vida política, social y económica que en la literatura. Sin embargo, durante los últimos cincuenta años se ha producido bastante literatura en prosa para asegurar que existe una verdadera literatura nacional. Las novels de William Dean Howells,

los ensayos de Emerson, los escritos varios de Mark Twain, los estudios de la naturaleza de Thoreau y Burroughs, la "short story", novela corta, que en ninguna otra parte se ha desarrollado tanto como en los Estados Unidos: todo esto parece que daría un justo derecho a la independencia literaria. Tan sólo en la poesía y en el drama es donde se ha de notar más la imitación de la literatura inglesa. La importancia, pues, de las tendencias actuales de americanizar por completo la poesía es muy evidente; si sucede que esto llegue a tener el éxito de un hecho consumado, y si los ávidos esfuerzos de los nuevos dramaturgos alcanzan un éxito semejante, entonces se podrá decir que los Estados Unidos tiene una literatura nacional, y que esto deja de ser un asunto de polémica.

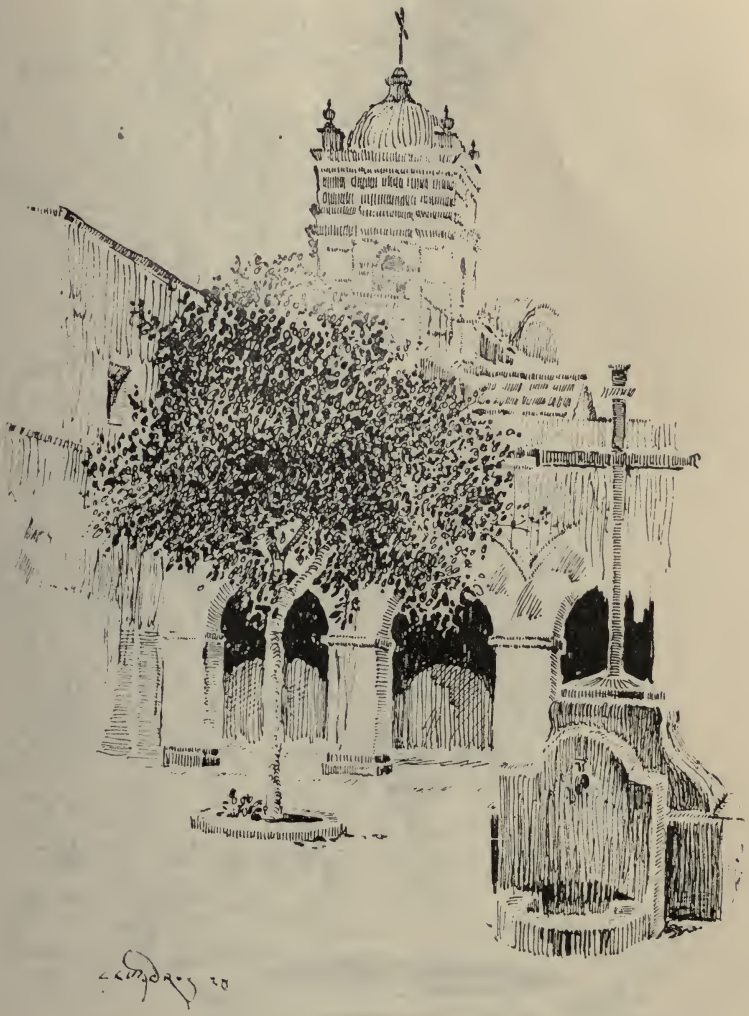
En lo que concierne a la América Española, el desarrollo del americanismo no significa que cada una de las repúblicas tenga una literatura nacional. Lejos de reforzar las barreras políticas que separan a los diversos países que recibieron la civilización de España, el americanismo ha de debilitarlas, "una orientación común a lo que vale más y es más duradero que la política: la vibración armónica, coherente y cultural, de los pueblos unidos por la misma identidad de sangre, por el habla y por la historia". Bien sé que el sentimiento nacional entre vosotros es poderoso; también sé que una de vuestras quejas, justa por cierto, en contra de los escritores de mi país es la inclinación de éstos de llamaros hispanoamericanos en vez de Argentinos. Chilenos y Peruanos. Os pido mil disculpas si he cometido alguna falta, pero en esto estoy siguiendo los pasos de vuestros propios críticos literarios. Vosotros tenéis vuestras aspiraciones nacionales tanto en la literatura como en la vida política y social; empero las aspiraciones de raza y los comunes ideales literarios son más importantes en lo que concierne a la poesía contemporánea. El americanismo es la propensión literaria a unir en una sola las literaturas de todas las repúblicas hispanoamericanas. Como dice Manuel Ugarte, (Las Nuevas Tendencias Literarias, p. 28), "no es un mosaico de tentativas locales, sino de un solo pensamiento, de una sola alma, de una sola literatura que sorprende por su unidad y su integridad de espíritu". Las distintivas de raza son más fuertes que las nacionales y geográficas. José Santos Chocano no es únicamente el poeta nacional del Perú sino el poeta de la América Española.

En los Estados Unidos hay igualmente diferencias esenciales entre los cuarenta y ocho estados de gobierno propio, los

cuales abarcan un vasto espacio de más de ocho millones de kilómetros cuadrados. Todos están bajo un gobierno federal, y no cabe duda que constituyen una sola nación unificada al tratarse de asuntos de importancia nacional. También es verdad que por motivos de historia, de geografía y de raza han resultado muchos tipos de caracteres distintos. El habitante de Nueva Inglaterra es tal vez tan diferente del habitante de California como lo es el chileno del argentino; pero al considerar la poesía contemporánea no existe contradicción ninguna en cuanto a su americanismo. Este es el lazo que los une en un esfuerzo común, sin que por eso les falte la libertad individual en sus ideas o aspiraciones literarias.

No hay duda que los poetas, anglo e hispanoamericanos, procuran obtener ávidamente la independencia literaria; esto salta a la vista de todo el que conoce sus poesías y los escritos de sus intérpretes, los críticos. El señor Manuel Ugarte, por ejemplo, poeta y crítico conocido en todas partes por su americanismo apostólico, puso en libro reciente, "Las Nuevas Tendencias Literarias", ideas que son sostenidas extensamente por los poetas y críticos hispanoamericanos, ideas que pueden deducirse de las citas siguientes:—"El entusiasmo y la audacia de las generaciones recientes han abierto las esclusas del pensamiento americano, y desde el Norte hasta el Sur, en los vastos territorios, que son cuna y escena de la renovación de una raza, surgen al fin una literatura y una intelectualidad que responden a los anhelos del gran conjunto en formación..... No hay razón para que la literatura siga siendo exótica, cuando tenemos territorios, costumbres y pensamientos que nos pertenecen.... Nuestro pequeño caudal de aguas tiene que buscar el lecho propio, en vez de sacrificarse y de fundirse en el de los grandes ríos; y las producciones nacidas dentro de las fronteras han de llevar un sello claro que las denuncie." Nótese bien esto: "han de llevar un sello claro que las denuncie"; lo cual quiere decir que no sólo han de buscarse los temas en la vida actual de América; los temas tratados han de ser presentados en forma patética compatible con el nuevo espíritu y las nuevas aspiraciones.

Semejantes ideas y semejantes aspiraciones se encuentran en todas partes en los escritos de los Nuevos Poetas angloamericanos y de sus intérpretes. Comparemos, por ejemplo, la declaración de independencia del poeta novelista James Oppenheim: "Si nuestra poesía va a progresar más allá del nivel de hoy día, yo creo que tal adelanto ha de ser el resultado de un alzamiento



Dibujo de C. Cuadros.

Dibujo de C. Cuadros.

más general en contra de lo que he llamado la tradición inglesa, o de Nueva Inglaterra. Antes de que nuestra literatura pueda verdaderamente relacionarse con la vida actual, debemos deshacernos de la influencia extranjera y hacernos, como americanos, propiamente poseedores de nuestro propio ser e intelectualidad..... La poesía que se está escribiendo hoy día ofrece la promesa de una literatura, la cual, si encontramos en ella nuestra propia experiencia, expresamos nuestra vida y nuestras emociones en la forma más natural de cada uno y escribimos lo que sentimos sin temor y sin reserva, será verdaderamente una expresión significativa de la vida americana. ("La Nueva Idea: Una Antología de opiniones concernientes al espíritu y a los designios de la América contemporánea). En el mismo libro se halla la opinión semejante de John Gould Fletcher que representa a otro grupo de poetas. El dice : "La América pide una literatura nacional....., está ocupada ahora en la operación de descubrirse... y la batalla de la nueva América se está peleando con más ferocidad en el campo de la poesía.... Debemos deshacernos de cualquiera adhesión dogmática a las literaturas extranjeras, sean ellas inglesa, francesa, alemana o rusa,—pero debemos estar preparados a usar cualquier idea que lleve a nuestro fin, exactamente y con el mismo espíritu con que los hombres que construyen los rascacielos de Nueva York emplean los elementos de estilo de la arquitectura extranjera con un objeto diferente". Del mismo modo, William Dean Howells, fallecido últimamente, ha dicho: "La literatura debe ser natural del suelo, afectada por cierto por la cultura de otros países y de otros tiempos, pero esencialmente del pueblo y del tiempo en el cual se produce".

El americanismo literario, la manifestación de características nacionales o de raza, depende, por su significación y vitalidad, de la estrechez del contacto con la vida actual, la habilidad de ver claramente las realidades y aspiraciones nacionales, el deseo de describir e interpretar esas realidades y aspiraciones, y la posesión de las facultades necesarias para su interpretación en poesía de verdad y hermosura perdurables. Esto tratan de hacer los nuevos poetas, y sus mejores esfuerzos se dirigen a la expresión e interpretación de la vida heterogénea y complicada de hoy día; en su poesía se hallan sus reacciones con respecto a la vida actual en todas sus faces, expresadas con honda seriedad y sinceridad absoluta. Como ha dicho recientemente James Oppenheim, "la poesía está haciendo una de sus vueltas periódicas a la tierruca; la poesía de la generación precedente, la

labor, por ejemplo, de Thomas Bailey Aldrich y Richard Watson Gilder, se alejó, en su refinamiento, tanto como era posible. Los poetas de ayer intentaron crear un arte remoto de la vida; hoy intentamos crear un arte que exprese nuestra propia experiencia de la vida propia. Y lo que hace esperar más en el renacimiento de nuestra poesía es el hecho de que ésta es, fundamentalmente, un renacimiento de la experiencia común." Este anhelo de los Nuevos Poetas de contacto inmediato con la vida ha dado un nuevo ímpetu a la reputación creciente del poeta más americano de la generación anterior, Walt Wihtman, el cual vió muy clara e intensamente las realidades de la vida, y dió expresión a sus ideas y sentimientos en vigorosos versos rítmicos, libertados de las convencionalidades y reglas tradicionales.

La gran extensión del campo de la poesía en los últimos años y la tendencia a describir e interpretar la vida con sinceridad absoluta han hecho necesario romper con muchas convencionalidades y tradiciones viejas en la prosodia y dicción poética. En una conferencia anterior llamé vuestra atención sobre el hecho de que en Hispanoamérica hace una década aceptaron para sí los Nuevos la libertad que habían ganado los Modernistas, en cuanto esta libertad no infringe ciertos principios esenciales del arte poético. Llamé vuestra atención, también, sobre el hecho de que la poesía de los Estados Unidos está ahora en medio de una revolución literaria, siendo el resultado que muchas ideas y teorías contrarias se ofrecen en artículos críticos y se ponen en obra en la poesía que está publicándose con tánta abundancia. La necesidad de más libertad personal en la prosodia y dicción poética se admite generalmente; el harmonizar esta libertad personal con los principios fundamentales de la poesía es tarea que aun no se ha llevado a cabo a causa de las muchas teorías contrarias. Algunos de los mejores poetas hn producido poesía excelente sin hacer uso de metro ni de rima, han logrado dar a su poesía sutiles ritmos orgánicos que hacen creer que, para ciertos géneros de poesía, bien pueden dispensárselos de la rima y del metro. Sin embargo, apesar de que los pocos tengan a veces prosaico y aun vulgar, la mayoría tienen éxito malísimo. El conflicto violento que se está trabando entre los adherentes a los dos extremos de prosodia y dicción acabará por un compromiso, una nueva libertad en las formas métricas y en el lenguaje de la poesía. Todos los recursos de la lengua se presentarán al poeta, sirviéndoe de guía su instinto poético; esta libertad en la dicción, y el camino medio entre las formas métricas conven-

cionales de una parte y el verso libre exagerado o prosa polifónica de la otra bastará a satisfacer las necesidades del americanismo.

El americanismo en la poesía se relaciona, naturalmente, con el de otros géneros de literatura. En la América Española desempeña un papel importante en el desenvolvimiento de la independencia literaria la *Literatura Criolla*. No hay tiempo ahora para entrar en una comparación de las tendencias de los Nuevos Poetas y las de los Criollistas; de paso, hay que notar una diferencia. El criollismo versa sobre costumbres locales, es regionalista en sus rasgos característicos. Como ha dicho el Sr. Leguizamón, (Páginas Argentinas, p. 133), "si hemos de crear alguna vez una literatura nacional, ella tendrá que empezar por ser netamente regional". Generalmente regionalista, la Literatura Criolla es, a lo más, nacional en sus miras, mientras que la Poesía Nueva tiende a deshacer las barreras nacionales de Hispanoamérica y a ensalzar las ideas comunes y los sentimientos de raza.

En los Estdos Unidos hay también una relación muy estrecha entre la poesía y la demás literatura contemporánea; de verdad, se puede decir que como nunca la prosa y la poesía se han acercado la una a la otra, en el contenido como en la forma. Ya hemos notado que los escritores de versos libres y de prosa polifónica, intentando descubrir una nueva forma poética entre la poesía convencional y la prosa, han producido demasiado a menudo mala prosa bajo el nombre de poesía; y aun los mejores nos ofrecen a veces versos libres que parecen diferenciarse muy poco de la prosa rítmica de un escritor tal como George Meredith. Ahora notemos el acercamiento más importante respecto al contenido.

El americanismo en la literatura de prosa no data solamente de hoy; tiene ya cuarenta o cincuenta años de desarrollo vigoroso y fácilmente puede estudiarse en la novela en prosa y en los estudios de la naturaleza de muchos escritores. La Nueva Poesía, en sus tendencias hacia la completa americanización, está aprovechándose del realismo de la ficción prosista. Robert Frost, en versos sueltos o rimados de una nueva flexibilidad y de un tono decisivamente familiar, analiza caracteres de un modo magistral y presenta a los hombres y mujeres de Nueva Inglaterra con tanto realismo como cualquier novelista. Vachel Lindsay nos presenta muchos tipos comunes de los Estados del Centro y del Sudoeste. Edwin Arlington Robinson, tipo del poeta intelectual, ofrece caracteres complejos con la precisión de un Henry James,

en poesía de arte acabado. Edgar Lee Masters, autor de la famosa Spoonn River Anthology, excede a todos los otros en sus análisis profundo del carácter humano y en la concisión de sus pinturas.

Un rasgo esencial de la literatura contemporánea, de la poesía como de la prosa, es la tendencia democrática. Hace muchos años que Walt Whitman, el gran poeta de la democracia, dió a luz poemas que, en conjunto, se pueden bien considerar como una epopeya fragmentaria, glorificando el "common, average man"; pero él era como una voz clamando en el desierto. Ahora al fin su labor se lleva adelante en los escritos de muchos que le aceptan como maestro. La mayoría de los Nuevos Poetas están buscando sus temas y su inspiración en la vida democrática de hoy día; y poseedores, como lo era Whitman, del espíritu fraternal, describen e interpretan, sincera y fielmente, la vida de la muchedumbre democrática. El "common average man" es el tema de sus poesías; el "common average man" es igualmente el tema de la mayor parte de la literatura prosista que llena los libros y magazines que salen con tanta abundancia de las imprentas para responder a la demanda de millones de lectores.

A esta clase popular pertenece la mayor parte de la literatura que se produce en los Estdaos Unidos. Dirigida a inteligencias no muy cultivadas, está muy lejos de ser una literatura sobresaliente; y los críticos de tendencias aristocráticas hallan en ella fundamento a su opinión de que la literatura de aquel país no puede menos de ser mediocre sin esperanza. Otros, más optimistas, la consideran como el fundamento sólido para una gran literatura democrática. Un crítico conservador, por ejemplo, el profesor Cany de la Universidad Yale, en una conferencia reciente, (The America of Today, Cambridge, 1919), expresó la opinión de que la esperanza literaria de los Estados Unidos descansa sobre "el nivel lentamente progresivo de esta vasta literatura para el vulgo que quiere dejar de ser vulgar".

La mayor parte de la Nueva Poesía portenece a esta literatura burguesa, a la cual contribuyen veintenas, y tal vez centenares, de poetas. Algunos pocos, Frost, Masters, Untermeyer, Lindsay, Sandburg, Robinson, interpretando la vida tanto como describiéndola, sobresalen entre sus colegas y señalan el camino de una gran literatura democrática. El gran poeta, para cuya venida ha de servir de preparación el presente renacimiento poético, hallará en el americanismo de éstos y en sus ideales democráticos las fuentes de su inspiración.

He tratado de deciros lo que significa el americanismo; no menos importante sería decir lo que no significa, pero no abusaré más de vuestra paciencia. El gran peligro para el americanismo es el provincialismo, en el que caerán sin duda los hombres de cortos alcances que hacen del americanismo un fetiche; no es un peligro para los de grandes miras, quienes, al mismo tiempo que mantienen su independencia, aceptan de buena voluntad todo lo que pueden ofrecerles otras literaturas. Así como el individuo puede sostener su personalidad individualista y ser al mismo tiempo un elemento esencial de la vida socia, de la misma manera la literatura de una nación puede tener su propia individualidad y seguir siendo una parte esencial de la literatura mundial. Como lo expresa Bliss Perry en el último párrafo de su libre reciente, "The American Spirit in Literature", "a literatura del nuevo mundo tendrá necesariamente su acento propio, pero querrá hablar la lengua madre de la civilización, tener parte en su cultura, aceptar su disciplina".

Lima, 1920.

GEORGE W. UMPHREY
University of Washington.

El sueño de Alonso Quijano

UN GRAN LIBRO DE HORACIO MALDONADO

La actividad literaria de los tiempos presentes, tiene, o debe tener, entre otras, una prosecución fundamentalmente humanista. Los grandes héroes de la historia o los personajes fabulosos de la leyenda o las figuras peregrinas de la fantasía artística, que encarnan siempre virtualidades humanas, y que de otro modo no cautivarían el interés y la sensibilidad de los hombres, deben ser reinterpretados en todas las épocas, poniendo los escritores y poetas todo su talento de creadores y toda su facultad de sugerentes en vitalizarlos con un divino soplo de lozanía actual: ahí, precisamente, está, a mi modo de ver, la gran función directriz y de elevación congruente que de ellos reclama legítimamente el alma de las gentes necesitadas de luz y de progreso: esa es la docencia magna, de que he hablado en otra ocasión, que no se prosigue ni en el colegio, ni en la universidad, pues desborda lo institucionalizado, la cultura organizada estáticamente, ya que es revelación que incesantemente se genera, espiritualidad nueva y constructiva, para la cual sería plano muy bajo, muy pedestre, lo que hoy constituye "la instrucción pública", expresión que por sí sola despierta la idea de adocenamiento, rutina y mengua.

Existe en la literatura castellana una figura de estupendo significado humano, de una riqueza de motivos verdaderamene inexhausta, *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*, cuya presentación original constituye una de las joyas más valiosas del espíritu humano. Sin embargo de lo cual, el genial libro está muy lejos de ser lo que debiera en la conciencia humana y en especial de los hombres del habla castellana; no juega en el corazón contemporáneo, ni en la cultura estética y moral de los refinados el papel que debería; carece de actualidad ínti-

ma, de dinamicidad subjetiva para la vida espiritual del gran número, es algo así como un hermoso guiñapo, cuando no un juguete caduco. El Quijote se ha fosilizado en el criterio de nuestros congéneres, o, mejor dicho, este criterio se ha fosilizado con respecto al Quijote. Menester es revitalizarlo, *sigloveintilizarlo,* si se me permite el barbarismo, para que así podamos asimilar de él todo lo mucho que necesita nuestra generación de quijotismo saludable. Goethe afirmó que cada edad debe buscar su propia y genuina interpretación de Hamlet; así podemos decir de Don Quijote. De Cervantes y de su obra no es osado pensar lo que el poeta germano pensó de Shakespeare: *"Shakespeare wie das Universum, das er darstellt, immer neue Seiten biete und am Ende doch unerfoschich bleibe".* Preocúpense los grandes cervantistas más de hacer vivir un Quijote de *aquí* y de *ahora,* con todo brillo y magnificencia, que de gastar sus energías en conjeturas, cuestionables y acaso ridículas tareas arqueológicas.

Revalidar los múltiples y asaz vitales aspectos de la creación eximia del ínclito antropognosta de Alcalá de Henares, constituye toda una apremiante necesidad del momento presente, en que la humanidad entera corre graves peligros por falta de direcciones elevadas. En la actual crisis de los valores humanos apicales, en la que, con molicie de gentes que no conocen más embriaguez que la vil del hartazgo material, víctimas de anestesia y parálisis morales, se acaricia como ideal espejismo una humanidad con organización de factoría boyante, en que el practicismo llegue a mercantilizar hasta el espíritu, donde los supremos valores espirituales sean desterrados como producto patológico, por ser indemocráticos; en la actual crisis, digo, es cuando se impone a la *élite* intelectual la misión de plasmar e incorporar en el pensamiento y en la conducta generales el fermento de un sano y apropiado neohumanismo, reivindicador de los excelsos, invictos derechos del ideal, ¡que es lo único supremamente progenerador digno de medrar sobre la tierra, y lo más creador y noble que atesora el corazón del hombre!

Y no porque la prédica ha de hacerse en estas pavorosas condiciones de submoralidad colectiva, ella será infructuosa; nó; no hay que prescindir por pesimismo, aunque también el desdén lo quiera, pues la palabra es eficaz; tarde o temprano hace su efecto; ella es salvadora y destructora en grado sumo; puede ser un instrumento insustituíble de meliorismo; menester es, pues, emplearla para impugnar el vicio pandémico. Está escrito que un orden de palabras puede vencer en eficacia homicida, a una

fórmula química, pese a los sostenedores del materialismo histórico.

Y todo lo que vengo diciendo no es más que un simple prolegómeno para presentar un libro excelente, que acaba de publicar el conspicuo escritor uruguayo Horacio Maldonado, intitulado *El sueño de Alonso Quijano,* obra meritísima en todos sus aspectos, que seguramente centuplicará la solidez del prestigio de su autor, no obstante de que al presente está muy lejos de ser pequeña.

El doctor Maldonado, en vez de hacer un eco más del *Quijote,* ha preferido presentar, con feliz congruencia, un aspecto nuevo, un lado virgen del quijotismo (entiéndase este término en el debido noble sentido), una etapa hasta hoy anhistórica, por decirlo así, de la vida del Hidalgo Manchego, a saber: los momentos que precedieron a su salida, la víspera de su locura. Partiendo del legítimo supuesto de que así como la calidad del contenido de la locura de Don Quijote fué eximia, la de su vida de higidez mental, de cuando no era Don Quijote sino Alonso Quijano el Bueno, debió no ir en zaga a aquélla—partiendo de este supuesto, digo, el autor elabora su magnífica obra, cuyo mejor elogio es simplemente reproducir algunos pequeños trozos de los monólogos y diálogos oídos a Alonso Quijano, el ingenioso y cuerdo hidalgo, la noche o las noches que antecedieron a su salida; trozos que reproduciré sin seleccionar, pues, el contenido de toda la obra es excelente.

Después de haberse desengañado de Aldonza Lorenzo, y de haber plasmado sobre la base de la primera imagen de ésta una irreal Dulcinea, que compensara con lo sublime ideal lo vulgar positivo, se explicó de esta suerte: "¡Ah! ¡si algún día llega a hablarse de mis amores, dirán que esta Dulcinea no fué sino fruto de mi locura; mujer imaginada sólo por vanidad; fantasma de mi cerebro alucinado o servil imitación de todos los caballeros que se honraron con una dama real o fingida! Pero mentirá el que tal cosa diga. Dulcinea es una mujer tan real como todas esas de carne y hueso; como la misma Aldonza Lorenzo, retozando con un zagal. Real, porque mi espíritu la ve y la adora, y habla con ella, y siente sus arrullos de amor y sus palabras que dn aliento. Real, porque mi espíritu se transfigura recordándola o viéndola, y concibe las cosas más estupendas, y desea ver reinar en el mundo la justicia y el bien. No es mi amor, nó, el frívolo amor de los amantes que buscan solamente la dicha en la mujer amada; mi amor va más lejos: brota en Dulcinea, enciende en ella

sus luces más puras, y va luego a todos los hombres, a los humildes, a los menesterosos, a los afligidos; y pronuncia el nombre de Dulcinea cuando repara una injusticia, o cuando deshace un entuerto, o cuando consuela a un afligido. Ese es mi amor: desborde de mi alma entera; manto de piedad y de paz, de que ella se desprende para cobijar a todos los que sufren; luz ardentísima que quiere penetrar en todos los lugares, aún en los más humildes e ignorados, como el sol, que brilla para todos. Ese es mi amor: condensado en Dulcinea, mi Aldonza rectificada o idealizada, corre como agua pura y cristalina entre las asperezas de la vida. ¡Desgraciado historiador de mis acciones el que no dé a mi Dulcinea el verdadero valor que tiene! ¡Desgraciado historiador de mis hechos el que no vea en Dulcinea nada más que el símbolo del amor puro, platónico! Mi amor, extendido y purificado, es tan real como lo fuera en su nacimiento. En él se contienen mis ensueños, mis enormes aspiraciones, mis ansias, mis congojas, todo lo que ve, siente o toca mi alma en esta divina noche estrellada. Dulcinea es amor, abnegación, heroísmo, justicia, renovación del mundo, edad de oro, triunfo del espíritu sobre la materia; es todo lo que la humana criatura tiene de bien, de amor y de fraternidad en potencia; son los ensueños de mi alma, que después de haber vagado en torno de una mujer, han tomado de ésta lo más puro y se han condensado en una imagen radiosa, norte y guía de mi alma, Cuando yo venza o derribe al injusto, al malo, al prevaricador, al hipócrita, al ruin, al grosero, y los envíe a presentarse ante Dulcinea, no querré expresar con este envío el deseo de que el injusto, el malo, el prevaricador, el ruin y el grosero se conviertan en lo que deben ser, en la criatura noble, en el amigo y hermano de los demás hombres. Cuando yo pronuncie el nombre de Dulcinea, con los labios trémulos de amor, no ha de ser sino para recordar que, no por estar hecho de barro el hombre, debe él anegarse en las bajezas que en esta edad de hierro tánto dominan. El nombre de Ducinea en mis labios será siempre la protesta del espíritu contra la baja animalidad; la protesta de la justicia contra la injusticia; la del bien contra el mal; la de un mundo de orden contra un mundo de desórden; la de un mundo de dulzuras contra un mundo de violencias; la de un mundo de hermanos contra un mundo de enemigos; la de un mundo de hombres contra un mundo de lobos. ¡Sí, contra un mundo de lobos rabiosos como este en que yo vivo! ¡Lobos, sí, lobos!"

Este bello y vehemente alegato de los ideales de Quijano es de oportunidad brillante, hoy se piensa que las cuestiones de la vida deben resolverse conforme a las groseras necesidades del individuo, sin consultar más valores, y que la técnica del vivir debe corresponder a un "pragmatismo" inescrupuloso, enmascarando y respaldando, así, falsamente, la abyección con una actitud filosófica, que sólo puede ser espuriamente aplicada por los degenerados en lo moral; pues el sistematizador de tal criterio, estaba muy lejos de esto, William James, que poco tiempo antes de morir dijera: *"The real world is the world of Shakespeare and Plutarch"!* Y por cierto que ni el mundo de Shakespeare ni el de Plutarco enseñan que la conducta humana debe subordinarse sistemáticamente a los únicos imperativos del vientre. Lo que sigue es también ilustrativo de lo mismo:

"Bebió Quijano el agua que le trajo el mozo.—¿Sabes, muchacho, en qué me ha hecho pensar ahora tu agua? En aquel hombre divino que predicó en Palestina, cuando, sentado junto al pozo de Jacob, en un ardiente mediodía, pidió de beber a la Samaritana. El pidió el agua que sólo calma la sed por un rato, y en cambio ofrecía el agua que calma la sed para siempre, o sea, el agua de la verdad, de la sabiduría, del espíritu. Tú me has dado, muchacho, agua para beber, ¿y no es agua también, y de la más pura y cristalina, la que yo te doy con mis palabras de amor y de esperanza? Respóndeme, hijo mío: ¿no sientes en tu corazón, oyéndome hablar, algo así como una dulce frescura, cual si después de haber caminado tú mucho y sintiéndote con mucha sed, te hubieras sentado a la sombra de un árbol y al borde de un manantial?".....

Habla Alonso Quijano a Rocinante:—"Sí, Rocinante; al pobre corazón humano se le ha aprisionado demasiado con reglas, pragmáticas, conveniencias y cálculos, hasta reducirlo a mínima expresión. Ora es una doncella cuyo corazón late por un apuesto doncel y a quien sus padres o los parientes o el tutor obligan a casar con quien ella no gusta casarse. Ora es un mozo cuyo corazón le impulsa a recorrer el mundo para cooncerlo, y a quien se le retiene en la casa con mimos y cuidados que le importunan. Ora es un hombre altivo y valiente cuyo corazón no puede estarse quieto, y se asoma siempre a sus labios, y a quien se le odia por la franqueza que usa. Nos asusta el corazón, y por eso lo aprisionamos, y lo atamos con fuertes cadenas. Frío e interesado cálculo es esta vida que llevamos, y en la cual es el espíritu el que menos disfruta de las ganancias. La razón ha he-

cho al hombre egoísta. Ella le dice que no es conveniente despojarse de lo que se tiene para ayudar al que nada tiene; que no conviene, cuando se está cerca del fuego, acordarse de los que se mueren de frío; ni de los hambrientos cuando se está delante de una mesa bien servida. Pero el corazón habla de otra manera: el corazón une a los hombres, y deja algo del frío del desnudo en el que se abriga en tibias pieles; y algo del hambre del hambriento en el que se harta de gallipavos; y algo del dolor del triste en el dichoso; y algo del inquieto en el tranquilo; y así, uniéndolos a todos, parece decirnos que debemos ayudarnos mútuamente. En cambio, esta razón fría, creadora, es cierto, de grandes cosas, es invocada con frecuencia para justificar los atentados, las injusticias, las hipocresías..... Sabemos demasiado; pero no hemos aprendido todavía a hacer uso de la bondad. Aprendemos fácilmente a usar de la soberbia, de la envidia, de la cólera, de la adulación, de la maldad....'

Monologa Quijano: "...Pero tengo la fuerte convicción de que mi vida jamás será apacible: sólo un desencanto horrible podría arrojarme al reposo con que me he atrevido a soñar en este instante, y aún así, desilusionado y todo, mis labios continuarán vibrando de indignación contra la injusticia y los malhechores. Nunca me reconciliaré con aquellas cosas que, creando un bienestar, revuelven el alma, la enturbian, y van apagando en ella esa claridad con que toda acción bella o buena se acompaña. Nunca me reconciliaré con la vida regalada de los señores que entre delicadísimas holandas sumergen el cuerpo en delicias, y se resguardan contra los soles ardorosos como contra los invernales fríos con un afán que quita valor o entereza. Si menester fuera, andaría descalzo, por entre los guijarros del camino; cubierto apenas con el ligero vestido en el invierno y abrasándome el cuerpo en el verano. Aspera será mi vida, y si bien no vestiré el tosco sayal del francisco ni atormentaré mi cuerpo con cilicios, no por eso estaré en mejores condiciones que los humildes franciscanos. Cilicios de púas agudísimas serán para mí las voces de la canalla soez, los desdenes de los ingratos, los ultrajes de los malos, la tenacidad de los malhechores y la dureza de muchos corazones. ¿Pero qué importa ese cilicio, si aún atormentándose mi alma, verá ella el cielo de su ideal, y se arrobará en su contemplación, como los mártires se arrobaban en la visión divina? Cosas pequeñas o deleznables serán las trabas que a mi alma se le opongan en la tierra, pues ellas no impedirán que por el infinito espacio campee mi ideal. Sólo reduciendo nuestra vida a míseras pro-

porciones, pueden torturarnos las bajezas de este mundo; sólo aprisionando el alma entre los espesos muros de una vida vulgar o puramente material, puede hacerse llegar hasta ella las mil espinas que la maldad humana siembra en el mundo. La mía ha roto ya esos muros; la mía podría decir casi que no es su cárcel el cuerpo en que se aloja, pues sale tan impetuosamente de él, tánto se desborda, que a veces creo ser espíritu puro, sin este cuerpo, sin esta figura ridícula, que hará sonreir a más de uno, aun cuando en mis ojos lluevan lágrimas".

Ahora que se abomina de las distinciones personales, y que la sola individualidad singular que se admira es la del banquero afortunado que llega a millonario, vale la pena de copiar el incomparable diálogo que pone nuestro autor en bocas de Quijano y de Sansón Carrasco, el cual diálogo revela al primero como poseedor de una libre indivdualidad, de una personalidad de estilo propio y vigoroso, de un carácter lo suficientemente rico para atreverse a afirmarse y a sufrir las consecuencias de su propia afirmación; al segundo, en cambio, como rutinario, misoneísta, incapaz de una intrepidez, incapaz de una afirmación original, alma de siervo, sin pizca de *esprit de finesse*, ejemplar propicio al arrivismo. Rememora Quijano el diálogo habido la víspera con Sansón Carrasco: "Vuelvo a Salamanca—me dijo ayer—, y para no echar a perder el buen nombre de que goza vuesa merced, nada diré a mis amigos de lo que hemos hablado". Pues el señor Bachiller—le respondí yo—o lo que sea, puede enterar a sus amigos de esta conversación, que a mí no me deshonra. "A mí tampoco—respondióme.—Pero las ideas de vuesa merced no son las de un hombre juicioso". ¿Por qué mis ideas no son las de un hombre juicioso? "Porque son raras o extravagantes". Pero, ¿por qué mis ideas son raras o extravagantes, señor mío? "Porque nadie piensa como vuesa merced". ¡Já, já! Aquí lo agarro, señor Carrasco. ¿Qué progreso quiere mi señor bachiller que se realice en el mundo, si hemos de estar pensando todos siempre lo mismo? A Colón le llamaron loco, visionario, y Colón descubrió un mundo. "Sí; pero vuesa merced no descubrirá nada." ¿Qué sabe el señor bachiller si el hidalgo Alonso Quijano no descubrirá nada? ¿Sólo tierras pueden descubrirse en el mundo? ¿Sólo conquistas de territorios son las que deben hacerse en el mundo? No, señor bachiller, que también hay otra cosa para conquistar. "¿Cuál es?" El alma. Lo que el hombre no ha conquistado aún es el alma de sus semejantes. Hay capitanes o guerreros por esta España adorada que se vanaglorían de sus conquistas en las In-

dias, pero, supieron esos capitanes conquistar el alma de sus compañeros? ¿Hubo entre ellos ese amor, esa piedad, esa fraternidad que une a los hombres con fuertes lazos y los hace felices? Nó, señor mío; que yo acabe de leer crónicas de las Indias donde se dice que los españoles luchaban entre sí con más fiereza que si hubieran sido siempre enemigos. "¿Podría decirme vuesa merced qué conquista realizaría en el mundo con más ahinco y con más amor?" Ya se lo acabo de decir señor bachiller: la conquista del alma. "¿No ve entonces vuesa merced que esa es una idea de loco? ¿Cómo es posible conquistar las almas?" ¡Ah, señor bachiller, señor bachiller, qué lejos está su alma de la mía! ¡Cuán distintos somos!—le repliqué, tendiéndole la mano y despidiéndome de él.

"Yo me quedo con mis sueños. ¡Que vengan todos los Sansones Carrascos de este mundo a arrebatármelos y a burlarse de mí! A todos les diré lo que dije al de mi aldea. No me dejaré vencer de ellos en toda mi vida. Yo conquistaré almas para la verdad, para la justicia, para el amor: serán mis labios inagotable fuente de doctrinas elevadas, y si bien es cierto que no podré ostentar nunca la gloria de aquel divino filósofo que tuvo en los suyos el néctar donde libaron las abejas del Himeto, en los míos libarán palabras dulcísimas los pobres, los tristes, los afligidos, los agraviados. No brotará de ellos tampoco la elocuencia de un Cicerón o de un Demóstenes, pero sí brotará la elocuencia del corazón, que, con frecuencia, es callada o parca en la expresión, y vehemente o tumultuosa en acciones buenas. Sansón Carrasco vivirá plácidamente, con su grado de bachiller; escribirá versos, redactará memoriales, dará consejos, instruirá a los ignorantes, y verá venir el fin de sus días sin una congoja, sin una inquietud, sin una desilusión. Pero mi vida será distinta: inquietudes, congojas y desilusiones tendré a cada momento; miel tendré en mis labios para otros, pero amarguras habrá en ellos para mí; brotará luz de mí con que ilumine a las almas oscuras, pero dentro de la mía habrá con frecuencia sombras, las sombras que la envidia o la calumnia o la imbecilidad engendran en la tierra. Pero no llamaré por eso a las puertas de Sansón Carrasco para decirle que me entrego, rindiéndome a su modo de pensar; no pediré reposo a las almas que se acomodan tranquilamente a todos los errores del mundo; no pondré mi ardorosa cabeza junto al pecho de los felices o de los hartos: llamaré a las puertas de los tristes, de los hambrientos, de los sin consuelo, para que mi alma se mantenga siempre encendida en la ardiente llama del ideal. Sólo la

muerte me vencerá; sólo la muerte pondrá paz a mi brazo y a mi pensamiento; sólo la muerte secará esta fuente de ternura en que me anego; pero la muerte no impedirá que mi alma, vuelta al seno de las fuerzas eternas, de las cuales brotara ella, contemple, en la inefable visión del Sumo Bien, lo que tánto persiguiera en este mundo y que sólo encontrara de una manera harto imperfecta, o apenas como débil resplandor de lo alto.

"Padre nuestro, que estás en los cielos—continuó Quijano con exaltación creciente—, dame la muerte serena como un sueño, después de una vida de incesantes luchas. Quiero morir después de que mi alma lo haya dado todo, nó antes, y quiero que mi muerte sea como el deseo de dormir que sentimos después de una jornada de trabajo. Quiero que se diga que la muerte vino a mí, no para quitar un estorbo en la vida, sino para dar reposo a un alma que amó mucho a los hombres y que, por amarlos, sufrió persecuciones, risas y burlas. Quiero la muerte como una recompensa: sus descarnadas manos cerrando mis ojos sean tan dulces como las de mi madre cuando se posaban sobre ellos para traer el sueño. Amén."

He de terminar con esta bellísima página en que el ilustre escritor uruguayo ha superado, con maestría singular, dentro de una noble sencillez, el dificilísimo asunto que se podría llamar: el dolor, sagrado constructor. Léase el libro todo de Horacio Maldonado. Pierden los fragmentos algo de su valor propio desarraigándolos de su contexto; en el libro cada parte tiene un valor propio y otro, no menor, relativo al conjunto, que, como obra artística, es proporcionado y harmonioso. Mucho bien se sacará de leer atentamente este magnífico libro.

HONORIO F. DELGADO

Un sacerdote de la cultura

(Apuntes sobre la ideología de Eugenio d'Ors).

Ofrecimos decir algo acerca de un fragmento de la interesantísima obra de *Xenius*. No lo hemos hecho antes, porque el tema nos seduce de tal modo que hemos estado buscando, sin hallarlo, por supuesto, el momento de lucidez mental y de cordial entusiasmo que nos permitiera componer con tan preciosos elementos—las ideas de *Xenius*—algo digno de él.

Renunciamos a tan vano empeño, y nos conformamos con apuntar aquí, muy someramente, algo de lo que, a propósito de ese eficaz cultor de la espiritualidad humana, vive en nuestro entendimiento.

Para dar una idea de la personalidad de Eugenio D'Ors a los que no hayan tenido aún la suerte de conocerlo, copiamos enseguida algunas palabras suyas acerca de sí mismo: "¡Mis aspiraciones!..... Mi aspiración es la serenidad de la vida como me parece que ha de ser la de cualquier hombre que quiera vivir con intensidad igual la eternidad y la modernidad (1)... Yo, amigo mío, soy y quiero ser a la vez *nuevecentista*, es decir hombre de mi siglo, hombre del XX, e idealista, (2) *hombre que se esfuerza en ver una ilusión en el tiempo*.... *El sofrosine*, la armonía, calma, equilibrio y continua posesión y dirección de sí propio, me parece el bien humano más apetecible (3), y así me lo concediesen los dioses en los cuales, *al pie de la letra*, creo.

---

(1).—Esto es característico en *Xenius*.

(2).—Y he aquí una preciosa definición del idealista, acaso tocada de bergsonismo.

(3).—V. lo que sobre esto dice Eucken en "La vida, su valor y su significación", pgs. 31, 61, 662, 78, 133, 135 y 262.— V. Evangelio de San Juan, cap. VI, 26, 27, 64.

Pero el hombre moderno se encuentra con dos enormes motivos de turbación que el griego no conoció: la *Mujer* y el *Trabajo*. Estos motivos de turbación se nos han impuesto, son inevitables; no podemos eliminarlos. Se trata, pues, y este es tal vez el problema fundamental de la ética moderna, de incorporarlos al juego de nuestra serenidad moral. La solución del primer problema está, acaso, principalmente en el cultivo de las artes figurativas, únicas que, sin el quebranto de nuestro monogamismo esencial de hombres trabajados por el cristianismo y el sentido de derecho, pueden traer a nuestra sensibilidad el escape a la angustia y el enriquecimiento de la multiplicidad. La cuestión del trabajo (4), la cuestión profesional, es aún más difícil; la civilización moderna ha centrado su ideal en el tipo del *trabajador*, del *artesano*, y yo mismo he canonizado de todo corazón este tipo humano en "Aprendizaje y Heroísmo" (5). Este tipo, sin embargo, es anti-griego, y hay que esforzarse en conciliarlo con el tipo perfecto de aquella civilización: el *filósofo*, hijo del ocio exquisito....*Ser a la vez, en la propia profesión, filósofo a lo griego y artesano a la moderna, ¡qué difícil ideal!*... Difícil, pero insustituíble".

Jamás nos parece haber visto expresar las preocupaciones y las aspiraciones de nuestro tiempo con mayor espontaneidad y sencillez, ni con mayor penetración en su complejidad enorme. Ortega y Gasset (6) y Luis de Zulueta (7) son pensadores pertenecientes a la misma generación de este perspicaz catalán (de quien *Azorín* ha dicho que cuando hace una observación se ve "en la palabra sucinta, en la reflexión rápida, el trabajo recopilador de una copiosa lectura") que se han ocupado de tópicos semejantes a los que *Xenius* examina con tánta maestría; pero si en el análisis han llegado acaso a igual profundidad, no han alcansado a tener una visión sintética tan clara y tan amplia como la que nos ofrece el autor de los célebres *"Glosarios"*. En *Xenius* existe la particularidad de que, en todas sus disquisiciones

(4).—Y esto es lo pertinente a nuestro tema, sin que hayamos podido resistir al deseo de reproducir lo anterior, tan eminentemente sugerente.

(5).—Esto lo escribía D'Ors, mucho antes de los acontecimientos mundiales que hacen hoy de la clase trabajadora, sin que de nada sirva cerrar los ojos para no verlo, la clase que impera. Y eso, que aun los "trabajadores" no responden al ideal de *Xenius*, ya preludiado por Emerson.

(6).—"El Espectador" I, p. 26.

(7).—"La Edad Heróica", ps. 89, 90.

tan amenas como instructivas para el *lector moderno* (llamamos así a aquel que lee la producción del día manteniéndose constantemente a su altura, ardua cosa en verdad), se nota la intención constructiva, se presiente el generoso y tolerante espíritu de humanidad que le guía.....*Humanidad,* neologismo de los tiempos de Séneca, que, según no recuerdo quien, espantaría a los romanos, palabra que, aún en el siglo XX, algunos, ¡oh *vulgus pecus!* ¡oh pan-beocia! ¡oh filisteísmo jactancioso y omnipotente!, no comprenden....! ¡Se nos había olvidado el *celui qui ne comprend pas* que Rubén le cogió a Remy de Gourmont y que tan justificado éxito alcanzara!....

En medio de la incomprensividad, en medio de la pedantesca estupidez de los letrados y no letrados o analfabetos morales y estéticos de nuestros días, surge el polígrafo, autor de "Aprendizaje y Heroísmo" con el radiante esplendor de su espíritu profético, con una sutil virtud interpretativa y vidente en el entendimiento.

Quisiéramos que tan excelente producto del moderno ambiente de la cultura tomase carta de ciudadanía entre nosotros. En ninguna parte más útil, más necesario, más fecundo el limo de sus ideas que en pueblos de espiritualidad caótica, en ciudades sin fisonomía bien definida, sin ideales colectivos de verdadera vida y entusiasmo y, por añadidura, enfermas de todos los egoísmos y escepticismos de la más torpe y cobarde naturaleza... Lejos de nosotros el intento de zaherir o denigrar, pero ¿por qué no *escribir* de vez en cuando lo que *sotto voce* o *sub rosa* para dar gusto a los italianistas y a los "cultos", ¡oh querido Beltroy!—se dice en todas partes sin provecho de nadie? Siquiera aquí ponemos en el índice el pecado, ¡mortal pecado!

Y porque queremos que Eugenio D'Ors sea ciudadano de nuestra ciudad ideal le traemos aquí, cojiéndole a su paso por Nueva Orleans... todo esto ¡ay! imaginariamente; y decimos a nuestros lectores—¿tenemos ya algunos?—: "He aquí el hombre". Lástima no más que, en Lima, carezcamos de la totalidad de sus obras; y lástima mucho mayor que tengamos que culpar de esa carencia a nuestro muy estimado amigo y notable escritor D. Antonio Pinilla y Rambaud, que, aunque se ha ocupado del asunto, no ha hecho todo lo necesario para que nos llegue ese "producto", no precisamente de la flamante industria catalana, pero sí del alma de Hispania.

"Voy a hablarte—dice, en un tono familiar muy simpático, Eugenio D'Ors—del heroísmo en cualquier oficio y del heroísmo en cualquier aprendizaje". Hagamos una recapitulación de nuestro mundo nacional en lo intelectual, en lo político, en lo profesional, en los campos del comercio, de las industrias y las artes, de los trabajadores de las ciudades y de campanas; y busquemos con la lámpara de Diógenes al hombre que, al iniciarse en la vida del esfuerzo, haya tenido ante sí un pensamiento semejante al enunciado. Si tal hacemos, un gesto de desaliento y de tristeza se dibujará en nuestro semblante, porque en nuestra imaginación, en grotescas y abigarradas visiones, aparecen, figurando en multiplicidad de cuadros chabacanos, miserables, vulgares, los tipos humanos de nuestra vida urbana y rural, los pobladores de nuestras presuntuosas ciudades, de nuestras paupérrimas e infectas aldeas, y de las cabañas y las chozas de nuestros campos. La impresión que queda de la lectura de los *Paisajes* de Riva Agüero es esta: ¿por qué—se pregunta el ánimo—por qué tan torpe empecinamiento en el vegetar malsano, en el *haraganear* (neologismo peruanísimo) contumaz; en el díscolo hacer cada uno lo que le da su santa y regalada gana, en el estorbar todo progreso, mejora o adelanto, de estos mandrias sin oficio ni beneficio, humanos trasuntos del perro del hortelano, de la ardilla, la raposa u otros animales de la fábula; por qué, en fin, tánta torpeza y abandono humanos sobre la tierra bella y ubérrima? ¿Por qué estás ahí, zahareño y sin hacer nada, víctima de toda especie de parásitos—¡oh Perú!—"proletario en lecho de oro" como te llamara Humboldt? ¿Por qué no te incorporas, después del latigazo aquel, y no tiendes la mirada en torno de tu heredad magnífica? Por más esfuerzo que hacemos para ilusionarnos, imposible nos es disipar las ingratas visiones. Lima, el summum de nuestra civilidad, la flor de nuestra cultura, la joya de nuestra civilización, el relicario de nuestras tradiciones, aparece ante nuestros ojos cual el Madrid que satirizara Góngora en inmortal soneto:

Una vida bestial de encantamiento,
Harpías contra bolsas conjuradas,
Mil vanas pretensiones enganañadas;
Por hablar un oidor mover el viento;

Carrozas y lacayos, pajes ciento,
Hábitos mil con vírgenes espadas,
Damas parleras, cambios, embajadas,
Caras posadas, trato fraudulento;

Mentiras arbitreras. Abogados,
Clérigos sobre mulas, como mulos,
Embustes, calles sucias, lodo eterno,

Hombres de guerra medio estropeados,
Títulos y lisonjas, disimulos,
Esto es Madrid, mejor dijera Infierno.

¿Verdad que parece este soneto un capricho de Goya de los más encarnizadamente crueles? Pues con todas sus exageraciones, con toda su hiel, con todo lo que hay en él de iracible y apasionado, interpreta bastante cercanamente ¡ay!, nuestra tormentosa visión de esta Lima decadente, summum de nuestra civilidad, flor de nuestra cultura, relicario de nuestras tradiciones.... ¡No expliquemos cómo! (8).

---

(8).—Existió en Lima, en el siglo XVII, un poeta satírico, si poco mentado, menos conocido, Juan del Valle y Caviedes que muestra, guardando las distancias, no pocas semejanzas con Góngora. Pues él satirizó a Lima y sus gentes como el autor de "Polifemo" satirizara al Madrid de la decadencia española. Vale la pena citar unos fragmentos que darán idea de la agudeza y limeñismo espiritual del crítico. Algo se ha hablado últimamente de cierto panegírico que, por meloso y servil, disgustó hasta a la persona ensalzada. Caviedes hacía alusión a estas y semejantes corruptelas en los siguientes versos:

....Es tan fiero el huracán
de ventosas balumberas,
tan feroz el torbellino
de vanas prosopopeyas,
que si por muerte de un rey
hay sermones donde quiera,
aquí, por lo que se mira,
predican dos mil arengas;
siendo abuso tan común
que, si Dios no lo remedia,
tendrán ya su panegírico
pulperos y verduleras".

Se burla donosamente de ciertos tipos que hoy no escasean:

...."caballeros solo *in voce*
de su jactanciosa lengua,
hidalgos sin más informe
que un *Don* de bastardas letras"
.....

Y sobre las ridículas simulaciones y ostentaciones de sociedad (el snobismo *huachafo)* a que tan propensas son nuestras gentes ajenas a preocupaciones superiores:

...."que en esta Babel tan solo
al contacto de la huella,
se constituyen los sastres

Volvamos a *Xenius*.

Hallarse de pronto ante un espíritu de constructivo optimismo como el de este español que cultiva, con verdadero amor, diversos y complementarios ideales de perfeccionamiento, partiendo siempre de bases sencillas; democrático en los métodos y los medios, pero de inspiración legítimamente aristocrática, en el más noble sentido del vocablo; encontrarse de repente frente a un tan alto profesor de idealismo experimental; y advertir en su ideología, adivinar en las fuentes de su inspiración, en sus tendencias y finalidades las cualidades esenciales que han de ejercer la acción germinal y depuradora de la regeneración de nuestros ámbitos humanos, es decir, espirituales, y de nuestros ámbitos materiales, es decir, de las cosas y las leyes; es experimentar una sensación de íntima, alegre, sorpresa, realizar un descubrimiento preciosísimo para la edificación de nuestro mundo cultural. Tal sería para los krausistas españoles, verdaderos gestores del mo-

---

en potentados de Grecia;
los calafates en condes,
duquesas las taberneras,
en príncipes los arrieros
y las gorronas princesas".

Y pone en solfa a los *Pachecos* criollos, hábilmente comentados ahora por Juan Francisco Elguera:

.....
¿Viste algunos gamonales
de seriedad circunspecta,
muy estíticos de bolsa,
muy estirados de cejas?"

Y, en fin, para dar un ejemplo típico, relacionado con un tema alguna vez tratado por nosotros: los "señoritos":

.....
"con más afeites y aliños
que una doña Melisendra;
mucho copete de franja,
pañuelo a la picaresca,
por un lado marimachos,
por otro lado machihembras"
.....

Pero no resistimos la tentación de copiar esta última saeta lanzada contra las damiselas charlatanas e insubstanciales de su tiempo.... ¡y del día! Dice de ellas que son:

.....
"sin ser de peso, pesadas;
livianas, sin ser ligeras".
.....

derno revivir de España—pese a todas las críticas y a todos los desdenes (9)—el hallazgo de la filosofía moral y social de Krause. El arte de los que se ocupan en labrar—quizás sea mejor decir forjar—las espiritualidades colectivas, consiste en saber buscar arquetipos condignos. El arquitecto debe poner mucho cuidado en escojer de entre las múltiples y diversas piedras sillares, aquellas cuyas propiedades mejor se avengan a las condiciones de todo orden y a las necesidades del medio en que ha de emplearselas. El médico buscará entre los específicos el antídoto o el excitante según que el enfermo muestre indicios de intoxicación o de decaimiento. La filosofía de Eugenio D'Ors, su manera de aceptar la vida, el bizarro plan de perfeccionamiento que con ilustre optimismo se ha trazado; las fuentes en que se inspira, la naturaleza misma de su entendimiento, más aún, lo espontáneo y genial de su idiosincracia o de su temperamento; las orientaciones que le rigen; las finalidades que persigue, etc., reúnen—es convicción intuitiva en parte—todos los principios que hacen falta para la formación de nuestro mundo moral e intelectual, para la integración de nuestro espíritu colectivo. Vemos, pues, en él, no solamente un mero valor literario, sino que estimamos su persona y su obra como elementos de los cuales pudiera intelegentemente hacerse factores eficaces en nuestra vida social y política. Quisiéramos que entre nosotros se expandieran las ideas de *Xenius*, que sus doctrinas e ideales fueran acogidos por nuestros intelectuales que aun conservan la fe en el valor positivo y real de la literatura, y que, a través de ellos la virtualidad de esas ideas y doctrinas ejerciera influencia en el ánimo y en la conducta de nuestros políticos.... del porvenir, ¡porque los de ahora!.....

En los pueblos nuevos los problemas de la población y del trabajo se impone en primera línea; y, en nuestros días, ambas cuestiones, íntimamente ligadas entre sí, cobran un interés cada vez mayor. Por eso el pensamiento de los hombres que han meditado acerca de tales problemas con cordiales deseos de llegar a soluciones humanamente satisfactorias son de valor e importancia singulares.

(9).—V. Pío Baroja "Las horas solitarias".

Ortega y Gasset afirma que "el trabajador, si no ha de ser esclavo, necesita tener conciencia viva del sentido de su labor" y hace poco, en estas mismas páginas de "Mercurio Peruano", el señor ministro de la República Argentina, Don Antonio Sagarna, insinuaba que el trabajo sólo puede considerarse como "ley de vida" cuando es "sano, alegre, fecundo y dignificado". El culto del trabajo por el trabajo mismo nos parece insostenible. Más que un concepto bárbaro, es un sofisma burgués de refinada crueldad; mil veces menos aceptable en nuestro tiempo que cuando, como en la Edad Media, el obrero era siervo y la organización social, con todas sus arbitrariedades, injusticias e iniquidades, se acercaba más a la manera del vivir patriarcal. El obrero entonces podía y solía ser artesano y artífice, oficial de obras con un concepto elevado de su acción, y hasta consumado artista; pero después de las múltiples causas que, en la Edad Moderna y en la Contemporánea, han determinado lo que hemos llamado en un pequeño estudio "el desprestigio del trabajo" (10), el hombre que vive de un esfuerzo físico que absorbe casi todas sus energías, no sólo es siervo de los patrones, sino que también lo es de las máquinas, siendo al mismo tiempo, con demasiada frecuencia, víctima de entrambos. Para reconocer esto en 1919 no es necesario ser socialista ni mucho menos. Lo digo aún a riesgo de merecer que pese sobre mi endeble armazón intelectual la inteligente diatriba escrita por José de la Riva Agüero—jefe de nosotros los futuristas, que, a juzgar por esto, estamos bastante prevenidos contra lo futuro—impugnando lo que llama "complacencias con las *reivindicaciones extremas*" y "coqueteos con las izquierdas bolcheviques y anarquistas" (11).

Por el anterior inciso, que ha venido a cortar el hilo de nuestro discurso, vemos cómo la cuestión obrera, la cuestión del trabajo es de candente actualidad. Excusado parece decir esto, pero nuestro pensamiento va por nuevas rutas. Creemos que al considerar las reclamaciones de los trabajadores débese ampliar inmediatamente el campo de la cuestión, sobrepasando los límites del grupo de gremios, mal definidos, que a sí mismos se atribuyen determinadas condiciones o a quienes la generalidad desig-

(10).—V. "Balnearios." Nov. 28 de 1915.

(11).—"Mercurio Peruano", pgs. 452, 453, No. 12. Esos coqueteos y esas complacencias, añade Riva-Agüero a guisa de donosa burla, dan "aires de magnanimidad, de audacia intelectual y modernismo; y proporcionan efectivas aunque menudas ventajas mientras no llega el peligro común".

na con el título de "clases obreras". Debe darse a la palabra trabajo una significación más ámplia y un sentido más noble y elevado; debe concebirse la figura del *obrero* bajo lineamientos más liberales, más comprensivos, más adecuados a las necesidades modernas. De otro modo quedarían inhabilitados (como hoy parece que están quedando, por la ofuscación propia de todas las iniciaciones trascendentales, en la Rusia revolucionaria) para adjudicarse el honroso título de trabajadores u obreros, muchos de los hombres que, en el actual estado de la civilización, rinden con su labor frutos de innegable utilidad trascendente y práctica, aunque por su naturaleza misma sean de difícil, si no imposible, valorización económica. Por esta senda iríamos a parar, después de haber luchado tánto por la espiritualización de las condiciones de nuestra vida, al más radical y torpe de los materialismos, volviendo—lo que es de todo punto de vista imposible —a un "primitivismo" que no soñara el precursor y grande anarquista, apóstol de la vuelta a la Naturaleza Juan Jacobo.

Encarada así la cuestión, se presenta en el primer plano el problema relativo a la dilucidación de cuáles son las labores o actividades que merecen considerarse como trabajo efectivo y dignificador, útil y honrado, y nó como simulaciones más o menos hábiles del parasitarismo vicioso y descreído y de la estúpida haraganería de las modernas burguesías (12). En este sentido Eugenio D'Ors es un definidor eximio, un investigador atentísimo, un extraordinario creador y rectificador de valores, un crítico de sutilísima sagacidad, y, sobre todo, que es lo que más ha de estimarse en él, un *entusiasta* y un creyente, que de las dudas más peligrosas extrae afirmaciones de un optimismo cálido y juvenil. Pensando en sí mismo es seguramente, que él anotaba esa cualidad en *Azorín,* en

(12).—Queremos dar a entender con estas palabras que en la pereza—nó en el ocio griego ni en el espíritu contemplativo a la manera cristiana, que son sublimes maneras de la actividad del hombre—en la repugnancia ciega e irrazonada por el trabajo y la acción, cualquiera que sea la índole de éstos, vemos el morbo del escepticismo, la perniciosísima enfermedad, que siempre ha aquejado a la especie humana originando las peores aberraciones, que podríamos llamar "pesimismo cósmico"; enfermedad por el estilo del nihilismo, y no del todo ajena al espíritu agnóstico; enfermedad que consiste en padecer una absoluta incapacidad para concebir o imaginar finalidades humanas en el Universo, extremo opuesto del *entusiasmo* en el sentido griego (Véase Diego Ruiz y su filosofía del entusiasmo, donde clasifica, con visión genial, a los hombres en estas dos categorías: los que tienen *"sentido cosmogógico"* o " *consciencia cosmogógica"*, y los que no lo tienen.)

una crítica que le dedicara en "La Lectura". Azorín—escribe—"es un firme creyente en el progreso y afinamiento sucesivo de nuestras aptitudes "sensibles", de la susceptibiidad y delicadeza de ellas. Da una enorme importancia al hecho de que un hombre moderno tenga en lo estético y en lo moral—mejor en lo estético-moral—una epidermis más fina que el antiguo". *Xenius* sigue, en esto, con *Azorín*, con Ortega, con el enorme Unamuno, en algunos de sus aspectos; con el mismo Baroja, cuya fibra vital ha sabido desentrañar con tánta maestría Ortega, de entre su pesimismo agresivo y zahareño, con Alomar—para no citar sino a los más notables entre las últimas generaciones españolas—la escuela del tradicional optimismo humano cuyo depurador y aquilatador máximo fué Emerson, amigo y discípulo del brujo Carlyle. Designa con la frase de "ideales del novecientos", o sea del siglo XX, a los ideales de esa escuela, no bien definida ni estudiada aún, acaso por lo mismo que su *espíritu* ha estado tan esparcido en la mentalidad contemporánea, conteniendo, en la amplitud de sus alcances, antinomios y contradicciones que daban apariencias de una complejidad irreductible al par al análisis y a la síntesis. Se trata sencillamente de la conciliación de las conquistas espirituales, y de todo orden, realizadas por el mundo antiguo, o sea de la civilización y el ideal clásico, con las que se deben a la civilización y al ideal cristianos. Todas las cuestiones intelectuales, políticas y sociales de nuestro tiempo están orientadas hacia un eje que une estos dos polos de la espiritualidad moderna, y lo trágico e interesante en Nietzsche es que, con arte sumo, supo hacer de su alma el campo de las tendencias y aspiraciones contradictorias del alma de la humanidad actual. En tod os los pensadores dignos de figurar en primera línea como tales desde la segunda mitad del siglo XVIII hasta nuestros días (digámoslo así para poner de lado los confusos períodos de la edad moderna—aunque no deberíamos olvidar a los místicos, principalmente a los españoles, tan interesantes a este respecto—y a los clásicos), las preocupaciones enunciadas en los anteriores párrafos han constituído motivos predominantes de sus meditaciones y estudios. Así, pues, cuando un hombre de estos que ha llegado a colocarse en el punto central de las corrientes espirituales, para observar la vida, nos señala tópicos y problemas, proponiéndonos luego hipótesis y soluciones, debemos reconcentrar nuestra atención sobre sus expresiones, sus actitudes y sus obras, con mayor razón aún si adivinamos en ellos la voluntad pura de los apóstoles.

Acaso se juzgue exagerado atribuír a *Xenius* los caracteres de un apóstol, pero esa es una simple cuestión de perspectiva. Los apóstoles no son tan raros en nuestro tiempo, como pretenden los escépticos. Por el contrario, abundan los espíritus puros, entusiastas, sabia y generosamente inspirados, que tienen reservas de voluntad y energía para luchar contra las miserias y los pesimismos, las maldades y los entorpecimientos de esas multitudes, también crecientes, de los inertes y descreídos, para quienes imaginara el Dante horrendo castigo. Los apóstoles y Quijotes modernos pueden ser tan modestos y pasar tan desapercibidos como los antiguos, a quienes vemos engrandecidos por la tradición y de cuyas penurias y vejaciones apenas tenemos noticia; son por lo general, como decía Fray Luis de León de los discípulos de Cristo, "hombres desnudos de todo lo que el mundo llama valor". Su labor es modesta y elemental, aunque de profundidad y sabiduría sumas. No son "políticos prominentes", ni "potentados de la Banca", ni "maravillosos inventores", ni siquiera cómicos de nota, ni periodistas de aquellos que saben el secreto de lo sensacional... para los rebaños de Panurgo. Pero son los que definen, los que ponen nombre y precio eficaz y definitivo a las personas y a las cosas, son los que, no teniendo nada que ver con lo meramente actual y transitorio y no queriendo contagiarse con sus mortales esencias, todo lo proyectan hacia lo externo y lo infinito, poseyendo el secreto de dar significación eterna a lo que, sin ellos, jamás la hubiera tenido.

Labor sencilla y elemental, a veces hasta vulgar, es la de los pensadores como Eugenio D'Ors, pero, precisamente, carácter principal de su filosofía es la creencia, la convicción, de que todo pensamiento, toda acción, toda obra humanos, valen y significan en proporción al mérito esencial y superior, digámoslo de una vez: divino y eterno, del espíritu de amor y de verdad bajo cuya inspiración se realizaron. Este es un principio pragmático salvador por excelencia, llamado a producir resultados fecundísimos. Veamos cómo lo aplica Eugenio D'Ors a la vida real, para obtener victorias incuestionables en el sentido de la dignificación y embellecimiento del trabajo, olvidada ya la idea mosaica de la maldición.

(Continuará)

EDWIN ELMORE

Don Quijote en Yanquilandia

CAPITULO XI.

DONDE SE REFIERE LA CONVERSACION QUE TUVIERON DON QUIJOTE Y SU ESCUDERO Y EL SOBRESALTO QUE ESTE PASO A CAUSA DEL POLLINO.

El tío Samuel y sus acompañantes que, ocultos entre el follaje, habían oído con grande asombro todo lo que Don Quijote dijo y vieron después el porrazo, estuvieron a punto de salir a favorecerlo echando a perder las muchas sorpresas concertadas, pero por fortuna suya se contuvieron pensando que la caída había sido sobre tierra blanda y que Don Quijote no era de los que se invalidan por tan poco. Sancho fué el que corrió a levantar a su amo, pero éste púsose en pie antes de que llegara el escudero, y sin dársele una higa del golpe, firme en su locura, dejóse decir:—"¿Has visto, Sancho hijo, cómo cayó Rocinante sin mayor obstáculo? Cosas son éstas de encantamiento y sortilegio, pues sólo así se explica que un tan gallardo bridón venga al suelo de buenas a primeras y sin aparente causa. Seguro estoy de que cierto sabía mi enemigo, viendo que en la carrera que emprendí podía presentárseme algún suceso famoso, le tendió a mi caballo un lazo invisible, que es artimaña bien conocida, para que se enredara vuesa merced—dijo Sancho—que va a hacer correr a esta desventurada caballería, que milagro será que camine, no digamos que corra;"—y diciendo estas razones, acudió a favorecer al caballo que no acababa de levantarse.—"Tienes los ojos vendados por la ignorancia—replicó Don Quijote ayudando a Sancho en su tarea—pues no ves la gallardía de Rocinante y andas ahí con reparos propios de campesino, que, por mucho que quiero ha-

cierte escudero, no pasarás nunca de destripaterrones, porque la cabra tira al monte y el palurdo, aunque cambie de fortuna, palurdo se queda".—"Permita vuesa merced que me ría de la gallardía de Rocinante—dijo Sancho a este punto—, que el caso no es para menos; y por lo que hace a los refranes, veo que vuesa merced, aunque mudándolos a su antojo, también abunda en ellos; de modo que ya no ha de motejarme, pues si canta bien el abad, no le va en zaga el monacillo." En tanto, con algún esfuerzo, habíase levantado el caballo, y el escudero limpiábale el polvo y trataba de poner derecha la silla, mirando con lástima burlona a Rocinante que, con el pescuezo caído, largo y desmedrado, parecía reflexionar acerca de las vicisitudes de la fortuna. Observándolo, dijo Sancho:—"Dudo mucho, mi señor, que con esta caballería lleguemos a ninguna parte, y si vuesa merced no fuera tan mirado, había de montar en el rucio y yo a la grupa."—"¿Pero oíste nunca—dijo Don Quijote—que los caballeros andantes montasen en pollinos? Aun me asisten ciertas dudas concernientes a que mi escudero se sirva de semejante caballería; pero siendo tales como son de honrosos los antecedentes del rucio, creo que podemos diputarlo digno de nuestras empresas y correrías. Por lo que hace a Rocinante, no te extrañe su aspecto un tanto lastimado y melancólico, que has de tener presente que siendo tántos los años de estar embrujado, a fuer de animal noble y hasta inteligente y reflexivo, debe experimentar alguna sorpresa viéndose de nuevo en campaña".—"En ese caso, conveniente sería—dijo Sancho—que descansásemos mientras el señor Rocinante acaba de reflexionar y nosotros damos tiempo al tiempo para ver en qué paran estas misas, fuera de que más ganas tengo yo de reposar la siesta que de levantar los pies del suelo. Y por lo que hace a que el jamelgo (que tal me parece) esté cavilando en nuestras desventuras, mucho lo dudo, porque en lo de cavilar, el rucio le da quince y raya a Rocinante, y no parece, según su aspecto, que caiga en la cuenta de las malandanzas en que nos hemos visto y nos veremos". Trataba Sancho de embromar a su amo con estas pláticas, pues con el vinillo del almuerzo y el calor del mediodía quería dar gusto a la pereza y descabezar un sueño; pero como Don Quijote estaba ya tan movido, dijo en tono resuelto:—"Volvamos a emprender, Sancho amigo, que no es bueno dejar para mañana lo que puede hacerse hoy, y sábete que me dice el corazón que esta vez será con mejor fortuna y provecho." Diciéndolo, montó de nuevo a caballo y esperó a que Sancho viniese con el rucio. Así fué; mas el llamado rucio era algo asustadizo y de

mala voluntad, según después se supo, pues cuando Sancho estuvo encima, comenzó el maldito a dar coces al aire tan seguidas y desacompasadas, que Sancho se tiró al suelo por temor de que la cosa pasase a mayores, y cogiendo al asno del diestro, se vino a donde Don Quijote estaba.—"¿Qué es eso, Sancho? ¿Por qué has descabalgado?"—preguntóle Don Quijote.—"Porque no quiero romperme las costillas—contestó Sancho.—¿No ha visto vuesa merced los saltos y respingos que daba este maldito animal?"—"Sí que los he visto; pero mal parecen tales miedos en el mozo de un caballero andante."—"Mal o bien pueden parecer a los demás—contestó Sancho—; pero a mí me parece peor dar con mi cuerpo en tierra y descoyuntarme algún hueso sin que haya aquí un físico ni una mala curandera para componer canillas y poner bizmas."—"Temores pueriles son esos—dijo Don Quijote—, que bien sabes que dándote a beber un trago de bálsamo que yo compongo y que en llegando al primer castillo he de preparar, se curan como por ensalmo esos achaques."—"Líbreme Dios de volver a catar tan endiablada melecina—dijo Sancho—. Qué, ¿ya no se acuerda vuesa merced de la gracia que ella tiene? Pero pasando a otra cosa, que, por mi fortuna, no he menester de tales brebajes, ¿sabe vuesa merced que estoy sospechando que este pollino de tan mala condición y de tántas mañas no es el rucio ni cosa parecida? Aquél, el mío, criado a mis pechos, aunque me esté mal el decirlo, era apacible, modesto y sufrido en el comer, no nada inquieto, de buena andadura, aunque de escasos bríos, que no hacen falta, pues seguía la condición de su amo en el buen natural y en la parsimonia."—"¿Que no es el rucio dices?—replicó Don Quijote—; ¿ves cómo tienes vendados los ojos? Pues sábete que tan es el rucio el jumento como el caballo es Rocinante, sólo que, por modo de burlas, en todo semejantes a muchas que se cuentan en las historias, algún hechicero amigo de truhanerías y mofas, pasóle al rucio los bríos de Rocinante y a éste la condición mansa del pollino."—"No me parece mal pensado—contestó Sancho—; pero de mí sé decir que será dificilillo que me arriesgue de nuevo en este jumento (con perdón sea dicho) tan sospechoso y mal mirado. Con el primer gitano que topemos o en la primer feria a que nos lleve la fortuna trataré de vendello y nó en poco, que las cosas entran por los ojos y este tal rucio se la pega al lucero del alba."—"No te lo consentiré—dijo Don Quijote—. ¡Fuera miedos! y verás que, descubierta la intriga de haber trocado la condición de las caballerías (que cuando tales intrigas son de burlas basta con descubrillas), no

habrá novedad mayor."—"Así es que vuesa merced me responde de que no hay riesgo en cabalgar de nuevo?"—"Y tan te respondo, que al punto vas a convencerte por tí mismo montando esa buena bestia." Vacilaba Sancho a pesar de las afirmaciones de su amo, pero al fin, siguiendo el consejo de su nativa pereza, concluyó por convencerse de lo que Don Quijote le decía, y después de santiguarse devotamente, tornó a montar con tánta timidez y miramiento, que apenas si le dejaba sentir la carga al pollino. Fuese por esta causa o porque al tal no le viniese en gana andar en más zapatetas, siguió mansamente el burro, comenzó a andar con sosiego Rocinante y amo y criado, en buena paz y compañía, se entraron por un apacible y rústico sendero.

(Continuará)

JUAN MANUEL POLAR

El artista y el hombre

Han querido mis compañeros de "Mercurio Peruano" que sea yo—su hermano mayor—el que haga la semblanza del malogrado artista. Lo han querido porque saben cuán intensamente lo amaba y lo comprendía, y cómo nunca le faltó mi estímulo. A pesar de ello, lo inusitado del proceder ha debido retraerme; mas inexplicable voluntad oculta me obliga a cumplir el encargo, aun sin haber dado tregua a mi dolor.

Lo evoco niño delicado y gracioso: vivaces movimientos, ojos inteligentes y largas guedejas rubias y rizadas. Artista precoz—así lo son siempre los que tienen el arte por herencia y ambiente de familia—papel y lápiz fueron sus más caros juguetes. A los cinco años copiaba mis dibujos de *amateur* incipiente, a los siete comenzó a dibujar por cuenta propia, y, algo más tarde, asombraba a maestros y condiscípulos con sus siluetas animadas y sus primeras atrevidas composiciones. Pudo así colaborar en revistas infantiles, y "Figuritas" guarda en sus páginas sus mejores y prometedoras primicias.

Por aquellos días nuestros dibujantes daban preferencia a la caricatura, y Augusto hubo en parte—sólo en parte—de ceder a este influjo. Málaga, de vuelta de su primer viaje, fué su mentor y, muy pronto, seguía a éste tan de cerca que sus dibujos publicados en "Don Lunes" más de una vez se confundieron con los del genial caricaturista. Recuerdo que en un banquete dado a Sassone, Augusto, a los postres, tuvo la ocurrencia de trazar al lapiz en una cartulina la venerable testa del padre del escritor; el dibujo celebrado por comensales vecinos, pasó enseguida de mano en mano a las de Málaga, que sorprendido y regocijado escribió al pie del dibujo: "como si fuera mío", y firmó.

Cierto día, colegial aún, Augusto se presentó en casa con un trozo de arcilla, y en él, con rapidez notable, sus dedos ágiles y nerviosos modelaron una cabeza de mujer. Fué para mí este pri-

mer boceto toda una revelación, y predije que antes que dibujante y pintor sería el pequeño artista un escultor genial. Estoy seguro de que sólo la muerte ha burlado mi predicción. A este ensayo siguieron otros cada vez más valientes. Pero, de improviso, Augusto, con terrible inquietud artística, dejó el modelado para volver con ímpetu al dibujo y, al mismo tiempo, al pastel, a la acuarela, al óleo y a la talla en metales; pasando de un estudio a otro sin terminarlos en su mayor parte. Su espíritu parecía ávido de todas las manifestaciones del arte plástico, e inquieto, a todas las desfloraba, sin atreverse, como otros, a dedicarse prematuramente a una. Su rara probidad artística se lo impedía hasta no estar convencido de que había hallado su senda, al fin de la que lo esperaban los halagos de la gloria.

Por esa misma probidad que se hermanaba con la modestia, rechazó tentadores ofrecimientos de empresas periodísticas. Su espíritu libérrimo y generosamente despreocupado del bienestar material, no quería trabas ni compromisos, sino sólo estudiar, estudiar sin descanso, en espera del momento en que a sí mismo se confesara: "ya sé lo que soy". Entonces, y sólo entonces, había de darse sin tasa.

"Mercurio Peruano" entre cuyos redactores había seres ligados al artista por los estrechos lazos de la sangre o de la amistad, pudo, excepcionalmente, retenerlo como su director artístico. El hizo su elegante carátula, fijó su formato y exornó sus páginas con las gráciles figuras de mujer que ilustraron el artículo de Myriam "Las mujeres de Shakespeare" y con las expresivas cabezas de Brum, Presidente del Uruguay, de Cokrane de Alencar, ministro de Brasil en el Perú, y del famoso estadista norteamericano Roosevelt. En estos retratos, sacudiendo extrañas influencias, se revela ya artista original y valiente. Sus rasgos tienen seguridad admirable, ofrecen un relieve poderoso —que acusa, como en Miguel Angel, un temperamento de escultor—y asoma en ellos el alma de los retratados. Los mismos caracteres se notan en los que publica el pasado número, dibujados, exceptuando el mío, en la ciudad del Cuzco, donde lo ha sorprendido la muerte.

Tal fué el malogrado artista: un gran entusiasta por el arte, un sincero, una promesa genial ya con visos de realidad hermosa y amable.

En los artistas grandes por su temperamento y por su sinceridad ¿es posible separar la vida del hombre de la del artista? Creo que no, porque en ellos ambas vidas se confunden. Y este

es el caso de Augusto Madueño. Fué en él tan interesante como el artista el hombre: figura a la vez vigorosa y esbelta, natural suavidad y elegancia en las maneras, genio alegre con rasgos humorísticos, gran corazón e inteligencia culta y comprensiva y de juicios francos y sinceros.

Precoz para el amor como para el arte amó y lo amaron mucho las mujeres, cuyas siluetas finas y elegantes sabía, como pocos artistas, expresar con su lapiz habilísimo. Quizá si el amor, ¡oh sirenas!, dañó su carrera artística. Pero vosotras en el recogimiento tibio de vuestras habitaciones—y aun fuera de él, en vuestras confidencias mutuas—cièrto estoy de que lo habréis llorado.

Para ellos, para los amigos, era un compañero incomparable: dulce, atento, generoso y comprensivo. Sabía ganarse rápidamente simpatías y afectos, y nadie como él correspondía mejor: sus más brillantes trabajos los ejecutó para obsequiarlos.

Aun cuando fuera la preferida y procurara adquirirla intelectualmente—Augusto no se limitó a la cultura artística; le tentaba y mucho—lo saben sus amigos en gran parte escritores—la cultura literaria. Comentaba con singular tino y gracia a poetas y prosadores modernos, mas solamente entre los íntimos, que gustaban mucho de su charla. Y aún como espectador de inteligencia se asomaba en veces a la política mundial. Fruto de esta curiosidad fué su alegoría "La paz armada", el más intenso de sus dibujos a pluma, y en el que predijo la gran guerra.

Y todo este bello conjunto de promesas que a realizarse comenzaba lo truncó la muerte en un instante ¿Cómo pudo ser? nos preguntamos doloridos; y ante la verdad implacable el anonadamiento y la rebeldía surgen sucesivamente en nuestro espíritu y lo destrozan. Pero como Gastón Roger, el sugestivo escritor, yo "pugno por creer que todo esto que nos rodea no es sino mentira y embuste, que los muertos viven, que por justicia, por razón, por ley del cielo, del amor y de la inteligencia, mi hermano queridísimo no se ha inmovilizado para siempre; seguirá trabajando y continuaremos tratándole, vivirá su porvenir y continuará su obra".

Y no sé qué loca y absurda confianza me dice que no espero en vano: su espíritu ha de alentar e infundir a otro espíritu que, continuándole en vida, ha de llegar donde él debió y pudo llegar.

Lima, a 23 de agosto de 1920.

JOSE LEONIDAS MADUEÑO

El Ayllo

En el interesante artículo que publicamos estudia el autor esta forma de la familia en la antigua civilización peruana, tanto desde el punto de vista histórico, como sociológico. Después de examinar y criticar las fuentes más conocidas y los trabajos modernos escritos sobre la materia, el doctor Valdez de la Torre deduce importantes consideraciones relacionadas con la organización de la sociedad indígena.

A Alberto J. Ureta, afectuosamente.

Sirven de base a las deducciones respecto del ayllo, las Crónicas de Pedro Cieza de León, Polo de Ondegardo, Pedro Sarmiendo de Gamboa, Fernando de Montesinos, Juan de Betanzos, Juan de Matienzo, Fernando de Santillán, Fray Gerónimo de Román y Zamora, y Juan Joseph del Hoyo. Y respecto del valor que presentan estas relaciones históricas, debe tenerse presente que, escritas por hombres, testigos, en su mayor parte, de la vida social y política de la naciente Colonia, algunos de ellos coetáneos con el proceso de la Conquista y la implantación del dominio hispánico, sus informaciones constituyen fuente valiosísima de investigación.

Es natural que adolezcan de inexactitudes, explicables por el sentimiento religioso dominante en esa época, y por la fantasía y sentimientos de los primitivos historiadores: unos que contaban al país como un pueblo cultísimo y maravilloso donde todo procedía de la sabiduría incásica; y otros, que deseosos de empequeñecer a los Incas, presentábanlos como tiranos, para así cohonestar la conquista y destrucción del Imperio y hacer resaltar la dominación española como el conjunto de instituciones irreemplazables para el bienestar indígena.

Respecto de Cieza, juzga el sabio Jiménez de la Espada que su autoridad y veracidad son tales, que merece calificársele como "el primero de los historiadores del Perú" y le llama "el príncipe de los cronistas americanos". (1).

El historiador Lorente considera igualmente a Cieza como el más notable de los cronistas coloniales, "por haber sido el más antiguo historiador de los Incas y por la importancia de sus escritos" (2).

El haber residido Cieza diecisiete años en América, dos de los cuales en el Perú, explica su gran prestigio, pues tuvo tiempo suficiente para hacer investigaciones así como para darse cuenta del proceso de la conquista española en el Nuevo Mundo. Publicó la primera parte de su Crónica en 1553.

Para el Dr. Larrabure y Unánue, la autoridad de Cieza es la más respetable tratándose de asuntos históricos. (3).

El Licenciado Polo de Ondegardo, compañero del Virrey Toledo en su histórica visita por el extenso territorio colonial, suministra material de valor inapreciable, revelando en sus informaciones profunda ilustración, integridad notable y ponderado espíritu para resolver, suavemente, situaciones de fuerza.

Los trabajos de Polo, constituyen para Jiménez de la Espada, un modelo de investigación y crítica, y dice que gozaba de tal prestigio en la Colonio, que "durante los difíciles tiempos de Gonzalo Pizarro, leales y rebeldes le consultaban" (4). Lorente elogia al eminente jurisconsulto precitado, (5) y don Carlos A. Romero, en su biografía de Ondegardo, que según nuestro criterio, es la más completa, hace notar que se distinguió no sólo en los Cargos de Corregidor y Capitán General de Charcas que Gasca le confiriera, sino en el de Corregidor del Cuzco donde lo trasladó el virrey Toledo; así como por sus trabajos jurídicos, entre los que se destacan su Informe sobre las Encomiendas, dirijido al Comisario Briviesca de Muñatones; las Ordenanzas de Minas para La Plata, cuando Gasca; las de Carabaya, en época del virrey Andrés Hurtado de Mendoza y las de Huamanga en 1562; cooperó junto con Matienzo en la formación de las Or-

(1).—Prólogo de Jiménez en la "Conquista de Quito" por Cieza, y en "Tres Relaciones de Antigüedades Peruanas".

(2).—"Revista Peruana".—Lima, 1879, tom. II, pág. 265.

(3).—E. Larrabure y Unánue. "Monografías Histórico-Americanas", Lima, 1893, pág. 84.

(4).—Jiménez de la Espada. Prólogo en "Tres Relaciones", pág. 15.

(5).—Lorente.—Ob. Cit. pág. 267.

denanzas de Toledo y fué, además, autor del "Tratado del Matrimonio de los Indios" (6). Las informaciones del gran jurisconsulto fundamentan buena parte de nuestro trabajo.

En cuanto al Capitán Pedro Sarmiento de Gamboa, además de gran matemático fué notable marino. Vino al Perú en 1557 y fué otro de los compañeros del virrey Toledo en su famosa visita, con cuyo ocasión formó descripciones del país y escribió la "Historia de los Incas".—Sus grandes conocimientos matemáticos le originaron ruda persecución de parte de los inquisidores, habiendo sido dos veces juzgado y condenado (7).

Otro de los historiadores de Indias, cuyas "Memorias" suministran muy buenos datos, es el Licenciado Fernando de Montesinos (1642). Sus relaciones han sido objeto de dura crítica, pero la reacción es tan favorable al Cronista, que deben ser consideradas según el sabio don Pablo Patrón, "entre las fuentes históricas más importantes". Y esta deducción, está basada en el erudito examen de los escritos de Montesinos, verificado por Patrón, bajo el título de la "Veracidad de Montesinos". (8). Larrabure, aunque reconoce muchas inexactitudes en Montesinos, quien no está siempre de acuerdo con Cieza y Garcilaso, opina que sus informaciones "son tan dignas de estudio y constituyen una fuente importante de consulta" (9).

Juan de Betanzos, (1551) soldado de la Conquista, mediante su matrimonio con doña Angelina, hija de Atahualpa pudo conocer ampliamente la historia de los Incas. Escribió su "Suma y Narración de los Incas", tan naturalmente, que el decir de Jiménez de la Espada, "las cosas en su historia suceden a lo indio, no como en Cieza y Garcilaso y otros las leemos, a la española, o quizá a la romana y a la griega". Juzga el mismo americanista, que la Crónica de Betanzos es comparable por su valor histórico a la de Cieza. (10). Hace notar Lorente, respecto de Betanzos, que por conocer el quechua y los quipocamayos, pudo "recoger noticias tan copiosas como interesantes" y que fué nombrado por Vaca de Castro para investigar las antigüedades, cuyo

(6).—Romero.—Biografía de Ondegardo, en el tomo III de la "Colección de libros y documentos referentes a la Historia del Perú", por Urteaga y Romero.

(7).—José Toribio Medina.—"Diccionario biográfico colonial de Chile", Santiago, 1906, pgs. 813-818.

(8).—"Revista Histórica", t. I, pgs. 290-303.

(9).—Larrabure.—Ob. cit. pág. 373.

(10).—Prólogo de Jiménez de la Espada, pg. 11.

estudio escribió por orden del Virrey Mendoza, a quien dedicó su obra. (11).

El Oidor Juan de Matienzo de Peralta, fué otro célebre jurisconsulto. Cooperó con Polo en la formación de las Ordenanzas de Toledo. Revela en su "Gobierno del Perú" una vasta erudición, debida a su profundo conocimiento de las instituciones incaicas y coloniales; propone gran número de reformas en beneficio de los indios, algunas de las cuales fueron atendidas, pues aparecen después en las Ordenanzas de Toledo y en las Leyes de Indias. Defiende las crueldades de los españoles pretextando que éstos libraron a los indios de la tiranía de los Incas.

Otro de los grandes jurisconsultos cuyas descripciones merecen preferente lugar entre los antiguos historiadores de Indias, es el Oidor Fernando de Santillán. Vino a Lima en 1548 y acompañó en su viaje a Chile al Virrey Hurtado de Mendoza, donde fué nombrado Justicia Mayor y Teniente General, en 1557. En 1561 estaba nuevamente de Oidor en Lima y después fué encargado de fundar la Audiencia de Quito, ciudad a la que llegó en 1564. Escribió su Crónica en armonía con una Real Cédula de 1553. (12).

Román y Zamora, aunque no estuvo en el Perú, escribió sus "Repúblicas de Indias" disponiendo de un inmenso acervo de relaciones e informes sobre las colonias españolas en América, ya que en su carácter de Cronista Real y de la Orden Agustiniana, pudo adquirir todo género de facilidades al respecto. Su obra es un modelo de claridad y exactitud, y sus asertos referentes a las civilizaciones preincaicas han sido confirmados por los modernos sociólogos. Opina Lorente que la tercera parte de las "Repúblicas de Indias", puede contarse entre las páginas de oro por lo escogido de los datos y por el mérito de las apreciaciones. (13).

En cuanto al cura Del Hoyo, escribió el "Estado y economías de los naturales del Perú que se dicen Indios" (1772), estando capacitado por su ministerio de conocer a fondo el régimen de los pueblos del antiguo Imperio de los Incas.

Los breves apuntes acerca de los autores que fundamentan nuestras ideas sobre el ayllo, permiten sentar conclusiones, sobre una civilización secular, que infiltrándose en la legislación importada de la Metrópoli, llegó a modelar instituciones genuinamente coloniales.

---

(11).—Lorente. Ob. cit. pg. 273.

(12).—Medina.—Ob. cit. 812.—Prólogo de Jiménez de la Espada.

(13).—Lorente.—Ob. cit. pág. 267.

Se deduce de las Crónicas de los autores mencionados, que la palabra *ayllo* designa tres conceptos distintos: uno, en el sentido de *tribu;* otro, en el de *parcialidad* o sea circunscripción territorial, y finalmente como sinónimo de *linaje.*

Dice Montesinos: "al principio hubo paz entre los pobladores, pero cuando fué copioso el número, comenzaron a tener discordias entre sí sobre las aguas y los pastos" (14). Si la propiedad hubiese sido general no podrían explicarse las rencillas sobre las aguas y pastos; luego, es posible aceptar que las tierras estaban ya repartidas, entre las familias o entre las tribus, que habían llegado a establecerse sedentariamente. Este grado de adelanto en el proceso sociótico de los peruanos que habían pasado de la tribu nómade a la trashumante y de ésta a la sedentaria, es el relatado por el cronista. Con todo, la tribu no había llegado a urbanizarse y el Estado sólo se presentó mucho después, fruto de la necesidad de una dirección y como resultado del *caudillaje,* pues "para la defensa elegían caudillos los *ayllos* y las *familias,* conforme las ocasiones de guerra y de paz que se les ofrecía; y con el tiempo algunos hombres que con fuerza y maña se aventajaban a los demás, comenzaron a *enseñorearse,* y así poco a poco, fueron prevaleciendo unos más que otros" (15).

El *ayllo,* por lo que antecede, aparece personificando a la *tribu,* sin que ésta haya sido constituída, necesariamente, por personas descendientes de un tronco común. Es, más bien, la reunión de familias en las que el caudillaje se presenta como la primera forma de gobierno, en esa sociedad rudimentaria.

El mismo significado de tribu o por lo menos de *fatria,* se encuentra en Sarmiento de Gamboa, quien, describiendo los albores del Imperio y el mito de los Ayar, refiere que para facilitar éstos su dominio sobre los comarcanos, ofrecieron dar tierras y haciendas a quienes se distinguiesen auxiliándolos. "A lo cual, dice, por el interés se movieron diez *parcialidades* o *ayllos,* que quiere decir entre estos bárbaros linaje o *bando*..." (16). Y añade que de Manco Capac quedaron los diez ayllos mencionados.

Durante el reinado de Túpac Ayar Uchu, llamado también Pirua Pacari Manco, fundador del Cuzco, dice Montesinos que los habitantes tenían entre sí, sobre las sementeras y ganados y sobre el agua algunas rencillas", las que eran falladas por el primogénito de Pirua, sin que cupiese apelación alguna. (17). A la

(14, 15, 17).—Montesinos.—Memoria Antiguas, Historiales, y Políticas del Pirú. 1624.—Pgs. 3, 5 y 8, respectivamente.

(16).—Sarmiento de Gamboa.—Segunda parte de la "Historia General llamada Indica". (1572).—Berlín, 1906, pág. 31.

muerte de Pirua sucedió Manco Capac I. *confederándose* los pueblos vecinos con el Cuzco.

El mismo estado embrionario de *caudillaje,* anterior a los Incas, relata también Cieza, quien dice que vivían los naturales entre riscos y alturas. Eran "behetrías sin orden, porque cierto dicen no tenían señores ni mas que capitanes con los cuales salían a las guerras". (18). En otro lugar de su crónica describe el mismo Cieza, la evolución de las primeras tribus, que ya no vivían nómades, pues dice: "En los tiempos pasados, antes que los Incas reynasen, es cosa muy entendida que los naturales destas provincia, no tenían los *pueblos juntos* como ahora los tienen, sino fortalezas con sus fuertes, que llaman Pucaraes, de donde salían a se dar los unos a los otros guerra;.... y los Incas..... mandáronles *asentasen* sus pueblos en los llanos y laderas de las sierras juntos en *barrios,* como y de la manera que la *disposición* de la *tierra* lo ordenase; y desta manera, los indios, dejados los pucaraes,... ordenaron sus pueblos de buena manera, así en los valles de los llanos, como en las serranías y llanura del Collao". (19). La misma evolución relata Román y Zamora. (20).

Sarmiento al ocuparse de las *behetrías* dice: "Pero averíguase que aunque la tierra era poblada antes de los Incas, no se gobernaban con policía, ni tenían señores naturales elegidos por común consentimiento... Antes todas las poblaciones que incultas y disgregadas eran, vivían en general libertad siendo cada uno solamente señor de su *casa y sementera".* El mismo autor describiendo el valle del Cuzco, refiere que por ser fértil para sementeras, poblaron antiguamente tres *naciones* o *parcialidades* llamadas la una Sauaseras, la segunda Antesayas, la tercera Guallas. Poblaron cerca los unos de los otros, aunque *distintamente,* por las *tierras de sementera,* que era lo que en aquellos tiempos, y aun ahora, principalmente *procuran y estiman"* (21).

En la información de los Quipocamayos a Vaca de Castro, se lee: "antes de que los Ingas reinaran en este reino, los indios de toda la tierra vivían en *behetría* genral, que cada pueblo tenía

---

(18-19).—Cieza.—"Del Señorío de los Incas". Madrid 1880.—Pgs. 2-3, 94-95.

(20).—Román y Zamora.—"Repúblicas de Indias, Idolatrías y Gobierno en México y Perú antes de la Conquista" (1575); en los tomos XIV y XV de la "Colección de libros raros o curiosos que tratan de América".—Madrid, 1897; t. XIV, pgs. 325-332.

(21).—Sarmiento.—Ob. cit. pág. 29.—Navamuel, Secretario de Toledo, desmiente el nombre Antasayas.

sus *curacas*... Tenían guerras ordinarias con sus comarcanos por cosas de poco monto: porque alguno entrase a sembrar en sus *términos* o pastar sus ganados pasando los mojones, o hacer chacos u vicuñas en sus términos". (22).

Consecuencia de lo transcrito es la existencia del llamado *comunismo agrario* como fenómeno natural en la evolución de los pueblos del antiguo Perú, mucho antes de la dominación incaica; siendo aceptable el presumir que en esas épocas prehistóricas no jugó rol preponderante el vínculo familiar, consanguíneo o facticio, sino el territorial. Mucho más si se tiene en cuenta que la constitución de la familia respondía al dominio del padre, de modo absoluto, sobre sus mujeres, hijos y bienes.

Una vez fijadas las tribus al suelo por el elemento agrario, cimentáronse los vínculos familiares y los tribales, siendo natural que adquiriese el culto de los antepasados gran preponderancia, culto que los Incas respetaban al englobar dentro de su Imperio a los pueblos que sometían. Y el culto a los antepasados persistió en la época de la Colonia, como se desprende de diversas relaciones de entonces. Es sabido que entre los objetos de adoración por los indígenas, se encontraban las *Pacarinas,* "que es adonde ellos dicen que descienden.... y todos, especialmente las *cabezas de los ayllos* saben, y nombran sus Pacarinas" (23). Junto con las pacarinas y bajo la denominación de *huacas,* existían piedras que amorfas unas veces y otras representando hombres, mujeres o animales, cada una con nombre particular, eran objeto, igualmente, de veneración. "No hay muchacho, dice el arzobispo Villagómez, que no sabiendo hablar, no sepa el nombre de la *huaca de su ayllo:* porque cada parcialidad, o Ayllo tiene su Huaca principal, y otras menos principales algunas veces, y dellas suelen *tomar el nombre* muchos de aquel Ayllo" (24).

Y la tradición del antepasado común, cristalizada en la existencia no sólo de Paracinas y Huacas, sino de Mallquis y Conopas, explica la persistencia del ayllo, no consanguíneo forzosamente, como fenómeno de continuidad histórica. Aun en la actualidad, en las fiestas de los indígenas se les ve disfrazarse representando animales, que no vienen a ser sino vestigios de los antiguos totemes.

---

(22).—Jiménez de la E.—"Una antigualla peruana".—Madrid, 1892. págs. 7-8.

(23-24).—"Carta pastoral de Exhortación e Instrucción contra las idolatrías de los indios, del Arzobispo de Lima". 1649, en el tomo XII de la Colección Urteaga y Romero.—Pgs. 145-169, 235, 267.

El sentimiento religioso, preexistente, fué aprovechado por los Incas para cimentar la institución del ayllo gentilicio incaico. "Y es de notar, dice Sarmiento, que los deste ayllo (Chima Panaca Ayllo de Manco Cápac), siempre *adoraron* la estatua de Mango Cápac y nó las demás estatuas de los Ingas, y los ayllos de los demás ingas, adoraron siempre aquella estatua y las demás" (25). El mismo historiador manifiesta que desde Manco Capac "empezaron los *ídolos guaquis,* que era un ídolo o demonio, que cada Inga elegía para su compañía, y le daba oráculo y respuesta" (26).

Y tan profunda fué la influencia de la tradición religiosa, que apesar de las deformaciones sufridas en los ayllos durante la dominación incaica y por efecto de los abusos de los conquistadores y por las *reducciones,* siempre continuó el culto de las huacas, aunque ya perdidas sus tradiciones, y por gentes forasteras, en muchos casos, al lugar donde estaba el ídolo. Y era tal el culto de las huacas, que el ya citado Arzobispo Villagómez, en uno de sus cuestionarios a los Visitadores de Idolatrías, preguntaba qué *haciendas* tenían "assi chacras y ganados, como oro y plata..." (27).

Los primeros Incas, en cuyas tierras existía el comunismo agrario al someter los reyezuelos de los países vecinos no alteraron al sistema agrario, sino lo robustecieron. Fué un acto político-administrativo, al que no era indispensable el vínculo consanguíneo, el que era natural se debilitase, cada vez más, por el creciente aumento de las familias y como resultado de las guerras incesantes de esos tiempos y por la institución incaica de los mitimaes.

Confirman esta deducción los escritos de los historiadores primitivos. Cieza, después de escribir que los Incas reunieron en *pueblos* las diseminadas tribus, para que no tuviesen *enojo sobre los campos y heredades,* señalaron los *términos* de lo que cada pueblo debía tener, "en donde puso límite, para conocimiento de los que habían y después dellos naciesen" (28).

Polo relata, igualmente, la obra administrativa de los Incas, reuniendo en pueblos a los indígenas, "porque hasta entonces vivían muy divididos y apartados, y que se *contasen y dividiesen*

(25-26).—Sarmiento.—Ob. cit. pgs. 43-42.
(27).—Ob. cit., pág. 238.
(28).—"Del Señoría de los Incas", pg. 95.

por parcialidades, y con cada diez hubiese un mandón que trabajase con ellos" (29).

No intervenía en esa disposición incaica, el vínculo consanguíneo sino subsidiariamente, ya que es lógico deducir que las familias conservaron relativa independencia en los barrios asignados a los pobladores, a quienes, como es sabido, no se les permitía el cambio de localidad y hasta se exigía el uso de vestidos, de modo que fuesen un signo característico del lugar del país donde procedían los foracteros. Y tan predominaba la vinculación agraria, que Pachacuti Inca Yupanqui, reedificador del Cuzco e inventor de los *andenes,* "viendo que no había bastantes *tierras de sembrar* para que pudiesen se sustentar, (los del Cuzco), salió fuera del pueblo cuatro leguas en redonda dél, y considerados los sitios, valles y poblaciones, despobló todos los pueblos que estaban dos leguas contorno del pueblo. Y las *tierras* de los pueblos que despobló aplicólas para el Cuzco y para sus moradores, y los que despobló echólos a otras partes." (30).

Betanzos también resalta el influjo del elemento tierra y refiere que en época de Viracocha existían más de doscientos señores *caciques,* que tenían sus poblados al rededor del Cuzco, en un diámetro de cincuenta a sesenta leguas, y que de estos reyezuelos, subyugados cuando Inca Yupanqui, recibieron los que habían sido obedientes con el Inca, suficientes lotes de terrenos" para que perpetuamente ellos y sus descendientes sembrasen y se sustentasen..., cada uno dellos con la gente de sus *casas y amigos". (31).*

Así, pues, es posible arfimar el predominio de los caudillos que llegaron a ser *curacas* y quienes se apropiaron el *dominio eminente* de las tierras, siendo meros usufructuarios los demás habitantes; sistema adoptado por los Incas. Y este régimen territorial fué uno de los factores del *ayllo gentilicio aristocrático* que llegó a cristalizar en el gobierno de los Incas. Una de las causales del ayllo gentilicio fué, como se ve, la vanidad y la sed de dominio de unas cuantas familias privilegiadas, descendientes de los más audaces de los caudillos primordiales. Pero, nótese que es la *vinculación agraria* la que cimenta el ayllo-linaje.

Aunque no están acordes los cronistas sobre cuál Inca fué

(29).—Polo. Ob. cit., t. IV, pág. 50.

(30).—Sarmiento. Ob. cit., pág. 70.

(31).—Betanzos.—"Suma y Narración de los Incas" (1551), Madrid, 1880; pgs. 72-73.

quien incorporó en la legislación imperial, la institución del ayllo linaje, es la cierto que ella preexistió al Imperio. Así según Montesinos, Sinchi Roca, octavo rey peruano, (muy anterior a los Incas de la época histórica, pues, según el clérigo osunense gobernaron el Perú más de ochenta reyes), "viendo la muchedumbre de hijos y nietos y bisnietos de sus *antepasados,* fundó la *familia* que llaman Huicaquirau". En otros pasajes de las Memorias de este historiador, se destaca el ayllo como sinónimo de linaje". Del tercer hijo de Lloque Yupanqui, Apu Tacac, descienden los del ayllo Chibainin; de Putano Uman, segundo hijo del rey Cápac Yupanqui, provienen los Apu-Maitas del Cuzco; de Viraquira, cuarto hijo del *Inca* Sinchi Roca, desciende el ayllo Viraquiras; del sexto hijo de Yahuar-Huacac, Chima Roca, descienden los Auca Aylli Panacas; Inga Maita, tercer hijo de Huira-Cocha, fué quien dió origen a los Succe Panacas". (32).

El mismo significado de linaje aparece también en la "Relación de Antigüedades deste Reyno del Pirú", por Juan de Santa Cruz Pachacuti Yamqui: Manco Cápac, dice, tuvo por hijo legítimo a Sinchi Rucaynagua, el cual heredó los estados de su padre; " y los hijos menores así *naturales y bastardos,* por ser menores, se llamaron Chimapanacaayllo". Relata también que los nietos de Maita-Cápac se multiplicaron tánto, que formaron *usca maytaayllo* y *huauayñiayllo.* (33).

Según Betanzos, Inca-Yupanqui hizo poblar los alrededores del Cuzco, a "dos tiros de arcabús de la ciudad", por los habitantes *extraños* a su *linaje,* para que no hubiere en dicha ciudad" mezcla de otras gentes ni generación, sino fuese la suya y de sus orejones", y a ese barrio exterior denominó Cayaucachi. (34). Contradice Betanzos a Santa Cruz Pachacuti, pues mientras éste afirma que los hijos *bastardos* formaban parte del ayllo, asegura aquél que esta clase de hijos se llamaba *Guaccha-Cconcho,* que quiere decir "provenidos de pobre gente y baja generación" y que, eran "llamados ansi e non *tenidos ni acatados* ninguno destos, ansi hombres como mugeres de los démás señores, sino por un orejón de los otros comunes" (35).

Sarmiento afirma, igualmente, que formaban parte del ayllo, junto con los legítimos, los hijos bastardos. Así, dice que Pachacuti tuvo *cuatro hijos legítimos* en su mujer Mama Anaguarqui,

(32).—Montesinos.—Ob. cit. pgs. 90, 112, 115, 130, 131, 136.
(33).—En "Tres Relaciones"; pgs. 246-258.
(34-35).—Betanzos.—Ob. cit. pág. 115-112.

y *cient* hijos varones y cincuenta mujeres *bastardos,* "a los cuales, por ser muchos, llamó Hatun-Ayllo, que quiere decir Gran Linaje". A este ayllo se le designó también "Inca Panaca Ayllo" (36).

Otra de las causas del establecimiento del ayllo-linaje como institución imperial, fué evitar que los miembros de la nobleza de sangre real cayesen en la miseria y perdieran su posición espctable. En efecto, Sarmiento escribe: "Este Mango-Capac, ordenó para conservación de su memoria lo siguiente: que su hijo y de su mujer legítima, que era su hermana, sucediese en el estado, y si hubiese hijo segundo, a este *diese cargo,* que tuviese que *amparar* a todos los demás hijos y parientes, y aquellos le reconosciesen por *cabeza* para sus necesidades y se *apellidasen* de su nombre y él tuviese cargo de *favorecer y sustentar,* y para esto les dejó *hacienda.*" (37).

En la información de los quipocamayos, ya mencionada, aparece la relación, de la esposa e hijos de cada uno de los Incas; constituyendo ayllos los descendientes de los hermanos del emperador, que no heredando el trono, debían quedar en situación compatible con su estirpe. He aquí algunos datos de esa información: Manco Cápac tuvo en su mujer legítima Mama-Vaco, dos hijos varones: el mayor llamado *Chincreroca Inga* que fué su sucesor; formando los descendientes del segundo, el ayllo *Chimapanacas.* De los dos hijos de Chincheroca en su mujer Mama-Coca, el mayor y sucesor fué *Lloque-Yupanqui, Inga,* y del menor que "se decía Mango-Capaca descienden los del ayllo *Raorao-Panaca*". Lloqui- Yupanqui, tuvo tres varones legítimos: fué el primero Maita-Cápac, y del segundo y tercero, llamados respectivamente, Apo-Conde-Mayta y Apo-Taca, "descienden los del ayllo *Chiua-Yuin*".

De Apo Tarco Guaman, hijo menor legítimo de Mayta-Cápac, provienen los *Uscaymatas.* De Apo Colla Humpiri, Apo Saca Inga y Chima Chabín, hijos menores de Cápac-Yupanqui, descienden "los del ayllo *Apomaytas*".

El ayllo *Vicaquirao* se formó con los sucesores de los hijos legítimas menores de Inca-Roca, llamados Mayta-Cápac Inga, Tuman Tarsi, Vicaquirao Inga y Cuzco Urco Guaranga. Y continúa la información demostrando que el ayllo gentilicio, como institución político-social, cristalizó con el Imperio y sirvió de

(36-37).—Sarmiento. Ob. cit. pgs. 93-42.

auxilio poderoso a los príncipes de sangre real y sus descendientes (38).

Junto con los ayllos formados por los sucesores de los hermanos de los Incas, los descendientes de éstos mismos constituían, a su vez, ayllos. Sarmiento trae una relación de los indios descendientes de los Incas y que eran *principales* en cada uno de los *ayllos* provenientes de los emperadores, copiando a su final el acta en que consta su veracidad, pues por mandato del Virrey Toledo el Alcalde Corte en el Cuzco Dr. Loarte (1572), hizo comparecer a los indios "más principales y de mejor entendimiento de los doze ayllos y decendencia de los doze ingas" quienes confirmaron "la dicha historia como buena y verdadera" (39). Esta probanza es distinta de la realizada en enero del mismo año, de orden del mismo Virrey, para averiguar el linaje de los Incas, a fin de enviarlo a España con unos cuatro paños "de la pintura e historia dellos" (40).

La consolidación del ayllo gentilicio obedeció también a una medida de alta política: evitar las revoluciones que pudieran promoverse, bajo diversos pretextos, así como reducir la carga al fisco imperial, consistente en subvenir, previo trabajo de los agraciados, las necesidades de los miembros del linaje real. De aquí el que los Incas señalasen el gobierno de determinadas ciudades o regiones del país a los príncipes, para así, teniéndolos ocupados, desterrar sus ambiciones.

Resulta, pues, que el ayllo gentilicio incaico es distinto por diversas causales al concepto de ayllo, que de un modo genérico abraza a los descendientes de un tronco común, sea o nó aristocrático. Y este sentido amplio de la palabra, fué empleado por los españoles quienes llamaron ayllos a las estirpes en general y hasta a los pueblos pequeños, lo que hoy mismo acontece en Puno, Tacna, etc.

Otro empleo del vocablo ayllo fué empleado por los españoles al designar así las *parcialidades*, de cuyo significado se trata a continuación.

Inti Cápac, quinto rey peruano, dividió al Cuzco en dos barrios: "al principal mandó llamar *Hanan-Cozco*, que quiere decir Cuzco-arriba, o el barrio de arriba; al otro llamó *Urin-Cuzco*, que significa Cuzco-inferior o el barrio de abajo. "Dió el

(38).—"Una antigualla peruana", diversos lugares.
(39).—Sarmiento.—Ob. cit. pgs. 130-131, 42-102.
(40).—Apéndice C., "Colección Urteaga Romero, t. I.

gobierno del Hanan-Cuzco al príncipe heredero y "llamóle Cápac-Ayllo, que quiere decir la *parcialidad* más principal. *Pobló este barrio de todos estados y gentes*" (41).— Análoga división en parcialidades se verificó en todo el país.

He aquí el concepto del *ayllo* como *parcialidad*, con prescindencia de todo vínculo consanguíneo y sin relación directa con la propiedad territorial. Fué la reunión de pobladores bajo la autoridad de un noble designado por el monarca.

Para reducir a los aimaras al dominio de los quechuas, "Inga Yupangui hizo ayuntamiento de sus gentes y ayllos, e hizo las *parcialidades* que después llamaran Huanacuzcos y Hurincuzcos, y conformóles en un cuerpo para que juntos nadie pudiese ni fuese contra ellos" (42). Como se ve, la división de los pueblos en parcialidades o *barrios*, llamados también *ayllos* por los cronistas, obedeció no sólo a medidas de buen gobierno, sino a prevenir agresiones de los enemigos del país.

Y el uso del vocablo *ayllo*, indistíntamente, en vez de parcialidad o barrio, se halla en todos los historiadores de esa época. Así se ve en el acta relativa a la investigación del origen de los Incas, ordenada por el virrey Toledo, donde consta que Polo de Ondegardo encontró las momias de los Incas "así del *ayllo* de Hanan-Cuzco, como de Urin-Cuzco" (43).

Santillán, al referir la distribución por Túpac Yupanqui Inca de *cada valle o provincia en dos partes o parcialidades*, dice que dividió la gente en cada ayllo *igualmente*. Es decir, que fué una agrupación alejada de todo aspecto gentilicio; fué sólo una medida administrativa (44).

Román y Zamora detalla, extensamente, la división del Cuzco en las "dos *partes, barrios o bandos*" y dice que el Hanan-Cuzco fué repartido en cinco calles o partes, denominando a la primera Cápac-Ayllo, "que quiere decir, calle del linaje del rey, e hízola muy poblada y puso *diversas gentes de todos estados*". La segunda calle se le llamó *Incapanaca;* la tercera, *Cuscopanaca;* la cuarta, *Aucayllipanaca*, y la quinta, *Vicaquiraupanaca*. El gobierno de cada una de esas calles fué conferido, respectivamente, al príncipe heredero y demás parientes consanguíneos más allegados.

---

(41).—Montesinos.—Ob. cit. pg. 38.

(42).—Sarmiento.—Ob. cit. pg. 71.

(43).—Santillán.—"Relación del origen, descendencia, gobierno y política de los Incas", en Tres Relaciones, pg. 17.

(44).—Román. Ob. cit., t. II, pg. 25-26.

El Urin-Cozco, dividido también en cinco calles, tuvo a cargo de ellas a príncipes orejones. La primera de estas calles se llamó *Uzcamayta* y la segunda, *Apomayta.*

La finalidad político-administrativa de esta disposición la explica Román, "para que se pudiere tener mejor cuentas y noticia de las gentes" así como para prevenir "que ninguno se hiciese con otro para levantar sedición" (45).

Y tan no tuvo una relación el linaje con la distribución de los pueblos en los dos *barrios,* que tanto en el Hanancuzco como en el Hurincuzco vivían los descendientes de los Incas. Así, según Sarmiento, eran Hurincuzcos, los siguientes ayllos: Chima Panaca Ayllo, de Manco-Cápac; Raura Panaca Ayllo, de Sinchi Roca; Avayni Panaca Ayllo, de Lloque Yupanqui; Usca Mayta Panaca Ayllo, de Mayta Cápac; Apo Mayta Panaca Ayllo, de Cápac Yupanqui, y Vicaquirao Panaca Ayllo, de Inga Roca.

Vivían en el Hanan Cuzco, los ayllos: Cosco Panaca Ayllo, de Viracocha; Inca Panaca Ayllo de Pachacuti Inga Yupanqui; Cápac Ayllo, de Topa Inga Yupangui, y Tumibamba Ayllo de Guayna Cápac.

Igualmente, según el mismo cronista, vivían en el Hanancuzco y Hurincuzco, indistintamente los miembros de los diez ayllos descendientes de las *parcialidades* o *tribus,* que acompañaron a Manco Cápac. Vivían en el Hanan Cuzco, los ayllos únicamente: Chauin Cuzco Ayllo, Urayraca Ayllo Cuzco Callao, Tarpuntay-Ayllo, Guacaytaqui Ayllo, y Sañac Ayllo." Y esta división, (en barrios), dice no sirvía mas de para *contarse* unos a otros....." (46).

El sabio Dr. Uhle, opina que los barrios de Hanansaya y Urinsaya fueron "originalmente divisiones *geográficas,* que comprendieron cada una generalmente varios ayllos del mismo grupo", conservando cierta separación que aún hoy se manifiesta en los bailes ejecutados por comparsas de ambas secciones, y en los combates simulados entre ellas en las fiestas públicas. Cada una de estas fratrias, "mezclándose en ellas todos los ayllus del origen y rango más diverso para el cometimiento de los *deberes religiosos* que había que cumplir en la ciudad".

Por supuesto que, en épocas primordiales, había como dice Uhle, "*aillus originarios* y aillus de origen mas *moderno.* Había aillus *comunes* y otros que representaban *cierta nobleza,* el

(45).—Sarmiento.—Ob. cit., pgs. 29-33; 43-112.
(46).—Max. Uhle.—"El aillu peruano", Lima, 1911, pgs. 82-84.

Khapaj-aillu, este mismo contado por los indios tanto por uno como por muchos aillus particulares de que se componía". En sus principios predominó, según el sabio citado, el matriarcado, pues "el aillu antiguo se constituía entonces esencialmente de las mujeres y sus descendientes, figurando en el título del aillu sólo un hombre: el primer tío de todos los descendientes" (47).

Es posible, pues, concluír, que aunque los primitivos cronistas usaron la denominación ayllo en diversos significados, sólo fué correcto su empleo cuando designaba el *linaje,* en conformidad con su etimología quechua o aimara.

Además, debe distinguirse entre la evolución del ayllo gentilicio incaico, al que prestó tánta atención la constitución incaica, con la de los ayllos o estirpes en general, que al constituírse el Imperio habían perdido no sólo su carácter gentilicio reemplazado por la *vinculación agraria,* sino que es posible aceptar que en algunos lugares, principalmente en los pueblos indígenas de cierta importancia, llegaron a fusionarse los ayllos mediante los matrimonios exogámicos.

La deformación debió ser mayor con el trascurso del tiempo y por resultado de la fusión, en pueblos, por los Incas, de muchas de las comunidades preincaicas. Junto con esa fusión, deben incluírse las guerras así como la institución de los mitimaes. Cada vez más fué, pues, alejándose hasta el más remoto vínculo de consanguinidad para ser reemplazado por el vínculo facticio, reforzado por la tradición y el culto.

Los ayllos preincaicos, y con mayor razón los que encontraron los españoles al iniciar la conquista, eran verdaderas comunidades de aldea. Pero ¿cuáles son los caracteres de las comunidades de aldea? ¿Responden sus modalidades a la organización comunista peruana? El sabio Sumner Maine, después de estudiar las comunidades de aldea en la India, cree que esta forma de asociación comunista fué aplicada, por imitación, en los pueblos germánicos y escandinavos. Describe así la comunidad de aldea: "Las antiguas comunidades agrícolas de los teutones-tales como existían en Alemania—parece que se organizaron de la manera siguiente: se componían de cierto número de familias que ocupaban, a título de propiedad, un distrito dividido en tres partes: la *mark* del Ayuntamiento (township) o aldea, la

(47).—Sumner Maine.—"Etudes sur l'histoire du Droit". 1889, pgs. 106-110.

mark común o tierras baldías y de pasto, y por último, la *mark arable* o tierra cultivada. La comunidad habitaba la aldea, ocupaba la mark común a título de propiedad *mixta* y cultivaba la tierra arable, compuesta de lotes apropiados a las necesidades de las familias. Cada familia del Ayuntamiento era libremente gobernada por su propio jefe o pater familia".

La *marca arable* estaba dividida en lotes, de tres parcelas cada uno, con el objeto de cultivarlos siguiendo un sistema de rotación que permitiese el descanso del terreno y la consiguiente recuperación de su capacidad productiva. Cree Sumner Maine que la *marca arable* fué desglosada de la primitiva *marca común,* quedando reducida ésta última a la porción del dominio lugareño inapropiada para el cultivo.

Haciendo resaltar la influencia de esa diversificación en la evolución de la propiedad, dice: "La transición de la propiedad colectiva a la individual dió un paso el día en que en las tribus teutónicas, una parte del dominio cultivado fué concedido a cada familia del township"; pero había redistribución periódica de lotes (48).

En el Perú, Inca Roca, primer Inca, "dispuso que los ganados y frutos fuesen comunes, y del común vistiesen y comiesen todos. Esta ley se alteró después, dando tierras a cada indio para sus cosechas" (49). Existiese o nó este personaje, es lo cierto que alguno de los primitivos reyezuelos o mejor dicho varios, dispusieron la asignación periódica de terrenos de cultivo, distintos de los de pastos, entre los pobladores de sus respectivos dominios.

La comunidad de aldea peruana ofrece la misma evolución que la germánica: al principio no existía la separación entre terrenos arables y de pastos; y después, se dió tierras a cada indio, para su cultivo, creando así la *marca arable*, distinta de la común aunque derivada de ésta. Y tal semejanza no es de extrañar, ya que, no obstante las variaciones étnicas, geográficas, etc. de las distintas asociaciones humanas, las instituciones primitivas han sido muy afines en su desenvolvimiento, puesto que respondían a idénticos causales, originando, necesariamente, paridad en sus rasgos fundamentales.

A semejanza del régimen germano, el individuo era en el Perú mero usufructuario de terreno y aún hoy persiste la re-

(48).—Montesinos. Ob. cit. pg. 109.
(49).—Montesinos, ob. cit., pg. 110.

distribución periódica de que habla Sumner Maine, en algunos lugares del país, como más adelante se expone.

Las comunidades germánicas eran presididas por un Consejo de la Aldea y a veces por un jefe único. En el Perú, primitivamente, "los ayllos y familias nombraban caudillos para su defensa, pero con el trascurso del tiempo unos de estos caudillos superaron a otros, y así, poco a poco, fueron prevaleciendo unos más que otros" (50). Después, presidieron las comunidades peruanas, los *Camachicos* (en quechua *camachicoc*), que quiere decir el *más principal,* semejantes al Consejo de la Aldea.

Los camachicos persistieron durante la Colonia y aun al presente existen vestigios de esta institución en diversas comunidades del Cuzco, Canta y Junín. Y la vitalidad de los camachicos apesar de la dominación española, constituye otra prueba de la antigüedad de la comunidad de aldea peruana; estuvieron tan arraigados entre los naturales, que no pudieron desterrarse no obstante la implantación del régimen municipal importado de la Metrópoli.

En una crónica de 1772 se describe el rol y constitución de los camachicos. Hace notar su autor que, en vez de ser los ayuntamientos quienes deberían, en conformidad con la legislación colonial, ocuparse de los asuntos de su ministerio, en realidad los indígenas resolvían sus cuestiones importantes mediante los camachicos: "todas las más de esas operaciones, se resuelven en común, digo se consultan y determinan en esas *asambleas* formadas de la mayor parte del pueblo, unas veces en cabildo, otras en casas particulares, y no pocas en las quebradas y montes, según pide el negocio que se trata, más o menos secreto, y éste es observado con la mayor exactitud,... son esos *camachicos* sus juntas o cónclabes de acuerdo y nada hay más perjudicial quellas para su buena dirección" (51).

Cieza, refiriendo los abusos de los conquistadores en Guayaquil, que originaban la natural reacción en los aborígenes, dice: "acordaron los indios, después de lo haber platicado en sus *ayuntamientos, de los matar,* pues tan fácilmente lo podían hacer"; y relatando las costumbres de los pueblos situados entre Puerto Viejo y Guayaquil, escribe: "Y a tiempos eran de *congregaciones* para hallarse en ellas los más principales, adon-

(50).—Joseph del Hoyo. "Estado y Economía de los naturales del Perú que se dicen Indios"; Urteaga y Romero, t. IV, pgs. 162, 182.

(51).—Cieza. "Crónica del Perú", en Historiadores primitivos de Indias, t. II. pgs. 402-398.

de tratan lo conveniente al beneficio, así de sus patrias como de los particulares provechos dellos". Esas *congregaciones* o *ayuntamientos,* eran, seguramente, los camachicos (52).

Por consiguiente, la comunidad de aldea peruana, designada como *ayllo* fué la institución encontrada por los españoles al conquistar el país; siendo completamente diferente de la institución del ayllo incaico, mantenida vigorosamente por la constitución imperial.

Que el ayllo gentilicio llegó a convertirse en una comunidad de aldea, es también opinión de varios sociólogos, como Saavedra, Cunnow y De Greef. El americanista, Dr. Bautista Saavedra, inspirado en la teoría patriarcalista de Sumner Maine, llega a la conclusión de que el *ayllo gens* se convirtió en un *clan* agrícola y cooperativo, en una comunidad de aldea o *marca.* Con el tiempo, el vínculo consanguíneo de la gens, borrándose poco a poco, ha venido a convertirse en *facticio,* apareciendo entonces la *cooperación y la convivencia de pueblo con lazos de asociación.*

Según el mismo autor: "Los ayllus congregándose, *mezclándose, formaron comunidades territoriales y pueblos.* Mas, dentro de estas agrupaciones mayores, subsiste la familia, aunque nó con sus rasgos y fisonomía primeros" (53). El cooperatismo en la comunidad de aldea, de que habla el Dr. Saavedra, sólo es aceptable en forma restringida, pues avanzando el proceso evolutivo, con la adjudicación periódica de tierras de laboreo a los jefes de familia, ha debido resultar el trabajo por separado de cada familia. Aun más, la existencia de la propiedad privada territorial, que evidentemente existió aun antes de los Incas, que representa un peculiar estado sociológico, va en contra del cooperatismo. Y así se ve en las relaciones de Betanzos y Sarmiento, ya trascritas, que se repartió terrenos por Pachacuti y Viracocha, para que los agraciados los cultivasen y aprovechasen, a perpetuidad, con la *gente de sus casas y amigos.* El trabajo en común, la minkha, que tiene diversas formas, y de la cual existen vestigios hasta hoy, se realizaba durante el Imperio sólo en las tierras del Sol y del Inca; así como en las de los enfermos, ancianos y guerreros.

Estudiando la evolución del ayllo gens hasta llegar a la comunidad de aldea, manifiesta el Dr. Saavedra que la *gens,* la *fa-*

(52).—Bautista Saavedra.—"El ayllu", pgs. 26, 36, 38.
(53).—Saavedra, ob. cit. pgs. 188-79.

tria (congregación de familias formando un grupo llamado *curia* en latín), y el *clan* o *tribu*, representan una verdadera correlación de elementos *síquicos y colectivos*. Afirma que los conquistadores encontraron el *ayllu tribu*.

Pero llega en su erudito trabajo, a reconocer que el verdadero lazo de unión fué el agrario, pues dice que "la base de la marca fué el cultivo de las *tierras de comunidad* y aprovechamiento de pastos y aguadas, y reconoce la antigüedad del ayllo, que puede aceptarse se remonta a una época antiquísima, anterior al *período megalítico* (54).

El sentimiento nacional boliviano lleva al Dr. Saavedra a considerar la civilización aimara como la directriz en la evolución del ayllo y atribuye la etimología de este vocablo al aimara, mientras que el Dr. Uhle da sólidas razones para denotar que es genuinamente quechua. Manifiesta el sabio alemán, que la palabra *hatha* designaba en aimara esta forma de organización indígena y que representaba lo mismo que *semilla*, mientras que *aillu* denota en quechua una arma formada por bolas unidas por tres sogas en un solo punto, donde "prevalece la idea de los *vínculos legales* que conectan al individuo con la organización del grupo" (55).

El Dr. Bunge opina con Saavedra en la prioridad del ayllo aimara, del cual derivó la institución similar quechua: "Mucho se ha discutido, dice, acerca del origen del aillu. Aunque no puede asegurarse nada al respecto, nos inclinamos a la hipótesis de que el sistema existió primeramente en los indios Aymaras del Alto Perú. Abónala el hecho de una más antigua civilización, y, por consiguiente, de anteriores costumbres agrícolas. De ahí debió ser tomado, al par de la industria que lo ocasionaba, por los Quichuas", y hace notar que esta forma de organización estaba *cimentada sobre la base del comunismo agrario (56)*.

El Dr. Uhle, también hace notar el predominio de la vinculación agraria y dice que la antigüedad del comunismo agrario peruano debe tener algunos millares de años, no pudiendo existir ninguna civilización aunque sea bárbara, "sin organizacio-

---

(54).—Uhle.—Ob. cit. pgs. 91, 93.

(55).--C. O. Bunge. "Historia del Derecho Argentino". t. I. pgs. 76, 78.

(56).—Uhle, ob. cit .pg. 91.

nes, y en el estado de barbarie la forma de organización *natural* es en todas partes el comunismo agrario" (57).

El sociólogo Cunow, cuyos estudios se basan, principalmente, en la obra de Las Casas, intitulada "De las antiguas gentes del Perú", presta también la mayor antención al vínculo agrario. La constitución social princaica, consistió, para Cunow, en la *comunidad de aldea* "que muy amenudo era una comunidad de raza (ayllo) o una centena (pachaca). Frecuéntemente el ayllo no comprendía sino *una comunidad;* en las montañas solía comprender *varias.* Diversas centenas formaban habitualmente un *grupo común* (principal-ayllo), que tenía también un culto común. Varios grupos formaban de esta manera una *raza,* una *nación* (runa-runa), cuya unidad, por lo demás, no ha debido manifestarse sino en caso de guerra".

El ayllo era propietario de una parte del territorio de la raza (marca), pero dice Cunow, que si por su dilatación ocupaba la comunidad varias aldeas, *todas* continuaban usufructuando el terreno de cultivo sin verificarse división alguna. En cuanto a los pastos, eran comunes.

Analizando la teoría de Cunow, se observa que, sin desconocer la influencia primitiva de los vínculos consanguíneos, llega a la conclusión de que, el verdadero lazo de asociación fué el *comunismo agrario.*

El Dr. V. A. Belaúnde, sintetizando la teoría de Cunow, concluye: "El Perú no es el prototipo de la monarquía paternal; el comunismo no fué impuesto por los Incas; no fué un sistema de organización ideado por ellos y llevado a la práctica por hábiles alianzas. El Perú antiguo no es el arquetipo del estado socialista. El Perú antiguo es una enorme aglomeración de ayllos, de comunidades de aldea, de agrupaciones de organización rudimentaria y primitiva".

Para De Greef, el Imperio Incaico, fué "el resultado de *anexiones* más o menos *voluntarias* de numerosas comunidades sencillas, locales, comunistas y aisladas entre sí, que *conservaron sus antiguas formas* desde el triple punto de vista: económico, moral y político" (58).

El Dr. J. de la Riva Agüero cree también que los Incas no innovaron las instituciones de los pueblos que iban sometiendo,

---

(57).—V. A. Belaúnde.—"El Perú antiguo y los modernos sociólogos", pgs. 67, 25, 26, 80, 81.

(58).—Uhle, ob. cit. pg. 88.

sino en la medida de lo necesario, pero aprovechando los elementos de análoga civilización preexistentes.

En todas las hipótesis expuestas, se nota la tendencia a encuadrar bajo un solo patrón de evolución, el proceso sociológico de los distintos pueblos que llegaron a constituír el imperio de los Incas. Lo mismo acontece con el llamado *comunismo agrario,* cuya amplitud no fué idéntica, no sólo durante el Imperio, sino antes, pues ya existían ciertas formas de propiedad privada y los mismos Incas hicieron concesiones al respecto a curacas y principales. El sabio Uhle critica, al respecto, el exclusivismo de las diversas teorías acerca del ayllo; las que han olvidado la variabilidad de formas dependientes de la pluralidad de medios, factores éstos que no pueden ser desdeñados. Unas veces adolecen las hipótesis por "la estrechez del horizonte étnico dentro del cual se habría desarrollado la forma de las organizaciones; otras veces por la poca variabilidad de las formas, que según eso habría habido antes de la organización de los aillus" (59).

El historiador ecuatoriano González Suárez, describe la diversidad de formas de organización en los pueblos de esa nación que formaron parte del Imperio de los Incas. Según él, entre los *Caras* "no existió el comunismo absorvente de los Incas, y los individuos ejercían indudablemente el *derecho de propiedad,* poseyendo sus bienes y legándolos a sus herederos". Manifiesta, además, que los Sciris, conquistadores de los Quitos, no habían llegado a fundir a éstos dentro sus normas, pues fueron, a su vez, sometidos por los Quechuas; y explica que la gran resistencia opuesta a los conquistadores por los aborígenes ecuatorianos, se debió, principalmente, a que en ellos no había arraigado el sistema comunista incaico. Denota, además, que antes de la invasión de los quechuas existían en el Ecuador civilizaciones más antiguas que la incaica, siendo superior a la quechua la de los Cañaris (60).

El profesor Paretto, comentando a Cunow, opina como González Suárez, pues atribuye a la inexistencia de la propiedad privada individual, la facilidad con que fueron sometidos los peruanos, mientras que los mexicanos, "que tenían instituciones feudales y conocían la propiedad privada, opusieron una resis-

(59).—P. Federico Gonzáles Suárez.—"Historia General de la República del Ecuador", 1890.—T. I, 91, 212, 100, 154.

(60).—Santillán.—Ob. cit. pg. 48.

tencia heróica y no fueron vencidos sino en virtud de armas de fuego" (61).

Dada la topografía del país, es natural que mientras en unas regiones la evolución de la propiedad no había llegado sino al *reparto periódico* y a una propiedad particular de los curacas, que constituía una especie de *vinculación,* avanzase en otras hasta definir la propiedad territorial individual.

Santillán refiere que "todas las tierras, chácaras y heredades eran *propias* de los naturales", antes que fuesen sometidos por los Incas, y por lo cual, agrega, "el día de hoy se conoce de quien era cada chácara de las del Inga antes que se diesen y ofreciesen; y muerto el Inga y quitado el señorío, como hoy stá quitado, los que de aquel tiempo quedaron vivos, o su sucesión, cada uno conocía sus tierras que se habían aplicado al *Sol y al Inga,* y las tomaron y tienen y labran y cultivan como *cosa suya propia" (62).* Lo mismo ocurrió con el ganado. Esta afirmación tan amplia, debe entenderse a determinadas localidades.

En Sarmiento se encuentra, igualmente, la afirmación de que antes de los Incas, cada uno era señor de su casa y sementera. Román y Zamora, cuenta que algunos reyezuelos, de la época preincaica, tenían "tierras que llamaban *realengas,* las cuales arrendaban a los vasallos, que eran pobres, y esto por muy poca renta." (63). El hecho del arrendamiento, implica la apropiación por el Soberano del dominio eminente, así como la restricción en la propiedad comunal de las tierras.

Pero si existieron en algunas localidades, con anterioridad a los Incas, ciertas formas de propiedad privada, y durante el Imperio se agraciaba a curacas y principales con determinada propiedad familiar *vinculada,* existió en la mayoría del país, el reparto periódico, siendo obligatorio el sistema comunista bajo el dominio imperial.

En conclusión, el ayllo gentilicio, basado en el parentesco consanguíneo, fué perdiendo su fuerza, por su natural dilatación, mientras que, inversamente, adquiría mayor vuelo la vinculación agraria.

Para distinguirse la nobleza de los plebeyos, se dió otra dirección a la constitución familiar, ya no fruto de la naturaleza social primitiva, sino más bien resultante de la vanidad originada por la diferencia de castas, ya manifiesta en el *señorío*

(61).—Santillán.—Ob. cit. pg. 48.
(62).—Román, ob. cit .t. II, pg. 62.

de los Curacas y consolidada por los Incas, mediante la sabia adaptación del sentimiento religioso, y sino del respeto a las instituciones de los países subyugados. Además, esa organización aristocrática se imponía bajo el triple punto de vista de un buen gobierno: económico, político y administrativo. También puede afirmarse que los *curacazgos*, que eran verdaderos ayllos gentilicios, fueron reconocidos así por los Incas, aunque nó de modo explícito.

Apesar de las múltiples causales favorables al ayllo gentilicio incaico, iba perdiendo terreno, siendo opacado el ligamen consanguíneo por la poligamia y el trascurso del tiempo, tendiendo a ser sustituído por el vínculo agrario.

Juzgar los hechos de otro modo, implica aceptar para un mismo medio dos procesos sociales opuestos: uno, para la mayoría de los pobladores que, sin ser propietaria del suelo, estuvo reducida a formar parte del rebaño del caudillo, primitivamente, y después de la masa constitutiva de la *comunidad*, estando reducida a vivir del cultivo de cierta parcela de terreno, cultivo que constituía poderoso vínculo, y que fué el eje de la economía incaica; y otro, para la aristocracia, quien, no obstante el aumento de sus miembros y su alejamiento del tronco común, vendría a formar una excepción, inaceptable, del natural desarrollo de ese fenómeno social.

El régimen comunista, muy anterior al dominio incaico, presentaba diversas gradaciones, según las localidades; llegando la evolución a permitir ciertas formas de propiedad privada, aunque el dominio eminente pertenecía al soberano. Bajo los Incas, el laboreo obligatorio, en común, de los campos de cultivo se refería sólo a los asignados al Inca o a la Religión.

Fatalmente hubiese desaparecido la institución, artificial en cierta forma, del ayllo gentilicio incaico, al borrarse la memoria de cada uno de los antepasados y por desenvolvimiento de la propiedad hacia la individualización. Además, no debe olvidarse el rol de la conquista de los vencidos, que implicaba la esclavitud, quienes después terminaban por convertirse en miembros adotivos de los ayllos y familias, dilatándolos aún más.

Pero no es posible precisar la constitución de las comunidades incaicas sino estudiando el régimen de la propiedad en dicha época, que influyó poderosamente en su estructura y del cual se ocupa el siguiente capítulo.

CARLOS VALDEZ DE LA TORRE

Sonetos

CAMPESINA

¡Qué bálsamo de paz es para el alma inquieta
la soledad de un suave paisaje virgiliano!
Mucho lo amó el pagano y erótico poeta,
y lo amaba Fray Luis, con ser fraile y cristiano.

¡Claridad del solano, perfumadas campiñas,
donde dejó el esfuerzo sus luminosas huellas!
¡Oh racimos ubérrimos de las torcidas viñas,
fecunda lozanía de todas las *Mireyas!*

Cuando quiero encontrar una melancolía
que rompa este cansancio eterno de la mía,
me voy del Sol muriente, bajo los rojos lampos,

a buscar la soñada, la suspirada calma,
para tornar después, henchida toda el alma
de la melancolía profunda de los campos.

EL ALMA DEL VALLE

(A José Gálvez, cariñosamente.)

CHINCHA BAJA, LA ANTIGUA

Resuenan los tambores y clarines guerreros,
y, a la luz del recuerdo, aun se mira el reflejo
de limpias armaduras y chispeantes aceros
y el luciente atavío gentil de Almagro el Viejo.

Hoy la ciudad se duerme contemplando sus ruínas,
sus calles silenciosas y sus templos desiertos.....
En los aleros rotos no anidan golondrinas
y la maleza ha ahogado la pompa de los huertos.

En la Plaza Mayor, el sauce centenario
es como un árbol fúnebre dando sombra a un osario
que cavaron los dedos del tiempo vengador;

y en la cruz que del pueblo sale al viejo camino,
en la noche medrosa, se aterra el peregrino
y grazna la lechuza y espera el salteador.

Chincha Alta, año de 1920.

LUIS A. RIVERO

Digresiones de Actualidad

Grecia

El Dr. Luis Bernales ha abierto en esta revista una sección de carácter geográfico y político, destinada a comentar los asuntos de actualidad más interesantes, la mayor parte de ellos relacionados con los problemas que ha creado en el mundo la Gran Guerra. La versación del autor en esta materia, así como la importancia de los temas que serán tratados, nos permiten cree fundadamente que los artículos del Dr. Bernales serán muy bien recibidos por los lectores de "Mercurio Peruano".

Las rectificaciones geográficas en el mapa de Europa impuestas por los resultados de la gran guerra de 1914-1919, comprende al antiguo e histórico país de la Grecia.

Después de largos siglos de dominación bajo el despotismo de los turcos, vuelve la raza helénica a ocupar parte del extenso territorio en que sus mayores construyeron la más opulenta y la más espiritual civilización que el mundo ha contemplado.

Pocos pueblos tienen una historia tan vasta y hermosa como la de Grecia. Historia que revive hoy al asistir a la reconstrucción geográfica, política y social que le ha amparado la última guerra europea, dentro de sus resultados de alta justicia. La contemplación histórica de su pasado demanda nuevamente la atención de la humanidad. Se agiganta su pretérito y en el desfile de sus hechos y sucesos, se le ve más magnífica al fundar sobre los mares del Occidente un trono de redención y de vida para el hombre amenazado de muerte dentro de las civilizaciones envilecidas y de las teocracias de los pueblos y de los Imperios del Asia. Se le ve como el sol de un mundo nuevo en el que debía

surgir otra humanidad noble y altiva viviendo en la naturaleza, sintiendo la vida y el placer de haber nacido. Se le ve como el germen del genio y de la inteligencia humana, que puso el tranquilo sello del espíritu en todo lo que el Oriente solo lo pudo concebir increado en la materia.

Esboza las ideas de justicia y de derecho fundando una comunidad social y política de pueblos y de hombres amantes de la libertad y conocedores de los fines que debían llenar. Crea a la democracia y destierra a los privilegios de castas. Dió al sentimiento religioso, formas más puras y en estrecha relación con el alto sentido de la vida y de la naturaleza en que se colocaban sus hombres; no llegó al sentimiento de lo infinito y de la eternidad, pero libertó al hombre de aquella sumisión aplanadora que impusieron las religiones orientales. Dióle nuevas tareas al pensamiento y a la actividad humanos; hizo de su pueblo un pueblo de pensadores y filósofos, de artistas y literatos; de marinos y comerciantes. Y lo más admirable de la historia y de su vida como nación y como estado, es que geográfica y políticamente no constituyó nunca una entidad; fué, pues, a través de las tierras, de lo que hoy llamamos la península greco-balkánica y de las islas que rodean ésta, una asociación moral de pueblos libres vinculados por la sangre, por la lengua, por las costumbres, por el culto religioso de sus divinidades y de sus héroes, por sus leyendas, epopeyas y cantos y por la fuerza del destino de ser, todos, en la misión fecunda y de recuerdo eterno, los padres y maestros de la humanidad redimida de la noche larga que vivió en Asia y que su civilización la colocó en la gran aurora de la ciencia y del arte, del trabajo y del orden, de la libertad y del derecho y la justicia.

Después de haber creado tan admirable imperio de cultura, de establecer la soberanía de la razón y del arte, ¡cuántas y qué duras vicisitudes teníale reservado el destino a este pueblo de genio superior! Grecia no pudo coexistir con el espíritu conquistador de Roma. El pueblo de los cónsules y de los césares la encadenó, pero aun en el infortunio siguió siendo madre del genio y de la cultura; la vencida Grecia hizo de los soldados, mercaderes y campesinos romanos, sus vencedores, un pueblo conocedor de las letras y de la filosofía y con sentido de las bellezas de la vida moral e intelectual. La humanidad griega también fecundó a Roma.

Pero aun mayor representación histórica estaba llamada a tener. Roma, empobrecida y sin soldados del temple moral de

los que acompañaron a César, no pudo resistir la impetuosidad de las invasiones germánicas, cedió a éstos la península y trasladó su cetro y sus pasadas grandezas a la Grecia, estableciendo en ella el centro de los restos de su imperio.

Bajo el cielo luminoso de la Helénica en las tierras de Grecia y que el Jónico y el Egeo entre sus olas rumorosas conservan para la vida, Roma sobrevivió más de lo que su cáncer moral se lo permitía, recojiendo las últimas energías de su raza y el soplo de su genio; ahí concluyó la cristianización que inició en Occidente; ahí tuvo su última eclosión el Derecho Romano dictando el tipo de organización y de régimen familiar en que hasta hoy vive el hombre. Solo en el medio de la Grecia magnífica pudo prolongar su fin por algún tiempo más el Imperio bizantino o romano.

El Imperio Romano de Oriente desaparece ante la conquista de los turcos, sobre cuyas ruinas los sectarios de Mahoma fundaron el Imperio Otomano. Desde mediados del siglo XV la Grecia cambió de amos. La dominación romana le fué una negación de su libertad política; su espíritu, su fisonomía moral, su culto y su lengua subsistiendo al frente de los gobernadores y soldados de Roma. La dominación fué antes que todo geográfica, una extensión romana de occidente a oriente; se limitó en las tierras, respetó a los hombres y a los sentimientos de éstos. La dominación de los otomanos radicó en las tierras y en los hombres, en el culto y en las costumbres. El yugo turco, despótico y cruel, sacudió los sentimientos de una raza que a través de los siglos y de los infortunios había conservado sus valores morales; los pueblos de Grecia al sentir el latigazo del bárbaro asiático, revivieron las altiveces y las energías de su nacionalidad adormecida. Los siglos de esclavitud bajo los sultanes turcos no fueron suficientes para ahogar la noble y altiva virtud de los hombres de Grecia de amar y conservar el terruño sagrado de sus mayores.

Curioso fenómeno en la historia política y social de Europa, que a la vez, que se formaban y se afirmaban las nacionalidades europeas y se constituían en alianzas para procurarse sólidas defensas ante los peligros de la invasión y de la conquista de los turcos, la Grecia abandonada a su propia suerte, caía esclavizada: a un pueblo con más derecho que otro alguno para ser libre, se le dejaba entre los hierros de la conquista.

Después de tres y medio siglos de dominación el pueblo helénico en los comienzos del siglo XIX, levantó la bandera de la

independencia. La insurrección de los pueblos griegos contra los turcos para alcanzar su libertad, fué una cruel y sangrienta guerra, contemplada, primero, indiferentemente en Europa por las sugestiones de Metternich, partidario de la integridad ilegítima del Imperio turco, y después protegida y amparada por el Zar de Rusia y por sus ejércitos que, al llegar a las orillas del Danubio, impusieron a Turquía el reconocimiento de la independencia de Grecia. Sin esta intervención simpática de Rusia que procedía de acuerdo con Inglaterra, la noble y legítima aspiración de los pueblos de la antigua y grande Helénica habría sucumbido trágicamente ante la ferocidad musulmana.

En 1829 resurgió una Grecia libre, reconstruída en su historia, en su raza y en su lengua. Sin embargo no reaparecía geográficamente tal como el sueño de sus hombres y tal como la sangre vertida la reclamaban. La política europea sólo protegió una reconstrucción parcial de la Grecia; admitirla con la pluralidad territorial de los antiguos, era la reconstrucción de otra potencia limitadora de las ambiciones de las preexistentes. La Grecia de 1829 comprendió los territorios únicamente meridionales: por el norte no llegó más allá de los golfos Arta y Voló. Pero fué bastante espacio para que se congregara de nuevo el alma griega y el espíritu vibrante y rebelde de la nacionalidad de sus pueblos. Desde las desnudas tierras del Peleponeso y del Atica sus hombres no han cesado de reclamar el dominio de sus tierras setentrionales y de las insulares.

De los resultados de las guerras de los pueblos cristianos—eslavos en 1875 contra sus opresores los turcos, la Grecia, aunque neutral en la contienda—debía sacar ventajas territoriales, ampliamente satisfactorias para el idealismo nacional. Esta vez la política europea cristalizada en el Congreso de Berlín favoreció a Grecia; las disminuciones de tierras que impuso a los rusos y a sus aliados eslavos de los Balkanes, en una parte las ganó Grecia con la anexión de la mayor parte de Tesalia.

En 1881 todavía quedaba en poder de los turcos del mundo helénico, la Macedonia, Salónica y Constantinopla.

Los pueblos cristianos, los griegos y eslavos de la península Greco-Balkánica, después de las estipulaciones del Congreso de Berlín no quedaron perfectamente conformados dentro de la Historia y de la Geografía del Continente. La presencia y ocupación turca en las zonas próximas a sus fronteras significaba aun restos de detentaciones de tierras y de razas, que les pedían su anexión. Estimulados por estas aspiraciones, desarrollaron

una capacidad militar que la hacen efectiva en el año de 1912. Coaligados nuevamente los pueblos de la península emprenden tenaz guerra contra Turquía; la victoria no les fué difícil; luchaban por un idea y por un derecho; en cambio, Turquía consumida entre sus propios vicios, sin ninguna fe y sin ningún ideal ético con que exaltar el valor de sus soldados, cae otra vez vencida, devolviendo las tierras que un día su poder le diera y que la Europa siempre agitada y dividida viene consintiendo desde hace cinco siglos.

Frutos de las victorias en la guerra de 1912-13 son los territorios que reconquistó la Grecia al norte de la Tesalia o sea parte del Efeso con la isla de Corfú, parte de la Macedonia y de la Tracia con la periferia del golfo de Salónica, las islas del litoral de Asia Menor como, Metelini, Chio, Samos y Nicosia, y además las islas de Tharsos, Lemnos y Samotracia del mar del Archipiélago.

De los resultados de la guerra 1914-1919, luchando por su propia causa y por la justicia y el derecho que defendían las armas de Francia y de Inglaterra, ha obtenido otras porciones en la Tracia hasta frente al Mármara y las tierras occidentales del Asia Menor que tienen por centro a Smirna, también las islas de Imbros y Creta. Después de esta reconquista ya sólo le falta Bizancio para presentar la unidad geográfica en donde en el pasado tuvo su unidad moral de un pueblo de pensadores y de artistas.

Admirable reconstrucción histórica y geográfica la de Grecia. Después de tres siglos, la inicia en 1829, cuando ya se creía agotada a su raza y perdido el espíritu valeroso de sus hombres; de esa fecha al presente, en el curso de un siglo, ha continuado lenta y firmemente esa reconstrucción; sus dominios de hoy se acercan otra vez a las orillas del Bósforo y a las torres de Santa Sofía.

La evolución geográfica de Grecia comprende varios períodos; relataremos los más interesantes. La Grecia antigua abarcaba un extenso territorio desde el fondo o base de la península balkánica hasta el final de la misma y las islas levantadas en las aguas del Jónico y del Egeo. Espacio territorial dividido en tres zonas. Grecia Setentrional, Central y Meridional.

La primera comprendía las regiones de Tesalia y del Epiro, entre la Macedonia por el Norte, al sur los montes Pindo y entre el oeste y este los mares Jónico y Egeo. Sus ciudades eran Larissa, Farsalia y Lamia.

La segunda entre el Pindo y lo golfos Patras y Corinto, comprendía la Acarnania, Etolia, Lócrida, Fócida, Beocia, Megárida y Atica. En estas tres regiones las ciudades notables eran: Delfos, Lepanto, Actium, Tebas, Queronea, Platea, el Pireo y Atenas, la reina de la Grecia.

La tercera en las tierras meridionales de la península, que se unía a la continental por el istmo de Corinto, comprendía la Acaya, Argólida, Arcadia, Mesenia y Laconia. Esta región llamada antiguamente del Peloponeso y hoy de la Morea, contaba con grandes y hermosas ciudades entre las que sobresalían: Sición, Micenas, Hermione, Esparta, Helos, Pylos, Olimpia, Mantinea, Megalópolis y Tegea. Las grandes islas en las que también se extendió la raza y el alma griega, eran: Eubea y Lemnos, en el Egeo; Andro, Tenos, Myconos, Syros, Naxos, Peros, Mio, Ceos, Siphanos y Milos del archipiélago de las Cícladas; Corfú, Paxo, Santa Maura, Itaca, Cefalonía, Tante y Cerigo, en el Jónico. Además, las islas de la costa de Asia Menor, principalmente Metelin, Chio, Samos y Nicasia.

Los pueblos y regiones a que Grecia dió su cultura, sus dioses y su idioma, fueron: la Tracia, Macedonia, Iliria y Asia Menor del Archipiélago; con ellos formó una comunidad moral y política.

La dominación romana, primero y luego la de los turcos, tuvo su centro en estas tierras y países; que hoy, al conjuro de vientos conductores de justicia entre los pueblos y naciones, se levantan libres con un firme y luminoso sentido de la vida y del Derecho.

Aunque con un suelo desfavorable, áspero, pedregoso, atravesado de montañas, escaso de humedad y con climas fuertes, los pueblos de Grecia que vuelven hoy al cautiverio, mostrarán que en ellos subsiste el espíritu de sus antepasados; trabajando con ardor y guiados por el ideal de ser fuertes, dominarán las rebeldías de la naturaleza y en los mercados de otros pueblos se buscará a sus mármoles de Paros, a sus vinos de Malvasía y de Corinto, a su púrpura de Hermione, a la miel de sus colmenas, a sus olivos de la Morea, al tabaco y a las frutas de sus valles y prados. Precisados por la estructura de su suelo y por la posición marítima de sus tierras, volverán los griegos a ser los marinos y navegantes, los industriales y comerciantes que redimen y sacian las necesidades de la humanidad.

Pero otra reconstrucción más grande y más hermosa que la geográfica aun les queda por emprender; la del pensamiento y

la de la cultura filosófica y artística de sus progenitores. Las generaciones actuales acusan poseer las virtudes de las del pasado. Su representación está en la figura política de su premier Venizelos, el alma y genio de los modernos idealismos del pueblo griego. Si reflorece el espíritu y la gracia griega, la humanidad tendrá otro Aristóteles y otro Platón para renovar las concepciones filosóficas, otro Homero y otro Esquilo que en nuevos cantos y tragedias hallan arte de los secretos del corazón humano, otro Demóstenes que en la tribuna senatorial proclame la eterna soberanía de las democracias, otro Fidias y otro Praxiteles que de nuevo inmortalicen en el mármol la gracia y el ritmo de la línea humana ,y otra Atenas con otro Acrópolis en el que, con los inagotables mármoles del Pentélico, levantarán otro Partenón ante el cual se incline reverente el hombre del porvenir como hoy nosotros lo hacemos ante el recuerdo y ante las ruinas de la Grecia Antigua.

Lima, 1920.

LUIS E. BERNALES

BULGARIA
SERBIA
ALBANIA
BLACK SEA
KIRK-KILISSIA
MIDIA
ADRIANOPLE
LULE BURGAS
CHATALJA
SEUTARI
CONSTANTINOPLE
THRACE
SEA OF MARMARA
SERES
DRAMA
KAVALA
THASOS
DEDEAGH
XANTH
VODENA
SALONIKI
OKOSHAM
GALLIPOLI
BRUSSA
TURKEY
IN
ASIA
BALIA
ADRAMITI
LIMNOS
LARISSA
TRIKHALA
VOLO
CORFU
ÆGEAN
SEA
MYTILENE
PERGAMOS
UNDER GREEK CONTROL
KULA
PHILADELPHIA
SMYRNA
THIRA
NAZILI
AIDIN
SAMOS
NIKARIA
MILASSA
BUDRUM
KOS
DODECANESIAN ISLANDS TO ITALY
RHODES
KARPATHOS
CASOS
CRETE
ACQUIRED 1913
CANDIA
IONIAN SEA
SANTA MAURA
CEPHALONIA
ITHACA
PATRAS
GULF OF CORINTH
ATHENS
CORINTH
CHALCIS
ANDROS
TINOS
KEOS
SYROS
MYKONOS
SERIPHO
PAROS
IKALOS
SIPHNOS
MILOS
TRIPOLIS
SPARTA
CERIGO
GREECE
1883-1920
SCALE OF MILES
0 20 40 60 80
BOUNDARY OF GREECE 1883
BOUNDARY OF GREECE 1897
BOUNDARY OF GREECE 1914
BOUNDARY OF GREECE AS FIXED BY TREATY 1920
TERRITORY GAINED 1897
TERRITORY GAINED 1914
TERRITORY GAINED 1920

Notas Varias

UNA FILOSOFIA ESTETICA, por Mariano Ibérico y Rodríguez.—Biblioteca de "Mercurio Peruano".—Serie A, Vol. III.—Sanmartí y Cia. Lima, 1920.

Entre todos los libros nacionales hasta hoy publicados, nos atrevemos a afirmarlo rotundamente, pocos representan como el que aquí comentamos un esfuerzo más puro y más alto en el ámbito filosófico y ninguno alcanza su trascendencia ideológica. Significa un inapreciable impulso de fecundización de la mentalidad patria mediante la onda preñada de gérmenes de vitalidad infinita de una filosofía que parece destinada a descubrir, por fin, al hombre el secreto de la Vida, desplomando en formidable fracaso todos los andamiajes que los siglos levantaran entre aquél y ésta. Posee la virtud de ofrendar a las nacientes generaciones, angustiosa esperanza del país, en halagüeño trasunto, la quintaesencia de un pensamiento que para honra de la edad en que vivimos viene a resolver el pretenso irresoluble conflicto entre la especulación racional y la visión mística, última división de escuelas y sistemas desde el alba de la Humanidad.

Esta filosofía con que el admirable genio de Enrique Bergson alumbra el *Novecientos* y en que, como apuntamos, se resuelve la clásica antítesis entre el racionalismo y el misticismo (como lo plantea con extraordinaria claridad sintética Antonio Caso en su estudio sobre Bergson, publicado en la revista mejicana "Nosotros") es el alimento que hoy brinda a los espíritus sedientos de linfa pura, el Dr. Ibérico Rodríguez en su valioso libro.

En Bergson, como lo dice el mismo crítico, florece una tendencia filosófica que arranca desde el pasado siglo y que se puede hacer remontar hasta el propio Rousseau. Es la corriente antintelectualista, que nace de la desconfianza con que el espíritu humano contempla el encasillado lógico a que se pretende reducir la movilidad de lo real, que aquél siente incoercible. Tras largos siglos de afanosa búsqueda, durante los cuales la especulación de los filósofos levanta prodigiosos castillos metafísicos, para salvar el abismo que media entre el mundo interior y el externo, la conciencia humana, fatigada por la inutilidad de sus tremendos esfuerzos, recae sobre sí misma y halla en su propia decepción y en su fracaso para explicar la realidad, la verdadera orientación para descubrirla.

La falacidad de la razón, de la inteligencia pura, impele al espíritu humano hacia sus fuentes, rompiendo las vallas convencionales que las condiciones de adaptación a la materialidad erigieron. La inteligencia abdica el cetro de la Filosofía y se resigna en adelante, convencida de su impotencia, a extraer de la intuición instintiva los datos de la verdad.

El extraordinario progreso que esta concepción significa y las etapas que ha recorrido su autor para alcanzarlo quedan admirablemente estudiados en el libro del Dr. Ibérico. En la grácil diafanidad de un estilo casi musical se desenvuelve bellamente la exposición del sistema, en sus líneas fundamentales. Mentalidad afín a la del insigne filósofo francés, hallábase el Dr. Ibérico en perfecta aptitud para trasladar a nuestro ambiente el bergsonismo, y lo ha hecho tan cumplidamente que la renovación intelectual del país dependerá en gran parte de su fecundo esfuerzo.

Era ya hora de que al cientificismo miope y degradado sucediera la aurora de redención espiritual que en este libro—que como decimos, hará época en la historia de nuestra evolución intelectual—saludamos.

M. B.

Consideraciones inactuales sobre la situación europea.—

Todavía estamos cosechando los frutos de la insensata filosofía positiva que quiso asimilar al hombre con la bestia, olvidando al ángel de Pascal. "El hombre es lobo para el hombre". "El hombre desciende del mono". "La ley de la vida es la guerra a muerte de las especies". "El débil debe perecer". "El galardón será siempre del más bravo de la tribu". Tales eran los bellos aforismos de esa brava y bizarra filosofía de los que no temieron a sus consecuencias lógicas. Y las condiciones de vida a que nos han conducido tales datos para la conciencia moral colectiva, son realmente edificantes.

El envilecimiento del espíritu humano operado por esas doctrinas, la relajación de las costumbres, el desenfreno de todos los vicios y pasiones con la sed urgente del goce material inmediata, están a la vista. La bestia necesita satisfacer sus apetitos y dar pábulo a sus instintos. Para los imperativos de su sangre no hay ley ni control. No hay fe en valor alguno, ni humano ni divino, que pueda contrarrestar el hambre feroz de todas las concupiscencias. Así, paradójicamente, con el señuelo de la Razón soberana que derrocó a la Fe decadente, hemos sido conducidos al fondo de este abismo, en el cual, ahora, ni la razón misma es freno eficaz. Que si el hombre se vale de la razón tan sólo por la parte sensitiva—dice Dante—*"non vive homo, ma vive bestia"*....

*
* *

Un agudo indicio del actual estado de la moral del mundo, es la contestación del astuto y cínico Landru, el Barba Azul Moderno, al Juez

Bonin, que conocemos por una correspondencia de la Prensa Asociada. "No sigan fastidiando al público francés—dijo el famoso asesino—con "el caso Landru" ¡Asegúrense de la indemnización alemana! Esa es la cuestión del momento: ¡los alemanes! He allí—diría Swift—el *yahu* temerario enfrentando a los *yahus* hipócritas. Sí—parece decir— castigad mis crímnes, acusadme, vilipendiadme, arrojadme de vuestra sociedad, asqueadme.... Pero a vosotros ¿quién os asqueará? ¿creéis que van a quedar ignorados e impunes vuestros crímenes? ¿creéis que no ha de brillar algún día la verdad, por sobre vuestras intrigas, hipocresías y mentiras? Y su actitud de franca hostilidad, de desesperado ataque a los que sabe que terminarán por victimarlo, nos recuerda los fieros ataques hechos a la sociedad por críticos desaforados, como Wycherley (que bien puede ser tenido como precursor de los Bernard Shaw y los Bertrand Russell) quien, por boca de una de las mujeres perdidas de "*La esposa lugareña*", dice: " Nuestra virtud es como la conciencia del hombre de Estado, la palabra del cuáquero, el juramento del jugador, el honor del gran señor: nada más que una añagaza para embaucar a los que se fían de nosotras" Y no deja de reflexionar el ánimo sereno y desapasionado en la grave y acusadora verdad contenida en aquellos descargos. ¿En nombre de qué principios, doctrinas y finalidades impone penas una sociedad encanallada donde privan la corrupción y la venalidad? Lo raro es que con semejantes bases y semejantes fermentos de mal, el actual desconcierto no se convierta aún en una anarquía más sombría e irremediable. ¿Qué hacen los dirigentes por conjurar el inmenso peligro de la tormenta terrible que se avecina? Persisten en sus disputas y rivalidades, se empecinan en sus yerros, desafían la paciencia de las masas à las que atribuye Carlyle una misión divina *(French Revolution),* las hostigan, las exasperan, pretenden engañarlas cuando ya están en descubierto, sin ver que, como decía el egregio pensador excéntrico, refiriéndose a los estadistas del 79, ya empezaba a agitarse bajo sus pies "ese obscuro caos vivo de ignorancia y hambre, fuerte de veinticinco millones....." Mas, ¿qué decimos? ¡Hoy se enfrentan al incalculable poder ruso! "Vosotros y vuestros padres—exclama Carlyle ,con verbo apocalíptico—sembrásteis vientes; ¡rcogeréis tempestades! ¿No está acaso escrito, desde antiguo que el salario del pecado es la muerte? Aunque muchos de ellos tienen, como Turgot y Necker, la revolución pacífica en la cabeza, se obstinan en posponerla, son misoneístas. Nobles espíritus liberales, una vez llegando al poder se sienten cohibidos, aprisionados por las mil ataduras y vínculos de los prejuicios y los intereses creados (Briand, Lloyd George). Brillantes inteligencias urden sutiles sofismas encaminados a contrarrestar la pujanza de las nuevas ideas. Aunque atinadament observan que "organizar los sentimientos, el criterio, las aspiraciones y propósitos de millones de personas, y asegurar actitud análoga entre ellas con respecto a los intereses más importantes de la vida, es un milagro de la potencia humana", no aciertan a comprender, o no quieren reconocer, que hay momentos y épocas en que el ensayo se impone; momentos en los que es necesario darle a cada uno lo que es suyo, si se quiere evitar que lo tome por su cuenta y riesgo. "No hace falta estudiar la cuestión—dice un moderno pensador francés. Se ve, con los ojos cerrados que la razón está de parte de los pobres".

Y ya no nos queda más remedio que dejar para un próximo artículo el comentario concreto de los hechos que nos han sugerido estas digresiones que habréis de perdonarle a su autor.

E. E.

"SAN MARTIN EN PISCO".—Sexta conferencia del Conversatorio Universitario, por Raúl Porras Barrenechea. (8 de setiembre de 1920).

Raúl Porras Barrenechea nos ha proporcionado con su última conferencia del Conversatorio Universitario, la monografía más completa sobre el desembarco de la expedición libertadora en Pisco; desembarco cuyo centenario se acaba de celebrar con gran regocijo y solemnidad en aquel pintoresco y laborioso puerto.

Decimos "monografía más completa", porque Porras ha consultado, no sólo las obras clásicas relativas a la materia, como son las de Paz Soldán, Mitre, Bulnes, etc., sino también las colecciones de documentos y periódicos que, o eran desconocidos o permanecían olvidados, a saber el "Archivo del General San Martín" y la "Gaceta del Gobierno de Lima". Asimismo ha extractado Porras para su interesante estudio las Memorias de Cochrane, Miller, Stevenson, García Camba y otros.

No se ha limitado Porras a ordenar los datos de que dispone. Ha logrado amenizar un asunto que resultaba monótono por la necesaria enumeración de unidades y elementos navales, de divisiones de ejército y su respectivo material bélico.

En elogio de la conferencia de Porras, únicamente debo decir que ella consigue despertar en el lector el estado espiritual que experimentaran los coetáneos de tan épicos acontecimientos.

J. G. L.

MOTIVOS DE UNA CARTA DE ORTEGA Y GASSET.—

Uno de los ecos más dignos de anotarse entre los que han llegado hasta nosotros desde los campos de lucha social del viejo mundo es el que nos trae "Mundo Gráfico" con la reproducción de una viril carta escrita por el autor de *Meditaciones del Quijote* al director de "El Sol" de Madrid, con motivo de ciertas maquinaciones del señor Dato, encaminadas a vulnerar gravemente los intereses vitales de ese importante factor de la opinión libre en España.

Sin detenernos aquí a hacer una reseña de esa cuestión, que en la Península han llamado "pleito periodístico", queremos reproducir y comentar, pues lo merecen, algunos de los conceptos del vigoroso propugnador de los ideales culturales en España.

"He andado demasiados años con los tacones torcidos; he renunciado a muchas cosas durante mi vida por defender en mi derredor la libertad—una de las pocas cosas espléndidas inventadas por el hombre—, para permitir, sin congruas represalias, que venga a amputármela cualquier audaz a quien la inmoralidad de mis compatriotas consiente ocupar por unas semanas la presidencia del Consejo". En este párrafo de Ortega hay que notar dos cosas: la manera romántica, digamos, que tiene de hacer sentir todo lo que significa la dignidad que no claudica por lo que el mundo llama valor; y la entereza, la osadía con que el gran pensador (que por lo visto es también un gran ciudadano) increpa a sus compatriotas, sin atenuaciones ni eufemismos, su inmoralidad cívica. Entre nosotros donde la palabra "cívico"—como la palabra "ideal"—ha sido desprestigiada, un arranque como el de Ortega en defensa de puros ideales cívicos parecería ingenuo y "de mal gusto". Nuestros intelectuales, amigos de lo formal y ampuloso, no comprenden las actitudes de espontánea altivez, de producción pronta y entusiasta. Ellos nó. Ellos, doctores de todas las facultades, no pueden "producirse tan de ligero", ellos "estudiarán la cuestión" o, como el Pacheco de Queiroz (a nuestro pachequismo ha dedicado un artículo Juan Francisco Elguera), se inhiben... Son enemigos de la rotundidad y la franqueza. Para ellos la exageración, el noble y sincero apasionamiento intelectual o político—apasionamiento que implica el fuego del ideal y la fuerza de la convicción—constituyen los mayores pecados. Y con sus procedimientos de aguas tibias, de ambigüedades y de cortesanía, practican una tolerancia que se confunde con el indiferentismo escéptico, o mejor dicho, con el egoísmo estúpido y mezquino del que alza los hombros y dice: "¿a mí qué se me da?". Con semejante actitud de pasividad y prescindencia, poniéndose al margen de las cuestiones de interés público, cultural y nacional, presumen de suficiencia y superioridad. ¡Con fábulas de Iriarte o de Samaniego habría que ridiculizar su vanidad y su estulticia!

"Toda esta historia de las Reales ordenes en pro de una Prensa contra otra—agrega después Ortega—es uno de los capítules más sucios de la sucia historia de España que vamos viviendo". Yo creo que esta crudeza de lenguaje, lejos de censurarse debe aplaudirse, sobre todo cuando uno se dirige a públicos de gruesa epidermis.

Habla también Ortega de la "aniquilación de los mejores", de esa "selección inversa" que realiza la "formidable solidaridad de los ineptos" agravada por la desarmonía y el egoísmo desconfiado de las superiores, que nosotros hemos lamentado en mil ocasiones. Habla de esa "masonería de la ineptitud", de esa especie de confabulación sorda de los filisteos que, apoderados de los resortes del oficialismo y encaramados en los puestos públicos y representativos, hacen guerra a muerte a todo impulso generoso de mejoramiento, de reforma progresiva y de sana crítica. "La España oficial—dice Ortega—padece la perversión moral de todo ser íntimamente fracasado, y que algunos grandes psicólogos de nuestro tiempo llaman *ressentiment*. Consiste esta perversión en odiar todo valor superior, dondequiera que aparezca, y favorecer contra él cualquier valor negativo o inferior". Es éste, en realidad, uno de los caracteres más graves y dañinos de las sociedades donde priva y gobierna, o mejor dicho despotiza, una mesocracia tan torpe, inculta y retró-

grada, como astuta y egoísta. Cuando tal plaga parasitaria sienta sus reales en una ciudad o en un país, los verdaderos ideales de la democracia, entendidos a la manera griega y de los buenos tiempos de Roma, son villanamente escarnecidos y burlados. Las "aristarquías" de que nos habla Alomar se hacen imposibles, se entroniza la más desvergonzada *canallocracia*. Los usurpadores de las dignidades civiles hallan un placer morboso en el vilipendio de lo que Ortega y Gasset denominan "honor civil"; y en la violación de los "derechos radicales"; y en la exasperación envidiosa y cruel de la "sensibilidad liberal". Es un fenómeno de ciega reacción envidiosa de lo menguado contra lo excelente. Es la baja pasión vengativa del esclavo vil, que se ensaña contra su señor, una vez que le ha arrebatado el poder. En tales casos, como dice el director de "El Sol", don Manuel Aznar, "se mellan contra el cinismo de los que mandan las armas de temple más fino".

Ofrecemos estos motivos a la meditación de los pocos que entre nosotros cultivan la formación de una conciencia cívica liberal.

E. E.

Crónicas de Norteamérica

LA CAMPAÑA PRESIDENCIAL EN LOS EE. UU

Después de la designación de los candidatos a la presidencia por las Convenciones de Chicago y San Francisco, la campaña electoral ha comenzado su período álgido. Es no sólo la oposición o lucha de dos nombres o de dos fuerzas; sino de dos programas. Su plataforma o declaración de principios encarna la ideología de cada partido. Pero esa plataforma o programa necesita recibir el impulso final, la interpretación definitiva. Y ésta se realiza en el discurso de aceptación del candidato; documento que reviste así una importancia tan grande como la misma plataforma. Diríamos que es la plataforma encarnada y en función.

En el momento actual estos discursos de aceptación debían despertar gran interés. Como recuerdan nuestros lectores, la plataforma republicana adolecía de ambigüedad en los principales puntos; sobre todo en la manzana de la discordia: la Liga de las Naciones. La misma plataforma demócrata, con ser más explícita, necesitaba reiteraciones más enfáticas. Pues bien, a pesar de los exégetas sutiles capaces de encontrar varios significados a las frases más claras, los discursos de aceptación de Cox y Harding han determinado el completo esclarecimiento del campo político.

Harding se ha rendido definitivamente a Johnson y los irreconciliables. Su programa es la paz con Alemania por declaración del Congreso; y luego un nuevo proyecto de asociación de Naciones para evitar la guerra y el establecimiento de una corte arbitral. Claro está que esto último es mera literatura; simple homenaje a la fuerte corriente que en el partido republicano no desea el aislamiento internacional de los EE. UU.

Out Look, interesante semanario que sostiene ardorosamente al partido republicano, cree que para conservar la paz del mundo sin restringir la soberanía nacional, una corte arbitral como la planeada en la Haya por Root y sus colegas, es más eficaz que el Consejo y la Asamblea, que viene funcionando con la apelación de casi todos los pueblos de la tierra. Y algunos diarios republicanos felices con la fórmula del *Out Look* han repetido: "Sí, amistad y justicia internacional; sin super-estados y super-asambleas. La corte de La Haya y nó el consejo de Ginebra". Mas pocos serán los lectores que acepten semejante sofisma. ¿Qué significa una corte arbitral, si no hay *un cuerpo político* que la respalde y que le dé eficacia? ¿Acaso la obra de creación de la nueva corte mundial es un hecho aislado? ¿No se sabe que no es sino un aspecto de la obra de la Liga?

La verdad es que, a medida que se desarrollan los acontecimientos, se ve con más claridad que la oposición del partido republicano a la Liga está hecha de pasiones políticas y de lamentables errores de concepto respecto de la noción de la soberanía y del papel de los EE. UU. en el mundo.

Claro está que toda liga de Naciones tiene que suponer una limitación a la soberanía nacional o diré mejor al concepto de soberanía absoluta. Pero ¿es acaso un mal? Sólo los discípulos de Maquiavelo y de Treitshcke pueden sostener que nada deba existir sobre el Estado Nacional. Su ideología republicana está inspirada en la mentalidad teutónica. Un lector agudo del *Times* encontró que el Americanismo, tal como lo invoca Harding, se parece al prisianismo y que su estribillo electoral es la producción del "Deutschland Uber Alles". Por eso Wilson los ha llamado discípulos de Bismarck.

Pero en mi concepto, el error más grave estriba en su visión del papel de los EE. UU., al aplicar a este gran pueblo y en los momentos actuales, la diplomacia de Washington o Monroe surgida hace más de un siglo y cuando los EE. UU. contaban apenas 4.000.000 de habitantes.

Las pequeñas colonias cuya vida exigía la prescindencia del caos europeo, se han convertido andando los tiempos en el pueblo más grande del Mundo; y han adquirido por la guerra una posesión de dirección indiscutible. El aislamiento hoy es tan absurdo como la intervención hace un siglo. La existencia y el progreso de los EE. UU. exigen su colaboración en la reconstrucción económica y política del mundo y en la lucha con-

tra las fuerzas de reacción. Si sucumbe el organismo político y moral de Europa ¿podrá acaso salvarse América?

Si vivieran hoy Washington, Jefferson y Monroe, protestarían de la aplicación de su credo a situaciones tan opuestas y épocas tan distintas.

Sólo el odio político puede encontrar razonable el decirle al Mundo: todas las naciones que han entrado a la Liga no saben lo que es soberanía. En lugar de la institución que toda la humanidad ha aceptado, excepción hecha de los bolsheviques y los turcos, debemos crear otra, sin compromisos eficaces.

Cox, con su visión extraordinaria de político práctico, ha contestado a Harding en forma explícita. El candidato demócrata dice las cosas por sus nombres. Explica la oposición al tratado por el odio de los republicanos al presidente Wilson. Presenta a la Liga como el único medio de cortar la guerra. Se pronuncia enfáticamente por el congreso de los EE. UU. a la Liga, sin más reservas que las relativas al fin esencial ya dicho de cortar la guerra, y a la constitución de los EE. UU. que tiene que ser respetada. Y adoptando una arrogante actitud de polémica, critica las ambigüedades de la plataforma republicana y el proyecto de Harding sobre una nueva asociación de naciones o como una locura o como la pretensión de manejar a todos los estados del Mundo.

Las palabras claras de Cox sobre la Liga han hecho sufrir una desilusión a los republicanos que esperaban discrepancias entre él y Wilson. El frente demócrata se presente consolidado y poderoso.

Revela Cox en su discurso de aceptación sus condiciones de temible batallador. No se limita a presentar las ideas propias, sino que busca al enemigo en su terreno propio y lo ataca sin descanso. Su táctica es la ofensiva; y su discurso en opinión de algunos críticos ha surtido los efectos de una carga de caballería.

Prescindiendo del gran punto de la Liga y de la diferencia de tono, las diferencias entre los discursos de los candidatos estriban más en las diferencias generales que en los puntos concretos del programa constructivo. Desde luego, Cox ha salvado con extraordinaria habilidad el escollo de la prohibición antialcohólica. Ha dicho que como presidente no podía faltar a su juramento de cumplir la ley. Pero cabría preguntar si trabajará para modificarla. He aquí la puerta de escape.

Se puede decir de un modo general que la tendencia u orientación de Harding es hacia una política de restauración de *normalidad; normaley* ha dicho, empleando una palabra inglesa anticuada; y que la tendencia general de Cox es más democrática y reformadora; más progresiva. El estribillo demócrata será Paz, Prosperidad y Progreso. Por último, cabría hacer una diferencia en cuanto a la concepción de estos dos candidatos del papel de la Presidencia de la República. Harding se manifiesta enemigo del gobierno personal y proclama el gobierno del partido. Cox sostiene que la presidencia impone deberes y responsabilidades que tienen que ser individualmente y valerosamente asumidos, dentro de la ley y el respeto de la voluntad de la mayoría. Harding podría ser un presidente al estilo de Francia. Cox desea desarrollar en la Presidencia el principio de iniciativa y personalidad de Roosevelt y Wilson. Para él, el presidente no puede ser un instrumento de un círculo; sino un consciente y responsable ejecutor de la *ley*.

Correspondiendo a la diferencia de programa y de táctica general, surge la diferencia en los medios de propaganda política. Harding ha revivido el método de Mac Kinley: la campaña política desde el dintel de su casa. Espera en ella la visita de las delegaciones y lanza con ese motivo discursos meditados y severos. Cox va a buscar al cuerpo electoral visitando las principales ciudades, en la gira más intensa de que haya memoria. Sus discursos, improvisados las más veces, tendrán el calor de la oportunidad y el dinamismo del combate. Roosevelt Franklin, candidato a la vicepresidencia, recorrerá a su vez los estados que no puede visitar Cox.

La lucha es áspera; el ambiente comienza a caldearse. Los demócratas presentan a Harding como el candidato de la oligarquía republicana, capitalista, absorbente e inescrupuloso. Los republicanos presentar a Cox como el producto político de Tamanny Hall y de los cabecillas de Illinois e Indiana. No le perdonan ni su divorcio, ni mucho menos los artículos a favor de Alemania que publicó el diario del cual es propietario, antes del ingreso de los EE. UU. a la guerra.

La contienda tórnase violenta. Los republicanos sienten la acometividad del candidato demócrata; los demócratas saben la fuerza del oro republicano. Es necesario dar un golpe de gracia. Y Cox no ha vacilado en darlo. Los republicanos, dice, quieren comprar la presidencia. Han levantado un fondo de 15,000.000 y su candidato tiene que quedar ligado a los compromisos que

esas generosidades envuelven. Harding lo desafía a que presente las pruebas; y el candidato demócrata ha aceptado el reto y ha ofrecido las pruebas. El momento es teatral. Es posible que la prueba legal no pueda producirse pero, ¿quién puede dudar qué enormes fuerzas económicas tienen que estar envueltas en la presente campaña política?

Y, sin embargo, el éxito no lo decidirá el oro ni la actividad política dentro de los moldes antiguos. ¿Sabéis por qué?..... Hay un factor nuevo en esta campaña política, un factor siempre enigmático y omnipotente: la mujer. Tras una brega de más de medio siglo las mujeres han conseguido la enmienda 19 de la constitución. La reforma ha obtenido la aprobación del 34º Estado, con el voto de Tenessee (toda reforma constitucional necesita la aprobación de las 3 cuartas partes del número de Estados). Republicanos y demócratas, en competencia de galantería, han contribuído al triunfo femenino. Cada partido reclama para sí la victoria. El homenaje a la mujer tenía por causa el amor; hoy tiene otra causa más egoísta: la política.

El *elefante* republicano y el *asno* demócrata se disputaban los favores femeninos.

Son 22.000.000 de votos: la fuerza definitiva.

¿Qué podrá más, ante el criterio de las nuevas votantes: la audacia masculina de Cox o la envolvente sonrisa de Harding? El oro no cuenta para ellas. Ni los procedimientos de corrupción van a tener eficacia. Cox les dice, yo estoy por la Liga, que es la supresión de la guerra: entendedlo madres y hermanas. Harding responde: la Liga es la intervención; y la intervención es la guerra; vuestros hijos y vuestros hermanos no irán a tierras lejanas a cumplir los mandatos de la Liga de las Naciones. Y las mujeres entenderán la enorme paradoja de la Paz que señala la sutileza insuperable de Chestertton: El único medio de asegurar la paz es aceptar las pequeñas *guerras* que exige el arreglo del mundo. El pacifismo que llevara a prescindir de esta necesidad actual nos traerá una guerra futura.

El porvenir reposa en el seno de los dioses. El futuro político de los EE. UU. está en manos de las mujeres.

LA CRISIS INTERNACIONAL EN EUROPA

Angustiosas en extremo han sido las últimas semanas, para los que, lejos del *snobismo*, bolchevista, veían en peligro la civi-

lización occidental. Parecían inevitables la destrucción de Polonia, la alianza entre los rojos y los extremistas en Alemania—raro maridaje de reaccionarios y espartaquistas, la huelga general en Inglaterra que hubiera promulgado la acción del gobierno británico y la revolución por contagio en Checoeslavonia y en Hungría y posiblemente en Italia. En medio de esta abrumadora pesadilla, volvía a cernirse sobre Francia el peligro de una invasión más bárbara aún, en que el imperialismo y la organización teutona servían de instrumento al enfermizo y oriental fanatismo de las hordas bolsheviques. Y, entre tanto, el gran pueblo que es hoy el centro de gravedad económica del mundo, alejado de la sociedad humana, y paralizado en su acción por obra de los enemigos del presidente Wilson. La pesadilla ha pasado. Hemos presenciado, en las puertas de Varsovia, el milagro polaco, como vimos ayer en las orillas del Marne el milagro francés. Y es que este milagro polaco pertenece también a Francia como a Polonia; se han salvado tanto el valor de su pueblo como el genio de los oficiales y generales franceses. El *Labor Party* en Inglaterra, la lucha política en los EE. UU. han impedido una ayuda eficaz a Polonia en estos instantes. Mejor está así para el patriotismo polaco. Los hombres de esta generación en Polonia han hecho su patria; digo mal al referirme sólo a los hombres: han peleado también las mujeres como en la España de Zaragoza. La victoria también les pertenece. Han caído ya 80,000 prisioneros rusos. El ejército que amenaza Danzig va a quedar embotellado. La barbarie bolshevique ha sufrido un golpe de muerte. Junto con Polonia se ha salvado la civilización occidental. Conviene que nos detengamos a examinar la crisis que ha atravesado Europa y hacer un recuerdo de sus antecedentes y factores.

La obra de la Paz o de Reconstrucción exigía mayor habilidad y energía que la guerra misma, pues había que conciliar los puntos de vista opuestos y los intereses en conflicto de las diferentes naciones.

Dos grandes errores se cometieron en Versalles: fué el primero la inclusión de cláusulas que, sin ninguna utilidad para los aliados, imponían una humillación al pueblo alemán (causas políticas en Inglaterra y en Francia determinaron el hecho): y fué el segundo el no fijar el monto de la indemnización que debía pagar Alemania. Estos errores tenían que ofrecer dificultades en la ejecución del tratado e iban a abrir la puerta a las espectativas de su revisión. Pronto se dibujó en la oposición inglesa

un movimiento hacia la suavización de algunas cláusulas; movimiento que inspiró y acrecentó el libro de Keines. Mas como Francia es la que tiene sobre sí el peligro de una invasión teutona y necesita reparar sus inmensas pérdidas no había de contemplar con el mismo criterio la ejecución del tratado. Así surgió el desacuerdo entre esas potencias.

De otro lado, Italia parecía también alejarse de los antiguos aliados, resentida con ellos por su actitud deferente al criterio de Wilson en la cuestión Fiume.

La gran institución que debía presidir los destinos del mundo, funcionaba sin toda la autoridad necesaria, por la ausencia de la república a cuyo iniciativa debía su existencia. Los EE. UU. que eran la base de toda política reconstructiva, envueltos en una lucha política aguda, parecían inclinarse a la tradicional y egoísta diplomacia de aislamiento.

Los gobiernos de las diferentes naciones quedaron pronto absorvidos por graves problemas de política interna y por la situación casi desesperada del cambio internacional en Francia y en Italia.

Alemania alentaba entre tanto la esperanza legítima de ver modificadas las cláusulas del tratado. Penosamente echaban las bases de su nueva vida, Polonia invadida por el tifus y Checoeslavia destruída por la guerra. Austria y Hungría sufrían junto con las inquietudes de la crisis política, los horrores del hambre. Y más allá parecía consolidarse el régimen bolshevique a pesar de sus absurdos económicos, por obra de un minoría audaz que ha creado una dictadura al lado de la cual resulta pálido el imperio de los Zares. Por último, la liquidación de Turquía parecía ofrecer obstáculos insalvables. Aún conciliados los intereses de las potencias, quedaba el problema del nacionalismo turco.

De estos problemas, el más importante de todos era el problema ruso. El envolvía no sólo un peligro de política interna, por la propaganda entre las masas obreras y los intelectuales snobs, sino un gran problema internacional: la posibilidad de una inteligencia entre Alemania y Rusia.

El completo equilibrio del mundo necesitaba que se sumaran en la obra de concierto constructivo y gubernamental América y Rusia; América por sus recursos económicos; Rusia para evitar la infección roja. Europa necesitaba recursos y salud. Los primeros sólo le pueden venir de América. Salud nunca podría tenerla frente a la infección comunista. Y así es curioso obser-

var cómo los que han impedido el ingreso de los EE. UU. en la Liga han contribuído tanto o más que los bolsheviques a la crisis actual.

La rebeldía franca de Alemania a la ejecución del tratado, que sólo depuso ante la actitud enérgica de Francia e Inglaterra ha tenido dos bases de apoyo: la prescindencia de los EE. UU. y el problema ruso. Y este problema parecía agravarse día a día. Resueltos los aliados a una acción directa, abrigaron la esperanza de destruír la organización bolshevista apoyando a los caudillas Holckeve-Tlenich-Denikine. Ante la sorpresa universal, los ejércitos rojos inflijieron derrotas definitivas a los ejércitos de aquellos generales. Sabemos hoy por la revelación del general Wrangel que si Denikine hubiera ayudado a Kolchack, habría cambiado la suerte de Rusia. Destruídos aquellos ejércitos, los aliados no pensaron en combatir a Rusia sino por medio del bloqueo. Mientras tanto, los bolsheviques se extendían por Siberia y el Cáucaso, alcanzando los límites del antiguo imperio, pretendiendo unirse con los turcos y amenazando la India.

La habilidad de Lloyd George y el buen sentido francés eliminaron el descuerdo de ambas potencias en lo que se refiere a Alemania. Prácticamente han quedado descartadas en el tratado de Paz algunas exigencias de valor político y han quedado acordadas las bases de la indemnización y la forma de su reparto. Apesar de los inconvenientes de la prescindencia de los EE. UU. y de las crisis política internas, los estadistas de Inglaterra, Francia e Italia, después de las conferencias de Hitia, Boulogne, armonizaron sus puntos de vista. Y así pudieron imponer en Spa, a Alemania, la reducción de su ejército a la cifra indicada en el tratado y la entrega de 2,2000.000 toneladas de carbón al mes. El asiento de la indemnización quedó aplazado; pero era sabido que ella importará una suma de 100 billones de dóllares, pagaderos en 30 años y quedó fijada a su vez la proporción del reparto, aceptada la reclamación de Italia.

Y así por un momento apareció asegurado el equilibrio europeo: dos naciones jóvenes, Polonia y Gracia, se presentaban como la vanguardia de la civilización occidental. La Grecia de Venizelos iba a reemplazar a Turquía en el equilibrio europeo y Polonia debía ser la tronera contra Rusia.

Inglaterra e Italia, por las conveniencias del comercio ruso de un lado y por la razón política de la fuerza del poderío obrero en ambos países, se entregaban a una política de transigencia

con el régimen bolshevique. Italia de hecho restableció sus relaciones comerciales y Lloyd George comenzó lo que se ha llamado con cierta gracia su *flirteo* con los comisionados rusos. Un móvil más tenía Lloyd George: el imperio británico estaba amenazado por los bolsheviques. Estos amenazaban el Afganistán y la India.

Muy distinto tenía que ser el criterio de Francia en lo relativo a las relaciones con Rusia. Convencida Francia que el Soviet no reconocía la deuda francesa tenía que oponerse a negociar con sus agentes. Además los estadistas franceses, libres de la presión de los laboristas, han contemplado con un criterio más estricto la diplomacia bolshevique, abrigando el convencimiento que era inútil tratar con ellos. Tanto para evitar la propagación de las doctrinas comunistas, como para asegurar el pago de su deuda, Francia debía alentar toda empresa que tratara de destruír el régimen del soviet. Así Francia debía ser la abuela del nacionalismo polaco y del gobierno de Crimea.

La publicación de la correspondencia cambiada entre Polonia y Rusia no dejar la menor duda acerca de la responsabilidad de Polonia en la ruptura de las hostilidades. Los hombres dirigentes de Polonia soñaron con la conquista del límite anterior al reparto de 1772, aprovechando de las dificultades bolsheviques y del apoyo francés. Es evidente también que si no recibieron la aprobación del gobierno francés, fueron alentados en su empresa imperialista por muchos elementos franceses principalmente en el ejército.

La desgraciada aventura de Polonia lejos de derrocar al régimen bolshevique, le vino a dar la nueva fuerza del sentimien to nacional. Los rusos reaccionaron rápidamente y pusieron en peligro la existencia de Polonia. Por un momento toda la obra del tratado de Versalles parecía sucumbir. Alemania veía con satisfacción el avance de los rusos. Frente a este peligro tenía que producirse una reacción en las potencias. Inglaterra y EE. UU. no podían permitir que desapareciese Polonia. Apesar de las amenazas gravísimas del *Labor Party*, Lloyd George declaró que había que impedir la destrucción de Polonia y propuso bases de paz al Soviet. Gran espectativa había sobre la actitud de los EE. UU. El presidente Wilson había contribuído en la reconstrucción de Polonia; se esperaba de él una actitud definitiva. El pensamiento americano ha sido expuesto en la nota del secretario Colby al embajador de Italia.

Con el mismo criterio wilsoniano de desunguir entre el pueblo y el gobierno, Colby condena el régimen bolshevique, especialmente en su propósito de invadir y destruír Polonia; pero al mismo tiempo sienta el principio que podíamos llamar de la Integridad de Rusia, haciendo un elogio del pueblo ruso y un afectuoso recuerdo a la amistad entre las dos naciones. La nota tiene esos dos fines alentar a Polonia en su lucha por el mantenimiento de sus límites etnográficos; y despojar al Soviet del apoyo que le presta el sentimiento nacionalista ruso. Los EE. UU. siguen la misma política de Francia: no reconocer al Soviet.

Separándose de Inglaterra, Francia ha dado un paso más; ha reconocido el gobierno de Wrangel y va a prestarle su ayuda. Inglaterra e Italia continúan unidas en su criterio respecto del problema Ruso; su programa es la paz con el Soviet. Estados Unidos y Francia representan la política contraria. Continúa, pues, el desacuerdo de las potencias.

Los rusos se muestran dispuestos a celebrar la paz con Polonia en condiciones razonables y han retirado su absurda exigencia sobre el armamento del proletariado.

Mas, aunque la paz se celebre, EE. UU. y Francia mantendrán su criterio en contra del Soviet.

La normalidad en el mundo sólo podrá restablecerse con la caída del régimen seudocomunista.

VICTOR ANDRES BELAUNDE

La poesía contemporánea en los Estados Unidos

Mr. George Wallace Umphrey, notable profesor de la Universidad de Washington, que acaba de dar en la Facultad de Letras de nuestra Universidad de San Marcos una brillante serie de conferencias, destinada a estrechar los vínculos intelectuales que unen a la Gran República del Norte con los países hispanoamericanos, nos ha dejado para su publicación en Mercurio Peruano, el interesante trabajo que insertamos a continuación, en que estudia el renacimiento poético que en virtud de una fecunda y generosa tendencia idealista, se ha operado en la literatura de los Estados Unidos de América, durante los últimos diez años.

Fenómeno del mayor interés en la literatura norteamericana de la última década es el renacimiento de la poesía. Diez años ha los intelectuales estadunidenses empezaban a considerarla como un arte fenecido y disponíanse a exponer las razones por las cuales no podría volver a ser uno de los géneros importantes en la producción literaria. Verdad es que había buenos poetas, mas se les miraba como vástagos últimos de una raza extinta. De pronto, casi sin anunciarse, despiértase un vigoroso interés poético en todos los ámbitos de la Unión, savia que se cuaja en una alta floración de poetas, notables así por la cantidad como por la excelente calidad de sus obras. "No confinado ya en uno o dos focos literarios, el impulso creador se manifiesta dondequiera; apenas se encontrará un apartado distrito que no haya dado a luz un poeta laureado", dice Luis Untermeyer (Introducción a *La Moderna Poesía Americana,* 1919).

Que tal procedimiento poético no es meramente "un extremo asaz codiciable" por quienes en ellas se interesan; que no es

un movimiento artificial producido por una corta minoría literaria, es cada día más evidente. Hay un síntoma innegable. Los editores, por lo común avisados negociantes, se atienen en la índole de sus publicaciones a la demanda del público lector; pues bien, para convencerse de que la demanda de poesía es hoy en Norteamérica mayor que en cualquier época de su vida, basta ver la considerable ola de libros de versos que arrojan las revistas y los periódicos. Cuando en 1918 visitó los Estados Unidos el poeta inglés John Masefield, quedó grandemente impresionado ante tan progresivo despertar poético. "América está preparándose para el advenimiento de un gran poeta" escribió entonces. "En Inglaterra poco antes de Chaucer, mucha gente leía y escribía versos, hasta que éste llegó. Idéntico hervor poético precedió asimismo, a la venida de Shakespeare. Finalmente, ahora, vosotros todos escribís poemas o disfrutáis de ellos, disponiéndoos al nacimiento de un maestro. Todo esto manifiesta una grande y creciente restauración poética".

Resultado de este despertar poético, y hasta cierto punto causa del mismo, ha de considerarse la fundación de sociedades y la publicación de periódicos exclusivamente destinados a la poesía, durante los diez últimos años. La *Poetry Society of America,* fundada en 1909, cuenta por miembros suyos a centenares de poetas que representan a todos los Estados de la Unión. *Poetry* (La Poesía), revista consagrado únicamente a la publicación de versos, nació en 1912 en Chicago, la ciudad de tan maravillosa expansión material. Esta y otras revistas, como *Contemporary Verse* (El Verso Contemporáneo), *The Lyric* (La Lírica), *Youth* (Juventud), contribuyen en su medida al progreso del arte poético. La proporción rápidamente creciente de antologías y de libros que tratan de poesía, atestiguan la enorme popularidad de ésta.

Los Estados Unidos han producido muchos poetas, novelistas, ensayistas y dramaturgos notables; puede decirse, sin embargo, que la energía de la nación ha sido dirigida, en su mayor parte, hacia lo práctico. La literatura nacional, si así puede apellidársela, es inferior a los trabajos económicos, políticos y sociales. No es esto decir que el espíritu patrio haya carecido de ideales y aspiraciones elevados, sino afirmar, con verdad, que lo utilitario y lo moral han tendido a desarrollarse a expensas de lo estético. Lo estético ocupa ahora su debido puesto y encuentra su expresión en el mayor interés público por la literatura y por el arte. De escribir actualmente el ilustre uruguayo

José Enrique Rodó su clásico ensayo, daría mayor sitio a Ariel y menor a Calibán en la civilización angloamericana. Criterio más exacto de los Estados Unidos de hoy es el de un crítico chileno, Armando Donoso, que se lee en el Prefacio de *Los Nuevos* (1912): "Sin embargo, después de haber nacido en medio de esa urbe gigantesca un William James, padre del máximo ideal práctico, un Emerson, un Sargent o un Walt Whitman, ¿quién sería el osado que se atreviera a negar las facultades ideales y superiores del gran pueblo? Calibán ha perdido el imperio de su tiranía ante la visión de Thogorma y de Ariel, que llena ya sus aulas universitarias, sus bibliotecas y sus jardines, despertando los cerebros dormidos en la preocupación dantesca del trabajo. El milagro de la divina anunciación artística comienza a nacer de entre el agrio ruido de los martillos y del seno de la velocidad misma".

La principal dificultad con que se tropieza al querer abarcar con una ojeada el cuadro de la floración poética estadunidense es el desendero de sus varias tendencias opuestas y la explicación algo exacta de éstas. Se ve menos homogeneidad que en la producción poética hispanoamericana. Quiero decir que la mayoría de los poetas hispanoamericanos de las tres o cuatro décadas últimas han observado los mismos principios esenciales: las diversas escuelas se han sucedido ordenadamente; primero, encumbráronse los Parnasianos; luego, los Modernistas; por fin los Nuevos, y cada escuela se diferenciaba claramente, así en época como en tendencias, de la que la precedió y de la que la seguía. En los Estados Unidos está efectuándose una revolución literaria semejante a la que produjo cambios tan considerables en la literatura hispanoamericana durante las tres décadas últimas, revolución que ofrece como resultado una confusión de ideales literarios. Esta confusión acaso sea más aparente que real, pues los más robustos entre los Nuevos Poetas, apesar de contrastar en ideales y modos de realizarlos, poseen en común varios principios y aspiraciones fundamentales, cuya exposición a vuestro juicio constituye el esencial objeto de esta conferencia.

Desde luego, bueno será distinguir a un grupo claramente diferenciado de sus congéneres, a quien se suele colocar entre los Nuevos Poetas, pero que difiere harto de éstos en ciertos rasgos esenciales. Este grupo locuaz, inteligentemente encabezado por la talentosa y cosmopolita bostonense Amy Lowell, ha llamado mucho la atención con sus audaces innovaciones y arro-

jados pronunciamientos. Sus miembros, apellidados Imaginistas *(Imagists)* tienen muchas afinidades con los Modernistas, provenientes nó de una influencia directa de éstos sino de una sufrida en común por ambos, del Simbolismo francés; y de idéntica reacción enérgica contra la poética sentimental y monótonamente impecable de la generación precedente.

En su técnica literaria sobre todo, es donde puede observarse sus innovaciones más avanzadas. Más radicales que los Modernistas en su rebelión contra la prosodia convencional, renuncian casi por entero a la rima y al metro usuales, para buscar sus efectos musicales en el ritmo orgánico que varía con las emociones del poeta o con las sensaciones que éste expresa. El verso libre es el peculiar instrumento de expresión de los Imaginistas, hasta el punto de que mucho de lo que parece prosa pedestre es verso suyo; pero muchos poemas de los jefes de la escuela, en los que el verdadero genio poético insufla vida a ritmos de sutil sugestividad, poseen bellezas capaces de convencer al lector imparcial de que la rima y el metro no son absolutamente esenciales a la alta poesía, aunque no logren convencerle de que la poesía puede renuniar por entero a estas dos importantes fuentes de bellezas poéticas. Por fortuna, los Modernistas no desdeñaron el metro ni la rima; antes, bajo la hábil dirección de Rubén Darío, dieron a luz una poesía de hermosura insuperable con sus modificaciones y combinaciones de las formas métricas anticuadas.

Según los principios literarios que han granjeado a los Imaginistas su nombre, el poeta ha de procurar presentar al lector una imagen definida, decirle lo que ve, concisa y vivazmente, sin querer describir la impresión ni la emoción que el espectáculo suscita en él. Y ya que sólo trata de pintar sensaciones, habrá de escoger para ello vocables concretos y rehuír conceptos abstractos y sentimentales. Al describir el mar, por ejemplo, escribirá "olas de tinte plomizo" y nó "olas tristes". Para daros un ejemplo que os es familiar, la *Sinfonía en gris mayor* de Rubén Darío es típica de la poética imaginística. Se sugerirá estados emocionales, sin expresarlos, y para este fin se dará valor simbólico a las cosas concretas. El común empleo del simbolismo por Imaginistas y Modernistas observa el principio esencial del Simbolismo francés de hace treinta años.

Otra característica literaria del Modernismo que lo desacreditó quince años ha y que fué el abuso de los imitadores sin inspiración de ese escuela, aparece también entre los Imaginistas.

Poseídos de profundo desdén para con el llamado lenguaje poético y ávidos de expresión nueva, propenden al extremo opuesto y caen en un preciosismo de forma tan falso como el tradicional lenguaje poético. Su afición por lo exótico se manifiesta en el empleo decorativo del seudoclasicismo italiano o francés y en su frecuente imitación de las quintaesenciadas expresiones pictóricas de la poesía china o japonesa. El afán de parecer cosmopolita, su alejamiento del lugar común, la disociación del arte y la moralidad, el exclusivismo aristocrático simbolizado en la *torre de marfil,* la *torre ebúrnea,* todo coadyuvó al nacimiento de un tipo artificioso de poesía, de exquisita belleza amenudo, pero falta de la vitalidad que sólo puede mantener el contacto con las actualidades de la vida. La boga de los Imaginistas está ya pasando; harto han producido de duradero valor poético, mas como escuela deben ceder el paso a escritores más sinceros, cuya misión es interpretar exacta y verdaderamente las realidades de la vida del Nuevo Mundo, así como los Modernistas hubieron de cederlo, ha una década, a los más vigorosos Poetas Nuevos.

He separado a los Imaginistas de la Nueva Poesía, a la que por lo común se les supone afiliados, en vista de que sus cánones literarios no armonizan del todo con las tendencias más significativas de ésta y en razón de que dichos cánones corresponden mejor a los de los Modernistas. Apuntemos ahora, brevemente, las características de los Nuevos Poetas y comparémoslas con las de los escritores que ostentan igual nombre en la literatura hispanoamericana.

En lo que hace a la prosodia reina gran confusión, a causa de que la revuelta contra la métrica tradicional está aún desarrollándose y se señala por los excesos que acompañan a todo cambio revolucionario. Hay una variedad sorprendente de formas métricas que va desde los versos convencionales hasta los metros más exagerados del versolibrismo y de la prosa polifónica. Ya hemos hablado del uso del verso libre por los Imaginistas. Otros poetas, entre los cuales cuéntanse los más significativos en la literatura actual, tales como Edgar Lee Masters y Carl Sandburg, han renunciado en buena parte de su producción al metro y a la rima convencionales. Ha de advertirse, no obstante, que ambos poetas así como otros entre los mejores versolibristas, si se exceptúa a Amy Lowell, han comprobado su aptitud para hacer excelente poesía en las más rígidas formas métricas. En cuanto a los versolibristas, por lo común son asaz versolibertinos, y demuestran mucha mayor familiaridad con los ensayos

modernos que con la tradición clásica. La desconcertante confusión prosódica debida a tan encontradas tendencias cederá en breve a condiciones estables basadas sobre normas fundamentales del arte poético. Así como los Nuevos de Hispano-América aceptarán con sumisión la nueva libertad métrica ganada por los Modernistas, los varios ensayos de los actuales poetas angloamericanos conseguirán una libertad racional que delimitarán los principios capitales de la poesía. Como lo dijo ha poco el Profesor Erskine de la Universidad de Columbia, la poesía norteamericana atraviesa hoy por "la revisión periódica de los métodos poéticos, que conserva a toda literatura su vitalidad".

La desmesurada expansión del ámbito de la poesía de hoy, que abarca toda faceta de la facetadísima vida actual, ha demostrado la insuficiencia de los metros convencionales; y ha demostrado, además, la necesidad de mucha mayor libertad para la expresión literaria. Si los Nuevos Poetas han de tratar los nuevos temas en nuevos modos, interpretativos todos de la vida, con verdad y sinceridad absolutas, han de disponer ampliamente de todos los recursos del lenguaje, sin hallar más restricción en la selección de los vocablos que el instinto artístico y el sentido crítico del poeta mismo. Naturalmente, la revuelta contra el llamado estilo poético o dicción poética, ha caído en exageraciones: en el uso de un estilo deliberadamente prosaico, y aun vulgar, de los realistas extremos por una parte, y por la otra, en la expresión eufuística de los Imaginistas, empujados todos por su afán de evitar los clisés de los poetas pasados.

Las características fundamentales de la Nueva Poesía atañen, nó a la forma, sino al contenido y la sola excusa que puedo yo alegar por conceder tanta atención a la técnica es el exagerado interés que despierta hoy en la literatura angloamericana. Los más calificados entre los Nuevos Poetas usan de la nueva libertad sagazmente así en lo que concierne a la prosodia como a la dicción, y están contentos de someterse a las normas fundamentales de la poesía, en cuanto sean diferentes de las de la prosa.

Según ya lo dijimos, la calidad esencial de la Nueva Poesía, bien sea Anglo o Hispanoamericana, estriba en el firme propósito de describir fiel e interpretar sinceramente las realidades de la vida actual, en apartarse de las ilusiones y ficciones de la generación precedente y en expresar la vida tal cual es. Asimismo, los Nuevos Poetas de Hispanoamérica, aceptando gozosamente la libertad conquistada por los Modernistas en prosodia y

dicción, aspiran a ganar la libertad correspondiente en el fondo poético. Hondamente absortos en la vida actual de América, rechazan la artificial poética de los Modernistas y sus asuntos exóticos. Rehusan encastillarse en la "torre de marfil"; la humanidad palpitante, con sus múltiples aspectos y complicados problemas, con su panorama de naturaleza externa en un mundo nuevo, les provee con abundante material de inspiración. Su ideal se cifra en la creación de fuerza, antes que en la de belleza, o mejor en una mezcla de ambas. El cisne, el ave heráldica de Rubén Darío, ha sido ahuyentado por el cóndor chocanesco, emblema de la fuerza.

Tan nuevo y vivificante contacto con la humanidad entera y con la madre Naturaleza se manifiesta en el nuevo vigor y entusiasmo así como en la sinceridad característica de los Nuevos Poetas de ambos hemisferios del Nuevo Mundo. Los cánones literarios tan enérgicamente formulados por Manuel Ugarte y por otros escritores en diversas obras serán aceptados así por los poetas del Norte como por los del Sur: "En vez de encerrarnos en torres de marfil, hagamos navegar nuestras barcas de ensueño por la vida tumultuosa y sin límites. La belleza durable no es más que un producto de la inteligente sinceridad. Nada tan efímero dentro del arte como las actitudes" (Manuel Ugarte, *El Are y la Vida*, p. 59.)

Esta insistencia sobre el contacto real con la vida, la resolución de expresarla cabal y sinceramente, nos conduce a la faz más interesante de la poesía contemporánea en el Nuevo Mundo; a su ostensible Americanismo. Largo tiempo ha sido objeto de discusión el tema de si el Nuevo Mundo ha creado literaturas independientes o si éstas sólo deben considerarse como ramificaciones de las literaturas inglesa, española y portuguesa. Si el Americanismo literario sigue desarrollándose con el vigor que hoy día manifiesta, su independencia literaria llegará a ser, de seguro, un hecho indiscutible.

GEORGE WALLACE UMPHREY

Grados Estéticos

En el artículo que va a leerse, haciendo una interesante interpretación de los grados estéticos, el Dr. Deustua los considera como expresiones de la misma tendencia fundamental que, a través de variadas formas y de matices sin número, prosigue la afirmación de la íntima exigencia creadora de la vida espiritual.

El fenómeno estético, en la unidad que le imprime su carácter de actividad libre, no ofrece oposiciones radicales, sino infinitos matices, que la estética tradicional ha denominado *grados* de lo bello y en los que se hace entrar factores muy diversos, que se califican de estéticos o extraestéticos, según el criterio que se adopte para valuar tales factores. De aquí el desacuerdo existente en la determinación de las diversas modalidades estéticas, desde la que se denomina belleza, hasta la que se considera como el término opuesto, la fealdad, y la arbitraria denominación con la que se las somete al análisis objetivo y subjetivo y el no menos arbitrario papel de *categorías* que se atribuye a ciertos *grados*.

La estética clásica que hace del principio de armonía el criterio de valuación, califica y ordena los fenómenos estéticos según la manera como se realiza esa característica en el objeto, estableciendo como tipo supremo la belleza, en la cual esa armonía es perfecta, como en el arte helénico más acabado. La estética romántica, admite la desarmonía en la representación fantástica, pero la busca fuera de la realidad percibida, en una intuición de la realidad imaginada, dentro de la que el desórden sensible se convierte en elemento de un orden ideal penetrado de lo infinito. Para la primera, la belleza de lo romántico, que en sus formas artísticas se confunde, a menudo, con lo *sublime*, es extraestética, no pertenece a la categoría de lo bello, sino a la de lo moral o

religioso; para la segunda, la belleza clásica es un momento, una fase, del fenómeno estético; expresa la armonía objetiva de la imaginación plástica, que es superada por la armonía subjetiva de otra forma de la imaginación, que rompe el círculo estrecho de las líneas fijas y realiza la conciliación del sentimiento y el pensamiento en un orden trascendente. Lo sublime es entonces la cima de lo bello; es la belleza subjetiva que realiza un orden puramente espiritual.

La estética clásica rechaza todo desórden sensible como fenómeno estético. Para ella lo feo es lo opuesto a lo bello. La estética romántica los concilia en una concepción superior, en la que el realismo viviente exalta el ideal y le da una amplitud mucho más grande, incluyéndo en él elementos excluídos por la razón en la purificación de la realidad percibida. Lo perfecto para la concepción racionalista, que se convierte en lo verdadero y en lo bello, es lo imperfecto, lo incompleto para la concepción sentimentalista, que prefiere la verdad real a la ideal, que construye lo bello, nó por eliminación, sino por integración, y que apetece el goce como efecto de la lucha dentro de la realidad vivida y nó como resultado de la supresión del esfuerzo en una realidad sin obstáculos. El ideal clásico, de armonía pura, de perfecto equilibrio engendra así una belleza, que excluye el ideal romántico, en el que el dinamismo del sentimiento apetece una sumisión, más que una conciliación. El ideal clásico concibe esa armonía y trata de realizarla en el arte; el ideal romántico la presiente, la apetece, como un triunfo y hace de esa aspiración suprema del yo el alma de sus creaciones artísticas.

Para la estética de la *expresión,* nada es bello, ni feo en sí; esas cualidades dependen del éxito de la expresión, que se confunde con la intuición. Lo feo, dice Croce, es una expresión fracasada. Tampoco existe esa distinción en la estética técnica. Lo bello y lo feo dependen de la ejecución artística; uno y otro se refieren exclusivamente a lo que se llama *virtuosidad* y *factura* en el arte. La obra que se somete al imperativo de la técnica es bella; la que se aparta de la norma es fea.

La escuela sicológica define lo bello y lo feo por el placer o desplacer que producen respectivamente, criterio inestable que, para justificarse, necesita explicar el placer que lo feo ofrece en las obras artísticas por causas de orden moral o por razones que se refieren a la *expresión* y a la *técnica.* Para Vitasek la palabra feo se refiere, en realidad, más a las cosas dsagradables de la

naturaleza que a los productos *artísticos*. "El uso más restringido de la palabra feo, tratándose de productos del arte, se explica más bien por el hecho que nosotros, ante representaciones artísticas de objetos feos, precisamente porque se trata de productos artísticos, buscamos inmediatamente algún lado que produzca goces y, por lo general, también lo encontramos; si no lo encontramos, no obstante buscarlo, declaramos que la obra de arte no ha tenido éxito, que la representación ha fracasado y no llegamos ya a calificarla como fea".

"El significado de la palabra feo, coincide así con la propiedad de suscitar desplacer estético, fundándose el valor estético de lo feo sobre el hecho que, junto con el desplacer estético que suscita por sí y por el cual es calificado como feo, indirecta mente procura placer estético".

Esta explicación ambigua, que oscila entre el desplacer directo y el placer indirecto, no se aplica al caso en que éste último llega a eliminar al primero, cuando el espectador es capaz de penetrar en el fondo de la obra y apreciar la actividad estética de su autor. Entonces, lo feo objetivo pierde su valor como feo en sí, para convertirse en puro símbolo de la imaginación artística, que aspira a representar toda la realidad y lo consigue mediante la intervención de ese elemento que desempeña el papel de la resistencia opuesta a una fuerza ordenadora o como una forma de rebelión contra esa misma fuerza. Lo feo adquiere, en uno y otro caso, valor estético como expresión indirecta de la libertad, que ordena, o como expresión directa de esa misma libertad, en oposición a toda norma.

La estética hegeliana introdujo esta explicación por la libertad. Rosenkranz, discípulo de Hegel, hizo de ella el objeto de su célebre tratado. Pero, no es la libertad, sino la *idea* de libertad la que sirve de base a esa teoría. Para Rosenkranz lo feo es una idea relativa que sólo existe en virtud de lo bello, que presupone; si bien no es pura y abstracta negación de lo bello, sino una negación en forma sensible. Por otra parte, la libertad es tratada por Rosenkranz en el sentido moral solamente. Fuera del espíritu, lo feo es un principio de desórden, nó un principio de libertad. En el arte contribuye a expresar la *Idea* en su *totalidad*, en todo su libre desarrollo; es así, solamente, un factor real introducido en la constitución de la *Idea*. Si el arte quiere representar la *Idea* en su totalidad, no puede prescindir de lo feo, de lo malo, de lo diabólico, del elemento negativo al lado del puro ideal. Lo feo, en esta teoría, no tiene realmente un carácter estético: es an-

tiestético o extraestético. No puede producir placer por sí, ni aun en su expresión artística. Su papel es el de realizar lo bello de la *Idea;* y "si se le quiere dar valor propio, su impresión es malsana, anormal, propia de los períodos decadentes y corrompidos, en los que el arte huye de la verdad, de la sencillez y de la naturalidad, para caer en lo inaudito, desaforado y extravagante".

La misma discrepancia de opiniones se observa al estudiar la naturaleza de otras modalidades estéticas asociadas a las anteriores, como lo *gracioso* y lo *sublime*. La *gracia,* es, para los más, una forma inferior de la belleza, una categoría estética caracterizada por su dinamismo y que adquiere un valor especial y muy importante en lo *cómico*. Para otros, la gracia se opone a la forma clásica de lo bello, pero no se explica por sólo el movimiento, sino por la variedad y el ritmo y especialmente por la espontaneidad y facilidad que eliminan la idea de *esfuerzo,* espontaneidad que traduce Guyau en el equivalente síquico de la voluntad satisfecha o que es conducida a satisfacer a c ra, o del amor expresado, características tan vagas, que ni separadas, ni unidas individualmente, producen lo gracioso, como observa Masci, para quien no son tampoco definiciones de la gracia el sentimiento de lo bello que varía y se mantiene en el estado naciente, ni la forma que suple la carencia de lo bello, como pensaba Winckelmann, ni la belleza de lo pequeño, de lo frágil, de lo elegante, de lo alegre y lo cómico; siendo más bien su factor síquico esencial la percepción de la *ingenuidad* en su objeto, siempre que no se convierta en falta de estimación.

Bray define la *gracia* como la belleza de todo movimiento que se distingue por la libertad, física y moral, y el natural. Esta libertad supone la ausencia de esfuerzo, o, a lo menos, el esfuerzo reducido al extricto mínimum. Esa libertad puede ser real o aparente; pero, en todo caso, debe mantener la armonía entre las diversas fuerzas que obran en conjunto.

Para Fouillée, como para Fonsegrive la gracia no es un grado inferior de la belleza sino su característica esencial; la belleza se explica por la gracia, que es libertad. La gracia es la expresión estética de la libertad real o aparente; ella contiene todos los elementos de la belleza, que es gracia como actividad síquica y como expresión, como libertad estática o dinámica, ya sea que se asocie a un movimiento de puro juego o a un movimiento expresivo de un valor determinado; ya sea que demuestre su libertad en el movimiento sin esfuerzo o que sugiera ese di-

namismo por la simple contemplación, como en las artes plásticas bellas.

La gracia, como grado inferior, es el movimiento real o aparente, expresando tan sólo la alegría de la vida sin contenido serio, sin contenido de valor; es la representación fantástica más simple de la libertad interior que se traduce por el ritmo o por la euritmia en el exterior. Tal es el sentido con que Bergson explica esa modalidad estética. En el extremo opuesto o grado supremo, en lo sublime, lo serio de la vida, el contenido como valor, constituye lo esencial y característico. No es la libertad sometida a un ritmo, que la imaginación es capaz de encuadrar en una forma determinada, sino la libertad en su expresión indefinida, en la que lo infinito de la aspiración encuentra un símbolo que traspasa el límite de los sentidos. Eso explica las afinidades de lo sublime con la belleza romántica, que hace del infinito una aspiración, y su incomprensión por el clasicismo, al que repugnaba la vaguedad de lo indeterminado y complacían las formas precisas y claras de lo finito. Lo sublime no ha sido explicado así, sin embargo. Para Kant, que lo estudió detenida y profundamente, "lo sublime se presenta como la manifestación de un concepto indeterminado de la *razón,* haciendo consistir la naturaleza del sentimiento que produce en lo *ilimitado* de la representación, en el predominio que la *cantidad* tiene en la satisfacción estética y en su contenido *racional,* que hace derivar el placer, nó de una excitación *directa* de los sentidos, incapaz de producir una grandeza incomparable, una extensión ilimitada y menos una expresión desordenada; sino del esfuerzo de la inteligencia para referir esa expresión a un orden superior e invisible, que sólo la razón puede encontrar. El placer de esa armonía es *indirecto* efectivamente, obtenido por la reflexión; pero, no por eso deja de ser una *armonía,* realizada en el sujeto, armonía que produce una emoción estética superior, por lo mismo que es el resultado de una lucha con las formas sensibles, en la que triunfa el hombre por un supremo esfuerzo de su voluntad y de su razón, para no sentirse anonadado ante el espectáculo de lo sublime y para encontrar en un orden ideal e infinito la conciliación del principio de libertad con representaciones que aparecen como formidablemente hostiles". Para el intelectualismo de Kant lo sublime está en la intuición racional de un orden supremo en el que el desórden sensible desaparece, para ser sustituído por una armonía concebida por la razón.

Si Kant considera a lo sublime como teniendo con lo bello notas comunes y diferentes, pero que conservan, sin embargo, su carácter de fenómeno estético, otros establecen radical distinción entre ambas categorías considerando lo sublime como extraestético, como una actitud del espíritu ante los valores humanos. Según Witasek, "el objeto que suscita el sentimiento de lo sublime, es, como tal, objeto de un sentimiento de *fusión* en el sujeto, que atribuye al objeto, ante todo, sentimientos de valor y, precisamente, sentimientos que se dirigen a valores elevados y superiores, y, después, también, toda la actitud espiritual que estos sentimientos determinan. La superioridad de esos valores es sentida por el sujeto, en cuanto piensa en los pequeños valores personales y los siente en su pequeñez y dependencia subordinados a aquéllos. En la elevación del sentimiento a esos valores superiores consiste el elemento de placer que el objeto grandioso tiene siempre en sí; mientras que, en el reconocer la pequeñez de los valores individuales y en su depreciación eventual, debe buscarse el momento de desplacer que contiene el sentimiento de lo sublime". Witasek reconoce, sin embargo, que la reproducción de esos sentimientos puede ser contemplada por el espíritu haciendo revivir su determinada actitud espiritual, suscitando en este caso también esa representación intuitiva de lo síquico, un placer estético específico; pero niega que lo sublime sea actitud estética *solamente;* porque quien contempla la grandeza y la sublimidad de un objeto, no se limita a hacer revivir en la *fantasía* los elevados sentimientos de valor que proyecta en el objeto, sino que se traslada, en el acto, a los sentimientos *reales* correspondientes y siente en su ánimo la decisiva superioridad de los sentimientos mismos. Así considerado, lo sublime resulta un factor extraestético que se asocia al fenómeno estético puro, cuya característica no es la armonía, ni la libertad, sino la representación fantástica solamente. El sentimiento de lo sublime resulta un sentimiento de valor, que entra en la categoría de los sentimientos reales, nó de los sentimientos fantásticos, que son los únicos que, para Witasek, tienen el carácter de estéticos.

Esta restricción lo conduce a eliminar otros sentimientos clasificados como estéticos, como sucede con los que se derivan de lo *trágico,* lo *cómico* y lo *humorístico.* "Lo simple cómico no es de naturaleza estética, dice Witasek, aun cuando contribuye a favorecer y aumentar el goce estético. El sentimiento de lo cómico es un sentimiento de juicio; su premisa esta constituída

por uno o más juicios (una o más ficciones); pero no depende del contenido del juicio, que hace de premisa, sino del acto o, más exactamente, del modo como el juicio se efectúa, de la disposición síquica del individuo, en el que se desarrolla, y de su definitiva resolución".

"La característica del *humor,* debe buscarse también, según Witasek, en la especial conformación de las dos posiciones que forman la base del sentimiento de lo cómico. El humor es una actitud espiritual, una disposición del sujeto, en la que las disposiciones del juicio son dirigidas a afirmar definitivamente los valores morales: disposiciones de juicio que en interferencias con las sugestiones derivadas de juicios basados sobre la realidad de la vida, provocan el sentimiento de lo cómico".

Witasek coloca también a lo trágico entre los elementos que, sin ser estéticos, cooperan al goce estético. "El goce que se experimenta al contemplar el lado sublime que presenta a veces lo trágico no es idéntico al sentimiento de placer estético", dice ese autor; pero eso no impide que favorezca este sentimiento, especialmente cuando se reviste de forma dramática. Lo trágico, en este caso, no modifica el sentimiento estético, sino el objeto estético; el primero continúa siendo una representación que sirve de premisa al placer estético.

Reducida toda explicación estética al sentimiento que resulta de una representación fantástica; eliminada toda tentativa de caracterizar el fenómeno estético por el sentimiento de valor, como lo hace Witasek, se explica esa exclusión de lo sublime y otras modalidades estéticas, que se hace entrar en el dominio de lo bello por los que creen encontrar en la idea de orden, la clave de su explicación.

Pero, bien examinada la interpretación que da Witasek a la idea de valor, se nota que en ella se comprende solamente el valor lógico, el económico y el moral, que, en realidad, son extraestéticos, considerados en sí, incluyendo en el económico aun el valor del placer sensorial; pero llegan a fundirse de tal manera con la representación fantástica, en las obras de arte, en las que sirven de contenido, que no sería posible, en tal caso, separarlos de la representación sin destruír toda la obra y transformar y aniquilar quizás la emoción estética. En una concepción subjetivista del fenómeno estético, en la que el sentimiento sirve de criterio exclusivo, se comprende esa separación de la forma o representación fantástica, como única premisa del sentimiento estético; pero nó en una concepción integral, en la que

los valores, que entran como contenido, caracterizan el sentimiento estético superior, como expresión de la totalidad del espíritu. No es una razón que falten todavía datos sobre las condiciones objetivas necesarias para el placer estético, para dejar de resolver la cuestión de la explicación general del sentimiento estético, que, en la experiencia sicológica, ofrece aspectos mucho más complejos que las cuatro clases elementales que Witasek analiza: y que, en el fondo, se reducen a una, la de los sentimientos producidos por representaciones fantásticas de las figuras. Esa razón justificaría la necesidad de no llegar a una conclusión definitiva y dogmática en esta materia, en la cual ni la experiencia, ni la idea absoluta pueden por sí solas fundar una teoría monista; pero, nó la exclusión de modalidades estéticas que tienen su razón de ser en un valor no considerado por Witasek, el valor estético puro, derivado de la libertad como actividad esencial de la siquis.

Por ese sentimiento de libertad, en efecto, se explica lo gracioso como lo sublime y todos los matices sin número de la actividad libre, que busca expresiones simbólicas que la reflejen. Lo sublime es el espectáculo de una libertad sin la medida, sin el orden a que está habituado el espíritu, que halaga al espíritu, porque es una garantía de estabilidad. En su primer momento destruye esa garantía, rompe bruscamente el orden habitual y es un desórden; por eso produce un sentimiento de terror; pero, dominado ese momento, el espectáculo de lo sublime se presenta tal cual es, como una fuerza libre que tiende a crear su propio orden, y es entonces que el fenómeno toma un carácter estético, porque, real o aparente, esa fuerza es la expresión del alma que aspira a una libertad así ilimitada, cuando el hábito no ha encadenado su energía sometiéndola a valores económicos que la identifican a la naturaleza. Lo sublime no realiza, pues, un valor lógico de la razón, como cree Kant, ni un valor moral, como supone su sublime dinámico que atribuye a la facultad de querer. Está más lejos que lo bello del interés económico, con el que no tiene relación alguna, y su acción supera necesariamente al sentimiento sensorial, en el que se detiene cuando el espíritu es incapaz de romper las cadenas del hábito y lanzarse en pos de un orden libre realizado al través de un desórden aparente.

Lo que lo sublime realiza es el valor estético de la libertad. Por eso lo ilimitado en el espacio y en el tiempo como en el

desarrollo de un poder, ya sea éste una fuerza física o la voluntad, expresa lo sublime; porque en todos esos casos lo ilimitado es una representación fantástica de lo infinito, simbolizando la capacidad infinita de actuar, que es la libertad en el espíritu. De allí que lo sublime no esté propiamente en el espectáculo, sino en el alma que lo contempla y es capaz de penetrarlo, de comprenderlo y de reflejar en él una aspiración que considera como su ideal supremo. De allí también que todas las almas no sean capaces de comprender lo sublime y de experimentar un goce estético ante ese espectáculo de la vida interior, que sólo la imaginación intuitiva es capaz de ofrecer, haciendo de la esencia del yo y de su símbolo externo una sola realidad.

Cuando lo trágico representa la lucha heroica de la voluntad contra el destino inexorable o contra cualquier valor moral absoluto, sucumbiendo en esa lucha, el espíritu humano supera el nivel de la actividad ordinaria hasta convertirse en ilimitado en su poder, elevándose también a la categoría de un absoluto capaz de desafiar ese poder moral incontrastable. Lo trágico adquiere entonces el valor de lo sublime, y su valor estético no está en el desenlace, que expresa un valor moral y produce un sentimiento de esta especie; no está en el triunfo del orden que implica la destrucción de la voluntad trágica; no está tampoco en la forma artística del drama que ofrece un placer estético de categoría inferior al de lo sublime; sino en la lucha, en la que la voluntad se expande, aspirando a convertirse en absoluta como la voluntad divina. Así se explica el carácter de sublimidad atribuído a la encarnación del mal en la epopeya de Milton; así se explica la simpatía que la voluntad enérgica despierta, aun cuando conspire contra la moralidad; y eso depende de que el valor moral es una creación estética cristalizada por la tradición, es un orden de convivencia social, que se justifica por la libertad y que, en pugna con ella, se sustrae al placer que nace siempre de las representaciones fantásticas de la actividad libre, aun cuando esta libertad sea aparente. Lo trágico, como expresión de lo sublime, entra, por consiguiente, en la categoría de los sentimientos estéticos, sin que obste para eso su fusión con otros sentimientos lógicos, morales y religiosos, que enriquecen la actividad estética y que son necesarios para producir sus grados superiores, porque tienden a exaltar la libertad del yo, fundamento esencial del valor estético.

En lo cómico puro el factor de la lucha desaparece; el yo

no aspira a superar el desórden existente para crear un orden superior de libertad; por el contrario, ama el orden habitual en que se mueve, le inquieta salir de él y anhela mantenerse en su seno. Por esa razón, eliminado el desórden, destruído el contraste que lo constituye, conocido el carácter falso del elemento trastornador, surge el placer estético de la libertad recuperada sin esfuerzo; estado de alma que tiene gran analogía con el juego, cuando la satisfacción en él depende de una espectativa azarosa y que se resuelve felizmente por un esfuerzo del pensamiento. El factor cognoscitivo entra, por mucho, en esta modalidad estética, es cierto; también es factor importante de su contenido la idea moralizadora; pero, estos elementos no determinan el sentimiento estético de la libertad, aunque sin ellos, especialmente sin el primero, ese sentimiento no se realizaría. Lo cómico como obra dramática, requiere esos factores y otros más relativos a la forma y que tienen valor estético en sí, sin perder su carácter de cooperadores; sin su conjunción, la obra dramática dejaría de producir el sentimiento estético superior que ofrece la poesía de este género.

En el *humor,* lo cómico adquiere una fisonomía singular; no pierde la cooperación de los sentimientos lógicos y morales; por el contrario, los conserva y les da mayor profundidad y elevación. El juicio destructor del desórden se convierte en la intuición filosófica de la vacuidad universal, en principio destructor de todo valor humano y divino y así se aniquila todo orden y el desórden carece de sentido; la ironía cómica adquiere la extensión y profundidad de una filosofía pesimista, pero la libertad triunfa así definitivamente. La única realidad absoluta es el yo; lo demás se reduce a la nada. El sentimiento estético del humorismo brota de esa fuente tan sólo. El humorista no se regocija con el aniquilamiento de los ideales acariciados por la imaginación; el humorista no se propone ni un fin lógico con su filosofía, ni un fin moral con su crítica demoledora; se contenta con regocijarse sintiéndose así superior a toda realidad, libre con libertad absoluta, aunque puramente imaginaria.

Las categorías estéticas no representan, por consiguiente, diferencias radicales como las categorías lógicas; son simplemente matices, momentos, los más interesantes, en ese flujo continuo de la actividad libre, que aspira, no sólo a crear entidades nuevas en la realidad de la vida, sino a imaginar representaciones fantásticas que le ofrezcan el espectáculo de esa libertad

amada para revivir su goce o para gozar con la apariencia de la libertad apetecida, que la realidad es impotente de producir. La libertad, que la naturaleza no ofrece espontáneamente al hombre o le ofrece de modo fugitivo, éste la crea y la perpetúa por el arte, sin fin práctico alguno, respondiendo únicamente al deseo de realizar esa libertad, así sea sólo en el dominio sin límites de la imaginación creadora.

A. O. DEUSTUA

El Almirante

En el Aniversario de Angamos

Cortando el mar con afilada quilla,
Izado al tope el bicolor flamante,
Hacia la inmensidad que se le humilla
Aventúrase, ufano, el Almirante.

¿Vióse jamás en tierras de Castilla
Más esforzado caballero andante,
Hidalgo sin temor y sin mancilla
Jinete de tan nuevo Rocinante?.....

Senda de rosas le ofrendó el Pacífico
Cuando a luchar se aventuró, magnífico,
Para el Crimen aleve derribar;

Y le abrió de laureles un camino
Cuando, en gigante lid con el Destino,
Supo a la Muerte, impávido, humillar.

MANUEL BELTROY

8 de octubre de 1920.

El Perú y España

(MIRAJE COMPARATIVO)

Con motivo de la Fiesta de la Raza, en que los pueblos jóvenes del Continente, celebran—recordando la fecha clásica del descubrimiento de América—la supervivencia de la raza española, nuestro inteligente colaborador, el señor Manuel G. Abastos, ha escrito para Mercurio Peruano, el concienzudo ensayo que publicamos, en que examina la influencia del espíritu español en el carácter patrio y en el desenvolvimiento de las instituciones nacionales.

(A Jorge Guillermo Leguía).

Todos los pueblos tienen una estirpe natural o continuidad histórica ascendente, cuyo hilo de oro es la tradición. Cuando de los graves problemas nacionales se trate, siempre será conveniente pedir a ésta su índice consejero, como que del pasado fluye la sugestión del hondo sentido crítico. Mirando hacia atrás se obtiene la amplitud actual y la sucesión futura de la línea por seguir. En pueblos como el nuestro, mitad español, mitad indígena, donde la tradición es doble, doblemente ha de indagar, el que investiga, en la raíz americana y en la secular tierra española. En la Península y en el Continente, en el carácter de Ruy Díaz y en el alma de Atahualpa, en la historia resonante de Iberia y en el Imperio conquistador y comunista, habrá que buscar el origen de nuestra personalidad. Esto será volver por los fueros del método y de la adecuación científica; y esto será cosa bien distinta de exponer el curso de la Revolución Francesa y recomendar la democracia, o de maravillarse de que en Inglaterra se profese ferviente culto a la libertad y concebir en el Perú, nación mestiza y amorfa, un republicanismo austero y sobrio.

Mirar hacia España, he allí el punto inicial de una perspectiva que enfocará el porvenir de estos pueblos indolatinos.

José Ingenieros ha anunciado confiadamente la formación de una raza argentina, lo que significaría el surgimiento de un etnos antiespañol. Nosotros no podemos hablar de una individualidad racial, por más que tengamos un gran volumen de signos indígenas uniformes y de notas mestizas comunes. Nosotros estamos en más propicia condición para cultivar el españolismo que late en nuestra alborotada ciudadanía, y deja ver, firmes a través de los tiempos, matices inconfundibles de un tipo genitor. El Perú no ha sufrido alteración en su textura específica, por haber sido muy débil la influencia migratoria y muy lento el proceso educativo. He aquí, pues, que nos hallamos más cerca que muchos otros países americanos, de una tradición española y una autoctonía indígena.

Además de una *razón sentimental,* empújame hacia España, hacia el origen de todo lo que es español, el confirmar la gran semejanza que existe en lo físico, en lo moral, político y social, entre mi pueblo y la tierra materna. Esta ponencia mía la he de ir verificando en la comparación y recuento de las notas esenciales del espíritu de ambos pueblos, convencido como estoy de que antes que en la compleja historia europea, estudiada como teoría general de la vida humana, es en este enfrentamiento de calidades espirituales afines, en lo que debe inspirarse el grito doliente de la reforma, a fin de evitar fracasos en adopciones *patológicas* y absurdos en la postulación de los problemas. Dejo constancia—desde luego—de que me doy perfecta cuenta del progreso alcanzado por España y de que si apelo al dato de tal cual analista de hace veinte años, es tan sólo para tener un punto de partida. Rechazo todas las exageraciones en que abundan libros españoles y extranjeros. Lo que se dijo de España, siempre que ello fuere verdad, tendrá que ser muy útil a quienes descubran concomitancias en la propia casa.

Empiezo.

LA RAZA Y EL TERRITORIO

Sociólogos e historiadores se fijan en la variedad de razas que invadió la Península, causa de una lucha interior de tendencias y de la falta de sentido gubernativo que Chamberlain descubre, tanto en los cristianos afanados en la reconquista como en los moriscos igualmente disidentes. Sociólogos e historiadores también anotan lo quebrado que es el territorio de España, al punto de que alguien le llamase "una Suiza sin lagos". Hay pocos países—dice Fouillée—en que las comunicaciones hayan

sido tan raras como en España, merced a lo complicado de su orografía. El filósofo de las ideas-fuerzas hacía derivar de esta circunstancia un grave influjo sobre el carácter y la vida de las poblaciones españolas. Y esto era lo que hacía escribir a Vidal Lablache: España es un país naturalmente dividido en pedazos. Y bien, esta España que tántas semejanzas tiene con los países tropicales (Buckle), esta España anarquizada por la naturaleza, que muestra en el mosaico de su historia, antes y después de la unidad, pasiones políticas enconadas, ardorosas luchas familiares, individualismo silencioso y montañés, tipos y costumbres diversos, tendencias separatistas y amagos republicanos ¿acaso no configura—guardada cierta proporción—nuestra alterada vida nacional, en cuanto ésta se muestra influenciada por la variedad telúrica, etnográfica y topográfica?

Contemple el lector espaciosamente la historia del Perú y ha de ver, ante todo, una gran multiplicidad racial moviéndose en un territorio variadísimo. El pueblo conquistador, el quechua o el aymara, no son sino razas dominantes sobre muchas otras razas costeñas o serranas, que habitan en un inmenso y quebrado territorio, cuyas influencias físicas trabajan peculiaridades fácilmente reconocibles para el etnólogo y el antropólogo. Durante tres siglos de coloniaje y un siglo de república, la variedad humana habitante en las enormes tierras que van desde el Ecuador hasta Chile, se aduerme estanca e incomunicativa; y este mismo aislamiento, no alterado por falta de vías de comunicación, favorece todo aquello que siendo primero diferencia local, concluye luego en espíritu rebelde y personalidad individualizada, que inconscientemente favorece la indiferencia gubernativa y reconcentra y aisla el circunscrito horizonte provincial. De España se dice que siempre es España, a pesar de la diferencia que va de un vasco a un andaluz y de que su forma peninsular influye en la desconexión y aflojamiento de los lazos nacionales; y es que se considera a España unidad política, tal cual se diría del Perú. Empero, de la conformación natural hecha de abigarradas fisonomías y opuestas tendencias, emerge una fuerza de desequilibrio que ataca aquella unidad política, y es, en el peor de los casos, pluralismo infecundo de criterios y oposición a todo plan general de reformas.

En el vario pensar, en el entrechoque de ideas y sentimientos, en la curva zigzagueante que marca notable hipertrofia de progreso en unas zonas y atrofia vital en otras, por el regionalismo agresivo, que arborece en el Perú y en España existe des-

de tiempo—notas todas ellas producidas por los factores físico y racial—, es que encuentro semejanza entre España y el Perú.

EL CARACTER

Cuando se hable del carácter hispanoamericano y se pretenda obtener la media sicológica en pueblos latinos de este hemisferio, el alma española estará presente por necesidad científica. Entonces se verá que el primer distintivo de ésta, es la arrogancia, el orgullo. En España, dice Louillée, el mendigo es orgulloso como un gran señor. Entre nosotros, gentes que ayer *fueron* y hoy nada son, viven como aquellos hidalgos que nos pinta Azorín, pobres y melancólicos, pero fieramente amorosos de sus recuerdos y sus blasones; y asímismo, el que nada fué, tan sólo porque le hierve en las venas sangre española, enhiesta la figura y desprecia muchas cosas que el español despreció siempre: el trabajo, como la más esencial de todas.

Dominó, y aún domina en España, la aversión por el esfuerzo sostenido y perseverante; se cree en la superioridad de la vida ociosa, por mezquina que ella sea; se siente admiración y simpatía "por los que gastan y derrochan inútilmente su fortuna" (Fouillée); y se mira altaneramente "todo lo que es previsión, orden y trabajo personal". Quiero creer que España se haya modificado desde que Fouillée hizo de ella pintura tan acerba. Pero para el hecho comparativo, ¿acaso no vemos entre nosotros, en la mitad de nuestra vida tropical, latir estas advertencias del sicólogo?

La pereza engendrada por el orgullo llega a convertirse en abulia, a veces en indiferencia o en estoicismo, que diría Ganivet. Pasa la vibración del mundo, se transforma la realidad, siempre hermosa y distinta, y el sujeto a la orilla del río, mira y mira. Está enfermo de no querer "y vacila entre la idea fija que se decide por un acto irreflexivo y violento, y la antigua, abstracta, puramente tradicional, infecunda e impotente". Para Ganivet, España era el neurótico incapaz de sintetizar sus propias ideas e impresiones incapaz ,por lo tanto, de comprender sus intereses, "el interés general y público". El Perú, ¿será el estoico o el neurótico de que hablaba Ganivet? Neurótico, imposible que lo sea; está demasiado nuevo; no ha sentido la pesadumbre de los siglos, ni ha sufrido el desgaste que acarrearon las grandes empresas españolas. Tal vez sea algo así como estoico. ¿Es nues-

tro indio un estoico? Por más que su apariencia lo simule, en el fondo tiene mucho de inconsciente. Hay sí muchos estoicos en el Perú, nó a lo Séneca ni a lo Epicteto, pues que no tienen la calma olímpica ni la ataraxia de Marco Aurelio; pero sí son gentes que carecen de personalidad, que no conciben el *interés general y público,* que están desvinculadas del patriotismo y de la nacionalidad por un egoísmo alarmante, y que hubieran podido nacer en la China como nacieron en el Perú. Ese tipo del despreocupado, del que sabe desentenderse de muchas cosas mortificantes, del que reniega de las leyes y del gobierno porque éstos le ponen en contacto con un mundo y otros hombres y le notifican obligaciones que debe cumplir, ese tipo es común en el Perú. Piensa en la felicidad y se afana por conseguirla, cosa que, valgan verdades, no es muy vulgar; se agita poco o mucho cada vez que de su individuo se trata; pero, ponedle frente a los demás, llamadle a contribución de esfuerzos y de ideas y sólo habréis conseguido irritarle. Quiere decir esto que el estoicismo es en el Perú una mezcla de pereza y de egoísmo y que el estoico lo es tan sólo en tratándose de los intereses del país, que nó de los suyos propios.

Entre los que llegan al vértice vital de la acción, cabe distinguir a los máximos de los mínimos. El carácter nacional ha osciiado así: afirmación o negación, virtud o vicio, todo o nada, blanco o negro. Unos hacen mucho, otros no hacemos nada. A los que hacen muy poco, a los *que empiezan* a hacer y no concluyen, les individualiza el azar. La inestabilidad de monarcas como Carlos V, dedicados a inútiles empresas guerreras, y el desequilibrio que trajo a un pueblo empobrecido el usufructo de las riquezas fantásticas de América, modelaron el espíritu español en el sentido de esperarlo todo del azar o del poco esfuerzo. Pasados los siglos XVI y XVII las gentes se habitúan a contar más con la casualidad que con la voluntad: "y aun si interviene ésta, dice Fouillée, funda sus esperanzas en un esfuerzo pasajero y nó en un trabajo sostenido y perseverante". Y conste que el español es ambicioso, fué el más ambicioso de los hombres; mas si la ambición mira en las cartas o en los ojos escrutadores de un gitana, ya podemos figurarnos la gravedad del mal.

Durante el coloniaje los españoles que habitaron el Perú dedicáronse principalmente a la minería, industria de mucho azar en aquellos tiempos. Los criollos y sus hijos medraron de lo que pudieron, siendo siempre otros, los pobres indios, los que debían asegurar la opulencia del conquistador y sus descendien-

tes. El que no fué encomendero fué burócrata, condición insegura que dependía de la estabilidad fugaz del valido, del ministro o del padrino. Azar sobre azar. El indio agobiado, desposeído, fugitivo, no pudo contar sino con que la casualidad o su astucia le permitieran escapar al látigo y a la argolla del capataz. Vino la República, y sin fomento de la riqueza nacional, sin fuentes productoras y sin esfuerzo ni aptitudes organizadas, empezaron los empréstitos. Felizmente un providencialismo económico proporcionó el salitre y el huano. Echáronse todos sobre el maná hebraico, y, como consecuencia inmediata, hubo fastuosidades y derroches, mayor número de revoluciones, inmoralidad creciente y escándalos administrativos. Triste ironía de la historia: en medio del vivir bizantino, una relativa capacidad material y cierto prestigio intelectual, elevaban al Perú al rango de potencia americana.

Don Ramón Castilla, el hombre que apostaba mil pesos a un dado, era el país orgullosamente satisfecho de su riqueza. El azar dominaba en la vida elegante del garito de salón como en la actividad momentánea del huanero, del salitrero, del montonero. El azar gobierna al Perú hasta la hora en que Chile nos hace el inmenso beneficio—¿queréis convenceros de ello?—el inmenso beneficio de quitarnos el biberón. Y ya lo véis, este país *azaroso*, desorganizado, robado, dando traspiés como el viandante fugitivo que salvó del trabucazo del bandolero, a quien dejó la bolsa, se levanta hoy—¿esto tampoco lo creeréis?—, se levanta hoy día púgil porque los biznietos de los conquistadores confían menos en el azar y más en la eficacia del trabajo. Y digo esto en sentido relativo, porque existe todavía mucha pereza confiada en las provincias, mucha falta de método y previsión, mucha desconfianza y timidez industrial, y un grande amor por lo decorativo; en tanto, la educación económica es desatendida y los campos están yermos, y el extranjero, chino, inglés o japonés, va haciendo todo lo que nosotros pudiéramos hacer.

Para no sentir los hondos males de España, el Perú necesita que sus maestros hagan brotar en las almas la virtud enérgica de las voluntades conquistadoras y el sentido utilitario del esfuerzo sistemático, ennoblecedor y necesario. El curso de nuestras revoluciones creó una clase de hombres: los que viven del azar, y éstos a su vez, hicieron las revoluciones para no morirse de hambre. ¿Cómo romper este círculo vicioso? Las jornadas políticas congregan, al presente, a aquellos que viven de la prebenda, en grave inestabilidad económica, y los partidos, combatiendo frente a frente, lejos de ser ideas que se arremeten para entrabarse, esforzarse

y vencer, venciendo con ellas programas mejores e ideales afirmativos, son grupos de hombres de azar que juegan con descarada audacia la mejor partida del sport fiscal.

Decíamos que en cuanto al esfuerzo, en el Perú existen los máximos y los mínimos. Pues los máximos con ser máximos no van más lejos de obtener cierta relativa satisfacción. Es algo que no puede explicarse de pronto. Hay en nosotros ambición española; pero el ambicioso, una vez consumida poca o mucha vibrante y precipitada energía, o derrocha inmediatamente lo que obtuvo o se conforma con aquello que ha de bastarle para vivir. Esto último no sucede—conviene aclarar—en cierto grupo de gentes, los políticos, quienes no dejan de esforzarse hasta la hora en que se cruzan la banda presidencial. Diríase que el mayor número de gentes carece de una virtud orgánica o cualidad de persistencia. La imaginación española y el énfasis español concibieron y afirmaron grandes, desproporcionados proyectos, y las realizaciones fueron infinitesimales y los fracasos consecutivos. A España le faltó la previsión, como a nosotros; y a ambos pueblos les sobró imaginación. Esto, repito, es lo que contrasta. Pueblos imaginativos y ambiciosos no llegan a concluír sino con gran trabajo uno de aquellos muchos ideales con los que sucesivamente van formando otros pueblos la escala del progreso. La rectificación y el remiendo son condiciones que definen nuestro modo de hacer y nuestra mentalidad. De aquí también concluímos: escasa visión de conjunto en las iniciativas, falta de sentido práctico, dispersión de ideas, carencia de un método y de una dinámica nacionales.

¿Hemos de adquirir una dinámica? Ya lo creo, una dinámica para el individuo y para el país, una función energética que no concluya en la mortal fatiga que suspende las obras humanas y convierte en ruinas lo apenas comenzado, una actividad que no derive en el modesto y burgués contentamiento orgánico, sino que aspire a concluír todo lo que ha de ser motivo de empezar nuevas formas y concebir nuevas y fecundas idealidades.

Por dondequiera que espacie la mirada ha de ver el observador gentes contentas, felices: unas, de haber hecho algo, a su modo, pero, en realidad, nada; otras, de haber efectivamente hecho bien poco. Adviértase que estoy hablando de los máximos en el esfuerzo, y que cuando digo *contentos* y *felices,* en ningún modo supongo que nuestros burgueses son hombres plácidos, optimistas y sumisos ciudadanos; muy al contrario, son los que más censuran a los gobiernos, enemigos de su propiedad e indus-

tria, y son los más pesimistas en cuanto se refiere al bienestar de la nación; el contento sólo significa que el burgués está satisfecho de sí mismo por haber obtenido una renta y haber llegado a una condición *aristocrática*. Al tocar este punto fijémonos en lo apropiadas que son a nuestro medio estas frases de Ganivet: ...."En cuanto un español tiene cuatro fincas, necesita hacer el señor; vivir lejos de sus bienes, contemplándolos a distancia y cobrando las rentas por mano de su administrador".

De otro lado, nos asemejamos a España por la crítica y el tono despectivo. Hay exceso de crítica, decía el pensador andaluz: "el criticismo destructor todo lo aniquila". Nosotros, los peruanos, nos hemos pasado un siglo disparatando y criticando. Hijos y nietos de sofistas y ergotistas, los españoles tienen el don de la fácil palabra y el silogismo pronto. El que critica es un descontento que jamás analiza con honradez; siempre podrá probar en contrario la verdad o mentira de las cosas. En pueblos dotados de un gran egoísmo, vale decir, escasos de convicciones afines del bien y de valores morales, serán muy raros la medida gubernativa o el acto individual justiciable, con los cuales acierte la crítica periodística, dividida entre los que afirman a ciegas y los que niegan a pie juntillas. Esta crítica periodística febril, biliosa, mal orientada, nos ha sido funesta; por ella no ha hablado casi nunca la opinión pública, sino el interés o la pasión, el odio y la envidia. José María Salaverría hace notar el daño que ha hecho a España el tono despectivo empleado como arma de combate por cierta clase de literatura anarquista, por la política radical y por el regionalismo catalán. En estos tres puntos de ataque, no se ha hecho otra cosa que desprestigiar a España, pintándola más bárbara de lo que es y deprimiendo el espíritu público. Rebajando a la patria española, es como ha crecido el prestigio de la potente Cataluña.

Aquella tan discutida generación del 98, que alzó un clamor lamentable a raíz del desastre de Cuba, ha sido un poco exagerada. Y lo peor del caso es que los del 98 han hecho escuela, y, a pesar del evidente progreso actual de España, quedan muchos todavía que gritan el pesimismo neurótico y gimen la negación de España. Si nó, ahí está el hombre de "El Espectador", el ilustre Ortega y Gasset de quien dice Salaverría que trata a España con una piedad de celtíbero manumitido; con un olímpico gesto de negacion absoluta, y, en el caso mejor, con un esteticismo de artista a lo Renán o a lo Barrés. Nó. España ha crecido bastante en los últimos tiempos; los españoles tendrán que

ir camino del optimismo, tendrán que creer en el progreso de España, y Cataluña, la región más hostil, conseguida su autonomía, no podrá seguir denigrando a la nación española.

Nosotros necesitamos algo más de virilidad, algo de afirmación y de fe, y un aminoramiento del tono despectivo. En buena parte de nuestra literatura dominó la burla, la sangrienta ironía, el desprecio de lo propio y el enanismo de la nacionalidad. Aquella tan celebrada sal de los escritores limeños, tuvo manifestaciones literarias por donde se escapó, junto con el desahogo de la pasión política o el odio personal, el desdén por el país. Juan de Arona fué irrespetuoso y escéptico, Felipe Pardo y Aliaga ennegreció el pincel más de lo necesario, y las causticidades de Manuel Atanasio Fuentes deformaron la historia. Yo no quiero negar cuánto vale la crítica; en ciertos casos y cualesquiera que sean sus formas puede equivaler a un consejo; mas si se abusa de la ironía y si el autor se regocija exclusivamente en los defectos, que exagera, y si se ensaña en la humildad o deformidad de la estirpe nacional, y se declara, como muchas veces se oye decir en calles y plazas, que más gustosamente se habría nacido en otro país, entonces, el tono despectivo evidencia nó amor sino antipatriotismo.

Reconstruyamos con fe, con amor a nuestra pobreza, con entusiasmo viril por lo que habremos de ser y por lo que fuímos. Ningún contrapeso mejor se opondrá a la crítica negativa, que la comparación de lo que se ha sido con lo que ha llegado a ser. Dejemos al octogenario la complacencia del verso de Manrique: "cualquiera tiempo pasado fué mejor". Afirmemos como quiere Salaverría, afirmemos siempre lo mejor que hicimos en la historia, y tengamos el optimismo trágico que recomienda el escritor español, optimismo que sea "una verdadera voluntad de querer creer, de llegar a creer, de poder conseguir la fe en la propia personalidad".

Cuanto a creencias religiosas casi nos identificamos con España. El pueblo peninsular, si tuvo místicos, mayormente fué afecto a lo ritual. El dogma, la cuestión ética quedaron relegados a segundo plano. Había fácil objetivación, menos adentramiento, mucha superstición oriental. El cristianismo en España engendró un estado morboso del alma colectiva; fué militante, conquistador, apostólico, imperialista y enemigo de la cultura. Pese al Marqués de Dos Fuentes que afirma que su raza fué ajena al sentido religioso, porque los iberos no tuvieron religión, el pueblo español llegó al éxtasis de Teresa de Avila y

formó la milicia de Ignacio de Loyola, cuya obra "brilla como el acero, suena a ferralla, huele a rancho y es marcial". No importa que el sacerdote del poema de Rodrigo sea un soldado que evangeliza, persuadiendo a cintarazos; que Juan Ruiz pinte el amor en toda su desnudez y sea "el amigo de todas las Celestinas", y que Don Quijote no oiga misa, ni se confiese, ni comulgue, ni practique penitencias como no sean las de encantamientos. El Archipreste refleja una faz de la vida española, la vida galante, que no niega la religiosidad, ni ataca el deísmo, sino es más bien el exponente del formalismo religioso en un período de transición. ¿Y Don Quijote? Don Quijote no sólo morirá cristianamente, "un crucifijo en las manos que se enfrían, teniendo por religión la alta moral que se identifica con la filosofía", sino que distintamente de como piensa el Marqués de Dos Fuentes, será "el romántico de la tradición"; en su obra se mirará esa mezcla de "unción religiosa y profesión de soldado", así como el afán humanitario del viejo caballero andante, "de aquel Ashaverus de la Justicia universal", que siendo como es "una sed de libertad de espíritu", confirmará en la misma brillante exégesis de Gabriel Alomar, una excepcional forma de misticismo laico, una inquietud religioso-moral, inquietud española, llegada al matiz más puro de sus manifestaciones sobrehumanas. Todo esto, sin embargo, no negará el ardor fanático, el proselitismo musulmán, ciego y cruel, de nuestros abuelos. Diráse, en todo caso, que hay un pueblo en cuyo espíritu resuenan todos los tonos de la sensibilidad y de la ideología humanas, y que ese pueblo es y ha sido España.

El fanatismo español trasplantado a América produjo lo siguiente: Los indios que adoraban, como es sabido, a los astros, a las plantas y animales y a las fuerzas de la naturaleza, adoctrinados por los curas, trasfundieron el ritualismo o formalismo religioso cristiano con sus propias creencias, y así por ejemplo los peruanos siguieron adorando a Inti y a Quilla en las efigies de los primeros santos colocados en los altares de las primeras iglesias poblanas. Todavía puede verse en sus festividades la curiosa mezcla de la superstición gentilicia y el fanatismo cristiano. El indio del Perú que no pasó más allá de un animismo naturalista, tiene tanta religiosidad formal como cualquier gallego o montañés español. Por lo demás, los mestizos, el pueblo de las ciudades, creen exclusivamente en el santo, entidad objetiva dotada de una virtud protectora, y sólo un pequeñísimo número entiende la cuestión ético-religiosa. Esto no obstante, la

clase más culta manifiesta tánta despreocupación por las cosas religiosas como por las de interés general. Aquí hay buen número de indiferentes en religión como en España, país del cual afirmaba un escritor, que contaba con gentes que no sentían la necesidad de profesar un credo y afiliarse a una iglesia, cosa que no le acontece nunca a un sajón, verbigracia.

En los buenos tiempos de milicia cristiana, España arremetió contra todo síntoma de cultura liberal. Dígalo Menéndez y Pelayo, comentador de herejes y testimónielo la roja fogata de los inquisidores. El libro, la idea enarbolada sobre una mente librepensadora, fueron en España y en el Perú enemigos horrendos, víboras a las que debía de aplastar el mismo poder civil, celoso defensor de conciencias, a la sola incitación del arzobispo o del clérigo. Olvido los mil casos ocurridos en España, para no citar sino uno. El buen viejecito don Miguel Morayta, ilustre historiador de Ramsés II y expositor sumarísimo de la Revolución Francesa, leyó en la apertura del curso de 1884 a 1885, en la Universidad Central, un notable discurso de apretada erudición y con vistas originales, acerca de la civilización egipcia, discurso por cada uno de cuyos párrafos se resumía una moderna orientación positivista. Publicada dicha pieza literaria, el señor obispo de Avila dirigió a sus feligreses una larga pastoral, condenándola terriblemente. ¿Por qué? Porque "además de estar saturado del espíritu de racionalismo, si bien mañosamente encubierto con el velo de frases ambiguas y de vaga significación, contiene proposiciones contrarias a la fe católica y a la sana doctrina, pues en él se pone en duda la existencia del Diluvio universal; se afirma que las fronteras de la Historia se extienden más allá de Adán, dando así a entender que éste no fué el primero ni el único tronco de la estirpe humana; se dice que las religiones nacen raquíticas, que son predicado de la naturaleza humana y que están sujetas a mutación como las lenguas, quitando así el catolicismo, en el mero hecho de no exceptuarle, su origen sobrenatural... etc." El obispo de Avila condenaba al autor y el discurso; llamaba al primero darwinista, krausista y panteísta, todo de una sola vez, y prohibía severamente la lectura del segundo.

Y bien, recordad en el Perú las tremendas luchas de Vigil, las acometidas formidables de ultramontanos y liberales en aquella época de crecimiento mental, cuyas colisiones de ideas no han vuelto a producirse; llegad luego a González Prada y miradle abroquelado combatir las morbosas preocupaciones y el

prejuicio confesional; y ved, por último, en estos días de duda, o de indiferencia, cómo el *problema menos importante* es el problema religioso, por el cual los intelectuales ya no se apasionan, ni los políticos hacen cuestión de Estado, sin que por ello dejen de subsistir la unciosa devoción de la mujer y el fanatismo del pueblo. Quiere decir esto que aquí como allá ha existido el tremendo duelo, mantenido con intermitencias de pasividad y de agitada y rencorosa discordia, y que aquí como allá los clericales se defendieron, condenaron los libelos, blandieron amenazadores la excomunión, imputaron a los liberales la decadencia del país y sacudieron furiosamente al poder civil para que interviniera en nombre de un principio de orden social, porque aquí como allá, el clero tuvo y sigue teniendo efectivo poder de clase.

EL GOBIERNO

España es un país ingobernable, decía Fouillée, citando las desconsoladas frases de Fernando el Católico a Guicciardini: "nación muy propia para las armas, pero desordenada". En prueba del abolengo, ninguna de las modalidades que distinguen a los gobiernos americanos, dejó de faltarle a España. Mala administración, caciquismo imperante, injusticias de los que mandan, lucha formidable por el prevalecimiento. En España ha combatido el monarquismo tradicionalista con la tendencia republicana, que logró vivir una hora, como combatieron en América las oligarquías y los partidos populares. Una república, la del 73, una revolución, la de San Gil, unos conjurados como Serrano y López Domínguez, y la proclamación de un rey por el ejército, como la de don Alfonso XII ¿acaso no representan una inquietud cual la de nuestros pueblos mestizos? Sígase la evolución de los partidos, y el parecido es más saltante, sabiéndose sobre todo esta observación de Chamberlain, que califica de lento y perezoso el avance político de España, por haber desconocido los partidos avanzados españoles la necesidad de ayudar al vecino". La misma separación de actos y de intereses, idéntico individualismo egoísta y utilitario, igual recelo y aborrecimiento entre los hombres que viven dedicados al difícil arte de gobernar.

El caciquismo no es sólo mal de América. Existe en España porque de él necesitaron los gobiernos para ganar elecciones,

"aunque la mayoría de la opinión les fuese contraria". Producida la restauración española, el partido conservador "procuró que en cada pueblo hubiese un amigo dispuesto a servir al nuevo gobierno, y a ese cacique le dió todo lo que pidió". Bien sabemos que esto es lo que sucede siempre en el Perú respecto del sufragio. Por otra parte, también aquí como allá se pronuncia brillantes discursos en el parlamento y se reparte mercedes con largueza entre los correligionarios. Las agrupaciones progresistas tienen que gobernar deficientemente desde la oposición; y cuando llegan al poder hombres como Cánovas o Sagasta, realizan escasa labor benéfica por falta de auxiliares competentes, ya que aquí como allá los puestos se deben al favor y los ocupan personas incapaces. Al hacer esta observación el sereno Chamberlain recomienda a los españoles, tal como un reformador podría hacerlo respecto de los peruanos, la revolución económico-administrativa, la revolución de disciplina, que gritaba aquella voz gemebunda de Joaquín Costa: Purificar el funcionarismo, acabar con los caciques e introducir el orden en el gobierno. Los españoles se dan, asimismo, tal como sucede en el Perú, innumerables leyes que no se cumplen jamás; y les caracteriza como a nosotros la tendencia a hacer prevalecer un sentido particular, personal, en todas las cosas públicas, como si el gobierno fuese una función familiar, circunscrita por lo tanto a cierto número de personas que tratan solamente determinado género de cuestiones.

La inestabilidad de opiniones y tendencias de los políticos españoles es la propia inestabilidad de muchos políticos del Perú. Republicanos de tánto relieve como Canalejas, Moret, Montero Ríos, Martos se pasaron un buen día a las filas monárquicas. Socialistas, al parecer convencidos, transigen con la monarquía. Son los hombres los que llegan a encarnar o más bien a reemplazar a los mismos enunciados de los programas protocolarios, haciendo de la acción política una ruda campaña de odiosidades y daños recíprocos que a la postre resultan daños para el país. Los entusiasmos y las malquerencias, los triunfos y las derrotas se personifican de tal manera, que se pierde la visión de la obra y de su utilidad, todo sentido crítico se apaga, y así como se elevó a un jefe de partido, se le derriba y anonada casi sin conciencia de sus intenciones y virtudes. De este caudillo, de tal orador, pasa la simpatía a otros: igual veleidad para el torero que para el político. Por lo demás, en España no hay voluntad popular, sino imposición oficial a la que se han acostum-

brado los pueblos. Fouillée decía que el único medio de que éstos pudieran mostrar independencia era la rebelión.

Todas las críticas que se han hecho de la política española podrían aplicarse al Perú. Ganivet definía al político: "Aquel que no pudiendo pasar de aprendiz en ningún oficio se declara maestro en el arte de gobernar". Ganivet es también quien asevera que la falta de fijeza que se nota en la política de España, "es sólo un reflejo de la falta de ideas de la nación". El brioso prosador andaluz quería por lo menos restaurar en España el sentido común abolido. Extrañaba en el político inteligente la verdadera visual del hombre de gobierno. "Se halla a lo sumo—decía—algún hombre hábil para ejecutar alguna misión que se le encomiende; pero no encontraremos uno solo que vea y juzgue la política nacional desde un punto de vista elevado, o por lo menos céntrico". Leyendo estas y otras frases ¿quién no recuerda unas famosas de Manuel González Prada, que encierran igual paradoja que las de Ganivet? Leamos este párrafo de Ganivet maravillosamente similar de una página del maestro Prada: "La historia parece demostrarnos que casi siempre los hombres, por lo menos en España, desempeñan mejor aquello para lo que no se han preparado previamente: los que se dedican a las armas suelen distinguirse como legisladores, y los jurisconsultos como guerreros; los literatos como hacendistas y los hacendistas como poetas; los comerciantes como políticos y los políticos como comerciantes". Es el tipo múltiple, proteico, el improvisado que tánto daño causa a nuestras repúblicas incipientes, el hombre de conocimientos generales, "eufemismo con el que se encubren la osadía y la ignorancia". La contemplación de esta invertida realidad hacía recomendar a Ganivet el verdadero conocimiento de los problemas político-administrativos, a los hombres capaces de gobernar, a fin de que no ocupasen "el hueco" "los que tienen traza de listos y parecen dominar toda clase de cuestiones aunque por el momento las desconozcan". ¿No decían lo mismo Joaquín Costa cuando pedía para España la dictadura científica y González Prada cuando veía sufrir al pueblo las ignorancias de la gerencia pública?

En algo más nos parecemos a España: en el centralismo y en el mesianismo. En España se dejan ver tendencias federalistas, separatistas y republicanas, todas contrarias a la centralización. Cataluña, después de rudo esfuerzo, ha obtenido la autonomía; y este ejemplo tendrá una evidente trascendencia en no lejano día. El mesianismo es una consecuencia del pesimismo es-

pañol. Si hemos de dar fe a Salaverría, creen los españoles que su país progresará si aparece un rey absoluto o si se establece la república.

Ahora yo invito a meditar a nuestros políticos sobre los siete criterios de gobierno que constituían el santoral de Costa y que pueden resumirse así: 1º, Desenvolvimiento intensivo de la mentalidad del pueblo; 2º, Abaratamiento de la vida, mejorando la ración alimenticia; 3º, Aumento de la vida media del poblador; 4º, Arbitramiento de recursos para educar, higienizar y alimentar (despensa y escuela, era el lema de Costa); 5º, Realizar una política de procedimientos sumarísimos en todo orden de actividades; 6º, Aplicación honrada del presupuesto, sin dispendios perturbadores; y 7º, Gobernar por actos, nó por leyes; "hombre superior, no Parlamento".

PARA CONCLUIR

Para concluír esta breve semblanza de dos pueblos consanguíneos, de suyo imperfecta, como no puede menos de serlo, quiero fijar el punto de partida del progreso de España que tiene el significado de una nueva concomitancia respecto del Perú. El arranque de la actual grandeza española, que, estoy seguro, eclipsará todas las grandezas nacionales, empieza el día siguiente del desastre de Cuba, tal como empezó para nosotros este relativo e innegable progreso en que vivimos después de la guerra del Pacífico. No parece sino que España, dueña de la isla antillana, seguía acariciando la ficción de su imperio colonial, fuente de riquezas fáciles y causa de la clásica pereza. La derrota de un pueblo cuyos invencibles tercios probaron sus armas en heroísmos que se enfilan a lo largo de los siglos, tuvo la virtud de suscitar energías organizadoras e incitar espíritus conmovidos que se dedicaron a reconstruír con inmenso amor el viejo solar cuarteado. Ya apuntamos cómo la generación del 98 fué furiosamente pesimista; pero nadie le negará el mérito de haber escrito un programa inmenso, cubierto, es verdad, de lágrimas e imprecaciones funerarias, programa que es el de Joaquín Costa, de quien creo dijo Unamuno, que había dejado un índice de labor tan vasto, que la nación española podría difícilmente realizarlo en medio siglo.

Nosotros tuvimos después del pandillaje la voz acusadora de González Prada, maestro que si no dejó un programa como el del "león de Graus", puso una línea de luz al borde del abismo de

nuestras miserias. Sin verdaderos discípulos que siguieran la senda del luchador, sin otros agitadores de la conciencia nacional, el país ha ido entrando, en función del tiempo y de circunstancias fatales, en un período de realizaciones efectivas.

El Perú, pueblo soñador y romántico, será grande como España, pues que le anima el ímpetu que le presta el hervor de su sangre ibérica. Y mirando como mira, cachorro engreído, desde las orillas de este mar latino, la pujanza con que surge de la tierra castellana un recio nervio de acción, el hijo hará como la madre, como la sabia y fuerte leona, trabajará con el martillo y con la pluma, se fatigará la mente y hará vibrar la sensibilidad en servicio de grandes y bellas cosas.

Lima, setiembre 1920.

MANUEL G. ABASTOS

De la lejana Thule

EL Y YO

De *Dante Gabriel Rossetti.*

¿Desde dónde y por qué hasta mi campo vino?
¿Cómo es que él ve todo de tan triste apariencia?
¿Y cómo puedo ver su mirar y adivino
oir la palabra que, por amarga, silencia?

Tal fué en cielo remoto el pequeño rebaño
de nubes, que, a la atmósfera del alma, descendió
y luz viviente enciende por un continuo año.
¿Cómo él lo encuentra todo sin vida?—¿El, o Yo?

¡Ved, este nuevo ser que por mi campo yerra,
que llora por el árbol y la flor en la tierra
y al viento suspirante hace armonía fiel;

y sobre el agua dulce de mi vida, que, entrega,
nó la linfa a sus labios, sino lágrimas riega,
y aún por mí mismo llora. Pero soy Yo,—nó El.

MARIANO BRULL

Don Toribio Rodríguez de Mendoza

DE COLEGIAL A RECTOR

(De un libro en preparación).

Gobernando en el palacio de San Felipe de Madrid Su Majestad don Fernando VI, Rey Católico de las Españas y Emperador de las Indias, y rigiendo los destinos de estas tierras el Excmo. Sr. don José Antonio Manso de Velasco, Conde de Superunda, nació el 15 de abril de 1750, en Chachapoyas, don Toribio Rodríguez de Mendoza.

Pertenecía este hijo del matrimonio de don Santiago Rodríguez con doña María Josefa Collantes, a la nobleza criolla, que sostenía con su crédito y distinción en su viejo solar los aristocráticos blasones de aquella "muy leal ciudad" (1), y era vástago de la prosapia de los valientes compañeros de don Sancho el Bravo, "hallándose entroncado, por una larga serie de abuelos, con las casas de Toros y Mendozas, de cuyas estirpes salieron para la Iglesia y el Estado, varones ilustres en las armas y en las letras" (2).

Los padres de Rodríguez se esmeraron en instruír y educar, desde muy tierno, a su hijo, y es de suponer que éste, dadas las facultades de su acomodada familia, aprendiera en su propia casa las llamadas "primeras letras" de labios de alguno de esos

(1).—Según Cosme Bueno, es "la ciudad de Chachapoyas, nombrada San Juan de la Frontera, muy antigua y de las primeras que se fundaron de orden de don Francisco Pizarro. Goza el título de muy leal." (Edición de los Documentos Literarios de Odriozola, tomo III, página 63).

(2).—José Toribio Polo, "Don Toribio Rodríguez". ("El Tiempo", Lima, 19 de setiembre de 1864).

clásicos dómines que bebían sus escasos conocimientos en la doctrina y las conveniencias de Nuestra Santa Madre Iglesia, y ceñíanse a las restricciones contenidas en las leyes de Indias.

Constituía por aquellos tiempos la carrera eclesiástica lo que más tarde se denominaría "la dirección de la mínima resistencia". Ya que los altos puestos, honores y privilegios de la burocracia colonial estaban monopolizados por los "chapetones", las familias criollas dirigían la mirada a los claustros, que ofrecían en compensación perspectivas de utilidad y prestigio social. La imaginación de nuestros abuelos se representaba, mientras correteaba "el niño" por los amplios y asoleados patios de la solariega casa, los timbres de gloria que, dedicándose a las tareas del coro, había de sumar aquél a los de su abolengo; y lo contemplaban, ora sabio y protocolario "magister artium", aspirando y obteniendo los capelos y las borlas de doctor "in utroque jure"; ora arrebatando desde el púlpito, en un impulso místico, a los feligreses, ora sentado en la silla episcopal, luciendo la mitra y el báculo, ante el imponente Cabildo Metropolitano... Los padres de Rodríguez de Mendoza no quisieron que fuera su hijo una excepción de la regla. Reunía Toribio las condiciones indispensables para ingresar en la carrera eclesiástica. Descendiente de "cristianos viejos y de solar conocido", podía acreditar en la probanza de su "legitimidad y limpieza de sangre" que carecía de toda "mezcla con sangre de moro, perro judío, negro, mulato, o de cualquier otro linaje". No había, pues, que desperdiciar esta ventaja; y apenas abandonaba el futuro Rector del Convictorio de San Carlos el "Christus A. B. C.", cuando lo privaban sus progenitores de los cariños del hogar, matriculándolo en el Seminario de Trujillo. Aquí aprendió Toribio la lengua latina, y, ya apto para entender el "dictado de las aulas", que se hacía en aquel idioma, "vino a Lima" (3). "El 29 de julio de 1766, previas las informaciones, en beca de paga y por decreto del Iltmo. Sr. Arzobispo Doctor Don Diego Antonio de Parada" (4), ingresaba Rodríguez de Mendoza en el Seminario de Santo Toribio, "que en el período que media entre la expulsión de los Jesuítas y la reforma del Colegio de San Carlos, era el centro de la ilustración de la Colonia y el foco de los estudios teológicos y filosóficos en el Perú" (5). Dirigía por entonces como

(3).—Id., id.

(4).—Id., id.

(5).—José de la Riva Agüero, "Don José Baquíjano y Carrillo", (El Ateneo, Lima, No. 38, pág. 1949).

Rector dicho plantel el canónigo de la Santa Iglesia de Lima, Doctor Don Agustín de Gorrochátegui, después Obispo del Cuzco. (6).

*
* *

Brillante fué el paso de Rodríguez por los claustros que elevara el Santo Arzobispo de Lima. Siempre siguió a sus exámenes la nota de "aprobado por todos los votos" (7). El mismo éxito contempló en sus Actos Generales de Artes (8). El 22 de octubre de 1769 obtenía la distinción de "pasante de Artes" y entraba "a beca de la merced"; y finalmente, el 22 de setiembre de 1770, contando veinte años, recibía el grado de doctor en Teología en la Real Universidad de San Marcos de Lima, leyendo el 26 "en la misma, por espacio de una hora, sobre el Maestro de las Sentencias" (9). No he podido descubrir la fecha en que obtuvo el grado de "magister artium", pero pienso que, siendo este título requisito indispensable para estudiar los cursos teológicos superiores, es probable que lo recibiera después de sus pruebas de Lógica, Física y Metafísica, materias que constituían las denominadas Artes.

A quien haya leído las biografías de don Pedro de Peralta y Barnuevo, don José Eusebio Llano Zapata, don Pablo de Olavide y demás representativos de la precocidad de los hijos de nuestra tierra, no han de producir asombro los rápidos y continuados triunfos de Rodríguez de Mendoza. Verdad es, como hace notar Riva Agüero, "que la enseñanza rutinaria y estrecha

(6).—Polo, id., id.

(7).—El 8 y 22 de setiembre de 1767, respectivamente, rindió examen de Metafísica y Lógica, "saliendo aprobado por todos los votos". El 26 de setiembre del año siguiente, obtenía el mismo resultado en el de Física; resultado que se repetiría en los de Teología (19 de agosto y 22 de octubre de 1769, dos tratados en cada uno).—(Polo, id., id.)

(8).—"En 26 de noviembre de 1767 tuvo acto general de Artes, por la mañana, según usanza de aquella época, en la capilla interior del colegio, y por la tarde, en el templo del Sagrario, a presencia del Deán, Cabildo Eclesiástico, Prelados de órdenes religiosas y demás concurrentes". La tesis latina que sostuvo fué "Deus concurrit inmediata ad omnes effectus creatos per eandem actionem cum creatura". Bajo el rectorado del doctor Baltazar Jaime Martínez Compañón, tuvo el 10 de noviembre de 1770 una actuación privada y otra pública de Teología. (Polo, id., id.)

(9).—Maestro de las Sentencias se llamaba al filósofo Pedro Lombardo.

no se dirigía a la reflexión ni exigía su concurso, sino que lo confiaba todo a la memoria" y "que la feliz retentiva de los criollos aprendía pronto las subdivisiones y subdivisiones de las Súmulas" (10) y otros textos de estudio. Pero hay que hacer también la salvedad de que no era sólo a la mnemotecnia a la que debía Rodríguez las victorias con que ejercitaba su entendimiento, preparándolo para las posteriores bregas intelectuales.

Espíritu profundamente estudioso, su ansia de saber no se había limitado a los marcos estrechos de su especialidad profesional. Quería que sus ojos ávidos se adurmieran en los vastos horizontes de una cultura integral, y que, dentro de ésta, se detuvieran con el fervor del naturalista ante un motivo de investigación, en la prolijidad de las citas y las alusiones. No pertenecía su mentalidad a la numerosa legión de los que se sometían a la letra del autor seguido o consultado; de los que acataban ciegamente las afirmaciones del filósofo o tratadista escolástico, tan sólo porque el principio de autoridad del dogma así lo exigía. (11). Era la suya un alma en que la manía memorista había cedido ante el sentido crítico, ante el que los ortodoxos católicos llamaban escandalizados "libre examen", ante la duda metódica que preconizara Descartes. Nos cuenta Polo: "echado en el suelo sobre una alfombra, rodeado de libros, estudiaba día y noche, verificando todas las citas de las obras que leía" (12). Funesta sería para Rodríguez la vehemencia de su consagración intelectual. Ella le produciría la seria enfermedad de fatiga al estómago que le condujo al sepulcro" (13). Pero nada de ello le arredraría. Era el maestro de aquellos que se trazan la línea que conduce a un ideal, y van de frente a él, desdeñando, cual nuevos estoicos, las dolencias físicas y los martirios morales!

*
* *

La capacidad y la dedicación de Rodríguez de Mendoza formarían a su poseedor uno de esos prestigios que nacen en las aulas como anticipo justo del renombre social.

---

(10).—Riva Agüero, op. cit., Ateneo, No. 38, pág. 1950.

11).—"Así adquirió ese saber profundo, ese hábito de examen, esa mirada certera que le hacían consultar las fuentes y juzgar por sí mismo sin someterse a opiniones ajenas, hasta penetrarse bien de ellas". (Polo, op. cit., id., id.)

(12).—Polo, id., id.

(13). „ „ „

Sufríase por entonces la falta de preparación en el cuerpo docente de los centros de enseñanza, y, para colmar este vacío, se acostumbraba designar a los alumnos que se habían distinguido por sus aptitudes y su aplicación. Hallándose el Seminario de Lima en el mismo caso que los demás colegios, y cuando "no habían transcurrido cinco años" de la matrícula de Rodríguez, vemos a éste "regentando sus cátedras, con el capelo de doctor y con una fama que había salvado sus silenciosos claustros." (14).

Muy pronto se tendría también en la Casa de Pizarro noticia de las cualidades relevantes del joven pedagogo.

Preocupaba por aquellos días al Virrey Amat y a la Junta de Aplicación de los Bienes de los Jesuítas, la idea de fundar un plantel que satisfaciera las urgentes necesidades que en la instrucción se dejaban sentir desde la expulsión de los hermanos de la Compañía y la clausura de los colegios de San Martín y San Felipe. Por fin se acordó abrir el nuevo foco de enseñanza, destinando para el efecto uno de los grandes edificios que el ostracismo de los ignacianos había brindado a la monarquía borbónica.

*
* *

En la parte meridional de la ciudad; en la calle que, en dirección a la portada de Matamandinga o Guadalupe, (15) seguía a la de Nuestra Señora de los Huérfanos; circundada por muros elevados—levantábase la Casa de Probación de San Antonio Abad, que conocían todos los limeños con el nombre de Noviciado de los Jesuítas (16). Macizo, amplio, aireado, lleno de luz, era el edificio. En el lado de la calle del Noviciado, y paralelos a ella, se extendían dos dilatados patios, llamados, el exterior, de los Naranjos, y el interior, de los Jazmines (17), y divididos por la capilla de Nuestra Señora de Loreto. Hacia la actual calle de Inambari, que no existía por entonces, y en comunicación con el de los Naranjos, había otro patio, que se denominaría de los Manteístas o Capistas en los días de don Bartolomé Herrera (18). A

(14).—Polo, id., id.

(15).—Plano de Lima, 1797, por Miguel Antonio Learreta.

(16).—Manuel Atanasio Fuentes, *Estadística de Lima,* 1858, 504.

(17).—Anales Universitarios, t. XIII, pág. 280.

(18).—Palma, *Tradiciones Peruanas,* t. III., pág. 383, edición Montaner y Simón).

estos patios daban las puertas labradas de las espaciosas estancias de los hermanos de la Compañía, alumbradas y ventiladas por sendas ventanas teatinas que absorvían las brisas frescas del sur. En el centro de cada patio erigíase una pila, en cuya fuente murmuraba perennemente el agua con que se regaba las plantas y flores circundantes. Dominando los cláustros, y comprendida entre el ángulo diedro formado por el patio de los Naranjos y el de los Manteístas, surgía la mole de la pequeña iglesia de San Carlos, cuya rechoncha torre cuadrada presentaba sus bronces resonantes frente a la calle denominada por ello de Campanario, y que hoy se conoce con el nombre de Gallinazo o Monzón (19). Rodeando la casa y la iglesia de los Jesuítas por norte, oriente y mediodía, se hallaba la huerta de los hermanos de Loyola, según se deduce del plano de Lima editado en 1797 por don Miguel Antonio Learreta.

En tal edificio se fundó en 1770 el Real Convictorio de San Carlos, así bautizado en homenaje al progresista y tolerante soberano español que por esos años gobernaba los antes olvidados dominios de las Indias.

Recién inaugurado el colegio oficial, y cuando Rodríguez era aún estudiante, el perspicaz Amat ordenaba por decreto honorífico de 20 de diciembre de 1771, que éste alternara el silencio del discípulo en una de las bancas del Seminario de Santo Toribio, con la elocución fervorosa del maestro en una de las cátedras del flamante plantel. Y Rodríguez de Mendoza recibía su nombramiento de profesor de Flosofía y Teología, oportunidad que sería para él como el *sésamo, ábrete!* de su vocación, y el comienzo del apostolado al que dedicaría todas las energías y nobles inquietudes de su espíritu. En los claustros del antiguo Noviciado de la Compañía de Jesús se revelaría en breve como un maestro, en la extensión absoluta del vocablo. Esa era la suprema aptitud con que había nacido; esa, la impulsión irresistible que le conduciría durante su existencia a instruír, a educar, desviándole de cualesquier otras rutas que hubiera adoptado. Designado cura de Marcabal, le será insufrible la vida ascética del pastor en un pueblo solitario y lejano. Instado a escoger entre el catequismo de la Iglesia y el *sursum corda* de la enseñanza, la atracción potente del pupitre vencerá en su alma a la obligación que lo llevaba al púlpito.

(19).—Fuentes, ob. cit., pág. 647.

No tardarían en demostrar los hechos que el Virrey Amat, al nombrar a Rodríguez profesor del Convictorio; al encomiar en el documento respectivo "la capacidad y virtud" del designado, y hacer, dice Polo, "mérito de las lucidas funciones que en Santo Toribio había actuado, ya propias, ya de muchos discípulos que enseñaba con grande aprovechamiento", (20) ratificó con un nuevo acierto, en la conciencia de sus gobernados, el concepto que abrigaban éstos sobre su habilidad política y administrativa. Cada uno de los "actos" que presidiera Rodríguez en San Carlos, sería un motivo más para que se apreciara su laboriosidad y preparación y se acrecentara su prestigio. Los párrafos que le dedica en el libro de Actas el Secretario del Colegio, Bachiller Méndez, dicen con su laconismo más que cualquier elogio hiperbólico. El 20 de marzo de 1773, cuando Rodríguez no contaba aún veintitrés años, presidió a don Vicente Morales Duárez, el futuro diputado y presidente de las Cortes de Cádiz, un acto de Lugares Teológicos, que aquel dedicó a Carlos III. A dicho acto "asistió Amat en representación del Rey" y "salió, dice el acta correspondiente, lleno de gozo al mirar el acierto de la elección que hizo en el doctor don Toribio para Maestro del Colegio; pues había desempeñado con honor su confianza, y en el breve espacio de año y tres meses presentado al público sazonados frutos de su enseñanza, *logrando ser el primero* que dió a conocer los provechos ventajosos que disfrutaba el nuevo colegio, mediante su celo y cuidado en formar las primeras piedras de este hermoso edificio, y así poder abrazar los límites de su empeño" (21).

*
* *

La reputación del joven profesor de Filosofía y Teología trascendería, asimismo, a los claustros de San Marcos. "El 5 de febrero de 1773 el Doctor Varela, Rector de la Universidad", nombraba a Rodríguez "Regente de la cátedra del Maestro de las Sentencias" (22). Y en breve, el seminarista toribiano extendía el círculo de sus admiradores, demostrando con su talento y su saber que era muy digno de llevar el capelo y las borlas de

(20).—Polo, id. ("El Tiempo", 20 de setiembre de 1864).
(21). „ „ „
(22). „ „ „

Doctor que recibiera tres años atrás. Dice, en efecto, don José Toribio Polo, con la prolijidad y la sencillez del cronista tradicional, tan preñadas de deducciones históricas, que "el 4 de setiembre (de 1773) presidió (Rodríguez) un acto de Lugares en San Marcos a don Luis Arismendi, "dejando admirados a los asistentes, y aún dudosos de que en el corto tiempo de su carrera hubiera adquirido tánta copia de doctrina y tánta suma de noticias de buen gusto (23).

No se reducía la actividad de Rodríguez de Mendoza a las tareas de la cátedra en el Convictorio y la Universidad. Sentíase aquél con fuerzas bastantes para lidiar en la arena de la competencia pedagógica. Y el 11 de noviembre de 1773 se oponía a la Canongía (?) Teologal, "leyendo sobre el capítulo 23 de Josué" y haciendo, dice Polo, "dos réplicas sorprendentes a las dos lecciones de los opositores". (24).

Así transcurrieron los primeros años de este joven sabio, que siendo estudiante era maestro y que siendo maestro no cejaba en estudiar. Así se deslizó la primera juventud de Rodríguez de Mendoza, la juventud en la que acumulara los conocimientos y la práctica necesarios para afrontar la campaña cultural que haría triunfar más tarde con la ayuda decisiva de su voluntad, y el vislumbre claro de su ideal, por difícil, apasionador.

"Siendo maestro y colegial del Convictorio, presentó (Rodríguez) al Iltmo. Parada, letras y testimoniales del Obispo de Trujillo, Dr. Dn. Francisco Javier de Luna Victoria; y fué tonsurado y ordenado de los cuatro grados menores en el oratorio del Arzobispado, el 22 de octubre de 1773". Pasados cuatro años y medio, y "en virtud de las dimisorias que como diocesano de Trujillo le otorgaron el Deán y el Cabildo en Sede vacante, era ordenado por el Sr. González de la Reguera, Obispo entonces de Santa Cruz de la Sierra, de subdiácono, levita y presbítero, dispensándole los intersticios en órdenes particulares celebradas el 12, 16 y 18 de julio del 78". "Solicitó un beneficio en la diócesis de Trujillo, y obtuvo por rigurosa oposición el curato de Marcabal". (25).

(23). „ „ „
(24). „ „ „
(25). „ „ „

En el humilde pueblecito del partido de Huamachuco (26), el joven eclesiástico, en las horas inacabables de la sosegada casa parroquial, haría su examen de conciencia; y ante su rápido hastío de la vida de pastor, corroboraría plenamente en su espíritu el convencimiento de que la vacilación que experimentara desde que recibió las órdenes menores hasta que obtuvo el presbiterado, no significaba carencia de firmeza de ánimo sino la repulsa irresistible de su aptitud a conducirse por vías para cuyo recorrido no había sido ofrendada. Hombre de inflexibles determinaciones, dejó, pues, "un cura interino y una fe de bautismo de su letra" y dirigióse a la anhelada tierra de su cuna. Visitado que hubo a su familia, tornó a Trujillo, y hallábase en esta ciudad cuando recibió una orden expedida por el Caballero de Croix, y acatando la cual debía encaminarse "lo más pronto" a la capital del Virreinato (27).

Parece que el Virrey, sabedor de la incompetencia del doctor Arquellada para presidir con provecho el Convictorio de San Carlos, quiso compensar la falta de actividad y luces en el director de las tareas del Real Colegio, nombrando vice-rector del plantel a un eclesiástico joven, entusiasta, preparado, y, sobre todo, con vocación para la cátedra. No conocía el Caballero de Croix, pues apenas contaba diez meses en Lima, a la persona que reuniera las condiciones antedichas y la cual debía ocupar la vacante producida por el ascenso del Dr. José Silva al Curato de Carhuamayo. Mas, como el noble flamenco (28) era gobernante que escuchaba insinuaciones, oyó al prestigioso oratoriano, Dr. Mariano Rivero y Araníbar, y fué éste quien le recomendó a Rodríguez de Mendoza. Inmediatamente ordenó el emprendedor Virrey que se constituyera en esta capital el apreciable candidato del fraile de San Felipe Neri; y el 3 de febrero de 1785, Croix, teniendo en cuenta "su juicio, actividad, virtud y letras" y a propuesta del Rector, nombraba al ex-cura de Marcabal Vice-Rector del Colegio de San Carlos (29).

El 12 de febrero entraba Rodríguez en el Convictorio, despertando muy pronto en el alma de los alumnos entusiasta ad-

(26).—Marcabal era, según Cosme Bueno, el asiento de uno de los ocho partidos del curato de las Estancias, en la provincia de Huamachuco. (Ob. cit., Documentos Literarios de Odriozola, t. III., pág. 60).

(27).—Polo, id., id.

(28).—Mendiburu, Diccionario Histórico Biográfico del Perú, t. II. pág. 380.

(29).—Polo, id., id ("El Tiempo", 20 de setiembre de 1864).

miración, la que se intensificaría tanto más cuanto que la incapacidad de Arquellada era notoria. La efervescencia en los claustros contra este prebendado crecía cotidianamente, y, en fin, el Rector inepto cedía a la presión, elevando su renuncia ante el Virrey. El 16 de agosto de 1786, el Caballero de Croix, satisfaciendo un anhelo general, nombraba interinamente por decreto, para reemplazar a Arquellada, a don Toribio Rodríguez de Mendoza, que, habiendo sido cronológica y beneméritamente el primero de los "maestros colegiales" de San Carlos (30) habría de ser también, por su obra y por sus luces, el primero de sus rectores en los años postrimeros de la época colonial.

JORGE GUILLERMO LEGUIA

(30).—"Mercurio Peruano", t. III. No. 91, de 17 de noviembre de 1,791.

Don Quijote en Yanquilandia

CAPITULO XII

QUE TRATA DEL PRINCIPIO Y FIN DEL COMBATE QUE TUVO EL BRAVO DON QUIJOTE CON EL LUJOSO CABALLERO DEL DOLLAR.—

Sosegadamente iban discurriendo nuestros dos viajeros acerca del primor y hermosura de los jardines, juegos de agua, cenadores y bosquecillos que a ambos lados del camino solazaban la vista, cuando sintieron que hacia ellos venía gran tropel de gente armada en briosas caballerías y como en són de guerra.—"¡Aventura tenemos!"—dijo Don Quijote; y luego al punto embrazó la adarga, se aseguró el morrión, echó mano a la lanza y poniéndose de medio a medio en el camino, levantó la brida a Rocinante y con marcial apostura gritó a los que venían:—"¡Tenéos, señores caballeros, si es que lo sois, que no es bien venir en tal tropel y alboroto por tan estrecha senda!"—¡Válame Dios!—dijo Sancho—. Déjese vuesa merced de buscar pendencia, que estos que vienen parece ser gente miliciana y belicosa y no está la Magdalena para tafetanes." En esto, llegaron los de la comitiva y se detuvieron al parecer muy asombrados viendo a Don Quijote que les cerraba el camino en actitud de desafío. Llevaban los tales curiosas y abigarradas indumentarias a estilo de la Edad Media, con relucientes armaduras, mucho plumaje y lanzas y trabucos. Al verlos, entendió Don Quijote que eran caballeros andantes, y deponiendo su enfado, les hizo un cortés saludo, que ellos devolvieron con grandes humillaciones de cabeza.—"¿Se puede saber el camino que vuesas mercedes

llevan?" — díjoles nuestro aventurero con noble continente. — "No hay en ello secreto"—contestó uno de los interpelados que parecía ser como el capitán o jefe de la partida.—"Por lo que se advierte—observó Don Quijote—, seguís la Orden de la Andante Caballería."—"Así es como vuesa merced dice— contestó el que representaba a la partida—; y aquesta es la hora en que vamos en pos de cierta famosa aventura."—"Huélgome de oíllo —dijo Don Quijote—, que, como vuesas mercedes, héme también dedicado al ejercicio de las armas; y si la aventura de que habláis es tal de riesgosa que requiera mi concurso y ayuda, mucho me holgara de seguir en la vuestra compañía, siempre y cuando no se trate de secreto que sólo de vuesas mercedes pueda ser sabido."—"Que me place" — contestó el desconocido, y echando a un lado la capa para saludar con el sombrero, mostró el jubón azul recamado de oro, las calzas bermejas acuchilladas de amarillo y todo el lujoso traje con peregrina botonadura hecha de monedas de oro fino y reluciente; y luego, haciendo como ostentación de la rica aunque recargada indumentaria, añadió con presuntuosa altanería:—"Antes de pasar adelante, bueno será que sepa vuesa merced (que dudo que lo ignore) que yo soy el Caballero del Dóllar a quien pregona la fama como el más gentil y más gallardo de los modernos tiempos."—"A fe que nunca oí nombrar a tal caballero—dijo Don Quijote no sin cierto menosprecio—; pero volvamos a la aventura que es lo que a mí me interesa."—"Cuanto a la aventura—contestó el Caballero del Dóllar—, es sobrado riesgosa y de no poca osadía."—"Por tal la tengo—repuso Don Quijote—, que de no ser como vuesa merced dice, mal me ofreciera a emprendella. Decid, pues, de lo que se trata que ya vos oigo, señor caballero". Echóse atrás en la montura el llamado del Dóllar y contestó con sobrado énfasis:—"Es el caso, señor mío, que yo y los que me acompañan y, que, sea dicho de paso, pudieran habérselas con los Doce Pares de Francia, hartos de oír hablar de cierto malhadado o malandante caballero que se dice invencible, andamos buscándolo por estos mundos y ¡pese a tal! que habremos de encontralle hasta vencelle y rendille."—"¿Os fizo algún agravio?"—preguntó Don Quijote calmadamente.—"No uno sino muchos, pues es fama que anda retando en desafío a cuantos encuentra al paso y dejándose decir que de nadie será vencido, con muchas otras balandronadas y embustes que no son para contarse. Y no paran en esto sus desmanes y atrevimiento, sino que el tal demonio (que parece serlo más que caballero) estuvo encantado

luengos años en poder del sabio Merlín para tranquilidad del universo mundo; pero es el caso que, merced a la amistad y protección de cierto hechicero, llegó há pocos días al extremo de burlar a Merlín y desbaratar el ya dicho encantamento y anda por estas tierras cometiendo toda suerte de desaguisados y blandiendo espada o lanza por sinrazones y bellaquerías." Así como iba hablando el Caballero del Dóllar, iba Don Quijote frunciendo el ceño y Sancho quedándose con la boca abierta; y luego de un rato, haciendo un expresivo ademán, dijo Don Quijote con menos precio:—"¿Y son tántos los que van en busca de uno solo?"—"El caso lo requiere"—contestó el Caballero del Dóllar.—"Pues yo os digo que la bellaquería es la de vuesas mercedes—afirmó Don Quijote—; mas antes de seguir en este enredo, mucho me placería de saber el nombre del hidalgo que así vos y amedrenta".—"Llámanle Don Quijote de la Mancha y lleva en sus blasones el título de Caballero de la Triste Figura—contestó el del Dóllar—; y si quiere vuesa merced mayores señas, sepa que sirve a una dama a quien nombran Doña Dulcinea del Toboso".—"Ya lo iba sospechando—dijo Don Quijote con altanero gesto—, y no ha menester vuesa merced de recorrer mucho camino, puesto que con Don Quijote os habédeis encontrado y mucho se placerá de medir sus armas con las vuestras así seáis más de ciento y tan osados y aguerridos como los de la Tabla Redonda o los Nueve de la Fábula."—Grande asombro demostró el Caballero del Dóllar al oír estas palabras y exclamó al punto:—"¿Luego vuesa merced es el Caballero de la Triste Figura y de los Leones y el enamorado galán de Doña Dulcinea del Toboso?"—"Sí que lo soy—afirmó Don Quijote—; ¡y cuenta que habédeis de confesar que es bellaquería inaudita y descomunal desvergüenza todo lo que antes dijísteis, señor del Dóllar o del demonio, acerca de mi nombre y mi persona!" Sin esperar más réplicas, tomó nuestro bravo hidalgo buen trecho de camino y enristrando el lanzón se preparó a embestir a su adversario.—"¡Tenéos, Señor Don Quijote!—díjole éste precipitadamente—. Vea vuesa merced que podemos entendernos y mal la pasaría si yo y los caballeros que me acompañan aceptásemos el reto que vuesa merced nos face. Antes de cruzar las armas, menester es pactar las condiciones según la usanza del moderno duelo o desafío en que habrán de intervenir los jueces o padrinos."—"¿Qué condiciones son ésas?—exclamó Don Quijote. —¡Miedo debiérades de decir, pues no es de hidalgos andarse en reparos ni en ventajas o desventajas de jueces y togados cuan-

do de reñir se trata, que no se me alcanzan en la pelea más condiciones que la fiereza en el acometer y el rigor en el acuchillar!" Al ver la resolución de Don Quijote, el del Dóllar hizo seña a los de su comitiva para que abriéndose en ala en el momento que aquél embistiese, lo dejasen pasar, cayendo luego sobre él para desarmarlo e imponerle que se declarase vencido, según era su plan; pero nuestro bravo manchego, en un abrir y cerrar de ojos, levantó la brida a Rocinante, excitólo con gran coraje y furia y antes de que sus contrarios tuvieran tiempo de prevenirse, vínose a ellos con tal enojo y denuedo, que su caballería atropelló la que montaba el Caballero del Dóllar, no sín que a éste le arrimara Don Quijote tal palo con la lanza que lo trajera al suelo. Trabáronse entre tanto las demás caballerías, que eran de natural briosas y levantiscas, se fué de hocicos Rocinante, rodó Don Quijote, y en medio de la confusión que se armó con los saltos y corvetas de los espantados bridones, nuestro ínclito manchego, todo empolvado, pero ceñudo y fiero, se levantó de un salto y viniéndose donde el del Dollar, que yacía contuso y medio muerto, apuntóle con la lanza y dijo de esta manera:—"¡Vea vuesa merced de declararse vencido si no quiere en este mismo punto dar el alma!" Al ver el peligro que corría su compañero con semejante loco a cuestas, saltaron de las sillas los otros jinetes y vinieron a favorecer al caído, diciendo a Don Quijote que toddos ellos, no sólo el del Dóllar, se daban por vencidos en buena lid y que viese de no ultimar a su compañero, pues si no contestaba era por estar a punto de muerte. Serenóse con esto Don Quijote y levantando la lanza con grave ademán, dijo:—"Ya que así vos rendís, sólo tengo de deciros que habédeis de ir al Toboso a presentar vuestro homenaje a la sin par Dulcinea para que ella a su talante haga y disponga de vuestras personas como mejor fuere servida." Prometieron ellos sin tardanza de obedecer a Don Quijote en lo que les mandaba; y, ¡qué no prometieran viendo el famoso desaguisado en que se habían metido, cuando fué su plan burlar al buen hidalgo con una aventura de broma y festejo que tan caro les costaba! Sin acordarse ya más de sus papeles de comedia, atinaron a favorecer al Caballero del Dóllar que yacía mal herido, con las narices chafadas y más de un hueso descoyuntado; bizmáronle como pudieron, lo subieron en la caballería y partiéronse al punto más que afrentados con la derrota, mientras que Don Quijote quedaba en el campo y con gravedad señoril tornaba a cabalgar, dejando a Sancho deslumbrado con tamaña proeza.

El Tío Samuel y los de su corte, que eran los que habían urdido el encuentro, en la seguridad de que entre los muchos jinetes de la comitiva atinarían sin peligro alguno a repetir una escena semejante a la del Caballero de la Blanca Luna, no volvían de su sorpresa, pues creyendo correr a Don Quijote, resultaban ellos los corridos y hasta avergonzados y con grande sobresalto de haber expuesto a tal peligro al llamado Caballero del Dóllar, que no era otro que el mismo mozo y buen mozo del ocurrente Tío Samuel, Señor de los Estados Unidos.

CAPITULO XIII

DONDE SE REFIERE LO QUE HABLARON DON QUIJOTE Y SANCHO CON MOTIVO DE LA AVENTURA DEL CABALLERO DEL DOLLAR, CON OTROS SUCESOS DIGNOS DE TOMARSE EN CUENTA.—

Tan satisfecho quedó el amo con el lance y tan asombrado el mozo, que, sin decir palabra, dejando a las caballerías ir a su voluntad, anduvieron una buena pieza, saboreando cada uno para sus adentros el feliz suceso, hasta que Sancho dijo:—"Cierto que ha sido famosa esta aventura."—"No tan famosa replicó Don Quijote—, que otras mayores y de más atrevimiento habré de realizar en esta nueva salida."—"Huélgome de tales propósitos —dijo Sancho—; pero siempre y cuando dejen más conveniencia, porque ahora caigo en la cuenta de que en esta ocasión vuesa merced anduvo inadvertido en no cobrar botín, según es uso y costumbre, pues tales caballeros como los que hemos vencido, habrían de pagarlo bien en dinero o en especies y sin andarse en requerimientos. Para en adelante, habremos de concertar que vuesa merced se encargue de las pendencias, que, según se advierte, no es cosa que le dé trabajo, y yo, como persona más pacífica y por ende encargada del regalo y del servicio de vuesa merced, tomaré por mi cuenta lo del botín."—"Desatinos está diciendo—dijo Don Quijote—, que los caballeros andantes ni cobran botín de guerra ni andan en tan bajos menesteres."—"¡Como bajos!"—exclamó Sancho—. A cualquiera se le ocurre que ya que se corre el riesgo, es muy justa la remuneración, pues con alguna cuenta se arrienda el tambo. Y si no, dígame vuesa

merced, ¿pues no es cierto que en la guerras todas las músicas de los heroísmos y las aleluyas del honor acaban por el cobro en buenos doblones o en mejores tierras de sembradura y hasta en pueblos y ciudades?"—"Así es como dices—contestó Don Quijote—; pero los caballeros andante luchamos solamente por la honra, que no se aviene con remuneración de dineros, que es cosa que empequeñece y mancilla."—"¡Mal haya con tales pragmáticas!"—exclamó Sancho, y añadió luego:—"Dígame vuesa merced, ¿comen del aire los caballeros andantes? ¿Se visten acaso con las hojas de las higueras, como es fama que lo hacía nuestro padre Adán? Todo menester debe de traer provecho, y es cosa de locos andar malgastando el tiempo y correr tales peligros como corremos en estas aventuras, para salir a la postre con mucha honra y sin una blanca, que es como si dijéramos a bien te estabas corazón. Convénzase vuesa merced de que lo primero es el sustento, pues cuando ladra el estómago se acaban las valentías, porque la necesidad tiene cara de hereje y amor con hambre no dura. Yo de mí sé decir que sin el buen gobierno de las tripas, no creo en las honras, ni siquiera en la honradez que es cosa más a mi alcance."—"Ya no revientas, Sancho, ya no revientas—dijo Don Quijote que estaba de humor jovial—; y te digo que no revientas, porque echaste del cuerpo los mayores disparates que en él tenías metidos. Bueno es que sepas que esto de la honra no es para que todos lo entiendan, porque la miel no se ha hecho para la boca del asno."—"Asno debo de ser yo entonces—contestó Sancho—pues no llego a enterarme de tales sotilezas como las que vuesa merced dice, ni menos se me alcanza el porqué de haber en el mundo caballeros andantes, si es que no han de sacar provecho para su hacienda y la de sus allegados."—"Ya te irás enterando—dijo Don Quijote—de esto que tu estrecho cacúmen llama sotilezas, pues a ley de escudero, fuerza es que sigas a tu amo hasta en lo del pensar y lo del sentir." Y luego, con reposada voz, añadió de esta manera:—"Son los caballeros andantes, Sancho amigo, defensores natos de la justicia y de la honra, y sus acciones no van nunca encaminadas al propio beneficio, que si lo fueran, perderían todo merecimiento. Las virtudes, para serlo, han menester no cobrar lucro ni remuneración, pues si tal hicieran, no virtudes sino egoísmo habían de llamarse. Así, la largueza que socorre al necesitado, la humildad que perdona las injurias, la castidad que refrena el mal consejo de la carne, la paciencia que sufre con beneplácito las adversidades de la ingrata fortuna, la templanza que acude al preciso sus-

tento, apartándose del regalo que predispone a los malos instintos, la diligencia que odia a la pereza su enemiga y, finalmente, la caridad que es el amor que todo lo dignifica y enaltece; todas juntas estas virtudes, no cobran ni en especies ni en dineros, sí que más bien alcanzarán la debida recompensa cuando Dios sea servido de otorgarla".—"Pareció aquello—dijo Sancho a este punto—. Vea vuesa merced que donde menos se piensa salta la liebre y que las propias virtudes tienen su cuenta y razón, pues andan encaminadas a hacerle el cobro a Nuestro Señor, bien en ésta o en la otra vida. Lo cierto es que por la plata baila el perro y por el oro amo y todo y que la conveniencia de las llamadas virtudes está en el provecho que de ellas se saca, que si no fuera, poco habíamos de cuidarnos de ser personas cristianas."—"*Propositio tua falsa est*—afirmó enfáticamente Don Quijote—. Consecuencia y nó fin es el provecho en el virtuoso, pues el tal pone su afincamiento en amar a Dios y por ende en serville, que éste y no otro es el conato del verdadero amador, así lo aliente o nó la esperanza de ser recompensado. ¿Y qué de extrañar tiene lo dicho tratándose de la Divinidad, si ves que hasta en lo que toca y atañe a la humana especie pasen tres cuartos de lo mismo; y aquí me tienes a mí cautivo por Dulcinea sin más satisfacción que la no escasa por cierto de servilla y honralla así no se digne volver los ojos a este su enamorado caballero. Ten, pues, entendido, Sancho amigo, que las virtudes (y el amor es el compendio y resumen de todas ellas) presuponen desasimiento y hasta menosprecio de la propia persona, a tal punto nos elevan y fortalecen, y que si resulta provecho al fin y a la postre, viene éste sólo de añadidura, que es como quien dice por merced y gracia." — "Y dígame, mi Señor Don Quijote — preguntó Sancho—, ¿rezan también con los caballeros andantes éstas que vuesa merced llama virtudes?"—"Y tan rezan—contestó Don Quijote—como que el caballero andante es el espejo de todas ellas". —"A este paso—observó Sancho no sin cierta truhanería—, fuera mejor que vuesa merced hiciese una ermita y se dedicase a ser santo, que, al menos, no correríamos tántos riesgos y aventuras y bien pudiera ser que yo me animase a serville, aunque no tengo dedos para organista, que más se me alcanzan los menesteres de esta vida que los de la otra y mejor es pájaro en mano que buitre volando y más vale un toma que dos te daré".—"Diferencia hay en los medios, que nó en el fondo, entre el santo y el caballero andante—dijo reposadamente Don Quijote, sin parar mientes en los refranes de su escudero—. Ambos dos se en-

caminan al propio fin, sólo que el santo tiene por armas la oración y la penitencia y combate con su propia naturaleza, en tanto que el caballero andante usa de lanza y de espada para reñir con los vicios del género humano, que así el Hacedor Supremo tiene a su servicio diversas legiones que representan su justicia y su misericordia sobre la tierra. Y no sólo los santos, sí que también los gobernantes, los guerreros, los sabios y los poetas, siempre y cuando no perviertan los dones con que natura quiso favorecerlos, sino que más bien los empleen en servir con abnegación desinteresada a la humana especie, siguen, aun sin saberlo, la Orden de la Andante Caballería. Así los gobernantes como Pericles el magnífico; los guerreros como el Macedonio y el Augusto César; los apóstoles como Pablo de Tarso, el elocuente y valeroso paladín de Cristo; los doctos como el de Hipona, águila de la ciencia de las ciencias y maestro del episcopado; los pontífices como Hildebrando el reformador; los fundadores como el Serafín de Asís, a las veces humano y divino, amador de la naturaleza en grado sumo, imitador del inimitable y apasionado cantor de la Virgen Pobreza; los poetas como el florentino admirable, vidente de la inmortalidad y enamorado al extremo de viajar por el infinito para encontrar a su dama; en resolución toda la caterva de los altos servidores del linaje humano que no pensaron en el propio beneficio, son, pese a quien pese, otros tantos andantes caballeros, honra y prez de todas las edades".— "Aunque no se me alcanzan ni mucho ni poco tales grandezas y valimientos como vuesa merced menciona — dijo Sancho después de un rato—, me parece a mí, Señor Don Quijote, que esto de comprarse los pleitos ajenos olvidándose de los propios, es de personas sin juicio, quiero decir locos, y esos tales caballeros de que vuesa merced habla, si no rematados del todo, cuando menos deben de haber sido de los que llaman lunáticos, los cuales son muchos y andan sueltos por el mundo sin que nadie les vaya a la mano, que por algo se ha dicho cada loco con su tema y al loco y al aire darles calle y un loco hace ciento, que es lo que a mi entender le pasa a vuesa merced y todavía peor, pues aquí podía decirse que cien locos hacen uno y que ese uno es vuesa merced a quien se le ha metido entre ceja y ceja seguir los pasos de todos esos lunáticos o rematados que antes dijo."—"Locos; así es la verdad—dijo Don Quijote—, que tal parecen al vulgo los grandes batalladores, heraldos de Dios sobre la tierra; fatuos porque no tienen la cordura del egoísmo que enseñan las hormigas; necios porque su pensamiento no cabe en el

ruin cerebro de los humanos topos; sandios porque batallan sin tregua por el imperio del bien y de la justicia. Pues sábete que si esto es locura, y fatuidad, y sandez; a honra tengo yo el que se me cuente en ese número, así lluevan sobre mí malandanzas y desventuras, que tales malandanzas son transitorias y atañen solamente al cuerpo mortal y corruptible, aposento en que el espíritu se purifica como se purifica en el crisol el metal precioso."—"Más sabe el loco en su casa que el cuerdo en la ajena—dijo Sancho—y sobre gustos no hay disputas, que si vuesa merced se conviene y toma a honra el ser insensato, que le haga buen provecho, que yo me quedo de cuerdo y cada loco con su tema, como antes dije".

A este punto llegaba la conversación de los dos caminantes, cuando acertaron a ver a corta distancia una laguna rodeada de frescos bosquecillos, la cual laguna con el resplandor del sol que ya dirigía su carro hacia el Poniente, brillaba como si fuese un espejo. Gustó Don Quijote de contemplar un rato el hermoso espectáculo que la laguna ofrecía y dijo:—"Si no me engaño, esta laguna que aquí se ve es la propia de Ruidera, y cuenta que está encantada según dicen las historias."—"Pues entonces ni nos acerquemos—dijo Sancho—, que para encantamentos nos basta con el que hemos probado."—"Veremos de convencernos—replicó Don Quijote—, que en el supuesto de haber encanto, luego se manifiesta por alguna apariencia o circunstancia". —"¿Y qué nos va ni nos viene de averiguallo?"—"¡Cómo que no nos va! ¿No sabes que si es Ruidera debe de andar por aquí Merlín que es el sabio que la encantó?"—"¡Merlín dice vuesa merced y quiere que vayamos a rascarle la comezón? ¡Nó, en mis días!"—"Ríete de Merlín—dijo Don Quijote—, que harto conocidas me son sus artimañas y si acertase a ponérsenos delante, buena cuenta daría yo de su persona."—"Le digo a vuesa merced que no se meta en tal aventura—replicó Sancho—, que es como buscarle tres pies al gato o dar coces contra el aguijón, y lo mejor sería que nos volviésemos por esta vereda haciéndonos los prudentes."

No oía Don Quijote las exhortaciones de Sancho ni había de retroceder, así le amenazasen con todos los sabios y encantadores del mundo, alborotado como estaba ya con la idea de la laguna encantada, y guiando a prisa hacia ella, luego de tres hileras de arbustos que le formaban una especie de marco en el contorno, vieron que había en la orilla un bajel, a modo de góndola veneciana, todo enlutado, con velas negras y caídas y

con una bandera del mismo color, la cual bandera tenía en el medio un escudo bordado de oro con muchos cuarteles y lambrequines. Sentado en la proa estaba un barquero que parecía el propio Carón, según su aspecto más de fantasma que de hombre, con enlutados ropajes y en actitud tan dolorida y meditabunda como si allí estuviese esperando las almas de los difuntos para llevarlas al otro lado del Aqueronte. Al ver la fúnebre barca y el más fúnebre barquero, Don Quijote, sin amedrentarse, apuró el paso a Rocinante, mientras que Sancho trataba con todas sus fuerzas de contener al rucio, mas como éste era de condición caprichosa, según queda dicho, desobedeció al jinete y se fué tras el caballo. Pocos pasos faltaban ya para llegar a la orilla, cuando el barquero púsose en pie y comenzó a dar grandes voces diciendo:—"¡Detente, denodado caminante, y no llegues a estas playas encantadas donde yo infelice velo de claro en claro y de turbio en turbio!" Tan temerosa y dolorida era la voz, que Don Quijote se sobrecogió y dijo con acento condolido:—"Hablad, hermano, que si vuestro mal tiene remedio, aquí estoy yo para otorgarlo". A Sancho, con semejante aparición, se le pararon los pelos y un sudor se le iba y otro se le venía rogando a su amo que por Dios huyesen, que el que tales voces daba era ánima en pena o quizás el mismo demonio disfrazado que cargaría con ellos luego que se acercasen; pero Don Quijote, azorado y confuso, mas nó medroso, saltó del caballo, fuése a la barca y alargando el cuello comenzó a decir con cavernosa y ronca voz:—"¡De parte de Dios te pido, ¡oh funesto barquero', que me digas si eres de ésta o la otra vida!"—"Ni de ésta ni de la otra"—contestó el barquero. Maravillado quedóse Don Quijote con semejante respuesta y Sancho se puso a echar cruces y más cruces como si se tratara de ahuyentar al diablo, cuando el barquero dijo de esta manera:—"Ya que habédeis sido tan valeroso y osado de llegar hasta esta encantada laguna, volvéos presto si no queréis quedar también encantados o quizás muertos, pues bueno será que sepáis que desde luengos siglos no llega aquí ningún caminante y que por mi mala ventura, desde luengos siglos también, aguardo yo en esta orilla a cierto andante caballero que, según los anuncios de los oráculos y de las pitonisas, tiene de llegar en su caballo Rocinante para desfacer el más descomunal desaguisado que cuentan las historias así de los pasados como de los presentes siglos."—"Pues ved que ya es llegado el caballero de quien hablaron los oráculos y las pitonisas"—dijo Don Quijote todo entonado y resuelto. Oyéndolo el barquero, saltó

a tierra con los brazos en alto y diciendo a voces:—"¡Sed, pues, bien venido, señor caballero, y decidme al punto si sois Don Quijote de la Mancha!"—"El mismo que viste y calza"—contestó nuestro hidalgo con natural decoro; y entonces el barquero, sin esperar más, postróse en tierra a los pies de Don Quijote y empezó a hacer grandes ponderaciones de admiración y de contento, sin que fueran bastantes a sosegarlo las instancias que hacía Don Quijote para que se levantara y las desordenadas preguntas de Sancho que no volvía de su sorpresa; hasta que, después de mucho rato de exclamaciones y rendimientos, púsose de pie el barquero y todos tres se sentaron en unas peñolerías muy artificiosas que allí se veían, y hechos todo oídos Don Quijote y Sancho, refirió el barquero lo que sabrá el que leyere el capítulo siguiente.

(Continuará)

JUAN MANUEL POLAR

El Dorado Designio

De *Lord Dunsany*.

El Rey
El Chambelán
El Gran Profeta
La Niña
El Niño
Espías
Primer Profeta
Segundo Profeta
Primer Centinela
Segundo Centinela
Extranjero
Asistentes

PERSONAS

Escena: fuera de la gran puerta del Rey en Zericón.
Acción: algún tiempo antes de la caída de Babilonia.

Dos centinelas se pasean, y luego van a detenerse, uno a un lado y otro a otro lado de la gran puerta.

PRIMER CENTINELA.—El día está mortalmente pesado.

SEGUNDO CENTINELA.—Quisiera estar nadando en el Gyshon, del lado fresco, bajo los frutales.

PRIMER CENTINELA.—El día se asemeja al tronar o al caer de una dinastía.

SEGUNDO CENTINELA.—Refrescará al anochecer. ¿Dónde está el Rey?

PRIMER CENTINELA.—Remando en su barca de oro con los embajadores, o acaso cuchicheando con sus capitanes sobre guerras futuras. ¡Sálvenlo las estrellas!

SEGUNDO CENTINELA.—¿Por qué dices que lo salven las estrellas?

PRIMER CENTINELA.—Porque si de repente el designio de las estrellas le fuera adverso, su pueblo desaparecería con todo lo que le rodea, y se desmoronaría su palacio, y los

muros de su ciudad y la ciudadela, y los simios vendrían de los bosques y las fieras del desierto, hasta que juraras que aquéllos nunca habían existido.

S. C.—Pero ¿por qué ha de caer sobre el Rey el designio de las estrellas?

P. C.—Porque rara vez las aplaca.

S. C.—¡Ah! Tal he oído decir de él.

P. C.—No hay que desdeñar a las estrellas. Las que son dueñas del trueno, de la plaga y del terremoto ¿nos librarían de estos males a no ser por nuestros muchos ruegos? Siempre están con el Rey los embajadores y los gobernantes de sus tierras remotas, prefectos de ciudades y legisladores, pero nunca los sacerdotes de las estrellas.

S. C.—¡Oíd! ¿Fué un trueno?

P. C.—Creedme, las estrellas están enojadas.

(Entra un Extranjero. Va mirando a su alrededor hasta que llega a la puerta del Rey).

CENTINELAS.—¡Alto! ¡Alto!

EXTRANJERO.—¿Por qué?

P. C.—Tocar la puerta del Rey es muerte segura.

EXTRANJERO.—Soy extranjero de Tesalia.

P. C.—Aun para un extranjero significa la muerte.

EXTRANJERO.—Es extrañamente sagrada vuestra puerta.

P. C.—Quien la toque tiene que morir.

(El Extranjero sigue a lo largo).

(Entran de la mano dos niños).

NIÑO *(al centinela)*.—Quiero ver al Rey para pedirle un aro.

(El Centinela se sonríe.)

NIÑO *(empuja la puerta; a la Niña.)*—No la puedo abrir. *(Al Centinela.)* ¿Será igual si le rezo a la puerta del Rey?

CENTINELA.—Sí, es igual. *(Se vuelve a hablar con el otro Centinela)*. ¿Hay alguien a la vista?

S. C.—*(Mirando a lo lejos)*.—Sólo un perro allá lejos en la llanura.

P. C.—Entonces bien podemos charlar un rato y comer *bash*.

NIÑO.—Puerta del Rey, yo quiero un aro.

(Los centinelas toman de unas bolsas un poco de bash *entre el indice y el pulgar y se llevan a los labios esa droga hoy tan olvidada).*

NIÑA.—*(señalando)*.—Mi padre es un soldado más grande que ese.

NIÑO.—Mi padre sabe escribir. El me enseñó.

NIÑA.—Toma. Eso de escribir no asusta a nadie. Mi padre es soldado.

NIÑO.—Yo tengo un pedazo de oro. Lo encontré en el arroyo que corre hacia Gyshon.

NIÑA.—Yo tengo una poesía. La encontré en mi propia cabeza.

NIÑO.—¿Una poesía larga?

NIÑA.—No. Pero lo hubiera sido a no faltarme consonantes para cielo.

NIÑO.—A ver tu poesía.

NIÑA.—*Yo ví un pájaro de púrpura*
Alzar de la tierra el vuelo
Y dar vueltas y más vueltas
Hasta perderse en el cielo.

NIÑO.—Lo ví caer muerto al suelo.

NIÑA.—No da la medida.

NIÑO.—¿Eso qué importa?

NIÑA.—¿Te gusta mi poesía?

NIÑO.—No hay pájaros de púrpura.

NIÑA.—El mío lo era.

NIÑO.—¡Oh!

NIÑA.—¡Oh! No te gusta mi poesía.

NIÑO.—Sí que me gusta.

NIÑA.—No, no te gusta; crees que es feísima.

NIÑO.—No, nada de eso.

NIÑA.—Sí, sí. ¿Por qué no dijiste que te gustaba? Es la única poesía que he compuesto jamás.

NIÑO.—Sí, me gusta, me gusta.

NIÑA.—¡No te gusta, no te gusta!

NIÑO.—No te enfades. Te la escribiré en la puerta.

NIÑA.—¿La escribirás?

NIÑO.—Sí, yo la sé escribir. Mi padre me enseñó. La escribiré con mi pedazo de oro. Marca amarillo sobre la puerta de hierro.

NIÑA.—¡Oh, sí, escríbela! Quiero verla escrita como las poesías de verdad.

(El Niño empieza a escribir. La Niña lo observa).

P. C.—Ya ves, pronto estaremos peleando otra vez.

S. C.—Una guerrita. Nunca tenemos otra cosa con los de la montaña.

P. C.—Cuando el hombre va a pelear, se espesan más que nunca los velos que los dioses han puesto entre sus ojos y el porvenir; no sabe si encontrará una gran guerra o una simple escaramuza.

S. C.—Con esos montañeses no puede haber sino escaramuzas.

P. C.—Sin embargo, a veces se ríen los dioses.

S. C.—¿De quién?

P. C.—De los reyes.

S. C.—¿Por qué te inquieta tánto esta guerra con los montañeses?

P. C.—Porque el Rey es más poderoso que todos sus mayores, y tiene más guerreros y más caballos, y riquezas que serían suficientes para rescatar a su padre y a su abuelo y para dotar a las esposas y las hijas; y cada año sus mineros le traen más ópalos de sus minas y más turquesas de sus canteras. Grande es su poderío.

S. C.—Tanto más fácil le será aplastar a los de la montaña en una escaramuza.

P. C.—Tánto podería provoca los celos de las estrellas.

NIÑO.—Ya está escrita tu poesía.

NIÑA.—¡De veras!

NIÑO.—Sí, te la leeré. *(Lee)*

Yo ví un pájaro de púrpura
Alzar de la tierra el vuelo
Y dar vueltas y más vueltas
Hasta perderse en el cielo
Lo ví caer muerto al suelo.

NIÑA.—No da la medida.

NIÑO.—¿Eso qué importa?

(Entra furtivamente un Espía que cruza la escena y se va. Los Centinelas cesan de hablar.)

NIÑA.—Ese hombre me da miedo.

NIÑO.—No es más que uno de los espías del rey.

NIÑA.—Pero es que no me gustan los espías del rey. Me dan miedo.

NIÑO.—Vamos, pues; vámonos corriendo.

CENTINELA.—*(que ha vuelto a notar a los niños).*—¡Idos, idos! Ya viene el rey y os comerá.

(El Niño tira una piedra al Centinela y se va corriendo. Entra otro espía, que cruza la escena. Un tercer espía entra y nota la puerta. La examina y da un silbido como de buho. El segundo Espía vuelve. No hablan. Los dos dan silbidos. Viene el tercero. Todos examinan la puerta. Entra el Rey y su Chambelán. El Rey

viste una túnica de púrpura. Los Centinelas pasan sus lanzan marcialmente al lado izquierdo, hecho lo cual bajan rígidamente el brazo derecho. Luego inclinan hacia abajo las lanzas hasta que sus puntas casi tocan al suelo y al mismo tiempo levantan la mano derecha sobre sus cabezas. Así se están algunos minutos. Luego bajan la mano derecha dejándola caer al costado, en tanto que traen las lanzas nuevamente a la posición vertical manteniéndolas altas. En seguida toman las lanzas con la mano derecha y las bajan hasta dar con los cabos en el suelo, como antes, e inclinándolas ligeramente hacia adelante. Ambos Centinelas han de moverse precisamente a un mismo tiempo.) . . . . . .

P. ESPIA.—*(corre hacia el Rey y se arrodilla, inclinando la frente hasta el suelo).*—Una mano misteriosa ha escrito sobre la puerta de hierro.

CHAMBELAN.—¡Sobre la puerta de hierro!

REY.—Algún insensato lo ha hecho. ¿Quién ha estado aquí desde ayer?

P. C. *(sube la mano con que sujeta la lanza un poco más arriba de lo que la tenía, trae a ésta hacia el costado y une los talones, todo a un mismo tiempo; luego da un paso hacia atrás con el pie derecho; en seguida hinca la rodilla derecha; cuando ha hecho todo esto y no antes, habla).*—Nadie, Majestad, más que un extranjero de Tesalia.

REY.—¿Tocó la puerta de hierro?

P. C.—No, Majestad; trató de tocarla, pero se lo impedimos.

REY.—¿Hasta donde se acercó?

P. C.—Casi hasta donde llegan nuestras lanzas, Majestad.

REY.—¿Qué motivo tenía para querer tocar la puerta de hierro?

P. C.—No lo sé, Majestad.

REY.—¿En qué dirección se fué?

P. C.—*(señalando hacia la izquierda).*—Hacia allá, Majestad, hace una hora.

(El Rey habla al oído a uno de sus espías, el cual se inclina a examinar el suelo y se escurre. El centinela se levanta.)

REY *(a sus dos espías restantes).*—¿Qué dice esta inscripción?

UN ESPIA.—No sabemos leer, Majestad.

REY.—Un buen espía debe saberlo todo.

S. ESPIA.—Observamos, Majestad, y escrudiñamos. Leemos sombras y leemos las huellas de los pies y lo que se susurra en lugares recónditos. Pero no sabemos leer lo escrito.

REY *(al Chambelán)*.—Mira a ver lo que es.

CHAMBELAN *(se acerca y lee)*.—Es traición, Majestad.

REY.—Léelo.

CHAMBELAN.—*Yo ví un pájaro de púrpura*
Alzar de la tierra el vuelo
Y dar vueltas y más vueltas
Hasta perderse en el cielo:
Lo ví caer muerto al suelo.

P. C. *(aparte)*.—Es la voz de las estrellas.

REY. *(al Centinela)*.—¿Ha estado aquí algún otro, además del extranjero de Tesalia?

CENTINELA *(de rodillas, como antes)*.—Nadie, Majestad.

REY.—¿Nada has visto?

P. C.—Nada, sino un perro allá lejos en la llanura y los niños del guardia jugando.

REY *(al S. Centinela)*.—¿Y tú?

S. C.—Nada, Majestad.

CHAMBELAN.—Es extraño.

REY.—Es alguna secreta advertencia.

CHAMBELAN.—Traición es.

REY.—Es la voz de las estrellas.

CHAMBELAN.—No, no, Majestad. No son las estrellas, no son las estrellas. Es algún hombre que lo ha escrito. No obstante, es preciso que se interprete. ¿Mandaré por los profetas de las estrellas?

(El Rey llama con un gesto a sus espías. Vienen corriendo.)

REY.—Buscadme un profeta de las estrellas. *(Vanse los Espías)*. Me temo que, en lo sucesivo, no podremos seguir el tortuoso curso del Zericón incomparable, ni jugar al dahori con las pelotas de oro. Más he pensado en mi pueblo que en las estrellas, y más en Zericón que en el cielo, morada de los vientos.

CHAMBELAN.—Creedme. Majestad, es algún necio que lo ha escrito y seguido de largo. Vuestros espías lo encontrarán y pronto su nombre pasará al olvido.

REY.—Sí, sí. Quizás tengas razón, aunque los espías a nadie vieron. Sin duda habrá sido algún mendigo.

CHAMBELAN.—Sí, Majestad, de seguro es un mendigo quien lo ha hecho. Mas, mirad, ya vienen dos profetas de las estrellas. Nos dirán que la inscripción es vana.

(Entran dos profetas y un niño asistente. Todos se inclinan reverentemente ante el Rey. Los dos espías vuelven a entrar misteriosamente y se quedan atrás).

REY.—Algún mendigo ha escrito una estrofa sobre la puerta de hierro, y ya que sois doctos en la ciecia de la poesía, deseo que, más como poetas que como profetas, me digáis si hay en ello sentido alguno.

CHAMBELAN.—La estrofa no tiene sentido.

PRIMER PROFETA. *(hace una reverencia y se acerca a la puerta mirando la inscripción).*—Acércate tú, servidor de los que sirven a las estrellas.

(Se acerca el asistente).

P. PROFETA.—Trae nuestros mantos dorados, que pudiera ser esto causa de gran regocijo; y trae también nuestros mantos verdes, pues pudiera anunciarnos lisonjeros acontecimientos con que se disponen las estrellas a regocijar al rey; y trae también nuestros mantos negros, por si el designio es adverso. *(Vase el niño; el profeta se acerca a la puerta y lee solemnemente.)* Las estrellas han hablado.

(Vuelve a entrar el asistente con los mantos).

REY.—Os aseguro que es un mendigo el que lo ha escrito.

P. PROFETA.—Está escrito con oro puro.—*(Se pone el manto negro, que cubre la cabeza y el cuerpo).*

REY.—¿Qué nos dicen las estrellas? ¿Cuál es su admonición?

P. PROFETA.—No lo sé.

REY *(al Segundo Profeta).*—Ven tú, y revélanos el presagio.

SEGUNDO PROFETA *(se acerca a la puerta y lee).*—Las estrellas han hablado. *(Se pone el manto negro.)*

REY.—¿Qué es? ¿Qué significa?

S. PROFETA.—No sabemos, pero viene de las estrellas.

CHAMBELAN.—No encierra maleficio, ni puede haber daño en ello, Majestad. ¿Por qué no han de morir los pájaros?

REY.—¿Por qué visten de negro los profetas?

CHAMBELAN.—Son gente mística, y a todo le buscan un sentido recóndito. No es nada ominoso.

REY.—Se han revestido de negro.

CHAMBELAN.—De nada ominoso han hablado. Nada han dicho.

REY.—Si el pueblo ve a los profetas vestidos de negro dirán que las estrellas se han vuelto contra mí y creerán que mi suerte ha cambiado.

CHAMBELAN.—Es menester que no sepa el pueblo.

REY.—Algún profeta habrá que sepa interpretar el presagio. Llámese al Gran Profeta de los estrellas.

CHAMBELAN.— *(yendo hacia la entrada de la izquierda).*— Llamad al Gran Profeta de las estrellas que velan sobre Zericón.

VOCES LEJANAS.—¡El Gran Profeta de las estrellas! ¡El Gran Profeta de las estrellas!

CHAMBELAN.—He mandado llamar al gran profeta de las estrellas, Majestad.

REY.—Si interpreta bien este presagio, le pondré al cuello un collar de turquesas y de ópalos de las minas.

CHAMBELAN.—No dejará de hacerlo. Es un habilísimo intérprete.

REY.—¿Y si se reviste con un gran manto negro y no habla, sino se va lentamente, susurrando, con la cabeza inclinada, hasta que nuestro temor se propaga a los centinelas y éstos gritan despavoridos?

CHAMBELAN.—No hay tal presagio de las estrellas, sino que lo ha escrito algún insolente y ocioso sobre la puerta de hierro, malgastando su pedazo de oro.

REY.—No es por mí que temo el presagio, no es por mí. Heredé un reino pedregoso y estéril, azotado por los vientos, y tras años de paz, lo hice próspero, y tras años de guerras extendí sus fronteras. He hecho fructificar tierras antes estériles y he dado buenas leyes a ciudades que eran inciviles; mi pueblo es feliz, y ¡he aquí que las estrellas están coléricas!

CHAMBELAN.—No son las estrellas, no son las estrellas, Majestad, puesto que los profetas de las estrellas no lo han interpretado. De seguro ha sido algún ocioso, malgastando su oro. *(Mientras tanto sale el Gran Profeta de las estrellas que velan sobre Zericón).*

REY.—Gran Profeta de las estrellas que velan sobre Zericón, que interpretes la estrofa sobre aquella puerta te pido.

GRAN PROFETA.—*(se acerca a la puerta y lee).*—Es de las estrellas.

REY.—Interprétalo y grandes turquesas adornarán tu cuello y tendrás ópalos de las minas de los montes nevados.

GRAN PROFETA *(como los demás se pone un manto negro).*—¿Quién viste púrpura en esta tierra, sino el rey; y quién ha de estrellarse contra el cielo sino el que enfureció a las estrellas olvidando su antiguo culto? No es otro el que ha ido subiendo en poderío y riqueza, no es otro quien se cierne majestuosamente en alturas que jamás alcanzaron sus antepasados; sobre él ha caído el designio de las estrellas, las inmortales, las excelsas. *(Pausa).*

REY.—¿Quién lo escribió?

GRAN PROFETA.—Es oro puro. Lo ha escrito un dios.

CHAMBELAN.—¿Un dios?

GRAN PROFETA.—Algún dios que mora entre las inmortales estrellas.

PRIMER CENTINELA *(aparte al S. Centinela).*—Anoche ví una estrella que se precipitaba encendida sobre la tierra.

REY.—¿Será un escarmiento, o es acaso mi condenación?

GRAN PROFETA.—No hablan en broma las estrellas.

REY.—He sido un gran rey.—Dígase de mí: "Las estrellas lo derribaron, y un dios enviaron para su condenación". No el hombre habría de derrocarme, que entre los reyes no he encontrado aún mi par, ni contra mí habrían de levantarse las masas, pues no he sido nunca el opresor de mi pueblo.

GRAN PROFETA.—Más vale rendir culto a las estrellas que hacer bien al hombre. Más vale ser humilde ante los dioses que orgulloso ante el enemigo, aunque sea malhechor.

REY.—Que me presten oído las estrellas y les sacrificaré un niño.—Sacrificaré una niña a las estrellas centelleantes y un niño a las estrellas que no parpadean, las de mirada inflexible. *(A sus espías).* Que traigan un niño y una niña para el sacrificio. *(Sale un espía por la derecha siguiendo unas huellas)* ¿Aceptarás este sacrificio al dios emisario de las estrellas? Dicen que los niños gustan mucho a los dioses.

GRAN PROFETA.—No me es dado rehusar ningún sacrificio a las estrellas o a los dioses que envían. *(A los otros profetas)* Apercibid los cuchillos para el sacrificio.

(Los profetas sacan los cuchillos y los afilan).

REY.—¿Debe hacerse el sacrificio junto a la puerta de hierro que el dios de las estrellas ha visitado, o más bien en el templo?

GRAN PROFETA.—Que se ofrezca junto a la puerta. *(A los otros profetas).* Traed el altar de los sacrificios.

(Se oye hacia la izquierda el silbido como de buho. El tercer espía sale a hurtadillas en esa dirección).

REY.—¿Se logrará con este sacrificio conjurar la cólera divina?

GRAN PROFETA.—¿Quién lo sabe?

REY.—Temo que aun así sea inevitable la condenación.

GRAN PROFETA.—Algo más grande ha de sacrificarse.

REY.—¿Qué más puede ofrecer un hombre?

GRAN PROFETA.—Su orgullo.

REY.—¿Qué orgullo?

GRAN PROFETA.—El vuestro, que subió hasta el firmamento y enfureció a las setrellas.

REY.—¿Qué haré para sacrificar mi orgullo a las estrellas?

GRAN PROFETA.—Sobre vuestro orgullo es que caerá la condenación para arrancarnos vuestra corona y para arrebatarnos vuestro reino.

REY.—Sacrificaré mi corona y reinaré sin ella entre vosotros, a fin de salvar mi reino .

GRAN PROFETA.—Si sacrificáis vuestra corona, que es vuestro orgullo, y si las estrellas la aceptan, quizás el dios, su enviado, quiera conjurar el castigo, y podréis seguir reinando en vuestro reino, humillado y sin corona.

REY.—¿Qué haré, quemar mi corona con especias e incienso, o arrojarla al mar?

GRAN PROFETA.—Que sea colocada aquí, junto a la puerta de hierro, visitado por el dios que escribió el dorado designio. Cuando vuelva esta noche a reducir a polvo esta ciudad o a abrirle esta puerta al enemigo invasor, verá tu orgullo rendido y acaso lo aceptará y lo llevará a las olvidadas estrellas.

REY *(al Chambelán)*.—Ve y diles a los espías que no sacrificaré. *(Sale el chambelán por la derecha; el rey se quita la corona)* ¡Adiós, quebradiza gloria; te han ambicionado los reyes, envidiado las estrellas! *(La escena se oscurece)*.

GRAN PROFETA.—Ya el sol, apagador de estrellas, va declinando, y el día, poco propicio a las ambulaciones de los dioses, se va. La hora se acerca en que los espíritus y los seres invisibles vagan por la tierra, y los campos verán de nuevo, la paz de las eternas estrellas. Dejad allí vuestra corona y partamos.

REY *(coloca la corona ante la puerta de hierro: luego a los centinelas)*.—¡Id! Y que en toda la noche no se acerque hombre alguno a esta puerta.

LOS CENTINELAS *(arrodillados)*.—Sí, Majestad.

(Permanecen arrodillados hasta que se ha ido el rey que sale con el Gran Profeta.)

GRAN PROFETA.—Fué vuestro orgullo. Olvidémosle ya. Quieran las estrellas aceptarlo. *(Vanse por la izquierda)*.

(Se levantan los centinelas).

PRIMER CENTINELA.—Lo han envidiado las estrellas.

SEGUNDO CENTINELA.—Era antigua la corona. Bien la supo llevar.

P. C.—Quieran las estrellas aceptarla.

S. C.—De repente será como si la ciudad de Zericón no hu-

biera existido nunca ni hubieran estado aquí ante esta puerta dos centinelas cual tú y yo.

S. C.—¿Por qué? ¿Cómo lo sabes?

P. C.—Tal es siempre el proceder de los dioses.

S. C.—Pero sería injusto..

P. C.—¿Cómo habrían de saber eso los dioses?

S .C.—¿Sucederá esta noche?

P. C.—Vamos, debemos partir. *(Vanse por la derecha).*

(La escena se va oscureciendo más y más. Vuelve a salir el chambelán por la derecha. Atraviesa la escena y vase por la izquierda. Vuelven a salir los espías por la derecha. Cruzan la escena, que ya está casi oscura).

NIÑO. *(entra por la derecha, vestido de blanco, sus manos extendidas un tanto, llorando).*—¡Puerta del rey, puerta del rey! Yo quiero un aro. *(Se acerca a la puerta del rey. Cuando ve la corona del rey exclama satisfecho)* ¡Oh! *(La recoge, la pone en el suelo y, dándole con el cetro, se va por donde entró).*

(Se abre la gran puerta; hay luces adentro; un espía sale furtivamente y ve que la corona ha desaparecido. Sale otro espía. Sus cabezas escrudiñadoras se acercan.)

ESPIA PRIMERO *(murmurando ronco).*—¡Los dioses han venido!

(Entran precipitadamente por la puerta, que se cierra. Se vuelve a abrir y salen el rey y el chambelán).

REY.—Las estrellas están satisfechas.

TELON

Traducción de LUIS A. BARALT y Z.

Claro de Luna

A José Antonio Román.

En mis noches de insomnio y de amargura,
la Luna en el cristal de mi ventana
diseña sobre el fondo de negrura
una aérea, fantástica hermosura,
que disipa el fulgor de la mañana.

En el plateado vidrio retratada,
cuando la noche cálida me agobia,
aparece la imagen de mi amada
con el cándido tul de la esposada
y el mirar tremulante de la novia.

Y flotan los fugaces lineamientos
en esa floración de sombra inquieta
que bordean nielados clarimentos,
como los nebulosos pensamientos
en las idealidades del poeta.

Y su impecable cuerpo que se esfuma
bajo gasas de nubes misteriosas,
copia a Venus brotando de la espuma,
a Diana Cazadora entre la bruma,
a Minerva en el sueño de las diosas.

Y emerge con su brillo de oro viejo
al refulgir en pálida neblina,
cual de Selene el tímido reflejo,
la visión de Espirita en el espejo
y a flor de agua el contorno de una ondina.

Y surge en el cristal de mi ventana,
radiosa y llena de un afán ignoto,
como Lakmé, la Venus indostana,
como la amante fiel del Ramayana,
como la flor simbólica del loto.

Pasa fúnebre ronda de martirio
que ennoblecen los tonos de la anemia,
la blanca Gretchen, deshojando un lirio,
la trágica Lucía en su delirio
y la pobre Mimí de *La Bohemia*.

Y de Clemencia Isaura la silueta,
—del supremo dolor vivo retrato—
junto a un viejo saúz, mirando inquieta
el lago azul y la húmeda violeta
con la gota de sangre de Renato.

Y de infelices que apuraron dosis
de honda tristeza y de infinito anhelo,
la María de Isaacs con su clorosis,
la Aurora de Musset con su neurosis,
Graciela y Julia con el mal del cielo.

Y aúna su mirífica belleza,
nieve del norte y luz del mediodía,
a la gracia de flor de la pureza
y el prestigio ancestral de la nobleza,
un aroma sutil de poesía.

Cuando con vagos tintes de escarlata
el pórtico de oriente se colora,
y se apaga la lámpara de plata,
y el raudal de sus lágrimas desata
sobre la tumba de Memnón, la aurora.

El llanto del rocío en la arboleda
un breve instante titilando queda
donde el casto azahar entreabre el broche,
hasta que cae de la flor y rueda
con mi dorado ensueño de una noche.

JOSE FIANSON

Digresiones de Actualidad

LA DESCOMPOSICION GEOGRAFICA Y LA POLITICA DE RUSIA.

El país de las estepas, de los campos blancos y fríos de Europa, se transforma y se modifica rompiendo sus fronteras geográficas y descomponiéndose en una serie de entidades políticas autónomas, al frente de los resultados de la Gran Guerra del siglo XX.

De la Rusia inmensa entre el Báltico, los Cárpatos y los Urales, entre el Artico y el Negro, surgen a la vida libre las nacionalidades que un día conquistara el imperialismo de los Romanoff, ante la indiferencia desconsoladora de los que, para ganar un amigo, cuando nó un cómplice, en secretas ambiciones, ensordecían ante todas las solicitudes de la Justicia y ante todos los clamores de los pueblos débiles.

A Rusia, por el Báltico y los Cárpatos como por el Cáucaso, le faltaba la continuidad de tierras y de pueblos indénticos a los suyos, para acercarse a las naciones de Europa o de Asia. La colocación en ambas fronteras de pueblos libres y extraños a las razas de sus hombres, le eran obstáculos para su equilibrio internacional en Europa o para su expansión colonial en el occidente asiático. He aquí la causa de la esclavitud de Finlandia, Estonia, Livonia, Lituania, Polonia, Besarabia, y de los pueblos del Cáucaso, que hoy la nueva Geografía de Europa descubre y estudia en el estilo que corresponde a los Estados libres.

El imperio ruso desaparece del cuadro político de Europa sin haber prestado gran concurso al desenvolvimiento social

del continente y con muy pocos hechos para determinarle una historia vasta y brillante como la tienen los demás pueblos del occidente. País múltiple en razas y nacionalidades, más cerca de la vida oriental que de la renovación espiritual que parte de los medios latinos o de la honda inquietud utilitaria de los germanos y sajones, vivió entre profundas desorganizaciones sociales, entre luchas de clases, entre el despotismo de los ricos y nobles y la miseria de vastas clases populares sin ningún principio de cultura, entre el afán de un militarismo sin soldados preparados para aplastar a los vecinos débiles, entre la negación de todo concepto de justicia y libertad, en la penumbra de todo régimen legal y sin elementos para continuar el ritmo de la civilización creada más allá de sus fronteras occidentales. Por esto, en el actual momento histórico en que se le ve descomponerse geográficamente restringiendo sus fronteras, fruto de su perfidia y de su deslealtad, para dar vida a otros pueblos, que a la desaparición del régimen monárquico sigue una trágica lucha interna y de tremenda anarquía, no despierta en la humanidad ninguna simpatía.

La historia de Rusia es corta. Como nación y como estado aparece muchos siglos después de la consolidación política y social que habían alcanzado los pueblos latinos, germanos y sajones del resto del occidente. Las fronteras geográficas y morales de Europa, en el norte como en el oeste y en el mediodía, estaban ya constituídas, cuando en las zonas del este, más allá del Báltico y los Cárpatos, un conjunto de pueblos y tribus inconexas en razas y nacionalidades se movían pesadamente sin adherirse a la tierra ni fundando una comprensiva agrupación política o una comunidad por la historia, la religión y las costumbres entre todos. La zona oriental de Europa, designada en la Geografía antigua con el nombre de Sarmacia y a la que la moderna llamó Rusia, fué, pues, adonde convergieron las invasiones de ciertos pueblos asiáticos, como los escitas y las tribus comprendidas dentro de éstos como las de los hunos y alanos, en los comienzos de la Edad Media. Pueblos éstos, a quienes en unión de los polacos, cheques, croatas, dálmatas, servios y búlgaros, se les ha llamado Eslavos. Pero los eslavos del este o sea los habitantes de las regiones que comprendieron después la Rusia, sólo vinieron a formar un conjunto político, bajo la comprensión de un gran ducado, en el siglo IX.

Desde el siglo X los eslavos de la Rusia fueron cambiando notablemente de fisonomía social y moral por la influencia de

los varegues o sean los piratas normandos y daneses que invadieron el país y formaron en Novogorod un estado; y es en este hecho histórico en donde está el origen de la palabra Rusia, pues desde entonces se le vino llamando así, a la vez que sus pobladores adoptaron el culto cristiano.

Los países rusos en el siglo XIII son invadidos por los Mongoles que desde la lejana y desconocida Tartaria avanzaron sobre el occidente asiático y sobre la Europa, conquistando y buscando tesoros. Tres siglos duró la dominación con todas sus calamidades para los pueblos eslavos empobrecidos que trabajaban para el Khau mongol, pero sin que se mezclaran las razas ni se perdiera el culto cristiano ya afirmado en los pueblos y en los hogares. En el siglo XVI, cuando se forma el imperio turco en las tierras de Europa y se consolidan en naciones los germanos y eslavos del norte y centro del continente, un príncipe de Moscow, Iván el Terrible, libertó a los pueblos rusos del vasallaje de los mongoles e hizo de su ciudad con el castillo de Kremlín el centro de un nuevo país para las razas eslavas y que en breve tuvo enormes fronteras.

Los príncipes de Moscow fueron después los zares de Rusia, los soberanos de los úkases, dueños absolutos de las tierras, de los hombres y de las conciencias, que extendieron el territorio desde el mar glacial hasta el Caspio y del Dnieper al Volga; expansión geográfica que se intensifica a partir del siglo XVII con la dinastía de los Romanoff como también cuando empezó el período de la occidentación de la Rusia, abandonando el pueblo algunas de las prácticas y costumbres asiáticas que conservaban.

De la dinastía Romanoff el zar transformador de su país fué Pedro I, que concilió su aspiración de ser gobernante de un pueblo, estilo de los que había visto en su niñez, con la supervivencia del absolutismo monárquico; quería en su pueblo la industria y el espíritu de trabajo de sus vecinos los germanos, pero sin que saliese de la obediencia pasiva que era la tradición y la seña moral. La obra de Pedro I no radicó únicamente en procurar introducir la civilización europea sino también en extender sus dominios al oeste del Dnieper, por el Báltico, por el Cáucaso y por el mar Negro. En el gobierno de Pedro I es cuando se inicia la conquista rusa de los países bálticos, primero por el eclipse militar de Suecia a quien vence en 1723 y luego a los persas a quienes les arrebata las ricas regiones del Cáucaso y a Turquía, las costas del mar Negro con la Crimea. Finalmente con

los repartos del territorio de Polonia, acrecentó notablemente sus dominios por el oeste, llevando por esa línea sus fronteras hasta Alemania y Austria.

Los pueblos de Finlandia, Estonia y Livonia, que constituyeron las provincias bálticas del ex-imperio ruso y que hoy son naciones libres, amparadas por el tratado de paz de Versalles y reconocidas en el protocolo diplomático de la Europa, no formaron con Rusia más que una comunidad política impuesta por la violencia; étnicamente fueron grupos distintos de los eslavos, ellos son originarios de las razas uralo-altaicas, de la familia de los finos-ugrianos, con costumbres y cultura propias. En sus medios geográficos la población de colonos rusos fué siempre mínima; social y culturalmente estos pueblos han vivido más cerca de los suecos y germanos que de sus dominadores. Hasta en los idiomas se mantuvieron alejados de los rusos, conservando los propios, especialmente el Suomí, que pasa por la más vasta de las lenguas fino-ugrianas.

La población de Lituania aunque históricamente es un grupo comprensivo de las razas fino-ugrianas, tiene aspectos eslavos por sus antiguas vinculaciones con Polonia, pero aun más resalta la influencia germana por el establecimiento de familias nobles de esta nacionalidad desde el siglo XVIII.

Los países del Cáucaso que pasan a la categoría de los libres, tienen también profundas diferencias de raza, carácter y costumbres con los rusos. Es quizá el grupo humano que conserva con mayor pureza los fundamentales caracteres étnicos de las primitivas razas indo-europeas. La Georgia, convertida hoy en república, después de siglo y medio de dominación bajo los rusos, se presenta con todos los elementos materiales, económicos, políticos y morales para ser una nación. Situada en un espléndido punto, entre los mares Negro y Caspio, en la ruta obligada de las comunicaciones de la Rusia meridional con el occidente asiático, con buenos y abundantes recursos, especialmente con ricas minos de oro, plata, cobre, hierro, hulla y petroleo, está llamada a ser de los nuevos Estados del siglo XX uno de los más prósperos y adelantados.

Posiblemente, tres pueblos más debían independizarse de la antigua Gran Rusia: La Rusia Blanca del oeste, la Ukrania del S. O. al pie del mar Negro y en las fronteras de Rumanía, Polonia y Hungría, y la ya República de Táuride en las riberas de las aguas del Negro. Estos tres países son comunes con Rusia en población, carácter, historia, costumbres, religión y

estado social. Llegarán a formarse como estados libres sólo a expensas de la disgregación que el bolsheviquismo impone a la Rusia; nada justifica su separación del pueblo con quien llegaron a habitar en la Europa.

De los tres futuros estados, el más importante es el de Ukrania, el antiguo país de los Cosacos, de los ginetes maravillosos y aventureros, amantes de la guerra y de la vida ruda. Ukrania nació en el célebre tratado de Brest-Litowsk, en que Rusia escribió la historia de su traición para con las naciones aliadas contra Alemania en el siglo XX. Sin embargo, si el bolsheviquismo ruso no hubiera sido destrozado por Polonia, la Ukrania no llegaría a la independencia.

La Ukrania será un país extenso, más grande que Alemania, con treinta millones de habitantes, de territorio y clima apropiado para el cultivo de cereales y con abundantes minerales principalmente carbón. Tiene ciudades grandes y bien pobladas como Kiev, Kharkov y Odessa.

La Rusia Blanca sale de las regiones del oeste de la Gran Rusia y de los vecinos a Lituania. Tiene menor significación que Ukrania, sus tierras carecen de la feracidad de las de ésta. Las potencias europeas ampararán su libertad, seguramente, para que sirva de interposición entre los países de Hungría y Polonia con la Rusia del Soviet.

Entre todos los países desintegrados del ex-imperio ruso los que poseen mejores condiciones y propiedades geográficas y por lo mismo en aptitud de ser en el futuro naciones de gran prosperidad, son los del Báltico. Efectivamente, Finlandia, Estonia, Livonia y Lituania, colocadas en las costas del mar Báltico, próximas a los medios industriales y científicos de los pueblos germanos y escandinavos, con tierras fértiles y abundantes en bosques, con vastos yacimientos mineralógicos, con ciudades bien construídas como la de Helsingfors de Finlandia, centro de cultura de primer orden y que cuenta con una antigua y célebre universidad y también Vilna la capital lituanense, que fué el centro de la red ferroviaria del Imperio de Rusia, están llamadas a ser las primeras líneas de la civilización de occidente al avanzar resueltamente sobre el oriente, sobre esa penumbra del mundo y estéril para la humanidad.

La historia del imperio uso se recojerá en los pueblos que quedan comprendidos del Volga a los Urales y al mar Caspio, sobre cuyas ruinas pretende la anarquía bolshevique formar un

estado de fisonomía extraña y fuera de todos los postulados del derecho.

Los revolucionarios rusos que derrocaron a la dinastía Romanoff, que asesinaron villanamente al Zar Nicolás y a toda la familia imperial, que traicionaron a Francia y a Inglaterra, han impuesto un gobierno que simula el republicano y que es una especie de asamblea o consejo llamado Soviet.

La revolución popular rusa ha dislocado toda la organización que poseía el país, ha roto toda la normalidad social y económica para implantar el régimen del más espantoso pillaje y desenfrenada tiranía que ha contemplado la humanidad. Los bolsheviques han destruído y no han creado nada y nada crearán porque no les guía ningún principio o doctrina que encarne un bien o una redención humana.

Los revolucionarios franceses del siglo XVII conducían principios de justicia; sobre sus grandes excesos surgió la gran era de la libertad y del derecho. De la presente revolución de Rusia, que sólo conduce los instintos bárbaros de un pueblo en toda su historia distante de la civilización, no surgirá en el correr de los tiempos, sino el recuerdo penoso de que fué un suceso abominable.

LUIS E. BERNALES

Lima, Octubre de 1920.

Ollanta

Hay en el triunfo de José María Valleriestra, triunfo sin precedente en nuestra historia artística por la unanimidad en el aplauso y en la simpatía hacia el maestro, algo más que la satisfacción personal del éxito alcanzado; Valleriestra no necesitaba sino el reconocimiento de una superioridad espiritual que él poseía; pero el triunfo magnífico de *Ollanta* es el triunfo de todos nosotros; es el triunfo de un público que por fin se pone a la altura del maestro; es la satisfacción íntima que produce la justicia que se otorga; es la exclusión para siempre del fantasma doloroso de la gloria tardía o de la injusticia irreparable. Por eso, la emoción embargaba todos los corazones en la noche memorable del 22 de Setiembre, en que el arte nacional recibe el bautismo inicial de una era fecunda, y la figura de José María Valleriestra queda consagrada como uno de los valores sustanciales de la mentalidad nacional.

Pero con *Ollanta* no sólo ha triunfado el artista, también ha triunfado el hombre. Y no sé cuál es más hermoso; si el triunfo del músico de talento, o el triunfo del hombre capaz de la más noble y desinteresada persistencia en el propósito. Valleriestra ha vivido los años más hermosos de su vida, fiel a sí mismo, fiel a sus propias convicciones, creando por la satisfacción incomparable de crear, sin contar ni con la aprobación inmediata, ni con la posibilidad cercana de ver realizada su obra. Gran lección de serenidad espiritual para los que han de seguirla en el camino que él les tiene trazado; ejemplo de buen gusto en la conducta, para los que viven pregonando la propia superioridad y sólo saben lamentarse de las postergaciones.

Si ha sido excelsa la obra del artista y la del hombre, no lo es menos la del peruano. Valleriestra, hace treinta y cinco años,

sin ejemplos que imitar, por esa intuición inherente siempre al verdadero talento, supo descubrir en la música peruana, un tesoro inapreciable de inspiración. Violentando los gustos reinantes entonces, proclamó muy alto la obligación de aprovecharse de esta herencia espiritual de todo un pueblo y de toda una raza. Por eso, si para los extraños Valleriestra es sólo un músico eminente y una personalidad interesante, para los peruanos, es una figura nacional. Todos los pueblos de América tienen algún gran poeta; nosotros también lo hemos tenido; ninguno, a excepción del Brasil, que justamente venera a Gómez como a una gloria americana, tienen un gran músico, privilegio de que han vivido privados muchos pueblos y por muchos siglos; porque si el poeta es un ser de excepción, más aún lo es el músico, sutil revelador de las cosas del alma.

La historia o la leyenda, dilema insalvable para los que han cantado las glorias y los dolores de un pueblo. La historia, que tiene todas las limitaciones que impone la verdad en la reproducción del hecho histórico; la leyenda, que ofrece todas las ventajas de la deformación de la realidad por el libre juego de la imaginación creadora; Valleriestra optó por la leyenda. Wagner había ya condenado para siempre el teatro lírico histórico, preconizando el simbolismo sugerente de la leyenda y de la mitología; o los dioses mismos, como en la *Tetralogía,* o los hombres endiosados por la divina pasión, como en *Tristán e Iseo,* o en los trágicos amores de Ollanta y Cusi Coyllur.

Cusi Coyllur, hija del Inca Pachacútec, ama secretamente a Ollanta, hombre altivo y fiero, feliz defensor del Imperio. Rumiñahui, otro general del Inca, tipo protervo del indio taimado y vengativo, ama también, pero sin éxito, a la princesa Cusi. Pachacútec, deseando premiar los servicios de Ollanta le ofrece su oro, sus riquezas y sus palacios. Ollanta sólo pide piedad del Inca para su amor ardiente. Pachacútec, indignado, jamás consentirá en esa inmensa locura y humilla a su general recordándole su origen plebeyo. Ollanta se duele de la ingratitud del Emperador, jura rescatar a Cusi, y rodea con sus huestes el Coricancha para apoderarse de la princesa que está dedicada al culto del Sol. Cusi acaba de escuchar de labios de Mama Iclla, gran sacerdotisa, que Pachacútec se opone a sus amores con Ollanta; la princesa llora su suerte desgraciada e implora protección al Sol en momentos en que Ollanta penetra el templo y le propone huír:

"Allá lejos del Cuzco inclemente
por mis fieles los dos defendidos
para siempre estaremos unidos
en dulcísimo sueño de amor"

Los amantes se retiran a la fortaleza de Ollantaitambo; Ollanta pide venganza para el orgullo imperial y se propone levantar su trono sobre las ruinas humeantes del Imperio.

Rumiñahui forma un plan alevoso; se finge perseguido por el Inca y pide asilo a Ollanta que lo recibe y lo hace jefe de sus huestes, apesar de los consejos de Cusi. Rumi aprovecha de una fiesta que se celebra en su honor para franquear el paso a los soldados del Inca. Ollanta y Cusi, advertidos del peligro, se envenenan y se entregan en brazos de la muerte, diciendo:

"Junto volemos por la inmensa altura
allá a la patria del eterno amor".

El Inca, que se ha apoderado de la fortaleza, avanza hasta el pie del escaño en que yacen muertos los dos amantes y exclama:

"¡Silencio! ¡Detenéos!
Su crimen inaudito
por fin hoy ha alcanzado
terrible expiación".

Tal es el libreto de los señores Blume y Cisneros, colaborador ocasional. Si la adaptación de los libretistas no es una copia literal del drama incaico, conserva, en sus líneas generales, lo que podríamos llamar el substractum dramático del poema. No podía ser de otra manera, dadas las exigencias de la realización teatral y la necesidad de acomodar a ella, el desarrollo escénico. Censurable hubiera sido desvirtuar los caracteres o alterar la esencia de la situación dramática, pero ninguna importancia tiene variar sólo su desenvolvimiento anecdótico, que es un elemento exterior de la acción. En la obra dramática, lo que vale es, siempre, lo que pasa en el corazón de los personajes. Los libretistas lo han comprendido así: Pachacútec conserva, como en el drama original, su carácter altivo de soberano soberbio y despótico; Ollanta, su fiereza de tigre para con el enemigo y su blandura de corazón para su amante, Cusi es, como en la leyenda, la misma princesa tierna y amorosa que resuelve el conflicto entre el deber filial y el amor, de acuerdo con su corazón. Rumiñahui, el indio felón hipócrita y artero. Tampoco ha sido alterada la idea central del drama, el conflicto eterno entre los prejuicios arraigados y los derechos del corazón. El Dr,

Urteaga, uno de nuestros pocos eruditos, con una libertad de espíritu que es doblemente encomiable en un especialista a quien la erudición no ha petrificado el sentido crítico, ha defendido a los libretistas contra la censura mezquina que se complacía en apuntar divergencia entre la adaptación y el poema incaico, demostrando cómo precisamente el carácter legendario y emotivo del poema autorizaban esas alteraciones. Otras son las deficiencias del libreto, deficiencias explicables dada la inexperiencia que del teatro tenía Blume, cuando Valleriestra solicitó su colaboración, y lo accidental y fraccionario de la colaboración de Luis Fernán Cisneros, obligado por el músico en la nueva versión de su ópera, a versificar algunas escenas del primer acto, sin libertad para modificar el plan general de la obra o acomodarlo a un nuevo concepto de ella. Dados estos antecedentes, es natural que el libreto se resienta de incoherencia en la ilación de las escenas y de vaguedad en las situaciones dramáticas más saltantes. Pero el libreto adolece, sobre todo, del defecto capital de haber sido confeccionado, siguiendo una tradición ya condenada por el teatro lírico, para uso exclusivo del músico; como simple pretexto para escribir trozos de ópera, considerando como cosa secundaria el valor autónomo que literariamente debe tener todo drama destinado a ser musicado.

Sobre esta leyenda, maravillosamente adaptable a la música por su emotividad sugerente, Valleriestra ha escrito una partitura sólidamente construída, de una inspiración clara, elevada y generosa, obra de gran aliento, fruto de plena madurez, libre de las taras de la media ciencia y de los tanteos de un diletantismo vacilante. Mezquino elogio para un artista de la talla de Valleriestra; cualidad primordial aquí donde se prodiga el título de maestro a todo fabricante de musiquilla barata. Valleriestra es nuestro único maestro. Tal vez en América Latina, nadie como él con mejor derecho para sobrellevar sobre sus hombros la responsabilidad abrumadora de tan honroso título.

La historia de *Ollanta* y de sus vicisitudes es la historia de Valleriestra. El maestro peruano será siempre el autor de *Ollanta,* cualesquiera que sean el valor y la suerte de sus obras posteriores. En sus páginas pueden estudiarse las diversas transformaciones en el espíritu del músico, como puede estudiarse las diversas estratificaciones de un terreno. Ahí tenemos al Valleriestra de las épocas heroicas de su vida de músico en que juraba por Bellini, Donizzeti y Verdi, hasta el Valleriestra de los tiempos últimos, en que, conservando siempre de los italianos la

huella que deja un primer amor, es seducido por el romanticismo triunfante de Berlioz y Wagner. De sus preferencias por los autores italianos le queda en *Ollanta,* por momentos, la tendencia a dar preferencia al canto, o por lo menos a no sacrificarlo en el conjunto sinfónico, como acontece en el segundo acto, el menos dramático y el más vocal de los tres actos. También parece tener Valleriestra cierta predilección por algunos giros melódicos muy italianos de los que son prueba evidente: el coro inicial del primer acto *"Alcemos nuestros cánticos"*, perfectamente donizzetiano; la encantadora plegaria de Cusi, deliciosamente acompañada por la cuerda en el segundo acto, y el dúo final de Cusi y Ollanta del mismo acto, el trozo más débil de toda la obra.

A Wagner debe Valleriestra muchas cosas; sin aceptar, del todo, el credo wagneriano, ha sabido aprovecharse de la magnífica lección que, como poeta y como músico, dió el genio de Bayreuth al teatro lírico contemporáneo. En primer lugar, a él debe una declamación amplia, que se desenvuelve según las exigencias de la acción, fundiéndose admirablemente en el conjunto sinfónico. El primer y tercer acto, recompuestos, bajo esta influencia benéfica, acusan un progreso inmenso sobre los métodos, algo más convencionales, adoptados por el compositor en el segundo acto y que han sido sólo ligeramente modificados en la nueva versión de su obra. Valleriestra también emplea el *leitmotiv* para caracterizar un personaje o un momento del drama; Cusi, Ollanta y Rumi tienen sus *leitmotivs;* también lo tienen el amor, la fatalidad y la perfidia; pero aquí el tema es sólo una reminiscencia oportuna que se transforma según las vicisitudes del drama y que lo aclaran y lo acentúan, pero nó esa trabazón inexorable de temas que estorban y aprisionan la libertad del compositor. La genialidad de Wagner podía redimir al *leitmotiv* de esas limitaciones a la creación del músico, pero elevado a sistema, no ha producido sino imitaciones grotescas de la obra wagneriana, cuyo significado mal puede reducirse a la aplicación mecánica de un recetario o de una fórmula. Algunos detalles que llamaríamos muy *tetralógicos,* para precisar nuestra impresión, hacen perceptible la influencia wagneriana en la instrumentación de Valleriestra sobre todo en el tercer acto.

Valleriestra es, ante todo, hombre de teatro. El sabe con muy pocos elementos, los necesarios para caracterizar una situación, trasmitir el contenido emocional del drama. Este poder dramati-

zador lo debe a una conformación específica de su mentalidad, tan manifiesta, que en su *Requiem*, posiblemente su obra más perfecta, la concepción dramática predomina sobre el sentimiento místico; el poema cristiano se humaniza y la muerte nos sacude con la tragedia suprema de la vida. El diálogo entre Ollanta y Pachacútec en el primer acto, ejemplo de equilibrio entre la declamación y el desarrollo sinfónico, el monólogo de Ollanta en el tercero, y el dúo con Rumiñahui que le sigue, escenas en que el compositor, sin concesiones al preciosismo musical, ha conseguido la compenetración absoluta entre la acción dramática y el comentario musical, resistén ventajosamente la comparación con muchas delicuescencias del arte lírico contemporáneo, que deben, precisamente a ellas, el favor del público.

Con la misma maestría que el compositor de *Ollanta* caracteriza una situación dramática, sabe también dar la sensación del ambiente, empleando un impresionismo pictórico y descriptivo que ya conocíamos en el maestro, en la evocación del paisaje en su poema sinfónico *"En Oriente"*. A este impresionismo descriptivo se debe más de un pasaje de *Ollanta:* un desarrollo contrapuntístico sin muchas complicaciones y que recuerda las formas típicas del Wagner de los *Maestros Cantores*, sirve para preparar el espíritu a las escenas del Templo del Sol; en el tercer acto, unas cuantas armonías traducen, con la intervención feliz de los cornos, que recuerdan también a Wagner, la profundidad del paisaje y la soledad de la breña, y, para que la evocación de la distancia sea completa, el alerta quejumbroso y prolongado de los centinelas está dispuesto con la misma habilidad con que un pintor coloca un árbol en el primer plano para acentuar la sensación de lejanía.

Como instrumentador, Valleriestra es un buen discípulo de Berlioz y Wagner, padres de la orquesta moderna y modelos hasta hoy insuperados. Sin la pirotecnia kaleidoscópica de los músicos ultra-modernos, es un colorista de primer órden que consigue siempre dar encanto especial a sus ideas, aun a las menos felices. La orquesta de Valleriestra es un aderezo que nos permite gustar de cualquier manjar. Pero el mérito primordial de Valleriestra instrumentador, reside en haber sabido trasplantar a la gran familia de los instrumentos que forman la orquesta, el color típico de la música incaica. A este respecto, es un creador que ha conseguido para la música indígena, lo que alcanzaron primero Rimsky Korsakow y más tarde Strawinsky para las formas orientales de la música rusa. Hay una relación inevi-

table entre el arabesco musical y el color instrumental que, de no respetarse, desvirtúa el carácter de la idea, por esa relación estrecha que hay en arte, entre el fondo y la forma, entre la idea y su expresión. El color expresa un elemento esencialmente subjetivo; tan es así, que no podríamos cambiar los colores de una tapicería oriental sin falsear el sentimiento decorativo que traduce el arabesco. El color es tan sugerente y expresivo, que nada contribuye más en *Ollanta* para dar la nota exótica, que la deliciosa intervención de los instrumentos de madera en los bailables y coros del primero y tercer acto y que imitan con tánta verdad los sonidos de los instrumentos incaicos.

La intervención de la música incaica, en algunas escenas de *Ollanta,* constituye la novedad y el mérito más saltante de la obra. En el arte lírico contemporáneo se define hoy una corriente a nacionalizarlo sobre la base renovadora de los cantares y del arte popular que, como dice Pedrell, "es la eterna fuente de Juvencio de las artes". Hay un ciclo fatal en toda evolución artística que lleva de las formas sintéticas primitivas, en que la emoción es el factor determinante, hasta la etapa última, en que el arte pierde su contenido emocional para constituír un simple juego intelectualizado de virtuosismo formal. Llegada esta etapa, la vuelta a las formas emotivas del arte popular, producto secular y colectivo, salva a la música de una decadencia inevitable por empobrecimiento afectivo.

En la ópera de Valleriestra, el empleo de la música incaica no se debe a ningún prurito sabio. Valleriestra adoptó para *Ollanta* la música nacional por razones de instinto artístico; su obra es, felizmente, más de músico que de folklorista. Tampoco fueron folkloristas Dargomiski y Glinka, no lo fué más Chopin, y sin embargo, toda la producción erudita de los folkloristas contemporáneos no vale la iniciación genial de estos músicos. El proceso es el mismo en toda renovación artística; primero la intuición adivinadora del hombre de genio; después, la labor secundaria de sistematización del erudito. A Valleriestra corresponde en el Perú la gloria del impulso inicial. Hace treinta años, cuando nadie hablaba de folklore, cuando apenas se conocía en Europa a los músicos rusos y a Smetana, cuando España y Francia vivían al margen de su arte nacional, Valleriestra, desafiando la indiferencia y aun la burla de muchos, emprendió la obra colosal de fundar un teatro lírico peruano inspirado en la música incaica. Por eso resulta inútil y risible discutir sobre el carácter genuinamente incaico de los cantares que Valleries-

tra ha escogido para su ópera, olvidando que fué precisamente él quien, hace ya seis lustros, supo enseñarnos a amarlos y a admirarlos. Por otra parte, ni en los tiempos lejanos en que el compositor peruano empezara a interesarse por la música popular, ni hoy mismo, apesar del tiempo trascurrido, existe la documentación necesaria y los estudios preliminares indispensables para determinar los modos propios de la música peruana, deslindando las influencias extrañas. Para que llegue ese momento es indispensable emprender la colección y clasificación de todos los cantares nacionales, cosa que sólo se ha hecho aquí en forma empírica e insuficiente. Sin otro guía que su instinto seguro de músico, Valleriestra ha sacado el mejor partido posible de los temas nacionales, dada la carencia de los estudios especiales a que hemos hecho mención. El compositor a veces, aprovecha del tema incaico para amalgamarlo con música de estilo absolutamente distinto, como sucede en el coro del primer acto *"Alcemos nuestros cánticos"* en que las voces de las mujeres intervienen, repentinamente, con un tema de neto sabor indígena que se armoniza deliciosamente, con el conjunto de la polifonía vocal; otras veces, reproduce el tema literalmente, sin complicarlo con armonías y polifonías perturbadoras de la sencillez típica del tema mismo como en el dúo de soprano y contralto del segundo acto, *"Triste y solitario vive el corazón"*. En la última versión de *Ollanta* en el acto primero y tercero, en las escenas acompañadas por el coro y el baile que se desarrollan en el Palacio Imperial y en la Fortaleza de Ollantaitambo, Valleriestra, con una mano mucho más segura, mejor penetrado con el carácter de la música indígena, ha escrito páginas magistrales de sabor y admirables como resultado en la conjunción feliz de la voz humana, de la danza y de la sinfonía. Estas dos escenas, por sí solas, pueden redimir a *Ollanta* de todo pecado. Los gustos y las ideas estéticas podrán variar radicalmente con el tiempo, y con esos cambios perder su prestigio muchas páginas de la ópera del maestro peruano, pero las que ahora comentamos podrán sobrevivir a todas las veleidades de la moda por su intenso poder evocador de raza y de ambiente.

Grande ha sido, pues, la lección de Valleriestra y de *Ollanta;* aliento para los que saben esperar; rumbo seguro para los que han de seguir por la misma senda; y para el público, término de comparación para deslindar valores y para derribar, en lo futuro, a los dioses falsos.

G. SALINAS COSSIO

Notas Varias

† DON RICARDO V. GARCIA

"Mercurio Peruano" lamenta profundamente la sensible desaparición del señor Ricardo García, socio de la casa editora de esta revista, y miembro de su administración.

El señor García miró con optimismo y entusiasmo la aparición de Mercurio Peruano, ha seguido con interés y simpatía sus renovadores esfuerzos de mejoramiento, y lo que es más, ha unido a ellos la inapreciable cooperación de su experiencia y de sus consejos siempre eficaces.

En la no interrumpida y cordial solidaridad entre la Redacción de Mercurio y sus editores, el señor García puso en todo momento la buena voluntad y la acogida franca que sabía dispensar a toda obra relacionada con el progreso intelectual del país.

Por eso queremos tributar a la memoria de este hombre honrado y bueno, de este hombre que estuvo vinculado en una forma tan estrecha a la eficacia de nuestra obra, el homenaje de nuestro recuerdo y de nuestra simpatía.

En esta labor en que se suman tántas actividades, donde se armonizan tántos empeños en el común propósito, el espíritu con que el señor García nos acompañara, persistirá como un perenne estímulo que, a la vez que suscite la visión de su existencia laboriosa y perseverante, nos llame a consagrarnos a la tarea ideal con una fe siempre encendida y con una constancia inquebrantable.

N. de la R.

Octubre de 1920.

LA LABOR ARQUEOLOGICA DE SYLVANUS GRISWOLD MORLEY.—

El señor Morley, cuyo libro más importante y último tenemos ahora el honor de reseñar, es uno de los arqueólogos más distinguidos de nuestro continente. Nacido en 1883, es joven todavía, y apesar de esto está siempre en pleno hervor de sus trabajos profundísimos acerca de la arqueología e historia centro-americanas. Morley forma parte del erudito grupo compuesto por C. P. Bowditch, W. H. Holmes, A. M. Tozzer, H. J. Spinden, M. H. Saville, W. Gates, T. Gann, G. B. Gordon y demás personas y al cual ya se están adhiriendo S. K. Lothrop y Señora Lothrop, y C. E. Guthe. Es un grupo que ha hecho y sigue haciendo una inmensa labor científica. Además, Morley, que ha logrado atraerse la simpatía de los sabios centroamericanos, ha conquistado una admirable posición en el mundo intelectual de Guatemala.

Su libro más reciente es "The Inscriptions at Copán", publicado por la Carnegie Institución de Washington. Se dió a luz en este año de 1920. Es un grueso volumen de 643 páginas de formato grande. Como obra de imprenta, es magnífica; el papel, el tipo y el aspecto de las páginas y láminas son de lo mejor posible.

Para todos cuantos nos dedicamos al estudio de la arqueología de los países andinos, "Las inscripciones de Copán" es un libro que reviste considerable importancia. En efecto, es una síntesis de nuestros conocimientos acerca de la civilización de los Mayas de Guatemala y de Yucatán. En el primer capítulo, por ejemplo, se hallan todos los datos indispensables para fundar un concepto del ambiente que rodeaba los Mayas. Se dan informes acerca de su comida, acerca del clima, su indumentaria y demás cosas imprescindibles a conocer. Además, el mismo capítulo contiene datos acerca de la historia de la descifración de los jeroglíficos mayas. Es una historia de indagaciones largas e interesantes.

Los capítulos segundo, tercero y cuarto contienen respectivamente un panorama de las inscripciones del período primitivo (hasta 374 D de C), del período medio (374-472) y del gran período (472-610) del llamado Imperio Antiguo de los Mayas. La imponente ciudad de Copán (en la actual república de Honduras) era de altísima importancia durante todos esos períodos. Por aquellos tiempos la civilización de los Mayas prevalecía por todo el norte de Guatemala y en partes de los vecinos estados de Honduras y México (para usar la terminología moderna.) Fué una civilización basada sobre una cultura arcaica, muy general en muchas partes de la América, inclusive en el Perú.

Uno de los rasgos principales de la civilización de los Mayas era la costumbre de edificar monumentos cronológicos para celebrar el término de ciertos períodos calendarios llamados katunes que duraron 20 años. La labor de preparar las estelas así erigidas fué inmensa. No sólo fué menester que los eruditos sabios hagan sus complejos cálculos matemáticos, pero hubo también necesidad de cortar y labrar la propia piedra del monumento para alistarla con anticipación para su respectiva ceremonia. La sabiduría matemática de los Mayas fué maravillosa, así como lo fué también su conocimiento de la astronomía.

En este libro de Morley se encuentran igualmente valiosos pormenores acerca de todos los demás aspectos de la civilización representada por la gran ciudad de Copán. Esto es un hecho de importancia para nosotros aquí en el Perú, porque no podemos estudiar la arqueología de este país sin consultar la de los demás países que nos rodean. Al misma tiempo, es imprescindible tener conocimiento bien fundado acerca de las civilizaciones vecinas, y especialmente la de Centro-América, para evitar los errores y las alucinaciones que podríanse sugerirnos por informes incorrectos o por teorías preconcebidas. Por ejemplo, el libro que reseñamos contiene datos suficientes para desmentir una vez por todas, las necias y vulgares pretensiones de Uhle acerca de supuestas colonias deliberadas y políticas de los Mayas en la costa del Perú. Al leer el libro de Morley, el doctor Uhle verá cuán errado ha sido, y su erudición y sentido común acostumbrados prevalecerán otra vez en su gran cerebro. En efecto, para él y demás alucinados, el libro será no meramente interesante, sino tónico también.

A guisa de apéndices, el libro concluye con doce capítulos suplementarios que nos presentan interesantes informes y documentos relativos a la materia. Después de esos apéndices se halla la rica bibliografía y el índice alfabético.

Las láminas, los mapas y las demás ilustraciones del libro son todos de la mejor calidad. En una palabra, "Las Inscripciones de Copán" es una obra maestra.

P. A. M.

UN VASO ESCULPIDO DE SAN AGUSTIN ACASAGUASTLAN, GUATEMALA —

El profesor Marshall Saville, cuyo nombre es conocido por todos los arqueólogos americanos, acaba de publicar en hermoso facsímile un vaso esculpido que representa el gran período de la civilización maya. El vaso es de tamaño modesto, unas ocho pulgadas de alto. La materia es arcilla finísima de color pardo oscuro o chocolate. La forma es rotunda, con un grande boca encima, debajo de la cual se ve una banda de riquísima decoración esculpida. Dicha decoración fué hecha cuando estuvo todavía mojada la arcilla. Se hizo exactamente de la misma manera que las esculturales o alto-relieves sobre piedra. Terminado el dibujo, el vaso se sometió al horno.

En las palabras del profesor Saville, "El vaso es, a no dudar, la muestra más hermosa de alfarería hallada en la América septentrional o meridional". Resistiendo la tendencia natural de pretender lo mismo para ciertos vasos de Nasca, podemos decir que es cierto que el vaso de Acasaguastlán es la muestra más compleja técnicamente de alfarería centro-americana hoy conocida. La decoración es de carácter altamente simbólico, y es tan retumbante que es elocuente de una inminente decadencia estética, tal vez provocada por un énfasis de lo sacerdotal y ceremonial en la política y sociedad mayas.

El vaso de Acasaguastlán fué regalado al Museo del Indio Americano, fundado por el Sr. G. Heye, por el Sr. H. W. Hendricks de Nueva York. Antes, pertenecía al cónsul general de Alemania en la ciudad de Guatemala, y en Setiembre de 1917, el presidente Estrada Cabrera dió licencia para su exportación a los Estados Unidos, un acontecimiento bien aventurado, porque otramente hubiera perecido en el gran terremoto de Diciembre, 1917.

P. A. M.

INTER-AMERICA: A Monthly Magazine. (Massers Doubleday, Page y Company, 407 West 117th Street, New York.)

Inter-America es una revista publicada en Nueva York cuyo objeto es "contribuír al establecimiento de una comunidad de ideas entre todos los pueblos de la América, tratando de romper la valla ligüística que hasta ahora los ha dividido. Está publicada, un mes en inglés, otro mes en español. El número español consiste en diversos artículos traducidos de la literatura periódica de Estados Unidos; el número inglés de artículos parecidos traducidos de la literatura periódica de los países americanos de habla española o portuguesa".

Para que nuestros lectores conozcan el carácter de esta revista, la edición inglesa, correspondiendo al mes de agosto trae los artículos siguientes: "The United States in Argentine", por Luis Pascarella. "Women Political Status in Chile", por Ricardo Salas Edwards. "The Free Spirit of Walt Whitman", por Armando Donoso. "Pan Americanism from a Central American Standpoint", por Rafael Urtecho. "Marti's Ideas upon Education", por Antonio Iraizoz "Don Quijote in Yankeeland", por Juan Manuel Polar. "The Semi-Centennial of a Great Daily" ("La Nación" de Buenos Aires). Editoriales en el "Mercurio" de Santiago. "Psychopathology in Art", por José Ingenieros. "A Quarternary Giant", por Carlos Cuervo Marquéz.

De interés especial para los lectores del "Mercurio" es la traducción inglesa de "Don Quijote en Yanquilandia" que está publicándose en las páginas de "Inter-América". Nos complacemos en traducir, sin comentario, la nota con que el Editor encabeza la publicación de la primera parte de este cuento. "¡Algo completamente nuevo debajo del sol! ¡Un capricho suficientemente curioso para haber convenido aun al insaciable Don Quijote de la Mancha, esto de traer cara a cara los Antípodas en las personas de Don Quijote y el Tío Sam, símbolos de España y Estados Unidos, de la caballería andante y la iluminación nocturna, la Edad Media y la negación de edad! Se verá, sin embargo, que, después de todo, el Tío Sam posee no pocas de las características de Don Quijote .

Lo grotesco de todo el concepto es tan nuevo y entretenido que nuestros lectores se hallarán dispuestos a perdonar la ingenua ignorancia y los falsos conceptos de nuestras costumbres y características nacionales, tales como parecen a nosotros, que demuestra el autor, so-

bre todo al ser informados que éste es un admirador y verdadero amigo de Estados Unidos que nunca ha puesto pie en nuestro territorio y cuyos conocimientos de nosotros se han basado—es de presumir—sobre los informes y comentarios de viajeros, en su mayoría, europeos, de tiempos anteriores, o sobre su propia observación del tipo de Norteamericano que él ha conocido en su país".

J. A. M.

Les Ecrivains Contemporains de l'Amérique Espagnole par Francisco Contreras.—París, Mars, 1920.

Por el título llamativo leímos este libro de autor desconocido para nosotros y del que no nos ocupáramos, si en su primer capítulo no hubiera él estampado esta afirmación con relación a la literatura hispano americana: "Se puede decir que esta literatura no ha sido revelada todavía al público francés, pues los pocos escritores que hasta ahora se han ocupado de ella han tratado el punto con una superficialidad lamentable o una falta completa de documentación. Habiendo tomado parte activa en nuestro movimiento moderno tengo el conocimiento indispensable para hablar debidamente sobre nuestra literatura." Esto, por supuesto, en francés, en el francés españolizante del señor Contreras, crítico, según parece, de la sección de Letras hispano americanas del *Mercure de France* y chileno, también al parecer, al menos por el desplante.

El libro consta de nueve capítulos dedicados al estudio de poetas y escritores en prosa, críticos literarios y científicos, novelistas, pensadores e historiadores. Si de los juicios del señor Contreras quisiera deducirse una conclusión sobre la contribución de nuestros países al movimiento literario americano resultaría que ninguna de nuestras repúblicas ha alcanzado más alto grado de cultura ni aportado mas sus tantivos valores a la vida espiritual de América, tal es la preponderancia de sus figuras literarias en este libro, que Chile, su patria. Por obra de esta crítica imperialista Arauco se convierte en el jardín de las Musas, Beocia resulta el Atica.

La profusión de escritores chilenos es sólo comparable a la escasez de escritores y poetas de otras nacionalidades y, naturalmente, de toda preferencia, de los peruanos. No nos ocuparemos de las grandes figuras literarias de otras naciones que faltan en este libro sino de las peruanas únicas para las que creemos suficiente nuestra documentación. En el libro del señor Contreras figuran únicamente de los nuestros, Chocano, Bustamante y Ureta entre los poetas y Riva Agüero entre los escritores de Historia y folk-lore. A simple vista y para el criterio más neófito, no puede ser más lamentable la superficialidad del crítico chileno. Su documentación de segunda mano, como se puede comprobar en las referencias de su libro, lo ha llevado a reducir en forma arbitraria y descabellada, toda nuestra producción literaria de los últimos tiempos a esos cuatro nombres cogidos al azar. Inexistentes para él

los versos de Yerovi, de Cisneros, Eguren, Fálvez, Sassone y Espinoza, desconocidos los nombres de Angélica Palma en la novela, tan digna de figurar al lado o por encima de los muchos novelistas que él cita, de Clemente Palma, Ventura García Calderón y Abraham Valdelomar en el cuento, de Enrique Carrillo en la crónica. Y éstos, entre los ya consagrados, aunque una documentación tan completa como la que declara poseer el señor Contreras, bien pudiera ya distinguir en la nueva generación los nombres de Abrill, Hidalgo, Luna Cartland y Guillén, por no citar sino a los poetas.

Hay sin embargo una omisión, más que todas indisculpable y es la de Francisco y Ventura García Calderón. Indisculpable porque el crítico vive en París y porque las obras de los García Calderón, tienen renombre americano muy alto y bien ganado. En varios capítulos de este libro hemos esperado encontrar el nombre de Francisco García Calderón, hemos creído imposible pudiera prescindirse de él sin desmedro del crítico yde su obra. El escritor chileno lo ha preferido así, No está el nombre del insigne autor de *"Le Pérou Contemporain"* en el capítulo que el autor titula, "I os escritores del Centenario", ni en "Críticos literarios y críticos científicos", ni en "Pensadores o escritores de ideas", ni en "Escritores de historia," etc. En cualquiera de estos hubiera cabido sin embargo, con igual derecho y falta en todos ellos. Poniendo por caso el capítulo de "Los escritores del Centenario", figuran en el libro del señor Contreras, Rubén Darío, por su Canto a la Argentina, Leopoldo Lugones, Manuel Ugarte y don Jorge Hunneus Gana, chileno, autor de un "Cuadro Histórico de la producción intelectual de Chile". El autor chileno, como podrá notarse, en evidente desproporción con los émulos que le otorga su compatriota, ¿A quién sin embargo con más razón que al autor de *Les Democraties latines de l'Amerique* y de la *Creación de un Continente,* obras que ya no es necesario elogiar, porque han sido aplaudidas explotadas e imitadas en todos los países de América, pudiera otorgarse con más justicia el título de escritor del Centenario?

Sucede acaso que el escritor chileno no puede olvidar estas frases recientes de García Calderón, referentes a Chile y que es necesario repetir, para que no se olviden: "Ni Olmedo, ni Silva, ni Lugones, ni Bilac, ni Chocano, nacieron en esta tierra infecunda. Mommsen se llama ahí Barros Arana y Bismark Abraham Konig. No tiene escritores sino compiladores. Podría desaparecer del continente sin que faltaran al acervo intelectual de este una idea, una invención, un ritmo, una imagen." ¿El señor Contreras ha querido pagar la deuda, suprimiendo al autor de las frases? Fíjese que el caso es distinto y que suprimiendo a García Calderón no sólo faltan al acervo de América un encumbrado idealismo y una palabra armoniosa, sino que se prescinde de la más esclarecida figura de su presente literario.

R. P. B.

LA FORMACION DE SI MISMO, por Gabriel Alomar.—

Poeta y pensador, Gabriel Alomar sugiere en su último libro "La formación de sí mismo", la rica síntesis de que está hecha su alma: romántica pasión por las cosas sensibles y bellas y un severo y filosófico culto de las ideas. Fuerte es el perfil del ensayista, uno de los pocos y sólidos conque cuenta España. Tiene de Renán el ligero y acerado pesimismo ,que nunca degenera en dolor ni en renuncia volitiva. Saboreándole, a través de ciertas páginas, aquellas que plantean graves problemas mentales, se percibe la indudable influencia emersoniana. Y así también, leyéndole, en la música a compás del período y en la curva elegante del pensamiento, la imaginación nos lleva a acercarle—diré mejor—, a hermanarle simpáticamente con Rodó: sobre todo, si se advierte que su verbo amplio con sonoridades de hexámetro, expresa el más leve matiz de la belleza objetiva. así como la hondura de los temas abstractos y el eclecticismo de las cuestiones sociales, de historia, crítica ,moral.; revisión de valores en la que Gabriel Alomar ha expuesto una enorme y radical potencia de cultura.

Conocíamos al autor desde la vez que nos fué dado leer "Verba", precioso conjunto de ensayos, por encima de los cuales domina con su desconcertante originalidad exégética el que Alomar dedica al Quijote. En el presente volumen el escritor mallorquin entabla un diálogo entre la Vida y los libros, que tal reza el mismo título de la carátula, y por este diálogo, denso en motivos ideológicos, el lector finamente solicitado puede seguir la compacta línea mental de observación, en todos los puntos de la que Alomar ha puesto inquietud y curiosidad analíticas, quiero decir, algo más que diletantismo: robustez deductiva y lógica bien trabada. sincera plenitud de personalidad y delicadeza sensitiva, frente a tanto complejo problema actual.

En nutrido capítulo enfáticamente declara Alomar que no basta la voluntad de justicia para fundar sobre ella la civilización; el sentido de justicia es mutable, multicolor; "hay un sentido de la especie y un sentido del individuo", y la civilización consiste en armonizarlos. Demócrata fervoroso, ataca el rancio concepto de lo aristocrático, la idea del viejo y truculento honor español; pero se abraza al aristocratismo que significa selección y supervalía, individualismo cerebral conductor y realeza estética, y el que aún en medio del desenfreno revolucionario aparecerá bajo la forma de "ese rasgo esencial y prístino" de la distinción. Y la verdadera distinción aristocrática será siempre fuerza espiritual, *aristarquia* que florece más bien en la convivencia democrática que en el rudo vasallaje monárquico. Es así como Alomar llega a sostener la dictadura de la inteligencia, de eficacia evidente en estos días en que ha peligrado la cultura; y de aquí que la aristarquía devenga con carácter jerárquico, sucediendo al privilegio de las castas religiosas y conquistadoras, y al moderno de las plutocracias esclavistas. Las aristarquías serán, ya que la carne del pueblo, a través de la historia, estuvo "imposibilitada para florecer en espíritu y luz guiadora".

Alomar quiere dar, luego, una pauta al historiador y ataca el "absentismo", o sea, la despersonalización del que narra los hechos; la Historia ha de ser sentimiento, pasión, "una pasión que sube, como un

vaho, de la sangre que bautizó sus páginas", y el historiador ha de estar "escondido con su corazón" bajo las viejas armaduras; además, no hay que excusar las violencias del pasado por la rudeza de la época: seguramente, en cada época hubo un hombre que desde su rincón juzgó a l amultitud; y, por último, la historia de todo pueblo es susceptible de una revisión sentimental, y la Historia puede ser apreciada según dos criterios: uno "nacional", el otro, "universal".

A propósito de un libro del señor Sanchez de Toca, Alomar habla de "los ejes de la Historia" y cree que las grandes interpretaciones de escuela, el providencialismo, el idealismo inmanente, el determinismo positivista, la acción de los grandes hombres, el materialismo histórico y el sicologismo, pueden reducirse a una acción y reacción de los genios y conductores sobre la muchedumbre y de ésta sobre aquellos. Páginas adelante, Alomar remonta la historia española y se detiene en Covadenga, "el ovulo nacional", el principio de la Reconquista, "nombre sonoro y sacro, algo así como el naciente murmullo del gran río paternal". Alomar revisará, en seguida, la adusta figura del cardenal Cisneros y exaltará la gloria de Galdós, a quien llama "un épico de raza".

Pero lo que mueve a grata admiración es el hallar en este libro un breve ensayo sobre Bolívar, breve, pero tan ponderado y certero como los mejores juicios escritos en sendos volúmenes. Bolívar es algo más que un romántico, que un hombre de acción, que un libertador militar; Bolívar es la "propia multiforme América, hija de tres razas y tres mundos adversos, que luchaban en su vientre de matriarca". Bolívar está situado "entre la utopía vidente de Rousseau y el profético atisbo de Saint Simón o de los Falansterianos", y en él luchan "los instintos heredados del Antiguo Régimen con los ensueños puros de libertad". Alomar encuentra en la obra de Bolívar un triple influjo: la leyenda clásica, el ejemplo de las libertades británicas y el fermento revolucionario francés. Bolívar, fundador de pueblos, fué un temperamento clásico, forzado a una aventura romántica: la independencia de América.

¿Para qué seguir en esta forma que nos obliga a desbordar el estrecho límite de una nota? Sepa el lector que los treinta capítulos que contiene el libro que comentamos, son treinta estudios llenos de originalidad en el pensamiento y belleza en el estilo, dignos de ser conocidos de los amantes de la buena lectura.

M. G. A.

REVISTA DEL ARCHIVO NACIONAL DEL PERU.—Mayo-agosto de 1920.—Entrega II del tomo I.

Ha salido a luz la segunda entrega de esta interesantísima revista. El material que trae es el siguiente:

"Informaciones sobre encomenderos y encomiendas.—Visita del Repartimiento de Indios encomendado en Gómez Arias Dávila, vecino d eHuánuco, hecha por Iñigo Ortiz de Zúñiga 1562 (continuación).—Diario de la segunda visita pastoral del Arzobispo de los Reyes don

Toribio Alfonso de Mogrovejo.—Libro de Visitas 1593. (Continuación).—Fundación y población de la Villa de Zaña; por el Padre Domingo Angulo.—Fundación de la Villa de Santiago de Miraflores, hecha por el Capitán Baltasar Rodríguez, vecino de la ciudad de Trujillo. 1563.—Litigio entre el Cabildo de Lima y los vecinos de la Plaza Mayor, sobre la explotación de los portales, por Horacio H. Urteaga.—Antes que signe el Cabildo de esta ciudad de los Reyes sobre el suelo de los portales de la plaza y sitio de ellas.—Documentos sobre los antiguos colegios de Caciques, por el P. Domingo Angulo.—Fundaciones, Provisiones, Constituciones, etc.

Aparecen en el anterior sumario dos documentos que rectifican sendos errores en que incurriera el General don Manuel de Mendiburu.

Uno de esos documentos reivindica para el Capitán don Baltasar Rodríguez, vecino de la ciudad de Trujillo, la fundación de la villa de Zaña o Santiago de Miraflores; fundación que el autor del "Diccionario Histórico Biográfico del Perú" atribuye al Licenciado Diego Pineda (t. V, pág. 76).

El otro documento recupera para el Virrey don Francisco de Toledo el título de erector de los portales de la plaza de armas de Lima, cuya elevación se concedía al Conde de Nieva. (Mendiburu, t. V, pág. 81).

El Padre Domingo Angulo ha escrito como introducción al primero de los documentos citados, una sabrosa y muy bien trazada reseña sobre la histórica Zaña, la digna precursora de la opulenta Lambayeque.

J. G. L.

FLORILEGIO.—EL CONVIVIO.—SAN JOSE.—1920.—

Hemos recibido el tomo que la biblioteca *El Convivio*, dirigida en Costa Rica por el ilustre literato Don J. García Monge, dedica a los versos de Alberto Ureta. El *Florilegio* es una inteligente selección de los poemas de *Rumor de Almas* y *El Dolor Pensativo*, hecha por el erudito biblógrafo Don R. Brenes Mesén.

La labor de García Monge, director de esta biblioteca es ya bastante conocida en el continente. Además de los importantes libros con que ha enriquecido la literatura de su patria, ha fundado varias publicaciones literarias, que circulan profusamente en América, y que están destinadas a estrechar los vínculos intelectuales que unen a los países hispano-americanos. Entre estas, las más importantes son la biblioteca *El Convivio*, las *Ediciones Sarmiento*, las *Ediciones de Autores costarricenses* y *El repertorio Americano*.

La biblioteca *El Convivio* ha publicado ya 32 volúmenes, entre los cuales se encuentran los dedicados a Pedro Henríquez Ureña, Julio Herrera Reissig, Leopoldo Lugones, Federico de Onis, Eugenio D'Ors, Alejandro Reyes, José Enrique Rodó, Enrique José Varona, José Vasconcellos y Carlos Vaz Ferreira.

De las *Ediciones Sarmiento*, dedicadas a autores célebres de todos los países, han visto la luz catorce tomos, entre los cuales los más im-

portantes son los dedicados a Juan Maragall, Clarín, Ernesto Renán, Jacinto Benavente, Andrés Gide, Rubén Darío y Almafuerte.

Las *Ediciones de Autores Costarricenses* tienen en circulación seis tomitos: J. García Monge, R. Tovar, Octavio Jiménez, Carmen Lira y Fernandez Guardia.

La obra que está llevando a cabo García Monge con tanto entusiasmo y perseverancia, es, pues, digna del mayor elogio, no sólo porque significa un valiente y abnegado esfuerzo en pró de nuestra cultura, sino también porque propende al conocimiento de la vida intelectual americana, hoy tan rica y original.

N. R.

HONORIO F. DELGADO: "Necesidad de introducir la psicología en la instrucción médica".—Tirada aparte de "El Siglo Médico".—Madrid, 1920.

Un nuevo excelente fruto debido a la empeñosa actividad del Dr. Delgado, que acrece su copiosa producción de propaganda científica y reforma educativa. Si la sicología antes sólo era accesible a ciertos temperamentos, por las imprecisas vías de la asimilación de la obra educadora del arte o la filosofía, y de la inspiración personal, al constituirse al presente en ciencia, con la sólida arquitectura de verdades, logradas mediante el genio de Freud y sus discípulos, por no citar sino la falange más notable entre los actuales psicólogos, háse hecho como tal, abordable a la inmensa mayoría. Es fácil considerar que si su interés y utilidad son de carácter universal, su necesidad, como afirma justamente, el Dr. Delgado, es imperiosa para el desempeño de ciertas profesiones, la médica en primer término; el profesional que tiene como tarea el luchar contra las enfermedades, que siempre despiertan e incitan padecimientos morales, los cuales a su vez retornan influenciándolas perjudicialmente, debe conocer todas las nociones que le brinda la sicología científica, que le permitan el dominio y fructuoso manejo de los resortes espirituales del enfermo. El Dr. H. F. Delgado desarrolla, este tema apoyándole con razones expuestas con su acostumbrada maestría y asociando a su opinión otras autorizadas, que pródigas afluyen del caudal de su rica y renovada cultura.

C. A.

✝ Dr. D. Luis Felipe Villarán

† Dr. Dn. Luis Felipe Villarán

El fallecimiento del Dr. Dn. Luis Felipe Villarán ha producido en el espíritu público una de esas consternaciones que por lo sinceras y unánimes, transfiguran el dolor convirtiéndole en homenaje y dotándole de una alta fecundidad espiritual.

Es que cuando una de esas existencias generosas parece extinguirse para siempre, en realidad persiste transfundida en la pura idealidad de su labor y de su esfuerzo, eternizándose como un perenne estímulo, como una inagotable lección de ciencia y de vida. Y el alma va hacia ella para buscar en los resortes de su actividad y en el secreto de su fe, la sugestión alentadora y el modelo eficaz.

La obra y la vida del Dr. Villarán suscitan la admiración fervorosa de todos, por su austeridad venerable, por su fructífera eficacia, por su elevada serenidad, adonde no llegaron nunca ni las inquietudes de los pequeños intereses, ni los incontenibles arrebatos de la pasión. Dentro de normas armoniosas y justas pasó este hombre sabio y bueno, enseñando siempre con la elocuencia de su noble entusiasmo y la honda resonancia moral de su ejemplo.

Muy joven fué catedrático en las facultades de Jurisprudencia y Ciencias Políticas de nuestra Universidad Mayor. Enseñó en la primera el curso de Filosofía del Derecho y en la segunda el de Derecho Constitucional. Desde su iniciación reveló su enseñanza al hombre de talento disciplinado y claro y, lo que es mejor, una absoluta probidad mental y una sincera devoción científica.

En el curso del Derecho Constitucional—donde el maestro puso su más cariñosa dedicación—profesaba que la felicidad de las naciones sólo se conquista por la concertada colaboración de todos, por el profundo amor a las instituciones, por el respeto y la abnegada sumisión a la ley. "La constitucionalidad, escribía, es la base de todo progreso". Y alentaba la patriótica

esperanza de que, aleccionados por el recuerdo de nuestros grandes infortunios, buscáramos en la consolidación institucional el camino de la regeneración.

Su actividad universitaria no se limitó a la cátedra. Como rector, impulsó de modo notable el desarrollo material y moral de la Universidad, mantuvo siempre muy alto el prestigio de la autoridad universitaria y, en todo momento, supo atraer hacia ella, no sólo el respeto, sino el afecto y la devoción estudiantiles.

Y como toda verdadera actividad universitaria tiene que trascender necesariamente a la vida nacional, la que al Dr. Villarán le cupo desenvolver, tuvo una repercusión tan intensa como benéfica en nuestra vida jurídica y en la orientación de nuestra ideología política.

El sabio maestro fué también un ciudadano ilustre y un intachable magistrado. En suma, fué un hombre ejemplar, en cuyo espíritu se adunaron las más altas aptitudes de la inteligencia con las más nobles cualidades del corazón.

"Mercurio Peruano" tributa a la memoria del Dr. Villarán su más fervoroso homenaje. Sus páginas que anhelan la exaltación de nuestras mejores energías, y la consagración de nuestros más puros valores, recogen con honda emoción, el dolor de esta desaparición irreparable. Pero quieren recoger también la admiración y el entusiasmo por la obra y por el hombre.

La mejor forma de tributar culto a los que fueron es trasportarlos del pasado al presente como un estímulo y al porvenir como un ideal. La vida y la obra no son sino una misma cosa; porque la obra es la verdadera vida. Hagamos, pues, que el Dr. Villarán siga viviendo entre nosotros, por la continua eficacia de su labor espiritual.

LA REDACCION

Noviembre de 1920.

Crónicas de Norteamérica

LA VERDAD SOBRE EL BOLSHEVIQUISMO

Tres años de gobierno, desde la caída de Kerensky y recientes éxitos militares sobre Kolchack, Denikine y Yudenitch y, por encima de todo esto, la formidable invasión de Polonia, nos presentaban al Bolsheviquismo no simplemente como un sueño de fanáticos, sino como una realidad llena de vida y consagrada por el triunfo. Y así no sólo los proletarios en todos los países del mundo simpatizaban con el nuevo régimen en Rusia: los intelectuales snobs dieron muestras de inclinarse a él y hasta hombres prudentes y algo escépticos creían juicioso suspender su juicio sobre esta vasta experiencia de democracia comunista. Los observadores avisados, sin embargo, no podían participar de este estado de espíritu. Por intuición o por mejor conocimiento de la realidad sociológica, aun sin tener datos y detalles completos, esta pequeña minoría intelectual consideraba al bolsheviquismo nó como un ensayo de democracia comunista, sino como un régimen dirigido por una minoría inteligente y audaz y sostenido por la fuerza material; régimen posible sólo en Rusia donde el 85 por ciento de la población está constituída por campesinos ignorantes, acostumbrados a la obediencia y sin otro interés que la posesión de sus tierras.

El juicio anterior acerca del Bolsheviquismo ha recibido una comprobación definitiva con las declaraciones de Bernard Russel, el célebre filósofo inglés que, a fuer de buen comunista, fué a Rusia, lleno de ilusiones, y ha vuelto cargado de desengaños.

En el Perú, tenemos una enfermiza tendencia a las desviaciones intelectuales; y el *snobismo sociológico y literario* es una de nuestras serias enfermedades sociales. Conviene, por lo mismo, que nuestro público conozca la realidad del régimen

bolshevista a través de los que lo han estudiado, sin prejuicios y sí con simpatía.

El alma del bolsheviquismo está constituída por una fe *oriental* en el advenimiento de la era comunista y en la eficacia absoluta de la supresión de la propiedad individual. No se trata, pues, de un verdadero *idealismo;* sino de un fanatismo.

Algunos lectores encontrarán sutil esta diferencia entre idealismo y fanatismo y argüirán, como Benavente, que sólo el idealismo fanático es eficaz en la vida y ha sido fecundo en la historia. Y sin embargo la diferencia no es sutil. En el idealismo hay una feliz y armoniosa convergencia de la razón, del sentimiento y de la voluntad. En el fanatismo se presenta un desequilibrio, ya en beneficio del sentimiento, ya en beneficio de la voluntad, que se convierte en *deseo de poder o instinto de dominación.* Para el idealista el ideal es siempre un fin; y para el fanático llega a ser un medio; en los fanáticos superiores, un medio de afirmación de la personalidad; en los fanáticos inferiores un medio para satisfacer los instintos incoercibles del odio o del apetito.

Podría decirse que el idealismo es occidental y el fanatismo oriental. El bolsheviquismo es un producto oriental; es una enfermedad oriental. Las teorías seudocientíficas de Marx se han convertido en verdadera religión. Lo que más se parece al bolsheviquismo es el islamismo. No hay alianza más natural que la del Soviet con el Sultán.

Todo gran idealismo es posibilista y tolerante; todo fanatismo es intransigente y radical; y se explica: el amor sincero al ideal elimina en el idealista la exaltación del yo; en tanto que en el fanático el instinto o la voluntad sobreexcitados, buscan el ideal o el credo como pedestal sobre el cual erguirse. Por eso el idealismo es constructivo y el fanatismo destructivo.

Es hacerles mucho favor a los bolsheviquis suponerlos idealistas sinceros. Con diferencias de matices, Lenine y Trotzky tienen la mismo psicología. En Lenine la voluntad de poder se colora con cierta fe sincera en las ideas marxistas. En Trotzky, la ideología es pegadiza: es sólo un dominador; una naturaleza hecha para la dictadura y nó una dictadura a lo Dantón; sino a lo Robespierre. Y es que Dantón fué un idealista y Robespierre un fanático. Es el ejemplo más ilustrativo que nos presenta la historia, de la diferencia que indico.

Bertrand Russel ha tratado a Lenine y a Trotzky. Para él, Lenine es simplemente un aristócrata intelectual que desprecia

Situación militar de Rusia: las zonas sombreadas indican los territorios invadidos por los Bolsheviques en 1920.

a mucha gente; un ortodoxo *estrecho y terco;* su fuerza consiste en su *fe religiosa* en el evangelio marxista.

Trotzky es tal vez más inteligente. Su vanidad es cien veces más grande que su amor al poder, en opinión de Russel. Este sería un punto de contacto con Robespierre.

El idealismo es paciente; confía en el esfuerzo lento y en la colaboración del tiempo; sin la voluptuosidad del resultado inmediato, muchas veces se contenta con sembrar para que otros recojan. Planta el árbol que dará sombra a otras generaciones. El fanatismo es violento y escoge los medios expeditos e inmediatos. Su arma definitiva tiene que ser la dictadura. El bolsheviquismo es por eso la dictadura del proletariado. Pero hay que ver qué entienden por proletariado los Rojos. Bertrand Russel nos lo va a decir. Es para ellos "la parte consciente del proletariado; esto es, el partido comunista; él incluye gente que sin ser proletaria tiene opiniones verdaderas y excluye a los asalariados que no participan de esas opiniones, a los que clasifican como lacayos de los burgueses".

El partido comunista no pasa de 600,000 personas y gobiernan 120,000.000 de hombres. Es él, pues, el gobierno de una minoría. "Toda oposición es aplastada sin misericordia, por los mismos medios empleados por la policía del Zar".

Naturalmente, si existe dictadura, la llamada constitución del Soviet es un mito.

Russel nos dice la decepción que sufrió al ver que no podía hacer estudios comparativos entre la democracia parlamentaria y la democracia del Soviet, porque ésta no existe.

El "Presidium" compuesto de 9 personas está a la cabeza del régimen; es el que tiene ocultamente el poder; el soviet de Moscow es en el nombre soberano, pero prácticamente es sólo un cuerpo electoral. Tola la máquina electoral está en manos del gobierno: sólo los gobiernistas pueden hacer uso de la prensa; sólo ellos tienen local para los meetings; sólo ellos pueden conseguir pasajes de ferrocarril. Así las elecciones en los diversos grados aseguran una inmensa mayoría al gobierno.

La opinión sincera del país no puede manifestarse de ningún modo.

Por último, la "Comisión Extraordinaria", con más eficacia que el Comité de Salud Pública, se encarga de eliminar a todos los enemigos del gobierno o conspiradores. Este es un cuerpo independiente del gobierno "que posee sus propios regimientos,

mejor alimentados que el ejército Rojo. Ejecuta sin juicio y tiene espías por dondequiera".

En estas frases condensa Russel su juicio sobre el bolsheviquismo: "Es en *lo interno aristocrático* y en lo externo militante".

El bolsheviquismo supone siempre la guerra social: la esencia del sistema consiste en desarmar a los burgueses y armar a esa otra minoría de los llamados proletarios. Es la guerra social. "Los males de ella son ciertos y grandes; y las ganancias problemáticas. "En el curso de esta lucha desesperada la herencia de la civilización se perderá, mientras que el odio, la sospecha y la crueldad llegarán a ser normales en las relaciones humanas". Con el objeto de triunfar en esta guerra social *"una concentración* del poder es necesaria; y de esta concentración del poder brotaron los mismos males que de la concentración *capitalista de la riqueza"*.

"Yo fuí a Rusia creyéndome un comunista; pero el contacto con lo que no tiene dudas ha intensificado cien veces mis dudas propias no sólo sobre el comunismo, sino sobre todo credo, tan firmemente mantenido, que por él los hombres quieran infligir la miseria por doquier".

Una bancarrota semejante o igual es descrita por la comisión suiza y aparece en las páginas de antiguos comunistas como Spargo o Snowden.

Los bolsheviques han realizado sólo su programa destructivo; porque la parte positiva de su obra es la negación de su credo. En efecto: este sistema que predica la democracia y la igualdad sociales, ha creado una casta privilegiada, la del ejército, que está aún en un pie más favorecido que en la época de los zares; este sistema que sostiene la abolición de la propiedad individual, ha respetado esa propiedad por parte de los campesinos (esta es quizá la única parte buena de su obra); este sistema que supone la igualdad ante el trabajo ha creado una especie de burocracia industrial con jerarquías para que sea eficaz y por último, el sistema que niega el sentido de patria y se basa en el concepto de humanidad, ha revivido la tendencia imperialista de la Rusia de los Romanoff, pretendiendo extenderse por toda el Asia y atentando contra la nacionalidad de Polonia.

Así, el bolsheviquismo se compagina con el militarismo, la propiedad individual, la jerarquía industrial y el imperialismo. Ha utilizado todos los medios materiales y morales del antiguo régimen que ha pretendido destruír; la supresión de la libertad individual y de toda clase de garantías, la delación y el temor, los halagos burocráticos y, por último, las tendencias imperialistas.

Su moral internacional es peor que la de Treitschke. Todo tratado es una tregua o un paliativo, destinado a servir para una situación provisional. Llenado su objeto, se le puede violar sin el menor escrúpulo. Al mismo tiempo que desean entrar en relaciones con los gobiernos capitalistas para suspender el bloqueo, se preparan a seguir su propaganda contra esos mismos gobiernos. Sus diplomáticos tienen en una mano las instrucciones para la paz, y en otra, panfletos revolucionarios.

La condición de Rusia explica la subsistencia de la tiranía bolshevique; ella ha tenido dos bases: la ignorancia de los campesinos a quienes se ha concedido la propiedad de la tierra, pero quedándoles los productos por los cuales reciben rublos que nada valen; y el hambre y el terror en las ciudades.

Hoy los campesinos reclaman, en retorno de los frutos, artículos manufacturados. De aquí el deseo de los bolsheviques de entrar en relaciones comerciales con Inglaterra y de atender a la industrialización de Rusia. Mas, si no llenan esta necesidad, el bolsheviquismo tendría en contra a los campesinos. En las ciudades el hambre puede producir casos agudos y serios disturbios; si no hay un ejército poderoso las multitudes derrocarán al régimen. Hoy la mayor parte del ejército bolshevique ha encontrado su trampa en Polonia.

El último y desesperado recurso que le queda al régimen es apelar al sentimiento nacionalista. Con no atacarlos en su territorio, ese sentimiento no se avivará. Presenciamos, pues, los momentos críticos de la llamada Dictadura del Proletariado.

VICTOR ANDRES BELAUNDE

Versos de Fernando Maristany

Fernando Maristany, el gran lírico español del que me ocupé en un breve ensayo en "Mercurio", me acaba de remitir unos lindos versos inéditos, llenos de sencillez y de profundidad, como todos los suyos. Ultimamente el gran Teixeira de Pascoaes ha publicado en "La Vanguardia" de Barcelona un artículo interesantísimo sobre la personalidad de este poeta catalán que escribe en castellano, haciendo muy hondas observaciones sobre la poesía lírica y su estado actual en el mundo. Maristany va colocándose como poeta subjetivo, íntimo, a veces abstracto y hasta metafísico de puro misticismo, entre los grandes poetas ibéricos de más hondo lirismo. Los versos que publico a continuación revelan esta obsesionante tendencia interiorizadora de Maristany, este dejar muchas veces la forma por el valor sustancial del contenido, contrastando su actitud literaria con la que caracteriza casi todo el movimiento catalán hacia la perfección y el dominio de la técnica, explicable en el momento actual de depuración y de *re-creación* en que están empeñados los literatos, y poetas y sabios de Cataluña.

J. G.

EN LA CIUDAD

La tarde muere. Laso de fatiga
y aun más de prosa, ansioso de encontrarme
con mi alma un rato a solas, salgo al amplio
balcón, donde me siento. Medio absorto
tiendo la vista....
Un necio arco-voltaico
suspendido en el centro de la calle,
parpadea, sonríese, bosteza,
se enfosca y queda riendo a carcajadas....
Enfrente, detrás de él y chorreando
claridad, un colmado ostenta, altivo,
sus entrañas en orden.... Cruzan masas
ruidosas de luz cruda, que se alejan
chispeando.... Dragones de pupilas
enormes, pasan raudos, dondo voces
estentóreas..... Discurren seriamente
hombres, niños, mujeres.....,

Miro al cielo:
nada vislumbro. ¿Acaso las estrellas
no han surgido? ¿No estaba azul la tarde?.....
Del lado del oeste se diría
que titila una estrella vagamente....
Mas ¿no es Venus?.... ¡Oh Venus, cara amiga
de mis suaves crepúsculos campestres,
desde qué absurdo cuadro te contemplo!

¡Cuán plácidos, cuán dulces, cuán divinos
deben estar los campos a esta hora!
Siento en mi corazón una tiernísima
diástole ideal sólo al recuerdo
de la Naturaleza.... ¡Madre! ¡Madre!.....
... ...
¡Oh, ese ruido, alma, ese ruído!
¡Y esa luz estridente! ¡Y esa turba!

Dejo el balcón y en la pared frontera
de la sala percibo una gran sombra,
que, más que cual mi sombra, me aparece
cual mi *yo* verdadero.... Triste, apoyo
mi *ausencia* en el umbral.....
Alegres, tibias
llegan a mí unas voces infantiles,
que hacen vibrar mi alma con inmensa
gratitud... Y, al lanzarme hacia esas voces
mi sombra disminuye, disminuye.....
luego se borra....
Y doy con *mi presencia.*

Fernando MARISTANY

Barcelona, 1920.

La Universidad de Yale

LOS METODOS DE ENSEÑANZA Y LA VIDA DEL ESTUDIANTE EN UNA GRAN UNIVERSIDAD NORTEAMERICANA

Al iniciar mi corta experiencia de la vida universitaria norteamericana, creía estar bien informado por mis lecturas acerca de las universidades de este país; pero pronto comprendí cuán imperfecta es la idea que se forma de ellas un espíritu educado en la rutina simple y puramente académica de nuestras universidades latinas. Esta observación me ha sugerido la idea de transmitir a los lectores de "Mercurio Peruano" algunas impresiones y datos que me ha sido dable recoger durante mi residencia en la Universidad de Yale.

Entre los centenares de universidades que poseen los Estados Unidos, se destacan por la importancia de sus elementos intelectuales y económicos las de Harvard, Yale, Princeton, Cornell, Columbia, Pensilvania, Chicago, Wisconsin y algunas otras del Oeste. La preeminencia en este grupo selecto corresponde, sin disputa, a Harvard, Yale y Princeton, tanto por su antigüedad como por su actual prestigio. Harvard y Yale, principalmente, representan lo que Oxford y Cambridge en Inglaterra, que fueron sus predecesoras y modelos en los lejanos días de la época colonial. Es preciso aclarar, sin embargo, que este prestigio no significa superioridad absoluta sobre las otras. Hay tántos criterios de preferencia y tan variado es el campo actual de la enseñanza que necesariamente cada universidad tiene puntos sobresalientes, y atractivos especiales para cada clase de estudiante.

ALGUNOS DATOS SOBRE LA ORGANIZACION DE YALE.

El núcleo originario de la Universidad de Yale, fué *Yale College,* fundado por un filántropo de ese nombre en Killingworth, Connecticut, el año 1701, trasladado después a Saybruck y, finalmente, en 1717, a New Haven. Desde entonces, su desenvolvimiento ha sido rápido, merced a generosas donaciones que cada año aumentaban sus recursos y el radio de su enseñanza. Actualmente, la universidad comprende los siguientes departamentos: *Yale College,* en el que se concentran principalmente los cursos de literatura y de ciencias sociales que conducen a los grados de "Bachelor of Arts" y "Bachelor of Philosophy"; *Sheffiel Scientific School,* en la cual se llevan principalmente cursos de ciencias matemáticas, físicas y naturales que conducen a los títulos de ingeniería y al grado de "Bachelor of Sciencies"; *Graduate School,* en la cual se dictan cursos avanzados en todos los ramos de los demás departamentos para recibir los grados de "Master of Arts", "Master of Science", "Doctor of Philosophy", etc., y por último, escuelas especiales de derecho, medicina, religión, bellas artes, música y selvicultura.

El cuerpo docente de la universidad está dividido en cinco grupos: profesores, oficiales con rango de profesores, sub-profesores, instructores e instructores auxiliares. Su número el año pasado era en total 532. El número de estudiantes fué en ese mismo año de 3320, de los cuales más de las dos terceras partes pertenecían al *College* y a la *"Sheffiel Scientific School"*. La comparación entre el número de profesores e instructores de todos los rangos con el de alumnos, da el elevado promedio de un miembro del personal docente por cada siete alumnos.

Para apreciar la enormidad de los recursos económicos de las grandes universidades de este país y la generosidad con que contribuyen a enriquecerlas sus protectores, es interesante tomar nota de algunos datos publicados en la última memoria del tesorero de Yale. Allí se ve que el total de los fondos de la Universidad el 30 de junio de 1919 ascendía a $ 25.230,656, sin incluír un cuantioso legado de más de ocho millones de dólares que ha recibido recientemente de uno de sus antiguos graduados, John W. Sterling, legado que por disposición del testador ha de ser administrado por una junta independiente de la universidad. La cuenta de entradas y gastos durante el año escolar de 1918-1919 dió un total de $ 1,982,864-87. Sin tomar en

cuenta el legado Sterling, las donaciones que recibió la universidad durante ese mismo año llegaron a un total de $ 2,758,438-92, colectado en gran parte merced a los esfuerzos de la "Yale Alumni Association". Esta cifra excede el promedio de las de años anteriores, pero no es excepcional, siendo menor que la del año precedente en que la suma recibida fué $ 2,862,061-43. La comparación del presupuesto anual de la Universidad con el número de alumnos revela un costo bastante elevado de la enseñanza: más o menos $ 500 anuales por cada alumno, sin tomar en consideración el valor de los espléndidos edificios, laboratorios, bibliotecas, etc.

No tiene gran interés el análisis de la organización administrativa, que es bastante complicada en sus detalles. A la cabeza de ella está la "Yale Corporation", que representa en cierto modo el poder legislativo. Las facultades ejecutivas están concentradas en el Presidente y el Secretario de la Universidad, en los "Deans" de los diversos departamentos y en algunos otros oficiales. Importantes atribuciones están confiadas al "Alumni Advisory Board" que representa todas las asociaciones de antiguos graduados de Yale, debidamente organizadas con 100 o más miembros. Y, por último, algunas atribuciones, particularmente de orden disciplinario, se ejercen por el "University Council" del cual además de los "deans" y demás oficiales ejecutivos, forman parte dos delegados de cada una de las divisiones de estudios de la universidad.

LOS CURSOS Y LOS METODOS DE ENSEÑANZA

La variedad de cursos que se dictan en los diversos departamentos de Yale es suficiente para satisfacer las vocaciones y las preferencias más desemejantes, pro no es tan grande como en las universidades de Columbia y Chicago, por ejemplo, que necesitan atender la abigarrada clientela de las grandes poblaciones.

Los cursos están divididos en tres series, A, B y C, en orden de su complejidad. Por regla general, el alumno no puede tomar un curso de una serie superior sin haber pasado previamente algún otro de la serie precedente. Esto permite combinar las ventajas del sistema colectivo con las de un plan metódico de enseñanza. Además, el estudiante tiene que someter su plan individual de estudios a la aprobación del departamento respectivo. Una reforma muy interesante que se ha de implantar este

año en Yale consiste en un plan de estudios más o menos uniforme para todos los alumnos del primer año, o sea el "common freshman year". Este grupo mixto de ciencias y letras constituirá, por decirlo así, un vestíbulo de todos los departamentos de estudio, dando un carácter más amplio a la enseñanza y estrechando la vinculación entre los estudiantes de toda la Universidad.

El carácter distintivo de los métodos de enseñanza es la atención constante al trabajo del alumno. Sea en un curso de literatura o de ciencias sociales, o en un curso de química o de matemáticas, el propósito fundamental del profesor es inculcar su enseñanza. De modo que no da un paso adelante hasta no convencerse de que los estudiantes han asimilado la materia, cuando menos en sus puntos esenciales. El primer día de clase, el profesor distribuye un memorandum en el cual se especifican los libros de texto, las lecciones señaladas de antemano para cada clase y las advertencias generales sobre el trabajo de los estudiantes y sobre los exámenes. Las lecciones son relativamente extensas: abarcan generalmente de 20 a 80 páginas. Antes de la explicación, se consagra 10 minutos al "daily paper", o sea respuestas concretas y breves por escrito a una o más preguntas sobre la lección señalada. Las explicaciones del profesor, salvo en algunos cursos elementales, no versan precisamente sobre los puntos tratados en los libros del texto, sino sobre materias complementarias. En muchos casos, el profesor se ocupa de asuntos de actualidad, relacionados con su curso. Por ejemplo, en el departamento de ciencias económicas, de una ley bancaria nueva, de una huelga en desarrollo, de algún proyecto de legislación etc. En los cursos llamados de seminario, el profesor, en vez de explicar, conversa con sus alumnos, contestando o sugiriendo preguntas y problemas. En todos los cursos se hace uso frecuente de las ilustraciones en la pizarra o en cuadros murales. Y es costumbre, consagrada por la necesidad, la de que todos los alumnos tomen notas de la explicación, porque al fin de cada mes hay un examen escrito para el cual la única fuente de estudio, por lo general, son esos apuntes de clase. En muchos cursos sub-graduados y en todos los cursos post-graduados, se exige de lo alumnos algún trabajo de investigación y la lectura de ciertas revistas o periódicos relacionados con el curso. Por ejemplo, los alumnos del curso sobre los Problemas del Trabajo presentaron este año monografías sobre la organización, historia y carácter de determinadas uniones obreras y sobre la organiza-

ción del trabajo en ciertas empresas industriales; y en el curso sobre Bancos, era obligatorio estar al corriente de un semanario de finanzas del boletín del Sistema de Reserva Federal.

Este sistema de trabajo diario de los alumnos está basado en una reglamentación severa de la asistencia escolar, de los calificativos y de los exámenes. Cada alumno no puede tener sino un número limitado de faltas y debe dar al fin de cada mes las lecciones o examen que por cualquier motivo no hubiera dado en su debida oportunidad. Naturalmente, los cursos post-graduados están excluídos de esta reglamentación porque en ellos se da mayor importancia a los trabajos de investigación y a los exámenes finales que a la asistencia diaria.

El trabajo escolar está dividido en dos términos: el primero de fines de setiembre a fines de enero y el segundo de principios de febrero a mediados de junio. Al fin de cada uno de ellos hay un examen general en cada curso, que consiste en una prueba escrita de dos horas sobre 8 o 10 cuestiones concretas, seleccionadas por el profesor de la materia total del curso. El trabajo escolar de un término es equivalente, si no mayor, al de todo el año escolar en nuestras universidades, de modo que sin exageración se puede calcular que la labor anual del estudiante en este país es doble de la de los estudiantes de nuestro país.

La labor de los profesores depende naturalmente de la peculiaridad del material de estudio de cada ciencia, así como de las ideas y de la personalidad de aquéllos. Por eso, para evitar generalizaciones inexactas, y aunque mis impresiones reflejen un campo reducido de observación, quiero referirme de un modo concreto a algunos profesores cuyas enseñanzas pude apreciar personalmente.

En el departamento de ciencias económicas del *College*, cuenta Yale con un profesor de renombre universal, Irving Fisher, y con un grupo de profesores jóvenes, cuyas enseñanzas son de lo más sugestivas. El profesor Westerfield, en sus interesantes cursos sobre la organización industrial y bancaria de país, da el ejemplo de una laboriosidad insuperable. La hora de clase le resulta siempre estrecha para desarrollar los puntos de su lección. Su cartera está siempre repleta de recortes de periódicos, estadísticas y copias de variado origen para ilustrar sus explicaciones, en las cuales es difícil descubrir la menor superfluidad o la más ligera desviación del punto central. Un método diferente es el del profesor Hayes en sus cursos sobre

el problema del trabajo. Emplea una buena parte del tiempo en conversaciones con los alumnos, no siempre directamente relacionadas con la lección, pero el ambiente de interés y de simpatía que crea con su jovialidad, aumentará el efecto de sus explicaciones claras y precisas. En el seminario de Economía Política, conducido por los profesores Fairchild y Day, las discusiones nunca toman un sesgo vago y estéril porque el profesor las encauza metódicamente, descubriendo con gran perspicacia los puntos débiles de los alumnos y dando, en un lenguaje ameno, a los principios más abstractos y complicados, un sentido práctico, interesante y fácilmente comprensible.

En el departamento de idiomas y de literatura, me llamó particularmente la atención el seminario de Inglés, en el cual los profesores tratan de enseñar, no sólo a hablar y escribir con corrección, sino también a pensar con originalidad, señalando temas variados para las composiciones de los alumnos y haciendo la crítica de éstas tanto en la forma como en el fondo, ya en conversaciones de clase, ya en conferencias individuales. El curso de español del profesor Luquiens, en la *Sheffiel Scientific School,* es un modelo de lo que debe ser la enseñanza de idiomas. Un resumen claro y completo de los principios fundamentales de la gramática constituye la base del estudio, con la cual los alumnos están obligados a familiarizarse desde el primer momento; pero la labor de la clase no consiste en repetir esos preceptos teóricos, sino en aplicarlos, practicando la conversación y la escritura en la forma más amena posible, procurando al mismo tiempo atraer el interés de los estudiantes hacia los hombres y las instituciones de los países hispanoamericanos.

Ocasionalmente pude apreciar también la elocuencia profundamente sugestiva de los profesores Lyon Phelps y Tinker, del departamento de literatura del *College* los más renombrados por sus dotes oratorias. La impresión que dejan en el auditorio es la de un amigo que está relatando en la intimidad sus experiencias y sus ideas, sin que esta sencillez del ademán atenúe en lo menor el vigor del tono y el colorido del lenguaje. Por lo demás, éste es un rasgo común de todos los oradores norteamericanos, porque la afectación y la solemnidad no se armonizan con la sicología de este pueblo.

Esta observación cabe extenderla a las explicaciones de todos los profesores, que se caracterizan por la sencillez y la amenidad. Para interesar a su auditorio, en vez de buscar frases re-

tumbantes, se valen con buen éxito del humorismo, o alientan las interrupciones de los alumnos. En uno u otro caso, la aridez de la antigua oratoria docente queda eliminada, con gran provecho para la enseñanza.

Aunque este artículo es simplemente descriptivo, no quiero prescindir de una somera alusión a las críticas que los métodos actuales de enseñanza han sugerido a los mismos educadores de este país. Refiriéndose a la reglamentación del trabajo diario de los alumnos, F. S. Jones, *Dean* del *Yale College,* expresó recientemente una opinión radicalmente adversa. "El sistema actual, dijo, está fundado en bases completamente erróneas. Mi idea es que el trabajo diario debe tomarse en cunta por muy poca cosa y que el examen final debe ser el objetivo principal. La reglamentación actual de las faltas, los calificativos y las pruebas diarias suprime toda responsabilidad del alumno y lo hace enteramente dependiente, en vez de darle la oportunidad de decidir por sí mismo si necesita o nó asistir a sus clases. Este país está gradualmente dándose cuenta de un hecho que Inglaterra y Francia hace mucho tiempo lo han reconocido, de que cuando un estudiante entra a la universidad debe dejarse enteramente a él que aprenda o no".

Sin embargo, la opinión del profesor Jones no tiene muchos partidarios ni aún entre los mismos alumnos. Otros profesores eminentes de Yale se han mostrado sostenedores decididos del sistema actual, y recientemente la Universidad de Princeton ha adoptado un sistema indéntico al de Yale, más estricto del que tenía antes. Sus partidarios consideran que no hay motivo para alarmarse de los efectos de la disciplina del trabajo diario. ¿La vida toda entera no nos impone acaso una serie de limitaciones a nuestra libertad? Esa disciplina no es sino un método para garantizar la continuidad y la eficacia del trabajo emprendido voluntariamente por los alumnos y en nada afecta al sentimiento de la responsabilidad y de la autonomía del estudiante universitario. Todo trabajo colectivo, sea intelectual o material, tiene que estar sujeto a un método y a una dirección para producir resultados eficaces.

Otra de las críticas que se hacen en este país a las universidades es su falta de contacto con la realidad. Se dice que los profesores, por razón de su consagración absoluta a la enseñanza, viven en un mundo aparte y sus ideas divergen de las corrientes de la opinión pública del país. Un profesor de Yale me

dijo una vez, hablando de política: si quiere Ud. saber lo *que no piensa* el pueblo americano, le basta saber *lo que piensan* los profesores de la universidad. Francamente, las pocas observaciones que he podido hacer no me bastan para formarme una opinión sobre esta crítica.

LA VIDA DEL ESTUDIANTE

Quien juzgara las universidades de este país solamente bajo el punto de vista de sus cursos de estudio y de sus métodos de enseñanza, se formaría una idea muy incompleta del verdadero carácter de estas instituciones y de la amplitud de su influencia. La manera como está organizada la vida de los estudiantes es un factor que tiene tanta importancia como la enseñanza misma. La universidad considera que su misión es desenvolver bajo una nueva forma la acción educativa integral de la escuela, pero no pretende ejercer una tutela opresora, imponiendo un régimen conventual de vida, sino por el contrario, deja al estudiante toda la libertad posible a fin de que pueda llevar una vida sana y alegre. La acción tutelar de la universidad se limita a crear condiciones favorables para la vida del estudiante, dando carácter obligatorio sólo a algunas de orden esencial. Una de éstas es la residencia en los dormitorios universitarios, que es obligatoria cuando menos durante el primer año para todo estudiante que no vive con su familia. Gran número de estos dormitorios pertenecen o están asignados a las sociedades estudiantiles. Naturalmente, los dormitorios no son internados y la residencia en ellos no afecta absolutamente a la libertad del estudiante, pues su único objeto es asegurar a éste un ambiente higiénico y moral. La universidad influye en la vida privada del estudiante nó por compulsión sino por sugestión: proveyéndole de habitación y comida buenas, a precios más baratos que los ordinarios; ofreciéndole bibliotecas, salas de lecturas, conferencias, conciertos, a las horas en que ha terminado su trabajo diario; dándole campos y gimnasios para la expansión de sus fuerzas físicas; etc.

La vida en común crea, naturalmente, infinidad de lazos y de influencias recíprocas y establece una conexión más íntima entre el estudiante y la universidad en general. La universidad norteamericana no es un centro puramente intelctual: es una unidad social en la cual se crean y fomentan vínculos integrales de

solidaridad. La Universidad de Yale posee este rasgo característico en un grado de excelencia quizás no sobrepasado por ninguna otra. Pocos días de residencia en ella bastan para sentir la influencia de un ambiente peculiar, la presencia de un espíritu colectivo que sutilmente se apodera de cada individuo y lo hace partícipe, en mayor o menor grado, de cierto caudal de tradiciones, sentimientos e ideales comunes. Aun el estudiante extranjero, que por la dificultad del idioma y las diferencias sicológicas de raza es menos sensible a esta influencia, no tarda en darse cuenta de ella.

LAS SOCIEDADES ESTUDIANTILES

El resorte oculto de este espíritu colectivo tan acentuado son las sociedades estudiantiles. Hay un florecimiento asombroso de estas sociedades, desde el grupo reducido formado para un fin eventual hasta la poderosa "Yale Alumni Association" que incluye a casi todos los graduados y tiene ramificaciones en todo el mundo, perpetuando el espíritu solidario de la universidad y llevándolo más allá de los claustros.

Yale, por su espíritu conservador, es la única de las grandes universidades de los Estados Unidos que ha mantenido la clase como línea divisoria de sus diversas agrupaciones. Hay cuatro clases que corresponden a los cuatro años de estudios del *College: freshmen, sophomore, junior y senior.* Antiguamente, las agrupaciones más importantes eran organizaciones generales de clase; pero el número creciente de los estudiantes y la complejidad de los estudios actuales, que mantienen completamente separados a los miembros de la misma clase, han contribuído a la decadencia de esas organizaciones. Sólo subsiste de ellas la institución de secretarios y de comités de clase. En cada departamento de Yale, la clase tiene su secretario y su tesorero y en el *College* tiene además un orador, un poeta, un historiador y varios comités encargados de diversas funciones de carácter social o escolar. Estos títulos se conservan perpetuamente y se conceden a los miembros más distinguidos y populares.

El eje de la actividad estudiantil se ha trasladado a otras sociedades de un círculo más limitado. Entre éstas, ocupan el primer lugar, por su importancia, las fraternidades y los clubs atléticos.

LAS FRATERNIDADES

¿Qué son las fraternidades? Confieso que no he podido formarme una idea muy clara de su estructura interna y de la clase de vínculos que se establecen entre sus miembros. Cierto es que, dado su carácter secreto, para conocerlas a fondo es preciso haber sido iniciado en alguna de ellas. La idea fundamental que las inspira es la de crear un vínculo de solidaridad más o menos estrecho, amplio y duradero entre un grupo de personas que tienen situación social, aspiraciones, y carácter relativamente uniformes. Hay fraternidades puramente locales y estudiantiles, mientras que otras mantienen el vínculo perpetuamente, están conectadas con las fraternidades análogas de otras universidades y tienen clubs en las grandes ciudades de este país.

Las cuatro fraternidades locales más importantes son las *"senior societies":* "Skull and Bones" (cuyo símbolo es un cráneo y dos huesos cruzados), "Wolf's Head" (una cabeza de lobo), "Scroll and Key" (una llave y un rollo de pergamino), y el "Elihu Club". Estas sociedades tienen rasgos característicos únicos: son absolutamente secretas, no entran en competencia con otras sociedades y eligen sólo quince miembros cada año entre los "seniors" que más se hayan distinguido en los estudios, por sus dotes literarias u oratorias, por sus triunfos atléticos, o por sus cualidades de sociabilidad. Una de ellas, creo que la primera, da mayor importancia a la capacidad personal verdadera; las otras parecen inspirarse más en el aspecto social de la personalidad. La elección de los 15 miembros tiene lugar cada año en el "Campus" (el gran patio situado al centro de los edificios universitarios). Los estudiantes elegibles se alínean y el presidente de la junta cesante, como ejecutor del acuerdo secreto de ésta, recorre la fila y da un espaldarazo a los elegidos, en medio de los aplausos y del bullicio de todos. La elección para una de estas sociedades constituye una consagración del prestigio ganado en la universidad. La gran importancia que tienen estas sociedades consiste en el vínculo perpetuo que crean con individuos selectos, lo cual naturalmente es un gran factor en todas las circunstancias de la vida.

Después de las "senior societies", vienen las fraternidades propiamente dichas, o sea, sociedades cuyos nombres son letras del alfabeto griego. Hay varios grupos: en primer lugar, las *"junior fraternities"*, Alpha Delta Phi, Psi Upsilon, Delta Ka-

ppa Epsilon, Zeta Psi y Betta Theta Pi; luego, las "S. S. S. Societies", Theta Xi, Delta Psi, Phi Gamma Delta, Chi Phi, Delta Phi; y por último, las "University societies", las "Medical School Societies" y las "Law School Societies".

Las más importantes de estas sociedades tienen costosos edificios para sus reuniones semanales. La arquitectura de ellos es peculiar: la fachada de estilo griego con una gran puerta de bronce, las rejas que rodean los cuatro costados y la falta de ventanas les dan un aspecto misterioso. Estas mismas fraternidades tienen su local propio para la residencia de los miembros, amplias comodidades para los bailes de gala y otras reuniones sociales, a las cuales invitan a sus amigos y parientes que muchas veces acuden desde lejanos puntos del país. La propiedad de los edificios está a nombre y bajo la supervigilancia de una junta de "alumni" (antiguos alumnos y miembros de la universidad), salvo las de aquellos que pertenecen a la universidad misma. Una de las cosas que las fraternidades mantienen absolutamente en secreto es la cuota de ingreso. En las principales de ellas tiene que ser bastante alta para que les sea posible sufragar los crecidos gastos que tienen en sus fiestas sociales.

La iniciación de los candidatos para el ingreso en las fraternidades es también un procedimiento secreto. El candidato tiene que someterse a una serie de pruebas más o menos estrictas para demostrar sus aptitudes y su espíritu de sociabilidad. Hay fraternidades que exigen pruebas literarias, antecedentes escolares sobresalientes, aptitudes atléticas, etc. Estas pruebas están envueltas en un ceremonial misterioso y en algunos casos son suficientemente vejatorias para poner a prueba el buen humor y la paciencia de los iniciados, consistiendo, por ejemplo, en pellizcos, golpes en la obscuridad, manteos a lo Sancho Panza, carrera de baquetas, etc.

Antiguamente, parece que existía cierto antagonismo entre los estudiantes que no pertenecían a las fraternidades y los que formaban parte de ellas, a causa del orgullo de éstos, que se permitían llamar "bárbaros" a los demás. Pero ese espíritu parece que ha desaparecido o se ha atenuado mucho en Yale. Más del 50 por ciento de los estudiantes pertenece a las fraternidades y se considera generalmente que es ventajoso y deseable pertenecer a ellas; pero sin que ello afecte en lo menor la consideración personal y la amistad entre los que ingresan y los que no ingresan a ellas.

LOS CLUBS ATLETICOS

Los clubs atléticos comparten con las fraternidades el cetro de la vida estudiantil. Para comprender su importancia, es preciso recordar que la afición a los deportes es una cualidad innata en este país, que se cultiva desde la escuela elemental y se conserva hasta la edad madura. La universidad no hace sino desenvolver en un ambiente y en una edad propicios, aptitudes y aficiones ya creadas. El foot-ball, el base-ball, el track (saltos, carreras, etc,) y las regatas, o sea los cuatro sports llamados mayores, son los que despiertan un interés más vivo. Lawn-tennis, basket-ball, lacrosse y otros varios constituyen los sports menores. Las facilidades de comunicación que se disfrutan en este país permiten la realización de campeonatos entre los clubs atléticos de diferentes universidades. Harvard, Yale y Princeton iniciaron hace cerca de 40 años esta costumbre y desde entonces los campeonatos entre éstas y otras universidades atraen un interés sólo comparable al que despiertan en nuestro país las grandes corridas de toros. Miles de espectadores acuden a presenciarlos desde poblaciones relativamente lejanas. Esto ha contribuído a estimular el amor propio y ha desarrollado la organización de los clubs atléticos en un sentido casi profesional, fomentando en un grupo considerable de estudiantes una preocupación por los deportes que llega a extremos que ya se consideran alarmantes porque perturban los estudios. Hace algunas decenas de años, la organización de los clubs atléticos era de una sencillez elemental y los triunfos deportivos dependían de la fuerza bruta más que de ninguna otra cosa. El ardor por el triunfo en los campeonatos ha sugerido reformas que cada año han venido aproximando la semejanza del club atlético a una empresa científicamente organizada, en la cual los más mínimos detlles de preparación física, de distribución del trabajo, de ahorro de la energía, de disciplina, etc., están admirablemente previstos y reglamentados. Esta organización científica ha introducido en los sports mayores el "coach", o sea el adiestrador, que es ahora un profesional que gana un gran sueldo. "Su misión, dice un deportista de Yale, es determinar el plan ofensivo y defensivo, llamar la atención del capitán del "team" sobre los méritos relativos de cada jugador y sugerir la dirección general del juego". Yale fué la primera universidad que introdujo

este sistema y gracias a él sus clubs pronto conquistaron el primer puesto en los principales campeonatos atléticos. Los clubs están organizados por clases. Cada estudiante se inscribe en el club de la clase a que pertenece dedicado a su sport preferido, y dentro de cada club se organizan uno o más "teams" por un proceso de estricta selección. Para los campeonatos inter-universitarios que tienen lugar dos y hasta tres veces por semana, los "teams" se forman, naturalmente, por selección entre todos los clubs de la universidad.

El órgano directivo de todas las actividades atléticas es la "Yale University Athletic Association" (Y. U. A. A.), o sea la federación de los diversos clubs. Para darse cuenta de la importancia de esta asociación, basta saber que su presupuesto de entradas y gastos para el año último fué de medio millón de dólares.

Como órgano de supervigilancia y como autoridad suprema existe el "Board of Control", del cual forman parte algunos profesores y antiguos alumnos de la universidad, además de algunos representantes de la "Y. U. A. A." y de los estudiantes en general. Por medio de sus tres comités, ejecutivo, de finanzas y de desenvolvimiento de los recursos atléticos, esta junta realiza su misión de fomentar y regular las actividades atléticas.

Sin discutir los diversos aspectos del problema, y admitiendo que la organización actual de los clubs atléticos, es susceptible de muchas críticas desde el punto de vista educativo, hay que reconocer cuando menos un aspecto favorable, y es, que el sistema actual fortifica y despierta cualidades de energía, de disciplina, de vivacidad, de resistencia y de solidaridad, que son de inmenso valor para la vida. La demostración más elocuente de este hecho es que las grandes empresas industriales de este país, que cada año recurren a las Universidades en demanda de hombres de excepcionales cualidades, dan preferencia en la mayor parte de los casos para sus puestos ejecutivos a estudiantes que han sobresalido en la dirección de los clubs y de lo steams atléticos más que en sus estudios. Recordemos que Hoover, el admirable organizador, que tuvo a cargo la alimentación de Europa durante la guerra, se inició como organizador de un club atlético de la Universidad de Stanford.

OTRAS SOCIEDADES Y ACTIVIDADES ESTUDIANTILES

Además de las fraternidades y de los clubs atléticos, hay en Yale muchas otras agrupaciones estudiantiles de menor importancia. Puede afirmarse que dondequiera que hay un grupo de estudiantes con algún propósito o algún vínculo común, allí surge una sociedad. Hay, por ejemplo, un Club Cosmopolita en el que se reunen semanalmente los estudiantes extranjeros y se dan con frecuencia interesantes conferencias que contribuyen a difundir el conocimiento de los países extranjeros. Hay dos clubs religiosos muy importantes: Byres Hall y Dwight Hall, que no cultivan un espíritu religioso estrecho, sino por el contrario una doctrina amplia de fraternidad espiritual y suministran a sus miembros y a todos los estudiantes muchas facilidades culturales. La Asociación de Debates es otra de las más interesantes agrupaciones estudiantiles: su objeto, como su nombre lo indica, es el cultivo de la oratoria; esta asociación mantiene debates triangulares que se celebran cada año al mismo tiempo en Harvard, Yale y Princeton entre un "team" afirmativo de una universidad y otro negativo de otra; el tema es siempre de actualidad y el jurado compuesto de profesores de otras universidades determina cuál es el vencedor.

Aunque no son propiamente sociedades estudiantiles, las llamadas "honor societies", que son la "Senior Society" o Phi Betta Kappa, la "Literary Society" o Chi Delta Theta, la "Debating Society" o Delta Sigma Rho, y la "Tthletic Society" o Sigma Delta Psi, son dignas de mención por el estímulo que despiertan en los estudiantes. Como su nombre lo indica, son sociedades honoríficas que tienden a fomentar, la primera el trabajo escolar, y las otras tres, respectivamente, la literatura, la oratoria y el atletismo. La más renombrada de ellas, la Phi Betta Kappa, tuvo su origen en el *College* de William and Mary y se extendió después a Yale, Harvard y varias otras. Fué la primera sociedad que puso iniciales griegas en su nombre. En su origen fué propiamente una fraternidad de carácter literario y de ella han derivado en cierto modo las fraternidades actuales; pero hoy no es sino honorífica. Está bajo la dirección de una junta de antiguos graduados y confiere cada año una medalla en forma de llave, que es el signo distintivo de los miembros de la sociedad, a los estudiantes que más se han distinguido en sus

estudios, los cuales son en adelante miembros perpetuos. Para que se comprenda el prestigio que goza, citaré el hecho de que en una votación que anualmente hacen los estudiantes del último año del *College* sobre diversas preguntas, una de ellas fué: ¿Cuál es el más alto honor a que se puede aspirar en Yale?; y la mayoría de los votos designó como tal la llave de la Phi Betta Kappa. De igual carácter y prestigio son las otras tres sociedades, cada una en su campo especial.

Hay también numerosos clubs musicales. Los principales de ellos están asociados en la "Yale Glee, Banjo and Mandolin Clubs Association", que organiza conciertos y sesiones musicales no sólo en la universidad sino en todas las grandes ciudades del país.

Las publicaciones estudiantiles constituyen otro de los aspectos interesantes de la vida universitaria. Hay un diario, "Yale News"; una revista quincenal ilustrada, "Yale Graphic", un volumen anual "The Yale Banner and Pot Pourri", que registra los resultados de la actividad estudiantil de cada año; y varias otras publicaciones especiales. El personal encargado de la edición de cada una de estas publicaciones se renueva cada año, en unos casos por concurso con arreglo a condiciones bastante estrictas, y en otros casos por elección. La dirección de ellas y particularmente la de "Yale News" es uno de los honores más altos que pueden recaer en un estudiante, por tratarse de un puesto de gran influencia y prestigio. Todos los puestos son remunerados y el buen éxito de los editores y redactores no consiste solamente en hacer un periódico bien escrito e interesante, sino en hacerle producir utilidades.

UNA OJEADA SICOLOGICA

En los párrafos anteriores me he referido simplemente al aspecto externo de la enseñanza y de la vida universitaria. He prescindido del aspecto interno, que es seguramente el más interesante, pero también el más complejo y difícil de analizar. ¿Cuál es la sicología del profesor y del estudiante? ¿Cuáles son las ideas predominantes en religión, en política, en literatura, en arte y en ciencia? ¿Cuál es la influencia que la universidad ejerce en la vida nacional?

Alguna vez espero estudiar este aspecto, cuya delicadeza no permite abordarlo a vuelapluma. La impresión general que

tengo de la Universidad de Yale es que predomina el espíritu conservador tanto en filosofía como en política y en arte, mientras que en la religión, por el contrario, hay un amplio espíritu liberal y tiene más importancia la moral que el dogna. El espíritu nacionalista es muy acentuado en la política, en la literatura y en la educación. La política interesa a todos, pero no absorbe la actividad sino de un grupo muy reducido, y no tiene influencia malsana en la vida estudiantil. Las ideas y los hombres se debaten con apasionamiento, pero sin odio, y la gran mayoría de los estudiantes tiene una apreciación imparcial de las doctrinas y de los "leaders", sobreponiéndose a las influencias partidaristas y a los intereses de círculo. La prueba de este hecho es que en Yale, como en la mayor parte de las universidades americanas, los estudiantes eligieron como su candidato para la presidencia de los Estados Unidos, por gran mayoría, a Hoover, uno de los hombres más populares y prestigiosos, mientras que las convenciones de los partidos han designado a hombres sin prestigio ni popularidad.

La disciplina y el amor al orden están profundamente arraigados. El espíritu norteamericano no tiene las veleidades y complejidades sicológicas del espíritu latino. La vida se le presenta de un modo más simple. Tiene un pragmatismo innato, que es seguramente el secreto de la grandeza de este país. Es un espíritu luchador y perseverante, pero nó rebelde. Se apasiona por los hombres o por las ideas con el mismo o con mayor ardor que el espíritu latino; pero se rinde ante los hechos consumados y se resigna a las derrotas perdidas en buena lid. La solidaridad tiene un desenvolvimiento admirable en las sociedades estudiantiles a que me he referido con alguna extnsión, y es ésta seguramente una de las contribuciones de la universidad a la formación del espíritu nacional. El egoísmo y el individualismo disociador no pueden arraigarse en quienes han pasado por esas sociedades y han tenido oportunidad de cultivar el espíritu de cooperación y de fraternidad.

El arte, la literatura y la filosofía tienen algunos cultivadores selectos, pero no usurpan las actividades ni despiertan el interés de la generalidad. El enorme desenvolvimiento industrial de este país impone la división del trabajo en un grado del cual no tenemos idea en nuestras pequeñas repúblicas de Sud América. Esto aleja de las universidades el *dilettantismo*. Algo que aquí parece increíble es que en nuestros países se pueda ser médico o abogado y al mismo tiempo literato, político, hombre

de negocios, profesor, deportista, diplomático, etc. La primera pregunta que se le hace a uno es: ¿qué es Ud.? Y ciertamente a ellos no les causa el menor embarazo responderla. El estudiante que quiere dedicarse a la enseñanza o al cultivo de una ciencia o arte, o a una profesión liberal tiene que consagrarse a un campo limitado y despreocuparse del resto. Y el que entra en los negocios, tiene que permanecer en un empleo o en un ramo determinado si quiere progresar y alcanzar buen éxito.

Todos los caracteres externos y sicológicos de la universidad norteamericana, es obvio decirlo, dependen de condiciones sociales que son diferentes de las de nuestro país. Sin embargo, ¡cuántos ejemplos provechosos y qué incalculables beneficios podrían derivar nuestras universidades de la aplicación reflexiva de los métodos de la educación superior norteamericana!

CESAR ANTONIO UGARTE

Nueva York, IX-1920.

Del Jardín de Hesperis

De *Joseph Carner*

José Carner nació en Barcelona, en el lindo lugar de Santa María del Mar, el año 1884. Está considerado hoy como el primer lírico de la lengua catalana. Su obra es vasta, jugosa, llena de espiritualidad y de color. Si se le aplicara la rígida división entre poesía lírica y poesía épica, Carner, estaría en la línea divisoria, participando de ambas calidades. Es lírico y épico. Sabe ver y observar admirablemente y siente y revela con una sutileza sorprendente. Es uno de los poetas catalanes, que más ha laborado por la depuración del catalán, enriqueciendo el idioma con una profusa, admirable obra de poeta filólogo, siendo creador en el más amplio sentido: en el fondo y en la forma. En el interesntísimo movimiento de renovación literaria de Ctaluña Carner tiene un lugar preferente en los tiempos modernos y viene a completar la obra de Verdaguer y de Maragall. El sagaz crítico Alejandro Plana, dice que el verso catalán que adquirió solidez y vigor en Verdaguer y calor humano en Maragall, gana con Carner en gracia y agilidad, que se hermanan con la línea de pureza que traen los poetas de Mallorca, dos de los cuales he presentado ya en "Mercurio". Un gran escritor que murió muy joven—Joaquín Folguera—dice que Carner representa dos momentos decisivos en la poesía catalana: *la voluntad creadora,* que por la ironía y la catalanidad activa, lo libertó de la influencia simbolista de la timidez rústica, de la que no se escapa ni el propio Maragall, y *el sentido de totalidad* y de catalanismo, espiritual, más que descriptivo, que anima su obra. Dieciochesco en algunas de sus primeras maneras poéticas, llega a la forma fina de la modulación italiana, conservando el agudo subjetivismo que parece característica de los poetas ingleses. Su poesía tiene de orgullo humano, de ironía y a la vez de humildad y como sello original y personalísimo el respeto y sentimiento de la ortodojia católica, dentro de la que se mueve casi toda la lírica catalana. Folguera llega a afirmar que la poesía de Carner, es no sólo una obra de emoción personal, sino *todo un movimiento literario.* Fecundo apasionado, con una fuerza de expresión enorme y un vago anhelo místico, Carner es uno de esos poetas múltiples, gala de una litertura y expresión admirable de un estado de civilización. Sus principales obras son: *"Llibre dels poetes", "Els fruits saborosos"; "Primer Llibre de sonets"; "Segón llibre de sonets"* (1907); *"Vergerr de les gala-*

nies" (1911); *"Monjoies"* (1912); *"Auques y ventalls"* (1914); *"La Paraula en el vent"* (1914); *"Floretes de Sant Francesch"* (1909); *"Bella terra, bella gent"* (1918) y algunas otras. Conservador dotado de un finísimo sentido de la ironía y un gran poder de observación, tiene una clara profundidad en sus descripciones que anima un constante soplo espiritual, en que la objetividad se anima y vivifica por la constante superación interior, que se revela en una maravillosa pureza de forma. Es uno de los escritores a los que la lengua catalana debe más. Un gran poeta portugués—Teixera de Pascoaes—refiriéndose a Fernando Maristany, que escribiendo en castellano, es genuinamente catalán, observa que, en los poetas de Cataluña influyen dos elementos naturales: el Mediterráneo y los Pirineos, y afirma que por un exceso de perfección y de plasticidad, la mayoría de los nuevos se acercan más a la influencia azul del mar, que al aire que viene de las montañas, como razón primordial del exceso de objetivismo que cree notar en la poesía catalana moderna; pero en Garner, aplicando la hermosa división de Teixeira, hay que reconocer que se aúnan y completan ambas influencias, con la particularidad de que en ambas excelencias del lenguaje depurado y sencillo a la vez, tienen un escalofrío humano que conmueve y exalta.

Damos dos traducciones de Carner, en las que se puede advertir el don múltiple, lírico y épico, del gran poeta catalán.

J. G.

LOS RACIMOS INMORTALES

I

El poeta en la cima va a cantar
y la viña dorada que el sol baña,
grácilmente sonríe en la montaña
y en serena pendiente baja al mar.
Claro el cielo. Parece el mar callar
y tristezas de espuma y de neblina,
sobre la paz de la claror divina
lentamente desfilan sin tornar.

II

¡Oh, Cronos!, Dios de la vejez austera,
la barba triste y la mirada errante,
mi juventud ardiente y palpitante
tú, cruel, la arrastras por la cabellera.
Y aún ostento un resplandor radiante,
mi mirar ríe como un niño puro,
y tengo aún, cual moscatel maduro,
oro bullente bajo piel tirante.

III

Mi racimo ha gustado a tu inquietud,
los gránulos tu mano arrancarán,
y es triste el vago són que caerán
en tus dientes de ansiosa senectud.
Más que la suave y apagada suerte
de ir muriendo en gimiente lasitud,
verter quiero en la copa mi actitud
¡y que en vino conviértase la Muerte!

IV

Nos damos, si banalmente gozamos,
a un esplendor efímero y distante,
y al temer a tu verbo dominante
el alma taciturna abandonamos;
mas el vino poético que amamos,
y que áureo brilla en divinal potencia,
surje de lo más hondo en nuestra esencia
de las horas de dicha que apuramos.

V

¡Sólo al Dolor la Eternidad fué dada:
hace púgiles brazos, ojos rientes,
con pámpanos, guirnaldas relucientes;
rije en lo alto la humana marejada;
que yo en señal augusta de victoria
miraré en mis coronas refulgentes
pámpanos purpurados cual ponientes
enlazados en un llamear de gloria!

DIOS ETERNAL, SEÑOR DE MARAVILLAS....

Dios eternal, Señor de maravillas,
por todas esas gracias vagorosas
que has vertido en la tierra milenaria,
sólo con un mirar de complacencia;
por las estrellas vivas y menudas,
por la alta nieve que se tiñe en rosa,
por la agua del estanque que azulea,
por el arbusto que temblar parece,
por la tímida flor entre la yerba,
por la gracia invernal de las manzanas,
por el danzar de los rocíos nuevos,
por las sendas que casi no se miran
y por las humaredas de la tarde;
haced, Señor, que la adorada siga
süave y bella, misteriosa y tierna,
que no ose huír cuando besarla quiera,
que vuelva la cabeza con la púdica
pena de ya no estar junto a la madre,
que siga blanca y que se encienda luego,
y, amedrentada de un rumor de hojas,
aun más adentro, acójase y abríguese
en brazos del amante que evadía.

JOSE GALVEZ

De *José M. López-Picó*

José M. López-Picó, llamado el Príncipe de los poetas catalanes, es uno de los más altos y más puros valores actuales. D'Ors, en "La Ben Plantada", le llama *poeta purísimo*. Sus mejores composiciones son las breves de carácter epigramático y madrigalesco. Tiende, como casi todos los escritores nuevos, a la perfección de la forma y describe con fineza y vigor, aunque siempre da un sentido espiritual a sus descripciones, enlazando como Carner, lo subjetivo y lo objetivo y dando a lo inanimado un sentido vital y anímico. Pero donde López-Picó ha ganado sus más sonados triunfos ha sido cantando la ciudad, sus aspectos típicos, a los que ha sabido dar calor universal y humano. Sus visiones del puerto, especialmente, le colocan entre los mejores poetas que hayan sabido revelar la poesía humilde de los marineros exóticos, de las barcas extrañas, de las sugeridoras visiones. Como Director de la publicación quincenal "La Revista", contribuye a la gran obra de cultura de Barcelona, pues en su periódico se sigue con sentido de modernidad y de equilibrio el movimiento universal. Las líricas inglesa, alemana, escandinava, francesa, italiana, rusa, balcánica, oriental, desfilan traducidas por escritores catalanes y los grandes cambios de ideas allí se reflejan también. López--Picó, cuya fecundidad es prodigiosa, no sólo ha escrito admirables libros de versos, sino que sintiendo todas las palpitaciones del mundo, refleja en su *Dietario espiritual* la inquietud que de todas partes le llega. Su bibliografía es inmensa para su edad y da idea del fervor que hay en Cataluña por las cosas del espíritu: *Intermezzo galant* (1900) *Torment-Froment* (1910); *Poemes del port; La germana imaginaria* (1917); *Amor Senyor* (1912); *Espectacles y Mitología* (1915); *Epigramatta* (1014); *La Ofrenda; Paraulas* (1915); *Cants y Al-legories; L'instant, les noses y el cántic seré* (1916); *L'infantamente meravellos de Scharazada* (1917); *Las absencies paternals* (1918); *Moralitats, y preteites* (1919); *El men pare i jo* (1920), además de una colección de *Poesíes,* dos ediciones del *Dietari espiritual* y una colección de *Escritores extranjeros.*

J. G.

BALADA DE LOS CAMINOS DEL AMOR

Yo soy un peregrino
de amor;
pero no sé el camino.
¿Quién me dirá la vía que gobierna,
ley eterna y fiel, en mi destino?
¿No tienes, noche triste, una lucerna
que pueda señalarme mi camino?
Yo soy un peregrino
de amor;
pero no sé el camino.
¿Quieres ir con mi sino,
Dolor?

Y me dijo el Dolor:
—¿Pides luz con un alma de luceros?
¿Senda buscas teniendo mil senderos?
Y respondí al Dolor:
—Busco fuera la luz de mis luceros,
quiero dejar mi huella en mis senderos.

Y me dijo el Dolor:
—Sigue tu estrella que te da una vía,
sin dejar huella, al retornar el día.
Y respondí al Dolor:
—Quiero dar mis pragmáticas al día,
quiero ser fin y causa de mi vía.

Y me dijo el Dolor:
—¿Dejas, poeta, por tu humanidad
el noble afán de la inmortalidad?
Y respondí al Dolor:
—Será fecunda la inmortalidad
en cada nueva flor de humanidad.

Y me dijo el Dolor:
camina, niño, hasta encontrar la Amada.
—Camina y te será la tierra aliada;
Y respondí al Dolor:
—Hermano, dime, ¿dó hallaré la Amada
que con su amor la vida me hará aliada?

Y sonrió el Dolor calladamente
y me dijo con aire confidente:
—La encontrarás mirando cerca a tí,
y junto a ella me hallarás a mí.

II

CREPUSCULO EN EL PUERTO

Se hunde en el mar el día como un muerto,
y el brevísimo ruido apura el vuelo
de las gaviotas ávidas del puerto
que al volar en su marcha espavorida
preguntan a la mar:
—¿Quizá otra vida
te ha sido dada?
Mas la mar, al duelo
impasible, reposa bajo el cielo
con la calma de un párpado caído,
sobre el que la penumbra tiende un velo
que tiembla a modo de un claror dormido.....

JOSE GALVEZ

El Alma Americana

INTRODUCCION

En los últimos años, se ha generalizado la costumbre de promover congresos y conferencias con el propósito declarado de crear un fondo común de intereses e ideales americanos que, bajo el nombre de "Panamericanismo", levante en el continente colombiano una nueva y poderosa fuerza de renovación. Sus organizadores han partido del principio que sostiene la existencia de dos Américas,—una latina, otra anglosajona,—cuyos ideales, por sus diferencias de origen, están en pugna abierta, siendo tan opuestos que no admiten más que un acercamiento general y vago, un convenio que facilite la marcha del progreso, un acuerdo que vincule el desarrollo harmonioso y unánime de la civilización.

Y es verdad que existen diferencias, y diferencias muy señaladas: diferencias de raza, de herencia, de clima, de medio ambiente, de aspiraciones, de interpretación de ideales comunes, etc. Mas, hay razones para creer que es un error llevar al extremo este pensamiento, o considerar que dichas diferencias sean irreconciliables.

Si hay diversidad de herencias y de alma entre los pueblos, también es verdad que comparten una gran porción espiritual, y se puede afirmar que los ideales comunes exceden en mucho las diferencias que se dejan notar, y que la tendencia del momento es formar una estrecha alianza espiritual de la cual ha de surgir la verdadera alma americana.

Dichos ideales existen,—por otra parte,—desde los tiempos remotos del Coloniaje; ideales comunes y fuerzas colectivas, que forman el gran caudal de la herencia de ambas partes del continente, y qu han de ser la base de todo futuro engrandeci-

miento,—material o espiritual,—en las veintiuna repúblicas americanas.

En otras palabras,—en lugar de tratar de conseguir un acercamiento más o menos estrecho entre las naciones, con la creación de nuevos ideales y su imposición "*por la razón o por la fuerza*", (doctrina añeja y contraproducente),—nos conviene reconocer el inmenso valor de la herencia común que compartimos y acordar una alianza completa que desarrolle ampliamente las riquezas naturales que ya existen y que pueden acrecer.

La historia se pone a nuestro lado, confirmando tales ideas, y nos brinda razones numerosas, sacadas de fuentes abundantes, claras lecciones del idealismo común americano, que se extiende a través del tiempo y de la naturaleza, por múltiples caminos, todos florecidos del mismo afán e iluminados por las mismas estrellas.

En las líneas que siguen, estudiaremos algunos de estos ideales y herencias comunes, para poder demostrar,—si es posible,—la esencial unidad de las Américas y la trivialidad comparativa de las cosas que las separan en el pasado y en el presente.

II

LA HERENCIA RELIGIOSA

Nadie podría negar que la religión forma parte esencial en los grandes movimientos sociales de los siglos décimoquinto y décimosexto, que produjeron el descubrimiento del nuevo mundo y su colonización por parte de España, Inglaterra y Portugal.

Prevalecían, entonces, en Europa distintas orientaciones religiosas que influían primordialmente en los diversos pueblos como factor decisivo de su progreso. De ahí, pues, que muchos hombres abandonaran los halagos de la vida fácil, para lanzarse a la aventura, buscando nuevos horizontes para establecerse y conquistar su porvenir.

Es cierto que, tanto en el hombre latino como en el anglosajón, fueron distintas las causas de la conquista de América; pero la historia dice bien claro que el impulso inicial de los viajes del descubrimiento y colonización, nació,—en gran parte,—de la religión, que encaminó a sus creyentes más allá del viejo mundo.

Cuando Hernán Cortés y Francisco Pizarro partieron de las Cortes españolas en representación de los Reyes Católicos, para seguir al sol en su ruta hacia el desconocido oeste, enarbolaron no sólo la bandera hispánica de Castilla y Aragón sino también el estandarte de la cruz, llevando ambos conquistadores los colores del Jefe Supremo de su iglesia. Anteriormente habíalo hecho Cristóbal Colón, cuando las jarcias de sus carabelas ostentaban una gran cruz roja sobre el fondo blanco del lienzo; después, siguieron su ejemplo los conquistadores españoles y portugueses.

Todos ellos venían en busca de tierras para su rey y para su religión; realizaban su destino para propagar su creencia y redimían al mundo salvaje de los indios con la bandera de la fe en la diestra y la cruz cristiana en el pecho.

"Musa de las Américas: el día
en que, violando los ignotos mares,
te sorprendió la ibérica osadía,
retemblaron en todos sus altares
los dioses de tu vieja idolatría;
porque Jesús ceñido de aureolas,
—él que en su barca predicó la Idea,—
al ver zarpar las barcas españolas,
vino, como otra vez en Galilea,
caminando hasta aquí sobre las olas". (1).

Los peregrinos del norte, que llegaban, después de meses de árdua navegación, a las playas poco hospitalarias de la Nueva Inglaterra, traían, también, la religión que los confortaba en medio de los tremendos sufrimientos del viaje accidentado, que conjuraba los peligros del desembarque en la roca de Plymouth, mostrándoles el camino en la ruda lucha contra la naturaleza agreste y los pieles-rojas, hostiles. Los conquistadores, hombres habituados a la guerra, impusieron su credo por la fuerza en las tribus sometidas, llevando adelante, entre el fragor de las espadas, los derechos de la cruz. Los peregrinos, en cambio, venían huyendo de la persecución religiosa, sin otras armas que el Evangelio, y con el fervoroso deseo de fundar en el Nuevo Mundo una comunidad bajo la ley de amor y justicia, un gran asilo para todos los que querían ejercer el libre albedrío de sus

(1).—José Santos Chocano, en *"Evangeleida"*.

almas. Aunque las tendencias entre conquistadores y peregrinos parecen,—a primera vista,—totalmente opuestas, la bandera de ellas es la misma y la causa nace de las mismas fuentes. La religión es la base principal de sus cálculos, la brújula de sus ideales.

Pasando los años, aquellos hombres infundieron un espíritu de sectarismo exagerado a la religión que profesaban, imponiendo las violencias que ensombrecen los días cruentos del Coloniaje. Los *autos de fe* de la Santa Inquisición, en el sur, y la muerte a fuego lento de las hechiceras, en el norte, son manifestaciones del espíritu exaltado de los tiempos, mas bien que productos de la verdadera religión.

Mucho más acá todavía, cuando las colonias fueron convertidas en estados libres e independientes, las nuevas constituciones, casi sin excepción, se juraron invocando al Ser Supremo para ayuda de la tremenda empresa. Entonces la pluma de Tomás Jefferson trazó aquellas palabras, que tronaron como un nuevo mensaje desde la cumbre de un Sinaí:

"Nosotros, reunidos en Congreso general, *después de haber invocado al juez supremo de los hombres, en testimonio de la rectitud de nuestras intenciones, declaramos solemnemente que* estas colonias unidas tienen el derecho de llamarse estados libres e independientes".

Y el notable estadista Daniel Wabster, declaró:—*"El Cristianismo es una parte esencial de la ley común de nuestra nación"*. La religión resulta así una herencia común en las naciones americanas. Así en el norte como en el sur es ella la fuerza que impulsa el movimiento, el faro que guía la vida. Y lo más importante de ésto es que se ha establecido en las Américas una sola forma de Religión: la que viene a destacar con más poder su influencia continental. El cristianismo es la única forma de Religión que ha dominado en toda la América, desde el descubrimiento y la conquista hasta los días actuales. El continente colombiano jamás ha sentido la influencia pesada de la religión cruel de Mahoma, ni tampoco la de la mansa y enervante de Budha. Thor, el viejo dios germánico y Aegir, el dios nórdico de la guerra, jamás han tenido adeptos en América.

Destronados los dioses inocentes de los indios primitivos, triunfa siempre el Dios Cristiano, Rey de los reyes, y Señor de los señores, a quien las naciones y los pueblos americanos profesan obediencia y piden amparo. Este detalle religioso es característico del desarrollo de la civilización continental, pues con

él desaparecen las creencias primitivas y nativas,—a la inversa de lo que sucede en otros continentes,—y triunfa una sola, la religión del mansa y humilde galileo, el Cristo Redentor.

"En ese instante,
desde Tecnotitlán hasta las sierras
del indomable Arauco, fué uno mismo
el miedo que corrió.....
Ya no el vibrante
Tezcatipocla inspirará las guerras,
ni Tahuil triunfará sobre el abismo;
ya no la del quiché "sierpe de plumas"
adorada será; ya no en lo alto,
endiosará del Tequendama el salto
Bochica, entre el vellón de las espumas;
ya no en Cholula irradiarán los cultos
de víctimas sangrientas, ni el salvaje
adorará en las noches del boscaje
las sombras de sus muertos insepultos;
ya no del Inca el Sol regirá el coro
de vírgenes envueltas entre encaje
y encarceladas en Prisión de Oro:
dioses vencidos son, dioses truncados,
bajo el único Dios de los Tres Nombres,
que hace la redención de los pecados
y predica el amor entre los hombres." (2)

Hasta en las cuestiones internas de las jóvenes nacionalidades, la religión cristiana representa un ideal común que viene del pasado como una herencia colectiva. Afortunadamente, las extravagancias sectarias tienden a desaparecer; pero la religión ilumina todavía la marcha de los pueblos como una antorcha simbólica. En los momentos en que peligra la existencia nacional, o cuando los principios internacionales de la democracia se ponen en jaque, de uno al otro extremo del continente, se apela a Dios con el fervor de los antiguos profetas.

Una prueba ilustrativa de este sentimiento continental la acaban de dar las nobles y hermosas palabras con que el presidente de los Estados Unidos terminó el llamado a sus conciudadanos en los días aciagos en que cumplió con el deber sagrado

(2). José Santos Chocano en *"Evangeleida"*.

de llevar a su pueblo a la guerra más terrible que el mundo ha conocido. En dicha ocasión terminó aquel magistrado su mensaje memorable con estas palabras:

"Al desempeño de esta obra podemos dedicar nuestras vidas, nuestras fortunas, todo lo que somos y cuanto tenemos, con la satisfacción de los que saben que ha llegado el día en que los Estados Unidos tienen el privilegio de dar su sangre y sus fuerzas por los principios que le dieron vida y ventura, y la paz que ha conservado como un tesoro. *Con la ayuda de Dios, no puede ser de otra manera.*"

III

LA HERENCIA DEL IDEAL DE LA DEMOCRACIA

En el último cuarto del siglo décimooctavo y a principios del décimonono, cundió por todo el continente el gran movimiento hacia el republicanismo, que no dejó subsistir en América ninguna de las formas monárquicas que hasta hoy existen en gran parte de Europa.

Bajo Oliverio Cromwell, la república inglesa del siglo décimosétimo había sembrado en el corazón de Inglaterra la semilla de la libertad, que sólo fructifica a fines del siglo décimooctavo, haciendo expresar a los colonos ingleses de Norte-América la convicción de los derechos vulnerados y la declaración de libertad e independencia.

Antes del fin del siglo, el movimiento libertador había vuelto a cruzar el anchuroso Atlántico y al ritmo de la Marsellesa destronaba a Luis y a su reina, precipitándoles al abrazo helado de "Madame la Guillotine", para preparar el camino del "pequeño corso". Con la caída de la casa de los Borbones, ante la marcha triunfal de los Bonaparte, se apodera del pueblo la idea de su soberanía, con todo su vigor intenso, y se propaga por doquier con alegría sin igual. La población criolla de América, sobre todo, aceptó esta doctrina con entusiasmo y prestó su cooperación y ayuda decisiva al nuevo orden de cosas, Dice Mitre:

"Cuando estalló la revolución, en 1810, se decía que Sud América llegaría a ser inglesa o francesa; cuando la revolución triunfó, se dijo que el continente caería en el barbarismo; por la

voluntad y trabajo del criollo, llegó a ser americano, republicano y civilizado". (3)

El nuevo ideal de la libertad de los pueblos fué calurosamente defendido en el norte, en el sur y en el centro, por una pléyade inmortal de hombres insignes. Washington es casi la única estrella de primera magnitud, que aparece en el horizonte boreal, mientras al sur levántase una verdadera constelación de precursores de la revolución y de libertadores de los diversos pueblos. Los más ilustres y famosos son José de San Martín, Rivadavia y Belgrano en la Argentina; José de Artigas, Rivera y Lavalleja, en el Uruguay; Gaspar Rodríguez de Francia, en el Paraguay; Bernardo O'Higgins, los Carrera y Blanco Encalada, en Chile; Hidalgo, Morelos e Itúrbide, en Méjico; el cumanés Sucre en Bolivia; Morazán en Centro América; Don Pedro en Brasil; y en Bolivia, en Venezuela, en el Ecuador, en Colombia, en el Perú, en toda la parte oeste de Sud América, Simón Bolívar, por antonomasia "El Libertador", figura singular que decide la suerte de cinco repúblicas.

El mismo ideal de la libertad y de la democracia une y vincula a Bolívar, a Sucre, a Carrera, y a Artigas, haciéndoles grandes y fuertes en la historia de América. Y tan estrechamente los vincula y los une, animándoles con la llama ardiente de la libertad, que Washington en el norte y ellos en el sur, realizan en menos de cincuenta años la declaración inmortal de Jefferson, constituyendo en repúblicas todas las colonias reales de Inglaterra y España. Y aún los portugueses, atrasados en el movimiento republicano, en fuerza de mantener un gobierno monárquico, transforman,—durante el último cuarto de siglo,—el imperio del Brasil, en la hermosa república que hoy lleva este nombre.

La comunidad del idealismo adquiere formas inesperadas y domina ardientemente el alma americana, la que adelantándose en el tiempo y en el espacio, conquista su libertad política y labra su grandioso porvenir. Jorge Washington y Simón Bolívar cumplen las tareas organizadoras en la vida histórica de sus pueblos. Y San Martín, poco antes de retirarse a la vida privada, dijo con verdadera grandeza de espíritu:

"Al fin, gracias al ejercicio de la paciencia, hemos obligado al enemigo a salir de la Capital de los Pizarro; al fin, nuestras labores están coronadas y la independencia de América es-

(3) Bartolomé Mitre, "La Emancipación de Sud América".

tá segura. El Perú está libre. Ahora puedo vislumbrar el fin de mi vida pública, y buscar cómo dejar esta pesada carga en manos expertas, retirándome en seguida a algún rincón tranquilo donde podré vivir como conviene a un hombre vivir." (4)

Y Jorge Washington, en los momentos inolvidables, cuando se decía que "sólo la monarquía, con Washington el monarca, puede consolidar la patria recién organizada", respondió con estas palabras memorables:

"Ningún suceso en el transcurso de esta guerra me ha afligido tánto, como el saber que tales ideas circulan en ejército. Busco en vano en mi conducta qué es lo que ha podido alentaros a hacerme semejante proposición, que me parece preñada de las mayores desgracias que pueden caer sobre mi país" (5)

Bien se sabe que Washington rechazó democráticamente una tercera elección presidencial, y se retiró a Mount Vernon para morir tranquilo, como el más humilde ciudadano del país, mereciendo ser llamado,—lo que es,—"el primero en la guerra, el primero en la paz, y el primero en los corazones de sus conciudadanos".

Todavía se recuerdan y están latentes para inspirar a los Americanos actuales,—ya sean del norte o del sur,—aquellas últimas palabras que pronunció este gran ciudadano al retirarse del alto puesto que había ocupado durante ocho años,—palabras luminosas en la vida democrática como los versículos de un evangelio moderno. Dijo:

"No cultivéis el espíritu partidario, y haced todo lo posible para aminorarlo y suavizarlo. Usad de justicia y de buena fe hacia todas las demás naciones, sin guardar ni odio ni devociones desmesuradas. Quedaos prácticamente independientes de todos. En una palabra, sed americanos, sed verdaderos para con vosotros mismos". (6)

Y si aquí faltara, hay aún otro ejemplo de la solidaridad de miras y de la simpatía de propósitos que existía entre las dos partes del continente, en aquellos días aciagos, cuando todavía se fraguaba el ideal de la libertad y tambaleaba la existencia misma de las nuevas entidades políticas americanas. El héroe de la Banda Oriental, don José de Artigas, reconociéndose vencido

(4) Mitre, "La Emancipación Americana".

(5) Citado por Juan Zorrilla de San Martín, "Epopeya de Artigas". Vol. I. pág. 8.

(6) Historia de los Estados Unidos.

por el enemigo portugués, tuvo que rendirse,—como ya se habían rendido sus tenientes. Preciso era que saliese del país que había defendido tan heroicamente, y el rey de Portugal le ofreció amnistía y residencia en la capital del Brasil,—lo que no pudo aceptar Artigas. Entonces el gobierno de Washington, por medio de su Cónsul en Montevideo, le ofreció a este hombre a quien llamaran "bravo y caballeresco republicano", "los medios de seguridad para trasladarse a los Estados Unidos, donde sería recibido bien y se le asignaría el sueldo de su clase, para vivir tranquilo con comodidad, y con las consideraciones debidas a su rango." Y la nota agregó, que "El gobierno tendría mucha satisfacción en recibir a huésped tan honorable en la Unión Americana". Rechazando humildemente tan grande honor, Artigas pidió asilo al dictador Gaspar Rodríguez de Francia, y en compañía de su negro asistente Alsina, fué a hundirse en la sombra de la cual no vuelve a salir. Murió en una pobre choza de Ibiray, y hoy, como otra prueba de la confraternidad americana, se levanta a la sombra del "árbol de Artigas" una escuela que ha construído y que mantiene una nación hermana, la república Oriental del Uruguay.

Este paralelismo de generosos ideales, que profesaron los grandes caudillos de la emancipación americana, concreta una herencia hermosa y común para los dos hemisferios, que reconocen en ella la base fundamental de sus instituciones cívicas, y el glorioso legado histórico de sus mayores.

La estabilidad de las naciones se consolidó firmemente en ese anhelo unánime de la libertad y la democracia, que cada día crece ante los ojos del mundo y asegura la grandeza venidera del modo más firme que hayan sustentado los siglos. Es que la sombra eterna de Washington, de San Martín, de Bolívar, de Artigas, prolonga todavía su influencia bienhechora, protegiendo los destinos continentales, como unas nuevas divinidades tutelares que vigilaran el fuego sagrado del hogar.

Así se conserva el antiguo espíritu y la caballeresca voluntad de los precursores, que parecen influír decididamente en los días aciagos de los últimos años, cuando la suerte de la democracia vacilaba en la balanza y el osado enemigo militarista no titubeaba en emplear cualquier recurso con tal de llevar a cabo su propósito de dominación y de soberbia. Precisamente en los días más obscuros, el idealismo libertador de los americanos se levantó aún más alto y, como inflamados de un noble impulso común, sacudieron al aire su penacho y se colocaron en

guardia unos, y en orden de batalla otros, para defender la libertad de las naciones, haciendo honor a sus antecedentes históricos. Declarando la guerra, rompiendo las relaciones diplomáticas, adoptando una neutralidad cada vez más favorable a las emergencias aliadas,—la América, unida como nunca, tendió un puente de barcos sobre el ancho mar; formó una columna de hombres; estableció una inagotable provisión de víveres y de pertrechos de guerra, para llegar hasta las costas de la amenazada Francia y de la vieja y nebulosa Albión; y logró pesar fuertemente en la gran balanza, convirtiendo la derrota temida en la más resonante de las victorias.

De las veintiuna repúblicas americanas, cuatro respondieron al áspero reto a la humanidad, con una espontánea declaración de guerra; ocho rompieron las relaciones diplomáticas con el enemigo germánico; y las nueve restantes adoptaron neutralidad benévola a los intereses aliados. Ni un solo pueblo americano se puso al lado de las monarquías militaristas que querían llegar a la dominación del mundo. No podía ser de otra manera, por cierto; y en los casos determinados en que los gobiernos demasiado prudentes esperaron mayor tiempo para tomar actitudes definitivas, los pueblos reclamaron públicamente y con energía su derecho de defender la vida de las naciones pequeñas que alientan en la tierra. El corazón romántico pidió su puesto de honor en la gran lucha y fué unánime el sentimiento americano que respeta la libertad, que discierne la justicia, que coloca al derecho sobre la fuerza brutal.

Las palabras nobles y conmovedoras del presidente norteamericano tuvieron una inesperada resonancia entre los pueblos del continente, los que, sin fijarse en su poder material, se adhirieron entusiastas a la empresa de los Estados Unidos por la libertad del mundo.

No hay en toda la historia de la Guerra Mundial un sentimiento patriótico más noble y más alto de acendrado "americanismo", que aquella manifestación del Gobierno Uruguayo, cuando decía,—en julio de 1917,—por la palabra de su Ministro de Relaciones Exteriores,—hoy presidente de la república,—Doctor Baltasar Brum:

"CONSIDERANDO: que en diversas comunicaciones el Gobierno del Uruguay ha proclamado el principio de la solidaridad americana como regulador de su política internacional, entendiendo que el agravio inferido a los derechos de un país

del continente debiera ser considerado como tal por todos y provocar en ellos una reacción uniforme y común:

"CONSIDERANDO: que en la esperanza de ver realizarse un acuerdo a ese respecto entre las naciones de América, que haga posible la aplicación práctica y eficiente de dichos ideales, ha adoptado el Gobierno una actitud de espectativa en cuanto a su acción, aunque significando en cada caso su simpatía a los países continentales que se han visto obligados a abandonar la neutralidad;

"CONSIDERANDO: que entre tanto no se produzca ese acuerdo, el Uruguay, sin contrariar sus sentimientos y sus convicciones, no podría tratar como beligerantes a los países americanos que por la defensa de sus derechos se hallasen comprometidos en una guerra intercontinental:

SE RESUELVE: declarar que ningún país americano que en defensa de sus derechos se hallase en estado de guerra con naciones de otros continentes será tratado como beligerante". (7).

Más aún. Cuando los cañones hubieron ya callado en Flandes y en frente de Verdún, reuniéronse en Versalles, en la histórica mansión de los reyes franceses, los representantes de las naciones aliadas y asociadas para ajustar la paz victoriosa y constituír, por iniciativa de Norteamérica, una liga de naciones que haga imposible en el futuro el atropello de los débiles, y que inaugure aquella edad de oro en que los hombres habrán de "volver sus espadas en rejas de arado, y sus lanzas en hoces, no alzando más las armas ni ensayándose más para la guerra." Dicha liga de naciones, el más grande y más prometedor esfuerzo que jamás se haya hecho para lograr la confraternidad entre los hombres, es de origen americano y viene armada de todo el idealismo, de toda la generosidad, de todas las virtudes de las razas colombianas. Ya, en 1917, la había propuesto Batlle y Ordoñez, uruguayo, en el "Segundo Congreso de la Haya", y sus fórmulas, planeadas por este representante de una de las naciones latinoamericanas, se consideraron una quimera de imposible realización. Hoy, el destino del mundo y la voluntad de los hombres han venido a consagrar en Versalles la soñada "Liga de las Naciones", propuesta, ahora, por un presidente norteamericano, pero formulada años antes, en su esencia por un americano del sur.

(7) Documentos del Gobierno Uruguayo, 1917.

Así es como se realizan en el curso del tiempo los grandes ideales americanos de libertad, y la herencia común se avalora con el mantenimiento caballeresco de las virtudes históricas del continente. Pasarán los hombres que hoy forman en la vanguardia de los defensores de la libertad, las viejas naciones de Europa no podrán soportar el peso de las obligaciones que resultarán de la "Liga de las Naciones", y los pueblos jóvenes del Nuevo Mundo tendrán que cargar con las responsabilidades del moderno orden de cosas,—del mismo modo que propusieron las fórmulas que hoy se ven traducidas en estatutos internacionales. América se ve convertida en guardián de la libertad del mundo, y no puede renegar de su alto destino.

IV

LA HERENCIA INTELECTUAL

El fondo de la literatura americana es un tesoro común que la Providencia viene repartiendo generosamente entre las varias naciones. La producción intelectual de América es más vasta y más luminosa de lo que parece a primera vista. Podemos afirmar lo dicho, a pesar de la palabra de un hombre tan eminente como Bartolomé Mitre, quien negó la existencia de una literatura española-americana, y a pesar de las críticas de Marcelino Menéndez Pelayo, quien encuentra buenos únicamente a los autores clásicos españoles. La producción literaria americana supera los esfuerzos de muchos otros pueblos más antiguos y de gran fama, y tiene ante las literaturas universales el prestigio triple de su abundancia, de su valor intrínseco, y de su espíritu renovador.

Tal como lo exigen las leyes de la naturaleza y de la filosofía, en la formación del tesoro intelectual americano cada país determina con su raza, su clima, con su geografía, con su acervo espiritual y con sus costumbres locales, la mentalidad personal de sus escritores.

Aún se puede decir que hay en América regiones de literatura propia y bien definida. La literatura de México es muy distinta de la de Colombia, y ésta de la que distingue a los países del Río de la Plata. Hay un temperamento propio en García Godoy, el dominicano, en Armando Donoso, chileno, y también

otro en Gonzalo Zaldumbide, el escritor ecuatoriano. Así, los escritores, Vargas Vila, de Colombia; Blanco Fombona, de Venezuela; Acevedo Díaz de la República Oriental del Uruguay; y Enrique Gómez Carrillo de Guatemala, se distinguen del conjunto por sus particulares condiciones literarias, al par que los poetas "Almafuerte" (Pedro B. Palacios) argentino, e Hidalgo, peruano,—el primero por sus anatemas, el segundo por su iracundia.

En el norte sucede lo mismo, y se notan claramente las diferencias espirituales. Paul Laurence Dumbar, es el poeta negro que canta en su dialecto especial las penas y peripecias de su raza; Henry Wadsworth Longfellow representa la cultura de la vieja civilización del Este, de la fría Nueva Inglaterra, al par que Joaquín Miller, "el poeta de las sierras", es un producto del Oeste, y canta la vida libre de sus pobladores.

Eugene Field y James Whitcomb Riley son los poetas de la niñez, cuyos versos animan el cariño íntimo del hogar. Mary Wilkins Freeman enaltece la vida sencilla y a veces penosa de las clases humildes de la Nueva Inglaterra, mientras Bret Harte y Will Carleton alaban el vivir atrayente de los mineros y leñadores del lejano oeste. "Mark Twain" (Samuel Langhorne Clemens) ha inmortalizado las hazañas de los obreros que trabajan en los vapores del ría Mississippi; James Fennimore Cooper es el historiador novelesco del indio, y William Dean Howells el novelista de la escuela moderna.

Sin embargo de lo dicho, en las producciones literarias de todos estos autores, tanto del sur como del norte, hay una vena netamente americana, algo que les distingue de aquellos que representan la cultura del Antiguo Mundo. Del mismo modo, escrita en español, inglés o portugués, la literatura del continente alienta un espíritu común a todas sus páginas que le hace acreedora al nombre característico de la "literatura americana". Ella se inspira en las mismas fuentes y su psicología es, sobre todo, *americana,* producto de las razas formadas al impulso de la vida bulliciosa y emprendedora del Nuevo Mundo.

De estas diversas regiones vienen la superabundancia de caracteres, la diversidad de matices, la multiplicidad de voces que se levantan de uno al otro extremo del continente, y que, sin embargo, tienen afinidades sonoras en el pensamiento, como si fuesen todos de la misma patria.

Mas hay un detalle significativo, que caracteriza la herencia intelectual americana: los estados o los países más extensos

de teritorio, no producen,—necesariamente—los escritores de más vuelo. Rubén Darío, niaragüense, Juan Montalvo, ambateño, y José Enrique Rodó, uruguayo, son todos representantes de países pequeños en cuanto a su extensión teritorial, más grandes y triunfales por el sólo hecho de haber dado al mundo varones tan preclaros, que son como altas cumbres del pensamiento. Lo mismo ocurre en los Estados Unidos, donde algunos de los escritores de más renombre fueron hijos de una u otra aldea desconocida y que más tarde recibieron la fama de la posteridad.

En cuanto a su origen, en el norte como en el sur, la literatura americana vive al principio alimentada por la madre patria, luego se independiza, y al fin consigue tomar un carácter propio que a estas alturas,—como lo dijo Rodó,—llega a realizar el milagro de conquistar a Europa, invirtiendo la ruta de los conquistadores.

Los primeros escritores de las colonias inglesas contaban con el ejemplo y la palabra de los autores del Reino Unido, cuando en 1607 los ingleses establecían su asiento permanente en Jamestown. Shakespeare estaba entonces en el cenit de su poder productivo y de su gloria intelectual; Spenser hacía apenas siete años que había muerto y la influencia de su "Faerie Queen" vibraba aún con toda intensidad en la literatura inglesa; Raleigh, prisionero en la torre de Londres, componía su magna obra, la "Historia del Mundo", y Bacón había dado comienzo a su trabajo maravilloso, el "Novum Organum".

Con tales maestros, la literatura colonial de Norte América nace confundida con la literatura de Inglaterra. Sin embargo, el empuje de los hombres nuevos se esfuerza contra la cátedra y bien pronto comienza la hija a afirmar su carácter propio, independizándose de la madre con la seguridad de sus fuerzas vigorosas.

Como todo pueblo nuevo, las colonias producen su literatura a la inversa de los pueblos de larga historia. Empezando por la oratoria que siembra ideas, continúan con la ciencia que estudia la vida, y terminan por la poesía que embellece el mundo.

Los primeros autores coloniales de habla portuguesa o española, no tienen, como sus contemporáneos del Norte, una literatura materna desarrollada como fuente de inspiración. Miguel de Cervantes Saavedra no había escrito aún su obra inmortal que cuenta las peripecias del ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha, pues nació unos quince años después de la muerte de Atahualpa, cuando el Imperio de los Incas ya había sido re-

partido entre los Conquistadores. Ocupados en la guerra con los árabes que termina con la expulsión morisca de Granada en el mismo año que Colón,—al servicio de los Reyes Católicos descubrió América—, los antecesores españoles no pudieron dedicar a las bellas letras el tiempo y el espíritu necesarios. El Cid Campeador, Gonzalo de Berceo, el Arcipreste de Hita, Alfonso X, el Sabio, el Marqués de Santillana, Jorge Manrique, y unos cuantos más de su época, no son más que las alondras que anuncian el día, luceros del alba que dan la promesa del sol. Luis Vaz de Camoes, el insigne poeta lusitano, quien conservó la lengua portuguesa con la publicación de "Os Lusiadas" y demás obras, no había nacido cuando su compatriota Fernao de Magalhaes pasó por los estrechos que hoy llevan su nombre, y la hermosa literatura portuguesa daba poca esperanza de llegar al alto grado de perfección que alcanzó siglos después, no sólo en la península lusitana sino también en lo que es hoy la República del Brasil.

De consiguiente, la literatura colonial del sur tiene un carácter local, una luz propia, en cierto sentido, que no le llega del extranjero, sino que surte de sí misma para cumplir naturales exigencias del espíritu. Lo que excede en el Norte, la intelectualidad del Viejo Mundo preponderando en sus cultores de América, falta en el sur, que tiene, entonces, que poner más de sí para cultivar, sin maestros los primeros vuelos por el azul del pensamiento. Y ambas literaturas, la latina y la anglosajona, pronto se complementan, asemejándose inesperadamente al influjo de las mismas fuentes de inspiración. La fiera naturaleza que los colonos van dominando con voluntad de hierro; la lucha ruda y sin igual que sostienen con los salvajes para despojarlos de sus tierras legendarias y establecer en ellas las ciudades nuevas de la raza humana; la grandeza ecuatorial de los ríos, las selvas y las montañas; el fondo brumoso y movedizo de las leyendas; todo aquel ambiente maravilloso encanta las almas predestinadas y va construyendo, a la par que la civilización americana, la herencia intelectual, fuerte y bella, que se yergue ahora frente a las viejas cátedras del mundo antiguo. El indio primitivo, sobr todo, ocupa un lugar preferente en la literatura de América. Dice Rubén Darío,—el ruiseñor inspirado,—que inició un intenso movimiento con la publicación de su "Azul" y "Prosas Profanas":

"Si hay poesía en nuestra América, ella está en las cosas viejas, en Palenke y Utatlán, en el indio legendario y en el inca

sensual y fino, en el gran Moctezuma de la silla de oro. Lo demás esu tuyo, demócrata Walt Whitman" (8).

La "Pocahontas" de Eggleston está igualada por "La Araucana" de Ercilla; "Quisqueyana" de Joaquín Pérez de Santo Domingo; las "Canciones de Arauco" por Samuel Lillo, chileno; "Tabaré" de Juan Zorrilla de San Martín, uruguayo; y la "Virgen del Sol" de Juan León Mora, ecuatoriano, algunas de estas obras comparables con "Hiawatha", la obra maestra de Henry Wadsworth Longefellow. Los cuentos de J. Fenimore Cooper, que tratan en estilo novelesco al indio primitivo norteamericano, y que se reúnen en la serie de "Leather-stocking Tales", no tienen quizá equivalente en la América Latina, a no ser en las obras del ya mencionado Juan León Mera, sobre todo en "Cumandá, ó un drama entre salvajes".

Las dos civilizaciones se entrelazan y los mismos motivos surgen aquí y allá, como inspiradores de nuestros poetas. Se vinculan en la expresión de su intelecto, lo mismo que antes se vinculaban en la fe religiosa y en el anhelo de la libertad. Mucho de lo que falta en los escritores norteamericanos, existe en los del sur, y viceversa. Los del norte tienen el método, el razonamiento, la frialdad, la lógica, el sentido grave y hondo de la vida. Los del sur poseen brillantez, vehemencia, lirismo, apasionamiento, siendo los portaestandartes en el nuevo mundo de los ideales clásicos de hermosura y forma literaria. Los del norte superan, tal vez, en el fondo; los del sur, quizá, en la expresión. Pero las almas se reconocen hermanas y se buscan y se equilibran al amparo del mismo ideal de belleza, realizando la obra más completa y más múltiple, que registra la historia literaria.

Señalando algunos de los escritores más conocidos de las dos partes de América, comprobamos la verdad de lo dicho y demostramos la admirable superioridad intelectual del continente colombiano, sobre muchas de las viejas poblaciones. Entre la multitud de escritores prosistas, descuellan dos "ensayistas" de preclaros méritos indiscutibles: Ralph Waldo Emerson, en el norte, y José Enrique Rodó, en el sur. La crítica reconoce a Rodó cierta influencia de Emerson; pero si es así, el discípulo

(8) Rubén Darío, "Prosas Profanas", Edición de París, 1915.

en la estimación de muchos, ha igualado al maestro, si no en la profundidad del pensamiento, en la belleza de la expresión. Rodó emite en "Ariel" sentimientos de saludable idealidad, cuyo alto valor moral habría honrado al viejo "Sabio de Concord",—como se le llamaba a Emerson, el jefe de la escuela filosófica trascendentalista,—y el "Mirador de Próspero", tanto como Motivos de Proteo", son mensajes de valor incalculable para la humanidad nueva, escritos en una forma de belleza soberana, rara vez superada en España o América y surgidos de un alma armónica, que tiene el corazón elocuente y el pensamiento luminoso. Hombre de un espíritu abierto a todas las tolerancias del juicio, Rodó predica a la juventud el idealismo de la vida. Combate a Calibán, ese eslabón perdido entre el hombre y los cuadrumanos, encarnación del espíritu mezquino y repulsivo, y enaltece a Ariel, genio del aire y del bien, llama perpetua de luz encendida en la frente de los jóvenes y en el palpitar de los astros.

¡Cuán bellamente expresa su convicción en el poder supremo que nos vigila,—aunque nos olvidemos de El, como la multitud indiferente,—en el último párrafo de "Ariel! Dice así:

"Mientras la muchedumbre pasa, yo observo que, aunque ella no mira el cielo, el cielo la mira. Sobre su masa indiferente y obscura, como tierra del surco, algo desciende de lo alto. La vibración de las estrellas se parece al movimiento de unas manos de sembrador". (9)

En cuanto a la poesía de América, es tan abundante, que su anotación necesitaría una biblioteca. Su brillantez adquiere esplendores extraordinarios y podría comparársele con una inmensa floresta lírica, en tierra tropical y ardiente, junto a un mar azul y bajo un clemente cielo estrellado.

Los poetas del Norte cantan las glorias de la naturaleza feraz, los encantos del hogar sereno y bien poblado en medio de los rigores de un clima poco benévolo,—como en "Snow Bound", de John Greenleaf Whittier. ¡Cuán hermosamente pinta este poeta la vida íntima del hogar, en una noche de crudo invierno, cuando la tempestad ruge afuera!

(9) José E. Rodó, *Ariel*.

"Shut in from all the world without,
We sat the clean-winged hearth about,
Content to let the North wind roar
In baffled rage at pane and door,
While the red fire before us beat
The frost line back with tropic heat;
And ever, when a louder blast
Shook beam and rafter as it passed,
The merrier uy its roaring draught
The great thoroat of the chimney laughed;
The house dog on his paws outspread
Laid to the fire his drowsy head,
The cat's dark silhouette on the wall
A couchant tiger seemed to fall;
And, for the Winter fire-side meet,
Between the andirons' stradding feet,
The mug of cider simmered slow;
The apples sputtered in a row,
And, close at hand, the basket stood
What matter how the night behaved?
With nuts from brown October's wood.
What matter how the north-kind raved?
Blow high, blow low, not all its snow
Could quench our hearth-fire's ruddy glow". (10)

Y, cuando reconoce que los miembros de su familia que rodearon con él el altar familiar en aquella noche memorable han pasado ya a la otra vida y jamás volverán a ocupar sus puestos en este mundo, ¡qué confortante la fe cristiana con que se expresa!

"Yet love will dream and faith will trust,
(Since He who Knows our need is just)
That somehow, somewhere, meet we must.
Alas for him who never sees
The star shine through his cypress trees!
Who, hopeless, lays his dead away,
Nor looks to see the breaking day
Across the mournful marbles play!

(10) John Greanleaf Whittier, *Poems,*

Who hath not learned, in hours of faith,
The truth to sense and flesh unknown,
That Life is ever Lord of Death
And Love can never lose its own!" (11)

Cantan también los poetas de Norteamérica el mérito de una existencia y una labor altamente moral como la única preparación para la prueba final y brumadora,—como en "Thanatopsis", de William Cullen Bryant. Dice el cantor en ese noble poema, en las líneas que lo finalizan:

"So live that when thy summons comes to join
The innumerable caravan, which moves
To that mysterious realm, where each shall take
His chamber in the silent hall of death,
Thou go not, like the quarry-slave at night,
Scourged to his dungeon, but, sustained and soothed
By an unfaltering trust, approach thy grave
Like one who wraps the drapery of his couch
About him and lies down to pleasant dreams". (12)

En el norte faltan los escritores eróticos, pues la vida que aún tiene mucho del ejemplo dado por los peregrinos de Plymouth, no se presta a dicho motivo de inspiración. Se enaltece el amor, pero es el amor del hogar, santo y altamente moral; y el amor y devoción a la patria—sobre todo en los últimos años, —se presentan como cosas sagradas.

En el sur, los poetas tienen más facilidad para expresarse, son más subjetivos, más cálidos, y los poemas florecen como rosales, llenos de color, de vida, de aromas, que perfuman el ambiente. Se recuerda con más frecuencia el pasado y se exalta con más entusiasmo el amor. Son, por lo común, más musicales los poetas del sur, mientras los del norte son más profundos, aunque más escasos.

Henry Wadsworth Longfellow, John Greenleaf Whittier, William Cullen Bryant, Edgar Poe, James Russell Lowell, Sidney Lonier, Oliver Wendell Holmes, Fitz Greene Halleck, y Walt Whitman forman una pléyade de poetas del siglos pasado, universalmente conocidos. Mientras en el sur la poesía crece de

(11) Id. Id.
(12) William Cullen Bryan "Poems".

día en día, y encuentra en todas partes felices intérpretes, en el norte,—muy a pesar de los espíritus cultos,—decae visiblemente. Hoy no canta en Estados Unidos ningún poeta digno de ser comparado con los ya nombrados; quizá el excesivo desarrollo de las riquezas naturales, la vida apresurada que se lleva en medio de un tumulto precipitado, el afán industrial que se hace notar hasta en las aldeas más apartadas y más pequeñas, hayan ahuyentado a las musas que aman el silencio de la soledad como medio de comunicarse con los hombres. Aquello, sin embargo, es sólo un ejemplo de la lucha que se ha entablado en todo el mundo entre lo material y lo espiritual, y los espíritus cultos no pueden menos que lamentar la decadencia de la poesía, como verdadera expresión del alma de un pueblo.

En el tierno e inspirado "Evangelina" canta Longefellow las desgracias de un pueblo desterrado y la soledad de los campos arrasados, en una época en que la nación no había emprendido la vida tan activa y bulliciosa que leva hoy. ¡Cuán expresivos de la calma de la naturaleza son estos versos con que principia este noble poema!

"This is the forest primeval. The murmuring pines and the hemlocks,
Bearded with moss, and in garments green, indistinct in the twilight,
Stand like druids of eld, with voices sad and prophetic,
Stand like harpers hoar, with beards that rest on their bosoms.
Loud from its rocky caverns, the deep-voiced neigbouring ocean
Speaks, and in accents disconsolate answers the wail of the forest.
This is the forest primeval; but where are the hearts that beneath it
Leaped like the roe, when he hears in the woodland the voice of the huntsman?
Where is the thatched roof, the home of Acadian farmers,
Men whose lives glided by like rivers that water the woodlands,
Darkened by shadows of Earth but reflecting an image of Heaven?

Waste are those pleasant forms, and the farmers forever departed,
Scattered like dust and leaves, when the mighty blasts of October
Seize them, and whirl them aloft, and sprinkle them far o'er the ocean.
Naught but tradition remains of the beautiful village of Grand Pré. (13)

Y Edgar Allan Poe, aquel portentoso genio algo desorbitado, componía en la soledad las mejores poesías que se deben a su pluma, con el acento plañidero de un Heine, o de un Musset,—aunque él mismo amaba la vida bulliciosa de la taberna y frecuentaba poco los sitios solitarios. Bien dijo en las estrofas impresionantes de "El Cuervo":

"Once upon a midnight reary,
While I nodded, week and weary
Over many a quaint and curious
Volume of forgotten lore,—
While I nodded, nearly napping,
Suddenly there came a tapping,
As of some one gently rapping,
Rapping at my chamber door.
'Tis some visiter', I muttered,
'Tapping at my chamber door.
Only this and nothig more.' (14)

Aún en su poesía más musical, "Annabel Lee", pinta una escena junto al mar, mejor que la vida apresurada de la ciudad, que desesperado corrió:

"It was many and many a year ago,
In a Kingdom by the sea,
That a maiden there lived whom you may know,
By the name of Annabel Lee;
And this maiden she lived with no other thought
Than to love and be loved by me.

(13) Longfellow, "Evangelina".

I was a child and she was a child,
In this kingdom by the sea,
But we loved with a love that more than love,
I and muy Annabel Lee;
With a love that the winged seraphs of Heaven
Coveted her and me." (15)

Norte América ha limitado su caudal poético, quizá, en gracia del mayor florecimiento que surge en los países latinos del centro y del Sur, pues no hay nación latinoamericana que no tenga sus poetas,—y en su conjunto son estos muchos, entre los cuales, citamos a: Sor. Inés de la Cruz, Salvador Díaz Mirón, Manuel Gutiérrez Nájera, Antonio Tablada y Amado Nervo, que han cantado en México; Rubén Darío en Nicaragua,—mas para toda América Latina;—Carlos Roxlo, Juan Zorrilla de San Martín, Elías Regules, Julio Herrera y Reissig, Juan Carlos Gómez, Francisco Acuña de Figueroa, etc., en el Uruguay; Olegario Víctor Andrade, "Almafuerte" (Pedro B. Palacios), Carlos Guido y Spano, Diego Fernández Espiro, Alberto Ghiraldo, Estanislao del Campo, Rafael Obligado, M. Hernández, y Leopoldo Lugones en Argentina; José Santos Chocano, José Gálvez y Alberto Ureta en el Perú; Gonzálvez Díaz, Fagundas Varella, Alberto de Oliviera y Olavo Bilac, en el Brasil; Julián del Casal, José María Heredia y José Martí, en Cuba; Julio Calcaño, José Antonio Pérez Bonalde, Rufino Blanco Fombona, Andrés Bello y Gonzalo Picón Febres, en Venezuela; José Eusebio Caro, Julio Arboleda, Rafael Pombo, José Asunción Silva,—el iniciador del movimiento modernista en la poesía lírica de América,—y Guillermo Valencia, en Colombia; Ricardo Jaimes Freire, en Bolivia; Pedro Henríquez Ureña, en Santo Domingo; Luis Llorens Torres y Y. José de Diego, en Puerto Rico; Diego Dublé Urrutia, Eduardo de la Barra, Víctor Domingo Silva, y Samuel Lillo, en Chile; Eloy Fariña Núñez, Alejandro Guanes, Juan E. O'Leary en el Paraguay; José de Batres Montúfar, Juan Aycemena y Julio de Rival, en Guatemala; José Joaquín Olmedo, César Borja, Numa Pompilio Llona y Gallegos del Campo, en el Ecuador;—estos son algunos de los poetas latinoamericanos que más renombre se han conquistado, y que han inspirado con la música de sus cantos y el ardor de sus almas.

(15) E. A. Poe — *Poems*.

En historia, el norte tiene mucho más éxito que en poesía. Los Estados Unidos nombran con orgullo a Hubert Howe Bancroft, W. H. Prescott, Washington Irving, John Lothrop Motley, John Fiske, William Sloane, Theodore Roosevelt y Woodrow Wilson,—los dos últimos presidentes de la república,—entre muchos otros que se han distinguido.

El sur tiene a Pedro Fermín Zeballos, y el Arzobispo Federico González Suarez, en el Ecuador; Diego Barros Arana, Benjamín Vicuña Mackenna y José Toribio Medina, en Chile; Juan Bautista Alberdi, Bartolomé Mitre, en Argentina; José María Roa Bárcena y Joaquín García Escalbalceta, en México; Antonio Díaz, Eduardo Acevedo, Francisco Bauzá, Luis Alberto de Herrera, en el Uruguay; Manuel González Prada, Francisco García Calderón, Ricardo Palma,—único en América como tradicionista,—y José de la Riva Agüero, en el Perú; José Ibáñez, Restrepo, en Colombia; Rafael María Baralt, Oviedo Ibañez, José Gil Fortuol, y Laureano Vallenilla Lenz, en Venezuela; Manuel Domínguez, Juan E. O'Leary y Cecilio Páez, en el Paraguay; Lorenzo Montúfar y Ramón Salazar en Guatemala,—y otros, cada uno en su país, se han dado a la tarea, a veces ingrata, de disipar las brumas del período del Coloniaje y la Independencia y a explicar los movimientos políticos y sociales de la época moderna.

Hace falta un historiador de conocimientos profundos y de pluma fácil, ya sea del norte o del sur,—que escriba la "Historia de América", entrelazando los acontecimientos de ambas partes del continente, desde los tiempos más remotos hasta el presente, con un espíritu completamente imparcial y con la calma del verdadero historiador desinteresado que busca sólo la verdad de los acontecimientos, sin prejuicio alguno. El que lleve a cabo tan importante obra habrá contribuído poderosamente a la cultura continental, y dejará su nombre hondamente escrito en las páginas de la historia. Entre los escritores filosóficos de las dos partes del continente, se nota una diferencia profunda de concepto, sin embargo de lo cual ambos se complementan. Los del Norte tienden a la consideración de los problemas del libre albedrío, debido, quizá, a la completa libertad del pensamiento y a la amalgama de las razas procedentes, por lo general, de los países fríos del norte de Europa. Como resultado de esta natural libertad de expresión, y de la formación de la raza, existen representantes de todas las escuelas filosóficas conocidas:—materialistas, como Draper, quien, se puede decir, proyecta las ideas

de Tyndall, y Fiske,—el exponente en el Nuevo Mundo de la filosofía de Spencer,—mas cuyo sistema ha sido tenazmente combatido por Emerson, y sus colegas de la escuela de los "trascendentalistas"; Bowne, cuyas ideas se asemejan en algo a las de Bergson y su escuela idealista; metafísicos, como Mc Cosh, Porter y Bascom; maestros en la filosofía política, como Jefferson, Lincoln, Wilson, y Hamilton; sociólogos, como Ross, de la Universidad de Wisconsin; psicólogos, como J. Mark Baldwin, cuyas obras, particularmente aquellas que tratan de la psicología de la niñez, han sido traducidas a casi todas las lenguas modernas; y otros, muchos de ellos profesores universitarios, tan distinguidos como Josiah Royce y William James, especialmente este último, psicólogo tan sutil como famoso, fundador de la escuela del pragmatismo, y que ha logrado una envidiable influencia sobre las modernas corrientes del pensamiento en los países de América. Generalmente se emplea el método científico en todo estudio o especulación filosófica, y las teorías que desdeñan o ignoran lo que han revelado la fisiología y la historia natural, encuentran muy escaso favor entre pensadores.

El sur de América no ha formado ninguna escuela filosófica propia, mas cuenta con comentadores y ensayistas notables,—tales como Rodó y Vaz Ferreira en Uruguay; sociólogos y pedagogos, como Ingenieros, en Argentina; González Prada, Alejandro O'Deustua y García Calderón en el Perú; Juan Montalvo y otros, diseminados por los varios países, tales como De la Luz y Caballero, Benjamín Constant, Ramos Mejía, Enrique José Varona, Julio Hostos, Antonio Caso, Javier Prado, Manuel Domínguez, Carlos Octavio Bunge, y Juan Bautista Alberdi. Estos escritores, por lo general, evidencian la influencia de Guzmán, Spencer, Augusto Comte, Fouillée, y, últimamente, Henri Bergson y Boutroux, aunque es verdad que durante mucho tiempo prevaleció la escolástica, reflejada por Tomás de Aquino, Scoto, Anselmo, Jaime Balmes, y otros de aquella escuela vieja y ahora desacreditada. Mas hay un buen número de escritores latinoamericanos que, rompiendo con la tradición, desdeñan las teorías preconizadas, unas por el positivismo de Comte, otras por el aristocratismo intelectual de Renán, o por la Metafísica de Taine, la Sociología de Guyau o el individualismo germánico de Max Stirner, Hegel, y Nietzsche. Tales escritores buscan la solución de los problemas que nos presenta la psicología humana, y, en combinación con sus colaboradores del Norte, habrán de producir en el futuro, una escuela filosófica típicamen-

te americana, basada en los fenómenos del propio ambiente, y en la mentalidad de las razas amalgamadas continentales.

Desde ya, son varios los pensadores del norte y del sur, que se han distinguido como instructores de la juventud, de cuya educación depende, en gran parte, la suerte de las naciones. En el norte brillan con lustre especial Horace Mann, quien influenció grandemente a Domingo Faustino Sarmiento, autor de "Facundo" y presidente de la Confederación argentina; Woodrow Wilson, profesor y presidente de la Universidad de Princeton, cuyos ideales democráticos, rechazados por algunos de sus colegas de aquel entonces, luego adoptados por fuerza de opinión pública, llamaron la atención y abriéronle las puertas de la "Casa Blanca" en el período más difícil de la historia humana, cuando peligraba la suerte de las democracias del mundo; Mark Hopkins, presidente de Williams College, una de las instituciones más antiguas de los Estados Unidos, de quien fué dicho que lo único necesario para formar una verdadera universidad, era sentar a este maestro al lado de un estudiante sobre el tronco de un árbol caído,—tan atrayente era su personalidad y tan profunda su sabiduría; Williams Harper, de la Universidad de Chicago, famoso como profesor, sobre todo en lo relacionado con las lenguas clásicas; y entre los más distinguidos de hoy, John Dewey y Paul Monroe, ambos del "Teachers' College" de la Universidad de Columbia.

En los países latinos se recuerda con veneración especial a don Andrés Bello, venezolano y compañero del gran Bolívar, poeta insigne, legislador, gramático cultísimo, y escritor fecundo; José P. Pedro Varela, pedagogo y reformador de la escuela uruguaya de instrucción primaria; Domingo Faustino Sarmiento, argentino; Justo Sierra en México; los Amunátegui y el fraile Camilo Henríquez, en Chile,—revolucionario éste último, editor de "La Aurora" y decidido propagandista del sistema lancasteriano introducido en Sud América cien años ha por el apóstol de la instrucción mútua, Diego Thomson, escocés; Alejandro Andrade Coello, en el Ecuador; Ricardo Carrasquilla, crítico distinguido de Colombia, y Eugenio Hostos, portorriqueño, quien actuó en Santo Domingo y en Chile propuso que se abrieran las puertas de la Universidad a las mujeres e ideó el ferrocarril transandino.

La mentalidad del norte ha sido más fecunda en estudios científicos, relacionados con los inventos. Desde Roberto Fulton, el constructor del primer barco a vapor, hasta los herma-

nos Wright, quienes, con Santos Dumont, comparten el honor de haber sido los primeros hombres pájaros, y Thomas Edison, el brujo de la electricidad, han abundado los hombres inventivos, quienes han hecho estudios profundos que han dado como resultados los más grandes descubrimientos físicos y químicos que conoce el mundo.

En la música, no hay en toda la América compositor ni intérprete alguno,—salvo Gómez, brasileño,—quien pueda igualarse a los grandes maestros europeos. No hay un Paderewski, para el piano, ni un Kubelik para el violín, ni un cantor de la talla de Caruso.

Con lo brevemente expuesto se puede ver cuán poderosa y amplia es la herencia intelectual de América, engrandecida en todos los aspectos del saber humano y con un fondo común que ha enriquecido al mundo. Todo tiende a complementarse desde el fondo algo obscuro del lejano pasado, hasta la claridad meridiana del presente, y la reflexión activa de los escritores del norte se da la mano con el idealismo latino de la gente del sur. El conjunto de la literatura americana ha sido superado por muy pocos pueblos del orbe, en su iniciación; los años futuros han de darnos grandes sorpresas, valiosos tesoros de la mente de los escritores de ambas partes del continente.

VI

LA HERENCIA MATERIAL

Las tierras maravillosas de América que se extienden desde el Artico hasta el Antártico, poseen todos los climas, y por lo tanto, con más en su favor que otras, son dueños de todos los dones de la naturaleza.

Los Andes gigantescos, el Amazonas y el Mississippi enormes, las selvas vírgenes del Brasil, las mesetas mexicanas, la pampa del sur, los llanos del norte, las montañas rocallosas, el Niágara y el Iguazú, guardan tesoros de toda especie y son fuentes mágicas de progreso, que apenas podemos sospechar, brindándonos una flora maravillosa y una fauna múltiple, que elevan la vida de todas las naciones.

La farmacopea universal se ha enriquecido con múltiples productos indígenas de América; las ciencias positivas han encontrado cien cauces para su propósito; la agricultura antigua

reverdece en los campos feraces; y la física enfrena el torrente de las aguas y las utiliza en el avance de la vida moderna y febril.

Ciudades modernas y numerosas se agitan al margen de los grandes ríos y a lo largo de las costas, y ofrecen al mundo puertos encantados que alumbran las rutas del porvenir. La tierra virgen y nueva remoza la existencia de los demás continentes fatigados, y el hombre americano explota el oro del suelo y el oro del espíritu con una predestinación obligada que le ha de convertir en el árbitro de los destinos del mundo.

Sin embargo, esta sorprendente prosperidad material de las Américas, no será nunca el lazo de unión material que haga marchar de común acuerdo a sus naciones.

El intercambio de productos, el desarrollo más o menos grandioso de industrias y riquezas, no hace nunca la felicidad permanente ni asegura alianzas pacíficas, sólidas y duraderas. Son las cosas del espíritu,—el corazón y el pensamiento,—las que tejen los verdaderos lazos entre los pueblos, entre las naciones, aún entre los continentes. Con este pensamiento, seguramente, el presidente del directorio de uno de los bancos más fuertes de Nueva-York, al dar la bienvenida a una conferencia panamericana, dijo:

"La verdadera grandeza de una nación no depende de la extensión de su territorio, ni del monto de su población, ni de las riquezas que haya acumulado. Estriba esa grandeza, más bien, en su claridad de visión para apreciar los principios del bien y de la justicia; en la anchura de su comprensión de las grandes verdades de la humanidad; en la fuerza con que salvaguardia todo lo que se ha ganado con la civilización. Estos son principios honrosos que no pertenecen exclusivamente a ningún período de la historia ni a ningún pueblo; son, más bien, la mejor y la común herencia de la civilización, principios que se hallan escritos en la conciencia mundial, en un lenguaje común, y que son comprendidos, por todo hombre de bien, sea la que fuese su raza, su lengua o su país."

Encierran estas palabras una gran verdad que bien se podría tomar en cuenta en el desarrollo de la futura civilización americana y al tratar de estrechar las relaciones entre sus pueblos. Mas no deja de ser una fuerte herencia común del continente la riqueza esplendorosa de sus tierras que ven por el norte la aurora boreal y confunden en el sur los mares australes del Cabo de Hornos.

VII

EL ALMA Y SUS HERENCIAS

Así, pues, complementada por las riquezas naturales, unificada por las mas diversas ideas, engrandecida por sus múltiples afanes, el alma americana tiende a surgir como una sola;—como un gran eje donde convergieran todas las fuerzas unánimes,—como una gran caja de resonancia donde fueran a polarizarse todas las harmoniosas herencias del espíritu.

Las luchas guerreras y las luchas pacíficas nos hermanan en la historia y en la naturleza. Dios nos da grandes hombres para guiar el pensamiento americano, para que nuestra grandeza intelectual vaya en constante aumento. Y si el presente atestigua y amplía la herencia común de los pueblos, el futuro nos guarda grandiosas conquistas.

WEBSTER E. BROWNING

De las Universidades de Princeton y Lima.

Lima, 1920.

Un sacerdote de la cultura

(Apuntes sobre la ideología de Eugenio D'Ors')

II

Eugenio D'Ors afirma que puede ponerse en práctica las virtudes heroicas en cualquier oficio y en cualquier aprendizaje. Esta afirmación implica un acto de fe de inmenso valor y significación. La idea de que la heroicidad sólo procede, y es practicable, en las llamadas "altas esferas" de la vida humana, proviene de una corrupción del sentido de lo heroico. Precisamente a nuestra civilización cristiana le corresponde el mérito de haber reivindicado el valor y trascendencia de lo que podríamos llamar el "heroísmo de los humildes". La humanidad verdadera suele ser heroica, mejor dicho, es de naturaleza heroica. Algo más, aunque parezca paradójico a nuestro criterio pervertido por las sensualidades e idolatrías modernas: el principio de todo heroísmo es la humildad. De aquí la preferencia, bien marcada, con que muchos maestros de moral cristiana, principiando por los Padres de la Iglesia, han mirado siempre a esta virtud portentosa; de aquí también que sea ella la virtud opuesta por definición a la soberbia, el mayor de los pecados, y, según

---

LA RESTAURACION DE LA HUMANIDAD

La ciencia nada puede al lado
de la humildad sincera.

Azorín.

(a).—Esta orientación del criterio moral ya había sido preludiada por los estoicos. Hoy, como en los tiempos de la decadencia del mundo antiguo, todo anuncia la rehabilitación de la humildad como suprema virtud de vida. Ya Lecky, en su *"History of European Morals"*, señalaba a la humanidad como una de las virtudes más sujetas a los cambios a que las somete el juicio de valor, según las circunstancias históricas y las condiciones morales de las diversas épocas. Pero lo particular es que ahora la humildad resurge enriquecida y ennoblecida, adquiriendo un sentido y una significación de brava energía íntima, que, acaso, so-

muchos, origen de todos ellos. Hay, pues, que devolver al sentido de lo heroico su significación humana, social y cotidiana, despojándola de falsos aparatos y prosopopeyas. No es nada culto, es barbárico, hacer inherentes al concepto de lo heroico los atributos de la grandeza material, las resonancias y fanfarrias, más o menos marciales e imponentes, de las ceremonias, simulacros y artificios con que el hombre—por lo que hay en él de ancestralmente salvaje—gusta de revestir ciertos actos de su vida, sobre todo cuando se relacionan con los principios que juzga capitales en su existencia. El culto de la muerte y el culto de la vida constituyen los polos de todas las idolatrías y fetichismos. Por eso se ha tendido siempre a reverenciar las funciones del sacerdote y las del guerrero; siendo así que, en realidad, esas funciones están al margen de la vida misma y son como sus dos extremos. El culto de la muerte por amor a la vida y el culto de la vida por temor a la muerte, que absorben la atención y actividad de los profesionales que a esas esferas se dedican,

---

lo tuviera en los tiempos de su bíblica apoteosis. Hoy la humildad empieza a ser reconocida como principio activo de alta virtualidad heroica. Valor evolucionado, y probado al fuego de los crisoles de la conciencia contemporánea, después de su oscurecimiento durante el auge del positivismo; en ella esperan y a ella apelan los más perspicaces moralistas, mantenedores de un optimismo humano y trascendental. La humildad tiene la eficacia indispensable del grano de arena en la nueva edificación y ordenamiento que se intenta en el actual caos.

Según San Bernardo, la humildad es la guarda de todas las virtudes. Y, en efecto, toda la moral cristiana, que es la moral triunfante en nuestros días después de las *boutades* anti-cristianas de Nietzsche y otros—parece basarse en el culto de la humildad y las virtudes afines. "Vosotros—dijo Jesús a sus discípulos en la montaña—vosotros sois la sal de la tierra". Y, llamándoles bienaventurados porque se hallaban revestidos de diversas formas de la humildad, les ungió así en héroes y adalides de su doctrina. "Vosotros—repitió—sois la luz del mundo." (San Mateo V, 13,14.) En cambio el orgullo, la vanidad exterior, el precio y la ostentación de los valores del mundo, son (según palabras atribuídas a San Crisóstomo) "señales evidentes de la pobreza interna". Estos principios, mucho menos sencillos de lo que parecen, de puro sabidos se tienen olvidados; y, en el ensimismamiento, premura y avidez de nuestra vida de "hombres de ojos altivos y corazón insaciable" (Salmos, C, 5), a veces nos sorprende la expresión de una persona humilde, una vieja o un viejo desprovistos de cultura, en cuyas palabras se deja sentir la voz de la antigua sabiduría. Se trata, ahora, de darle a la disposición espiritual de los humildes un sentido, crítico, positivo, edificador. Humildad no es sinónimo de pasividad, sumisión y abatimiento. Tampoco debe confundirse la mansedumbre y la dulzura de corazón con la cobardía y la pusilanimidad. Y la cuestión no está en ser soberbio, alti-

son ajenos al meollo de la vida misma. Por eso, reaccionando contra la tendencia que polarizaba la atención de los historiadores y sociólogos hacia esas dos manifestaciones extremas del espíritu humno, se ha hablado de la intra-historia, y se ha reclamado mayor atención para las manifestaciones, más modestas, pero en realidad más esenciales, de la vida humana, que forman el íntimo tejido del vivir civil y doméstico. La religión y las armas han perdido su antigua preeminencia y, en cambio, la realidad cotidiana, ha adquirido inusitada importancia. La vida en sí misma y en sus modalidades inmediatas ha reasumido todo su valor. La cultura—arte de investigación, estudio, depuración y organización de los ideales—tiene por objeto el perfeccionamiento de la vida. Y, mientras para ella son poco menos que superfluas las pretensiones actuales de la pura teología y del puro tecnicismo militar, reconoce a los valores humanos del diario comercio, superior y decisiva importancia. ¿Es esto pragmatismo? Si lo es, reconozcamos que nuestro siglo es pragmá-

---

vo, autoritario, despiadado e implacable; sino en saber distinguir hasta qué punto, cuándo y cómo, se debe comprender, tolerar y tener misericordia. La humildad es, realmente, una virtud muy difícil de adquirir, si no se la posee ingénita como una gracia divina. Y aun el que la posee debe cuidar mucho de la manera cómo la pone en práctica; ¡suele ser tan mal interpretada, tan extraña, en estos tiempos!.... La humildad—decía San Vicente de Paúl—"no debe ser ligera y fugaz sino de todo corazón"; dando a entender con esto que era magnífica virtud (aunque parezca paradójico el calificativo) lejos de estar sujeta a las veleidades del ánimo, debe ser una norma invariable de nuestra conducta, inspirada en un íntimo y ardiente sentimiento de la igualdad y fraternidad humanas, ¡sagrada democracia!, para estar con la palabra de moda, y ¡cuánto más entrañable y efectiva que la que ahora así se titula!—La humildad, en fin, en la intención y el modo, es garantía de la pureza, y, por ende, de la eficacia de las buenas obras. "Ocultad vuestra limosna en el seno del pobre"—decía Bossuet—"Ocultadla hasta a vuestros más íntimos amigos. Si no podéis ocultaros a vosotros mismos el bien que hacéis, ocultad al menos su mérito a vuestros ojos." Bien se ve cómo temía a las flaquezas de la soberbia y del orgullo, aun en los nobles corazones, ese profundo conocedor de la naturaleza humana, y cómo quería defender, mediante la humildad, al bien naciente, de los peligros que le acechan. En el Evangelio de San Mateo, cap. VI, se lee consejos semejante. Los versículos 1, 2, 3, 4 y 5 preceptúan las más perfectas sencillez y modestia en el cumplimiento de las buenas acciones. Mucho hay que temer de la heroicidad interesada concupiscente, del que hace tocar delante de sí la trompeta "como los hipócritas hacen en las Sinagogas y en las calles". El fecundo silencio, el beato secreto, la gozosa sencillez, son el signo de las grandes y trascendentales acciones. Maeterlinck admira en Carlyle el culto del silencio, y Emerson apren-

tico. Todos los pensadores, todos los cultores del espíritu humano, tods los reformadores y críticos de costumbres y leyes, orientan sus estudios y esfuerzos en sentido semejante, y bajo semejantes normas. Engenio D'Ors es un ejemplo. He aquí algunas de sus observaciones relativas al heroísmo (inspirado en el ideal de la cultura humana) en cualquier oficio y en cualquier aprendizaje.

1.—"Aquel hombre, hijo mío, que vino a verme esta mañana —¿sabes?, el de la cazadora color de tierra—no es un hombre honesto. A dulce, a fiado, a trabajador, a buen padre de familia, pocos le ganan. Pero este hombre ejerce la profesión de caricaturista en un periódico ilustrado. Esto le da de qué vivir; esto le ocupa las horas de la jornada. Y, sin embargo, él habla siempre con asco de su oficio, y me dice: "¡Si yo pudiera ser pintor! Pero me es indispensable dibujar esas tonterías para comer. ¡No mires los muñecos, chico, no los mires! Comercio puro..." Quiere decir que él cumple únicamente por la ganancia. Y que

---

dió de aquél estupendo visionario e intuidor *(seer)* de los tesoros de nuestro corazón, el bello arte de ocultar las riquezas y los esplendores del alma, que, sólo en ciertos momentos, y a raros amigos, debe dejarse adivinar. ¡Ah! ¿quién podrá, algún día, decir la leyenda, la callada, íntima y heroica historia de las abscondidas virtudes inefables, que realizan iguales prodigios en el alma de un Marco Aurelio, de un Cromwell, de un Washington, de un Sucre que en la de un infeliz Quijote de aldea y en la de una modestísima dueña de casa?—En cuanto a lo principal de nuestro tema, no desperdiciaremos la ocasión de referirnos aquí al contenido, utilísimo a nuestra tesis, del citado capítulo de San Mateo. El versículo 11 dice: "Damos hoy nuestro pan sobre-substancial", y, aunque en esta frase estaría dicho todo al buen entendedor, permítanos él insistir, que justos han de pagar por pecadores. El versículo 25 dice: "Por tanto os digo no andéis afanados para vuestra alma, qué comeréis; ni para vuestro cuerpo, que vestiréis. ¿No es más el alma que la comida: y el cuerpo más que el vestido?" Más radical espiritualismo no es dable. Ni para el alma se acepta el alimento material, es decir el saber, la cultura. El versículo 26: "Mirad las aves del cielo, que no siembran, ni siegan, ni allegan en trojes; y vuestro Padre Celestial las alimenta. ¿Pues no sois vosotros mucho más que ellas? "Y he allí la condenación del espíritu de especulación y ambicioso, hecho en forma bellísima. No silenciaremos que *Azorín* tiene hecha en uno de sus libros una paráfrasis encantadora de este pasaje de infinita sabiduría. Y el versículo 27 insiste en un tono superior al del Eclesiastés, porque es sereno y nó amargo y escéptico: "¿Y quién de vosotros discurriendo puede añadir un codo a su estatura?" Y el 28: ¿ Por qué andáis acongojados por el vestido? Considerad cómo crecen los lirios del campo no trabajan ni hilan". Cómo se hace cenizas la vanidad de nuestras in-

ha dejado que su espíritu se vaya lejos de la labor que le ocupa las manos en lugar de elevar a la labor que le ocupa las manos del espíritu. Porque él tiene su faena por malísima. Pero dígote, hijo, que si la faena de mi amigo es tan vil, si sus dibujos pueden ser llamados tonterías, *la razón está justamente en que él no metió allí su espíritu* (13). *Cuando el espíritu reside no hay faena que no se vuelva noble y santa.* Lo es la del caricaturista, como la del carpintero y la del que recoje las basuras y la del que llena las fojas para repartir un periódico a los sucritores. Hay "una manera" de dibujar caricaturas, de trabajar la madera y también de limpiar de estiércol las plazas o de escribir direcciones, que revela que en la actividad se ha puesto amor, cuida-

---

dustrias, y cómo pierde su sentido y su razón de ser ese "trabajo" que a tántos enorgullece y tantísimos envilece, desnaturaliza y engorda. "Ya digo—continúa el 29—que ni Salomón en toda su gloria fué cubierto como uno de estos" Y vemos la actividad noble, serena de dulce beatitud, con que el Maestro señalaría las humildes flores, que ostentarían entonces las aéreas maravillosas galas de la mañana o de la tarde. Y después, ya con un leve ceño: "Pues si al heno del campo, que hoy es, y mañana es echado en el horno, Dios viste así: ¿cuánto más a vosotros, hombres de poca fe?" (vers. 30). "No os acongojéis pues, diciendo: ¿Qué comeremos, o qué deberemos, o con qué nos cubriremos" (vers. 31). "Porque los Gentiles se afanan por estas cosas: y vuestro Padre sabe que tenéis necesidad de todas ellas" (vers. 32). Y aquí la norma del trabajo: "Buscad, pues, primeramente el reino de Dios y su justicia: y todas estas cosas os serán añadidas" (vers. 33). O sea: Antes que todo y sobre todo está el culto de Dios, el amor y el celo con que miramos su obra y las finalidades de su obra, de la que formamos parte. El Maestro daba a entender, en sus palabras, que en la creación no es posible que carezca de lo necesario el que busca, con verdad de corazón, el reinado del Señor y su justicia; y no cabe duda de que *así es.* Buscar, con verdad de corazón, el reinado del Señor y su justicia, es hacerse heroico en cualquier oficio y en cualquier aprendizaje; no trabajar por la ganancia, sino por la belleza y la perfección de la obra, poniendo nuestro amor y nuestro espíritu en ella, por humilde que sea, pues si participa de nuestra alma también participará de su dignidad y su grandeza, y, por tanto, de la de Dios, y lo demás será añadido.

E. E.

Eucken, ps. 190 y 272, *La Vida, su valor.*

(13).—Menéndez y Pelayo ha expresado el pensamiento espiritualista a este respecto, diciendo: "En letras como en todo, el espíritu es lo que mata o lo que salva", *Historia de las ideas estéticas en España.*— Unamuno, en su *Vida de Don Quijote y Sancho:* "El espíritu produce espíritu, como la letra letra, y la carne carne".... p. 99.

Eucken en V. de la V. p. 233.

do de perfección y de armonía, y una pequeña chispa de fuego personal: eso que los artistas llaman "estilo propio", y que no hay obra ni obrilla humana en que no pueda florecer. Manera de trabajar que es la buena. La otra, la de menospreciar el oficio, teniéndolo por vil, en lugar de redimirlo y secretamente transformarlo, es mala e inmoral. *El visitante de la cazadora color de tierra es, pues, un hombre inmoral, porque no ama su oficio".* Es bíblica esta manera de considerar el trabajo, y entre los cultores del espíritu moderno hay muchos que se esfuerzan por hacerla moderna. Lo que se pierde por lo que podríamos llamar *anarquía de las profesiones, artes y oficios o caos de las vocaciones,* es de incalculable valor; fuera de lo que representa como defraudación de esperanzas, espectativas, facultades, méritos y aún genio y talento malgastados. La división del trabajo en el tiempo, y su adecuación y distribución conforme al temperamento, talentos y aficiones personales es, acaso (prescindiendo de otras cuestiones de mayor importancia aparente, y cuyo estudio y arreglo no ha podido hacer desaparecer el malestar que corroe a las modernas sociedades), el problema más importante que tiene que resolver el hombre civilizado para la organización definitiva de su vida en este planeta que ya va resultando estrecho para su capacidad de acción y la amplitud de su poder. Hay, pues, que poner oído atento a las quejas provenientes de la inadaptación de los caracteres y temperamentos personales a la labor a que se ven sometidos sin que tal determinación sea generalmente regida por otra ley que el azar. La organización de las sociedades modernas es, en este sentido, lamentable; y el clamor que originan el trastrueque y el desorden de las labores y esfuerzos, en relación con las disposiciones mentales, espirituales y hasta físicas de los hombres a esfuerzos y labores sometidos, es universal.

Hay un fragmento de Anatole France, ese sutil observador, ese sagacísimo crítico de las anomalías de la vida moderna, titulado *"La Jornada",* que refleja en buena parte las preocupaciones e inquietudes del hombre culto de nuestros días en cuanto a lo que venimos exponiendo. Héle aquí:

LA JORNADA

Un sol pingüe bebe el rocío de los prados esta mañana, dora los pámpanos de los ribazos, y con sus flamas sutiles pasa a través de las uvas ya maduras. Vibra el aire ligero en el horizonte.

Sentado en frente de mi mesa de trabajo, que he impelido hasta la orilla de la ventana, inclinándome un poco, veo la granja en que desgranan el trigo los obreros.

Lo hacen con trabajo, mas la bella luz del día los baña y los colma abundantemente. Dos caballos robustos, lasos y pacientes, enganchados al malacate que mueve la máquina de trillar, giran incesantemente y hacen crujir las ruedas y dar chillidos a las correas. Un niño agita su látigo para excitarlos y para espantar las moscas ávidas de su sudor. Los hombres con las boinas azules vizcaínas traídas de los Pirineos a Gironda, llevan en sus espaldas las gavillas pesadas que las mujeres, de sombrero grande de paja, descalzas sobre la manta gris de la era, meten a manos llenas en la trilladora que zumba como una colmena. Un muchacho flaco y vigoroso levanta con el extremo de su horquilla la paja desmochada y trunca; mientras que los granos de trigo, vaciados en un arnero de manubrio, abandonan al impulso del soplo de aire los restos de sus túnicas ligeras. Bestias y gentes obran de concierto con la obstinada lentitud de las almas rústicas. En tanto, tras las gavillas y a la sombra de la granja, los pequeñuelos ríen sobre los carretones de heno dejando ver sólo sus ojazos abiertos y sus carrillos embadurnados. Esas mujeres, aquellos hombres tostados, de mirar apagado, de boca tosca, de cuerpo entorpecido, no carecen de belleza. La ingenuidad de su rústica manera de vestir traduce con exactitud todos los movimientos de sus cuerpos, y estos movimientos, aprendidos de los abuelos desde tiempo inmemorial son de solemne sencillez. Sus rostros que no tienen el sello de ningún pensamiento claro, sólo reflejan el alma de la gleba.

Podría decirse de ellos que nacieron del surco, como el trigo que han sembrado y cuyo pan mascan con respetuosa lentitud. Tienen la belleza profunda que emana de la armonía. Su carne tostada, bajo el polvo que la cubre, el polvo de los campos que no ensucia, toma en la luz no sé qué de leonado, de encendido y de rico. El oro de las gavillas les rodea, un polvo rubicundo flo-

ta a su alrededor, como la gloria de la antigua Ceres desparramada todavía por nuestros campos y nuestras granjas.

Y hé aquí que, abandonando libros, plumas y papeles, miro con envidia esos trilladores de trigo, esos sencillos artesanos de la obra por excelencia. ¿Qué significa mi tarea al lado de la suya? ¡Cuán pequeño y humilde me siento ante ellos! Lo que hacen es necesario ¿Y nosotros, frívolos saltimbanquis, que jugamos vanamente con la flauta, podemos lisonjearnos de hacer algo que sea, no digo ya útil, sino sólo inocente? ¡Felices el hombre y el buey que trazan un surco sin rodeos! Todo lo demás es delirio, o por lo menos incertidumbre, causa de turbación y de desasosiego de ánimo. Los obreros que veo desde mi ventana trillarán hoy trescientos manojos de trigo, luego se acostarán fatigados y contentos, sin duda, de la bondad de su obra. ¡Oh! ¡El júbilo de cumplir una tarea exacta y regular! Mas yo ¿sabré esta noche, con mis diez páginas escritas; si he satisfecho bien mi jornada y si he ganado el sueño? ¿Sabré si de mi granja han traído el grano saludable? ¿Sabré si mis palabras son el pan que alimenta la vida?

¿Sabré si he dicho bien? Culquiera que sea nuestro trabajo, sepamos, al menos, cumplirlo con sencillez de corazón, con buena voluntad (14).

EDWIN ELMORE

(14).—Mauricio Maeterlinck, en los capítulos X, XI y XII del libro quinto de su "Vida de las abejas" dedica muy interesantes y bellos comentarios a una escena como la que France describe. Remitimos al lector a la obra del ilustre pensador belga, para que aprecie cómo allí también palpitan preocupaciones semejantes a las apuntadas aquí.

El Caminante

Ofrecemos aquí a los lectores de "Mercurio Peruano" una primicia de la literatura danesa, tan absolutamente ignorada en nuestro medio. Esta literatura, hermana de la noruega y de la sueca y afín de la alemana e inglesa, presenta los caracteres comunes a todas las literaturas nórdicas, especialmente en lo que toca a su poesía. En ésta se advierte la misma interioridad lírica, igual recogimiento, idéntica gravedad, casi hierática, de tono que en aquéllas. Carl Kjersmeir, autor de la composición que insertamos, es típico representante de la sensibilidad poética actual de su patria y, como tal, ha de interesar vivamente a nuestros lectores, por el contraste que la mentalidad nórdica hace con la nuestra, destacando calidades estéticas más hondas, si menos brillantes que las nuestras. A nuestro amigo, el notable poeta José María Eguren, debemos el envío de esta rica ofrenda poética.

Cada noche me acuerdo de una tumba, cubierta con yerbas,
bajo el encorvado cielo meridional;
y arrodillado, con la mirada dirigida hacia
la pálida multitud estrellar, murmuro:

"Te suplico ¡oh Señor! una tumba me dés,
"una tumba a la par de la de ella,
"más el apesarado canto del pájaro "Solsort"
"para que pueda regocijarse mi pensamiento en la tumba, recordando.....

"Cada primavera cuando el aroma del rosal silvestre,
"casi inapercibido se siente,
"permítenos encontrarnos en la obscuridad, y labio contra labio,
"abrazarnos en el frío de la tumba."

CARL KJERSMEIR

Régimen de la propiedad durante los Incas

Está unida, tan íntimamente, la evolución de la propiedad con la de la personalidad humana, que puede decirse que la primera es un reflejo de la segunda. El Imperio no alcanzó, en su desarrollo, a definir la personalidad individual y aun la entidad *familia* no tuvo rol preponderante, pues ella y sus componentes, los individuos, formaban parte de la comunidad, la que no podía abandonarse, pues no se aceptaba el cambio de localidad.

La absorción individual por la administración incaica, se manifiesta hasta en la constitución de la familia, proveniente del matrimonio efectuado por orden de la autoridad, prescindiendo, a menudo, del consentimiento de los contrayentes. (1) El ejercicio de la actividad humana también dependía de la administración: ésta señalaba el oficio. Por el modo de vestir, se distinguían unos pueblos de otros (2), y aun en las ciudades, los indios forasteros tenían señalado un barrio donde habían de morar (3).

Consecuencias de las taxativas a la libertad individual, fué la carencia del derecho de propiedad territorial, residiendo toda facultad en el Monarca, personificación del Estado en aquellas épocas rudimentarias.

El centralismo incaico, donde apenas los *camachicos* venían a ser el eslabón entre el cabildo abierto y el asomar del munici-

---

(1).—"Discurso sobre la Sucesión y Gobierno de los Incas", en el tomo VII del Juicio de Límites entre el Perú y Bolivia, Montesinos,—Ob. cit., pg. 41. Garcilaso.—Comentarios Reales, t. I, pgs. 282-83.—Ondegardo.—Ob. cit. t. III, pg. 127.

(2).—Cieza.—Ob. cit. pg. 399.—Montesinos, ob. cit. pg. 42.—Ondegardo, t. III, pg. 130.

(3).—Agustín de Zárate."Historia del descubrimiento y Conquista del Perú", (1555), en "Historiadores Primitivos de Indias", t. II. pg. 470.—Cieza, ob. cit., pg. 438.—Román y Zamora, t. II. pgs. 39-42.

pio, no podía conceder mayor independencia a individuos y pueblos, que la absolutamente indispensable para llenar determinado rol dentro del plan administrativo.

Con todo, no tuvo tiempo suficiente la dominación incaica para extinguir otras normas de índole diferente, en los pueblos recién sometidos y donde existieron ciertas formas de propiedad privada, siendo lógico deducir que las instituciones imperiales debieron sufrir la influencia de los países conquistados, principalmente cuando se trataba de países cuyo estado de adelanto se debía a civilizaciones tanto o más antiguas que la quechua.

Para trazar, en lo posible, un esquema de la organización de las comunidades durante el Imperio, hay que estudiar las modalidades de la propiedad rural, según se trate del elemento religioso, la nobleza o el pueblo.

Están acordes los historiadores en afirmar que los Incas dividieron el terreno en tres porciones: una para subvenir con sus productos al sostenimiento del culto y del sacerdocio; otra, para atender las necesidades de la familia imperial y del Fisco, y la tercera para el pueblo. Siendo una especie de tributo, el laboreo obligatorio, para la comunidad, de las dos primeras secciones.

Monarquía teocrática, cimentando su dominio sobre el pueblo con la aureola de la divinidad, tenía que fomentar el culto y sus ministros, lo que reclamaba ingentes recursos. Desde *mitimaes* especialmente dedicados al beneficio de las tierras de la religión, que eran las de mejor capacidad productiva y se beneficiaban de preferencia a pueblos asignados exclusivamente para el culto, todo atraía el preferente cuidado de los Incas. (4)

En pueblos de cultura atrasada, todo lo misterioso y sobrenatural es intangible, de aquí que los Incas se apoyaron tánto en la religión, no sólo exigiendo la suya u oficial, sino tolerando, además, el culto existente en cada una de las regiones sometidas.

Resalta la importancia concedida a la religión, hasta como medio político de dominio, en numerosas crónicas coloniales, y dan idea del influjo religioso, el hecho de que solamente los pri-

(4) Román y Zamora.—t. I. pg. 21.—Santillán.—Ob. cit. pg. 37; Ondegardo, ob. cit. t. IV, pg. 53.

meros padres agustinos, que se instalaron en Huamachuco, quemaron más de tres mil ídolos en esa provincia. (5)

En cuanto a los terrenos del Inca, cuyos productos se llevaban a depósitos especiales, servían tanto para atender a la familia imperial, cuanto para el proveimiento de los ejércitos, el suministro de alimentos y semillas a las comunidades en épocas de escasez, etc. A semejanza de lo que acontecía con el culto, existían también pueblos enteros dedicados al Inca (6).

Entre la propiedad señalada al Inca o la religión y la asignada a las comunidades, existía cierta *propiedad privada,* dependiente de la voluntad del soberano, en quien radicaba el dominio eminente concedido a los *curacas* o personas *principales,* en recompensa de hechos muy notables.

El terreno así adjudicado, aunque no se incluía dentro las tierras de reparto, no salía del *dominio familiar,* usufructuable en común y sin ser susceptible de partición por herencia, y desprovista, la concesión, del verdadero atributo del derecho de propiedad: la libre trasmisión. Así, lo asevera Ondegardo, pues dice: "aunque también los sucesores de aquel a quien se había hecho la merced de *tierras* o *ganado* también las *poseían de comunidad* sin dividirlo, y desto en ninguna manera se tributaba ni se suplía otra necesidad más de la de aquellos a quien pertenecía aunque se les sobrase, ni por eso se les dexaría de dar su parte de lo común" (7).

Para el cultivo de las tierras así concedidas, muerto el padre, se hacía tantas divisiones como hijos tenía, siendo forzoso haber tomado parte en el sembrío para disfrutar de los productos; sin perder los *ausentes* su derecho. Pero siempre se conservaba el dominio de toda la cosa por la entidad familia. Con todo, esta modalidad revela el esbozamiento del derecho *hereditario,* así como el de la no prescripción entre los coherederos (8).

En la Información sobre las Encomiendas de Huánuco, realizada en 1562, siendo virrey el Conde de Nieva, aparece de las declaraciones del Cacique Principal Gobernador de los Chupachos, que en Huánuco el derecho de heredar alcanzó mayor desarrollo que en el Cuzco y Charcas, lugares que gobernó Ondegar-

(5).—"Relación de la Religión y Ritos del Perú, hecha por los primeros religiosos agustinos que allí posaron para la conversión de los naturales"; en el t. XI de la Colección Urteaga y Romero.

(6).—Jiménez de la Espada.—"Relaciones Geográficas de Indias", t. II, pg. 18.

(7-8).—Ondegardo, ob. cit., t. III. pgs. 73-75, y 67, respectivamente.

do, en calidad de Corregidor y en los cuales, seguramente, estaba más restringida la institución de la herencia, tal vez por estar esos lugares más cercanos a la autoridad incásica. "En la sucesión de los bienes, dice el Cacique, los padres sucedían a los hijos, y estas chácaras se les habían dado en la *formación de los pueblos,* y que las tierras nuevas que habían las repartían los curacas, y que *no teniendo hijos* sucedían los hermanos e parientes mas propincuos, e no los teniendo *sucedían las mujeres,* e no teniendo mujeres ni parientes las daban los caciques a otros indios" (9). Parece, pues, que en algunos lugares, se permitía la división y partición de bienes, sucediendo los hijos a los padres y recíprocamente, en caso de no tener aquéllos familia; al hombre casado sin hijos, le heredaban sus parientes cercanos y sólo en defecto de éstos venía a suceder la esposa legítima; a falta de ésta, venían los parientes lejanos y sinó ingresaban a la marca común para ser repartidas. En algunos puntos, este régimen hereditario es análogo al de nuestro código civil.

A semejanza del *tributo* rendido al Inca, la comunidad labraba las casas chacras de los caciques y principales, recibiendo en cambio, las provisiones correspondientes, (10). Este trabajo en común, era una de las variedades de minkha, que persiste hasta hoy en numerosas localidades de la sierra.

¿Cómo se explica la existencia de esta propiedad *particular* concedida a curacas y principales, discrepando así de la organización *comunal* establecida?

El porqué de esta modalidad se encuentra en la existencia de los numerosos pueblos que el Imperio englobó; unas veces, confederándose con ellos, y otras, por las conquistas. Ahora bien, en esas localidades pertenecía, de hecho, el dominio eminente a los reyezulos. En algunas, llgó la evolución a cierta individualización de la propiedad, en otras, sólo alcanzó a ser familiar y comunal; pero siempre el Curaca era el único propietario.

Debe distinguirse, al hablar de los curacas, entre aquellos que disfrutaban del cargo por derecho propio, y los funcionarios, también así llamados y que el Inca nombraba para el mejor gobierno del país. Propiamente, los genuinos curacas, eran como dice Falcón, "los señores que los Ingas hallaron y los dejaron

(9).—Información hecha por Iñigo Ortíz de Zúñiga, Visitador nombrado con ese objeto, del Repartimiento de indias y encomendados en Gómez d'Arias. (Manuscrito del Archivo Nacional, traducido por el P. Angulo.)

(10).—Falcón, ob. cit., pgs. 153-54.

en sus señoríos, y algunos les añadieron más y a otros les quitaron de lo que tenían y dieron a otros de aquellas provincias, deudos destos señores". (11)

Los Incas, como medida de alta política, aprovecharon de los reyezuelos, pero los sometieron a su vasallaje; y así, se lee en la Información del cacique de los Queros, que "ellos tenían al inga por *señor natural* y los mandaba y tenía señoría sobre éllos .... e que nadie osaba se sentar en la tiana hasta que el inga se la diese".

Como no se oponía el régimen comunal incaico a las formas de propiedad preestablecidas en los curacazgos, es fácil colegir que se permitiese continuasen subsistiendo, aunque ya como concesión del Soberano, a quien pasó el dominio eminente de todo el país. Lo mismo puede establecerse sobre los llamados Principales por los españoles.

Que antes de los Incas, residió el dominio, exclusivamente, en los curacas, se demuestra aún más, por los siguientes pasajes de Román y Zamora, al relatar la época pre-incaica: "Cuando algún caballero había caído en un mal caso de mnera que por ello mereciese muerte, aunque se ejecutase en él, los hijos no quedaban *desheredados*"; "cuando morían los señores y dejaban hijos ya de edad, luego el Rey *les daba licencia* para que fuesen a heredar sus estados y gobernar sus vasallos"; "y si era tiempo de sementeras luego iban a sembrar las tierras que estaban *depositadas para los señores,* porque allí *nadie heredaba* las rentas reales, sino el que sucedía en el reino, como hoy se hace en las dignidades eclesiásticas y en el imperio." (12)

Además de los factores políticos, intervinieron en pro de la propiedad privada de los curacas y principales, otros con miras semejantes a las de la institución mayorazgal: el mantenimiento del abolengo, sin prescindir del fin humanitario de la institución de la herencia, cual es, subvenir las necesidades de los herederos. En efecto, Santillán dice que a la muerte de un curaca, heredaba el sucesor el usufructo de los bienes pero con la obligación de emplear parte de los frutos en beneficio de los demás deudos; pero si el fallecido era el señor principal de la provincia", sólo se heredaba el cargo por el llamado según el derecho consuetudinario, permaneciendo la herencia en poder de los sucesores, y debiendo nombrarse un *tutor y curador,* en caso

(11).—Falcón, ob. cit., págs. 146-47.
(12).—Román y Zamora, ob. cit., t. II. pgs. 41, 57.

de existir menores, cuando el nuevo curaca no pertenecía a "la parentela del difunto".

Según el mismo historiador, existía la testamentificación verbal. (13)

En resumen, el afianzamiento, durante los Incas, de la propiedad particular de caciques y principales, ya preexistente, medida de política social; aunque la situación de los curacas era distinta: antes, disfrutaban de las parcelas por derecho propio; después, quedaron reducidos a meros usufructuarios, dependientes de la voluntad del Soberano. De este modo, resultaron los curacas, respecto de los Incas, en idéntica situación a la de los señores dependientes de ellos, antes de la conquista por los quechuas.

Además de la propiedad de los caciques y principales, parece que en algunos países, antes del Imperio, llegó a existir un régimen de propiedad privada familiar, que fué común a todos los pobladores. Por supuesto que el concepto de propiedad debe restringirse de acuerdo con las modalidades que ofrecía entonces.

De las crónicas de Santillán, especialmente, y de Román y Zamora, así como de la Información del Cacique de los Queros, (Huánuco, 1562), es deducible esa generalización, que viene a confirmar los asertos del historiador ecuatoriano P. González Suárez, ya trascritos al tratar del ayllo.

Así, Santillán al referir la *reivindicación* hecha por los indios, al llegar los españoles, de los terrenos de que fueron desposeídos por los Incas, no se concreta a los curacas ni principales. Lo mismo acontece cuando se ocupa de la testamentificación.

---

(13).—"En cuanto a la sucesión de bienes, era esta la orden: que cuando moría el curaca, el sucesor se apoderaba en la tenencia de las chácaras, vasos y otra hacienda que dejaba, y *lo tenía en pie como mayorazgo,* y dello alimentaba y proveía a los hijos y mujeres del difunto, y en esto lo consumía; y si el señor principal de toda la provincia moría, el sucesor solo llevaba el señorío, y los bienes se daban a sus hijos si eran de edad, y sinó poníanles un *tenedor* que los tuviese y alimentase como dicho es; y si este que sucedía era de la parentela del difunto, él era el tenedor". (Santillán, pg. 26)

"El modo de testamento era, que queriendo morir uno, llamaba al pariente más cercano o al curaca que le había de suceder, si era señor el que moría, y decíale lo que quería se hiciese de sus bienes, y el otro lo aceptaba y cumplía muy fielmente; y esto se hace y guarda el día de hoy", salvo donde intervenían los españoles, quienes obligaban a los indios a que dejasen le herencia a quienes ellos indicaban. (Santillán, pg. 27.)

Pero, donde se afirma la presunción, es en la ya citada Información del Cacique de Queros. Dice así: "De los veinte capítulos, de cómo tienen las tierras e suceden en ellas y lo demás deste capítulo, dixo: que desde que *Dios crió la tierra* e sus antepasados les dió las chácaras que tienen y han sucedido en ellas los hijos a los padres, y faltando hijos los parientes más cercanos e así se ha hecho e guardado e guardan hasta ahora, *e nunca los ingas* les quitaron desta costumbre antes les conservaron en ella, y esto es lo que a entendido de otros más viejos que él." "De los veintiún capítulos, sobre la sucesión de las tierras y lo demás, dixo: que dice lo que dicho tiene en el capítulo antes de este, y que donde algún indio moría sin hijos, ni herederos,—ni se entrometía el inga ni el cacique más de que las tales tierras de aquellos muertos las daban a los pobres.....".

Por lo menos, cabe deducir que los lotes correspondientes a las tierras de reparto periódico, pasaban de padres a hijos en calidad de herencia, reduciéndose la redistribución, en tales casos, a una ficción.

En todo caso, al establecerse el régimen incaico, los terrenos de los indígenas no caciques ni principales, fueron englobados entre los de reparto periódico, reconociéndoseles el derecho de continuar su usufructo; reduciéndose el reparto, en tales casos, a una simple fórmula.

En cuanto a la comunidad, las tierras que labraba no constituían verdadera propiedad, pues todo era del Inca, y sólo el usufructo se aplicaba a las necesidades de los individuos y sus familias.

La distribución anual de las parcelas de cultivo se verificaba en conformidad con un rol que permitía el descanso de las tierras, para así recuperar sus cualidades productivas.

Una verdadera organización solidaria establecía que a los enfermos, ausentes, y en general a todos los impedidos, se les cultivase su parcela por los miembros de la comunidad (14).

Como estaba prohibido el cambio de localidad, es lógico que se limitase el derecho de cultivar la parcela sólo a los nativos de la marca, debiendo además residir en ella, pues "el que no trabajaba no llevaba parte al coger" (15). Tal es también la opinión de Cunow (16).

(14-15).—Ondegardo, t. III pg. 75 y IV pg. 69; respectivamente, y Falcón, pg. 153.

(16).—Belaúnde, pg. 84.

Dada la topografía del país y siendo la agricultura la industria primordial en esa época, es natural que los Incas estimulasen el cultivo, asistiendo ellos o sus autoridades a prestigiar las fiestas con que se celebraban las estaciones, por su relación con las faenas agrícolas.

Como las parcelas se trabajaban por los hombres casados y sus familias, o por las viudas con hijos, resultaba "que el que tenía muchos que le ayudasen, (mujer, hijos y gente de su casa), acababa presto y éste se llamaba hombre rico. Y el que no tenía quien le ayudase, era pobre y estaba más tiempo trabajando" (17). Se suplía la falta de auxiliares con la *minkha,* consistente en el laboreo recíproco de las parcelas, sufragando los gastos de alimentación el poseedor del campo. (18)

Además de las parcelas de la marca arable, repartibles periódicamente, real o simuladamente, existian los *terrenos de* pastos, asignados a la comunidad, donde pacían sus ganados; siendo diferentes de las *moyas* del Inca o del Sol, destinados al ganado designado con esos fines (19). Cada *moya,* estaba bien delimitada.

Los terrenos para cazar estaban, igualmente, delimitados y el derecho de caza era concedido como merced por el Inca (20).

Cada pueblo tenía sus terrenos de pastos y sembríos bien deslindados, y aunque, según Ondegardo, la delimitación era tan perfecta que litigios sobre *términos* no se conocían, es más presumible lo contrario, como lo asevera Falcón, quien dice: "y consta por muchos procesos, que en tiempo de los Ingas se truxeron muchos pleitos sobre ellas (las tierras), sobre términos. y pastos, y salinas, que el Inga enviaba jueces a averiguarlo y a poner moxones." (21).

Según Cunow, en las verdaderas ciudades como Cajamarca y el Cuzco, "donde se establecieron juntamente *numerosas poblaciones;* cada una tenía su barrio rodeado de muros y cada barrio tenía sus *campos;* pero los pastos y la broza permanecieron indivisos" (22). Esta afirmación debe aceptarse con reservas, pues según Cieza, en el Cuzco "lo más de la ciudad estaba

(17).—Falcón, pg. 151.
(18).—Falcón, pg. 152; Garcilaso, ob. cit. t., II, pg. 81.
(19).—Ondegardo, t. IV, pg. 79; Falcón, pg. 141.
(20).—Ondegardo, t. IV .pg. 80.
(21).—Falcón, pg. 149; Garcilaso, ob. cit., pg. 89.
(22).—Belaúnde, pg. 87.

poblada por *mitimaes*" (23); no existiendo, por consiguiente, tal número de clanes que cada uno requiriese esa disposición.

Es aceptable, por lo menos, la existencia de campos deslindados entre las parcialidades de Hanan Saya y Hurin Saya, costumbre que persistió en el Virreinato (24), y que aún se conserva, como acontece en el pueblo de Matucana, donde las dos parcialidades, hoy conocidas como barrio alto y bajo, respectivamente, tenían sus terrenos de cultivo y pastos bien delimitados.

Para el fomento de la agricultura, mediante los abonos, estaban las islas guaneras divididas, también, en las tres partes: Inca, Religión, Pueblo; pero como no bastaba el fertilizante, en otras localidades, como Atico, Atiquipa, Malla y Chilca, según Garcilaso, se *estercolaba* con cabezas de sardina.

El régimen de las aguas mereció particular atención. Se repartían por turno riguroso, dándose "a cada indio las horas que conforme a sus tierras había menester holgadamente"; no existiendo preferencia aun tratándose de tierras—del Sol, del Inca o de los Curacas (25). No existió, por consiguiente, propiedad privada tratándose de aguas; éstas eran del Inca, personificación del Estado.

Eran, también, de propiedad pública, la sal, los frutos de los árboles silvestres, el algodón y el cáñamo que según la expresión de Garcilaso, "mandaba el Inca que fuesen *común* para todos los *naturales de la provincia* donde había aquellas cosas, y que nadie en particular las aplicase para sí, sino que todos cogiesen lo que hubiere menester, y no más" (26).

Es de advertir que la pesca, el ejercicio reservado sólo a los vecinos del lugar donde se realizaba, privaba a los pescadores, *challuacamayoc,* el dedicarse a la agricultura, pues "no tenían chácaras, manteníanse del pescado que tomaban, después de haber cumplido con lo que habían de dar al Inga" (27).

***

El ganado ocupó primordial lugar en la economía incaica. Resaltaba su vital importancia, por los accidentes geográficos del país, que si ofrecía en los valles de la costa fértiles tierras,

(23).—Cieza, "Crónica del Perú", pg. 437.
(24).—Matienzo.—"Gobierno del Perú", pg. 16.
(25).—Garcilaso, ob. cit., t. II. pgs. 43, 65.
(26).—Garcilaso, ob. cit., pg. 90.
(27).—Falcón, pg. 127.

presentaba en la sierra graves obstáculos para la irrigación. Fué, pues, indispensable que el previsor gobierno incaico, prestase toda atención a la ganadería, cuyo desarrollo suplía la improductibilidad de los terrenos. Al respecto, escribe Cieza: "porque por vía ninguna estos indios, digo los serranos del Perú, pudieran pasar por la vida sino tuvieran deste ganado" (28). El ilustre jurisconsulto Ondegardo, tántas veces citado, resalta la importancia del ganado en la economía colonial: "El trato en esta tierra, dice, no se puede hazer sin el ganado y esta es la razón porque en las tasas dan y pueden dar más y más descansadamente cien indios de tierra estéril, aunque estén lejos de las minas, que ducientos de tierra fértil....." (29).

A semejanza de las tierras, se hallaba el ganado asignado a las tres entidades clásicas: Inca, Religión, Pueblo. Por supuesto que a las comunidades se asignó, solamente, el aprovecharse de los productos, permaneciendo la propiedad reservada al Estado.

Solamente, una pequeña parte, según Falcón, Santillana y Garcilaso, se asignó a los jefes de familia, en aquellos lugares cuya topografía permitía el desarrollo de la industria ganadera (30).

El ganado comunal, vino a constituír una especie de capital, beneficiándose con sus productos, los vecinos de cada pueblo.

También existió en el ganado, la misma concesión que en la propiedad territorial; propiedad familiar comunal de un *ato*, donde estaba prohibida la división entre coherederos; disposición que se guardaba aún en los primeros años del coloniaje (31).

En cuanto a los muebles, su número era reducido, dadas las necesidades del pueblo. Existía, al respecto, cierta propiedad mobiliaria, pues los curacas y principales, eran sepultados con sus armas, tesoros y algunas de sus mujeres. Aún, cuando La Gasca estuvo en el Perú, se acostumbraba sacrificar algunas mujeres; como aconteció al morir el Cacique Túpoloaya, de una de las parcialidades de Jauja (32).

---

(28).—"Crónica del Perú", pg. 450.

(29).—Ondegardo, pg. 58.

(30).—Falcón pg. 147; Santillán, pg. 23; Garcilaso, ob. cit., pg. 75.

(31-32).—Ondegardo, t. IV, pgs. 57 y 116, respectivamente.—Cieza.—"Crónica del Perú", pgs. 435, 36, 43.

***

De la exposición anterior, cabe deducir que la propiedad había evolucionado, aunque lentamente; influyendo en su estado no sólo el aislamiento del Imperio y la sumisión a que estaba sometido el país, sino, principalmente, los factores económicos, que actuaron débilmente, a consecuencia del régimen colectivista.

En todo, la tendencia hacia la individualización comienza a bosquejarse con la existencia de la propiedad familiar pro-indiviso, trasmisible por herencia en la mismo forma; imprescriptible e innegable. La propiedad familiar reproducía, en pequeño, la gran propiedad comunal.

Aún en las tierras de reparto periódico se tiende a la propiedad privada, con la adquisición, por herencia, del usufructo de la parcela cultivada por los antepasados.

De la primitiva fase de la *propiedad tribal* al *reparto periódico,* resultante de un proceso social más avanzado y del reparto a la iniciación de la propiedad familiar comunal, concedida a caciques y principales, se nota tres períodos bien marcados, que modificaron la estructura de la primitiva comunidad de aldea, al extremo de reducir la posesión pro-indiviso, (tratándose de los caciques y principales), sólo a los terrenos de pastos. Por supuesto que el cuarto ciclo, de la propiedad privada individual, no existió aún en las localidades más adelantadas.

La evolución en sus dos primeros períodos, aparece relatada por Montesinos, pues dice: "Inga Roca dispuso que los ganados y frutos fuesen *comunes* y del común vistiesen y comiesen todos. Esta ley se alteró después, dando tierras a cada indio para sus cosechas" (33).

En cuanto a la semi-propiedad concedida a caciques y principales, fué una excepción a la regla general que establecía la propiedad colectiva. Representaba, también, un concepto del dominio eminente opuesto al actual, que es, más bien, una manifestación de la función tutelar del Estado en pro de la utilidad social. No debe asimilarse esta concesión al copy-hold, del feudalismo inglés, que "era *temporal y revocable,* a voluntad del se-

(33).—Montesinos, pg. 109.

ñor del feudo y que imponía al poseedor ciertas obligaciones en caso de transmisión de la propiedad" (34).

El desarrollo histórico de la propiedad inmueble en el Perú, tuvo ciertos puntos de semejanza con el realizado entre los germanos, llegando en éstos a mayor adelanto. En su primer ciclo, no existió la propiedad individual; en el segundo, "a consecuencia de las conquistas y aumento de las riquezas-muebles, se admite una propiedad individual; pero es una derivación del Estado *y no puede traspasarse sino en la asamblea del pueblo*"; en su tercera etapa, la propiedad germánica es *trasmisible*, previo consentimiento de la familia y la intervención de la autoridad judicial (35). Entre los peruanos, carecieron los *camachicos* de toda ingerencia en el régimen de la propiedad, de modo que el derecho germánico, reputando a la comunidad como propietaria del suelo, avanzó más que el incaico.

No fué, pues, propietaria la comunidad de las tierras de la marca arable y de los pastos y bosques, como Markham y Cunow aseguran (36), muy al contrario, era simpre usufructuaria, reduciéndose la actividad individual a beneficiar determinada parcela o *tupu*. Es posible que esa afirmación se deba a que varios cronistas, principalmente Ondegardo y Falcón, manifiestan que las tierras *fueron de los indios y de sus antepasados*, pero este aserto, que aparece en sus alegatos en pro de los naturales, se refería a que era justo se reputase por la Colonia, como propietarios de las tierras del Sol y del Inca, a los indígenas, sin que se refiriesen a las modalidads de la propiedad incaica (37).

Así, pues, la propiedad inmueble, tal como se considera en el derecho moderno, no existió: estaba desprovista de los caracteres jurídicos de este derecho: absoluto, exclusivo y perpetuo; "absoluto, es decir que permite al propietario sacar de la cosa todos los beneficios de que es susceptible; exclusivo, o sea que priva a otros del disfrute de la cosa, ya que la propiedad individual por su naturaleza, excluye toda idea de partición; finalmente, perpetuo, en cuanto no puede cesar por el simple trascurso del tiempo" (38).

(34-35).—L. Luna y Olmos.—"Trasmisión de la propiedad raíz. El sistema Torrens". Bs. Aires. 1900, pgs. 119, 76, respectivamente.

(36).—Clements R. Markham, "Historia del Perú", Lima, 1895, pg. 10; Belaúnde, ob. cit. pg. 85.

(37).—Ondegardo, t. IV, pg. 55; Falcón, pgs. 139-141.

(38).—Foignet.—"Droit Romain", pg. 100.

***

¿Qué significado tiene la palabra *comunidad* en esta época? ¿Puede ser considerada como sinónima de *ayllo?*

Resaltado el predominio de *la vinculación agraria* y deducido el distanciamiento, cada vez mayor, del ayllo gentilicio con sus ancestrales; después de considerar la formación de pueblos, por los Incas, donde se englobó, a menudo, más de una comunidad de aldea; reparando que las parcialidades de Hanan Saya y Hurin Saya no tuvieron como base primordial el vínculo consanguíneo; teniendo en cuenta las incesantes guerras y la institución de los mitimaes, durante los Incas, así como los sanguinarios castigos aplicados a los pueblos que pretendían emanciparse; se impone el negar a la *comunidad* significación idéntica a la de *ayllo.*

Los cronistas españoles, designaron bajo el nombre genérico de *comunidad*, tanto al conjunto de los habitantes de una reducción, como a cada una de las dos *parcialidades*, de que constaban las localidades de alguna importancia.

Dentro de las parcialidades, se desenvolvían los ayllos, ya deformados, y que dependían, exclusivamente, de varios curacas, en conformidad con la organización decimal, más o menos aproximada, preexistente en el imperio. El laboreo en común de las tierras del Sol, del Inca y de los Curacas; el trabajo de los terrenos de los impedidos; las faenas para la construcción de templos y residencias de personajes y otras obras públicas; el reparto periódico de parcelas; el dominio útil en común de los pastos y aguadas; el régimen análogo par aaprovechar de las salinas, ganados, etc.; la existencia de la propiedad familiar indivisible; la prohibición de cambiar de localidad sin permiso del curaca; fueron los factores más notables que vincularon a los comuneros, pues el interés general, era también el individual.

La centralización gubernativa, tendía a robustecer la asociación entre los miembros de cada comunidad. Agréguese la falta de aspiraciones que evitaba la lucha de clases, mucho más con el hecho de emplear los Incas, en años de escasez, las provisiones de sus depósitos, así como cediendo algunas parcelas de sus tierras o de la religión, cuando así lo reclamaban las necesidades de los comuneros.

Existía, pues, una especie de *solidarismo*, que venía a constituír la infraestructura de la sociedad. Y en cuanto al ejercicio del dominio eminente por el soberano, se tradujo en la práctica, en un régimen colectivista, pues sostenía la nacionalización de los medios de producción, como las tierras, el agua, los minerales, etc.

Pero no se crea que el régimen administrativo incaico privase a los pueblos de su autonomía pre-existente a la conquista por los quechuas. Tal se deduce de la "anónima Relación de las costumbres del Pirú", donde se dice, que delimitadas las tierras conforme al orden preestablecido, no podían inmiscuirse" ni el rey ni los señores", y que si intervenían, era sólo en bien de la localidad, y pasada la necesidad, volvía la comunidad "a sus juros propios" (39). Y no podía ocurrir de otro modo, pues no puede aceptarse, el prejuicio de una completa uniformidad en usos, costumbres, y evolución sociológica, en un agregado tan heterogéneo como fué el Imperio. Además, el espacio de tiempo de que dispusieron los Incas, no permitió la asimilación absoluta de sus instituciones, por sus vastos dominios. También como medida de alta política, se respetó por los conquistadores las instituciones seculares de los pueblos sometidos. Al repecto, escribe Falcón: "Es necesario advertir que se engañan los que dicen que el Inga daba y quitaba las tierras a quien quería, y aun los caciques, lo cual no pasó, sino fué en la entrada y conquista que por aseguralla puso indios de otras de Mitimasi, y no hace al caso que en algunas tierras hasta hoy se repartan las tierras por el curaca a los indios, porque esto es *por costumbre que había en aquellas provincias de antes del tiempo del Inga* y dexólas el Inga en ellas". (40) Esta afirmación está contradicha por Santillán, quien asegura que los indios fueron desposeídos de sus parcelas, por los Incas, para englobarlas dentro las tierras del Sol o del fisco; tierras que fueron recuperadas por sus propietarios o sus descendientes al terminar la monarquía. Posiblemente, en algunos lugares, donde la evolución de la propiedad, hubo de sufrir una regresión, aconteció lo que dice Santillán, pero los indígenas recibieron en cambio, sus correspondientes lotes en la marca arable. No debe olvidarse, que alguna obra de homogeneidad debieron haber realizado las civilizaciones de los Nazcas, Chimús y sobre todo de Tiahuanaco, que facilitaron la labor incaica.

(39).—En *Tres Relaciones*, pg. 200.
(40).—Falcón, pg. 148.

La dominación española, no hallé, por consiguiente, igualmente cimentado el régimen comunista agrario; ni extinguidos usos y costumbres pre-incaicos; pero sin el suceso histórico de la Conquista, no se hubiese verificado, con rapidez, la evolución de la propiedad indígena hasta llegar a la etapa de la libra trasmisión, bajo la tutela administrativa.

CARLOS VALDEZ DE LA TORRE

Lima, 1920.

Don Quijote en Yanquilandia

CAPITULO XIV.

DONDE SE CUENTA LA HISTORIA DEL REINO DE QUIVIRA Y EL MIEDO Y CONGOJAS QUE PASO SANCHO CON SU AVENTURA.

Después de mucho toser y acomodarse, de mirar a Don Quijote y de volverlo a mirar con repetidas muestras de asombro y regocijo, comenzó el barquero su relato de esta manera:—"Sabrá vuesa mercer, Señor Don Quijote, que ha cosa de cuatro siglos, años o más o años menos, vivía en estos Estados el Rey de Quivira, señor de grandes pueblos y tan famoso por su poderío como por sus riquezas, que sobrepasan con mucho a las del propio Creso. Por si no ha llegado a oídos de vuesa merced, bueno será que le advierta que eran las de Quivira hasta cinco ciudades hechas de oro macizo desde los cimientos hasta los techos, con guarniciones de piedras preciosas y grandes tesoros de diamantes y de perlas finas." Con la boca abierta escuchaba Sancho el relato, y sin poder contenerse, preguntó al barquero:—"¿Pero es cierto lo que vos decís, hermano barquero, o es lo que llaman cuentos de las un mil noches?"—"De las Mil y Una Noches querrás decir"—corrigió Don Quijote, y luego dijo:—Cierto y muy cierto es lo que dice este discreto barquero, que cosas tales se cuentan de más de un reino de la antigüedad y aun de los modernos tiempos".—"Seguiré contando—dijo el barquero—, y vos, señor Panza, no pongáis reparos, que muy luego, por vuestros propios ojos, os habédeis de convencer de cómo es verdad todo este relato que parece cosa de sueño. Es el caso que tenía el dicho Rey de Quivira una hija moza y hermosa en demasía y por añadidura heredera de la corona y los estados, pues hijos varones no se contaban en la real familia. Grande y con razón era la fama del reino y no lo era menor la de la real princesa, a tal punto, que llegaron las noticias allende los montes y allende los mares, aumentadas y corregidas con el ir y venir de boca

en boca y de distancia en distancia; y dió la casualidad o coincidencia (que así se disponen las cosas para los grandes hechos) de que el caballero castellano, que aventuraba por entonces en muchas empresas de andar y desandar, descubrir y conquistar éstas que llamaban tierras vírgenes, fuese informado de la existencia del reino y de la belleza y nombradía de la dama. A tales noticias, sin vacilar un punto, lanzóse el esforzado caballero en la ardua empresa de avasallar el reino y de alcanzar los favores de la gentil princesa; pero tan escondida estaba la conquista entre breñas desoladas y espesos bosques y tan aguerridos y sanguinarios eran los errantes aborígenes de los contornos, que el ya dicho hidalgo castellano, pasó más trabajos que los de Hércules bregando con la abrupta naturaleza y con las salvajes caravanas de indios colorados y broncíneos. Nombre y renombre de sus proezas como el mejor aventurero (sin agraviar lo presente) dejó en esta comarca el Señor Cabeza de Vaca (que así se llamaba el castellano), el cual, después de mucho descubrir y explorar regiones desconocidas, acabó por dar de mano al Reino Quivireño, que creyó fuese cosa de fantasía y de engaño, y a fuer de andante y de aventurero, tornóse al Sur, donde se brindaban por entonces al hidalgo castellano las conquistas del Dorado y de los más ricos imperios de los Aztecas y los Ingas. No faltaron en aquellos tiempos otros aventureros de la noble Iberia que recorrieran estas comarcas abriendo sendas y descubriendo ríos, lagunas y cordilleras, con tales riesgos y atrevimiento, que más de uno dejó la vida pero sin que le dejase a él la gloria, como se cuenta del muy hidalgo y gentil Don Hernando de Soto, caballero de más lustre que los Amadises y que los Belianises, según era de paladín y gallardo. Pero a todas éstas, el Rey de Quivira, sabidor de la presencia de los ya dichos aventureros, entró en concilio con adivinos y nigromantes y vino a saber por ellos que la mano de la princesa estaba reservada para cierto valeroso castellano, cosa que puso al Rey, celoso de su estirpe, en gran indignación y sobresalto, a punto que dispuso que los nombrados adivinos y nigromantes viesen de encantar todo el reino antes de que se cumpliese semejante vaticinio. Así se hizo, y largo de contar sería el modo y manera cómo vino a tornarse en encantado el Reino Quivireño con todas sus riquezas y sus gentes; bastando a vuesas mercedes, en gracia de la brevedad del relato, saber que apareció esta laguna en el límite o confín del reino encantado y que yo, que fuí uno de los adivinos y consultor de los oráculos, vine a quedar en barquero y con la

orden y consigna, según pronosticaron dichos oráculos luego de la transformación y encantamento, de que, a despecho de mi voluntad y de mi paciencia, esperaría años y siglos hasta que fuese llegado vuesa merced, Señor Don Quijote de la Mancha, que ya desde aquella fecha era famoso en el universo del mundo el nombre del Caballero de la Triste Figura como desfacedor de agravios y enmendador de sinrazones."—"Caso nunca visto es el que vos contáis, hermano—dijo Don Quijote—, y habédeis de decir al punto si algo dijeron los oráculos acerca del modo de enmendar tamaña sin razón y de desbaratar este endemoniado hechizo."—"A ello iba—dijo el barquero—. Pues los tales oráculos dijeron que sería llegado vuesa merced en su noble caballo Rocinante y con su escudero Sancho Panza y que ambos a dos, amo y mozo, se entrarían en esta barca (que para conducirlos estaba yo prevenido) y al llegar a la opuesta orilla, darían comienzo los sucesos maravillosos y las desaforadas pendencias de vuesa merced hasta salir victorioso o quedar también encantado; brindándose a vuestra bizarría en caso de vencimiento y por premio y recompensa, el reinado de Quivira y la mano de la princesa mi señora."—"En lo de salir victorioso, así sean los riegos y acechanzas que urda el demonio (si es que el mismo demonio anda en este enredo), podéis darlo por concluído y finiquitado, hermano barquero; mas en lo de recompensarme con el reino no es cosa que me importe una higa, y por lo que toca a la mano de la princesa, bien sabe Dios que mucho me holgara de tan señalada merced si fuese libre y dueño de mi persona que sólo a Dulcinea pertenece."—"¡Buena la hemos hecho!—dijo Sancho—. ¿Conque hemos de atenernos a las duras y no a las maduras? Vuesa merced está loco de atar cuando se nos descuelga con semejantes desatinos; pero, en fin, ya que mi señor amo le hace ascos a la corona y remilgos a la princesa, lo que ahora nos toca es volvernos por donde vinimos, que ninguna cuenta nos hace tomar vela en este entierro. Vea, pues, vuesa merced de que contramarchemos cuanto antes y que este señor barquero se quede con su cuento y con su barca esperando hasta el día del juicio a caminantes de mejores tragaderas que las nuestras."—"No porque no quiera ser rey de Quivira—dijo Don Quijote—ni menos porque me esté vedado aspirar a la mano de la real princesa, habría de renunciar a la aventura que para mi honra predijeron los oráculos; muy por el contrario, pronto estoy para emprendella con más denuedo y más bríos que si en ella me fuesen la vida o la fortuna. Manos, pues, a la obra, her-

mano barquero; guiad apriesa que siento ya el calorcillo de la sangre que pide contienda."—"Reflexione vuesa merced el caso de que se trata, Señor Don Quijote—dijo el barquero pretendiendo amilanar a nuestro hidalgo—, pues bueno será que sepa que no es ésta una aventurilla de las de tres al cuarto, sino de las más rigurosas y sangrientas, que no uno sino muchos serán los enemigos con quienes tope y nó de lana."—"¡Que me place!—dijo Don Quijote—¿Pensábais acaso, señor don prudente, que cupiera en mi ánimo la bajeza del miedo? Pues digo que es bellaquería suponello siquiera. ¿Que hay fortalezas que asaltar, y castillos que derribar, y caballeros que rendir y ejércitos que dispersar? ¡Sea en buena hora! que un caballero andante se basta por sí solo para vencer toda suerte de dificultades y peligros y para domeñar hechiceros y enemigos a millares en servicio de la Orden y dignidad que profesa."—"Vuesa merced sabrá lo que hace—dijo Sancho malhumorado—, que lo que es conmigo no cuenta; de aquí no me muevo yo así me enmielen."—"Eso no puede ser—dijo el barquero—, porque sabrá el señor de Panza que los oráculos tienen pronosticado que el caballero de la Triste Figura habrá de ir en compañía de su gallardo escudero."—"Pues se quedarán con su pronóstico esos señores—contestó Sancho—. ¡No faltaba más sino que me metan a mí en estos trotes! ¿Qué tengo yo de hacer con tales mentiras (que mentiras me parecen las que vos contáis, hermano barquero); ni cuándo tuve yo tratos ni contratos para sacar la cara por la muy tal de la princesa Remilgos, ni qué ochavo le debo yo al Rey de Pelagatos."—"¡Calla la boca, deslenguado—dijo don Quijote—, que ni nombrar mereces a las reales personas!"—"¡Cómo, señor Panza!—agregó el barquero— ¿duda vuesa merced de emprender esta aventura cuando es bien sabido que luego de dalle fin con felice suceso, vos harán conde o marqués a vuestro talante y gusto?"—"¿Y si no hay felice suceso?"—preguntó Sancho.— "Si no lo hay—contestó el barquero—, vuesa merced morirá con honra o quedará decorosamente encantado."—"Es que yo no quiero morir ni quedar encantado, que lo de la honra y el decoro son cosas del otro jueves y a perro viejo no hay tús tús."—"¡Basta!—dijo Don Quijote que comenzaba a impacientarse—. Irás, Sancho, aunque no quieras, y punto en boca, que mal pareciera un caballero andante que fuese sin escudero en tan alta aventura."—"Por eso no quedará—dijo Sancho—, pues ya que este Señor de la barca se muestra tan partidario de meternos en el berenjenal, le cedo y traspaso el cargo de escudero con todas

sus entradas y salidas, usos, costumbres, derechos y servidumbres, amén de los marquesados y condados y de todas las mercedes consiguientes, y yo aquí me quedo de don Nadie y muy a mi gusto, que el buey solo bien se lame y Juan Segura vivió muchos años."—"Con mi alma aceptara el trueque—dijo el barquero—, pero es el caso, hermano Sancho, que para que el desencantamento de Quivira tenga término y remate, es fuerza que el legítimo escudero cumpla la misión que los oráculos le tienen encomendada."—"No hayan más pláticas ni desatinos—dijo a este punto Don Quijote—, que no por tus miedos de villano, indigno escudero, habría yo de dejar tal lance como el que me depara mi buena fortuna; y ya que los oráculos exigen que me sigas, no hay otro remedio sino el de hacer de tripas corazón."—"¡Válame Dios!—dijo Sancho—. Pero mire vuesa merced, mi señor don porfiado, que es mucha sandez que sin más acá ni más allá nos mentamos a desencantar bellaquerías o desfacer agravios de condenados, que una u otra cosa parecen ser las mentiras que cuenta este funesto barquero que en hora menguada vino a dar con nosotros. Yo le digo a vuesa merced que si nos metemos en este embrollo, como no hay redentor que no salga crucificado, por sabido se calla que acabaremos en palos y en golpes, cuando nó en que nos desuellen como a cabritos, pues me están oliendo estas músicas a engañifa y artimañas. De mí sé decir que me llevarán preso a la tal aventura pero nó de mi voluntad, y si vuesa merced no se da a partido, me vuelvo a la Mancha por Sierra Morena, que preguntando se llega a Roma."—"Mal cuadran tales sospechas en persona tan cabal como el señor Panza—dijo el barquero—; pero para contento mío y afrenta del malicioso don Sancho, no pasará mucho sin que quede convencido de que es cierto y muy cierto todo lo que antes dije, y tánto, que hasta estas sus mismas dudas y supercherías estaban pronosticadas y previstas por el oráculo, el cual dispuso que si el escudero, por suspicaz y malpensado, tratase de huír el bulto, que luego se le atase de pies y manos y manteado y remanteado se le echase a esta laguna por los siglos de los siglos."—"¿Conque eso dijo el muy hideputa?—dijo Sancho—. Pues sepa el señor barquero que no soy tan manso y que si se atreve a atarme, no le dejo una costilla en su sitio." Sin decir palabra, sacó el barquero una trompeta como de plata y soplándola con toda su fuerza dió unos fuertes sonidos, con lo cual aparecieron entre los árboles seis mozos pintarrajeados, vestidos con calzas encarnadas y amarillos jubones, los cuales mozos se acercaron a la orilla haciendo

muecas y visajes. Pavorizado quedóse Sancho al ver a tales mozos, y los muy taimados, luego de hacerle una genuflexión a Don Quijote, sacaron unas cuerdas erizadas de púas y dando saltos y gritos se dispusieron a maniatar al escudero, el cual corrió a favorecerse al lado de su amo, pidiéndole a voces que lo defendiese de aquellos demonios.—"¡Alto ahí!—dijo Don Quijote—que nunca consintiera que nadie ponga la mano en mi escudero; y si luego al punto no os váis de aquí, señores diablos o lo que fuéradeis, bien caro os haría pagar tanta osadía." Se preparaba ya Don Quijote a arremeter con la lanza, cuando el barquero tocó de nuevo la trompeta y desaparecieron en un abrir y cerrar de ojos los llamados demonios.—"Ya ve el señor Sancho—dijo el barquero—que no hay engañifas ni embelecos en todo lo que dije y que vuesa merced tendrá que seguir a su amo de grado o por fuerza."—De grado será—dijo don Quijote—; y no haya miedos, hijo, que sano y salvo habré de sacarte de esta aventura así se opusiera a ello el mismo Merlín, que a mi ver, anda metido en este lance y es llegada la ocasión de escarmentallo." Vió Sancho que, queriendo o no queriendo, tenía que seguir a su amo y dijo con mucha humildad:—"A mal que no tiene remedio hay que ponerle buena cara; pero sepa mi amo y sepa también este señor barquero (que Dios confunda) que a la primera de espadas me echo a correr como un galgo porque cada cual es dueño de su miedo y sabe lo que le conviene."—"No harás tal cosa—dijo Don Quijote—, que eso es indigno de un mozo como tú de pelo en pecho."—"¿Yo de pelo en pecho?—exclamó Sancho muy sorprendido—. Nunca lo fuí ni lo seré, que siempre me pareció la mejor razón aquella que canta más vale que digan de aquí corrió Fulano que aquí murió Fulano."—"Que no se pierda más el tiempo precioso de que vuesa merced comience esta aventura"—dijo a este punto el barquero, y atrayendo la barca hacia la orilla, le rogó a Don Quijote que pasase. Así lo hizo el caballero, y luego de rezar un Paternoster, entró también el mozo, pasando el último el barquero. Don Quijote quedóse de pie; Sancho se agazapó lo mejor que pudo al lado de la proa y el barquero dió cuerda a la máquina que quedaba al lado que llaman la popa, y con gran sorpresa del amo y del mozo, comenzó la barca a alejarse de la orilla sin ayuda de remo ni de vela, lo cual vino a convencer a Sancho de ser ciertos los toros, es decir, lo del encantamento del reino de Quivira y todo lo que antes dijo el barquero.

CAPITULO XV

QUE TRATA DEL MODO COMO FUE RECIBIDO DON QUIJOTE EN EL REINO ENCANTADO Y DE LAS CUITAS QUE PASO SANCHO PANZA SU ESCUDERO.

No se había la barca alejado ni veinte varas de la orilla, cuando dijo Don Quijote:—"¡Buena la hicimos, hermano barquero, pues nos hemos dejado a Rocinante! Tornemos, pues, a buscalle, que mal parece ir de aventura caballero sin caballo."—"No es menester tal cosa—contestó el barquero—, que el caso está previsto y luego por los aires serán traídos Rocinante y el Rucio para que mañana, en amaneciendo, que será cuando la empresa comience, vuesa merced y Sancho tenga prestas sus caballerías."—"Si es así, nada tengo que decir—dijo Don Quijote—, pues es verdad que se han visto muchos casos de llegar por los aires las caballerías en servicio de los caballeros".—"Papas y más papas me parecen a mí tales novedades—dijo Sancho —; pero es lo cierto que, venga en volandas o por sus pasos contados, no será yo quien vuelva a cabalgar en el rucio, pues si antes de andar por los aires (dado que sea verdad esta mentira) era ya tan levantisco, calcule vuesa merced lo que será después de tal peripecia."—"Aprensiones son ésas indignas de vos, señor Panza—dijo el barquero—, pues bien sabido es que no ya el rucio, sino el mismo Pegaso podría el escudero de Don Quijote cabalgar con destreza."—"A fe que no se me alcanza quién sea ese señor Pegaso—dijo Sancho—, pero mal me suena el nombre porque de pegar se trata que es cosa no de mi agrado".—"¿Que no se te alcanza quién es Pegaso?—preguntó Don Quijote—. Pues sabrás para tu gobierno que es nada menos que el famoso caballo que montó Belerofonte cuando fué a luchar con la Quimera; y habías de agradecer la merced que te hace el hermano barquero suponiéndote jinete de tanto brío y arrogancia."—"Quedo enterado, poco convencido y nada satisfecho—contestó Sancho—. Lo que sí sé decir es que me saben a burlas estos requiebros, que ni nunca me las di de jinete ni de amansador de potros por aquello que dice: potro, que lo dome otro, que no seré yo por cierto. Allá ese señor Elefante o lo que se llame el muy peine que cabalgue al rucio, que no es tal rucio,

y que se pelee cuanto le plazca con esa doña Quimera, que me parece que habrá de ser alguna mujerzuela y de mala vida pues sólo las tales andan en desaguisados y riñas".—"La ignorancia es muy atrevida—dijo Don Quijote—, y mal haces, Sancho, de hablar de lo que no entiendes, profanando con indignos labios las bellezas sin par de la griega mitología. Largo y tendido habría de explicarte, si el tiempo y la ocasión lo permitieran, quien fué el hijo del Rey Glauco y cómo por sus hazañas mereció el título de caballero andante (pues lo fué sin duda alguna), no menos que por su honestidad y recato en la corte del Rey Argos." —"Muy bien me parece que vuesa merced no se extienda en semejantes indagaciones que, por mi parte, soy enemigo de meterme en vidas ajenas y en chismes de campanario."—"Pues yo—dijo el barquero—holgara mucho de oír esta historia a su Señor Don Quijote, sólo que es ya llegado el fin de nuestro viaje."

Mientras conversaban, como queda dicho, los tres navegantes, dió cosa de tres vueltas la barca a la laguna y comenzando ya a obscurecer, fuése acercando a la orilla, en la que se veía una espesa arboleda abierta por un camino que venía hasta un muelle hecho de tablas pintadas y con varios adornos y plantas de muy buen ver. Señalándolo, dijo el barquero:—"Vea vuesa merced que es allí donde tenemos que tocar." Y cuando esto decía, aparecieron por el camino como en procesión muchas mujeres vestidas de luto y con hachones encendidos en las manos.— "¿Qué peregrinación o romería es esa?"—preguntó Don Quijote.—"Es la romería de las dueñas—contestó el barquero—que vienen para recibir a vuesa merced y demandalle que vea de desencantar a su señora la Princesa."—"¿Y éstas también serán barbadas como las de antaño?"—preguntó Sancho.—"Barbadas nó—contestó el barquero—, sino de muy buenas barbas; y es la ocasión de que el señor Panza elija entre ellas la señora de sus pensamientos o, por mejor decir, su esposa y mujer."—"¡Cómo se entiende—dijo Sancho—, si ha poco decías que andaba yo para marqués o conde y agora salimos con que arrime a una dueña. Acúsome, padre, que no soy tan manso. ¿Dueñas conmigo? ¡Líbreme Dios de semejantes gazmoñaz! Item más que sabrá el señor barquero que soy casado por la Iglesia."—"Viudo querrá decir mi amigo Sancho, pues son muchos los años de estar enterrada doña Teresa su esposa y mujer."—"Eso está por averiguarse—dijo Sancho—. Pero si tal me viese, bien sabría buscar mi conveniencia, que no falta un roto para un descosido y antes que te cases, mira lo que haces y el que se casa,por todo pa-

sa."—"Déjate de esas pláticas—dijo a este punto Don Quijote—, que ahora lo que toca es atender a la ceremonia del recibimiento y homenaje de estas señoras dueñas."—"Malo me parece el recibimiento—dijo Sancho—, que éstas son aves de mala sombra y lo mejor sería darnos la vuelta y si te he visto no me acuerdo."

No oía Don Quijote las observaciones de su escudero, pues estaba intrigado viendo el desfile de las dueñas que hacia la orilla venían; y así que la barca tocó en el muelle saltó el primero Don Quijote, siguiólo Sancho muy a su pesar y saltó por último el barquero. No bien vieron las dueñas a Don Quijote, cuando comenzaron a lamentar en coro haciendo muchos aspavientos y diciendo de esta manera:—"Señor Don Quijote de la Mancha, vos que sois el caballero anunciado por los oráculos y de quien tánto bien dicen las pitonisas, ¡acudid pronto a salvar a nuestra Señora la Princesa que vos aguarda con su reino y con su mano!" Y andando apriesa, vinieron todas donde Don Quijote estaba y le besaban las manos haciendo muchas ponderaciones y pidiéndole que les contestase si accedía a su ruego. Oyéndolas algo turbado, dijo Don Quijote:—"La vuestra demanda, que mucho me honra y favorece, será atendida en lo de salvar a la Princesa solamente, y podéis ir a decille que presto se verá desencantada y libre; mas en el segundo punto, digo en lo de la mano (que no menciono el reino por ser cosa que no me interesa ni me atrae), vedado me está por lo que yo me sé, aceptar tan alta honra y dignidad como la que se me brinda." Al oír que la Princesa quedaría libre y desencantada, tornóse en contento el lamentar de las dueñas, las cuales tiraron los velos negros y hasta las tocas que acostumbraban y pusiéronse a danzar al són de una música muy alegre que, como por ensalmo, salió de entre el bosque. A cada vuelta de la danza improvisada, hacían las dueñas una reverencia a Don Quijote y viniendo donde Sancho, le daban golpecitos en las mejillas, a uno y a otro lado, con unos abanicos de plumas que abrían y cerraban al compás de la música. No estaba muy contento el escudero con la caricia y trataba de evitarla con entrambas manos, hasta que dijo:—"¡Tenéos, señoras dueñas, que no soy pila de agua bendita ni necesito que me confirmen dos veces!" Reíanse ellas al oír a Sancho, y éste se fué amoscando de tal modo, que comenzó a manotear pretendiendo coger los abanicos con que las dueñas lo vapuleaban, cuando Don Quijote dijo:—"Dejen en paz las señoras a mi escudero que es persona poco avisada en ceremonias

de corte y ya de edad para aprendellas."—"No es que sea de edad, que no soy abuelo ni arrastro los pies—dijo Sancho—; pero estas señoras me parecen a mí poco honestas cuando tales danzas se permiten."—"Siga la procesión—dijo en esto una de las dueñas—y venga con nostras el Caballero de la Triste Figura, que es ya entrada la noche y habrá de reposar como es debido según su alcurnia y buen nombre."

Pusiéronse, pues, en marcha, siguiendo el camino que atravesaba el bosquecillo, cuando, a los pocos pasos, vino del otro lado, improvisadamente, un resplandor tan vivo que los dejó a todos deslumbrados, pues lo producía una de esos que llaman refractores de electricidad de la mayor potencia, semejante a los que encienden las torres de los puertos para alumbrar a los navegantes en muchas leguas de distancia. Gimieron las dueñas manifestando su horror y confusión y diciendo que viese Don Quijote el poder de los hechiceros con quienes tenía de luchar; Sancho se quedó pasmado; el barquero dijo que era aquella la espada del propio Júpiter, pero Don Quijote, haciendo pantalla con la derecha mano, dejóse decir:—"No es cosa de amedrentarse esta luz que nos alumbra y que me parece como el relámpago de alguna centella fija; pero si fuese espada, como dice el barquero, ahí me las den todas, ya que ni hiere ni ofende, salvo la vista que se irá acostumbrando para venir a ser comodidad lo que al principio fué molestia. Sigamos, pues, adelante y no haya sobresalto, que éstas y otras hechicerías mayores no pondrán miedo en mi ánimo; y vosotras, señoras dueñas, ni interrumpáis la danza, que aquí estoy yo para custodiaros, y si antes bailabáis a obscuras, pues bailad ahora con luz, que es más regocijado y honesto." Asombráronse las dueñas de oír a Don Quijote, y como si del todo se hubiesen tranquilizado, volvieron a la danza y cogieron a Sancho por los brazos para llevarlo también en regodeo y broma. Protestaba en todos los tonos el bueno de Panza que era en realidad el único asustado, y dijo Don Quijote:—"Sancho hijo, dá gusto a las damas, que no es propio de un escudero como tú andar en tales melindres cuando dueñas de tánta alcurnia te hacen merced de invitarte al baile."—"No necesito de tal merced"—gritaba Sancho manoteando por desprenderse de las dueñas.—"Pero, señor Panza—le dijo la más entrada en años—, no es bien que el escudero se niegue a danzar en honor de su amo." Entre irritado y burlón, contestóle Sancho con desparpajo:—"Buena va la danza, doña Catalina: palos con la vieja, besos con la niña." Riéronse todos de la ocurrencia, y

las dueñas, más alborotadas y con mayor descaro, rodearon a Sancho hablándole todas a un tiempo, lo cogieron por los brazos y quieras que nó llevároнselo en volandas con risa y festejo.

Concluyó el tormento del mozo cuando llegaron todos a un palacete campestre de lo más primoroso, iluminado *a giorno*, como suele decirse, con farolillos chinescos aun entre los árboles del parque y la mar de luces de electricidad, banderas y gallardetes que anunciaban la fiesta. En los cenadores oíanse músicas de chirimías, flautas y timbales, pero al llegar Don Quijote, cesaron dichas músicas y sonó una trompeta.—"¿Qué trompeta es ésa?"—preguntó el hidalgo.—"Es la que toca el enano anunciando la llegada de caballero al castillo"—contestó el barquero A esta sazón, salieron del palacete (que nó castillo) un señor con armadura y traje de alcaide, doce jóvenes doncellas de muy buen ver, varios ujieres y como veinte arqueros, y llegando donde Don Quijote estaba, le dijo el alcaide con muchas postraciones y reverencias:—"¡Sea bien venido el Señor Caballero de la Mancha, que no por venir a reino encantado dejaráse de tributalle el homenaje y recibimiento que su dignidad merece y más si se tiene en cuenta la misión que los altos cielos confiaron en estos mundos a su nunca desmentida osadía y a su temerario arrojo! ¡Pase, pues, al castillo el príncipe de los hidalgos, la flor de la valentía y el rey de los andantes caballeros!" Contestó Don Quijote con muy repetidas inclinaciones de cabeza todos estos agasajos, y luego dos de las doncellas, haciendo memoria del recibimiento en el castillo de los duques, echaron sobre los hombros de Don Quijote un manto de finísima escarlata con guarniciones de armiño, y otras dos le ofrecieron la mano para conducirlo, cosa que aceptó el caballero con mucha cortesía y reverencia; dos de las dueñas a su vez ofrecieron también la mano a Sancho, pero éste negóse a aceptar el homenaje diciendo que nada tenía que hacer él con personas tan desenfadadas; oyólo Don Quijote y cambió de colores avergonzado con la impertinencia de su escudero en semejante ceremonia y volvióse a él con ademán y gesto tan imperativos, que tuvo Sancho que entregar sus manos, tirando de ellas las dos dueñas con tánta fuerza, que el infeliz empezó a quejarse diciendo que lo descoyuntaban, con lo cual Don Quijote sudaba tinta, afrentado y lleno de indignación contra el mozo.

Con paso mesurado y solemne avanzaban primero el alcaide, luego Don Quijote arrastrando por el suelo el manto de es-

carlata, después Sancho que no acababa de gruñir y por fin el resto de la comitiva. En este orden subieron las gradas del vestíbulo y entraron en un salón muy lujoso y aderezado, a la cabecera del cual había un gran sillón o sitial hasta el que condujeron a Don Quijote que tomó asiento con todo decoro, mientras que los demás permanecían de pie, y entonces el alcaide dijo lo que se verá en el capítulo siguiente.

(Continuará)

JUAN MANUEL POLAR

Notas Varias

EDWIN ELMORE.—DOS ARTICULOS. Lima, 1920.—

En estas páginas constata el señor Elmore, algunas de las principales tendencias de la mentalidad contemporánea. Piensa que la religión, la interiorización de la vida, la lucha contra las estructuras inanimadas de la sociedad, son otros tantos aspectos de la inquietud actual. Y hace un voto porque ese movimiento se propague para conferir a la existencia humana una nueva y más alta nobleza.

Son páginas animadas por un sincero calor y dirigidas a exaltar los impulsos de elevación interior

M. I. R.

NOMBRAMIENTO DEL Sr. PHILIP AINSWORTH MEANS COMO DIRECTOR DEL MUSEO NACIONAL.

Por decreto de reciente fecha ha sido nombrado Director del Museo de Arqueología e Historia Nacional el Sr. Philip Ainsworth Means, distinguido arqueólogo norteamericano y miembro de esta Redacción.

El nombramiento del Sr. Means para la regencia de tan importante institución nacional ha de considerarse como una medida acertadísima en pro del resurgimiento y propulsión de los trabajos de investigación arqueológica en nuestro país, dados la competencia y entusiasmo que manifiesta el nuevo Director por todo lo que atañe a las antiguas civilizaciones peruanas.

Dicha competencia queda ampliamente acreditada con los libros, folletos, artículos, monografías y demás publicaciones que sobre las civilizaciones primitivas de América en general ha dado a luz, en inglés y castellano, y que han contribuído notablemente al esclarecimiento de importantes problemas arqueológicos; y en cuanto al entusiasmo, el número de sus publicaciones y lo infatigable de su labor lo dicen sobradamente.

El Sr. Means es titulado en Arqueología en la Universidad de Harvard y pertenece como miembro correspondiente a las más altas instituciones arqueológicas e históricas de América y Europa, a mérito de los valiosos trabajos que a éstas ha presentado.

Seguros estamos de que la designación del Sr. Means será recibida con viva simpatía en nuestros círculos científicos e intelectuales, en los que ya es bastante conocido. Por nuestra parte le ofrecemos nuestra más sincera y cordial felicitación.

M. B.

LAS CONFERENCIAS DEL DR. BELAUNDE.

Con la más viva satisfacción recogemos en las páginas de "Mercurio Peruano", las noticias llegadas recientemente a Lima, de los triunfos alcanzados por el Dr. Víctor Andrés Belaúnde, Director de esta revista, en la gira que actualmente realiza en los Estados Unidos de América, cumpliendo el plan de conferencias para que fué especialmente comisionado por la Universidad de Lima.

El Dr. Belaúnde, después de dar en castellano varias conferencias, fuera de programa, en el "Carnegie Hall" y el "Hotel Astor" de Nueva York "sobre interesantes temas, relacionados con la historia, literatura y desarrollo social y económico del país, ha comenzado a ofrecer en inglés, la serie de disertaciones, cuyo programa ya conocen nuestros lectores. La primera de ellas que versó sobre "los ideales hispanoamericanos", fué sustentada en la Universidad de Columbia en Nueva York, ante un público numerosísimo, compuesto de los profesores de ese importante centro de cultura, hombres de letras del país y alumnos universitarios. Presentó al Dr. Belaúnde, el notable profesor Goldsmith en términos muy honrosos para el conferencista.

El éxito alcanzado por el Dr. Belaúnde, en esta primera conferencia ha sido considerado en los círculos intelectuales de Nueva York como el mayor triunfo obtenido por un conferencista extranjero en la Universidad de Columbia.

Nosotros que hemos seguido llenos de optimismo y de fe la importante labor intelectual que realiza en la Gran República del Norte, el Dr. Belaúnde, le enviamos hoy nuestra felicitación más cariñosa y entusiasta.

A. U.

A PROPOSITO DEL PREMIO NOBEL DE FISICA.

El cable nos anuncia que la Academia Sueca acaba de discernir el premio Nobel de Física a Carlos Eduardo Guillaume, Director de la Oficina Internacional de Pesos y Medidas establecida en Sevres. El físico que acaba de recibir este honor insigne puede decirse que ha hecho toda su carrera científica en esa institución que ahora dirige. A notables estudios sobre diversas cuestiones de Física, siguieron luminosas investigaciones para dotar a las ciencias de observación, sobre todo a la Metrología y a la Geodesia, de una aleación cuya dilatación térmica, por lo pequeña y por lo uniforme, permitiera construír instrumentos de medida precisos y cuyos datos pudieran afectarse de términos de corrección fáciles de calcular bien. Así nació el *invar*, cuyas preciosas propiedades tántos servicios vienen prestando.

Pero, al lado de estas notables conquistas científicas, queremos citar un librito con que nos obsequió años ha el talento de Guillaume, y que vá a ser el principal objeto de esta Nota. Aludimos a la *Iniciación a la Mecánica.* Cuando Laisant formó esa interesante *Colección de Iniciaciones Científicas,* "dedicada a los amigos de la infancia", pidió al físico de Sevres explicar los principios de la Mecánica Racional. A nuestro modo de ver, jamás un éxito igual al de Guillaume coronó esta laya de esfuerzos. La obrita, sencilla, atrayente, amena, debe ser leída y meditada por los hombres, aunque ha sido escrita para los niños. Estos hallarán en ella infinidad de sugerencias provechosas. Las mentalidades adultas poco vinculadas con esta ciencia encontrarán en esas páginas nociones fáciles pero seguras. Y aún aquellos que viven en medio de las ecuaciones colosales de la Mecánica superior sentirán, al recorrer las páginas simples de la *Iniciación,* un soplo de alivio y de frescura. El librito de Guillaume es de aquellos cuya lectura nos despierta un anhelo infinito de volvernos niños, de regresar a esa edad en que aun ni siquiera se sospecha la tragedia de las vidas consagradas a la ciencia: la inmensidad de los problemas y la insuficiencia de los recursos con que hemos de tratarlos. También se sienten deseos de volver a vivir de nuevo los años primeros, e iniciarse con libros de esta clase en esos principios que hubieron de aprenderse en textos absurdos y bajo la dirección de maestros ciegos.

La *Iniciación a la Mecánica* no debe ser confundida con los infinitos libros de vulgarización que escriben por docenas los sabihondos a quienes tánto admira el vulgo; y vamos a tratar de establecer el distingo. Lo más característico del libro de vulgarización es disimular las dificultades de la ciencia y dar al lector un sentimiento de satisfacción: para quien lee los artículos de un vulgarizador, la ciencia ya no tiene problemas. Los vulgarizadores reducen la ciencia a una serie de lugares comunes salpicados de algunas curiosidades. Muy otras son las obras como la de Guillaume. En lugar de rebajar la ciencia hasta ponerla al alcance del vulgo, se trata allí de elevar el intelecto del lector hasta ponerlo al nivel de la ciencia. Además, y esto es de capital importancia, en estas obras selectas nunca se experimenta la enervante sensación de la meta alcanzada: el aguijón de la curiosidad y de la duda incita constantemente a la inteligencia, y en cada página se advierte la vibración de un misterio descifrable. El libro de Guillaume, al igual de las obras maestras de la iniciación científica (nosotros contraponemos iniciación a vulgarización), muestra la infinidad de la ciencia, y presenta a la inteligencia y a la voluntad la promesa de un reino que se puede y se debe conquistar.

C. L. P.

ALBERT EINSTEIN: RELATIVITY. *New York, 1920.*

La cuestión del día, en el mundo de la ciencia, es la teoría de la Relatividad. Esta concepción extraordinaria, nacida en los cerebros de Lorentz, Einstein y Minkowski, a propósito de ciertos problemas ópticos y electrodinámicos, ha llegado, gracias a la potencia mental de sus creadores, sobre todo de Einstein, a revolucionar la ciencia y a constituír una concepción nueva del Universo.

La significación y los alcances de la teoría son tales, que ella trata ya de salvar las fronteras un tanto esotéricas del mundo matemático, invadiendo el terreno de la cultura general.

Desgraciadamente, la teoría de la relatividad es una concepción de una complejidad y de una elevación tan grandes, que no es directamente accesible al gran público. La complicación de la teoría, la profunda transmutación que provoca de nuestros conceptos físicos tradicionales, lo reciente de su aparición y de su triunfo y la formidable preparación matemática que exige de quien haya de comprenderla, son seguramente las causas de que la mayoría de las exposiciones que procuran explicar la teoría al gran público, sólo alcancen a dar una idea muy pálida de ella. Para decirlo de una vez, aun no se ha llegado a peptonizar esta teoría de modo que sea asimilable al público no-matemático. Las exposiciones que conocemos de ella son, o caricaturas ridículas, como el librejo de Harrow, *From Newton to Einstein,* o sombras que no permiten adivinar la riqueza prodigiosa del conjunto, como la que nosotros mismos dimos en "El Comercio" de Lima, hace algunos meses (24 de junio de 1920.)

En el librito que motiva esta nota, emanado de la misma egregia pluma que redactara las memorias donde la teoría cristalizó por vez primera, se hace una tentativa más de presentar la relatividad despojada de su aparato matemático. Pero Einstein, que sabe bien que hay cosas que no pueden llegar al público ignorante, supone en el lector de *Relativity* conocimientos de Algebra y de Cálculo Diferencial: puede decirse, pues, que Einstein ha escrito un libro de vulgarización destinado a los ingenieros. Quien posea la preparación supuesta por el autor, leerá esta obrita con verdadero encanto: escrita en un estilo ameno y familiar, con ejemplos sencillos y un punto de vista poco elevado, nos presenta como a un escritor delicioso al monstruo a quien sólo atribuíamos el genio supremo de revolucionar toda la ciencia físico-astronómica y de penetrar hasta profundidades insondables en los misterios del Universo. Con esa tranquilidad de quien se siente seguro de su propia magnitud y de quien recibe el homenaje rendido por toda la humanidad, Einstein no se acuerda de reivindicar para sí la gloria insigne de haber creado la teoría: el pronombre personal *yo* casi no se halla en estas páginas deliciosas, y los justísimos elogios para Lorentz y Minkowski dan buena prueba de la excelsitud moral del autor.

Si ahora nos preguntamos: ¿ha logrado Einstein exponer su teoría en forma accesible a cualquiera que posea principios de Algebra y de Cálculo Diferencial?, creo que la respuesta no puede ser rotundamente afirmativa. Pueden exponerse los orígenes de la teoría, los pos-

tulados fundamentales sobre que reposa, las paradojas deslumbradoras a que conduce; pero su profunda significación, su fecundidad prodigiosa, su potencia, me parecen estar por encima de toda vulgarización. Sólo el tratado sistemático puede dar de la teoría una idea satisfactoria. A riesgo de dar a esta Nota un sabor pedantesco, quiero recordar que cuestiones comparativamente simples, como el principio de Doppler y la aberración de la luz, en las cuales la teoría einsteiniana tiene una aplicación brillante, no podrían exponerse en un trabajo de vulgarización.

Esta convicción de la dificultad de hacer llegar la teoría a personas no preparadas, es la que nos hace retroceder ante la idea de explicarla a los lectores de Mercurio Peruano. Hay que esperar a que un Echegaray dedique su cerebro de vulgarizador a explicar el asunto al gran público.

Creemos, pues, que las personas alejadas de estos arduos problemas tienen señalado su camino para llegar a entreverlos: leer todo cuanto se publique al respecto, no hacerse nunca la ilusión de haber comprendido esta teoría enorme sólo porque el último artículo leído haya estado claro, no atribuír valor a refutaciones audaces. Y sobre todo esto, abstenerse de formular apreciaciones ligeras y de tratar estas cuestiones complejísimas basándose en informaciones superficiales.

Para terminar, algunos datos sobre el coloso, extractados de la nota que el traductor inglés de *Relativity* ha puesto al comienzo del libro. Einstein es un alemán de familia judía. Nació en Wurtemberg en 1879. En 1905, cuando sólo tenía 26 años, publicó un estudio sobre la electrodinámica de los cuerpos en movimiento, donde planteó las primeras bases de la teoría. Desde entonces ha seguido trabajando en este asunto, y cada año ha registrado un progreso titánico en su camino. En 1915 publicó su teoría relativista de la gravitación, que ha recibido de la experiencia una confirmación brillantísima. Durante algunos años residió en Suiza, empleado como ingeniero en la oficina de patentes del gobierno. Allí se casó con una serbia, en la que tuvo dos hijos. Ahora vive en Berlín, donde enseña en la Universidad. Se ha casado en segundo matrimonio con una prima suya.

C. L. P.

Crónicas de Norteamérica

EL FINAL DE LA CAMPAÑA PRESIDENCIAL EN LOS ESTADOS UNIDOS.

Hoy, dos de Noviembre, día de difuntos, es también día de elecciones en los Estados Unidos. Habrá paz en los sepulcros; pero mucha agitación de pasiones en medio de los vivos. La campaña presidencial ha tocado a su término; ha sido una de las más reñidas y quizá la más original desde el punto de vista ideológico. El punto esencial ha sido LA LIGA DE LAS NACIONES. El debate sobre esta delicada materia ha abarcado todos los terrenos, desde los simples argumentos pasionales hasta la más abstrusa metafísica jurídica. El candidato Harding, que probablemente mañana será elegido Presidente de los Estados Unidos, ha pasado a través de esta campaña por la situación ideológica más difícil, teniendo que contentar al mismo tiempo, a los enemigos radicales de toda liga de naciones y al considerable grupo de eminentes republicanos que desean el ingreso de los Estados Unidos a la Liga, con ciertas reservas.

Es interesante observar cómo las declaraciones de los candidatos presidenciales siguen muy de cerca las fluctuaciones de la opinión pública, tornadiza y cambiante aquí como en todas las partes del mundo. Poco tiempo después de haber dicho Harding que prefería el tribunal de La Haya *con dientes* a la Liga de las Naciones, comprende que su condena de la Liga puede restarle el voto de los republicanos moderados y entonces, en su discurso del 28 de Agosto, vuelve a afirmar su adhesión a una sociedad de naciones de conformidad con las ideas de la plataforma republicana, que asegure la paz y la cooperación internacionales. Mas he aquí que el discurso referido que placía a los republicanos *liguistas* produce mal efecto entre los exal-

tados nacionalistas que predican el aislamiento internacional de los Estados Unidos. Y estos nacionalistas como Johnson y Borah tienen desgraciadamente el *control* de algunos Estados del Oeste. La campaña recrudece; Harding se ve obligado a abandonar la cómoda y estática tribuna del umbral de su casa y, siguiendo el ejemplo de Cox, ha de recorrer las principales ciudades pronunciando discursos, improvisados las más veces, y poniéndose en contacto más inmediato con los electores. El mayor dinamismo de esta propaganda es incompatible con los términos medios y serenidad de los discursos anteriores. El debate entre los dos candidatos obliga a cada uno a precisar su pensamiento; la ruda franqueza de Cox ha de obligar a Harding por un momento a abandonar sus evasivas y el grupo de reconciliables exige nuevas prendas de la conformidad del candidato con su programa contrario a la Liga de las Naciones, para entrar definitivamente en campaña. El sonriente y fluctuante portaestandarte republicano parece decir, al fin, su palabra definitiva en el discurso de Demoines. "No busco la interpretación o modificación de la Liga, ha dicho, lo que busco es su rechazo". La situación se ha puesto clara: el triunfo de Harding debe significar el predominio de las ideas de los irreconciliables. ¿Qué harán ahora los republicanos partidarios de la Liga? ¿Qué camino seguirán: el de su partido o el de sus convicciones? Dentro de la moral política de este país es perfectamente aceptable que los miembros de un partido, cuando no les place el candidato proclamado o la plataforma adoptada, declaren que votan por el candidato contrario, sin asumir por eso carta de ciudadanía en este partido. Un republicano influyente de Nueva York, Mr. Horace Parson, ha iniciado lo que podíamos llamar esta desbandada política, sacrificando posiciones personales y espectativas; se ha declarado por Cox, pues a su conciencia repugnan las declaraciones del partido republicano respecto de la Liga. Le han seguido más de ciento setenta republicanos notables.

Mas las primeras figuras del partido no han contemplado las cosas con el mismo criterio que Parson. Convencidos de la necesidad del triunfo republicano y no deseando al mismo tiempo abandonar su criterio respecto de la Liga de las Naciones, han decidido lanzar un manifiesto firmado por treinta y uno de ellos, en que afrontan de un modo original su situación contradictoria. Para ellos, el pensamiento de Harding es susceptible de interpretaciones, y el criterio dominante debe ser la fórmula

del partido republicano que aplaude una sociedad de naciones y el discurso de su candidato del 28 de Agosto, que así lo reconoce. Los treintiún notables van a seguir trabajando, de un lado, por Harding y de otro lado por la Liga, tal como ellos la conciben, esto es, con modificaciones o reservas. El grupo de los treinta y uno, como ya se les llama, es en realidad de un peso abrumador: están allí Root, Taft, el presidente Lowell y Hoover. Claro está que su posición ideológica es falsa, pero no así su situación política, porque dejando de lado los convencionalismos de la campaña electoral y las concesiones verbalistas que se tenga que hacer a los irreconciliables, saben ellos que Harding, una vez elegido, tiene que ir a la Liga de las Naciones, con reservas o con proyectos de modificación. Suponer que los rumbos políticos, sobre todo los de política internacional, van a corresponder enteramente a las efímeras declaraciones electorales, hay que dejarlo a los políticos puritanos como Parson o a los teóricos de la Liga, como el eminente economista Irving Fischer.

Y, salvada su equívoca posición por este manifiesto, las figuras de Root, Taft y Hughes, han entrado en campaña activísima, poniendo todo el peso de su palabra y de su influencia a favor de Harding. El expresidente Taft con habitual sutileza escribe en la *Yale Review* un ensayo cuya tesis esencial es ésta: La elección presidencial no debe ser inspirada por la Liga de las Naciones. Este punto fundamental está por encima de los compromisos electorales. La verdadera cuestión es el juicio o veredicto que el electorado americano debe pronunciar sobre la administración Wilson y sobre la política de éste respecto de la misma Liga. El presidente Taft pone su empeño en probar que Wilson ha pretendido establecer en el gobierno norteamericano el régimen personal, ejercitando una especia de dictadura; y así con espíritu crítico va señalando los lados censurables de la actual administración. Root ha entrado también en campaña pronunciando un célebre discurso en el Carnegie Hall. Para este eminente hombre de estado los republicanos no pueden aceptar el programa de Cox, porque es la Liga de Wilson, y ésta tiene el artículo diez sobre la garantía de la integridad territorial de las diversas naciones, que impondría sobre los Estados Unidos obligación muy pesada y lo haría intervenir en toda clase de guerras. Root ha insistido también en atribuír la no participación de los Estados Unidos en la obra reconstructora a la intransigencia del presidente Wilson, que rechazó en dos

oportunidades la aceptación de las reservas que hubieran salvado los inconvenientes que el tratado de Versalles tenía dentro de la constitución norteamericana. La táctica de Root es, pues, muy inteligente y semejante a la de Taft. En su concepto, la votos a favor de Harding no significarán el aislamiento de los Estados Unidos, sino simplemente el rechazo del proyecto Wilson, sostenido como intangible por Cox, y la condena de esta política de intransigencia.

Mas el candidato Cox es demasiado inteligente y demasiado audaz para dejar en silencio la argumentación de Root y enfrentándose a él le ha de decir: "Los electores no van a votar por el presidente Wilson, sino por mí o por el señor Harding y mi programa político no sostiene la intangibilidad del proyecto Wilson, sino la Liga, con las reservas que salve en la constitución norteamericana. Y le pide al exsenador republicano que desautorice sus propias palabras. Root contesta hábilmente que el corazón de la Liga es el artículo diez y que mientran Cox no rechace este artículo, sus declaraciones generales no son suficientes para establecer diferencias entre él y Wilson.

Cox replica que él está llano a aceptar la reserva; expresa que deja toda declaratoria de guerra en manos del Congreso de los Estados Unidos.

El ex-candidato a la presidencia de los Estados Unidos, Hughes, ha representado en este debate el punto de vista jurídico. En su concepto el citado artículo diez (X) es absolutamente irreconciliable con la constitución norteamericana. La obligación de defender la integridad territorial de los miembros de la Liga, envolvería siempre a los Estados Unidos en las contiendas futuras y si el Congreso quisiera evitar esa participación, sólo podría hacerlo a través del desconocimiento del pacto.

La relación anterior nos demuestra cómo este debate político, en los momentos álgidos de la elección, se ha convertido en una controversia de alta ciencia. jurídica *El New York Times* ha respondido, en mi concepto, de un modo victorioso a los argumentos de los jurisconsultos republicanos. Son modelos de claridad en la exposición y de fuerza en la argumentación los editoriales que ha dedicado a esta materia. Conviene que nos detengamos en ella, porque no deja de tener para nosotros importancia el citado artículo diez.

La garantía territorial que él impone es sólo para el caso contra una agresión externa. Quedan fuera del artículo, la defensa de los países en casos de conflictos que, aun compreme-

tiendo la integridad territorial no tengan ese carácter de ataque, asalto o invasión, sino meramente el carácter punitivo o iniciación de hostilidades en una guerra justamente declarada. En segundo lugar, el consejo de la Liga frente al conflicto debe señalar los medios con que los países pueden cumplir la anterior obligación de garantía y esos medios son: el arbitraje, el sometimiento al consejo, el boycot y, en último caso, la guerra.

Hay además que tener en cuenta, que ninguno de esos medios pueda adoptarse sin el voto unánime de los miembros de la Liga, esto es, sin el consentimiento en este caso, de los Estados Unidos. Y, juzgando la cosa en el extremo improbable de la guerra, es evidente que los Estados Unidos no podrían ir a ella, de un modo mecánico como cree Hughes o pasar por el deshonor de romper el pacto, porque en cada caso, dado el carácter moral que la obligación del artículo diez tiene, cada uno de los países obligados conserva su libertad en el juzgamiento de los antecedentes y de los motivos que justificarían la intervención. El *Times* recuerda que nadie ha expuesto con más claridad el carácter del compromiso que entraña el artículo diez que el presidente Wilson cuando dijo que una obligación moral se diferencia de una obligación legal, en que en la segunda no hay un elemento de libre apreciación o juicio, en tanto que éste existe siempre en la primera. Quiere decir, pues, que en el extremo improbable de la guerra, y aun sin las reservas propuestas por el mismo Cox, los Estados Unidos siempre serán los jueces o árbitros para determinar en cada caso si ha llegado el momento de su participación.

Como comprenderán nuestros lectores, la gran masa del electorado norteamericano no se va a decidir por estas sutilezas jurídicas. Los argumentos que van a prevalecer son los argumentos pasionales, los intereses y los odios políticos.

En esta campaña en que se han oído todas las voces de los más grandes norteamericanos, no podía faltar la voz de Wilson. Si para él la elección tiene un carácter de solemne referendum sobre su política, es claro que debía sentirse obligado a hacer resaltar su pensamiento antes del momento decisivo.

El Presidente Wilson ha dirigido un llamamiento al electorado norteamericano "groseramente engañado" por la campaña republicana. El artículo diez, dice, es la condena de todo imperialismo. La guerra del año catorce hubiera sido evitada, si Alemania hubiera sabido que atentando contra la integridad territorial de Bélgica hubiera tenido que enfrentarse desde el

primer momento a todas las naciones del mundo. El artículo diez no causará guerras; es, por el contrario, el remedio de todas las guerras, porque extingue desde su raíz la causa de ellas.

La segunda participación del Presidente Wilson en esta campaña, ha tenido lugar con motivo de la visita que han hecho a la Casa Blanca algunos republicanos partidarios de la Liga. Las circunstancias de esta histórica entrevista en vísperas de la elección en que todos prevén una grave derrota para el ideal wilsoniano, han sido verdaderamente emocionantes. La enfermedad de Wilson ha dejado en su organismo huellas profundas. Wilson es casi un inválido. Sentado en una silla con ruedas, demacrado y con voz entrecortada a cada instante por la emoción, ha leído su discurso que quizás sea el último llamamiento que el Presidente demócrata haga a sus conciudadanos.

El documento elocuente insiste sobre los motivos de la participación de los Estados Unidos en la gran guerra y en la necesidad de evitar sacrificios semejantes en lo futuro. Hay en él una declaración que casi equivale a un arrepentimiento: "Es sensible, dice, que este importante punto haya sido envuelto en los intereses de una campaña política". Esta es la verdad. Los intereses y las pasiones políticas obscurecen todas las cosas, perturban todos los criterios y socavan todos los ideales.

¡Cuánto mejor hubiera sido aceptar las malignas e intencionadas reservas de Lodge y hacer que los Estados Unidos entraran desde luego a la Liga! La mala fe de los republicanos y la intransigencia del Presidente han convergido para producir esta desgraciada situación. Pero, apesar de ser todo lo impolítica e intransigente que se quiera la actitud de Wilson, nadie puede negar que está revestida de cierta trágica grandeza. Este hombre se adhirió a su ideal y frente a la conspiración de Lodge y los republicanos, no quiso transigir, sino luchar. Tenía fe en su ideal y fe en su pueblo y comenzó su campaña esperando en el triunfo. Mas el destino lo hirió de muerte desarmándolo frente a sus enemigos que centuplicaron sus ataques aprovechando su invalidez. Apesar de ella, Wilson ha seguido sosteniendo su credo, manteniendo con celo de apóstol y con la exaltación del orgullo de su propia obra, la intangibilidad de sus líneas esenciales. Por desgracia, el programa de nueva vida para el mundo, queda ceñido al juicio sobre la administración de Wilson y al porvenir de su partido.

Ese veredicto se pronuncia hoy en los Estados Unidos.

Todo hace creer que va a ser desfavorable a Wilson. Cualquiera que él sea, la posteridad le hará justicia, colocando su nombre entre los más grandes estadistas del Mundo.

EL SOCIALISMO EN ITALIA.

A diferencia de Francia, en que claramente se dibuja una situación conservadora, en Italia dominan las fuerzas socialistas, pues los dos grandes partidos son el llamado socialista y el católico. Y es sabido que éste es inspirado en ideas de reforma social.

Las ideas bolsheviques parecen tener en Italia muchos adeptos. La opinión ha sido favorable a las relaciones comerciales y aun diplomáticas con el Soviet. Hasta qué punto las ideas del comunismo ruso han logrado penetrar en las masas obreras italianas, nos lo muestra la toma de posesión de las fábricas de la industria metalúrgica por parte de los comités de los obreros; grave crisis a la que ha puesto solución inteligente la política de Giolitti.

Según la estadística que tengo a la vista, no son muy considerables las utilidades que obtienen los dueños de fábricas en la industria de que tratamos. Sin embargo, los obreros pedían aumentos de salario. Y a la medida radical del cierre, dictada por algunas empresarios, contestaron con la medida más radical de la toma de posesión de las fábricas, obligando a los técnicos a trabajar con ellos y asumiendo de ese modo la dirección del negocio, el más audaz ensayo de socialización de las industrias. Frente a este ataque al derecho de propiedad, cuya garantía, dentro del concepto tradicional, es la principal obligación de todo Gobierno, el gabinete Giolitti ha tomado una actitud de tolerancia o de conciliación. Y esa política nos ha permitido conocer los resultados de la experiencia que representa la dirección de los negocios en manos de los obreros y la eliminación del empresario. Y desde el punto de vista político, ha permitido a Giolitti resolver el problema sin poner a Italia al borde de la revolución social y de entregarla al Soviet.

La experiencia ha sido elocuente. Parece que el empresario no es el zángano de la colmena y que las fábricas en manos de los obreros son económicamente funestas, pues llevan al derroche de las materias primas, a la pérdida de tiempo y a la mala conservación del material. Pero, de otro lado, se ha abierto paso una

idea y es la de que el obrero, no debe ser simplemente un instrumento en el trabajo sino un cooperador en la empresa. No conviene la dirección sólo de los obreros porque nada reemplaza la actividad inteligente y vigilante del interés individual; pero no es posible tampoco cerrar el paso a la idea que solidariza al obrero al trabajo que practica todos los días, dándole en él una participación más alta.

Según las noticias publicadas, la voluntad discrecional del empresario va a tener un control; el de un consejo compuesto por representantes de los dueños de las fábricas y de los obreros. Seis delegados debe elegir cada uno de esos grupos, y de esos seis dos deben ser técnicos, de modo que en el consejo de doce, hay cuatro técnicos: dos por parte de los empresarios, dos por parte de los obreros que tendrán en cierto modo, por su número y por su posición intelectual, el voto decisivo.

Se ha realizado, pues, una reforma radical en el sentido de la cooperación entre obreros y empresarios. A esta cooperación corresponde la participación de los beneficios, el antiguo medio preconizado por los economistas. La solución encontrada en Italia a la crisis obrera, está llena de enseñanzas. El mundo marcha hacia las reformas sociales por medio de la evolución. No pretendemos detener su marcha. Las reacciones son hermanas de todos los radicalismos. La política de Giolitti es una prueba de que para no ser bolshevique hay que ser socialista evolucionista.

VICTOR ANDRES BELAUNDE

La Arqueta

Como única reliquia de la edad antañona,
guardo en casa una arqueta
que luce sobre el lomo labrado una corona
y esconde una secreta.

Vacía y olvidada, en un desván reposa,
como una alma caída,
y como ya no guarda la alba ropa aromosa
nadie, nadie la cuida.

Curioso y tembloroso he ido a la arqueta rara,
y, apenas entreabierta,
¡sobre el alma he sentido como si se posara
una mirada muerta!

Con angustia y con ansia he mirado la arqueta
¡y del fondo ha subido
una leve fragancia de rosa y de violeta
triunfando del olvido!

ANSIAS

¡Cuán amarga es la vida
cómo pesan sus horas,
cómo la Duda y el Dolor rastrean
y entre alegres mentiras me devoran!

Soy débil, tengo miedo de la Muerte
y la Vida me ahoga,
¡y aliento y vivo y sueño, sin embargo,
sumido en una angustia silenciosa!

¡Quisiera huír del Mundo, de los Hombres
del mudo comentario de las cosas,
dormirme sin saber que estoy dormido,
ser tan sólo una Sombra!

EN LA ERA

¡Oh áurea maravilla
la de la era en esta clara hora!
¡El trigo en la gavilla,
bajo el sol que lo dora,
estalla, bulle, brilla,
mientras se alza sencilla
la canción de la buena segadora!
Pronto el grano será nueva semilla
y echado al surco esperará otra aurora.
¡Sólo mi corazón aguarda en vano
el resplandor que anúnciase lejano,
la hora de su trilla,
y la divina mano espigadora,
que arranque de su arcilla
la espiga creadora!

LLAMADO

El cuerno del pastor suena ululante
en esta noche oscura;
llama, llama con són desesperante
a la oveja extraviada en la espesura.

En la calma sombría el són clamante
me llena de pavura,
se acerca tembloroso y vacilante
y se aleja después hacia la altura.

El sonido penetra y se resuelve
en mi alma dolorida
en un clamor por mi ilusión perdida;
¡y entre la negra sombra que me envuelve,
también como el pastor voy por la vida
llamando a una ilusión que ya no vuelve!

PLUS ULTRA

Cuando cierres mis ojos, que te estarán mirando,
cuando cruces mis manos sobre el pecho, ya en calma,
cuando por vez postrera te me abraces llorando
aprenhenderás mi alma.

Como una llama viva se alzará tu plegaria
y en su fervor envuelto subiré hasta los cielos
para bajar más tarde, ¡oh amada solitaria!,
a confortar tus duelos.

Y yo estaré contigo en la forma más pura;
nuestro amor inefable será entonces sereno
y, libre ya de toda miserable envoltura,
me tornaré más bueno.

Sin afanes de vida, mi alma podrá valerte
como nunca lo pudo, y, aquietado el dolor,
me sentirás más cerca, vencedor de la Muerte
con un Eterno Amor!

SIMBOLO

Un ser extraño cruza mi camino,
sin mirar el encanto del divino
alborear.
Todo es color y música y contento,
pero él va con su inquieto pensamiento
como al azar.
Contempla en una vuelta del sendero,
para orientarse, el último lucero
y torna a andar.
Anda y anda con aire de desgano,
y antes de ser un punto en lo lejano
se vuelve a mí.
¡Sorprendo en su actitud algo profundo,
como si el peso y el dolor del Mundo
llevara en sí!
Y cuando se ha perdido en lontananza,
busco temblando en mi alma mi esperanza
¡Y no está allí!

ENVIO

Cuando pasen los años y de mí ya no aliente
sino un recuerdo vago, brumoso, desteñido;
cuando yo sea sólo anécdota doliente
que flota apenas sobre las aguas del olvido;

Cuando, como un fantasma, cruce por tu memoria,
vuelve a leer estos versos que con el alma escribo;
tu voz evocativa les dará única gloria
¡y envuelto en esa gloria, podrás creer que aun vivo!

Tarma, 1920.

JOSE GALVEZ.

Las interpretaciones del Quijote

Este ensayo inédito del señor Jorge Mañach, que ha merecido el premio "Susan Anthony Pottes" de la Universidad de Harvard en el presente año, y cuyo envío debemos al director de esta revista Dr. Víctor Andrés Belaúnde, es indiscutiblemente uno de los estudios más profundos e interesantes que se han hecho en los últimos tiempos sobre la filosofía del Quijote. El autor, cuyos trabajos literarios y críticos han llamado justamente la atención en España y América, expone y analiza inteligentemente las diversas interpretaciones que se han dado a la admirable concepción de Cervantes, y propone el punto de vista desde el cual debe estudiarse tan importante problema.

En España, y fuera de ella, el estudio crítico de Cervantes ha girado siempre, más o menos exclusivamente, en derredor de su obra maestra, no sólo porque fué ésta la expresión más alta y representativa de su genio literario, sino también debido a la ambigüedad que en ella suele advertirse y que resulta de la divergencia entre el propósito asignado por Cervantes a su obra y aquellas intenciones que su lectura sugiere, aun a las imaginaciones más comedidas.

Esta disparidad, a que se ha llamado "la paradoja del Quijote", ha servido de asunto a innumerables controversias, que en muchos casos rebasaron las lindes de la crítica literaria, adentrándose en las más vastas e inseguras regiones de la especulación filosófica.

Es curioso advertir lo intermitente de tales polémicas. Provocada por circunstancias las más diversas, la cuestión de cómo ha de interpretarse el Quijote surge de lapso en lapso con extraordinario interés, y, en España al menos, ha provocado siempre tánto entusiasmo y tenacidad, que pudiera conside-

rársela, sin hipérbole, tema de nacional importancia. Y no es de extrañarse este interés en asunto manifiestamente algo sobado y de visos académicos. Todo lo que ofrece oportunidad de especulación gratuita es seductor, porque halaga las tendencias imaginativas, y especialmente cuando se trata de Cervantes y del Quijote, que son dos de los más altos valores patrios. Añádase—y esto es lo que por el momento importa—que la cuestión envuelve, para los curiosos de principios, no sólo la solución de un problema viejo y muy debatido en la historia de la literatura: qué quiso decir Cervantes con el Quijote; sino también la de una fundamental incertidumbre estética: cuál ha de ser nuestro criterio al interpretar la obra de arte.

Es nuestro propósito apuntar aquí las más representativas de las interpretaciones que se han dado al Quijote, desde las ortodoxas de los cervantistas de profesión, hasta las esotéricas e impresionistas de cuantos han hallado en la obra magna acicate de la fantasía y motivo de nuevas lucubraciones; pero se nos permitirá añadir de paso, para complemento y como justificación de nuestro personal criterio, algunas observaciones sobre la apreciación y la interpretación estética en general.

Antes, acaso no esté de más considerar lo falaz de un prejuicio nacido de aquellas discusiones, en otros aspectos tan saludable, y es la creencia, más de una vez expresada por escritores extranjeros, que la fama y encomio del Quijote se deben, no tanto al valor intrínseco de la obra misma, cuanto al universal comentario provocado por su ambigüedad... Tales imputaciones, inspiradas por el más lamentable espíritu de mezquina depreciación o por una quizás más triste carencia de susceptibilidad a lo bello, apenas si merecen ser rebatidas, especialmente cuando los méritos que se ponen en tela de juicio son tan manifiestos. Pero no hay duda de que ciertos ataques arteros, presentados a socapa con aire de desapasionada crítica, diseminan harto prejuicio, a la manera de aquel decir de Montesquieu que "España había producido sólo un gran libro, y que éste era el que se mofaba de los demás", con lo cual hizo casi tanto por la depreciación de las letras hispanas en el extranjero como la ignorancia, la enemistad y el descuido de afuera.

El ficticio interés que las polémicas de crítica literaria puedan crear hacia una obra dada, tiene por fuerza que ser incidental y transitorio, debido a la misma tenuidad que preside su origen. Acaso cristalice en algún esfuerzo imitativo de apreciación por parte del público, pues no hay emulación más in-

tensa que la de saber; pero entonces buscaráse la obra discutida, nó con ánimo de gozar de su valor intrínseco, sino con el de verificar comentarios en boga o de habilitarse para su comprensión; y la lectura que así se hace, falta de verdadero motivo estético, es decir, del desinterés que es requisito para la exultación sincera ante lo bello, no se traducirá en impresiones duraderas. Nada se admira, por la sola indicación ajena, siglo tras siglo. ¿Cómo atribuír, pues, tan superficial razón de celebridad al Quijote, cuando su fama ha subsistido ya al pasar de tres centurias? Su grandeza érale reconocida ya en vida de Cervantes, y mientras más añeja se hace, más derechos parece acopiar, por universal concesión, al asombro de épocas venideras. Aquellos que consideran la obra exquisita una suerte de niña mimada de la literatura clásica, y que no hallan otras razones para su popularidad que el halo de comentarios sutiles y de extrañas interpretaciones con que la ha coronado la crítica moderna, olvidan que no puede apreciarse el arte por circunstancias que le sean ajenas, y que aun el más extravagante y caprichoso aplauso ha menester su estímulo en la obra misma.

Pero si las múltiples interpretaciones y críticas del Quijote no han logrado por sí solas establecer su reputación o elucidar cabalmente todas las dudas que se nos ocurran respecto al propósito del autor, no puede negarse que sí han contribuído en mucho a la extensión de la fama de Cervantes, y al más completo reconocimiento de su genio. Porque un libro que ha inspirado tántas razones y sinrazones; un libro que se ha manifestado susceptible de pareceres tan varios y contradictorios, que ha sido fuente y origen de tan bellas ideas y de tan hondos sentires, tiene que ser, en verdad, obra de genial prestancia, tiene que responder a la misteriosa complejidad de nuestra naturaleza, por la gracia de un intelecto supremamente universal y humano.

He aquí, pues, un buen resultado de la controversia interpretativa, que orientando la atención general hacia la revelación que de sí hace Cervantes en el Quijote, nos ha mostrado al hombre y al artista. Debemos, sin duda, buscar esta enseñanza en el libro mismo y, como dice Varona, "apurar el contenido de esa rica copa en que escanciaron las Gracias"; pero, entretanto, la crítica y la exégesis servirán de incentivo a quienes, por olvido o inercia, no hayan gustado aún de aquel sabroso jugo de ingenio. No hay peligro de que forme prejuicio esta iniciación, porque, como pocas, la obra de Cervantes es de las que do-

mina toda impresión previa con infalible eficacia. Ella se adapta, por decir así, al ángulo visual de cada lector, y es como dama discreta, que para todos tiene un halago.

Tan evidente es esa elasticidad, que a ella se debe la extendida interpretación del Quijote como un sutil comentario sobre la humana naturaleza, símbolo de nuestra vida espiritual, de nuestras tendencias innatas hacia lo inasequible, de las misteriosas complicaciones e incongruencias del *deseo,* que apunta la psicología freudiana. Esta interpretación, que atribuye a Cervantes el propósito inicial de representar en su obra a la gran humanidad universal y eterna, es clasificada por los cervantistas entre las interpretaciones esotéricas.

Cervantistas y "esoteristas" constituyen, pues, las dos facciones extremas de la controversia interpretativa. Ortodoxos, documentarios y científicos los unos; rebeldes, creadores y artísticos éstos, enfréntanse ambos, armados de recias armas, mas sin chocar nunca en terreno común, porque acaso no sea esta lid sino un aspecto de la que ya hace tiempo embarga otros órdenes del saber: la brega perenne entre realistas e idealistas en la filosofía; entre "clásicos" y "románticos" en las letras. Cervantistas e impresionistas son, respectivamente, ejemplares de las "mentes rudas" y de las "mentes tiernas" de que nos habla William James, y, como ellas, diferéncianse en que los unos se basan en hechos, y los otros en principios.

En efecto, el cervantismo, que es el nombre dado por antonomasia al estudio más o menos sistemático de Cervantes, se caracteriza por su tratamiento académico del asunto. Su instrumento es la investigación; su criterio, el objetivo y racional, y su evidencia la documental o la de circunstancia histórica. Represéntanlo en España y en el extranjero los filólogos, organizados tácitamente en las universidades, bajo el pontificado tradicional y soberano de la Real Academia Española.

La deuda de las letras españolas al cervantismo es incalculable. No que haya, pese a la explicación erudita y laboriosa, hecho más accesibles las bellezas de aquella literatura, descifrando lo mucho que tiene de abstrusa, especialmente en la producción de la Edad de Oro, sino que, en capacidad más bien de elucidación circunstancial, ha sacado a luz hechos desconocidos sobre la vida y obras de viejos autores, y en especial de Cervantes. Ha purgado los escritos de éste, delatando los errores y adulteraciones introducidos por extrañas manos de descuidado copista o de intruso glosador; ha desacreditado patrañas como

la del famoso *Buscapié*, y ha demostrado, en fin, con criterio académico, que el Quijote y La Galatea, Las Novelas Ejemplares y los Entremeses, miden todos la talla augusta del genio.

Sus investigaciones históricas han esparcido mucha luz sobre el fondo social y político en que se destaca la obra de Cervantes, acentuando encarecidamente la necesidad en que estamos de relacionar uno y otra, si queremos apurar valores. La tendencia del crítico, como ya muchas veces se ha dicho, es mirar al pasado con los ojos del presente, juzgar de cosas idas por conceptos y normas modernos, olvidarse, en fin, de la íntima conexión entre arte y ambiente. De un modo tan efectivo han evitado los cervantistas este error, que han caído a veces en el contrario. Aplicando a su crítica un criterio anticuado, han confundido lo que es relativo y lo que es absoluto en el arte, y les ha faltado con harta frecuencia esa moderna penetración que da nuevos valores a las obras de la antigüedad.

Se me antoja esto particularmente cierto de la actitud cervantista hacia el Quijote, y ello explica la injustificada importancia atribuída a los libros de caballería y al ataque que Cervantes les hiciera.

La influencia perniciosa que se dice tales romances ejercieron sobre el gusto de la época ha sido por demás exagerada. Verdad es que tales libros eran aún muy leídos por los años en que escribió Cervantes; pero, relativamente a su antigua boga, ya andaban, como dice Menéndez y Pelayo, "muy de capa caída", debido quizás a la infusión vigorosa de arte nuevo que vino con el florecer de las letras en la Edad de Oro. Además, muchos de aquellos romances, cual el Amadís de Gaula y el Caballero Tristán, eran de verdadero mérito literario, y ni por su influencia moral ni estética fueron tan desastrosos como se ha creído. Sabemos, antes bien, que en ellos hallaron inspiración personajes tan ilustres como Teresa de Cepeda, Ignacio de Loyola y Hernán Cortés; y que aun Santa Teresa, la Divina Esposa, les era muy aficionada, habiendo hasta querido escribir uno allá en su juventud.

Los cervantistas, sin embargo, hanse desposado a la idea de que los romances caballerescos no eran sino viciosas ficciones, generalmente faltas de todo mérito artístico y capaces siempre de engendrar en sus lectores toda suerte de tendencias inmorales o de insanas elucubraciones. Así se explica que hayan puesto fe tan ciega en la declaración que hizo Cervantes del

propósito del Quijote, que no parece sino que fuera el humanísimo Manco, puritano intransigente o utópico reformador. La verdad es que el mismo Cervantes no vió en la afición caballeresca tan desquiciadora plaga, sino más bien motivo de sabrosa parodia, que le sirvió como de pretexto para la más ducha ironía que se haya jamás escrito. La natural afición nuestra a toda actividad que suponga el ejercicio de impulsos elementales y primitivos, basta a explicar, a nuestro juicio, la boga de aquellos libros, o, por mejor decir, la privanza en que estaban entre las gentes incultas o sencillas. Su existencia en tiempo de Cervantes, no acusa un estado de perversión estética (mucho menos moral), como no la acusan en nuestros días las novelas de aventuras; y en cuanto a la declaración de Cervantes, hay que conceder algo a la sólita inexactitud del novelista, a la tendencia amplificadora de su imaginación y, sobre todo, a la necesidad de proveer un pretexto adecuado para la ficción del Ingenioso Hidalgo.

Debido a su actitud estrictamente empírica y objetiva, el cervantismo ha fallado en la comprensión de los más sutiles matices ideológicos del Quijote, de todas aquellas cosas que, estuvieron o nó claramente definidas en la mente de Cervantes, formaban de seguro parte de su disposición psicológica, fruto de una aguda penetración natural y de una riquísima experiencia del vivir. Los cervantistas no perciben esos valores porque, buscando de continuo lo deliberado y explícito, sólo pueden hallar lo superficial y evidente. La apreciación literaria, como luego veremos, depende muy mucho de la imaginación del lector. No puede aprehenderse lo emocional, ni aún lo que es híbrido de emoción y pensamiento, por el escrudiñamiento lógico, que quiere descubrirlo todo a la luz de la razón. En la expresión artística hay algo que no es dado hallar cuando se sale deliberadamente a buscarlo; que no se puede entender, percibir siquiera, con referencia tan sólo al sentido exacto de los símbolos. La comunión de la mente creadora y la mente receptora se origina en cierta actitud inconsciente e ingenua por parte de ésta, que se opone a todo espíritu de *recherche* o de escrupulosidad crítica. Dijérase que el arte es una síntesis a la que el análisis no puede acercarse.

Así, pues, la conclusión a que llegan inevitablemente los cervantistas es la de que, no habiendo en el Quijote evidencia objetiva de sentido oculto alguno, el libro no es sino lo que se propone ser, y toda atribución de simbolismo o designio secre-

to es, desde luego, injustificable. Tal es el juicio expresado por la mayoría de los cervantistas, tantos españoles como extranjeros: Ríos, Pellicer, Clemencín, Hartzembusch, Asensio, Valera, Ticknor, Fitzmaurice-Kelly... Ticknor, por ejemplo, cree que la mera atribución al Quijote de cualquier otro sentido que no sea el expresamente declarado por el autor, supone una falta de confianza en la palabra de Cervantes, y no poca irreverencia hacia su genio. Valera, aludiendo a la noción de que el libro es una sátira dirigida contra ciertos personajes de la época, como sostuvo Navarrete, dice: "Sin duda cuanto (Cervantes) había visto en su vida militar, en su cautiverio y en sus largas peregrinaciones, y las personas de toda talla con quienes había tratado, le dieron ocasión y tipos para inventar nuevos personajes tan verdaderos como los del Quijote; pero hay una enorme diferencia de creer esto a creer que todo es alusión en dicho libro, y a devanarse los sesos para averiguar a quién alude Cervantes en cada aventura, y contra quién dispara los dardos de su sátira." Asensio declara que es ésta, en su opinión la única doctrina "razonada", "y se completa,—añade—, con la que sostiene que en cualquiera de las aventuras del Quijote se admira y se siente por cima de lo que leemos, un gran solaz en la imaginación y en la inteligencia, un gran consuelo para el corazón". Es decir, que, según se deduce, esta recomendación subjetiva de "sentir por cima de lo que leemos" sanciona la interpretación aquélla; mas no piensa Asensio que está muy lejos de ser complemento "razonado", puesto que se funda en meras impresiones. Desvirtuando como desvirtúan los cervantistas toda interpretación que se aparte de la evidencia externa, el apoyo que busca Asensio en lo subjetivo es a todas vistas inconsecuente. Sobre esa base, la interpretación esotérica de Navarrete, por ejemplo, o la impresionista de Heine, serían igualmente admisibles.

Vicente de los Ríos, uno de los primitivos cervantistas, va más allá en este inconsecuente impresionismo cuando juzga al Quijote libro de mero entretenimiento, en el cual, sin embargo, se propone el autor, incidentalmente, inculcar la moral práctica cristiana, ajustando la fuerza de sus represiones al esfuerzo requerido para eradicar ciertos vicios del alma del pueblo. Si se advierte que, a la par que estas máximas de "moral cristiana", que Cervantes pone generalmente en boca del loco manchego, hácele decir los más raros desatinos en alabanza e imitación de los libros de caballería, se verá que no hay razón *objeti-*

va alguna para suponer que el propósito del Quijote se revele en aquéllas y no en éstos. La distinción que hace Ríos, y con él todos los cervantistas, prueba que no es posible, en la experiencia estética, desprenderse en absoluto del criterio subjetivo.

En suma, la interpretación cervantista abarca las siguientes conclusiones: que el Quijote es eminentemente obra cómica, es decir, de mera diversión; que su objeto fué, como Cervantes mismo lo confiesa, "deshacer la autoridad y cabida que en el mundo tienen los libros de caballerías"; y que, si bien no se propone representar a la naturaleza humana en sentido simbólico, refleja incidentalmente el conocimiento que de ella tenía Cervantes y los principios éticos que ese conocimiento le inspiró.

Sirve de compromiso entre esta interpretación y las de los esoteristas, aquélla, más indefinida por cuanto náda entre dos aguas, que comparte el carácter evidencial de la una y el independiente subjetivismo de las otras. A ella se ciñó en España Menéndez y Pelayo, espíritu comprensivo, en quien bregaron de continuo el positivismo erudito y la imaginación creadora. A las conclusiones ya indicadas de los cervantistas, corresponden, en esta teoría media, la de que el Quijote es obra cómica por su asunto, mas nó por su intención, que es eminentemente seria y que consistió, no tanto en corregir la afición general a los libros de caballería, como en purificar el ideal caballeresco que aquellos romances habían corrompido y mal interpretado. "No se escribió el Quijote,—dice Menéndez y Pelayo—, contra el puro ideal caballeresco, que siempre exalta y ennoblece; pero es cierto que las aberraciones éticas y estéticas del pseudoidealismo hallan en esa novela el correctivo vigoroso y punzante de la parodia."

Hemos dicho que es ésta una interpretación transactiva. Con ella se busca llenar la desproporción entre la finalidad inmediata y declarada de Cervantes, que hoy se nos antoja trivial y hasta mezquina y el ideal que la lectura de su obra nos sugiere. Considerando la corrección del gusto popular el *motivo* o asunto en que se inspiró el Quijote, ni se niega la declaración de Cervantes, ni se la toma ciegamente como clave para la interpretación de la novela. Pero esta opinión tiene la deficiencia de todas las actitudes neutras. ¿Cómo se explica,—objeta el cervantista—, que Cervantes se propusiera "purificar y ennoblecer" el ideal encarnándolo en un pobre loco, que más bien parece exponerlo al público escarnio? ¿Por qué, entonces,

declaró su hostilidad a los libros de caballerías? La "paradoja del Quijote" se vuelve a imponer, con todos sus visos de insolubilidad. Pero entonces habla el "esoterista", que, negando las interpretaciones anteriores, rebusca y aduce argumentos en favor de la suya, zahorí y peregrina, donde el Quijote no es ya obra ingenua y diáfana, sino trama ceñuda de ocultos y sutilísimos ataques. Las aventuras y los personajes adquieren valores simbólicos. La crítica se trueca, de general y costumbrista, en personal o irreligiosa. Todo en la obra es maquinación: todo responde a una intención irrevelable.

Y es que, según Navarrete, Cervantes se vió obligado a presentar sus impugnaciones "disfrazadas con un velo muy delicado, por ser de tal naturaleza que podían acarrearle persecuciones en descrédito de su religiosidad y patriotismo" Por lo demás, "quien lea con atención—añade—las aventuras de la cabeza encantada, del mono adivino, la inopinada y silenciosa prisión de Don Quijote y Sancho por los criados del Duque, el fingido funeral de Altisidora.... comprenderá fácilmente que encierran alusiones misteriosas que no le era lícito desenvolver, y que pudiendo ser entendidas de los más discretos y perspicaces, estaban sólo fuera de la comprensión de los necios y preocupados, que o por partidarios de Avellaneda o por otras causas podían contribuír a manchar su buen nombre y reputación"

Cobra alguna fuerza la opinión de Navarrete cuando se recuerda el estado social y político del tiempo de Cervantes; pero aún así se hace difícil suponer en él la intención de criticar métodos y tendencias que pareció siempre aceptar, justificar y aun defender. Además, la sátira, si sátira hubo, tuvo que ser, o tan velada que muy pocos la percibieron, o bien lo bastante clara para que fuera entendida del pueblo a quien iba encomendada. En el primer caso, la impugnación era ineficaz, y a Cervantes no pudo ocultársele antes de escribir su obra; en el segundo caso, siendo la crítica manifiesta y al alcance popular, no podía menos que excitar sospechas y despertar recelos. ¿Cómo se explica, entonces, que el Quijote, no sólo pasara la censura, sino que hasta mereciera la alabanza de los examinadores oficiales? "No contiene cosa contra la fe ni buenas costumbres,—dice la aprobación de Gutierre de Cetina, dada en Noviembre de 1615—, antes es libro de mucho entretenimiento lícito, mezclado de mucha filosofía moral." Y la aprobación de Valdivieso, en Marzo del mismo año, revela aún mayor benevolencia.

No hay, como se ve, indicios que permitan creer, con Navarrete, en intención política alguna bajo la inocente ficción del Quijote. Pero a aquellas y a hasta más peregrinas conjeturas se presta la sabrosa historia, como lo prueban las interpretaciones de Benjumea, Saldías, Pallol, Villegas, Castro y de cuantos hallan evidencia oculta, si se me permite la paradoja, en la crónica benengélica.

Benjumea, uno de los primeros "esoteristas" españoles, publicó en 1859 sus *Comentarios filosóficos del Quijote,* que marcó el comienzo de una serie de "elucidaciones" del gran libro, faltas, según Asensio, de pensamiento fundamental alguno, pues pronto abandonó el autor sus primeras y generalísimas opiniones, para venir a relacionar muchas aventuras del Quijote con acontecimientos de la vida de Cervantes. Los comentarios de Benjumea, empero, atrajeron mucha atención en España y sirvieron de origen a una memorable polémica, en que Hartzembusch y Valera fueron los mantenedores contrarios.

En 1893, don Alfonso Saldías dió a luz una interpretación más nueva y extraña aún en su *Cervantes y el Quijote* (Buenos Aires, 1873), donde mantenía que en los personajes de Don Quijote y Sancho Panza, "quiso representar Cervantes las dos tendencias que luchaban por la supremacía y dominio de la sociedad: la aristocracia conservadora y la democracia pura. Don Quijote,—continúa—, es el fiero aristócrata de prerrogativas y linajes, poseído de la idiosincracia de querer sobrepasar al hombre común. Sancho es la entidad anónima que ha sido llamada el estado llano, y personifica el sentido común popular y la capacidad del pueblo para gobernarse a sí mismo."

Pallol, encuentra en el Quijote un sutil ataque a las Sagradas Escrituras, simbolizadas por los libros de caballería: Villegas lleva más lejos el simbolismo, asignando a cada personaje, a cada objeto e incidente en la novela un significado social y político perfectamente definido; Castro, en fin, basa su interpretación en la tradicional enemistad entre Cervantes y Lope de Vega; en la benevolencia de éste al juzgar los libros de caballería, según se ve por la dedicatoria de su comedia *El Desconfiado,* y en la insinuación que hace Avellaneda en el prólogo de su Quijote, declarando que Cervantes quiso "el ofender a mí (Avellaneda) y particularmente a quien tan justamente celebran las naciones extranjeras y la nuestra debe tánto (Lope)".

Como se ve, todas estas interpretaciones disponen de algún fundamento, si nó en la intención misma de Cervantes, al

menos en la ambigüedad de que a veces revistió sus donosuras y que las hacía aplicables a todo lo que dentro de su crítica general encajara. El Quijote es un gran libro, por esa misma elasticidad y ese indefinible alcance que posee. Las más de las interpretaciones de que acabamos de dar ejemplos, se inspiran en el deseo de mostrar una sanción histórica a hechos e ideas de flamante boga. El liberal o el ateo de hoy, sabedor de que la ancianidad de una idea le presta la fuerza de la tradición y con ella cierto prestigio inexpugnable, se empeña en buscarle orígenes entre los pensadores de antaño y así halla al Quijote democratizador o anticristiano, según le interese. Que el libro se preste a tales trastrueques, es sólo prueba de su grandeza.

Menos entendidas y refutadas por los esoteristas, han sido las interpretaciones que pudiéramos llamar impresionistas o subjetivas, explicándose aquella actitud y estos apelativos por la carencia de una base sólida de especialización en quienes las sostienen. Marcadamente literarias, casi nunca pretenden imponerse como hechos, sino que aspiran más bien a vindicar el derecho del lector, y aun del crítico, a dejarse convencer por la impresión de la lectura, entendiendo la obra seria o cómica, representante de humanidad o de individuos, piadosa o satírica, correctora del ideal o enamorada suya, según la emoción que sus páginas susciten.

Ticknor representa el escepticismo académico hacia esta hermenéutica impresionista y profana cuando dice que "el propósito de Cervantes al escribir el Quijote ha sido frecuentemente aumentado por la ingeniosidad de una crítica refinada, hasta hacerle comprender la totalidad del infinito contraste entre lo poético y lo prosaico en la naturaleza humana, entre el heroísmo y la generosidad de un lado, como si sólo fueran ilusiones, y un frío egoísmo del otro, como si en él se encontrara la verdad y la realidad de la vida". Añade el crítico norteamericano que esas extralimitaciones, lejos de abonar el valor de la obra de Cervantes, le atribuyen cierta ambigüedad que no tiene, y muestran desconfianza en la sinceridad de la declaración expresa que aquél nos hiciera.

Hay, sin embargo, una circunstancia que ha servido de paliativo a las denuncias de los cervantistas en contra de las interpretaciones subjetivas, y es que reconocen en éstas, pese a su falta de fundamento lógico, cierto carácter de universalidad, cierta manifiesta unidad de criterio, que las salva de la imputación de ser caprichosas o arbitrarias. No así con las interpretaciones

esotéricas, que son a cual más innovadora y personal. Mientras los ocultistas del tipo de Navarrete difieren considerablemente entre sí, creyéndose cada uno en la verdad, los impresionistas concuerdan casi universalmente en sus opiniones, y no hay aspecto en la de cualquiera de ellos, que no se avenga con las impresiones generales de los demás.

Fuera de Bouterwek y de Sismondi, que son los representantes clásicos de esta actitud, no sabemos que la interpretación impresionista haya sido jamás expuesta conspícuamente bajo la asunción formal de crítica académica. De las dos excepciones indicadas, tiene la primacía, en orden de importancia y de fecha, el alemán Bouterwek, cuya *Historia de la literatura española y portuguesa* se publicó de 1805 a 1819.

"Es imposible—dice Bouterwek—, formarse una noción más equivocada de esta obra (del Quijote) que al considerarla una mera sátira, concebida por el autor para ridiculizar el apasionamiento absurdo por la lectura de los viejos romances de caballería. Sin duda fué éste uno de los fines a que aspiró Cervantes... ...; mas no debemos atribuírle la pretensión absurda de querer probar la influencia dañina que los romances malos ejercían sobre el gusto del pueblo español, con sólo exhibir la locura individual de un entusiasta que pudiera muy bien haber perdido igualmente la razón estudiando a Platón o a Aristóteles. El germen de inspiración de donde brotó la obra toda—continúa—, debe hallarse en el mérito y la riqueza que hay en la concepción o la extravagancia de querer revivir la edad caballeresca."

Hasta tal punto se adhiere el italiano Sismondi a la opinión que acaba de citarse, que muchos le han acusado de plagiar a Bouterwek en su *Littérature du midi de l'Europe,* publicada poco tiempo después de la monumental obra alemana. Haya o nó justicia en la acusación (y la tendencia es a creer que sí hay alguna), el estudio de Sismondi no contiene nada esencialmente distinto de las ideas ya expresadas por Bouterwek. Como éste, cree Sismondi que el objeto cardinal de Cervantes fué "ridiculizar el entusiasmo", o sea, "el contraste de lo heroico y lo vulgar"; pero es posible que la coincidencia se deba, no tanto a reminiscencia del autor alemán, como a aquella semejanza de interpretación que se echa de ver en los impresionistas, según ya dijimos.

Es de advertir, empero, que algunos de éstos, entre los cuales se cuentan escritores de los más diversos tipos y matices, no comulgarían acaso con Sismondi en atribuír a Cervantes el

propósito de "ridiculizar" el entusiasmo, sino que se preguntan, con el escritor alemán de quien Ortega y Gasset tomó lema para una serie de serenísimos ensayos: *Ist etwa der Don Quixote nur eine Posse?*—"¿es acaso el Quijote una mera burla?" Los Heine, los Turgenev, los Mulock Craik, los Francis Thompson, suponen más bien a Cervantes del lado del ideal que encarnara en su Caballero de la Triste Figura, enamorándose de su locura sacra a medida que escribe, entristeciéndose en lo hondo del ánima, pese a su sonrisa, por lo mezquino de un mundo en que los molinos son en verdad molinos, y los mesones, mesones.

Si el Quijote no tuviera inherentes y más altos derechos a la devoción humana, a la devoción eterna, diéraselos el haber servido de inspiración a tántas bellas páginas como sobre él se han escrito. Desde Swift acá, en todos los países y en todos los tiempos, se ha rezado a Alonso Quijano; el libro vive, siempre mozo, para la humanidad como para cada hombre: pero diríase que también para el mundo entero adquiere más tristes matices según pasan los años, y que los hombres todos pudieran exclamar a una, como el viejo lector: leímos el Quijote de niños y nos hizo reír; leímoslo de mancebos, y nos hizo pensar; lo leímos de viejos, y nos hizo llorar. En un principio, como advierte Pedro Henríquez Ureña, la gran novela "fué, sobre todo, obra de divertimiento y de solaz. Hubo, seguramente, quienes le adivinaran sentidos más hondos: absurdo sería negar de plano la penetración delicada a toda una época. Releyendo la crítica cervantina desde sus comienzos, se hallarían, de cuando en cuando, anticipaciones de nuestras ideas. Pero su rareza será la prueba mejor del criterio entonces predominante—el criterio realista y mundano que personifican hombres como Bacón, y Gracián, y La Rochefoucauld."

Mientras más se lee y se estudia el Quijote, más se aparta la crítica de esa interpretación que lo cree instrumento de mero solaz, más se niega el valor conclusivo de lo que allí está declarado como fin, en palabras del mismo Cervantes, y mayor importancia cobra, en cambio, la impresión personal del lector. Pero no han faltado críticos, que aun con moderno criterio, acusen de arbitrario ese servirse de las propias impresiones como clave para la comprensión del libro. Se ha dicho que con ello se subvierten los principios establecidos de toda crítica estética, entre los cuales domina el de que todo objeto de belleza ha de entenderse según el designio que lo creó. ¿Qué: tiene, si no,

el espectador iluso el derecho de decir al pintor que la montaña aquella en su lienzo no es montaña, sino endriago, y al músico que el acorde no imita cadencia de palmas, sino bramar de océano? ¿Le es permisible al crítico o lector desatender el propósito declarado de quien creó?

La cuestión es ardua y merece siquiera sea breve discusión, ya que tánto de lo que se ha dicho sobre el Quijote obedece a esa norma subjetiva. Pero existe aún harta divergencia de opinión sobre lo que constituye el criterio ideal con que ha de juzgarse la obra de arte, para que puedan resolverse aquellas dudas sino de modo dogmático. La cuestión se reduce entonces a declarar que toda obra de arte es para el individuo, y que si éste ha de gozar de ella, debe dársele la libertad de verla según sus propias ideas e impresiones y del modo que más le plazca. Puede que no llegue así a la verdad absoluta e impersonal; pero sí conocerá su propia verdad, aquélla que le permita admirar y comprender lo que de otra manera no comprendiera ni admirara.

Así piensa Oscar Wilde, el espíritu inteligentísimo, cuando dice que "la única característica de una bella forma es que uno puede agregarle todo lo que desee, y ver en ella todo lo que le plazca ver", pues "la belleza que da a la creación su elemento universal y estético, hace al crítico creador a su vez, y sugiere mil diversas cosas que no estuvieron en la mente de aquél que talló la estatua, o pintó el lienzo, o grabó la gema"

Importa, pues, en la obra de arte, no tanto lo que fué en la conciencia del creador, como lo que *logra ser* en la conciencia receptora durante la experiencia estética. Su valor principal está en lo que evoca, y nó en el designio a que responde. ¿Cuántos no han malogrado su oportunidad de apreciar la Divina Comedia, y de gozar de ella, por haber querido informarse del sentido teológico que originalmente se le infundiera? ¿Se nos da mucho, en realidad, que Beatriz, siempre divina, sea o nó la hija de Folco Portinari? ¿De qué nos serviría hoy saber a ciencia cierta si Shakespeare quiso darnos a entender un loco en Hamlet; si, allá en lo íntimo de su concepción, fué Lady Macbeth una ambiciosa insana, o bien la esposa amante, de amor bravío y sin escrúpulos, que hoy se nos antoja? ¿No hay, como dice Menéndez y Pelayo, en toda obra genial, una región de todos ignota, acaso del autor mismo, en la cual nos aventuramos con la esperanza de descifrar alguno de los misterios de la creación artística?

"El primer paso en la crítica estética,—enseña otro gran crítico, Mateo Arnold,—es darnos clara cuenta de nuestras impresiones." Por ellas sólo es comprensible la obra de arte; por ellas se evalúa. No importa que no respondan a la intención del artista, pues ¿acaso es éste algo más que el agente—el instinto y la voluntad—que desentierra a la luz de todos parte del tesoro oculto de la belleza, que en todo existe? Si es verdad que lo bello tiene mil facetas, y que desde diversos ángulos ofrece espectáculo maravillosamente vario, según sea el matiz de la luz que en su seno se quiebre, ¿cómo hemos de esperar ver ese fragmento de belleza con los ojos mismos del animador primero? Hay en toda experiencia de arte genuino, y especialmente en la literatura, una íntima comunión de sentimiento entre el artista creador y el espíritu vidente; pero no nace esta simpatía de una concordancia mental, sino de la contemplación de un mismo asunto, al igual que el naturalista y el deísta se conmueven a unísono ante la majestad del otro. Si se requiriese el acuerdo ideológico, si fuese menester contemplar una obra de arte como la vió el autor, reduciríase inmensamente la cantidad de goce artístico, acaso desapareciera totalmente, puesto que no existe identidad moral y espiritual entre individuos, sino sólo puntos de contacto allí donde el antecedente fisiológico y la experiencia coinciden.

Y no se diga que la apreciación de una obra, es decir, el acto de gozarla, la experiencia estética, es una actividad diferente en esencia de su interpretación. Porque, en realidad, lo que se aprecia no es la obra de arte, sino nuestra interpretación de ella, aquel caudal de ideas y de emoción que en nosotros suscita. La belleza objetiva en sí, nos es tan desconocida como al filósofo el mundo noumenal kantiano. Es—si se me excusa el tecnicismo—un *substratum* que no nos sería dado aprehender sin el anonadamiento previo del yo, con todos sus prejuicios y limitaciones. No es posible verificar la belleza como se puede verificar un fenómeno físico, porque l belleza, como la cantidad, es una cualidad elemental, que sólo se define en términos de sí misma. De ahí que ninguna de sus manifestaciones tenga jamás aceptación universal: así como hay diversos individuos, hay diversas impresiones, distintos modos de interpretar y de apreciar.

Ahora bien, es menester admitir esta relatividad en el arte, con todas sus implicaciones, para llegar al más rico goce y comprensión de toda obra literaria. Los cervantistas se empe-

ñan en ver el Quijote, nó a través de sí mismos, concediéndole a la ecuación personal su libre ejercicio, sino a través de lo que Cervantes dijo o sugirió que su novela era. Por eso, la interpretación cervantista, objetivizada y enajenada, nos resulta tan incompleta y pedestre, y no acierta a justificar la fama del libro. Quien no supiera del Quijote sino lo que han escrito sesudos académicos y eruditos comentadores, ¿podría explicarse por qué es la obra de Cervantes objeto, no ya de admiración, sino de devoción universal y perenne? Su sátira, ¿es merecimiento de gloria? ¿Lo es su farsa? Y esa menuda filosofía que trascribe proverbios o lugares comunes; esos fracasos que no sirven de escarmiento, sino de emulación; esa moral a veces anodina e insubstancial, que se deja convencer por el efluvio ajioliente de una maritornes; esa intención reformadora de algo que ya se estaba reformando: ¿todo eso, y nada más, es el Quijote? ¿De dónde, pues, sus títulos? ¿A qué ese pregón?

Pero, léase el libro. Ya no creeremos a los cervantistas. No los creeremos, porque allí hay algo más, mucho más. Dícennos que es la Historia del Manchego sátira contra determinadas aficiones, y nosotros hallamos que las enaltece; dícennos que enseña a acatar la realidad de la vida, y nosotros la juzgamos obra rebelde, que ríe por no llorar; dánnos a Don Quijote loco, y lo hallamos supremamente cuerdo, con la suprema cordura de la razón no escrita; nos hablan de aquella filosofía al menudeo, con miras a la aprobación de Cetina, y pensamos nosotros que hay en el libro otra filosofía, infinitamente más persuasiva y enjundiosa, que no traduce al Concilio de Trento, o a Pero Grullo, sino a Cervantes mismo, el de Lepanto y Argel, el que escribió la *Numancia* y, como su Quijano, fué también hacedor de mil "discretas locuras".—Y para enterarnos de todo esto, no se nos da un ardite de lo que Cervantes mismo diga (que sabe Dios las razones que tuviera para decirlo). Nos basta con dejarnos convencer de nuestras propias impresiones, humildemente, pasivamente, permitiendo que ellas nos bañen de luz, como reflejos de un astro que no vemos. Empéñense en analizar su espectro los científicos de la crítica literaria; a nosotros, los impresionistas, nos quedará siempre la síntesis maravillosa y áurea.

Por esta consulta del fuero íntimo han sido siempre los impresionistas los que más bellas ideas y sentimientos han encontrado en la novela magna. Turgenev ve en el Manchego al tipo genuino del *gentleman* cumplido; Heine, y con él todos los

románticos, la dualidad perenne de las cosas; Mulock Craik, la encarnación de la caballería cristiana, el último templario que aún custodia al sepulcro del Ideal. Para todos, es Don Quijote rebelde que pugna por libertades inconquistables, eterno añorador de tiempos heroicos, vestigio de lo que fué y antecedente de lo que otra vez quisiéramos que fuera.—Y es que todas estas interpretaciones son afines, aspectos de una sola, como luces de una misma gema. En todas ellas intervienen el contraste entre lo alto y lo mediocre; entre la heroicidad y la resignación; entre el yerro de querer lo inasequible o lo mediato, y el posibilismo que va por sus pasos contados, temeroso del astazo de la realidad.

Si Cervantes no nos dice estas cosas clara e inequívocamente, siempre nos quedarán dos razones que sostienen nuestra interpretación. La primera, es el consenso de todos los que han leído el libro ingenuamente, sin pruritos elucidadores. La segunda es que toda obra de arte tiene un fondo ideológico que rara vez acierta a traducirse de un modo cabal. El asentimiento unánime es infalible, porque representa el instinto; y éste no es otra cosa que la aprehensión de lo que no ha logrado asumir forma, o cristalizarse en realidad manifiesta, pero que ya tiene una vida intencional y potencial. De ahí que, como dice Sainte-Beuve, "la crítica no puede hacer nada por sí sola. La mejor, tiene que actuar de acuerdo con el sentimiento público....; nunca hallamos más de la mitad del artículo en letra de imprenta: la otra mitad sólo se escribió en la mente del lector."

Pero si se nos objetara que la interpretación así complementada y matizada por el crítico nos dice más de éste que del autor, advertiríamos que las impresiones que aquél recibe, tienen que basarse en alguna suerte de similaridad entre ambos, y que todo lo que Cervantes es capaz de suscitar en nosotros, habríamos seguramente de hallarlo en él. Nó el estilo: la obra toda, es el hombre. Cervantes hizo para nosotros el Quijote; del Quijote, para todos, hemos hecho a Cervantes.

Resúmese, pues, de la discusión sobre cuál es el verdadero significado del libro, que, o debemos aceptar como verdadero y principal el propósito que Cervantes declaró — con insistencia tal que no deja de infundir benévolo recelo—; o bien debemos permitir a cada cual que lo interprete a su manera, libertad que parece ser requisito básico de toda apreciación artística.

Ahora bien, sería atrevido, y hasta insensato, negar que una de las intenciones de Cervantes (quizás la única inicial y claramente definida) fuera desacreditar la lectura de ciertos libros de caballería,—nó de aquellos que por su discreción y buen estilo habían merecido encomio aún del mismo Cervantes, sino de los disparatados y mal escritos, que se publicaban a principios del siglo dieciocho, cuando ya "andaban muy de capa caída, y apenas si se componía ninguno nuevo." El satirizar éstos, fué, sin duda, el motivo inmediato, el estímulo motor, que dió origen y principio al Quijote; pero de ello no se sigue que esa intención anime exclusivamente toda la obra. Pese a la farsa que pone a Don Quijote en ridículo, siente el lector que, a medida que lee, del libro todo se desprende un aliento de violentado lirismo, que tiende a soliviar las locuras del Manchego, satirizándolas en lo que tienen de militantes y de anacrónicas, pero aprobando el ideal puro que en sí llevan. Por eso, la inconsecuencia que se echa de ver en toda la obra. A veces se muestra Cervantes enamorado del entusiasmo del hidalgo; a veces, se diría que lo fascina el sentido común y práctico de Sancho. Ora pone decires de amor al ideal en boca de Don Quijote, ora los parodia en la charla sentenciosa del gárrulo escudero. Pero, si fuera más personal, si no entendiera tan a la manera realista y narrativa el arte de novelar si no temiera que con el ensalzamiento de lo bueno se debilitara la crítica y burla de lo malo, de seguro que tendría también comentarios benévolos para la fe inclaudicante del pobre buscador de aventuras, que aún con las costillas molidas piensa en encantamientos e invoca a Dulcinea.

Este cambio gradual de actitud por parte de Cervantes; esta que pudiéramos llamar paulatina subjetivización de la obra, en que se va descubriendo, tras lo *frondeur* y lo irónico, cierto involuntario enternecimiento del artista hacia el hijo de su ingenio; este trocarse de la farsa en tristísima comedia, que a un mismo tiempo provoca burlón desenfado y atrición dolorosa; esta "paradoja del Quijote", en fin, culmina en la Parte Segunda, que ya comenzó Cervantes poniendo en boca de su héroe, junto con mil disparates, una muy cuerda y razonada homilía contra la molicie de la época, tan distinta de aquélla "donde los andantes caballeros tomaron a su cargo y echaron sobre sus espaldas la defensa de los reinos, el amparo de las doncellas, el socorro de los huérfanos y pupilos, el castigo de los soberbios y el premio de los humildes." Por ese doble sentido que en la Segunda Parte se acentúa,

es ésta la que generalmente se admira más. Ella es, como dice un crítico dominicano, "la glorificación moral del Ingenioso Hidalgo, y el preferirla no es sino resultado de la protesta surgida de espíritus rebeldes a la opresión espiritual de la edad moderna."

Nosotros añadiríamos que la preferencia se debe también a circunstancias intrínsecas y genéticas: al hecho de que Cervantes escribió la Parte Segunda en aún más madura senectud, cuando colmado ya de Gloria, pero siempre dependiente de la generosidad de los de Lemos y Toledo, debió experimentar la melancolía irónica de los fracasos inmediatos. Añádase a esto el resentimiento que sin duda le causó la imitación de Avellaneda y el cómo hubo de trocar el aragonés en farsa de tablado lo que él imaginara sutilísima comedia. Con ello temió acaso Cervantes haber exagerado en su Primera Parte la nota cómica, y se dió a enmendarla, dejando ver en la segunda una como íntima sanción de aquella locura que tan bien correspondía, después de todo, al heroísmo, a la brega y a la incomprensión de su propia vida. De esta última actitud da ejemplo el discurso que pone en boca de Don Quijote en el palacio de los Duques. Así dice el Manchego sublime:

¿Por ventura es asunto vano, o es tiempo mal gastado el que se gasta en vagar por el mundo, no buscando los regalos dél, sino las asperezas por donde los buenos suben al asiento de la inmortalidad? Si me tuvieran por tonto los caballeros, los magníficos, los generosos, los altamente nacidos, tuviéralo por afrenta irreparable; pero de que me tengan por sandio los estudiantes, que nunca entraron ni pisaron las sendas de la caballería, no se me da un ardite: caballero soy, y caballero he de morir, si place al Altísimo. Unos van por el ancho campo de la ambición soberbia, otros por el de la adulación servil y baja, otros por el de la hipocresía engañosa, y algunos por el de la verdadera religión; pero yo, inclinado de mi estrella, voy por la angosta senda de la caballería andante, por cuyo ejercicio desprecio la hacienda, pero nó la honra..... Mis intenciones siempre las enderezo a buenos fines, que son de hacer bien a todos y mal a ninguno: si el que esto entiende, si el que esto obra, si el que desto trata merece ser llamado bobo, díganlo vuestras grandezas, Duque y Duquesa excelentes". .. ..

Ante esta soberbia autoapología, tan enternecedora y persuasiva que no puede sino sentirse cuantísimo amor puso en ella Cervantes, no se necesita consultar la imaginación, o incli-

narse a leer entre líneas, para encontrar harta verdad en el tropo primaveral de Francis Thompson: el Quijote es "una semilla de melancólica y desdeñosa protesta, envuelta en pulpa de sátira y cubierta por fuera de un hollejo de gruesa farsa."

JORGE MAÑACH

Cambridge, Massachusetts; MCMXX.

La esperada

Era un adolescente, y ya el Destino
me mostró a esa mujer. Pálida, bella,
con algo de misterio en el divino
mirar de cielo y sonreir de estrella.

En la casa, en la calle, en el camino,
por todas partes me dejó su huella.
Creo encontrarla a veces: la adivino;
pero una voz me dice que no es ella.

Un día llegará,—a la doliente
claridad de un crepúsculo.—Sin ruído
se acercará, temblando.... Y en mi oído

dejará que su voz consoladora
diga quedo, muy quedo, tiernamente:
"duerme, hijo mío, duerme, que ya es hora".

Lima, 1920.

ALBERTO URETA.

Lo bello en la Naturaleza

He aquí un hermoso artículo donde el Dr. Deustua explicando la significación de la belleza natural, nos ofrece el cuadro, por demás sugerente y animado, de las formas que, en su progresivo esfuerzo de expansión, crea en el mundo la actividad esencial.

Algo recuerda la actitud del autor a la de Hegel. Pero la similitud es puramente exterior; pues mientras en el filósofo alemán las formas naturales aspiran a expresar la idea, es decir, en el fondo un elemento lógico, en la teoría que este artículo traduce, se las interpreta como éxitos cada vez más dinámicos y originales de la libertad.

La estética del orden, de la armonía, tiene, en la naturaleza, una aplicación exacta, que ha mantenido ese principio durante la evolución de las ideas estéticas. El filósofo Masci explica porqué la contemplación de la naturaleza produce en el alma ese estado de armonía estética que se asocia íntimamente con el amor feliz y que el arte reproduce. Dauzat, que ha estudiado detenidamente el sentimiento de amor a la naturaleza, no se aleja de esa misma interpretación, que no explica la acción trastornadora de los espectáculos sublimes que ofrece la lucha de los elementos físicos.

Lo bello en la naturaleza, se ha dicho también, no se refiere, de ningún modo a su organización lógica, a las modificaciones necesarias para asegurar su existencia; sino que es considerado como un elemento de lujo, y, con respecto a la existencia, como una superfluidad.

Que la *catarsis,* la *olímpica ataraxia* de los antiguos haya sido sentida contemplando el orden en la naturaleza, el predominio de fuerzas siempre iguales, la ausencia absoluta de las pasiones que desgarran el corazón del hombre; que por eso, nos

sintamos más inclinados a ella cuanto más la profundizamos en su contemplación, como dice Masci, ese estado de alma es una síntesis en la que sentimientos muy diversos se funden con el sentimiento estético de libertad, que el espíritu experimenta, cuando, concentrándose en esa armonía imaginada por el espectador, se desprende de los lazos que lo mantienen atado a las imposiciones de la vida utilitaria. Sólo entonces el alma es capaz de convertir en un objeto bello la armonía física y biológica que la imaginación encarna en una representanción fantástica; capacidad que demanda un progreso considerable en las actitudes estéticas del sujeto. No es inexacto, por eso, afirmar que el sentimiento estético de la naturaleza es esencialmente subjetivo. El alma crea el orden en la naturaleza y se regocija con su contemplación, nó porque tenga la satisfacción del artista que se enorgullece de su obra; sino porque dentro de ese orden imaginado se siente libre, con libertad negativa, estática, y porque ese mismo orden es el símbolo simpático de ese estado de alma.

Que lo bello en la naturaleza no se refiere a su organización lógica, que la perfección de la vida no siga una marcha paralela siempre al desarrollo de la belleza, que reside en las formas y tiene por contenido la libertad, es cierto; pero de allí no se deduce la inutilidad de esa belleza; porque es una condición de progreso en los seres el que sus formas sean cada vez más aptas para favorecer la libre expansión de la fuerza que les sirve de contenido.

Ese contenido de fuerza libre, con libertad real o aparente, estática o dinámica, es lo que debe explicar lo bello en los objetos de la naturaleza, desde los minerales hasta el hombre; desde la materia inerte vivificada por la luz, el calor, la figura o el movimiento, hasta el espíritu en sus arranques de expansión sin límites.

Lo que nos agrada es el movimiento; el movimiento como vida, como sugerido por el equilibrio, como actividad teleológica, pero fácil, o como actividad de puro juego sin finalidad alguna. El hombre ama la libertad adquirida en el descanso y en la actividad sin esfuerzo y se complace con las formas que la expresan o la simbolizan en la naturaleza, porque la felicidad para el hombre consiste en creerse libre. La belleza geométrica del mundo inorgánico encuentra su causa en estos sentimientos. La línea se puede considerar como expresión del movimiento y el punto, por el contrario, como algo muerto. La línea

recta puede ser agradable por ser *libre;* pero puede llegar a ser monótona por su uniformidad, superándola en belleza la línea quebrada, la curva y la que entre las curvas sea más variada, como la línea ondulosa. Las cualidades de regularidad, simetría, proporción, ritmo o *euritmia* son otras tantas expresiones de la libertad, que entran en la combinación de las líneas o figuras. En éstas, la regularidad matemática puede aparecer, en circunstancias dadas, como una *coacción,* y, por lo tanto, ser desagradable. En cambio, el orden en el movimiento es una condición estética que le imprime el sello de libertad.

El mundo inorgánico ofrece, pues, dos especies de belleza: una estática o geométrica, en la que la libertad está expresada por el equilibrio y otra dinámica, en la que la libertad tiene el movimiento por expresión. Asociadas las formas o figuras a efectos de luz y de sonido, producen sentimientos estéticos superiores que tienen analogía con los de la belleza biológica. La luz y el color desempeñan un papel importantísimo en la representación estética de lo inorgánico. Los cristales hermosos lo son, no tánto por sus formas regulares, sino por la apariencia de vida que les imprimen la luz que reflejan y el color que los anima. Sugieren a la fantasía el movimiento libre con esos elementos. En el mundo organizado tienen además una belleza expresiva de la vida, a la que concurre el sonido, símbolo de la actividad síquica. Débese a los sentidos de la vista y el oído el carácter estético de las representaciones elementales de la naturaleza. El uno como el otro han operado la emancipación del espíritu de la tiranía de la materia. Son sus instrumentos de libertad y los que engendran formas estéticas por excelencia. Por eso se les llama sentidos estéticos, a diferencia de los demás que sufren la presión de lo inerte y no pueden elevarse a las representaciones fantásticas, sustitutas de la realidad sensible.

Rosenkranz cree que lo feo no se realiza en el mundo inorgánico, porque en él la libertad no existe y, por consiguiente, no se ofrece el espectáculo de su oposición que produce lo feo. Rosenkranz no reflexiona que el hombre la imagina y eso basta para que sentimientos estéticos opuestos se realicen en ese mundo. La imaginación puede hacer de lo inerte lo opuesto a la libertad o puede hacer de lo caótico, de lo nocivo y aun de lo inútil un obstáculo, un principio de coacción, y eso basta para que lo feo se suscite. Intimamente asociado lo útil a lo bello en la naturaleza, los sentimientos estéticos han debido deter-

minarse por lo útil, que favorece y aun suscita un sentimiento de expansión. Antes de que el análisis haya intentado encontrar lo estético puro, distinguiéndolo de lo útil, por razón de finalidad, lo útil y lo inútil han debido tener el valor de lo bello y de lo feo en los espíritus incapaces de ese análisis, sin que obste para rechazar esta hipótesis la belleza puramente decorativa, que, sin modificar la utilidad de los objetos, se distinguía, radicalmente de ésta; porque la decoración repetía la imagen de objetos útiles o satisfacía el anhelo de orden geométrico, que expresa también, aunque indirectamente, el sentimiento de no coacción, propio de la armonía.

Este principio de utilidad, sustituto del estético o asociado íntimamente a él, ha debido servir, asi mismo, de criterio a los espíritus incultos para la determinación de la belleza animada; especialmente en los animales útiles al hombre. Para el hombre culto la belleza de lo organizado depende de la expansión libre de la vida, que encuentra en la multiplicidad de formas, en la gradación de los colores, en la fusión de sus matices, su expresión más o menos acabada. La fantasía puede llevar al infinito la combinación de esos factores expresivos y hacer de la plasticidad de la materia viviente un tesoro inagotable de representaciones estéticas.

"Mientras que en los cristales, como dice Souben, su más alta expresión se encuentra en la regularidad, proporción y simetría, en las plantas se introduce ya la ley de la conformación más rica, viéndose esto muy claro en los organismos más elevados del reino vegetal, en los árboles, cuyas partes capitales son las raíces, el tronco y la copa". Pero, no obstante la regularidad que sirve de base a la vegetación, la libertad puede tomarse como su carácter capital. La pobreza, la coacción de la uniformidad hace fácilmente que el vegetal se nos muestre feo, y fea igualmente la excesiva mezquindad, como pasa con toda forma capital, que esté ahogada y oprimida por una masa de formas accesorias, según observa Rosenkranz. Cuando, por el contrario, la vida poderosa expresa la libertad en su desarrollo, brilla la belleza en sus formas. Brilla también en su porte. "La vegetación, dice Ruskin en sus "Ensayos", aparece como venciendo la ley de la gravedad". Realiza así el mismo principio estético que la arquitectura, al ofrecer con su movimiento ascensional, una representación fantástica de la libertad.

A la belleza de la vida libre en las plantas, expresada por las formas y colores, principalmente, se asocia la belleza del es-

píritu revelada por esos mismos factores y en especial por el movimiento y el sonido. "Al animal se le puede llamar una fuerza *libertada*". dice Lemcke en su Estética. Lemcke define al animal como todo cuerpo concluído, que tiene movimiento propio independiente, que presupone cierta concentración espiritual. Afirma que es un carácter capital en los animales el de la libertad de movimiento; que su más alta expresión es la voluntad y la actividad libre; que por ese principio de libertad el animal es superior a la planta, y el hombre ocupa el más elevado escalón en el reino animal, y por ese mismo principio se determina también el grado de belleza de los animales. La forma, el color y el movimiento tienen en el animal un grado mayor de expresión; porque no sólo revelan la libertad con que se desarrolla la vida vegetativa, sino la expansión libre de la actividad instintiva, que se identifica con la anterior, siendo suficiente que la imaginación forje esa libertad en sus representaciones fantásticas para que el sentimiento estético se produzca, aun cuando el pensamiento puro demuestre el mecanismo a que está sometida toda la naturaleza extraña al espíritu humano. La apariencia de la libertad es bastante en el dominio estético, como se ha dicho.

El sonido adquiere en la vida animal un valor estético que tiene en la vida vegetal una importancia puramente subjetiva, como símbolo arbitrario de un sentimiento. En el animal el sonido adquiere valor musical y expresa directamente en las especies superiores el carácter de símbolo necesario del espíritu, especialmente en el hombre.

Formas, colores, movimientos y sonidos son otros tantos medios como el animal expresa su anhelo de vida libre, de goce sin límites, de pasiones desmedidas, que la resistencia del medio exterior ordena. Esos mismos medios expresan también el anhelo de actividad libre espiritual en el hombre, que es capaz de crear un ideal de felicidad y de perseguir su ejecución en el mundo de la realidad vivida o en el de la simplemente imaginada. El contenido de las formas, colores, movimientos y sonidos, que constituyen la extructura estética de la vida animal es, pues, siempre la actividad que tiende a realzar su esencia, en una expansión sin límites en el espacio y en el tiempo. Cuando esos instrumentos de la vida realizan su objeto, el animal adquiere carácter estético, ya sea esa realización espontánea, irreflexiva, instintiva, ya tenga como en el hombre, el carácter de una aspiración consciente, de un vuelo del espíritu hacia un ideal superior, que signifique un orden más libre, una vida más inte-

gral y más feliz. Por eso la belleza animal se gradúa por la expresión de ese contenido único del que se apodera siempre la imaginación, bien para afirmar una belleza objetiva en la naturaleza o bien para dar a sus representaciones una forma artística, tanto más estética cuanto más expresiva es.

Es en el hombre, por esa razón, en donde se reúnen y concentran todos los factores estéticos esparcidos en la naturaleza. La *eurítmia* de sus formas, el color viviente de su piel, sus movimientos sensibles al ritmo, su voz musical, tienen el más alto grado de expresión, por su variedad infinita de matices y porque, espirituales en la actitud y la fisonomía, revelan la verdadera libertad del espíritu, que la conciencia siente en la incesante creación de sus momentos de actividad interior. "La fisonomía, como dice Souben, pone a disposición del alma tres medios de expresión sin igual: el lenguaje articulado, la risa y las lágrimas. El temperamento contribuye a enriquecer y diversificar esa expresión, que se traduce en formas diversas de carácter sicológico, que tienen, a su vez, formas fijas externas de expresión, que no encadenan sin embargo la libertad."

El hombre así, no sólo resume, sino que, además, eleva a una categoría superior todas las perfecciones y, por lo mismo, todas las bellezas de la naturaleza, ofreciendo, junto con la belleza física y biológica, otros dos órdenes de belleza, la intelectual y moral, que se inician débilmente en la actividad espiritual de los mamíferos superiores y que, en el hombre, llegan hasta crear, conscientemente, la belleza misma en el arte. El sexo, la edad, el color, la raza, el medio y la forma en que desarrolla su actividad, contribuyen todavía a diversificar más su belleza en todos esos órdenes, ofreciendo en esa diversidad infinita el mismo contenido expresado por un símbolo diferente.

Por la flexibilidad y finura de su piel, la semitransparencia de su color, bajo la que corre la red azulada de las venas, como observa Souben, el cuerpo humano, en efecto, supera ya a los demás animales en expresión de la vida libre. Por la disposición eurítmica de sus miembros, la armonía hace resaltar la libertad de sus movimientos, acentuando esa actitud expresiva. Por la forma, disposición y color de los órganos de la cara, la libertad del espíritu se difunde en el cuerpo, completando esa armonía la forma y disposición de la cabellera. La variedad de matices que ofrece el color blanco en su contraste con las sombras y bajo la acción de los colores diversos que componen la *carna-*

ción, lleva la fuerza expresiva de la libertad a su mayor perfección.

"Los temperamentos, agrega Souben, tienen la ventaja de animar singularmente la naturaleza humana y de gravar más profundamente los rasgos de la fisonomía personal. La naturaleza hace más todavía, porque modera, mediante una mezcla espontánea, lo que cada temperamento tiene de excesivo." Sin embargo, el sentimiento estético, emancipado de la influencia que ejerce sobre el criterio estético el tipo amado por causas diferentes de la belleza, dá preferencia a los temperamentos que revelan un dinamismo mayor en el desarrollo de la vida humana, una actitud más grande para expandir su actividad.

Pasa lo mismo con los caracteres que se reflejan en el exterior del hombre acentuadamente. Souben concede la superioridad estética a los caracteres en los que la voluntad se revela al exterior en formas expresivas; son más bellos que los animados por el simple esfuerzo intelectual que, sustrayéndose a la vida exterior, se revela por formas destituídas de energía y de belleza biológica. Los caracteres en los que el sentimiento impera, se manifiestan, dice Souben, "por la expresión simpática de la fisonomía, por la vivacidad y ternura de la mirada, el gesto, a menudo dramático, sin afectación y por la actitud que traduce las emociones experimentadas." En esos caracteres no es el instinto, ni el deseo lo que los mueve; sino "una causa más elevada que los emociona, a la que se abandonan libremente La libertad penetra y vivifica todas esas manifestaciones externas, que son la consecuencia inevitable de actos humanos y que, por consiguiente, son libres en su causa sicológica principal. Es lo que los distingue netamente de las manifestaciones, a menudo espontáneas e involuntarias, del temperamento". "Sin duda, el temperamento no destruye la libertad, pero la encierra, por decirlo así, en ciertos límites", agrega Souben.

Esta belleza con que se revisten los caracteres afectivos, llamados sensibles, no difiere en el fondo, de la belleza de los caracteres enérgicos e impetuosos, en los que predomina como causa la fuerza de la voluntad. La diferencia es de grado solamente. Es la misma que existe entre el momento estético que se denomina *gracia* y los momentos superiores y más complejos en los que la actividad libre alcanza la plenitud de la belleza y puede llegar a la sublimidad. En la expresión estética de la voluntad y de la sensibilidad, lo que constituye siempre su carácter esencial es la libertad, sea que se revele como enérgica expansión de

la voluntad, sea que se traduzca en los movimientos espontáneos, suaves y ordenados de la actividad sentimental, que aspira solamente a gozar con su dinamismo exterior, como en el juego. En el carácter intelectual la expresión estética pierde su valor como representación, pero puede tenerlo, y muy grande, como símbolo artístico de una gran libertad interior, asociada a una gran fecundidad; y en ese caso su belleza interna puede aún superar a la belleza externa del carácter impulsivo y batallador. Para Nietzsche, el superhombre, que es el hombre estéticamente perfecto, expresa una voluntad omnipotente y destructora, que aspira a perfeccionar la humanidad, destruyendo lo que en ella existe de sumisa humillación, de resignación religiosa. Para el ideal religioso, en cambio, el hombre estéticamente perfecto es el que destruye el egoísmo humano, rompe sus lazos con el mundo que lo rodea y pone en esta obra de salvación todo el esfuerzo de la voluntad que el superhombre emplea. En uno y otro ideal lo estéticamente perfecto es la voluntad libre o la voluntad que tiende a emanciparse de lo que ella considera como una esclavitud.

Las diversas formas del carácter estético responden, pues, al mismo criterio, que explica otras variantes de la belleza humana. Su distinción por razón del sexo, es simplemente una distinción por razón del grado de libertad. Todos los atributos que sirven al hombre para el ejercicio de su actividad acusan un grado mayor de vida libre. Entre la belleza del hombre y la de la mujer existe la misma relación que entre la belleza dinámica que coloca en segundo término la armonía estética y da preferencia a la fuerza expansiva del espíritu, y la que sacrifica esta expansión a la armonía de los movimientos. Por eso, se habla de *gracia* cuando se trata de la belleza femenina, y tiene razón Souben en compararla con la belleza vegetal. "La mujer, dice Souben, tiene más de planta y el hombre más de animal por sus formas. En éste, todas las formas indican avance, ímpetu, ataque, dominio; en aquélla indican más la nutrición y el arraigo en un lugar, como en la vida vegetativa. Comparado con la mujer, el hombre tiende más a lo sublime y lo poderoso; comparada con el hombre, la mujer parece más encantadora y amable, más linda."

Al unirse varón y mujer en matrimonio, es cuando muestran la verdadera armonía humana. El matrimonio, se ha dicho, es una libre armonía que perfecciona la belleza humana, mediante el amor fecundo. El hijo, fortificando la expresión de la mujer, sirve para completar esa armonía de poder entre ésta y el

varón, como lo demuestra el arte en la Santa Familia, considerando solamente el equilibrio en las formas.

La distinción estética por razón de la edad responde al mismo criterio. La belleza del niño, como la de la mujer y como la del sentimiento, es espontaneidad, es *gracia*, forma que revela una vida libre, sin la energía de una voluntad vigorosa, sin contenido de valor diferente del valor estético, sin más contenido que la energía síquica fundida en la actividad vital; belleza puramente plástica que carece de verdadera expresión síquica. La edad realza en la mujer esas cualidades, les asocia la belleza síquica, pero mantiene en ésta también los mismos caracteres de la gracia. En el hombre, en la plenitud de su desarrollo, la belleza adquiere todos los elementos expresivos de la voluntad enérgica, que predomina en su acción. Es, sobre todo, belleza de voluntad libre representada por formas en acción o dispuestas para ella. Al dinamismo débil o desordenado del niño, sucede el dinamismo vigoroso y armónico del hombre maduro que tiene conciencia de su libertad, que siente el anhelo de exteriorizarla y que la pone en acción venciendo los obstáculos que se le presentan. En el anciano brilla la belleza intelectual. Si el hombre maduro representa estéticamente a un conquistador de la libertad, el anciano simboliza la libertad interior conquistada ya por la experiencia y la meditación. La ancianidad, que es pura inercia, no es bella; su belleza brota de la libertad interior de su espíritu, purificado por el tiempo y por el conocimiento profundo de la realidad. "Si el anciano, dice Souben, conserva la pureza de sus sentimientos, si el egoísmo no destruye su vuelo y si el desarrollo intelectual mantiene la vida interna con la frescura de las ideas nuevas, el anciano, venerable por sus canas, puede tener todavía una belleza moral, que haga olvidar las deformidades físicas".

El medio físico y el social introducen nuevas causas de variedad a las ya anotadas y que se explican como expresiones diversas de la libertad, ejercidas bajo el imperio de esas causas. Lemcke hace notar la superioridad estética de los habitantes de las montañas, ágiles, acostumbrados a movimientos diversos, sobre los que viven en las llanuras, que son pesados por su actividad sometida al mismo movimiento. El cazador no se desarrolla estéticamente como el pastor, porque su actividad azarosa no le permite introducir en su vida las condiciones que den a su libertad la armonía con que el pastor modela la suya. Por eso el sentido estético de éste es superior. Lo es también el del pesca-

dor, que goza de mayor estabilidad que el cazador y encuentra en ella la aptitud de desarrollar su capacidad artística. El agricultor y el marino ofrecen caracteres más desarrollados que el pastor y el pescador; y su actividad, en condiciones opuestas de estabilidad y movimiento, presentan un notable contraste. La lucha incesante con los elementos de la naturaleza desarrolla en el marino el sentimiento de libertad; por el contrario la vida sedentaria y adaptada al medio físico produce un efecto opuesto en el labrador. Pero, en cambio, estas condiciones favorecen el desarrollo armónico de las formas exteriores; de modo que, mientras en el primero estas formas son expresivas, principalmente, de una belleza moral, en el labrador sedentario, lo son principalmente de una belleza biológica. Si la vida campestre se hace tan accidentada como la del marino, entonces puede pasar lo contrario. "La lucha constante del marino con la naturaleza, dice Lemcke, informa su carácter valeroso y previsor, franco y rudo, disciplinado y sociable, al mismo tiempo que amante de la libertad"; pero, "en cuanto a su desarrollo corporal no es el marino tan normal como el labrador por la naturaleza de sus funciones". La adaptación al medio más o menos perfecta, favorece o contraría el desarrollo de formas vitales estéticas; porque unas veces conservan el sello de esa coacción y otras, por el contrario, demuestran su expansión libre y ordenada por la misma vida.

Eso se observa en el artesano que trabaja al aire libre, ejerciendo funciones que no imponen esfuerzos excesivos y mortificantes y en el que labora en condiciones opuestas. Las formas biológicas adquieren el valor estético de lo bello en el primer caso y en el segundo son indiferentes y pueden llegar a ser feas.

"El guerrero debería ser propiamente la representación del hombre típico, por lo que a la conformación corporal respecta", dice Lemcke; pero no sucede así cuando la educación militar lo convierte en simple instrumento de destrucción. "Por el valor para desafiar la muerte, el guerrero llega a tocar lo sublime", agrega Lemcke; "pero, a causa de la estrecha disciplina a que está sujeto el soldado y por la obediencia a sus superiores", su misión se desnaturaliza. Defensor de la libertad, se convierte en su enemigo; fuerza libre en acción, llega a ser al fin, fuerza sometida ciegamente a la voluntad despótica de la disciplina. Ruskin, en su conferencia sobre la guerra, se pronuncia en favor del guerrero que muere defendiendo la libertad de su patria y en contra del guerrero que mata para destruír esa li-

bertad por la conquista. Ruskin, en esta preferencia, es consecuente con la tendencia moralista de toda su estética; pero es innegable el valor estético que tiene el poder de la voluntad aun contra el valor moral, si bien en este caso, el contraste hace predominar la belleza moral o la biológica según el estado sicológico del que aprecia una u otra. La belleza moral puede hacer olvidar las deformidades físicas, como la belleza de la voluntad puede hacer olvidar la finalidad egoísta que persigue, ante el espectáculo grandioso de su fuerza destructora, tocando, en este caso, los límites de lo sublime dinámico como en el espectáculo de las fuerzas destructoras de la naturaleza. Y esto sucede, porque la libertad estética supera y comprende a la libertad moral.

Si el guerrero expresa la libertad de querer, el docto, el letrado expresa la libertad de saber. De allí la diferencia estética entre ambos tipos, que corresponden respectivamente a la belleza dinámica y la estática. Ambos tipos se funden en el tipo estético del hombre integral, que ha desarrollado todas sus energías armónicamente al impulso de ese sentimiento de libertad, que constituye el movil esencial de la actividad humana. Lemcke encuentra ese tipo en *el gentleman, el hidalgo, el caballero,* que "es el hombre desenvuelto, hermosa y sólidamente, tanto en lo corporal como en lo espiritual". Ese hombre, en efecto, no sólo actúa con la totalidad de sus energías síquicas en la determinación de sus actos, realizando así el concepto bergsoniano de la libertad, sino que integra esa actividad síquica con la totalidad de sus energías físicas y biológicas, poniéndose por entero en cada una de sus acciones. El hombre estético realiza así todo el ideal humano, haciendo desaparecer todas las oposiciones creadas por la actividad fragmentaria, que da predominio a un interés particular sobre los demás y sacrifica la verdadera libertad pretendiendo alcanzarla en una sola de sus manifestaciones.

La belleza del hombre libre se refleja, también, en las instituciones de las que forma parte. Son bellas todas las que persiguen un fin ideal extraño a los móviles egoístas de la vida económica: las instituciones docentes, las artísticas y las de beneficencia; lo son también las instituciones políticas, que suscitan la actividad libre, que la desarrollan y la defienden con energía. El Estado es bello, por eso mismo, si se inspira en ese ideal de libertad como demuestra Voituom. La tiranía es opuesta a esta belleza, como la voluntad despótica lo es a la belleza moral,

lo que no impide que la representación fantástica del tirano adquiera un carácter estético para los espíritus que contemplan en él solamente una fuerza poderosa en lucha trágica con el valor moral. En ese caso, la belleza adquiere un carácter biológico o se traduce en una forma artística.

Todos los seres de la naturaleza se asocian y se compenetran, produciendo un todo bello, que se llama el paisaje y que es la combinación de lo bello inorgánico, vegetal y animal, en la que la intervención del hombre le dá una significación completa, imprimiéndole una nueva vida, de la que carece como simple armonía de colores, formas y movimientos. Esa armonía es obra de la imaginación, que hace del paisaje la expresión de estados de alma, verdadera manifestación de lirismo en la que el paisaje adquiere el carácter de símbolo de la libertad del alma. Por eso el sentimiento del paisaje presupone una cultura estética superior en quien lo contempla, que excluye toda finalidad científica y económica. Para el que observa la naturaleza con fines interesados, su belleza no resplandece; se oculta tras las representaciones reales que producen la imaginación industrial o la observación científica. Eso explica la viva repugnancia con que Ruskin miraba el desarrollo industrial de Inglaterra, que en su expansión trataba con desdén las formas bellas de la naturaleza. Y es que el paisaje tiene no sólo belleza física y biológica, sino además una belleza idílica, como reacción contra la esclavitud impuesta por las convenciones sociales en civilizaciones muy complejas y utilitarias.

Dauzat, hace una clasificación de los paisajes según que en ellos predomine el mar, la montaña o el bosque y considera como tipo opuesto a éstos, el paisaje sin agua, sin relieve y sin árboles cuya síntesis se realiza en el llano desnudo, la estepa o landa, desierto, si toda vegetación desaparece. En los tres primeros tipos la imaginación es capaz de crear representaciones que satisfagan el sentimiento estético suscitado por su contemplación; pero el tipo contrario engendra el sentimiento de lo sublime por la introducción de la idea de lo infinito, que escapa a la comprensión de los sentidos. El arte puede, sin embargo, crear símbolos que respondan a ese sentimiento y lo perpetúen. Pero en todos esos tipos es el anhelo de libertad lo que constituye su contenido estético.

ALEJANDRO O. DEUSTUA.

Lima, 1920.

Mieses de Francia

De *Francis Jammes.*

ESE HIJO DE LABRIEGOS.....

De ese hijo de labriegos que era bachiller
el féretro seguimos, entre hiedras, ayer.

Los domingos dejaba la pequeña ciudad
y donde su familia se iba al campo, a almorzar.
....Al promediar la tarde, me decía,
allí leo a Virgilio.

Al recordar, mi henchido corazón se retuerce
y en el azul respiro un perfume de muerte.

Sí, amigo, tú leías a Virgilio. En un triste
colegio religioso tu latín aprendiste.

Padre, manos de tierra; madre, manos de cáñamo,
se ponían contentos al mirar en tu cuarto
los dibujos que hacíante estudiante ejemplar;
y, mientras que llovía nieve o lumbre solar
o en sus tallos azules se doblaban los trigos,
eran harto dichosos por obra de su hijo.

Difíciles vocablos no marchitaron tu alma.
Eras tú semejante a tu aldehuela cándida,
cuando humean sus chozas hacia los pies de Dios
y los bueyes se paran, la testuz vuelta, al sol.

Amigo, para mí Virgilio es lo que fuíste:
algún dominical atardecer—¡cuán triste!—
en que una melancólica flautilla carrizal
cantaba como llora la lluvia nocturnal....
Un parral. Un carnero. Un tomillar, y luego
una tumba en que se echa algún boj, en silencio.

1897.

Trad. de *MANUEL BELTROY*

Un sacerdote de la cultura

(Continuación)

—"Hijo, tú eres un niño aún, pero yo hablo en tí a todas las almas jóvenes que están o han de estar pronto en estudio y en aprendizaje, y mañana en oficio, cargo o dignidad. Además, *nunca es tiempo perdido el que se emplea en escuchar con humildad cosas que no se entienden* (16). Estas cosas trabajan los dentros y llega día en que el provecho se encuentra.—Está, pues, quieto. Deja, niño, tus manos descansar en las mías. Mira con ojos extrañados, salir de mi boca las palabras, con un movimiento de labios y dientes.—La palabra "espíritu" te la he de repetir mucho. Y tú me preguntarás, tal vez, qué cosa sea. Tú no lo puedes saber de fijo, y creo que yo tampoco. Pero bien está que hablemos de ello siempre, que si nosotros no lo entendemos, él, el espíritu, a nosotros sí nos entiende y nos da mejor disposición a entendernos los unos a los otros y por consiguiente a hacernos mejores".

"Te digo, pues, que mi visitante es un hombre inmoral, *porque no pone espíritu en su faena.* Tampoco es lo bastante honesto aquel otro señor, el de las gafas, que viene a tomar el té algún domingo por la tarde. Ese trabaja en un diario; es periodista. Y también habla de su condena: "No se puede hacer literatura allí.... ¡Ah, la literatura!.... ¡Pobre de mí que he tenido que abandonar la literatura!..." Sí, pobre de él, pero nó por lo que él cree. Pobre, porque no sabe unir su amor a la literatura en el trabajo que cumple. Se queja porque tiene que redactar esas notas cortas sobre acontecimientos vulgares, que llamamos gacetillas. Pero ¿quién le impide redactar las gacetillas

(16) V. Unamuno, "Vida de D. Quijote y Sancho", cap. XI.

con belleza? Belleza no quiere decir ornamento sino armonía y adecuación delicada de la cosa a su destino. Una gacetilla puede ser buena como puede serlo un trabajo de carpintería y una faja de periódico bien llena, y una recogida de basura llevada a cabo con perfección y encendido gusto por la limpieza que así se obtiene. Si este amigo nuestro redactase las gacetillas con perfección y gusto por el resultado, insensiblemente transformaría su faena y la tornaría en bien alta".

"Yo sé de otro periodista (17) que está orgulloso, y con razón, de haberlo cumplido así, con un trabajillo cotidiano y humilde que le fué encargado en sus comienzos. Para entrar a trabajar en los diarios, cuando aún era mozo, aceptó la carga de una sección tenida hasta entonces en gran bajeza. Su misión era la de redactar notas cortas de las que sirven para divertir al lector del negocio, reposándole de las cuestiones serias y de las preocupaciones del día, con la narración—bajo el título de "Dicción amena", "De aquí y allá", Curiosidades" u otro por el estilo—de cositas ligeras y grotescas: del caso del mentecato que anda con la cabeza, de los divorcios cómicos o de las apuestas imbéciles en los Estados Unidos, y otros asuntos de la misma entidad. Pero ese escritor que te digo tomó sobre sí la carga con alegría. Procuró llevar al oficio espíritu y amor. No le tuvo por vil sino por redimible, si voluntad y paciencia a ello se ponían. No se avergonzó, mas aspiró al elogio por camino de aquél. Espíritu y amor no tardaron demasiado tiempo en cumplir el milagro que se solicitaba: secretamente, por un insensible cambio, el linaje de la labor se transformó. Hoy está desconocida, siendo la misma, sin embargo. Los que no recuerdan su oscuro origen la tienen por un género nuevo. Hoy, el trabajo en los periódicos, del escritor que te digo, es tenido por los unos en bien, por los otros en mal; mas por todos, como trabajo de Filosofía, que es la más elevada y difícil de las actividades intelectuales. Pero yo te digo que *cualquier oficio se vuelve Filosofía, se vuelve Arte, Poesía, Invención, cuando no permite que éste se parta en dos mitades: la una para el ideal; la otra para el menester cotidiano. Sino que convierte cotidiano menester e ideal en una misma cosa, que es, a la vez, obligación y libertad, rutina estricta e inspiración constantemente renovada.*"

---

(17) Aquí alude, indudablemente, a su labor en los célebres "Glosarios".

Advirtiendo de paso—lo que no carece de importancia para los que nos empeñamos en mantener la continuidad espiritual entre España y América—cómo el tono y el pensamiento íntimo de *Xenius,* su manera de acoger las cosas de la vida, muestran notables semejanzas con el tono y la manera adoptadas por Rodó en sus cordiales y familiares prédicas de "Motivos de Proteo"; fijemos nuestra atención en algunos puntos de los párrafos citados.

No dejarán de parecer insólitas, un poco extravagantes y, tal vez, hasta candorosas o necias, las afirmaciones del pensador español a algunos de nuestros "vivos" y vividores del mundo criollo; acostumbrados como están a no concebir ninguna actividad, cargo u oficio sino como una manera más o menos decente, más o menos entonada y remunerativa de disimular la más perfecta e imbécil ociosidad, eso del heroísmo en cualquier oficio y del heroísmo en cualquier aprendizaje tiene que parecerles filfia. No hay gente más ajena, por propia naturaleza, condición y carácter, a cualquier esfuerzo serio de moralidad y honradez y buena voluntad en el trabajo, y sobre todo de espiritualidad y entusiasmo en él, que nuestros criollos *cundas* de todas las esferas, desde el político o politicastro, ayer mercachifle y adulón, y mañana ministro y autoridad despótica, hasta el *faite* y el *palomilla,* que tan pronto se dan humos de señoritos o de "niños góticos", como se avienen a las más serviles diligencias. En un ambiente moral de despreocupación e indignidad; sin la más mínima noción de los imperativos del deber ciudadano y social; sin conocer, ni de oídas, ideal alguno; eso sí, sabiendo manejar, a las mil maravillas, los lugares comunes de la literatura pseudo-cívica del politicastro y del *capitulero* (tipos en quienes la desvergüenza y el cinismo se codean con la vanagloria y la ostentación de singulares y misteriosas cualidades y méritos de que jamás quieren abdicar, (18); alimentando sus mezquinas pasiones y celando sus rastreros intereses, sin que jamás se mezcle a ellos ninguno de los alicientes superiores que ofrece la vida de la cultura; con la ignorancia absoluta de las altas finalidades sociales que justifican el esfuerzo y el sacrificio del individuo; aquellas palabras de "heroísmo en cualquier oficio" y "heroísmo en cualquier aprendizaje", tienen que parecerles de lo más extrañas. Su mente, su actitud en la vida cotidiana, son precisa y directamente opuestas a lo que insi-

(18) Esto acaso sea un síntoma de que aún se les puede redimir.

núan esas frases. Toda su habilidad, todo su ingenio, toda su picaresca astucia, tienden a economizar el menor esfuerzo y el menor sacrificio. No existen, para sus apetitos y sus inclinaciones concupiscentes, frenos ni arrestos de ninguna clase; aun de las consideraciones familiares y de los más elementales principios de moral, que rigen la conducta del hombre civilizado, se libertan pronto; y, conocida como es la inconsistencia de nuestras estructuras familiares, agrupaciones sórdidas, sin cohesión ni solidaridad espiritual, sin culto por la tradición, y sin ideales para lo futuro, los individuos de esos núcleos incipientes se desparraman en la vida, sin control y sin ley, a la manera de verdaderos bárbaros o energúmenos, a merced de todos los vientos de la perversidad humana. Añadamos a esto una irreligiosidad crasa, una incredulidad y una irrespetuosidad para todo culto, mil veces peores que cualquier primitiva idolatría, y tendremos el cuadro completo. Los hombres así formados entran a *la busca*, como diría Baroja, por los *caminos tortuosos*, bajos o elevados; y las mujeres, naturalmente, tienen que ser el juguete y el instrumento de semejante ralea de hombres. ¿Puede esperarse heroísmo alguno de gente así? Sus rasgos de valor o de generosidad suelen ser arranques instintivos. Inesperadamente pueden llevar a cabo grendes y nobles acciones; pero son, en absoluto, incapaces de practicar sistemáticamente el bien, y mucho menos, si cabe, de realizar una labor inteligente y edificadora de moralidad, de orden, de cultura y de buenos hábitos. ¿Cómo redimir de tal abyección y miseria o inopia moral a esas inmensas mayorías, que vejan y arrastran en sus torpezas a las minorías sabias y selectas? *Xenius* y los hombres de su contextura moral no se arredran. El esfuerzo tiene que ser enorme, y ha de realizarse con extraordinaria paciencia y exquisito tino. La acción de las aristocracias legítimas, de los *mejores*, de las *élites*, parece coordinarse misteriosamente y regirse por consentáneas y tácitas inspiraciones. Casi puede decirse que hoy las enseñanzas de lo que vagamente se llama "cultura" se concretan en doctrinas claras, unánimes y universales; y que los "hombres cultos", en el más noble y lato sentido de la palabra, cultos de corazón, inteligencia y voluntad, llenos del sentido cosmogógico de la vida humana, forman una nueva escuela, secta o iglesia católica, es decir, universal. Es un hecho muy importante y significativo el maravilloso acuerdo con que miran y juzgan a las personas, las obras y las cosas, y los acontecimientos de toda especie, los hombres "cultos" de los más apartados rincones del mundo. Diríase que existen cánones establecidos y promulgados

por algún concilio secreto de los sabios y doctores, capaces de interpretar y formular la suprema sabiduría de nuestra época. Es, en realidad, un fenómeno consolador que inspira fe y entusiasmo. Ni las mayores locuras y extravíos de las multitudes semicultas, ni las acciones y actitudes torpes de los que viven al margen de esta nueva religión, podrán detener sus conquistas. En su admirable e interesantísimo tratado sobre "Futurismo", Gabriel Alomar habla de cosas semejantes a éstas en el capítulo que titula *La nueva aristarquía*. Pero sobre esto habremos de insistir en otra oportunidad (19).

En cuanto a lo que ahora nos interesa, es decir, en lo relativo a la manera de redimir a las grandes mayorías de su estado de mediocridad moral e inopia intelectual, estado recrudecido entre nosotros, como hemos hecho ver, hasta un grado sumo, existen ejemplos de acción coordinada y sistemática; ya circunscritas a determinados campos o ambientes culturales, como en el caso de la *Residencia de Estudiantes*, de Madrid, institución que ha heredado las tradiciones de alto mérito moral e intelectual del Instituto Libre de Enseñanza, que fundara Sanz del Río; ya lanzadas a la amplitud de todos los horizontes, poseyendo mejores medios de expansión y vulgarización, como en el caso del sistema educativo designado en Inglaterra con el nombre de "pelmanismo" de que trataremos aparte.

Sociedades como la *Residencia de Estudiantes* y otras de su índole (20)), verdaderas universidades libres, que llenan el rol social mal desempeñado por burocratizadas universidades oficiales, contribuyen por manera eficacísima a aumentar la viabilidad de las ideas. Lecturas dadas ante agrupaciones de esa naturaleza fueron algunas de las mejores páginas de Carlyle, como, por ejemplo, las que componen su volumen sobre el culto de los héroes y lo heroico en la historia, del que tántas y tan interesantes acotaciones podríamos hacer aquí. Y otro tanto puede decirse de Emerson y de Ruskin. La lectura y la conferencia constituyen un género literario de semi-colaboración con el público que, creando un especial ambiente de cordial comunicación y de cuasi intercambio de ideas y sentimientos entre el expositor y sus oyentes, tiene sobre el libro y el artículo, y aun sobre

(19) Misión principal de las aristarquías vendría a ser esa "docencia magna" de que ha hablado en estas mismas páginas de "Mercurio Peruano" Honorio Delgado.

(20) Entre nosotros, el *Seminario Psicopedagógico* podría llegar a ser un núcleo de superior cultura.

la revista y el folleto, la ventaja de que, pudiendo presentarse al mismo tiempo en la forma de éstos, da lugar a la realización de verdaderas fiestas o ceremonias en las cuales se rinde público tributo y homenaje a las dignidades del espíritu (21). Las bellas páginas de "Aprendizaje y Heroísmo" fueron el tema de una lectura dada en la *Residencia de Estudiantes*, así como aquellas en que el mismo autor trata "De la Amistad y del Diálogo" y las que Federico de Onis, fino y elegante maestro de espiritualidad moderna, dedica a los que quisiera que se tuvieran como nuevos conceptos "que recogieran los dos modos en que se descompone la acción personal del hombre" en la juventud o "edad de la formación del hombre": la Disciplina y la Rebeldía. (22) Siendo la primera "la capacidad de recepción de los impulsos del mundo" y la segunda "la capacidad de reaccionar sobre ellos según los impulsos genuinos y distintos en que se anuncia nuestra individualidad". Y, al referirnos a esto, vemos cómo Federico de Onis, desde la misma cátedra en que Eugenio D'Ors expusiera sus ideas sobre aprendizaje y heroísmo, nos habla de los medios de regir nuestra conducta compensando las fuerzas de la disciplina con las de la rebeldía y vice-versa, de modo que la disciplina reduzca las nuevas creaciones a la tradición humana y la rebeldía las haga posibles y las afirme para siempre incorporadas a la tradición en el ritmo eterno del progreso. Es esta una regla que Federico de Onis ofrece a la juventud en aquella "hora grave y melancólica que señala la mitad del camino de la vida" y "produce en nosotros un estado de ánimo de máxima fortaleza, comprensión y seguridad" (23). Pero esta norma general que da el joven y brillante maestro, y que hemos querido recordar aquí por considerarla útil a nuestros fines, no es lo más pertinente a lo principal del asunto de que tratamos. El punto de vista de Federico de Onis en cuanto a la manera según la cual cada hombre debe realizar su misión en la vida, concuerda con los preceptos del autor de "Aprendizaje y Heroísmo". Hay —dice—en cada uno de nosotros algo inalienable que nada podría sustituír. Y conforme se nos revela el misterio del mundo, se nos revela también el misterio de nuestra individualidad. Cada día descubrimos un nuevo tesoro oculto en nuestras entrañas,

(21) En este sentido, la labor realizada por las distinguidas damas de la Sociedad *"Entre-nous"* merece nuestra más sincera laudatoria.

(22) V. ps. 37 y 42 "Disciplina y Rebeldía".

(23) Ps. 17 y 18, ob. cit.

cada noche vemos nuevas estrellas en nuestro cielo" (24). "Puede acontecer—añade Onis—que este descubrimiento del amor universal, como alma del mundo y de nosotros mismos, haya brotado (25) de la chispa inicial del amor humano: desde aquel momento en que quedamos, sin saber por qué, suspensos y temblorosos, ante unos ojos cándidos, reveladores de un abismo de misterio." Vemos, por estas palabras, cómo el maestro, al mismo tiempo que profesa un acendrado amor de lo humano, un sentido social fervoroso e íntimo, es individualista; y cómo concuerda con Eugenio D'Ors, que también percibe la oposición entre la rebeldía del individuo y la disciplina de la sociedad (26). La Filosofía, el Arte, la Poesía, la Invención, todo aquello en que el individuo desea sobresalir y anhela imponer su yo, dejando la huella de su rebeldía, al hacerse ideal y cotidiano a un tiempo, como quiere *Xenius* (véase nota 1.), ofrece la oportunidad de concebir la inspiración personal con el deber social, lo que constituye el desideratum. Cualquier oficio, ocupación o aprendizaje, en el que se pongan en juego una voluntad heroica y un espíritu original que tengan la pasión del progreso y del perfeccionamiento de lo humano, tanto en su capacidad de acción cuanto en la belleza y excelencia de la obra misma, adquiere una dignidad superior. La inspiración personal y el entusiasmo, guiados por una concepción original y hermosa de la obra y de los fines, ennoblecen y redimen los más bajos menesteres. El espíritu y el pensamiento puros carecen de categorías. Lo que importa es, como dice *Xenius*, "llevar amor y espíritu al propio oficio, para darle así dignidad más alta". "¿No es posible el orgullo en la tarea humana?—escribe con su cordial inteligencia de siempre Martínez Sierra.—¿Pero tampoco es lícito el desdén hacia la tarea? ¿Entre todos hacemos la labor del mundo? ¿Todos somos partícipes de la honda poesía del afán común? El caso es encontrarla, el caso es descubrirla, el caso es, una vez descubierta, cultivarla y ensancharla, ensanchar los límites de su significción, perfeccionándola en realización y en intención.

(24) V. Menéndez y Pelayo, "Hist. ideas estéticas", *IV*, vol. *II* p. 340. Lo que Horacio llamaba *"divinae particulam auveae"*.

(25) No pudiendo hacer un extracto más prolijo, sí nos es indispensable recordar que el capítulo en que esto dice Onis se titula *"El Descubrimiento del mundo"*.

(26) Eucken examina las oposiciones y conflictos entre la cultura personal y la cultura social, estudiando las formas de armonización, en

"¡No trabajemos por la ganancia!—dice Henry Thoreau (27)—¡No trabajemos por la ganancia, trabajemos por la perfección de la obra!". La perfección de la obra es fuente de la poesía; también es fuente de la felicidad". Y en otra parte, con la fe en el valor de la felicidad, demostrada por Federico de Onis: Podemos ser humildes, podemos ser escasamente inteligentes, podemos ser pobres, podemos carecer de belleza exterior, de brillantes dotes espirituales; pero posemos—por el sólo hecho de haber venido al mundo llamados a la vida por la Voluntad Suprema que nos suscitó del no ser—la posibilidad de dar a este fenómeno corriente (28) de nuestra existencia una hermosura soberana una alta y verdadera poesía? Y en otra parte: "¡No hay tarea abyecta, no hay destino sin nobleza y sin gloria!" Y: "En cada vida hay una mina de oro purísimo, hay una fuente clara, hay un rosal en flor".

Con ese espíritu, de no trabajar por la ganancia sino por la perfección de la obra se dice que se realizó la maravillosa construcción de las catedrales góticas. Y la Condesa de Pardo Bazán, en otra lectura de las dadas en la *Residencia de Estudiantes,* que titula *Porvenir de la Literatura después de la Guerra,* dice que comparte la opinión de Renán cuando afirmaba "que ocho mil siervos de la Edad Media, consagrados a construír una abadía gótica, habían empleado mejor su vida que ocho mil ciudadanos de nuestro tiempo votando y ejerciendo sus derechos de ciudadanía, y empleándose libremente en lo que les place".

El trabajo de la ilustre escritora que acabamos de citar merece también ser especialmente examinado desde nuestros puntos de vista referentes a la labor depuradora y constructiva de la cultura moderna. La posición criteriológica que, en su lectura, adoptara el autor de *Los pazos de Ulloa,* invita a un análisis que esperamos ha de ser fructuoso. En cuanto a la ideas de Eugenio D'Ors, contenidas en el fragmento de "Aprendizaje y He-

---

el capítulo, de su citada obra, que titula "La vuelta del hombre a sí mismo". Véase también "Las grandes corrientes del pensamiento contemporáneo", donde afirma que "la emancipación del individuo es quizá el rasgo más saliente de la vida moderna". Mas de esto trataremos aparte en un estudio sobre las ideas de Eucken.

(27) Recordemos que es de la escuela de Emerson. Véase lo que respecto a sus ideas sociales apunta Ingenieros en su libro "Hacia una moral sin dogmas."

(28) "Siempre lo más precioso es lo corriente", dice Walt Whitman. "Cada uno en su lugar—dice Eucken—puede lograr una significación y adquirir un valor", ob. cit. p. 140.

roísmo" que hemos comentado, ya que dimos rienda suelta a nuestra afición a las disquisiciones, abusando, tal vez, de la tolerancia y buena voluntad de los lectores, conformémonos con referirnos al ejemplo, citado por él, de un hombre que supo solucionar el problema del trabajo útil, en el desarrollo integral y armónico de su vida, sin detrimento o reducción de la utilidad, y sin alteración de dicho desarrollo. Tal fué Bernardo Palissy, el gran artesano. Ese hombre original supo preservar su trabajo de ese mal, tan común en nuestros días, que consiste en carecer de contenido espiritual, la mayor parte de las labores productivas y de "convertirse—como observa Eucken—cada vez más en una mera técnica que aun elevándose a la virtuosidad, no alcanza de ninguna manera el carácter de creación espiritual, "mientras el espíritu, "sin cooperar ni vivir con el trabajo, se desperdicia inútilmente y pierde cada vez más la posibilidad de adquirir un punto de vista central y predominante" (29)

EDWIN ELMORE

(29) Además de los apartes que hemos anunciado, trataremos en capítulos especiales de algunas ideas de Tomás Moro, Burke, Renán y otros, como precursores de las preocupaciones modernas sobre el problema del trabajo.

Don Quijote en Yanquilandia

CAPITULO XVI

DONDE SE REFIEREN ALGUNOS CURIOSOS SUCESOS Y SE DA CUENTA DEL DISCURSO QUE PRONUNCIO DON QUIJOTE CON RELACION A LA AMERICA Y SUS GRANDEZAS.

Tomando, pues, el alcaide la palabra, como queda dicho en el capítulo anterior, habló de esta manera:—"Llegado es ya vuesa merced, Señor Don Quijote, al Reino de Quivira, pues éste en que nos encontramos es el primer fortín o castillejo de sus fronteras; siendo notorio que, desde ha muchos lustros, está encantado todo el reino, como muy al pormenor lo narró a vuesa merced el sabio Canoriano."—"¿Qué sabio es ése?"—preguntó Don Quijote.—"Pues es nada menos que el barquero que trajo a vuesa merced hasta estas playas, y viénele el nombre de cierta relación o parentesco con el de la laguna Estigia y del Aqueronte, como muy bien sabe vuesa merced."—"Quedo enterado"—contestó Don Quijote.—"Es el caso—continuó el alcaide—que, según pitonisas de más fama, andando los siglos, vendría vuesa merced desde lejanas tierras a este encantado reino de Quivira, y que, informado del suceso y motivo de este enencantamento, en tal fecha como la que reza mañana el calendario, después de consultarlo esta noche con la almohada, habría de emprender la más descomunal aventura de que hacen mérito las historias, con el fin y propósito de desfacer el dicho encantamento, siempre y cuando vuesa merced fuese tan osado de poner manos a la obra."—"Eso no se pregunta—dijo Don Quijote—, ni menos es el caso de consultarse con almohadas, que

si no fuese por no quebrantar lo que las pitonisas dijeron acerca de la fecha, más tardara yo en oír la demanda del alcaide, que en emprender la aventura que los altos cielos me tenían deparada por mi buena fortuna."—Miráronse todos a hurtadillas, guardando silencio, y preguntó Don Quijote:—"¿Y podría saberse quién es el sabio o demonio que fizo tal desaguisado?"—"La idea, según narran las historias, fué del antiguo Rey de Quivira—contestó el alcaide—; pero, a estar al testimonio de antiguos pergaminos recién hallados, parece que el encantador o fué Merlín o fué Fristón o quizás ambos a dos están de acuerdo en el enredo."—"Cuentas pendientes tengo con ambos—dijo Don Quijote—y mucho habré de holgarme poniéndoles finiquito."—"Pero las tales pustonisas que nos han metido en esta trapisonda, ¿no dijeron nada, señor alcaide—preguntó Sancho—, acerca de si mi amo vencería o nó en la contienda?"—"Nada dijeron las pitonisas, que nó pustonisas, como erradamente decís vos, Sancho—contestó el alcaide—; pero se advierte por el mismo silencio que guardaron que si es verdad que vuestro amo puede cobrar laureles en esta empresa, también lo es que pudiera pagar cara su osadía."—Me parece bien—dijo Sancho—; y agora pregunto yo: ¿qué cuentas tiene mi amo con el tal reino para sacar la cara por él?"—"Las cuentas de mi oficio y profesión—contestó Don Quijote—que son las de socorrer al que de mi brazo necesite, así se trate de un rey o del último de sus vasallos; y bueno será, Sancho, que no sigas interrumpiendo lo que dice el alcaide."—"Nada más tengo de decir—contestó el aludido—, sino que mañana, así que Febo asome por Oriente su rubicunda faz, vuesa merced en este punto y hora, saldrá, si así lo dispone, en su caballo Rocinante y seguido del señor Panza, y tomando por la ruta de los Desafueros, que así se llama, se encontrará con enjambres de enemigos hasta tocar con el monstruo que cuida del encantado Reino Quivireño, trabando con él encarnizada batalla hasta vencelle o ser por el monstruo devorado, lo mismo que su escudero."—"No se hable más del asunto—dijo Don Quijote—, que es cosa resuelta y terminada emprender esta aventura, y siga entre tanto la danza y la alegría de estas fermosas princesas, que no por lance de más o de menos [illegible] de nublarse el honesto regocijo de la corte ni ponerse sobresalto en el corazón de las doncellas."—"Pues yo digo—dijo Sancho—que no habrá tal aventura: lo primero, porque yo no voy a esos desafueros así me manteen por segunda vez, y lo segundo porque nos falta Rocinante que, según dice este señor

alcaide, es persona indispensable para la pelea."—"Os engañáis, Sancho hermano—dijo el alcaide—, que Rocinante y el rucio, merced al poder de cierto sabio que proteje a vuestro amo, llegaron no ha mucho en una nube de fuego y están en la caballeriza sacando el vientre de mal año." Iba Sancho a argumentar de nuevo, cuando el alcaide dirigiéndose a Don Quijote:—"Si vuesa merced no manda otra cosa, pensaremos en yantar, Señor Don Quijote, que el trabajo y peso de las armas no se puede llevar sin el gobierno de las tripas como vuesa merced bien decía en cierta ocasión".—"Así es verdad"—contestó Don Quijote. Hizo entonces el alcaide una seña a las doncellas, acercáronse dos de éstas a Don Quijote y con toda cortesía le ofrecieron la mano; el brazo dió a entrambas el caballero y entonces un lacayo muy ceremonioso, abriendo una puerta del fondo, que era la del comedor, anunció que la sopa estaba servida. Pasaron pues, Don Quijote y las dos doncellas, tomó él el asiento que se le ofrecía, al frente sentóse el alcaide y quiso Don Quijote que las dichas doncellas y las otras damas también se sentasen, mas no lo consintieron, quedándose todas en torno de la mesa para servir al Andante Caballero, y una de ellas, después de darle aguamanos con mucho comedimiento, poniéndole la servilleta en las rodillas, comenzó a decir:

—"Doncellas curaban dél
princesas del su rocino."

Agradeció mucho Don Quijote esta fineza, en tanto que el escudero, que estaba de mala guisa, se puso al lado de su amo sin decir palabra, y conmenzó el servicio de potajes y de exquisitos vinos. En nada se propasaba Don Quijote, alternando el discurrir con el tomar un bocado o el libar un pequeño sorbo, llegando a los labios el fino cristal de la copa. Habló el Andante Caballero de muchos y diversos tópicos con tal medida y discreción, que estaban todos sorprendidos de su cortesanía y cultura. Bien refería sobriamente y con donaire aventuras caballerescas, bien celebraba los encantos de la vida castellana, tomando pié en lo que el alcaide decía para contestarle con atinadas razones y haciendo lujo del buen decir cortesano. A los postres, vino a preguntar el alcaide si estaba enterado Don Quijote de lo lejos que se hallaba de su patria y terruño.—"Enterado, no del todo—dijo Don Quijote—; pero bien se me alcanza que por cierto desaguisado (que no narraré al detalle por no ser importuno) estoy en tierras de Flandes."—"Algo más lejos se en-

cuentra vuesa merced"—dijo el alcaide.—"Posible es ello—contestó Don Quijote—; y mucho me placería de que el señor alcaide del castillo me sirviera en esta ocasión de Rosa de los Vientos."—"Lo tendré a mucha honra—contestó el alcaide—; y para decirlo de una vez, sabrá el Señor Don Quijote que éstas en que está son tierras de Yanquilandia."—"Yanquilandia"—dijo Don Quijote tratando de hacer memoria, y luego añadió:—"Pues a fe que no menciona tal país la Cosmografía."—"Nada tiene de extrañar esa falta de mención—observó el alcaide—, pues en los tiempos de vuesa merced poca o ninguna noticia debió de haberse tenido de Yanquilandia, que es territorio que pertenece al Mundo de Américo."—"¡Al Mundo de Américo decís, señor alcaide!"—exclamó Don Quijote—. Pues en tal caso, se advierte que, sin darme yo cuenta, el invidioso Merlín, por ver de alejarme de las Españas y aun de la misma Europa, hízome pasar el charco de la Atlántida, ¡que no es poco pasar!"—"Así es como vuesa merced dice".—"Huélgame de sabello—agregó Don Quijote—, que sobre estas tierras de América, vulgo el Nuevo Continente, corren leyendas y fantasías dignas de la Edad de Oro y de los tiempos legendarios." Dichas estas razones, quedóse un momento como reconcentrado Don Quijote y luego, con reposada voz, comenzó a decir:—"Cuéntanse que un nauta aventurero que quieren decir que fué genovés, y no tal, sino castellano, lanzóse a las bravas olas del mar Atlántida, sin más poder que su valor y osadía, de caballero andante de los mares o, por mejor decir, de andante piloto, que también la marina ha contado y cuanta con denodados aventureros, tales como los de la llamada Orden de Malta. Grandes fueron, a la verdad, los peligros de la travesía, muchos los conatos de los acongojados tripulantes por tornarse a la lejana patria, eternos los días y más eternas las noches en la soledad del líquido elemento, sin alcanzar a ver la ambicionada orilla; mas es fama que el esforzado piloto no vaciló un punto en su denodado afincamiento, llegando a la postre a clavar sus pendones (que lo eran la cruz y el estandarte de Castilla) en las playas del Nuevo Mundo, perdido allende los mares. Agregan las historias que en aquellas tierras vírgenes hay tal fauna y tal flora, tan ricas, exuberantes y variadas, que más que del mundo que habitamos, parecen propias de arábiga leyenda; abundan en el país los ricos veneros de metales preciosos, las perlas que deleitan con el oriente de su esmalte y la rica pedrería esmeraldina que finge los cambiantes y la color de la esperanza, según cantan los poetas; extiéndense di-

latadas y fecundas las hermosas llanuras que cubre la hierba rastrera como tupida alfombra de verdura; dejan paso a los ríos los hondos valles con sus amenas florestas, sus alamedas frondosas y sus deliciosos parajes, donde las trepadoras, como enamoradas doncellas, se abrazan a los añosos troncos abriendo sus campánula de vivos y variados matices; florecen entre el follaje con lindos colores la fucia silvestre, la gallarda tuberosa y el heliotropo perfumado; despliega allí su abanico la gentil palmera de dulcísimo fruto; y se brindan al caminante, entre las ramas de los árboles, la baya jugosa y exquisita, el blanco manjar de las ananas, la crema deliciosa de los paltos, el almibarado jugo de las piñas y el carnoso banano en apretados racimos. Cruzan las agrestes regiones, cordilleras cuyas cimas de petrificado hielo jamás holló la humana planta, ríos que se despeñan en cascadas estruendosas y que como enormes serpientes de bruñida plata se extienden y ondulan por miles de leguas al través de los bosques impenetrables y fecundos que tocan las nubes con el follaje suntuoso de sus árboles milenarios; y como corona y remate de tánto esplendor y maravilla, irradia el sol de los trópicos, padre y señor de Natura, derramando con tan profusa magnificencia la dorada cabellera de sus rizos, que absortos los gentiles le rinden el homenaje de su adoración como a legítimo dios y señor de los humanos. Narran los viajeros en peregrinas historias que en tal país hubieron dos grandes reinos, mayores y más ricos que los del viejo Oriente y que aun los del africano Egipto; mas así que el audaz navegante pisó las playas del Nuevo Mundo, valerosos y por mil títulos gentiles caballeros de sangre ibérica que amenguaron con su brío las proezas de los Tirantes y los Tablantes, de los de la Tabla Redonda y de los Pares de Francia, tomaron por su cuenta la conquista de los sobredichos reinos, y es cosa averiguada y finiquita que, pocos por el número y muchos por la bizarría y el denuedo, los andantes españoles, trasponiendo cordilleras, cruzando ríos, atravesando estepas y páramos y venciendo millones de aguerridos indios, conquistaron imperios, destronaron reyes y como gentil presente ofrecieron a Su Majestad la mitad del universo mundo."

Pasmados quedáronse todos los presentes al oír el discurso de Don Quijote, y dijo el alcaide:—"A la verdad que vuesa merced es sabidor de la historia antigua de aqueste continente; mas por causa de estar encantado, no llegó a su noticia que en este país de Yanquilandia no fueron españoles sino franceses e ingleses los que descubrieron y conquistaron la tierra."—"Así debe-

rá de ser—dijo Don Quijote—, pero hispanos fueron los que marcaron la ruta y de tal raza la gloria primera, que no el que sigue sino el que comienza tiene mayor merecimiento."—"Cierto y muy cierto es lo que dice el señor Don Quijote—afirmó el alcaide—, y para nueva y más alta honra de la raza es vuesa merced, el mayor hidalgo de la Iberia, el llamado a desencantar el reino de Quivira, embrujado por malignos encantadores y por sabios pervertidos."—"Pronto estoy para tal empresa—dijo Don Quijote—, que justo y muy justo es que un aventurero español dé felice término y remate a lo que hicieran en la Edad de Hierro los Pizarro, los Soto y los Cortés."—"¿Y no querría vuesa merced—preguntó el alcaide—saber la fecha y el año en que nos encontramos?"—"Cualquiera fecha es buena si se le puede honrar con un hecho memorable—dijo Don Quijote—. Pero me placería de que vuesa merced fuese servido de informarse del día y del año que reza hoy el calendario."—"El día es domingo, el mes el de Junio y el año el de mil y novecientos y tantos."—"Según eso—dijo Don Quijote sin manifestar sorpresa—son corridos algunos años y siglos de estar yo encantado."—"Así es la verdad"—repuso el alcaide, y luego de una pausa, agregó Don Quijote:—"Huélgome en gran manera, señor alcaide, de volver en el siglo vigésimo y en aquestas tierras americanas, según lo que vuesa merced afirma, a dar nueva muestra de la Andante Caballería, que ya se trate del año uno o del año mil, bien de la virgen América o de la vieja Europa, está llamada a reformar el mundo la ya dicha Orden, conduciendo a la humana especie por el sendero de la honra y de la justicia, que es el que a Dios conduce y que es fuerza seguir, así se oponga a ello el mismo demonio, que se opondrá seguramente, como se opone el mal al bien, el vicio a la virtud y a la verdad la mentira. Y no porque se escurezca el mérito en ocasiones transitorias ni porque se sobreponga la corrupción o imperen la bellaquería o la bajeza habrá aquél de amilanarse, pues al fin y a la postre irán las cosas por donde deben de ir y la virtud tendrá su galardón. Este es, pues, el motivo, señor alcaide, de que no me sorprenda ni maraville de haber vivido siglos encantado, que el impío Merlín no podía prevalecer, como no ha prevalecido, contra los designios del Alto Cielo que me devuelve la libertad para muchas y grandes cosas que la Divina Providencia tiene dispuestas en esta dichosa edad del vigésimo siglo de nuestra era."

CAPITULO XVII

QUE TRATA DE LA SABROSA PLATICA QUE TUVO SANCHO CON LA SERVIDUMBRE DEL CASTILLO Y DE LO QUE DESPUES DISCURRIERON EL AMO Y EL MOZO.

Rodearon a Sancho los de la servidumbre, ansiosos de oír los donaires del escudero, el cual empezó por decirles:—"Ténganse vuesas mercedes y dejen hacer por la vida, que si quieren palique, lo tendremos, pero antes vengan los potajes, que, según el olorcillo que despiden, son de mucha substancia y gusto". Calláronse todos, haciéndose señas y conteniendo la risa y empezó Sancho a sustentarse muy a su sabor, ponderando a cada plato el condimento y el buen aliño de los manjares. El maestresala, por tirarle de la lengua, servíale de diversos vinos que el buen escudero tomaba con medida, porque aunque devoto del trago, no era persona que gustase de la ebriedad; y como una de las dueñas le invitase con escogidas palabras a repetir las libaciones, dijo de esta manera:—"Basta de vinos, mi señora doña Rodríguez, que aunque son muy regalados en la color y el sabor, podrían subirse al púlpito y hablase yo más de la cuenta".

Largo de una hora estuvo Sancho gozando los placeres de la mesa, pero desde la mitad, saciado el primer apetito, se puso a discurrir con jovial humor, así con el maestresala como con las dueñas y los mozos. Lo primero fué el preguntar acerca de las costumbres quivireñas, y como se las refiriesen muy en concreto, sazonólas el buen Panza con agudos dichos y refranes oportunos, trayendo después a cuenta las aventuras de antaño y gozándose en recordarlas como en sus tiempos felices, con lo cual recibían mucho gusto todos los que le escuchaban. Aprovechó la ocasión el maestresala, por tratarse de aventuras, para preguntarle que qué creía en punto a la del desencantamento del reino de Quivira, y contestólo Sancho:—"Pues si mi amo emprende la tal aventura (que la emprenderá porque él no se para en barras), ya verán vuesas mercedes unas hazañas que no se cuentan iguales de ningún andante nacido de mujer."—"Y no sólo

las de vuestro amo hemos de ver—dijo el maestresala—, sí que también las vuestras, señor escudero."—"En eso no estamos conformes—repuso Sancho—, porque para hazañas, basta con las de mi amo, que mientras que él saca la procesión, yo lo que hago es repicar y no se puede repicar y andar en la procesión."—"Eso no podrá ser—arguyó el maestresala—, pues, según dijeron las pitonisas, el escudero también tomará parte en la pelea."—"Bien se ve, señor maestresala—afirmó Sancho—, que ni vuesa merced ni esas tales que ya me van sacando joroba saben de cosas de caballería, pues si lo supiesen, no vendrían agora con meterme a mí en la danza. Persona pacífica soy y no ningún bullanguero ni pleitista, pues a ley de buen vecino y de labrador honrado me gusta vivir como Dios manda, sin entretenerme en lo que no me conviene y menos en aventuras y desafueros propios de gente movida y que tiene flojos los tornillos de la sesera. A otro perro con ese hueso, señor maestresala, que más sabe el loco en su casa que el cuerdo en la ajena."—"Mal me saben esas razones —dijo a este punto la dueña a la que el escudero le llamaba doña Rodríguez—, pues según lo que vos decís, hermano Sancho, vuestro amo es loco o poco menos y vos sobrado bellaco puesto que le seguís el humor de las aventuras sin correr ningún riesgo".—No hay tales carneros—contestó Sancho—; que lo que en mi amo es valentía y gentileza, en mí había de ser necedad y falta de juicio, pues sabrán vuesas mercedes (si es que lo ignoran) que Dios nos ha echado al mundo a unos para tratar de componello, y entre esos está mi amo, y a otros para seguir sus pracmáticas y disfrutar del buen vivir si a mano viene, y entre esos estoy yo que ni ofendo a nadie, ni compongo ni dscompongo, ni le busco tres pies al gato ni he de salir a diez de últimas con sacar la cara por el cochino reino de Quivira, así esté encantado o deje de estarlo y así las menguadas pustonisas digan o dejen de decir lo que se les antoje acerca de mi persona que no es ningún juguete de semejantes mujerzuelas. Por lo que toca a que mi amo sea loco, no lo niego ni puedo negarlo, porque le he visto hacer tales desatinos y atrevimientos que sobrepasan a la misma insensatez; pero a las veces también es cuerdo y tan cuerdo que no hay como él para hacer juiciosa hasta a la misma locura, pues lo que dice es tan equitativo y en concierto y lo que hace es tan acomodado a lo que dice, que, si bien se examina, sus más acabados desatinos resultan al fin y al cabo atinados y juiciosos en extremo. Y qué decir de su valentía sino que no hay quien la iguale, y de la honestidad de su enamoramiento por la

Señora Dulcinea, y de su buena crianza y gentileza, y de su equidad y compasión con infelices y menesterosos, que, si no fuese por la afición a las pendencias y altercados, más que caballero andante, pareciera mi amo santo aventurero. En resolución, sepan vuesas mercedes que habían de darse con una piedra en los dientes (con perdón sea dicho) por tener en estos reinos a mi señor don Quijote de la Mancha, que es la flor de la caballería, el espejo de la honestidad, el azote de los bellacos y de los malandrines, el dechado de la cordura y el loco más desaforado que jamás se haya visto".

Con palmadas y vocerío recibieron todos el discurso de Sancho, y dijo el maestresala:—"A la verdad, señor escudero, que os habedeis hecho tan docto en el hablar que cualquiera diría que sois graduado por Salamanca o por Sigüenza, y luego de oíros, bien se os podía llamar el bachiller Sancho Panza."—"Nada de extrañar tendría eso—contestó el aludido—, que el hábito no hace al monje y que lo que natura da, Salamanca no presta y bajo una mala capa se esconde un buen bebedor."—"Así es como vos decís—dijo el maestresala—, pero volviendo a lo que antes dijísteis, no se me alcanza el cómo, siendo loco vuestro amo, pueda a las veces ser cuerdo, que es como quien dice juicioso sin juicio, y mucha merced nos hiciérades explicando esta sin razón".—"Pues ahí está el toque—contestó Sancho—, que de no ser así, ninguna gracia tendría mi amo y mal podría alcanzar la fama y nombradía de que goza en toda la Mancha y aun en el mundo entero, a punto que sus hechos y sus dichos andan impresos en letra de molde para asombro y regocijo de doctos y de indoctos. A mi ver, esto de la locura de mi amo es como quien dice la razón de la sinrazón, pues siendo él el mayor de los cuerdos, resulta el más acabado de los locos. Y si no, dígame vuesas mercedes, ¿dice o hace algo mi amo contrario a la justicia y buen gobierno? No, sino que sufre golpes y palos, hambres y maltratos, frío y calores, desvelos y penitencias, todo por ver de acorrer a los necesitados y enderezar los tuertos. Pues digo yo que esto no es locura por más que sea desatino, y no sólo digo, sí que también doy prueba de que lo creo, pues siendo yo cuerdo y de no poco sentido en esto del vivir (aunque me esté mal el decirlo), ando y andaré detrás de mi amo así se le moteje de insensato y descalabrado y así me lo parezca a mí también muchas veces."—"Ninguna prueba es la que vos decís, hermano Sancho—arguyó el maestresala—, pues bien se advierte que si no hubieran de por medio la ínsula famosa y las

muchas mercedes prometidas, harto se cuidara el escudero de salir de la Mancha y de seguir al Señor Don Quijote."—"No digo que nó ni digo que sí—contestó Sancho—; pero vamos a cuentas, señor licenciado (que tal me parece vuesa merced según es de inquisidor y remolón). Que siga yo a mi amo por ver de parar en gobernador de una ínsula o señorío, es mucha verdad; pero ¿a qué está uno? Mi amo me ofrece el donativo y bobo fuera yo si me anduviese con repulgos, que a la mula regalada no se le mira el diente y cuando te ofrezcan la cabrilla, ocurre con la soguilla. Pero sabrá también vuesa merced cómo es mucha verdad que le he tomado tal ley a mi amo, que, con ínsula o sin ella, con dádivas o sin remuneración, había yo de seguirle hasta el cabo del mundo, pues a escudero fiel y desinteresado y a buen servidor no hay quién me iguale en mil leguas a la redonda, a tal extremo, que si mi señor Don Quijote, vulgo el Caballero de la Triste Figura, es el primero y más famoso de los andantes, Sancho Panza es la flor de los escuderos de que hacen mención las historias. Así, amo y mozo, tal para cual, estamos tan bien avenidos, que no podemos vivir el uno sin el otro y vamos por esos mundos en buena paz y compañía. El atiende a las pendencias, yo voy a las resultas; él no gasta miedos ni yo valentías; a él le importan una higa la hacienda y los dineros, a mí me place disfrutar de la una y no me estorban los otros; y así, siendo mi amo tal como es y yo como Dios me ha hecho, y juntándonos nuestra buena o mala fortuna, cada cual toma su parte: la de la honra para él y la de las mercedes más positivas para su escudero."

No habrían acabado en toda la noche los comentarios de Sancho viéndose tan bien oído por todos los presentes, si es que el maestresala no advirtiera que era ya avanzada lo hora.—"Y tan avanzada—dijo Sancho—que luego al punto se servirá vuesa merced de llevarme donde mi amo, que primero es la obligación que la devoción y que el que tienda que atienda y que quien tiene oficio tiene beneficio." Dichas estas razones, levantóse Sancho de la mesa despidiéndose de dueñas y de mozos con cabezadas y saludos de cortesía, que el buen comer y el buen trato enseñan buena crianza, y conducido por el maestresala, fuése donde Don Quijote que estaba ya retirado en una lujosa alcoba y que a la sazón parecía como ensimismado en sus imaginaciones. Al ver entrar a su escudero, díjole con mal talante:—"¿Es posible que así te entregues al regalo y a la holgura cuando estamos en vísperas de tan descomunal empresa?"—"Vuesa merced

—contestó Sancho—me ha enseñado a ser cortés y bien mirado, y siguiendo tal enseñanza, mal podría despreciar las mercedes y el agasajo que en este castillo se nos brindan, fuera de que no por mucho madrugar se amanece más temprano y de que quien llega a tiempo no llega tarde, que es como si dijéramos no va atrás quien va a las ancas."—"Basta de refranes—dijo Don Quijote—, que no con dichos y patas de banco habremos de prepararnos para tal lance y aventura como la que es fuerza que emprendamos así que raye la matutina aurora."—"¡Voto a tal!—dijo Sancho—que no veo yo no digamos la fuerza, pero ni siquiera el motivo de comprarnos este pleito, tanto más cuanto que tengo barruntos de que en el llamado encantamento del reino de Mentira hay moros en la costa".—"Bien se advierta—observó Don Quijote—que de puro bellaco y taimado truecas los vocablos y que con suspicacias de palurdo y miedos de villano tratas de inducirme a la desconfianza que es madre de la cobardía. ¡A buena parte vienes! Que el reino de Quivira, y no de Mentira, está encantado, es tan cierto y positivo, que presto habrás de ver su desencantamento como los oráculos lo tienen predicho; y por lo que toca a los moros, no son moros ni cristianos los que habitan aquestas remotas tierras, sino gentiles, ignorantes de la fe y por ende entregados a la idolatría y faltos de las luces del entendimiento y de las normas de la moral; de modo que, después de desencantallos, habrá que dotrinallos como es debido, instruyéndolos a su tiempo en las humanas letras."—"Así será cuando vuesa merced lo dice—repuso Sancho; —pero estos gentiles, según los vamos conociendo, se me antoja que tienen más de bellacos que de encantados. Gordos y contentos los veo yo y hasta suspicaces y amigos de burlas, y a mi entender, los encantados no son de tal guisa ni apariencia, sino que, por el contrario, deberán de estar tristes y flacos como penitentes arrepentidos en Jueves Santo. Vea, pues, vuesa merced que a mí no me meten los dedos a la boca porque para muesta basta un botón y por el hilo se saca el ovillo."—"Nada de extrañar tiene que así discurras—dijo Don Quijote—por aquello de que el ladrón cree que todos son de su condición; pero sabrás, malpensado escudero, que esta gente indocta, como lo son todos los gentiles, es a las veces sencilla, y que si peca de torpe, no peca de bellaca y menos estando como está envuelta en el caliginoso sueño del encantamento."—"Todas esas, mi señor nuestramo—observó Sancho—, me parecen a mí aleluyas, porque estos tales encantados (ya que vuesa merced quiere que lo estén)

veo yo que comen y beben, conversan y se ríen muy a su sabor y están tan metidos en carnes, con tan buenos colores y tan entregados al materialismo del vivir, que no sería hacerles merced sino agravio con sacarlos del suelo calcinoso de que disfrutan con tanta holgura y contento."—"No calcinoso sino caliginoso habías de decir—corrigió Don Quijote—; y por lo que hace al regalo en que viven estas gentes, sabrás que es pura apariencia y ficción y por ende cosa de mentira y engaño, y la mentira, tarde o temprano, acaba en mal por ser hija del demonio."—"Todo puede ser—repuso Sancho—; pero yo he oído decir muchas veces que el toque de ser feliz está en creerlo aunque uno no lo sea, que si la verdad amarga, preferible es la mentira que endulza, y ande yo caliente y ríase la gente."—"Sofisma y falsedad es lo que dices—dijo sentenciosamente Don Quijote—, pues si en ocasiones la verdad amarga y mortifica, es semejante a la acibarada melecina que cura el mal y a la postre da salud y contento; mas la flaca naturaleza es tan miserable y tan propensa al extravío, que prefiere muchas veces el dulce y disimulado veneno de la mentira que trae consige dolor y remordimiento, en tanto que la verdad engendra la paz del espíritu que es la única bonanza que puede ambicionar el hombre en este su paso por la tierra. Muchos son los que se engañan a sí mismos, muchos los que engañan o pretenden engañar a sus semejantes, y unos y otros no son sino insensatos o pervertidos que labran su propia ruina, porque la ficción pasa y la verdad perdura. Así el mancebo licencioso que se engaña con el placer de los vicios, el viejo que se entrega a los goces juveniles olvidando la carga de los años, el pobre que luce boato por vanidad, el rico que finge estrecheza por avaricia, el indocto que con disimulos y artimañas aparenta la sabiduría, el que llega a las altas dignidades dejándose la propia en el camino; toda la caterva de engañados y disimuladores, que los hay de mil variadas especies, si buscaron ventura egoísta, sólo hallan en conclusión infelicidad y malandanza, pues tarde o temprano la verdad se abre paso y el que creyó engañar a los demás o se engañó a sí mismo, acaba por convencerse de que ha sido un loco o alucinado que recoge el menosprecio de sus semejantes y aun de su propia conciencia."—"Que me perdone mi amo si no me doy por convencido con una arenga tan larga—dijo Sancho—; pero del dicho al hecho hay mucho trecho, y yo creo que sin meternos en tan moralejas, más vale lo malo conocido que lo bueno por conocer y que si yo fuese de estos encantados de este reino, mucho me cuidara de

decirle a vuesa merced que se fuera con la música a otra parte y que nos dejara vivir en paz y concordia, así sea la mayor de las mentiras la holgura y bienestar de que en este dichoso reino se disfruta".—"Bien se ve que está pegado a la tierra y que vives del presente sin pensar en el porvenir ni en los humanos destinos"—afirmó enfáticamente Don Quijote.—"Cierto y positivo es lo que vuesa merced dice—contestó Sancho, sobre todo en lo que toca a los humanos destinos, que no es cosa de mi oficio. Pero a todas éstas, me parece que debe ser ya la media noche y bueno sería que durmiésemos, que aunque mañana nos muelan en la aventura, mientras el palo va y viene, el cuerpo descansa." Convino Don Quijote en recogerse, acostóse Sancho en seguido y se durmió como un bendito, pero su amo, entusiasmado y gozoso con las muchas fantasías que le andaban por la mollera, apenas si pegó los ojos en toda la noche.

(Continuará).

JUAN MANUEL POLAR.

De un tríptico chibcha

Alberto Sánchez es un popular escritor bogotano, que firma con el seudónimo de *El Dr. Mirabel.* Poeta en su primera juventud, ha escrito finos e inspirados versos que aun hoy se recitan con aplauso en Colombia. Pero la fama de que disfruta en su patria, la debe sobre todo a sus crónicas y a sus leyendas. Pintor admirable de tipos y costumbres nacionales, sus crónicas son notables por el realismo animado y pintoresco con que están escritas. Sus leyendas traducen el espíritu de la raza. Ofrecemos a nuestros lectores las páginas que el señor Alberto Sánchez ha tenido la gentileza de dedicar especialmente a "Mecurio Peruano".

Eran las primeras noches del mundo, llenas de sagrado sillencio y de plácida serenidad. En una de aquellas noches, la sabiduría infinita de Chiminigagua desprendió a lo más alto de los cielos dos estrellas y las dejó caer en la laguna de Iguaque.....

Al sonrosarse las aguas de esa laguna con la luz del amanecer siguiente, salió de entre ellas una esbelta mujer acompañada de un hermoso joven. Así que pusieron sus plantas en la orilla, se postraron ante Zuhé que ascendía ya llenando de claridades la naturaleza, le dijeron alabanzas y le rogaron que guiara sus vidas. Levantáronse y, al darse las manos para ir por el mundo, el joven llamó a su compañera Bachúe o mujer buena, y ésta, lo llamó Chibzipagua o padre de todos los hombres.

Gozando inefablemente con el espectáculo de las cosas, maravillados con la intelección de palabras que se decían para manifestar la alegría de sus corazones, todo el día caminaron hacia

occidente, como les enseñaba Zuhé desde el cielo. Después, lo vieron caer hacia lejanas cordilleras, a tiempo que ellos penetraban en una floresta deliciosa y comprendieron que allí debían permanecer para disfrutar de todos los bienes de la vida y para multiplicarse.

Aquel paraíso se llenaba de encantamiento bajo la gloriosa luz occidental. Suavemente susurraban y se mecían millares de árboles ricos de flores o cargados de fruto. Aguas ligeras, aguas azuladas, aguas con visos de oro, aguas de limpidez diamantina, peregrinaban en todas direcciones, estrechábanse en arroyos finos para cantar o formaban dilatadísimos remansos para en su cristal reproducir las floraciones omnicoloras y las nubes fantásticas.

Bajo un oloroso frondaje, sobre lecho de suave musgo y al lado de su compañero, Bachúe reposaba: tenían ambos cabellera negra y copiosa, ojos oscuros y serenos, tan serenos como las primeras noches del mundo; estaban diciéndose palabras cada vez de mayor encanto y sorpresa para sus corazones, y se sonreían sus miradas. Un último reflejo del sol caía sobre ellos. Chibzipagua contempló largamente a Bachúe que probaba con deleite los granos rubí de una dulce granada; y como así lo solicitaran el mirar y sonreír de su compañera, inclinóse a probar él también la dulzura, en los labios incitadores.....

De los boscajes inmediatos nació entonces un delicado preludio. En seguida miles de aves ocultas en esas arboledas paradisiacas produjeron un cántico prodigioso en idealidad y en armonías, cántico de aleluya por el hechizo de todas las miradas, por la virtud de todos los labios, por la generosidad de todos los frutos venideros.

Callaron las aves. En poniente desaparecieron los últimos matices perla y rosa del crepúsculo. Al empezar la noche hubo en la naturaleza una quietud solemne y precursora. Sobre su lecho de fragante musgo, los padres de la humanidad se prosternaron para adorar a Chia que asomaba tras los montes lejanos, e hicieron un primer ofrecimiento a la divinidad refulgente y tranquila que había de mirar a todos los amantes y proteger la fecundidad del mundo.

Bajo la tenue luz que hacía florecer de plata el paraíso, en el sagrado silencio, las aguas modulaban dulcísimos epitalamios.....

II

Muchos centenares de lunaciones pasaron. Los hombres se multiplicaban de más en más, e iban extendiéndose por el valle pintoresco, por las cercanas altiplanicies. Chibzipagua y Bachúe no habían salido de su floresta encantada. Como hijos del cielo, gozaban de juventud perpetua y alcanzaban de las divinidades eternas todo el favor que necesitara la familia humana. Chibzipagua, podía mandar los vientos, hacer caer o cesar las lluvias, y enseñó a los primeros de sus hijos las virtudes de todas las plantas. Bachúe soplaba sobre los guijarros y producía fuego; al querer, tocaba la tierra con sus manos y brotaban manantiales nuevos; asimismo, con su mirada prodigiosa transformaba las flores o cambiaba el sabor de los frutos.

Apareció por entonces una mujer de muy rara belleza, procedente de una de las familias que habían poblado a inmediaciones del río grande. Su cuerpo era más hermoso que el de todas las mujeres conocidas y sólo hubiera podido compararse al de la divina Bachúe. Se adornaba los brazos con áureas anillas, y el vientre lo llevaba cubierto de artificiosa manera con un fleco de plumas irisado y sutil. Su mirada era fascinadora y única su sonrisa. Llamáronla Zuhamena para significar qu esu aparición causaba regocijo como la llegada del día. Ella enseñó a los hombres a buscar el oro y a ductilizarlo para hacer figuras semejantes a las divinidades del cielo y a las cosas de la tierra. Era peculiar su acento y de éste se valía para exaltar las imaginanes. Los hombres la esperaban en aquellos lugares por donde había de pasar, hacían en seguimiento de ella largas jornadas, y ofrecían aves de raro cantar, mariposas y flores a la que era hermosa como la mañana, les descubría placeres desconocidos y les enseñaba el culto de los deseos.

Como hacían todos los pobladores, fué también Zuhamena en cariñosa peregrinación a la floresta de los primeros padres a llevarles ofrendas de oro, a decirles palabras fervorosas en alabanza de su virtud y de su perpetua hermosura. Madre mía—dijo a Bachúe: vuestra cabellera es oscura como la noche y el viento estremece los árboles florecidos para que le den estrellas; vuestros senos son suaves y están coronados de gracia; os alabo porque vuestras manos atraen a las aves y abrillantan sus colores. Y le besó las manos. A Chibzipagua le decía: Padre amado

y fuerte: para tí deben ser las más hermosas de tus hijas, porque eres bello como Zuhé y das calor a los corazones; tienes eterna frescura y das luz a los ojos como el zotzquiq. Y le besaba en los labios.

Poco después, había pasado Bachúe cierta mañana en los remansos de un apacible río. De allá volvía pausadamente, y en su cabellera húmeda pintada la luz matinal con toques de violeta o con cambiantes fuegos. Como en sus más remotos días, era risueña y feliz. Así venía, cogiendo tal que otra de las ramas en flor que se inclinaban ante ella, cuando vió salir de entre cercano boscaje a una mujer que presurosamente se alejó ganando los declives de una colina, y que luego, cuando iba perdiéndose de vista, empezó a cantar. Al punto reconoció Bachúe, por la agilidad de los andares y por el acento peregrino de su voz, que era Zuhamena quien se alejaba fugitivamente. Acercóse al sitio de donde la había visto surgir, penetró en la umbría y encontró a Chibzipagua adormitado allí sobre el lecho de gramas: el sol pasando por entre los follajes, ponía sobre aquel cuerpo un movible, un dorado y fascinador apuntillamiento..... Bachúe contempló largamente a su compañero y halló en su rostro una sonrisa cuya expresión no había jamás conocido. El eco de los campos repetía lejanamente la voz de Zuhamena.

Entonces, del haz que en su mano traía, quitó Bachúe una flor diminuta y roja como el fuego, la acercó a los labios de Chibzipagua y éste se transformó en una serpiente de morena color con manchas de oro.

Después la madre de todos los hombres abandonó su encantada floresta; la serpiente seguía tras ella. Marchando hacia el norte, divagó por las extensas llanuras, y recorrió un valle lindado a lo lejos por áspera cordillera en cuya cima se recataban las aguas de un lago misterioso.

Era ya mediada una noche, cuando Bachúe ganó el ápice de la montaña y se allegó a la vera de aquella laguna, donde los juncales murmullaban agoreramente. El arco del novilunio, la dulce Chía, declinaba por el cielo y se miró en los ojos de Bachúe que la imploraban por última vez. La triste y bella mujer penetró en la laguna y desapareció bajo las aguas silenciosas.... La serpiente se hundió tras ella.

ALBERTO SANCHEZ

Bogotá, 1920.

Notas varias

DEL JARDIN DE HESPERIS.

Los versos de los poetas catalanes José Carner y José M. Lopez-Picó, publicados en el número anterior de Mercurio Peruano, bajo el título que encabeza estas líneas, son traducciones de Don José Galvez.

N. de la R.

Honorio F. Delgado.—PSICOLOGIA y FISIOLOGIA.—Lima.—Southwell.—1920.

Por todo extremo interesante es la publicación que con el título de *Psicología y Fisiología* acaba de hacer el profesor libre de la universidad de Lima, Dr. Honorio F. Delgado, y que, fuera de su valor intrínseco, tiene una singular importancia como signo de renovación de nuestros estudios médicos.

Reaccionando vigorosamente contra el epifenomenismo que constituye la inconsciente metafísica de la mayoría de los médicos, el Dr. Delgado atribuye al hecho psíquico una esencial significación en la vida individual y social. Esto como simple doctrina. En cuanto al procedimiento curativo, la amplia concepción del Dr. Delgado fundamenta un tratamiento psicológico como imprescindible condición de eficacia.

El organismo enfermo, escribe, debe ser siempre considerado como un todo en el cual lo mental y lo físico se complementan e interinfluencian, teniendo relaciones tan íntimas entre sí como las tienen globales con el medio exterior: el médico debe tener por finalidad el conocimiento y el tratamiento, no del síntoma, que sólo es un primer término, una manifestación fragmentaria, incoherente, parcial e inespecífica, sino de la persona cuyo conjunto tiene relación contextual con el sistema tangible: *sed prima cura ab ego*".

Con lo cual, el autor a la vez que muestra a la investigación médica un horizonte ilimitado, inicia entre nosotros—por lo menos de un modo sistemático y explícito—el fecundo concepto integral, psicofisiológico, de la ciencia médica.

M. I. R.

Dr. HONORIO F. DELGADO.—"LA NUEVA FAZ DEL CRITERIO MEDICO: NEOHIPOCRATISMO".

El autor que en diferentes trabajos, ha estudiado en algunos de sus variados problemas, el problema de la educación profesional, da en esta producción un excelente bosquejo de la orientación, que comienza a delinearse en la Medicina actual. El enfermo debe ser comprendido, antes que nada como entidad psíquica, y ninguna fuerza de penetración más honda en tal sentido, que la afectiva, es decir, la simpatía auxiliada con los conocimientos de la moderna sicología, en ella se esclarecerán innumerables problemas de orden psicopático, preparando la investigación más segura de lo orgánico; también debe ser comprendido el paciente como unidad biológica; abarcando la ojeada del clínico, la coherente trabazón de todo el organismo y sus desharmonías; el Dr. H. F. Delgado fustiga al respecto, con lúcido acierto, la especialización exagerada, que mutila artificialmente la realidad patológica, y mecaniza servilmente la labor profesional.

C. A.

SALVEDAD.

En el número anterior de "Mercurio Peruano" y en una nota dedicada a dar cuenta del nombramiento del nuevo Director del Museo, se dijo, por equivocación, que el señor Philip Ainsworth Means lo había sido de todo el Museo. En realidad, al señor Means, sólo le ha encomendado el Gobierno la dirección de la sección arqueológica, con el título de Director del Museo Nacional de Arqueología.

MUERTE DE UN GRAN SABIO: El DOCTOR S. A. LAFONE QUEVEDO.

Ha muerto, el 18 de Junio de 1920, el Director del Museo de la Universidad de La Plata, doctor Samuel Alejandro Lafone Quevedo. Este gran erudito pertenecía al grupo de etnólogos argentinos com-

puesto por Francisco P. Moreno, Juan Bautista Ambrosetti, F. Ameghino, E. Boman, C. Bruch, F. F. Outes y otros. Dichos investigadores han contribuído mucho al ensanche de nuestro conocimiento del pasado de esta parte de nuestro hemisferio; y, por lo tanto, la desaparición de uno de sus más distingiudos colaboradores no ha podido menos de causar a los antropólogos que estudiamos problemas eslabonados con los de la escuela argentina, profundo sentimiento, aun más si se tiene en cuenta la mucha amabilidad de su carácter personal y su alta categoría científica.

Nació Lafone en la Argentina cerca de 1833, del matrimonio de un caballero británico con una señora argentina. Cursó sus estudios en St. John's College, Universidad de Cambridge, Inglaterra, optando los grados de Bachiller en Artes (1854) y Maestro en Artes (1863).

De vuelta a su país natal, desempeñó muchos puestos de importancia en Buenos Aires y La Plata, siendo catedrático de lingüística y director del museo de la misma ciudad. Consagró su vida a las indagaciones arqueológicas y etnológicas y publicó muchas obras de primera importancia. He aquí una lista breve de las más valiosas:

1892 *Catálogo descriptivo e ilustrado de las huacas de Chañar-Yaco.* Revista del Museo de La Plata, t. III, pág. 33 y sigs.

1892 *Ensayo mitológico. El culto de Tonapa.* idem. pág. 320 y sigs.

1902 *Las manoplas del culto de Viracocha.* Congreso internacional de Americanistas, XII, págs. 285 y sigs. París.

1908 *Tipos de Alfarería en la región diaguito-calchaquí.* Buenos Aires.

1903 *Viaje arqueológico en la región de Andalgalá.* La Plata.

En las sabias páginas de sus obras, el doctor Lafone ofrece al mundo arqueológico datos completos y auténticos sobre las antiguas culturas de su país. En una palabra, un gran sabio ha muerto.

P. A. M.

AMERICA LATINA, París, octubre de 1920.

Ventura García Calderón es de los que no pueden ponerse a obra alguna sin dejar en ella un sello personalísimo. La revista "América Latina", adquiere bajo su dirección un marcado aspecto de selección y de buen gusto; aunque—haremos el reparo que da valor al elogio—quisiéramos que fuese menos ligera, menos inconsistente, menos halagadora del vano y efímero espíritu exhibicionista y snob.... Pero se nos ocurre que esto no es otra cosa que una impertinencia, porque es pedir que la revista

cambie de significación y de índole y que desconozca o desatienda el carácter despreocupado, feliz y frívolo del público al cual se dirige. Esto de hacer revistas que *gusten* a las grandes mayorías del *beau monde*, tan elegantes como ineptas, es difícil arte. Agradar al burgués vanidoso y satisfecho de sí mismo, y, sobre todo, servir de alimento espiritual al americano que viaja en busca de placeres fáciles, sin tener que abdicar, en buena parte, de los fueros de un arte noble y depurado, es, a no dudarlo, imposible. Bastante se hace en evitar que una revista se convierta en instrumento dócil al servicio de la más ridículas presunciones, y venga a ser, como la gran mayoría lo son, un escaparate más donde los mortales sacan a relucir las baratijas y avalorios de oropel con que pretenden deslumbrar al prójimo; y Ventura, a lo que se nos alcanza, lo evita. Mitad limeño y mitad parisién, el gran cronista es bastante ladino para poner en su bazar de novedades algo para el parvenu o para el *rasta* y algo para el espíritu de *élite*. Así está Ventura, como se dice "en caja", porque siempre hizo gala de su actitud, entre zumbona y halagüeña, frente a las costumbres, los hechos y las modas.

E. E.

"PEQUEÑA HISTORIA DE LA GRAN GUERRA", por H. Vast.—*Casa Editorial Calpe; Madrid—Barcelona. 1920.*

En este libro de casi trescientas apretadas páginas, el francés H. Vast ha trazado con la claridad que caracteriza a los escritores de su raza, la historia de la última y gigantesca lucha mundial.

No se ha limitado el autor a narrar las causas de la guerra y el desenvolvimiento de las diversas campañas en los distintos frentes de la contienda universal. Ha estudiado también con detenimiento las proyecciones de ésta última. Y es a nuestro parecer en parte—la segunda del libro de Vast—donde más interés halla el lector; pues ella le revela detalladamente la filiación de muchos y variados hechos que la información periodística no permite entrever con distinción.

Serán, como son, algunas de las páginas de la obra de que tratamos, páginas en la que vibra en toda su intensidad el apasionamiento del patriota que ha experimentado las dolorosas emociones de cuatro años de combate. Mas, en compensación, descubrimos en ellas, con fotográfica precisión, un espléndido panorama de la Gran Guerra, el resumen más notable sobre el épico y trascendental acontecimiento.

J. G. L.

AP
63
M35
v.5

Mercurio peruano; revista
mensual de ciencias
sociales y letras

PLEASE DO NOT REMOVE
SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO
LIBRARY